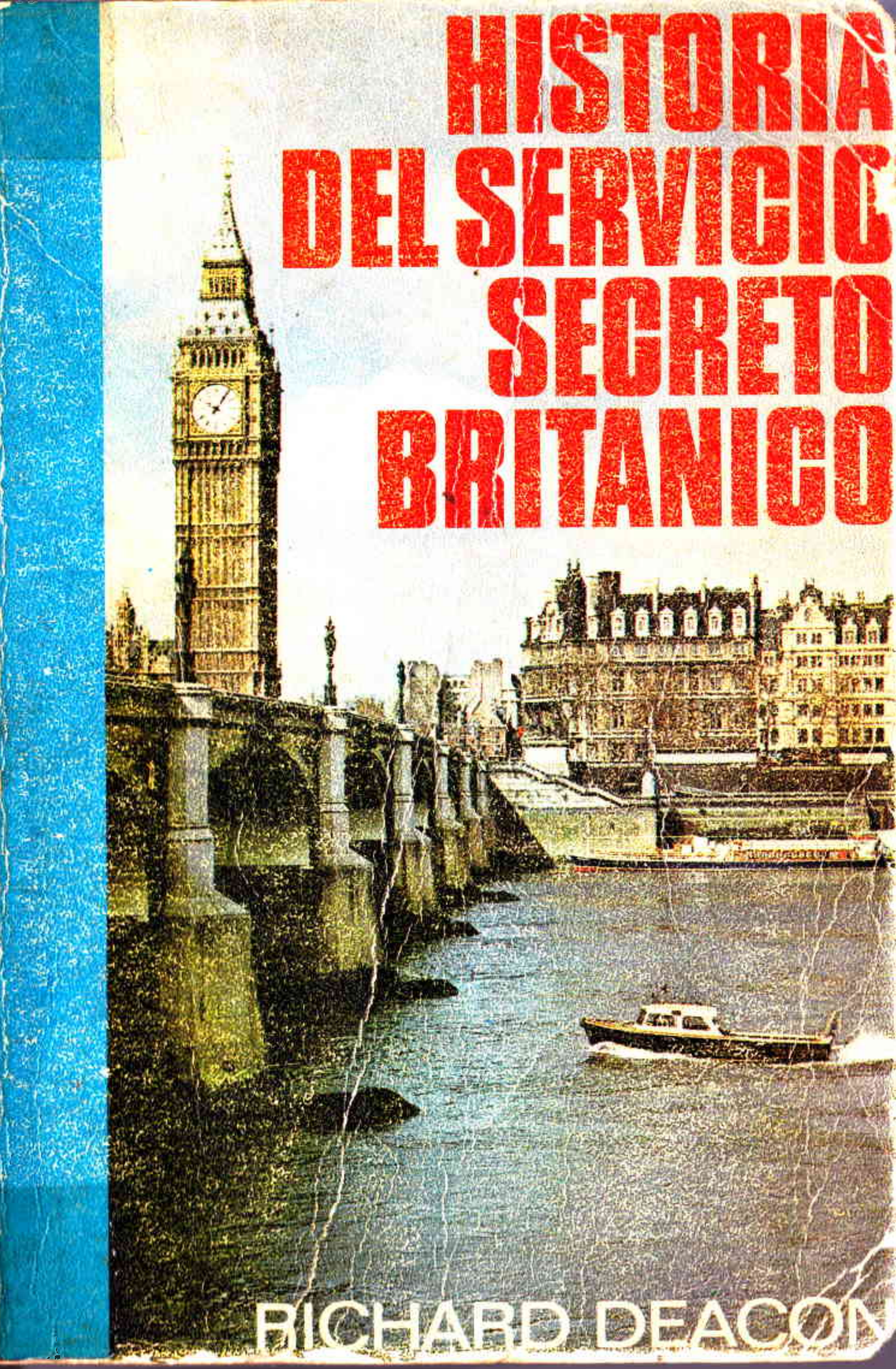
HISTORIA DEL SERVICIO SECRETO BRITANICO, es un detallado estudio del famoso INTELLIGENCE SERVICE, pilar fundamental del Imperio Británico a lo largo de cuatrocientos cincuenta años, desde Cromwell hasta nuestros días, en el que destaca el desarrollo del espionaje y contraespionaje de métodos variables y cualidades invariables, y de la diligencia, valentía y eficacia de los agentes individuales y de los jefes de información.

RICHARD DEACON ha trazado magistralmente una crónica profunda pero aventurera de las vicisitudes del SSB, su evolución hacia un verdadero profesionalismo militar y los altibajos de su prestigio.

Esta obra apasionante, no es, en modo alguno, una historia oficial. Tampoco ha sido sometida a ninguna clase de censura.

HISTORIA DEL SERVICIO SECRETO BRITANICO

RICHARD DEACON





EDICIONES PICAZO

Paseo San Gervasio, 78
BARCELONA. 6.

RICHARD DEACON



HISTORIA DEL SERVICIO SECRETO BRITANICO

(A HISTORY OF THE BRITISH SECRET SERVICE)

Traducción de
ROLANDO HANGLIN

Portada:
Alberto Santaló, grafismo
Agencia Zardoya, fotografía

Primera edición: Spbre. 1973

Depósito legal B. 32.084 - 1973
ISBN: 84 - 361 - 0095 - 6

Impreso en España Printed in Spain

1

Introducción

Escribir una historia sobre cualquier Servicio Secreto equivale a dar lanzadas contra muchos y enormes molinos de viento.

Uno de estos molinos de viento, y no el menor de ellos, es la desconfianza que el historiador ortodoxo siente hacia el tema mismo del espionaje dentro del contexto de la Historia. Tal desconfianza es importante hasta el extremo de que no es ni prudente ni lógico relacionar las actividades de Servicios Secretos con el curso y desarrollo efectivos de la historia de una nación. Sin embargo, no puede negarse que el espionaje ha proporcionado algunas victorias espléndidas, a menudo no pregonadas, como en el caso del conocido Telegrama de Zimmermann en la Primera Guerra Mundial.

Otro problema con que se enfrenta el presunto historiador de un Servicio Secreto, es el de que su tarea va haciéndose progresivamente más difícil a medida que va aproximándose a nuestros días. En tanto que el pasado distante está bastante bien documentado, a medida que vamos acercándonos a los tiempos actuales los hechos quedan encubiertos con mayor astucia y, cosa inevitable, más desorientadores aparecen los vericuetos de la ley y de las actas y de Secretos Oficiales, para no hablar de las leyes del libelo. El haber estado muy cerca del asunto, el haber participado uno mismo en la labor de la información, el haber tenido en las manos documentos cubiertos por el Acta de los Secretos Oficiales, no sólo constituye una desventaja, sino que en ocasiones es una verdadera barrera que dificulta la tarea.

Para ejemplificar algunos de estos riesgos, no puedo hacer nada mejor que citar del *S.O.E. in France: An Account of the Work of the British Special Operations Executive in France 1940-44*, de M. R. D. Foot. El señor Foot escribió lo siguiente en su prefacio:

«Naturalmente he intentado ofrecer un relato tan completo, exacto y equilibrado como la época lo permite. Nadie quedará menos sorprendido que yo si se encuentran inexactitudes; porque toda la bibliografía publicada sobre el tema está repleta de ellas, y los archivos no publicados son a menudo contradictorios, desorientadores y confusos.»

Otro molino de viento contra el cual damos lanzadas, consciente o insconscientemente, es el de los prejuicios; el prejuicio propio, en primer lugar, y también el de las fuentes que uno se ve obligado a consultar. La pretensión de este libro es eludir por lo menos el prejuicio derivado de la mentalidad oficial. En suma, esta historia particular rehúsa verse çoartada o inhibida, dentro de lo humanamente posible, por el mundo oficial. En realidad, no se trata en modo alguno de una historia oficial. Tampoco ha sido sometida a ninguna clase de censura.

Pero, al asumir la pretensión mencionada en el párrafo anterior. los prejuicios del autor quedan a menudo aislados y sin reto alguno. No hay influencia restrictiva excepto la de los propios hechos y a veces un grupo de hechos anula otro grupo de hechos. En tales casos, el autor se ve obligado a realizar su propia labor detectivesca por medio de la interpretación.

En mi opinión la documentación y los hechos revelan que el Servicio Secreto británico en todas sus armas ha fluctuado, tanto en su fuerza como en su eficiencia, más que cualquier otra organización de espionaje de carácter nacional que pueda compararsele. En algunas épocas hubo brillantes éxitos, en otras una larga serie de tristes fracasos. En algunas décadas se gastó poquísimo dinero para obtener resultados que merecieran la pena, mientras que en otras un aumento de fondos asignados al Servicio Secreto produjo cambios revolucionarios y deseables en la organización y en los métodos.

Generalmente, el éxito o el fracaso del Servicio Secreto aparece en relación directa a la cantidad de dinero que en él se ha invertido, a la capacidad de sus jefes titulares y a la actitud que hacia el mismo manifiesta el Gobierno de la época.

Una gran potencia que carece de una eficiente fuerza de información está automáticamente condenada al fracaso: tal ha sido la lección que ha podido recogerse desde la época del apogeo de Troya hasta los tiempos actuales. El mantenimiento de una eficiente fuerza de información, por muy modesta que ésta sea, es importante tanto para las potencias pequeñas y neutrales como para las grandes potencias. La neutralidad de Suiza se ha logrado y mantenido tanto gracias a su modesto pero extraordinariamente eficiente servicio de contraespionaje, como a cualquier otro factor, mientras

que Israel constituye el más claro ejemplo de una pequeña potencia que no sólo conserva lo propio, sino que gana una guerra de seis días basándose casi enteramente en la fuerza de los informes de su organización de espionaje.

Hay un punto que debe ponerse completamente en claro desde el principio. Con la frase algo vaga de «Servicio Secreto Británico», no me refiero a ninguna rama concreta de la Información nacional. La frase, y ciertamente, este estudio de ella, está destinada a cubrir todas las ramas de la Información Británica: las S.I.S., M.I. 5 y M.I. 6, los departamentos de Información Naval y Militar y otras organizaciones menos conocidas. Si nos hubiésemos encontrado en una sola sección de la Información, habríamos ofrecido una imagen deformada del asunto. Unas veces una sección, otras veces otra han predominado en la historia del Servicio, mientras que, de vez en cuando, organizaciones provisionales tales como la S.O.E. y la sección de información del Ministerio de la Guerra Económica han desempeñado papeles vitales en momentos cruciales.

«Empezar por el principio», como inicia ansiosamente su relato el autor de *Under Milk Wood,* fijar el comienzo verdadero de la Información nacional británica es históricamente, o de hecho, casi imposible. Toda la historia, y para este asunto, también la leyenda, indica que la Información, en alguna de sus formas, es tan antigua como el hombre mismo. Podríamos citar a Noé cuando envió la paloma para comprobar si las aguas habían bajado de nivel, como intentando la primera forma conocida de reconocimiento aéreo Sir Basil Thomson, el creador de la Rama Especial de Scotland Yard, comentó una vez que «si el faraón Memptah hubiese tenido a su disposición un eficaz servicio de Información, no habría habido ningún éxodo».

En Europa, el espionaje nacional se desarrolló lentamente mediante la utilización de embajadores y enviados en calidad de espías. Diplomacia y robo eran palabras casi sinónimas. En la Edad Media, esta forma de espionaje se empleó generalmente contra los ingleses y apenas fue practicado por los embajadores británicos de ultramar. Ciertamente, durante la guerra anglo-francesa de 1293-98, un caballero inglés, Sir Thomas Turberville, actuó como espía al servicio del rey francés, Felipe IV. Turberville fue enviado, de regreso a la Gran Bretaña, para incitar a los escoceses y a los galeses contra Eduardo I. No fue sino hasta después de muchos años de esta especie de espionaje unilateral que los ingleses fueron superando gradualmente su aislamiento y comprendieron la importancia de tener enviados que pudiesen procurarles información referente a las políticas e intrigas de los países extranjeros. La diplomacia moderna nació en Venecia; ya en 1268 los embajado-

res venecianos, dentro de los quince días siguientes al de su llegada a su país, tenían que entregar por escrito informes completos de sus misiones y respuestas a preguntas formuladas por su Gobierno.

Las actividades de los embajadores venecianos estimularon el embrión del contraespionaje en Inglaterra por primera vez bajo los Tudor. A Enrique VII le parecía esencial para él el mantenerse bien informado acerca de los movimientos de sus adversarios. Tanto en el propio país como en el extranjero empleó agentes para obtener información referente a las conspiraciones de Warbeck y Suffolk, pero de ningún modo puede describirse a aquellos hombres como una fuerza de seguridad organizada. El reinado de Enrique VII marcó un infausto comienzo para la Información nacional en su forma más vaga y menos efectiva.

En el reinado siguiente hubo un ligero perfeccionamiento e incluso uno o dos éxitos conspicuos dentro del contraespionaje. Giustiniani, el embajador veneciano en Londres, descubrió en 1515 que sus cartas eran abiertas por unos agentes del Gobierno inglés. Quejóse vivamente ante el cardenal Wolsey, e informó al Dux de Venecia en estos términos: «Las cartas que yo recibí de vuestra Alteza han sido tomadas de las manos del Correo en Canterbury por los oficiales del rey y abiertas y leídas, habiéndose hecho lo mismo con cartas privadas de los más nobles personajes, el embajador de Francia y otros.» [1]

La interceptación de las comunicaciones diplomáticas era práctica común en toda Europa, y esto obligó a muchos países a introducir códigos y cifras. Aquí se llevaron nuevamente la palma los venecianos, y no fue hasta 1868 que dos eruditos hallaron por fin la clave de la cifra utilizada por Miguel, el embajador veneciano en Inglaterra en el reinado de María I.

Pero es a los Tudor en general a quienes la Gran Bretaña debe el desarrollo del espionaje nacional. Enrique VII, cuando, acosado por Ricardo III, se veía obligado a huir de un lugar a otro en los años que precedieron a su subida al trono, aprendió de primera mano la importancia de un sistema de espionaje personal. Gracias a la vigilancia de sus propios agentes, pudo burlar una conspiración de Ricardo III, que quería secuestrarlo en Bretaña. En esta ocasión, el hombre a quien él debió la vida fue Christopher Urswick, que llegó a ser Archivero de Londres. Pero la organización de espionaje de Enrique VII era más de índole personal que nacional. Su hijo, Enrique VIII, se preocupaba menos de su propia seguridad, y dejó todos los asuntos concernientes a la Información en manos de los ministros de Estado; primeramente en manos de Wolsey, y más tarde en las de Thomas Cromwell. Pero en tanto que Wolsey sirvió a su regio amo con relativa lealtad, fracasó en uno de los fines

secundarios de su servicio de espionaje: el de conseguir él mismo ser elegido Papa.

Thomas Cromwell, no menos ambicioso, era más duro e inflexible. Con eficacia despiadada, tomó en sus manos el servicio de espionaje que se le había legado, el cual carecía de unidad, y trató de coordinarlo. Aumentó el número de agentes y creó una máquina sistemática de terror dentro de Inglaterra. De nuevo, como era típico de los primeros Tudor, había más contraespionaje que espionaje activo en el extranjero, porque Enrique VIII había decidido para Inglaterra una política de espléndido aislamiento y, en el mejor de los casos, consideraba la Información secreta extranjera con mitigado interés, cuando no con la más completa indiferencia. La máquina creada por Cromwell estaba destinada a atrapar a todos los ingleses descontentos y de alguna importancia y a eliminarlos por medio del juicio o del asesinato, según fuere el método más conveniente. Cromwell tuvo que hacer frente a las maquinaciones de Chapuys, el embajador español, que en la misma forma despiadada estaba tratando de dividir al Gobierno inglés en el Norte, en el Oeste y en el País de Gales, y de no haber sido por Cromwell, sin duda habría tenido también algún éxito en Londres. El perjurio de Rich en el proceso de Sir Thomas More mostró con qué facilidad podía Cromwell influir en el curso de la justicia por medio de sus agentes. .

Con todo, Inglaterra aún carecía de un servicio de Inteligencia dedicado exclusivamente a los fines del espionaje y del contraespionaje. La Inteligencia de Cromwell a menudo no fue más que meramente incidental con relación a su fin principal. Las visitas a los monasterios organizadas por él y que duraron nueve meses, aportaron una cantidad de informes confidenciales que excedía a la que se requería para frenar, disciplinar y disolver dichos monasterios. El doctor Richard Layton, arcediano de Buckingham, y uno de los más asiduos agentes de Cromwell, escribió a éste, en octubre de 1535, que «no hay en el Norte monasterio, celda, priorato, ni ninguna otra casa religiosa con la que el doctor Legh y yo no tengamos trato familiar, de suerte que no es posible que en el país quede oculta de nosotros ninguna bellaquería». [2]

Ciertamente, la visitación de los monasterios por parte de Cromwell tenía más de caza de brujas que de respetable comisión de investigación. No fue hasta 1533 que Cromwell intentó en serio el espionaje en suelo extranjero, e incluso entonces esto no fue más que un esfuerzo encubierto para obtener información. Su intención era vencer la indiferencia de su regio amo y buscar aliados para Inglaterra en el continente; para ello decidió investigar las perspectivas que se ofrecían en Alemania. Despachó a dos agentes a

Alemania, para que a su vuelta le informasen sobre la situación política y religiosa que allí reinaba. Uno de estos agentes era su amigo Stephen Vaughan. Pero de esta aventura fue poco lo que se obtuvo, ya que los príncipes luteranos mostraron escaso interés en aliarse con Enrique VIII.

Cromwell poseía muchos de los atributos del administrador del servicio de Información. No sólo era ordenado y eficiente, sino que creía que los previsibles futuros peligros podían evitarse por medio de la acción rápida, no dejando nada al azar y preparando planes a largo plazo. En su propio país, esta política dio buenos resultados, pero en el campo de los asuntos extranjeros no hizo sino acarrear la caída del propio Cromwell. En esto sus propias virtudes se convirtieron en defectos fatales. «Magistralmente la inactividad resultó a menudo provechosa para Inglaterra —escribió el profesor Dickens en su *Thomas Cromwell & The English Reformation*—, por muy oscuros que sean los informes, puesto que el aspecto de Europa cambió lo suficientemente de prisa como para hacer que la política oportunista y a breve plazo resultase la más prudente. Así, a menudo podemos observar esta antítesis entre oportunismo y doctrinarismo en la historia de la diplomacia de los Tudor. Los oportunistas como Enrique VIII e Isabel I salen siempre indemnes, mientras que los doctrinarios, los supuestos constructores de sistemas como Wolsey y María Tudor, terminan confundidos. Enrique VIII y Cromwell estuvieron ambos en algún punto entre los extremos, pero el último se inclinó algo hacia los doctrinarios.»

En este choque entre oportunismo y doctrinarismo, la organización de un servicio de Información estaba destinado a sufrir, especialmente cuando, hablando en general, ganasen los oportunistas y los aislacionistas. Enrique VII, de una manera poco organizada, había tratado primeramente de proteger su trono desarrollando un sistema de servicio secreto, del que Christopher Urswick, Archivero de Londres, fue su principal agente, pero el papel de este último tenía más de espía personal en favor de su augusto dueño que de jefe de espionaje. Pero, como se verá en el capítulo siguiente, hubo un hombre que por su tenacidad, patriotismo, sentido común y generosidad forjó una organización que justificadamente le valió el título de creador del Servicio Secreto británico.

Este servicio, a través de las épocas, generalmente ha sido de gran utilidad para el país en todas las crisis graves y en períodos de guerra, pero ha habido ocasiones, tanto durante las guerras menores como en tiempos de paz, en las que ha fracasado estrepitosamente. Su registro de éxitos más consistente se encuentra en Irlanda, donde por espacio de casi cuatro siglos fue de extraordinaria eficacia. La sección irlandesa del Servicio Secreto se mantuvo

en activo no solamente a causa de los rebeldes irlandeses, sino porque varias naciones extranjeras, tales como Francia, España y los Estados Unidos, utilizaban a los irlandeses para intrigar y ocasionar disturbios. Sin embargo, en los últimos tres años de estos cuatro siglos, el Servicio Secreto de Irlanda fue desorganizado, sufrió infiltraciones y fue literalmente destruido.

También ha habido momentos en que el Servicio Secreto fue obstaculizado y obstruido por el Ministerio de Asuntos Exteriores británico, o cuando los gobiernos de entonces no hicieron caso de sus advertencias. El ejemplo más reciente de esta afirmación lo encontramos durante el período en que fue primer ministro Neville Chamberlain.

Es evidente que no puede existir tal cosa como una historia completa de cualquier Servicio Secreto. Aun en el caso de que fuese posible examinar todos los documentos o expedientes relativos a este tema, tendríamos que enfrentarnos con inexactitudes, con relatos exagerados y con el problema de interpretar correctamente un material confuso y contradictorio. Lo que sobresale de un estudio detallado del Servicio a lo largo de cuatrocientos cincuenta años es un cuadro del desarrollo del espionaje y del contraespionaje de métodos variables y cualidades invariables, tendencias peculiares de los ingleses, y también de la diligencia, valentía y eficacia de los agentes individuales y de los jefes de Información.

Es digno de tener en cuenta que el individualismo ha desempeñado un papel mucho más importante en el espionaje británico que en cualquier otro Servicio de Información. A pesar de la creciente tendencia hacia el trabajo en equipo, la labor individual, incluso en el siglo xx, no sólo ha predominado, sino que a menudo ha dado mejores resultados que todo un equipo de expertos en Información.

2

Throgmorton y Walsingham

A mediados del siglo XVI, en los círculos gobernantes ingleses comenzaron a adoptarse algunos de los preceptos de Maquiavelo. El propio Thomas Cromwell moldeó gran parte de su política sobre el concepto de *virtu*, según el cual, mediante la audacia y el esfuerzo un grande hombre puede controlar por lo menos aquella parte de su futuro que no depende de la suerte. En cuanto a aquel firme protestante que fue Sir Nicholas Throgmorton, a menudo ha sido descrito como maquiavélico.

En mayo de 1559, Sir Nicholas fue nombrado embajador de Inglaterra en Francia; desempeñando este cargo llegó a convertirse en el primer organizador formal del Servicio de Información, aunque a muy pequeña escala, de nuestros embajadores al otro lado de los mares. Su información secreta fue extensa y útil, pasando a ser Sir Nicholas el principal informante de Cecil, el Secretario de Estado, acerca de la política francesa *vis-à-vis* tanto de Inglaterra como de Escocia. Cecil utilizaba a uno de los mensajeros de Throgmorton, Sandy Whitelaw, como intermediario confidencial con los escoceses rebeldes.

Una de las dificultades que ha presentado el tratar con agentes secretos ha sido siempre el de anticiparse a sus reacciones en determinadas circunstancias y tolerar sus prejuicios. Throgmorton dio a Cecil un informe muy extenso acerca de Sandy Whitelaw, diciéndole que era «un hombre sobrio, honrado, piadoso... muy religioso, y por lo tanto, deberíais procurar que viese la menor cantidad posible de pecado en Inglaterra». [1]

Pero Throgmorton era excesivamente exigente al tratar de obtener información. Catalina de Médicis se dio cuenta en seguida de que él era un perturbador en potencia y también un espía, por

lo cual le impuso tales restricciones que por algún tiempo fue casi un prisionero. Esto obligó a Cecil a escribir un informe sobre los asuntos franceses en el que recomendaba que si a Throgmorton no se le concedía una mayor libertad, tendría que ser sustituido por otra persona. A Cecil no le importaba tanto la libertad personal de Thromorton como el hecho de que su embajador, aunque excelente informador, pudiera estar haciendo causa común con Robert Oudley y con el «partido bélico» de la Corte. A Cecil le interesaban más las negociaciones y el llegar a un arreglo con Francia que cualquier confrontación directa. Sin embargo, Isabel, que por aquel entonces tenía en alta estima a Throgmorton, decidió dejar en manos de su embajador todas las negociaciones con los franceses.

A la postre, la ambición de Throgmorton, su protestantismo agresivo y su injerencia en la política le resultaron funestos. Así, repitió los errores en que habían incurrido los organizadores del Servicio de Información de los primeros Tudor, en el sentido de que, no contentos con el poder que su información les confería, desecharon sus ventajas para seguir una política independiente, contraria a los deseos de sus gobernantes.

El resultado de todo este primitivismo en el campo de la Información era que todo el aspecto de organización que ofrecía la obtención de información desaparecía en el momento en que el organizador caía en desgracia o era ejecutado. La organización de Throgmorton desapareció con él; Cecil estaba demasiado ocupado con los asuntos cotidianos de la política para que pudiera tener tiempo para dedicarlo a la creación de una importante maquinaria de Información, y la lenta labor de descifrar mensajes requería un tiempo que podía ser empleado con más provecho contando con una organización más perfeccionada.

La situación cambió con el advenimiento de Sir Francis Walsingham, cuyos antepasados procedían de la aldea de Norfolk que lleva su nombre. Debido a una enfermedad de Sir Nicholas Throgmorton la reina Isabel llegó por primera vez a tener conocimiento de la existencia de Walsingham. Encontrándose indispuesto para escribir él mismo, Throgmorton pidió a Walsingham, que entonces era un hombre de unos treinta años de edad, que redactase una carta para Cecil. Se trataba de una carta de índole estrictamente confidencial referente a un tal Mr. Robert Stewart, que había sido enviado desde Francia por los jefes hugonotes con objeto de pedir ayuda a la Reina.

Esta carta no revelaba exactamente la posición que entonces ocupaba Walsingham, pero parece evidente que ya estaba trabajando para Throgmorton o para Cecil, o al menos gozaba de la confianza de ambos.

Tanto la reina Isabel como Cecil quedaron impresionados por la competencia y la inteligencia del que había redactado la epístola, y parece ser que a partir de entonces Walsingham halló favor en la Corte. Walsingham, por su parte, no tardó en sacar provecho de la situación. Espontáneamente comenzó a enviar informes secretos a Cecil. Uno de tales informes afirmó que procedía «de Franchiotto, el italiano». Insistía en que la Reina prestase atención a su comida, a su cama y examinase sus muebles en el caso de que se le administrase algún veneno secretamente. Como medida de precaución, Walsingham enviaba una lista de personas sospechosas de hostilidad activa hacia la Reina y que habían entrado recientemente en el país.

Walsingham poseía un talento especial, inestimable en una época de convulsiones religiosas, para descubrir protestantes y personas que simpatizaban con ellos en los lugares más inverosímiles del Continente. Así, el Franchiotto al cual se refería, era un capitán llamado Thomas Franchiotto, de Lucca, protestante italiano que había estado al servicio de Francia. Así como Wolsey, Cromwell y Throgmorton habían expiado su culpa por haber sido demasiado ambiciosos y haberse mezclado excesivamente en la política activa, Walsingham dedicó cada vez más su atención exclusivamente a la tarea de obtener información. No quiso dejarse desviar de este objetivo por ofrecimientos de medro propio o de preferencias personales. Es probable que políticamente estuviese más cerca del «partido bélico» y de Robert Dudley (conde de Leicester) que de Cecil, pero nunca intentó excederse ni intrigar en contra de este último. Su inteligencia era sutil pero no perversa; ambicionaba servir a su país del mejor modo que él sabía, pero no era lo suficientemente ambicioso como para desear dominar políticamente. Si temía que tarde o temprano Inglaterra tendría que pelear contra España, no abogó abiertamente por una política de guerra, pero procuró que los informes que presentaba a Cecil y a Isabel apoyasen sus tácitas ideas. Cuando expresaba un punto de vista, lo hacía con desconfianza, pero con un aplomo que resultaba mucho más eficaz que los argumentos de Leicester, más elocuentes. A Cecil le escribió lo siguiente, el 20 de diciembre de 1568: «Os suplico me permitáis llegar sin ofensa a la conclusión de que en esta división que reina entre nosotros, hay menos peligro en temer demasiado que en temer demasiado poco, y que nada hay más peligroso que la seguridad.» [2]

Estos eran unos consejos mucho más serenos y más exentos de prejuicios que los que Isabel estaba recibiendo de alguno de sus consejeros. Unos temían que Francia y España se coligasen para ir contra Inglaterra; otros apoyaban la idea de los mensajeros hugonotes de que Inglaterra debía hacer causa común con ellos y declarar la guerra a Francia; unos pocos querían abiertamente la guerra con España. Lo único que a Walsingham le interesaba era cerciorarse de los hechos.

Durante las primeras fases de su carrera, Walsingham estaba más interesado en el contraespionaje en Inglaterra que en la información del extranjero. Evidentemente en esa época veía en lo último una consecuencia de lo primero. Siempre andaba buscando enemigos en potencia en suelo inglés. Llegó a un acuerdo con el Lord Mayor de Londres por el cual recibiría semanalmente informes acerca de todos los extranjeros que residían en la ciudad. Dado que estos informes pasaban en su totalidad a Cecil, es evidente que Walsingham estaba entonces ayudando a Cecil en la labor del Servicio Secreto.

En tanto que Thomas Cromwell había empleado a sus espías para aumentar su autoridad personal, a Walsingham le interesaba principalmente salvaguardar a la nación de los ataques del extranjero y descubrir complots que pudieran fraguarse contra la Reina. Su lealtad proporcionó buenos resultados. Ayudando a descubrir los complots de Barbington, Ridolfi y Throgmorton, frustró una serie de atentados contra la Corona.

En 1570, Walsingham fue nombrado embajador en Francia, y fue durante este período que comenzó a organizar un servicio de Información en ultramar y también en la propia nación. No tardó en convertir esta Embajada en la más influyente de Europa durante una época crítica. No obstante resulta evidente que no se sentía feliz en Francia. Una carta que escribió a una mujer a quien no se nombra, posiblemente su esposa, revela lo siguiente:

«Mi esperanza... es que a Su Majestad le sepa a tan poco este mi actual servicio, que me escoja otro de mayor importancia... Si yo pudiera disponer de mí mismo, preferiría ser nuestro vecino de Sothery (cosa que deseo con todas las fuerzas de mi alma), con un pedazo de pan y un trozo de queso, más que poseer, en el país al cual he ido, sus mejores y más delicados manjares y diversiones, pero, en vista de que he nacido súbdito y no príncipe, estoy sujeto a la condición que me imponen el mando y la obediencia.» [3]

La razón más probable de la repugnancia que sentía Walsingham en aceptar el cargo de embajador en París era la de que se le antojaba como un riesgo financiero. Isabel, al igual que aquel otro Tudor, Enrique VII, solía mostrarse tacaña en cuanto a los gastos públicos, especialmente en ultramar, a menos que tuviera la certeza de que los dispendios se compensarían luego con creces. Por las cartas que escribió Whitehall, resulta evidente que Walsingham protestaba de la falta de dinero para mantener adecuadamente su

Embajada. Sus argumentos, corteses pero firmes, sobre esta cuestión, parece que reportaron algún fruto, porque, aparte de una concesión para gastos de manutención, la Reina confirió también a Walsingham ciertos privilegios especiales para la exportación de la lana.

A base de tales privilegios pudo haber financiado, al menos en parte, su labor en el Servicio Secreto. Pronto tuvo a sus órdenes un buen número de agentes en Francia. Entre ellos se encontraba cierto capitán Thomas, un irlandés que se hacía pasar por refugiado católico que había huido a Francia; Walsingham le había dado instrucciones para que informase acerca de las actividades del arzobispo de Cashel, en Irlanda, sospechoso de intrigar en tierra francesa contra los ingleses. Otro de sus agentes era aquel extraño y erudito místico isabelino, John Dee, el astrólogo de la Reina. Las relaciones con Walsingham fueron estrechas durante toda la vida de este último, pero muchas de las misiones que Dee llevó a cabo para Walsingham siguen teniendo más de conjetura que de probada realidad.

Mientras Walsingham se encontraba en París, viose envuelto en las largas negociaciones relativas al propuesto casamiento de Isabel con el duque de Anjou. Al enfrentarse con los oponentes franceses en estas negociaciones, Walsingham tuvo que desplegar todas sus dotes de diplomático, puesto que en la Corte de Inglaterra había tres puntos de vista distintos acerca del casamiento de Isabel con un francés: Leicester y el «partido de la guerra» eran declaradamente hostiles a este plan, alineándose con los puritanos al oponerse a él por motivos religiosos; Cecil se mostraba cautelosamente decidido, ciertamente sin entusiasmo, a explorar todas las posibilidades, esperando que ello apartaría a Francia de España y la convertiría en aliada de Inglaterra; Isabel era el factor desconocido, que nunca permitía a ninguno de los dos partidos adivinar cuáles eran sus verdaderos sentimientos en el asunto.

El Servicio Secreto trabajó intensamente en todas estas negociaciones. Walsingham veía toda la cuestión del propuesto matrimonio de Isabel como un asunto de seguridad nacional. Desde el principio, casi con toda seguridad se opuso a la proposición, pero no deseaba dar la impresión de apoyar a Leicester en contra de Cecil, y por ello evitaba hacer resaltar las dificultades y escrúpulos religiosos durante las negociaciones. Al propio tiempo, al utilizar a John Dee, empleó a un agente que gozaba de toda la confianza del conde de Leicester. Isabel quería tener una información más completa acerca de lo que estaba sucediendo en París y la forma en que estaban progresando las conversaciones relativas a la boda, y

durante el año 1571, a instancias de Walsingham, rogó a Dee que se trasladase a Francia.

No está del todo claro qué fue lo que realizó Dee en esa misión, pero implicaba un viaje al Ducado de Lorena y casi es seguro que se refería al intento de casar a Isabel no sólo con el duque de Anjou, sino tal vez con el hermano de éste. A Dee, que había hecho el horóscopo de la Reina, se le pidió que hiciese también los de ambos eventuales pretendientes. Es posible que esta última acción no fuese tan innocua como aparentaba. A Isabel le había impresionado profundamente el modo como Dee hacía los horóscopos desde que ella era una princesa prisionera en Woodstock; una de las primeras cosas que le pidió cuando subió al trono fue la de que le calculase la fecha más propicia para su Coronación. Es posible que el astuto Walsingham desease ansiosamente que Dee hiciese los horóscopos de los dos pretendientes de forma que ello constituyese una advertencia para la Reina y ésta renunciase a casarse con un príncipe francés. El propio Dee dijo que las posibilidades políticas de una alianza eran más atrayentes que «algo tan poco propicio como un matrimonio sobre el cual las estrellas no ofrecen ningún informe ni tampoco los hechos que ocurren en Francia». Esto era ciertamente lo que Walsingham creía y necesitaba oír. En cuanto a la Reina, debió de quedar muy satisfecha cuando, sin embrollos matrimoniales, concluyó un año después el Tratado de Blois.

En 1573, Walsingham regresó a Inglaterra y llegó a ser Secretario Principal y miembro del Consejo Privado. Poco después de esto, escribía a Lord Burghley sobre cuestiones relativas al Servicio Secreto: «Si Vuestra Señoría abriga alguna sospecha de alguna mala intención en los Países Bajos hacia Su Majestad, creo que él [el Capitán Sassetti] sería un instrumento muy apropiado para descifrar lo mismo, teniendo como tiene gran familiaridad con Chiapin Vitelli. Vuestra Señoría me escribió diciéndome que le buscase a alguien a quien poder emplear en España. Si pensáis que tal empleo es ahora necesario, creo que podría hallar el medio de colocar a mi viejo criado Jacomo en España, en la casa del ministro residente del embajador del Rey francés.» [4]

Las obligaciones del cargo de Secretario que desempeñó Walsingham se describían con algún detalle e incluían esta importante frase: «atender al Servicio de Información en el extranjero». Pero, aunque había descubierto a católicos rebeldes, frustrado conspiraciones contra la vida de la Reina y organizado una poderosa red de contraespionaje en el propio país, Walsingham distaba mucho de hallarse satisfecho con la información obtenida de ultramar. Seguía precisando una corriente constante de información procedente de Francia para poder estar al tanto de todos los movimientos de

los diversos grupos políticos de aquel país. Isabel estaba ansiosa por mantener su camino expedito para su otro pretendiente, Alençon, «la ranita», como le llamaba ella, porque ahora se encontraba bajo estrecha vigilancia en el castillo del Bois de Vincennes, junto con el rey de Navarra. Walsingham no se conformaba con la imperfección de estas comunicaciones, y por ello estableció sus propios contactos con Alençon y con el rey de Navarra, utilizando para ello al ya citado Jacomo Manucci y a Thomas Wilkes. Ambos hombres fueron enviados a Francia con secretas instrucciones de Walsingham en 1573. No está claro en qué consistían estas instrucciones, pero los mensajes enviados como respuesta a Londres suministran algunas pistas. Wilkes escribe a Walsingham diciéndole que había conocido a «una dama», la cual le había prometido llevar mensajes a los dos prisioneros. Poco después informaba Wilkes que él había hablado con el rey de Navarra en persona.

Fue en la difícil escuela de averiguar los complots y las intrigas que se escondían tras los diversos proyectos para casar a Isabel con Alençon o con Anjou, donde aprendió Walsingham las lecciones del espionaje. Para organizar el Servicio de Información que su real dueña tan ardientemente deseaba, tuvo que experimentar e improvisar, comprobar una y otra vez; fue aquélla una excelente oportunidad de aprender el mejor modo de formar un servicio de espionaje. En el aspecto político, la aguda mente analítica de Walsingham permitió a éste asumir un punto de vista realista sobre lo que era práctico y lo que no lo era. Fue este entrenamiento, además de su innato sentido de anticipación, lo que le permitió conservar hasta su muerte el puesto de Secretario Principal. En tanto que algunos querían a toda costa una alianza con Francia, otros, insensatamente, recelaban tanto de los motivos franceses que querían que Inglaterra se aliase con España en contra de Francia. Walsingham no compartía ninguno de estos dos puntos de vista. No le cabía la menor duda de que tarde o temprano el verdadero enemigo de Inglaterra resultaría ser España, ya fuese en alta mar, en las nuevas colonias o en la propia nación. Igualmente desconfiaba de los motivos franceses, en especial de los de Catalina de Médicis, y su información le decía que la mejor política de Inglaterra consistía en aliarse con los hugonotes franceses, mientras reclutaba tropas en Alemania y ayudaba a Alençon y al de Navarra a obtener su libertad.

Éste era un consejo que Isabel secretamente quizá respetó, pero al que, por lo menos externamente, ofreció resistencia. Sin embargo, Walsingham soportó con paciencia todas las frustraciones de la obstinación de su regia señora; quizás estaba persuadido de que, con el tiempo, al comprobarse que algunos de sus consejos,

si no todos, eran atinados, serían finalmente seguidos. Siempre pareció ser un hombre que, aunque humilde y modesto externamente, en su interior tenía una gran confianza en su propia intuición y juicio. La Reina se complacía a veces en molestarle: le llamaba «mi moro», burlándose de su tez muy oscura. Pero con mayor frecuencia solía exasperar a Walsingham negándole el dinero necesario para realizar su labor al frente del Servicio Secreto.

En esa época, probablemente ninguna de las grandes potencias de Europa gastaba menos que Inglaterra en el Servicio Secreto. El que Inglaterra tuviese eventualmente un Servicio Secreto bien organizado en la época isabelina, fue debido en primer lugar al gran patriotismo de Walsingham y en segundo lugar al hecho de que a menudo éste pagase los gastos de su propio bolsillo. Las cantidades que Isabel concedía para espionaje nunca eran suficientes. Llegó un momento en que Walsingham se arruinó a causa del dinero que destinaba a su Servicio Secreto. Camden testificó que Walsingham llegó a dilapidar su hacienda por sus considerables dispendios en el Servicio Secreto, y murió «cargado de deudas». Tan sólo un año antes de su muerte, cuando Walsingham hizo su testamento, declaró en él que «quiero que mi cuerpo, en la esperanza de una gozosa resurrección, sea enterrado sin las extraordinarias ceremonias que generalmente corresponden a un hombre que sirve en mi cargo, teniendo en cuenta la magnitud de mis deudas y la escasa hacienda que voy a dejar a mi mujer y herederos». [5]

Se han ejercido muchas críticas por parte de historiadores, entre ellos el biógrafo del propio Walsingham, doctor Conyers Read, afirmando que la extensión y organización de su Servicio Secreto se había exagerado y que en realidad se trataba de un asunto de muy escaso interés. Pero tales críticas son injustas. Él creó por sí solo un Servicio Secreto verdaderamente nacional y permanente, y si fue reducido y distó mucho de ser universal, fue extraordinariamente eficaz si consideramos que él lo financió en gran parte de su propio bolsillo, pidiendo a menudo dinero prestado bajo la garantía de su modesta hacienda para permitir su continuación.

No hay que olvidar que durante los primeros días de sus intentos por organizar un Servicio Secreto, la primera tarea de Walsingham consistió en proteger a la Reina y poner al descubierto complots que amenazaban su vida o intentaban destronarla. La mayor parte de su labor se concentró en el contraespionaje dentro de Inglaterra y tan pronto como había desenmascarado una conspiración, descubría otra inmediatamente; la multiplicación de conspiraciones le obliga a gastar más dinero y al igual que otros jefes de espionaje de tiempos posteriores, a veces se veía

inducido a exagerar, o incluso a inventar amenazas, con objeto de obtener más fondos de las arcas reales.

Walsingham tuvo que luchar con adversarios duchos en las artes del subterfugio. En la época que se estaba proyectando una boda entre María, reina de los escoceses, y el duque de Norfolk, éste estableció una red de agentes que pasaban mensajes entre él, varios rebeldes católicos, el duque de Alba y la propia María, reina de los escoceses. Walsingham, con la ayuda de John Dee, descubrió que los mensajes circulaban introducidos en botellas de vino.

Una de las reglas de Walsingham era la de que incluso a un embajador inglés en ultramar había que considerar con recelo y desconfianza hasta que hubiese dado muestras de su integridad. Se daba perfecta cuenta de las tentaciones y de los lazos de la intriga que acechaban a los enviados. El caso de Sir Edward Stafford, el primer ejemplo concreto de doble agente en la historia inglesa, reveló algo de estas tentaciones. Stafford, pariente de la Reina, fue nombrado embajador en París, en 1583. Era inexperto en diplomacia, a lo que unía además el inconveniente de no haber sido suficientemente instruido por Sir Henry Cobham cuando asumió el cargo. Aparte de haber abrigado dudas en cuanto a su capacidad, al parecer Walsingham no sentía por él ninguna simpatía y al principio, desconfiaba de él, aunque finalmente sus dudas se disiparon.

Los españoles se dieron cuenta rápidamente de que Stafford andaba escaso de dinero, y se apresuraron a inscribirlo en su nómina. Que él les suministraba información, está claramente demostrado, pero es posible que a la larga pudiera convencer a Walsingham de que lo que obtenía de los españoles era mucho más importante para la causa de Inglaterra que lo que él daba a España.

Al parecer, Cobham no sólo no ayudó a Stafford, sino que incluso fue para él un verdadero obstáculo. Negóse a dar al nuevo embajador cualquier clase de información acerca de los agentes secretos, o sobre las personas bien dispuestas para con Inglaterra. Sin embargo, Stafford estaba decidido a impresionar a las autoridades de su país, y mandaba frecuentes despachos. No le dieron las gracias por tales mensajes, sino que de un modo bastante frío fue informado por Walsingham de que a la «Reina la disgusta tener que pagar por un envío tan frecuente de mensajes, y por ello no me atrevo a ponerla al corriente de todos los que yo recibo de vos».

Stafford sospechaba que Walsingham ocultaba a la Reina sus mensajes. Probablemente era verdad que para poder realizar sus propios deseos, Walsingham procuraba que Isabel no prestase una atención excesiva a los informes de Stafford, ya que Walsingham no sólo sospechaba de la devoción de Stafford hacia Isabel, sino que no daba tampoco el menor crédito a sus protestas de lealtad. Envió

a un tal Rogers a París para que vigilase a Stafford, y en seguida se enteró de que Stafford tenía contactos con dos agentes de María, reina de los escoceses: Charles Paget y el arzobispo de Glasgow.

Pero aún habían de llegar peores informes procedentes de Rogers. Decía que Stafford era un intermediario entre los católicos franceses y los propios papistas ingleses, y que había sido sobornado por el duque de Guisa para que le mostrase los despachos que recibía de Inglaterra. Esta información debió haber sido suficiente para que se ordenase a Stafford regresar de París y para que se le encarcelase inmediatamente, pero el caso curioso es que Walsingham no hizo nada. Era hombre cauto, y es posible que dudase de los informes de Rogers; por otro lado, quizá comprendió que Stafford pudo haber sido utilizado como un instrumento inconsciente en el juego diplomático que Walsingham intentaba jugar. Si Stafford poseía la confianza del enemigo, entonces éste daría crédito a toda la información que Stafford le suministrase. ¿Qué podía convenir más a las intenciones de Walsingham que procurar a Stafford falsos informes para desorientar a los franceses y a los españoles con quienes éste también estaba en contacto?

Ya casi no hay duda de que los informes desorientadores de Rogers eran muy precisos. En 1585 Bernardino de Mendoza, el embajador más competente de España, a la sazón ministro en París, informó a su Gobierno de que creía que a Stafford se le podía sobornar para que proporcionara información a España. En una carta a Felipe de España, el embajador español escribía que «ahora ha llegado el momento para que Vuestra Majestad haga uso de él (de Stafford) si deseáis que os preste algún servicio... deberíais ver por sus actos cuán dispuesto está a ello. Este embajador inglés tiene mucha necesidad de dinero». La respuesta de Felipe fue que a Stafford se le diesen «2 000 coronas, o las alhajas que vos pudierais sugerir».

Stafford mantuvo informado al rey de España acerca de los numerosos movimientos de los barcos ingleses. Sin embargo, jamás fue procesado, y regresó a Inglaterra sin ninguna mancha visible en su reputación. Mas no se puede asegurar que fuese completamente un traidor, como tampoco es posible afirmar que Walsingham fuese gravemente culpable al no haberle delatado. Que Stafford se veía secretamente instigado por el embajador español en París para impedir una alianza entre Francia e Inglaterra, es algo que no puede dudarse. Posiblemente al informar a Londres de que la Reina podría persuadir al rey de Navarra para que cambiase de religión, estaba tergiversando los hechos con objeto de desbaratar las negociaciones. O acaso pudo haber estado utilizando a Burghley, el cual compartía en cierto modo los puntos de vista

de Stafford, contra Walsingham. Pero no podemos estar seguros de ello, porque no disponemos de ningún documento que registre la discusión habida en el Consejo privado inglés sobre la cuestión francesa en aquel tiempo. También es posible que Walsigham no se sintiese en una posición lo suficientemente fuerte como para derribar a Stafford, o que, en el caso de intentarlo, temiera debilitar su propia posición. Otra posibilidad, aunque menos probable, es la de que Stafford, a pesar de sus trapacerías, fuese en París más útil a Walsingham que cualquier otro embajador. Es posible que Walsingham se hubiese contentado con aprovechar la ocasión y obtener los informes auténticos que Stafford pudiera suministrarle.

Si Walsingham estaba jugando realmente un juego tan sutil, más tarde le dio buenos resultados, puesto que Stafford, mientras revelaba a los españoles los preparativos que Inglaterra llevaba a cabo para enfrentarse a la Armada, también ofrecía a Walsingham datos referentes a la flota española. «Los españoles que hay aquí (en París) se jactan de que dentro de tres meses Su Majestad se verá asaltada en su propio reino, y que para ello se está preparando un gran ejército», escribía en el mes de julio de 1586.

Esta sola información pudo haber compensado con creces cualquier perjuicio que Stafford pudiera haber ocasionado con sus tratos con los españoles. Porque solamente él, de entre todos los ingleses que había en París, es presumible que obtuviera tal información confidencial de los españoles, que estaban haciendo grandes esfuerzos para enmascarar los preparativos que estaban emprendiendo contra Inglaterra. Más tarde, Walsingham recibió otras noticias que venían a confirmar lo que Stafford le había comunicado. Un agente informó de que «el rey Felipe evidentemente abriga un gran designio contra nosotros, habiendo llegado con los Fúcar a un acuerdo sobre dinero pagadero aquí en una mansión particular.»

Sin duda debido en parte a que Walsingham no estaba seguro de que pudiera confiar en su propio embajador en París, comenzó a establecer un Servicio Secreto independiente, no ligado a fuentes oficiales y por medio del cual podía controlar doblemente los mensajes de sus embajadores. Careciendo de medios para embarcarse en un costoso espionaje, confiaba principalmente en jóvenes estudiantes patriotas, generalmente pertenecientes a buenas familias, que residían en el extranjero. La mayoría de estos jóvenes vivían en Italia, país que Walsingham consideraba ideal como base de espionaje, porque allí era más fácil obtener información sobre asuntos españoles que en Francia o en España, donde espiar era tarea difícil.

Es evidente, sin embargo, que hubieron de transcurrir muchos años antes de que Walsingham pudiese crear una red eficaz en ultramar. El sistema sólo comenzó a funcionar con eficacia hacia el año 1587, época en la que Walsingham recibía información suficiente para convencerle de que España estaba reuniendo una gran Armada de barcos para atacar a Inglaterra. No es posible rastrear todo el sistema del servicio de espionaje de Walsingham, porque estaba dirigido enteramente por él mismo y raramente se consignaban detalles por escrito. Pero en la primavera de 1587 pudo redactar su *The Plot for Intelligence out of Spain*, que todavía se conserva en la State Papel Office. Constituye casi la única prueba documental de la organización de su Servicio Secreto.[6]

Este plan establece la organización de su sistema del modo siguiente:

1. La necesidad de obtener alguna correspondencia del embajador francés en España. (Se trataba evidentemente de una comprobación de la información que suministraba Stafford procedente del embajador español en París.)
2. «Recibir órdenes de alguno en Ruán para tener frecuentes avisos de los que llegan de España a Nantes, El Havre y Dieppe.»
3. Sir Edward Stafford (embajador inglés en Francia), para obtener información del embajador veneciano.
4. Establecer un puesto de información en Cracovia para recibir informes sobre asuntos españoles procedentes del Vaticano. (Sin duda uno de sus principales informantes en Cracovia era John Dee, que por aquellos días estaba prestando sus servicios de astrólogo al conde Laski; estaba en estrecho contacto con Francesco Pucci, del que se sabía que había intentado robar correspondencia entre el Vaticano y Felipe de España.)
5. Designar personas (franceses, flamencos o italianos) para viajar a lo largo de las costas españolas y referir qué preparativos se están efectuando en los puertos, suministrándoles cartas de crédito.
6. Obtener información de la Corte de España y de Génova.
7. Otorgar información en Bruselas, Leyden y en Dinamarca.
8. Emplear a Lord Dunsany (probablemente un agente).

Era éste un plan extenso y detallado. Fue posible llevarlo a la práctica, porque durante ese año se las arregló Walsingham para obtener de la Reina 3.000 libras para espionaje. Era la mayor suma que de Isabel obtenía de una sola vez para tal menester, pero aun así resultaba insuficiente, y tuvo que aumentarla de su propio peculio.

Gradualmente, *The Plot for Intelligence out of Spain* fue produciendo resultados. A principios del año 1587, Richard Gibbes, un inglés que había estado en España, informó a Walsingham de que él mismo había visto unos ciento cincuenta barcos de guerra en va-

rios puertos, y había oído «hablar de 300 galeones». En Lisboa, Gibbes se había hecho pasar por escocés, y por ello fue acogido con simpatía por los españoles, que consideraban como aliados a los compatriotas de María Estuardo.

Cuando los españoles preguntaban a Gibbes acerca de los puertos y ríos británicos, él solía afectar ignorancia, pero al preguntarle si el Támesis era un río adecuado para hacer penetrar por él una armada, respondió que era «un río muy malo, lleno de arenas, y que no ofrecía vista de tierra y no era posible hacer entrar en él una armada».

Otros agentes de Walsingham resultaron todos ellos muy eficaces. En Venecia, Stephen Paule escuchaba todos los chismes que se contaban en el Rialto y tomaba nota de cualquier retazo de información referente a España. Una de las máximas de Walsingham era la de que «si no hubiese bribones, los hombres honrados difícilmente podrían salir con la verdad en cualquier empresa contra ellos». Actuando a base de esta premisa, Walsingham tenía la audacia y la imaginación suficientes para emplear granujas e incluso aliados dudosos en su tarea de recoger información acerca de las intenciones de España. Dos de sus agentes más activos fueron dos jóvenes católicos ingleses, los hermanos Standen, famosos por su mala conducta y vida licenciosa. Superficialmente, podría parecer que iban a constituir un grave riesgo para la seguridad, pero en realidad, y esto constituye de nuevo un tributo de alabanza para el juicio de Walsingham, tuvieron un brillante éxito. Su catolicismo no tenía nada de fanático y no les impedía en modo alguno ejercer su espionaje sobre España.

Anthony Standen trabó amistad con Giovanni Figliazzi, el embajador toscano en España, a quien el rey Felipe había rogado que fuese a Florencia a concertar el casamiento de Fernando, el nuevo gran duque de Toscana, con una princesa española. Standen adoptó el nombre de Pompeo Pellegrini, y utilizando este *nom de plume* en una carta a Walsingham en febrero de 1587, escribió con entusiasmo acerca del embajador toscano. «Este caballero —escribía Standen— es muy discreto y cortés... en varias ocasiones ha tratado con el rey de España sobre asuntos que él le había encargado, referentes a nosotros, y a menudo ha discutido con el rey de España y aducido justas razones de por qué Su Majestad la Reina había de sentirse ofendida con tal modo de proceder, y especialmente sobre la afrenta que se le hizo a su mensajero cuando estuvo aquí, cuyo consejo, de haberlo seguido el señor Waad, las cosas sin duda habrían salido mejor... Si vos le escribierais una carta de agradecimiento, indicando que habéis comprendido su buena voluntad para con Su Majestad la Reina y para con la Corona, y también

para con vos, creo que podría dar excelente resultado, porque tiene buenos medios para salir de España y, escribiendo esta carta, convertirme a mí en intermediario.» [7]

Walsingham atribuía la máxima importancia al papel desempeñado por el embajador toscano. Animó a Standen para que sacase el mayor partido de esta fuente de información. Poco después, Standen, firmando todavía con el nombre de Pompeo Pellegrini, escribió a Walsingham informándole de que cuatro galeras de la flota genovesa habían zarpado rumbo a España y que él se había enterado de que otras iban a partir con rumbo al mismo país, procedentes de Nápoles. Refiriéndose a la última carta de Walsingham, añadía Standen: «...vos deseáis obtener pronto información acerca de los asuntos de España. He tomado prestadas cien coronas y he enviado a Lisboa a un tal Fleming que tiene allí un hermano al servicio del marqués de Santa Cruz, le he dado las señas a las cuales pueda él dirigirme sus cartas, en el domicilio del embajador en Madrid, el cual me las remitirá en seguida».

La importancia de Standen como agente puede calibrarse mediante el hecho de que por entonces la reina Isabel le concedió una pensión de 100 libras anuales. Constituía una sabia inversión en un agente que durante el verano y el otoño de 1587 había enviado a Walsingham informes regulares que eran inestimables por sus revelaciones acerca de los preparativos navales y militares de los españoles. El Fleming que mencionaba resultó ser un informante asiduo en su calidad de sirviente del marqués de Santa Cruz, el cual era Gran Almirante de la Armada española. Las comunicaciones debían de ser dificultosas, lentas y obstaculizadas por la necesidad de descifrar la mayor parte de los mensajes, pero Walsingham debió de comprender que los riesgos y demoras venían más que compensados por el hecho de que eventualmente podía él entregar a su reina copias de los informes enviados por el de Santa Cruz a Felipe de España, en los que se daban los mayores pormenores acerca de la Armada: número de barcos, depósitos, armamentos y personal. [8]

Walsingham siguió esta nueva fuente de información manteniendo correspondencia regular con Figliazzi, cuando el enviado toscano regresó a Florencia desde Madrid. Al mismo tiempo manifestaba grandes temores de que se revelase la identidad de Standen o de que este agente pudiese correr algún peligro. En una postdata a Burghley, escribía Walsingham: «Ruego humildemente a Vuestra Señoría que la carta de Pompeo quede reservada para vos. Sentiría muchísimo que ese caballero resultase perjudicado por culpa mía.» [9]

Walsingham fue mucho más allá de ser simplemente un receptor y un coordinador de información. Basándose en la información recibida, procedió deliberadamente a ganar tiempo —método que a lo

largo de toda la Historia ha resultado un factor vital para el Servicio de Información británico— y a procurar que los preparativos de la Armada se demorasen. Por medio de su influencia, se persuadió a unos banqueros de Génova para que retuviesen, o al menos aplazasen, los empréstitos a Felipe, de suerte que la fuente de recursos para la guerra de los españoles vino a estar bajo el control del Servicio Secreto británico. James A. Welwood, en sus *Memorias*, describe cómo Walsingham halló un medio para retrasar durante un año la invasión española, haciendo que los pagarés españoles fuesen protestados en Génova. Dícese que Thomas Sutton, un rico mercader, fue en gran parte responsable de que fuesen protestadas las letras de cambio españolas. Como resultado de todo ello, Standen pudo informar en junio de 1587 que los españoles no podían organizar aquel año una fuerza naval suficiente para lanzar una ofensiva contra Inglaterra. Así, Walsingham informó triunfalmente a Burghley de que «Vuestra Señoría podrá ver por la carta que le incluyo de Florencia cómo han quedado algo interrumpidos los preparativos extranjeros».

El «Grand Tour» de Europa no se convirtió en una fase automática de la educación de vástagos de la aristocracia y de las clases medias británicas por otros ciento cincuenta años, pero en forma limitada se practicó en la época de los Tudor. Como quiera que Italia era el centro de la cultura renacentista, se convirtió en el imán de los jóvenes turistas ingleses que completaban su educación, por medio de los cuales se desarrolló el Servicio Secreto inglés. El propio Walsingham, cuando joven, había pasado cinco años en el continente completando su educación, y gran parte de este tiempo lo había pasado en Italia. Allí no sólo había aprendido la técnica del contraespionaje según la practicaban los venecianos, sino que llegó a comprender que Italia era el lugar más estratégico para enterarse de los sucesos de España.

La verdad era que la información era difícil de obtener directamente de España. Muy pocos ingleses iban a España, salvo para comerciar, y puesto que el comercio había sido prácticamente interrumpido, un inglés en suelo español era siempre mirado con recelo. Pero España mantenía los más estrechos contactos con todas las partes de Italia, no solamente en el Vaticano, sino en Milán, —ciudad a través de la cual eran enviados refuerzos españoles a los Países Bajos—, en Génova —donde se negociaban empréstitos— y en Roma, Toscana y Saboya. Además, Felipe de España debía a sus posesiones napolitanas una considerable proporción de sus recursos navales.

Garrett Matingly en su *Defeat of the Spanish Armada* ha escrito que el Servicio Secreto de Walsingham dependía de «unos cuantos agentes mal pagados, de variable capacidad... un sistema que apenas era mayor o más eficiente, salvo por la inteligencia de su dirección y el celo de sus ayudas voluntarias, que el que cabía esperar que mantuviese cualquier embajador de primera clase a base de su propia información, un sistema del que se habrían reído los Gobiernos de Florencia o de Venecia como inadecuado para la Policía de una sola ciudad».

Es ésta una comparación algo injusta. Es cierto que la provisión de fondos para espionaje era muy poco adecuada, pero probablemente ningún otro Servicio Secreto de Europa tuvo un director tan brillante ni tan generoso a la hora de suministrar dinero de su propio bolsillo para financiar operaciones. La verdad es que, con excepción quizá de la Primera Guerra Mundial de 1914-18, en ningún período de la Historia debió tanto Inglaterra a su Servicio de Información como en los años que precedieron al ataque de la Armada española contra las costas inglesas.

3

La criptografía de los Tudor y la guerra psicológica

En tiempos de los Tudor, la eficacia del espionaje de ultramar dependía en última instancia de la eficiencia de las claves utilizadas para los mensajes. Fue en este período que abundaron los ladrones de claves y en el que comenzó una guerra privada entre servicios de espionaje rivales que intentaban robarse las cifras mutuamente.

Pero en tanto que la Europa latina continuaba aún con las cifras latinas, tanto por la rapidez como por la precisión, en el Norte se intentaba desarrollar una jerga cifrada. Walsingham había estudiado comunicaciones secretas y los métodos empleados en el Continente, tanto en Venecia como en Florencia. Trajo consigo a Inglaterra un ejemplar de un manual de criptografía de un tal Alberti, y pronto comenzó a utilizarlo. Más tarde, tanto Burghley como Walsingham prestaron especial atención a los nuevos avances criptográficos y pusieron gran confianza en los consejos de John Dee, que había realizado un gran estudio de este tema. Fue Dee el que llegó a trabar estrecha amistad con Jerome Cardan e introdujo el sistema de reja Cardan. Se trataba básicamente de una cifra muy simple, conocida a veces por el nombre de «cifra de enrejado», consistente en un bloque de letras que se lee hacia abajo verticalmente y luego otra vez hacia arriba. Dee aceptó la simplicidad de este sistema, pero sostenía que era «un criptograma infantil que cualquier hombre con sentido común debería poder resolver».

Walsingham estableció un perfeccionado departamento de cifrado en su casa de Londres y allí se emprendió la tarea no sólo de descifrar informes procedentes de espionaje que llegaban a Londres, sino también aquellos que eran interceptados de fuentes enemigas, así como de establecer una sección para especializarse en la falsificación de documentos. La eficacia de esta rama de la actividad de Walsingham podrá juzgarse por una carta del gobernador del rey de España en los Países Bajos, en la cual éste expresa sus quejas de que la noticia que envió, pese a estar en cifra secreta, fue conocida en Londres antes de que llegase a Madrid.

Uno de los hombres más hábiles empleados por Walsingham en su departamento de cifrado era un joven llamado Gilbert Gifford, que pertenecía a una familia católica y que durante algún tiempo había sido educado para jesuita. Sin embargo, al parecer no estaba hecho para la Iglesia, o acaso ésta le desilusionó, porque fue a parar a la cárcel a causa de cierta transacción ilegal; estando en ella escribió a Walsingham, ofreciéndole audazmente sus servicios para espiar a los jesuitas.

Walsingham, que era hombre cauto y realista, tuvo una entrevista con Gifford y decidió darle una oportunidad. Se permitió al joven que volviese a su casa, situada cerca de donde vivía María, reina de los escoceses. Gifford, en connivencia con Walsingham, fue inmediatamente a ofrecer sus servicios a María. La reina de Escocia empleó a Gifford como mensajero, y él pudo copiar la correspondencia tan pronto como la tenía en sus manos, volviendo a colocar los sellos con tanta habilidad profesional que nadie podía decir que hubieran sido violados.

Pronto logró Gifford obtener de entre los que rodeaban a María los métodos del departamento de cifrado pontificio, con una clave completa para toda la correspondencia. Por este descubrimiento Walsingham pudo desenmascarar la conspiración de Babington urdida para asesinar a la reina Isabel; sin embargo, en el mensaje que revelaba este proyecto, la identidad de los seis hombres que estaban implicados en el complot estaba oculta por números cifrados para los cuales no había ninguna pista en el contexto.

En ese período se usaban frecuentemente números en códigos y cifras para indicar nombres. Por ejemplo, en el código de Sir Henry Wotton, Inglaterra estaba indicada por el 39, la reina de España por el 55, Génova por el 43 y Holanda y Alemania por el 96 y el 70, respectivamente. A veces los códigos alfabéticos tuvieron que ser sustituidos por números para poder obtener la clave, y otros códigos numéricos, utilizados por Walsingham, incluían el número 3 para indicar a María, reina de los escoceses, el 30 para su hijo Jacobo y el 6 para la intrigante condesa de Shrewbury. Fue costumbre de los hombres de Estado isabelinos el utilizar códigos numéricos para referirse a personajes importantes. Randolph empleaba tales códigos numéricos en sus cartas a Walsingham.[1]

Cuando éste descubrió el complot para asesinar a Isabel, sintióse especialmente turbado al enterarse de que a los seis hombres cuyas identidades quedaban ocultas, se les suponía residiendo todos ellos

en el propio palacio de la reina Isabel. Todo cuanto podía hacer era confiar en el tiempo y esperar que la ulterior correspondencia, al ser interceptada, suministrase alguna pista para su identificación. Entonces Anthony Babington, el ardiente defensor de la reina de Escocia y artífice del complot, fue un día a la casa de Walsingham para pedir que se le confirmase su pasaporte para una visita a los Países Bajos. Mientras Babington estaba aguardando, trajeron un mensaje para el asistente que le estaba atendiendo: era del propio Walsingham, y pedía que se diese la orden a un agente para que espiase a Babington. Mientras el asistente estaba estudiando el mensaje, Babington se les arregló con astucia para tener una idea de su contenido. En el momento en que el asistente abandonó la habitación (probablemente para dar instrucciones para que se vigilase a Babington tan pronto como saliese de la casa), Babington desapareció. Poco después de esto, seis jóvenes salieron también del palacio de la Reina, donde prestaban sus servicios. Entonces, sin pérdida de tiempo, Walsingham pasó a la acción. Antes de un mes habían sido detenidos los seis jóvenes, y la reina de Escocia tuvo que hacer frente a un proceso.

La historia de la criptografía inglesa se ha caracterizado más por sus rarezas y excentricidades que por una evolución lógica de este arte. En ello reside a la vez su fuerza y su debilidad. Walsingham tuvo, sin discusión alguna, la mejor organización criptográfica de Europa, construida en gran parte sobre la base sólida del conocimiento que sus expertos poseían de los sistemas existentes en el continente y que él adaptó para su propia utilización, al mismo tiempo que los empleada para descifrar los mensajes de sus oponentes. Pero también debía mucho a las excentricidades y rarezas de John Dee, el cual redescubrió los secretos criptográficos de Trithemius, durante mucho tiempo perdidos. Durante una visita que efectuó al Continente en 1562, Dee encontró un libro titulado *Stenographia,* escrito por Trithemius, abad de Spanheim (1462-1516), y fue tanta la emoción que le produjo este descubrimiento, que lo mencionó en una carta dirigida a Sir William Cecil. El libro que él había comprado —decíale a Cecil—, había sido buscado por otros que habían ofrecido «mil coronas, y sin embargo, no pudieron obtenerlo... un libro que muchos eruditos han estado buscando y aún lo andan buscando hoy; su utilidad es mayor aún que la fama de que goza».[3]

La razón de todo ello era que en el libro de Trithemius se habían efectuado hábilmente estudios sobre el arte de la escritura cifrada, quizá la obra más importante que jamás se haya escrito sobre este tema. Que el descubrimiento de Dee fue cabalmente apreciado por Cecil resulta evidente si nos atenemos a un certificado del hombre de Estado isabelino, con fecha del 28 de mayo de 1563, en el que Cecil daba fe de que el tiempo que le había sido concedido a Dee en ultramar había resultado de inestimable valor y «perfectamente concedido».

Dee adaptó las ideas criptográficas de Trithemius y las hizo aprovechables para Walsingham. También escribió un libro sobre *The Monad, Hieroglyphically, Mathematically, Magically, Cabbalistically and Analogically Explained.* Pero, aunque este libro llegó a hacerse famoso en Europa, no llegó a ser popular en las universidades, porque jamás fue entendido. Tampoco han tenido mucho éxito los intentos que en nuestra época se han hecho para comprender dicha obra. Pero, si los eruditos no la comprendieron, los de la Corte, al parecer, le encontraron algún valor práctico. Cecil declaró que el libro era «del máximo valor para la seguridad del Reino», y parece ser que Cecil y probablemente la misma reina Isabel comprendieron que Dee estaba empleando cifras para transmitir cierta información. En la *Mónada* no se trataba de la información de un espía, sino de un científico, pero ello entrañaba la idea de que por tal medio podía comunicarse también información secreta. Un ejemplo típico de su técnica era el emplear símbolos alquímicos para comunicar una realidad científica.

En realidad, Dee embaucó a la mayoría de sus contemporáneos con la complejidad de su criptografía. Lo que parecía ser el galimatías de un excéntrico alquimista, o, en el peor de los casos, de los desvaríos de un mago negro, la mayoría de las veces no era más que la capa que cubría un mensaje secreto. El sistema de Trithemius ofrecía alguna ventaja, como la de que, poniendo atención en ello, la existencia de un mensaje cifrado podía esconderse de tal suerte que el «excipiente» estaba en un lenguaje, mientras que el mensaje estaba en otro. La base de este sistema consistía en la sustitución de letras por palabras o frases enteras, habiendo una amplia selección de frases para cada letra. Así, la palabra «bad» (malo) podía sustituirse por «Phallas is blessed of charm» (Phallas posee la bendición de su encanto) o por «you are admired by women, Astarte» (eres admirada por las mujeres Astarté), o por «A God of grace enthroned» (Un dios de gracia, sentado en su trono). Es fácil comprender cómo este método podía aplicarse para camuflar mensajes en forma de cuentos o mitos que parecían de lo más inocente; no obstante su gran inconveniente era que el mensaje cifrado resulta mucho más largo que el texto «excipiente», y por ello se tardaba tanto en descifrar.

En gran parte sigue siendo un misterio lo que realmente consiguió realizar Dee en el campo de la criptografía. Que sus estudios de criptografía en el Continente y en otros lugares fueron de enor-

me importancia para Walsingham y Burghley (y posiblemente incluso para la propia Isabel), no es posible dudarlo en modo alguno. Que él mismo utilizó cifras de varias clases tanto para sus Diarios como para sus cartas, queda demostrado por mucho de lo que se ha conservado en sus manuscritos del Museo Británico y de la Biblioteca Bodleiana de Oxford. Pero una gran parte del contenido de los manuscritos todavía deja perplejos a los más entusiastas buscadores de cifras ocultas. Dee, al seguir a Trithemius y tratar de buscar la cifra perfecta en muchos casos ha dejado intrigada a la posteridad, y lo abstruso de sus códigos puede que haya exasperado a sus contemporáneos en tiempos de crisis.

Con todo, existen impresionantes pruebas de que Dee hizo pasar una extraordinaria cantidad de información recogida en sus viajes por el Continente y en misiones secretas por medio de sus «conversaciones angélicas». Sólo una porción de ellas se conserva todavía, y se encuentran en su *Libri Mysteriorum,* en los Manuscritos Sloane. Las «conversaciones angélicas» son un registro efectuado por Dee de «conversaciones» y visiones que él pretendía haber tenido mientras miraba la bola de cristal, con la ayuda de su socio, Edward Kelley. Cuando estos manuscritos fueron examinados por vez primera por los eruditos, generalmente fueron rechazados como «sueños inaprovechables de las ciencias ocultas» o como «delirios de magia negra».

En realidad, Dee no era ningún «mago negro», aunque, con arreglo a las normas del Renacimiento, pudiera haber sido designado como un «mago blanco» que aplicaba una mente científica a los misterios ocultos. Fue el doctor Robert Hooke quien, en el siglo siguiente, buscó por primera vez una explicación criptográfica de las «conversaciones angélicas», o para ser más exactos, trató de analizar los registros afectuados por Dee de lo que los ángeles le dijeron, y las respuestas que ellos dieron a sus preguntas, formuladas por su socio, Edward Kelley. Hooke, en un escrito dirigido a la Royal Society, declaró que «la mayor parte del libro, especialmente todo lo que se refiere a los Espíritus y apariciones, junto con nombres, discursos, vestidos, oraciones, etcétera, todo ello es criptografía... él [Dee] utilizó este modo de ocultación para evitar ser descubierto en caso de que incurriese en sospechas acerca de los verdaderos propósitos de sus viajes, o de que el nombre cayese en manos de algunos espías que pudiesen traicionarle o revelar sus intenciones».

Hooke pretendía haber descubierto varios mensajes ocultos en las «conversaciones angélicas», en tanto que otros investigadores han descubierto recientemente otras pistas.[3] Estas revelaciones no sólo ofrecen una idea notable de Dee como agente secreto, sino

que muestran cómo su erudición le permitía descubrir los complots más complicados. James Welwood, que escribió un siglo después acerca de la Armada Española, describió el modo cómo Walsingham obtenía información referente a los planes españoles. Welwood pretendía que Walsingham oyó que Felipe había enviado una carta al Papa en la que le hablaba con detalle de sus planes bélicos. Entonces Walsingham envió instrucciones a «uno de sus espías en Roma» para que le procurase una copia. El espía persuadió a un gentilhombre de la cámara pontificia para que sacase la carta del gabinete del Papa y la copiase. No hay pruebas contemporáneas en apoyo directo de este relato, pero, dado que Dee suministraba en esa época una gran cantidad de información sobre los asuntos de España, es posible que la verdadera historia sea la de que él obtenía esta información de su conocido doble agente, Francesco Pucci, en Cracovia. Entre las acusaciones lanzadas contra Pucci por las autoridades vaticanas hubo la de que él había intentado robar algo de la correspondencia del Papa con Felipe de España. Dee estaba en estrecho contacto con Pucci durante ese período.

Ciertamente, antes que Walsingham lanzase su *The Plot for Intelligence out of Spain* en 1587 había recibido de Dee información vital acerca de las intenciones de los españoles. Esta información era la de que los españoles sabían que Inglaterra iba a construir barcos de guerra nuevos y mayores, y que la única manera de impedirlo era atacando los suministros de madera que recibía Inglaterra. En aquellos días, la Selva de Dean era el centro neurálgico de la construcción de barcos ingleses, porque la mayor parte de la madera para los astilleros de Isabel procedía de esta selva real. El mensaje de Dee, transmitido en forma de conversación con un ángel llamado Madimi, fue que un pequeño grupo de franceses que actuaba como agentes de los españoles iban a la Selva de Dean para persuadir y sobornar a algunos de los guardabosques para que quemasen los árboles.

Era un plan audaz, y si el mensaje de Dee no hubiese permitido poner en guardia a los Verderer para que vigilasen a los agentes españoles, el daño que hubiera podido ocasionarse habría sido muy grande. Cuando fueron detenidos los agentes se supo que habían pretendido derechos de usurpador en el bosque y que estaban planeando una serie de incendios simultáneos en puntos clave de la región.[4]

Posiblemente la advertencia de este complot para dar un golpe dentro de la propia Inglaterra convenció a Walsingham de que los españoles tarde o temprano desencadenarían un ataque. En 1588, Anthony Standen fue personalmente a Madrid y puso al corriente

a Walsingham de los planes de los españoles directamente desde la capital de España.

Dado que las noticias procedentes de España eran cada vez más alarmantes, Walsingham aumentó el número de sus agentes. Fue como una partida de póquer jugada con nervios de acero, y apostando Walsingham su propio dinero para convencer a la Soberana de que su reino estaba amenazado. El gobernador inglés de Guernsey recibió instrucciones para que transmitiese detalles de todos los rumores recogidos por los capitanes de buque británicos que visitaban puertos españoles. Incluso se recurrió a los buenos oficios del embajador portugués en Londres (doctor Hector Nunez), en un esfuerzo por establecer un cerco de espionaje en Lisboa; Nicholas Ousley, uno de los agentes más audaces y asiduos dentro de España, estuvo transmitiendo información desde Málaga hasta el mes de abril de 1588.

Walsingham sabía que tenía que jugar con el tiempo: la Armada tenía que retrasarse por lo menos un año antes de que zarpase para ir contra Inglaterra. No sólo distaban mucho de ser completos los preparativos de Inglaterra para hacer frente a los invasores, sino que Isabel no estaba aún plenamente persuadida de la existencia de los peligros. Incluso cuando, en 1587, logró finalmente convencerla de la amenaza española, aún no había conseguido persuadirla para que hiciese frente a la misma con audacia. Isabel era contemporizadora por naturaleza, aunque no carecía de valor cuando estaba completamente convencida de la necesidad de una determinada forma de acción. A Walsingham no le facilitaban la tarea los incendiarios del «partido bélico», todos los cuales eran partidarios de una acción inmediata incluso antes de que Inglaterra estuviese del todo preparada.

Al aumentar la amenaza española, pronto se hizo evidente para Walsingham que la defensa de Inglaterra dependía principalmente de la cantidad de información que ésta recibiese. A partir de ello, era posible para una flota mucho más pequeña y unas fuerzas militares mucho más reducidas, prepararse eficazmente contra España y finalmente igualar el poderío de esta nación. Poseía informes precisos que le daban no sólo el número de unidades de la flota española, sino incluso sus disposiciones, tonelaje, municiones, soldados, marineros, provisiones e incluso el número de sus galeotes. Walsingham sabía también que el Papa estaba dispuesto a cooperar en el ataque español contra Inglaterra, y también que el duque de Parma proyectaba lanzar embarcaciones planas a través del Canal, desde los Países Bajos, tan pronto como la Armada obtuviese el control del Canal de la Mancha.

Una característica del Servicio Secreto británico a través de su

historia ha sido que ha conseguido atraer a cierto número de escritores a sus filas. En tanto que en los Servicios armados ha existido tradicionalmente una marcada desconfianza e incluso repugnancia hacia los escritores (lo cual viene tipificado por el comentario del duque de Cambridge cuando le dijeron que cierto oficial era también escritor: «Siempre me había parecido que en ese sujeto había algo que no funcionaba bien»), en cambio, en el Servicio Secreto los escritores han sido bien recibidos y alentados. En cualquier época que busquemos hallaremos a un escritor desempeñando un papel clave dentro de la organización: en el siglo XVII, a Daniel Defoe; en el XVIII, al dramaturgo Leonard MacNally; en el XIX, a Sir Richard Burton, y en el siglo actual, a Somerset Maugham. En el siglo XVI, el escritor más célebre que espió por cuenta de Walsingham fue Christopher Marlowe, poeta y dramaturgo. Su verdadero papel en el espionaje queda, en cierto modo, envuelto aún en el misterio, pero se trataba de una empresa importante y patriótica, aunque algo cínica y maquiavélica.

La carrera de Marlowe como espía se inició siendo un joven estudiante en Cambridge. En los años que siguieron inmediatamente a 1580, Walsingham reclutó a muchos jóvenes de Cambridge, algunos de ellos fiados en el consejo de John Dee, que, a su vez, también había estudiado en Cambridge. Hay pruebas de esto procedentes de fuentes enemigas, suministradas por el padre Robert Parsons, el agente jesuita que huyó a Ruán después de la detención del padre Campion. En uno de los informes de Parsons al cuartel general que tenían los jesuitas en Roma, con fecha del 26 de setiembre de 1581, declaraba: «en Cambridge yo llegué a introducir a cierto sacerdote dentro de la misma Universidad disfrazado de estudiante, y le procuré ayuda desde un lugar no lejos de la ciudad. En el espacio de unos cuantos meses, él envió a Reims siete jóvenes bien preparados».[5]

Aquí estaban entretejidos inextricablemente el espionaje y el contraespionaje enemigo. Parsons era un adversario encarnizado de Walsingham, el cual, en tanto que admitía que «mantenía la reputación de hombre honrado», en cambio, declaraba que «se dejaba arrastrar violentamente por la locura de los calvinistas... apoyaba a Leicester en todo, pero principalmente en dos cosas: la primera, cuando se trataba de proscribir, de matar, encarcelar o arruinar a los católicos; la segunda, cuando deseaba controlar los asuntos de los Estados vecinos o sembrar guerras y disensiones en medio de ellos... Aderezaba estas noticias, verdaderas y falsas, con la salsa adecuada al paladar de la Reina».

Fue entre los meses de febrero y julio del año 1587 cuando

Marlowe ejerció su mayor actividad como agente secreto. Al parecer, sirvió a su país pretendiendo ser un simpatizante católico y probablemente fuera uno de los «siete jóvenes bien preparados» que fueron atraídos hacia Reims por el padre Parsons. Sea como fuere, el caso es que fue a Reims donde recibió hospitalidad del duque de Guisa, líder del catolicismo ortodoxo y aliado de Felipe de España, debido a su declarada afición por el ritual católico romano. Parece que no hay duda de que Guisa esperaba utilizarle a él y a otros jóvenes ingleses para conspirar contra Isabel. Pero es igualmente evidente que fue al extranjero con la connivencia de las autoridades inglesas para espiar a los conspiradores católicos, fingiendo ser uno de sus aliados.

En realidad, Marlowe no era sino uno más entre los numerosos escritores jóvenes que se convirtieron en espías bajo la dirección de Walsingham. Otros que ingresaron en el Servicio Secreto fueron Matthew Roydon, amigo de Marlowe y escritor de exquisita prosa, Anthony Munday, actor y dramaturgo, que fue a Roma para vigilar el Seminario inglés allí radicado, y William Fowler, el poeta escocés. Aparte de éstos, se cree que tanto Philip Sidney como Ben Jonson se entregaron a ciertas acciones de espionaje, aunque, en el caso de Jonson, las pruebas son únicamente circunstanciales.

El contraespionaje de Walsingham contra los católicos fue despiadadamente eficaz, aunque existen algunas pruebas de que en ocasiones las venganzas personales y el fanatismo religioso interfirieron la labor realizada. Puede criticarse a Walsingham el haber utilizado en ocasiones a pícaros redomados para espiar a los católicos. Uno de ellos fue Thomas Rogers, alias Nicholas Berden, el cual conquistó la confianza de muchos católicos conspicuos y obtuvo no sólo detalles de sus planes, sino datos relativos a todos los sacerdotes conocidos del país. Berden fue un agente especialmente vengativo, a quien se dieron excesivos poderes, incluidos los de recomendar lo que debía hacerse con los sacerdotes encarcelados. Sus comentarios marginales en las listas de tales sacerdotes atestiguan elocuentemente su actitud para con ellos: «le devuelvo su nota», escribía a Thomas Phelippes, descifrador principal de Walsingham, y añadía «que he examinado bien, conforme a mis conocimientos e inteligencia. Las personas que he marcado como para ser ahorcadas son de las mentes y disposiciones más traicioneras. Las que he señalado para el destierro son en su mayoría las más idóneas para el susodicho fin, porque son excesivamente pobres y pendencieras... Creo que lo mejor que podría hacerse sería ahorcarlos a todos». [6]

Sin embargo, Berden no permitió jamás que su odio hacia los católicos le impidiese pedir clemencia cuando había en perspectiva una buena recompensa. Era capaz de dejarse sobornar, y resulta difícil creer que Walsingham no se hubiese dado cuenta de ello. Quizá Walsingham aceptaba la corruptibilidad como una parte del juego, quizás estuviera persuadido de que formaba una parte esencial del contraespionaje el que permitiendo que un sacerdote quedase libre a cambio de un soborno, pudiera obtener una información que contribuyera a atrapar a otros tres curas más peligrosos. En cuanto a la corruptibilidad de Berden, su correspondencia con Thomas Phelippes revela lo siguiente: «Si vos podéis procurarme la libertad de Ralph Bickley en manos de su Honor, ello me valdrá veinte libras, y la libertad de Sherwood, alias Carlisle, me valdrá treinta libras... Ese dinero me causará gran placer, hallándome ahora en extrema necesidad; no sé cómo voy a salir adelante ahora sin dinero.» [7]

Sin embargo, a pesar de toda la evidencia de las conspiraciones contra su augusta persona y de los planes de invasión de los españoles, Isabel todavía dudaba en suministrar fondos para repeler un ataque. Walsingham debió de hallarse al borde de la desesperación a fines del año 1587 y a principios de 1588: «Nuestra manera de proceder, fría y despreocupada, en este tiempo de peligro —escribió al conde de Leicester el 12 de noviembre de 1587— es causa de que no encuentre consuelo en haber recobrado la salud, porque veo con toda claridad que, a menos que Dios se apiade de nosotros y nos conserve milagrosamente, no podremos resistir mucho tiempo.»

John Dee había aplicado sus estudios científicos a la labor de calcular minuciosamente las perspectivas del tiempo para 1588. Había advertido seriamente que ese año cabía esperar tormentas violentas y anormales y que esto debía tomarse en consideración al prepararse para resistir a la invasión. Estas advertencias fueron hechas en cierto modo también por otros astrólogos y profetas del tiempo, y también fueron explotadas por los propagandistas. A través de toda Europa había habido advertencias de un desastre inminente, unido a tempestades devastadoras. Los agoreros de cada nación interpretaron estas siniestras profecías con arreglo a sus propios prejuicios y políticas nacionales. En Amsterdam y en París, almanaques proféticos predecían violentas tempestades, terribles inundaciones, granizo y nieve en medio del verano y convulsiones del océano. En España, el reclutamiento se vio afectado por las profecías, hubo deserciones de la Armada, y en Lisboa un astrólogo fue arrestado «por hacer predicciones falsas y desalentadoras».

Estas advertencias fueron explotadas hábilmente por el Servicio Secreto inglés y especialmente por John Dee. En cuanto a

si él creía todo lo que pronosticaba, ya es otra cuestión: las profecías de violentas tormentas cuando la Armada zarpó se vieron completamente corroboradas. Pero existen algunas pruebas de que Dee y otros miembros del Servicio Secreto se entregaron a una guerra psicológica con sus predicciones astrológicas, esperando crear con ello un ambiente de desaliento y lograr que la salida de la Armada se aplazase aún por más tiempo. En sus «conversaciones angélicas» Dee había hecho al emperador Rodolfo de Bohemia y al rey Esteban de Polonia terribles predicciones acerca de violentas tempestades que serían la causa de la caída de un poderoso imperio en 1588. Rodolfo, que creía en la astrología, transmitió estas advertencias al embajador español y al nuncio pontificio; éste, a su vez, las transmitió al Vaticano. Dee tenía buenas razones para utilizar a Rodolfo para propagar estas noticias, porque el Emperador se comunicaba con un gran número de astrólogos de lugares tan distantes como Sicilia, España y Dinamarca, empleando a menudo un correo especial para llevar su información acerca de tales asuntos.

Ahora bien, los expertos que leían el tiempo con arreglo a las estrellas, habrían estado seguros de confirmar las predicciones de Dee respecto a que haría un tiempo excepcionalmente malo en 1588, y esto les habría hecho dignos de crédito en cuanto a los otros informes referentes a la destrucción de un poderoso imperio. Tampoco carece de significado, si consideramos esta forma sutil de guerra psicológica, el hecho de que las autoridades inglesas intervinieran cerca de los impresores para impedir la publicación de profecías que difundiesen desaliento. Walsingham, habiéndose enterado de los efectos que las advertencias ocasionaban en el extranjero, probablemente no quería que la guerra psicológica de Dee repercutiese como un boomerang contra el pueblo inglés y causase el desánimo en la propia nación. Porque los agentes que esparcían estos rumores eran lo suficientemente inteligentes para no señalar a España ni a ningún otro imperio, como el que probablemente habría de sufrir el desastre. Una cierta vaguedad resultaba mucho más eficaz

Uno de los relatos de Dee, por medio de la bola de cristal, de aquel entonces se refería a una visión de castillos que surgían de las olas del mar, con los puentes levadizos levantados y señalando hacia una dirección, pero «con sus habitantes mirando hacia otro lado y presentando hacia allá su amenaza. Su navegación no debe tenerse en cuenta, porque no tomarán la dirección que parece han de tomar, y no serán apartados de su verdadero designio hasta que los ángeles desde la torre del vigía... hagan la señal Ohooohaatan».[8]

«Ohooohaatan» era el nombre, en el lenguaje del código secreto de Dee, enoquiano, para designar a uno de los cuatro grandes Reyes Elementales.[9] Éste era el Rey del Fuego. Superficialmente, este relato parecía ser, ni más ni menos que la clase de simbolismo abstracto con las divagaciones cabalísticas que constituían el rasgo principal de las «conversaciones» con los ángeles a través de la bola de cristal. Pero también podía tratarse de una pista que condujera a cierta información que Dee había conseguido acerca de las intenciones del duque de Parma. Posteriormente, el duque trató de despistar a los ingleses poniendo en circulación la idea de que la Armada no se dirigiría hacia Inglaterra, sino que se estaba preparando para atacar a Walcheren. Probablemente Dee intentaba prevenir a Walsingham contra este ardid y le instaba a que evitase una trampa. También exhortaba a que la flota inglesa emplease sus brulotes contra la Armada, que era exactamente la política que ellos adoptaron.

Las tensiones entre el espionaje y el contraespionaje cobraron sus tributos en los agentes; en muchas ocasiones, valientes y leales agentes sufrieron debido a que incluso en Whitehall fueron aceptados algunos maliciosos informes en contra de ellos. Esto tal vez fuera más cierto en el caso de Burghley que en el de Walsingham. Este último estaba dispuesto a pasar por alto muchas cosas, incluso informes de corrupción y doble juego con tal de poder obtener una información que en su opinión compensase con creces de cualesquiera otras desventajas que pudieran presentar los agentes. Esto valía tanto para Dee como para Berden. Con todo, el propio Dee incurrió a menudo en sospechas, aunque más como mago negro que por cualquier otro motivo. La muerte de Marlowe continúa siendo un misterio. A Frizer, su asesino, se le indultó, y nadie se ha explicado nunca satisfactoriamente qué es lo que Robert Poley, conocido espía del Servicio Secreto, estaba haciendo en un aposento de la taberna de Deptford en el momento en que Marlowe fue muerto a puñaladas. Poley había sido mayordomo de Lady Sidney, la hija de Walsingham, y era una figura clave en la red del espionaje. Es posible que alguien quisiera liquidar a Marlowe, probablemente porque era muy franco y poco discreto en sus conversaciones. Quizá Marlowe arriesgó su vida al escribir un peligroso epigrama; en todo caso no hay pruebas de que fuese desleal.

Por otro lado, el doctor William Parry, miembro del Parlamento, pagó con su vida su doble juego. Tanto Walsingham como Burghley sabían que él era un delincuente convicto, un cazador de dotes y un agente doble, pero retuvieron sus servicios porque la información que les procuraba era valiosa. Burghley, no obstante,

tramó con singular crueldad y sangre fría el modo de desembarazarse de él. Actuando bajo instrucciones en calidad de *provocateur,* Parry sugirió a un católico romano, Edmund Neville, una conspiración para asesinar a la reina Isabel. Neville desconfió de Parry, y refirió la conversación a Burghley, el cual pretendió creer en la conspiración, y como resultado de todo ello Parry fue arrestado y ejecutado.

4

Sir Henry Wotton y Thomas Chamberlain

Con la muerte de Sir Francis Walsingham en 1590, el Servicio Secreto inglés perdió a su verdadero pionero, no quedando nadie del mismo calibre que pudiera ocupar su puesto. Un agente español escribió a Felipe de España, poniéndole al corriente de lo sucedido: «El secretario Walsingham acaba de expirar, por lo que aquí la pena es muy grande.» «Ahí, por supuesto —escribió el monarca en un comentario marginal a la carta—, pero aquí es una buena noticia.» [1]

Pero la tradición de espionaje que Walsingham con tanta paciencia había ido formando, fue continuada, aunque de un modo más ortodoxo que anteriormente. En suma, los ingleses volvieron a la tradición anterior a Walsingham de confiar en sus embajadores para la mayor parte de la información, que era la política que había seguido España, hasta entonces principal rival de Inglaterra. Podían encontrarse agentes españoles en todas las Cortes europeas, siempre bajo la capa de la diplomacia. En una ocasión llegó a haber cuatro embajadores españoles en Viena, cada uno de ellos provisto de cartas de crédito.

Inglaterra continuaba considerando Italia como el mejor puesto de escucha de Europa, y Venecia como un lugar de importancia excepcional. Por ello no es sorprendente descubrir que el supremo ejemplo de organización de espionaje enmascarada bajo una capa de diplomacia hubiera de hallarse en el reinado de Jacobo I en Venecia, donde Sir Henry Wotton era embajador.

Sir Henry expresó esto en forma desabrida. En el álbum de un amigo, en Augsburgo, escribió lo siguiente: «Un embajador es un hombre honrado, enviado a mentir al extranjero para bien de su país.»

Sir Henry Wotton (1568-1639) nació en Boughton Malherbe, en

Kent, que fue el lugar de residencia de la familia Wotton por espacio de más de cuatro siglos. Cortesano, diplomático y poeta, logró tanto éxito en la literatura como en la diplomacia. Ciertamente, su poesía fue a menudo utilizada en la causa de la diplomacia, como en su oda a Isabel de Bohemia:

So, when my mistress shall be seen
In form and beauty of her mind,
By virtue first, then choice a Queen,
Tell me, if she were not design'd
Th'eclipse and glory of her kind.[2]

En la iglesia de Boughton Malherbe reposa Sir Leonelle Sharpe, que fue capellán del favorito de la reina Isabel, Essex, y que, después de que Essex perdiera la cabeza, al ser decapitado, convirtióse en capellán de la Reina. Una solución afortunada. También Wotton fue afortunado, puesto que era secretario del conde de Essex, pero tuvo la feliz ocurrencia de abandonarle antes de que éste cayera en desgracia.

Wotton se trasladó a Venecia, donde en 1602 emprendió su primera misión de espionaje. Disfrazado y utilizando el nombre de Octavio Baldi, fue enviado por el duque de Toscana para poner en antecedentes a Jacobo VI de Escocia de una conspiración que se estaba tramando contra él. Wotton tuvo su recompensa un año después, cuando el agradecido Jacobo VI de Escocia se convirtió en Jacobo I de Inglaterra y le nombró embajador inglés en Venecia.

Se trataba de un puesto difícil y a menudo peligroso para cualquier embajador. Bajo Jacobo I, Wotton cobraba tres libras, seis chelines y ocho peniques al día y una suma adicional de cuatrocientas libras para cubrir los gastos de los correos y del Servicio Secreto. No era una suma elevada si consideramos que tenía que mantener a sus colaboradores y a su familia. En Venecia, cualquier funcionario al que se viese conversando con un ministro extranjero se exponía a ser castigado a prisión perpetua, de modo que Wotton tuvo que realizar su juego diplomático con grandes precauciones. Era una situación en la que tenía que emplearse el soborno, ya que nadie, en tales condiciones de servicio, quería asumir riesgos sin que se le pagase por ello. El propio Wotton aceptó una pensión del duque de Saboya. La práctica del soborno se hallaba extendida como un método más de la diplomacia.

De gran talento, con disposiciones artísticas, dotado para el epigrama, Wotton era el agente secreto-embajador por excelencia.

Gozando de la confianza de su rey, organizó su propio Servicio Secreto que, en efecto, fue durante algunos años el más poderoso que había tenido Inglaterra, aun cuando estuviese regido desde Venecia. Atrajo hacia su Embajada al hampa de la diplomacia, y confesaba paladinamente que los bellacos resultaban muchísimo más útiles que los hombres honrados en lo relativo a los aspectos más prácticos de la diplomacia. Consideraba la verdad con cinismo: «Decid siempre la verdad —aconsejaba en una ocasión a un joven diplomático— porque jamás os creerán; y de este modo la verdad estará con vos y pondrá a vuestros adversarios en un aprieto.»[3]

Sir Henry era también partidario de acrecentar sus propios fondos del Servicio Secreto vendiendo alguna información confidencial a otros Gobiernos amigos. Dio al Gobierno veneciado información relativa a las actividades de los jesuitas, al propio tiempo que las transmitía a Jacobo I. Estableció agentes en Roma, Turín y Milán, así como en Venecia, y robaba la correspondencia a los jesuitas. Su organización era eficiente, puesto que efectuó un estudio de los sellos empleados por los jesuitas en sus mensajes, descubrió la identidad de sus correos y los métodos que usaban para sus comunicaciones. Su sentido del humor iluminaba incluso los actos más arriesgados de espionaje. «Debo confesar que siento especial predilección por los paquetes que van de uno a otro de estos santos padres.» Una vez que había interceptado los paquetes, leído y copiado su contenido, dejaba que continuaran su curso hasta llegar al destinatario.

Jacobo I dudaba de sí mismo con respecto a sus propias preferencias religiosas, y aún estaba menos seguro de lo que su pueblo quería que él fuese. Hijo de una católica, María Estuardo, e indiferente protestante él mismo, Jacobo decidió que fuese el espionaje el que decidiese si había de mantener abiertas sus líneas de comunicación con los católicos en el Continente, que podían ser sus aliados en potencia, o si él había de estar perpetuamente al acecho, tratando de descubrir complots de los jesuitas.

Sin duda alguna, en los primeros días, Sir Henry Wotton jugó con su soberano, puesto que el Gran Duque Fernando de Toscana había sido un católico influyente y un mediador entre Enrique IV de Francia y el Papa. Pero las necesidades del Servicio Secreto eran tales que las órdenes eran comunicar con los católicos, pero no contraer compromisos con ellos. Solamente un hombre de la habilidad de Wotton, que personalmente era protestante, pudo haber negociado las trampas de Venecia, donde él se encontraba rodeado de católicos. Cuando Wotton llegó a la ciudad como embajador, el Papa advirtió a los enviados católicos que no tuviesen

tratos con él: «Os prometo que si dejáis que los ingleses abran una casa de cambio en Venecia, yo jamás me resignaré a ello, aunque tuviese que acabar siendo azotado vivo en esa ciudad.» [4]

Fue bajo Jacobo I que Inglaterra se dio cuenta por vez primera de la necesidad de una forma de espionaje comercial e industrial. Jacobo temía que el creciente poderío y el comercio de los holandeses socavasen gravemente el tráfico de Inglaterra. Thomas Phelippes, el antiguo descifrador de Walsingham, creó una agencia de espionaje comercial a escala reducida y la cual se extendió luego desde los Países Bajos hasta lugares tan lejanos como Suecia y Rusia. Suecia presentaba entonces un interés especial para los comerciantes y fabricantes ingleses, sobre todo en relación con la industria sueca del hierro, que se había hecho grandemente competitiva.

A la sazón, en el Ejército sueco había un oficial inglés, el capitán Thomas Chamberlain, que se había visto envuelto en el espionaje comercial. Varios mercaderes ingleses en el norte de Rusia persuadieron a Chamberlain para que presentase una solicitud a Jacobo I, rogándole que aceptase el trono moscovita, ya que el Zar había muerto y los boyardos no sólo estaban buscando un nuevo gobernante, sino que habían prestado juramento de elegir a uno que no fuese ruso. Algunos de estos nobles rusos estaban dispuestos a aceptar a Jacobo como su soberano.

Chamberlain, que sabía muy bien las ventajas financieras y comerciales que podían obtenerse si Jacobo aceptaba el trono de Rusia, se entrevistó con Lord Dorchester, Secretario Principal de Estado, y le describió en términos exagerados la riqueza de Moscovia añadiendo que el ofrecimiento del zarato era «la más grande y feliz oferta que jamás se le había hecho a ningún rey de este reino, desde que Colón ofreció al rey Enrique VII el descubrimiento de las Indias Occidentales». [5]

La perspectiva de un aumento del comercio para Inglaterra como resultado de la aceptación de esta oferta tentaba grandemente a los mercaderes ingleses, cuya injerencia personal en el espionaje había contribuido a tal situación. Era ciertamente una oportunidad magnífica, pero en Rusia ya no existía la misma relación eficiente entre el Gobierno y el Servicio Secreto, como en los tiempos de Walsingham. John Dee había tenido tanto éxito en penetrar en los círculos zaristas, que incluso había recibido de parte del Zar un ofrecimiento de empleo; sin embargo, había rehusado. En esta ocasión, en el reino de Jacobo, hubo una lamentable falta de previsión por parte de los mismos agentes ingleses. Descuidaron el mantenimiento de relaciones con los boyardos, mientras Jacobo estaba considerando la oferta. Jacobo se

sintió lo suficientemente impresionado como para enviar dos agentes a Rusia con la misión de seguir discutiendo el asunto, pero cuando llegaron, un nuevo Zar, Mijail Romanof, había sido ya elegido en el mes de marzo de 1613.

Un esfuerzo más afortunado, aunque insólito, en el campo del espionaje, fue el que realizó casi él solo un tal Richard Foley, que se hallaba dedicado a la industria siderúrgica cerca de Stourbridge. Vio la supremacía propia y la de otros forjadores ingleses amenazada por la competición de los siderúrgicos suecos que habían descubierto un nuevo procedimiento conocido con el nombre de *splitting*. Los detalles completos de la empresa de Foley quizá jamás serán conocidos, ya que gran parte de ella está entretejida en la leyenda y la chismografía, y no es fácil separar la realidad de la ficción. Cuenta la leyenda que Foley, que había sido violinista en una aldea antes de establecer sus fundiciones de hierro, fue al Continente, disfrazado de músico ambulante, yendo de ciudad en ciudad, en Bélgica, Alemania, Italia y España, recogiendo secretamente información referente a las técnicas de los forjadores. Lo que es seguro es que fue a Suecia, donde, haciéndose pasar por trabajador del hierro, consiguió trabajo en varias factorías descubriendo así el secreto del procedimiento del *splitting*. Al volver a su país, persuadió a algunos amigos para que formasen sociedad con él en la construcción de maquinaria para operar con el nuevo procedimiento. Foley fracasó en este experimento, pero sin arredrarse por ello, volvió a Suecia en busca de más información. Su segunda tentativa tuvo éxito; introdujo una máquina de *splitting* en Stourbridge, labrando la fortuna de la familia Foley. En el espacio de algunas generaciones los Foley figuraron en el número de los aristócratas rurales de Worcestershire e ingresaron en la categoría de los pares. Richard Foley murió en 1657 a la edad de setenta y cinco años. [6]

El caso de Richard Foley merece ser mencionado aunque no sea más que para mostrar que bajo Jacobo I (y ciertamente, para este asunto, también bajo Carlos I) la empresa privada fue a menudo más eficaz en el espionaje que la del Servicio Secreto oficial. Quizás el factor que redujo la eficacia del Servicio Secreto en el reinado de Jacobo I fue la debilidad del propio Rey y lo poco que en él podía confiarse. El «loco más sabio de la cristiandad» no sólo vaciló al hacer su política, sino que frustró las oportunidades de sus agentes al burlarse a menudo de ellos prometiendo que les pagaría ciertas sumas de dinero y negando luego haber hecho la promesa. Desconfiaban de él los extranjeros y también sus propios diplomáticos, no tan sólo por su tacañería,

sino también por su indiscreción y por ser incapaz de guardar un secreto. Lo que menos podía guardar Jacobo era un secreto de Estado. Cualquier cosa que se le dijese sobre cuestiones de Información, indefectiblemente lo transmitía al embajador español en Londres, y no debe extrañar el que muchos de los secretos que le suministraba su Servicio de Información volvieran luego a las Cortes continentales de donde habían salido.

Tampoco debe extrañar que con la subida al poder de un experto en el manejo del espionaje como el astuto cardenal Richelieu, en Francia, la poderosa red de espionaje inglés, organizada tan hábilmente y con tanto esmero por Walsingham, retrocediese al sistema desorganizado de los primeros Tudor. Asimismo, los Estuardo habían reducido tanto los contactos diplomáticos con el Continente, que el eficiente sistema de comunicaciones secretas había decaído lamentablemente. Como consecuencia de ello, la criptografía se hallaba de capa caída en Inglaterra en unos momentos en que se estaba perfeccionando y desarrollando en el Continente, por obra del sistema Gronsfeld en Alemania, y por Rossignol en Francia.

Por otro lado, la criptografía inglesa aún debía mucho a sus innovadores aficionados, los cuales, eludiendo los sistemas complicados, a menudo fueron capaces de dejar perplejos a los descifradores por la simplicidad de sus métodos. Durante la guerra civil, la necesidad de la criptografía cobró de nuevo extraordinaria importancia, y los aficionados se sentían a sus anchas. Cuando Sir John Trevanion fue encerrado en el Castillo de Colchester durante la guerra civil, por hacer causa común con los realistas, la ejecución se presentaba para él como algo casi ineludible. Por consiguiente, estaba celosamente vigilado, y toda su correspondencia era cuidadosamente examinada por descifradores, antes de que se le permitiera leerla. Una carta de apariencia inocente fue examinada y luego transmitida a él. Decía lo siguiente:

«Worthie Sir John: Hope, that is the beste comfort of the afflicted, cannot much, I fear me, help you now. That I would saye to you, is this only: if ever I may be able to requite that I do owe you, stand upon asking me. 'Tis not much I can do: but what I can do, bee you verie sure I wille. I knowe that, if dethe comes, if ordinary men fear it, it frights not you, accounting it for a high honour, to have a rewarde of your loyalty. Pray yet that you may be spared this soe bitter cup. I fear not that you will grudge any sufferings; only if bie submission you can turn them away, 'tis the part of a wise man. Tell me, as if you can, to do for you

any thinge that you wolde have done. The general goes back on Wednesday. Restinge your servant to command.

R. T.»[7]

(Apreciado Sir John: la esperanza, que es el mejor consuelo de los afligidos, me temo que ahora ya no puede ayudaros mucho. Lo que yo quisiera deciros es únicamente esto: si alguna vez pudiera pagaros lo que os debo, no dejéis de pedírmelo. No es mucho lo que puedo hacer por vos: pero lo que yo pudiere hacer, tened por seguro que lo haré. Ya sé que si llega la muerte, tan temida del común de las gentes, a vos no os asusta, considerando que es un gran honor el recibir tal pago por vuestra lealtad. Sin embargo, rezad para que pueda pasar de vos un cáliz tan amargo. No temo que rechacéis los sufrimientos, sólo que si con la resignación podéis ahuyentarlos, ello forma parte de un hombre prudente. Decidme, si podéis, que haga por vos cualquiera cosa que quisierais que hiciese. El general regresa el miércoles. Queda a vuestra disposición vuestro servidor.

R. T.»)

Sir John pasó tranquilamente el día en su celda. Por la noche, pidió que le dejasen ir a la capilla a rezar. Parecía una petición razonable, por cuanto la capilla tenía solamente una puerta y angostas ventanas situadas a gran altura en las paredes. La fuga parecía imposible. Por ello Sir John fue dejado solo, rezando frente al altar. Los guardianes esperaban fuera, pero después de una hora, comenzaron a preocuparse y entraron para ver qué estaba haciendo.

Sir John se había esfumado. Aquella carta de apariencia inocente, era una clave arreglada de antemano, basada en un conocido sistema que ciertamente no habría asombrado a los expertos en criptografía de Walsingham. Las pistas se encontraban en la puntuación, que, como puede observarse, era muy extraña en algunos lugares (ciertamentse, revelaba todos los indicios de un cifrado hecho de prisa y no muy inteligentemente). Las letras terceras después de cada signo de puntuación iban deletreando el mensaje: *Panel at east end of chapel slides* (El panel oriental de la capilla puede deslizarse).

Quizá parezca sorprendente que semejante cifra sea descrita como simple en la época de los Estuardo. Pero hay que tener presente que el desciframiento en el período del Renacimiento en general y en la época de Isabel en particular, había sido elevado a un alto nivel de eficiencia. Walsingham había descubierto la mayor parte de las claves conocidas de aquella época, y la única

causa de que Inglaterra se hubiera visto relegada a una condición tan precaria en lo concerniente a la Información era que se había permitido que desapareciese la hábil organización de desciframiento que él había establecido y se había descuidado el sistema por él introducido.

Los primeros años del reinado de Jacobo I estuvieron marcados por una gran tendencia a la hechicería, y los agentes del Servicio Secreto tenían gran parte de su tiempo ocupado en buscar las pistas de brujas y de brujos. El Rey estaba decidido firmemente a destruir completamente la brujería en todas sus formas, y tendía a considerar como sospechosas las formas de investigación de «magia natural» e incluso algunos métodos filosóficos. Si hemos de ser justos, diremos que esto estaba en cierto modo justificado. En su juventud Jacobo había sido el blanco de una serie de complots relacionados con la brujería, y algunas conspiraciones contra su vida se basaban en las prácticas ocultas. Hubo el caso de una bruja llamada Agnes Sampson, a la que Bothwell había ordenado que matase a Jacobo embrujándolo. Había también una sociedad secreta que practicaba la magia negra como arma contra el rey, y el doctor Fian, un maestro de escuela de Edimburgo, era el secretario y archivero de un grupo de brujas que utilizaban una iglesia para sus aquelarres y sus conjuros.

Muchos de estos incidentes fueron descritos por Jacobo I en sus *Tres libros sobre Demonología,* y constituían la base de su examen personal de casos de brujas que se habían declarado convictas de ejercer las malas artes. Algunas de estas pruebas revelaban que el doctor Fian había hecho un pacto con el diablo para que el barco del Rey fuese atacado por una tormenta durante su viaje a Noruega.

Para permitir que sus agentes secretos pudieran someter a juicio a las mujeres sospechosas de brujería, Jacobo persuadió al Parlamento para que aprobase un Estatuto sobre la Brujería, en 1604, para «extirpar los monstruosos males causados por los hechiceros». A pesar de algunas vacilaciones de los Obispos en la Cámara de los Lores, que opinaban que el estatuto era «imperfecto», el proyecto de ley pasó rápidamente a través del Parlamento y entró en el Libro de Estatutos dentro de un plazo de tres meses.

Durante el reinado de Isabel, el Servicio Secreto estuvo ocupado principalmente en tratar de atrapar a los papistas, y estas actividades, cuando menos, llevaron a desenmascarar graves conspiraciones contra el reino. Pero cuando, bajo Jacobo I, volvieron su atención hacia las brujas y los brujos, hubo muchas persecuciones innecesarias, a menudo de personas inocentes, víctimas de calumnias, y que no produjeron resultados positivos.

El interés de Inglaterra por Rusia reaparecía de vez en cuando, animando así al Servicio Secreto a mantener estrechas relaciones con este país. Este interés comenzó cuando la reina Isabel sostuvo una larga correspondencia con Iván *el Terrible,* Zar de Rusia, culminando con la conclusión de un tratado comercial entre Inglaterra y Rusia y con el envío a Iván de un tal Robert Jacoby, uno de los médicos de la reina Isabel. La idea de un casamiento entre Isabel y el siniestro Iván se había discutido realmente, quizá no alentada en serio por la Reina, pero sí hecha pública cautelosamente por algunos mercaderes aventureros de los cuales se sabía que tenían amigos en la organización de espionaje de Burghley. En realidad, la propuesta de casar a Isabel con Iván IV ya había sido formulada antes de que ella fuese reina.

En el reinado de Jacobo I, como hemos visto, la cuestión de que éste pudiera llegar a ser Zar había sido abordada abiertamente por unos agentes ingleses en Suecia y en Rusia. Pero si el interés de los ingleses por establecer vínculos con Rusia se desvaneció un tanto después del advenimiento de los Romanof, la notoria hipocondría de estos últimos hizo que conservasen un vivo interés por los médicos ingleses. En 1621, el Zar, Mijaíl Fiodorovich Romanof, pidió a la Corte inglesa que le recomendase un doctor. El nombre propuesto no fue otro que el de Arthur Dee, hijo del astrólogo de la reina Isabel. Al igual que su padre, Arthur Dee era un experto en magia y en alquimia, y cuando fue a Rusia en calidad de médico personal del Zar, convirtióse en íntimo confidente de este monarca. Alguien ha sugerido que Arthur Dee era en realidad un espía. No se sabe si la causa de su caída fueron algunas sospechas en círculos rusos de que esto fuese cierto, pero el caso es que en 1634 perdió el favor de la Corte de Rusia y tuvo que regresar a Inglaterra, donde actuó como médico de Carlos I.[8]

5

John Thurloe: Jefe de espías de Cromwell

Durante las guerras civiles decayó el sistema de espionaje de Inglaterra, y realmente puede decirse que casi dejó de existir en lo referente a obtener información del Continente. En la época en que Cromwell ostentaba el poder hubo necesidad de acción drástica en este campo, puesto que Inglaterra volvía a verse seriamente amenazada por enemigos exteriores.

Al parecer, Cromwell comprendió la importancia de una revisión radical del Servicio de Información nacional, y no escatimó el dinero como habían hecho anteriormente Isabel y los reyes Estuardo. Según Samuel Pepys, el Lord Protector gastaba 70.000 libras anuales en el Servicio de Información. [1] Cromwell adoptó el sistema de pagar según los resultados obtenidos; cuando éstos eran buenos, los pagos efectuados a los agentes eran excepcionalmente generosos.

El Lord Protector, al igual que la primera Isabel, era, por encima de todo, realista. No permitía que sus fuertes prejuicios religiosos se interfiriesen con su política extranjera. Esto fortaleció grandemente su mandato, no sólo en el campo diplomático, sino también en el del espionaje. Su organización militar era disciplinada y eficiente, sus ejércitos estaban bien entrenados, eran sobrios y contaban con excelente oficialidad, y algunos países europeos, más por temor que por respeto, trataron de aliarse con él.

De la misma manera que Isabel halló en Walsingham el genio de la Información que la hora exigía, así Cromwell, en la persona de John Thurloe, elevó al poder a un jefe del Servicio Secreto que debe considerarse como uno de los más grandes de la historia de esa organización. Thurloe, que era un modesto y tranquilo abogado de Essex, alcanzó el poder con el mínimo de publicidad

y bullicio. Su seguridad provenía probablemente de la absoluta confianza que Cromwell tenía depositada en él.

Thurloe recibió para su labor del Servicio Secreto una cantidad de dinero veinte veces mayor que la que Isabel diera a Walsingham. Sin duda alguna estas grandes sumas permitieron a Thurloe, en el espacio de unos pocos años, hacer del Servicio Secreto inglés el más eficiente de Europa. Constituyó un logro muy notable, obtenido en primer lugar mediante el nombramiento de Thurloe como director general de Correos. En este cargo interceptó una gran cantidad de correspondencia, en su mayor parte la de los realistas o de los que simpatizaban con éstos, y pronto estableció agentes en todas las Cortes y una extensa red de espías en el propio país. A medida que iba creciendo así su Servicio Secreto, Thurloe amplió sus poderes adquiriendo nuevos cargos. De pronto, ya no era solamente Secretario de Estado, sino Ministro de la Gobernación, jefe de la Policía, jefe del Servicio Secreto, Ministro de Asuntos Exteriores, Ministro de la Guerra y Consejero de Estado. [2]

No era sorprendente que con el respaldo de una organización tan poderosa pudiese hablar Cromwell con tanta arrogancia a los diplomáticos extranjeros, como lo hizo a un enviado francés que fue a visitarle, diciéndole que iría a Francia personalmente con «40.000 soldados de Infantería y 12.000 de Caballería, si fuese necesario».

Thurloe pudo aplastar todos los complots contra el régimen tramados en el extranjero, porque contaba con muchos agentes que gozaban de la confianza de los partidarios de los Estuardo. El cardenal Mazarino, que a su vez era un experto en la organización del espionaje, a menudo confesó que se había sentido perplejo, debido a que, cuando el Gabinete francés se reunía a puerta cerrada, sus secretos inevitablemente iban a parar a oídos de Thurloe al cabo de unos pocos días. Y no era éste un punto de vista aislado de la eficiencia del Servicio Secreto británico. Sagredo, el embajador veneciano en Londres, escribió al Consejo de los Diez diciendo que «no hay en el mundo un Gobierno que divulgue menos sus asuntos que el de Inglaterra o esté más puntualmente informado de los de los otros».

Buena parte de este éxito debe atribuirse a la forma en que Thurloe hizo revivir el arte de la criptografía y estableció una organización de desciframiento en Londres bajo el control del doctor John Wallis, de Oxford. Wallis tenía fama de poder «romper» cualquier código o cifra. Otro hombre que desempeñó un inestimable papel en el departamento criptográfico de Thurloe fue John Wilkins, obispo de Chester. Aunque posteriormente juró lealtad a

Carlos II, Wilkins fue miembro del Parlamento durante el período de Cromwell y permitió a Thurloe que se beneficiase del uso de su manual de criptografía escrito por él.

Wilkins se adelantó tanto a su época, que incluso realizó proyectos para la construcción de un submarino. El sistema criptográfico que él introdujo se conocía por el nombre de «sistema de la pocilga», formado por puntos y cuadros. Constituye un mérito de Wilkins el que su sistema se utilizase todavía en la guerra civil norteamericana, y en el día de hoy incluso lo practican los niños en las escuelas. Era un sistema simple, aunque hecho para ir de prisa en una época en que aún no se apreciaba del todo la necesidad de la alta velocidad en las comunicaciones. Su manual de criptografía describía algunos métodos simples de transposición, una cifra de supresión de frecuencias del estilo menos complicado, el sistema bilateral de Bacon y un método de doble sustitución.[3] Bacon había sentado como principio más importante de su sistema el de que el código secreto perfecto no debía parecer un código, y, aprovechando la invención de la imprenta, el método que empleaba para lograr esto era mediante la utilización de dos fuentes de tipo al imprimir un texto que hubiera de contener un mensaje secreto. Así, el sistema ordinario creería que la composición de imprenta se había equivocado y no sospecharía que se tratase de un código. Debido al sistema bilateral de Bacon y a algunos detalles raros en la composición del texto en ciertos dramas de Shakespeare, algunos eruditos desarrollaron las teorías de que Shakespeare introducía códigos en sus dramas y, viceversa, que Bacon fue el verdadero autor de las obras de Shakespeare.

Todavía existen copias de muchas de las cartas enviadas a Thurloe por sus agentes. Un volumen de esas cartas, que cubre el período de noviembre y diciembre de 1656, de agentes en Francia, Bélgica, Holanda y Alemania, fue citado recientemente en un catálogo de manuscritos para la venta. Ningún artículo de información era considerado como demasiado trivial por Thurloe. Había una carta procedente de un agente de Hamburgo en la que se declaraba que la comunidad inglesa de Hamburgo creía que siempre habría un Rey y que un protectorado sucedería a la familia de Cromwell. Un corresponsal de Burdeos hacía mención de un tratado de paz entre los reyes de Francia y España, y de una disposición francesa prohibiendo a sus barcos de guerra apoderarse de embarcaciones privadas.

Pedro Fernando Montero escribía desde Portugal con información relativa a la acumulación de buques españoles que estaban «destinados a atacar a Inglaterra cuando llegase el momento». John Butler, en Flushing, escribía referente al apoyo de la causa de

los realistas: «Carlos Estuardo ve incrementadas sus levas hasta seis millares de hombres, que acuden a él en tropel desde todas las partes de Inglaterra.» Es evidente que en la época se empleó un número clave en los originales, porque, aun cuando la mayoría de las palabras han sido descifradas, todos los nombres de personas, incluidos los agentes, están cifrados. Por ejemplo, uno de los mensajes decía: «inducir los 175 a someter a 141 todo su derecho y pretensión sobre 141, lo cual sería para satisfacción de 141 y luego de nuevo inducir a 141 a dejar a 176, lo cual sería para satisfacción de 175...»[4]

Thurloe suministró una excelente muestra de sus puntos de vista sobre la eficacia de emplear grandes sumas de dinero en el espionaje, en una carta en la que daba instrucciones a su agente de Leghorn. «Referente a un buen corresponsal en Roma —escribía—, esas personas sólo pueden ganárselas por medio del dinero, por el dinero lo harán todo, arriesgarán el cuerpo e incluso el alma... Tal información hay que procurársela de un monseñor, un secretario o un cardenal... Yo diría que 1.000 libras al año estarían bien empleadas, con 500 libras de pensión y de vez en cuando una gratificación de 100 libras.»[5]

Thurloe, en forma parecida a como hiciera Walsingham, invirtió la tendencia a confiar a los embajadores para el espionaje, y depositó su confianza en los agentes secretos, alegando que los embajadores eran vulnerables al soborno y en cualquier caso era demasiado evidente que se sospecharía que fuesen espías y, por consiguiente, se les sometería a gran vigilancia. El resultado fue que, de nuevo como Walsingham, Thurloe estaba en condiciones de olfatear la existencia de cualquier conspiración contra el Lord Protector, y a pesar del hecho de que Carlos Estuardo en el exilio había ofrecido una encomienda y 5.000 libras a quienquiera que asesinase a Cromwell, sus agentes estaban enterados de todo lo concerniente a las conspiraciones cada vez que aparecía un voluntario para perpetrar el crimen. En una ocasión, Thurloe fue advertido por uno de sus agentes para que no dejase a Cromwell leer más cartas extranjeras, ya que algunas de ellas parecían estar impregnadas de veneno. Fue el servicio de contraespionaje de Thurloe el que descubrió que Sir John Packington pasaba armas de contrabando simulando envíos de vino y jabón; también desenmascararon el levantamiento de Penruddock en Wiltshire y el «Nudo Sellado», una sociedad secreta de conspiradores realistas, aunque nunca consiguió acabar por completo con esta formidable y ágil banda de conspiradores. Pero Thurloe andaba constantemente tras su pista, y en una ocasión, cuando uno de sus agentes seguía a Colonia a un miembro del «Nudo Sellado», Carlos Estuardo fue

encontrado allí con un sirviente, pero el escurridizo Rey en el exilio logró de nuevo evitar caer en la red.

La capacidad de Thurloe para separar su trabajo de sus prejuicios puritanos le granjeó una buena posición. Fue uno de los primeros en apreciar las cualidades de los judíos como agentes secretos y en desarrollar su talento en favor de Inglaterra. En esto le apoyó plenamente el propio Cromwell, ya que el Lord Protector fomentaba la migración de judíos a Inglaterra. Fue un comerciante judío, Antonio Fernández Carvajal, quien recibió permiso para establecerse en Inglaterra y ofreció al Gobierno de la Mancomunidad británica los servicios de sus corresponsales en el Continente. Otro judío, Simón de Cáceres, entregó a Thurloe los proyectos referentes a una expedición contra Chile y para la fortificación de Jamaica.[6]

Desde el punto de vista histórico, la actitud tanto de Cromwell como de Thurloe con relación a los judíos fue a la larga de gran importancia para Inglaterra. Odiados y perseguidos por los españoles y por otras muchas naciones europeas, los judíos volvieron los ojos hacia Inglaterra buscando su protección, y a su vez prestaron muchos siglos de inapreciable ayuda al Servicio Secreto, ciertamente en proporción mucho mayor que la ayuda que prestaron a cualquier otra potencia extranjera. En tanto que no puede dudarse de que al abogar Cromwell por los judíos estaba asumiendo con respecto a ellos un punto de vista genuinamente liberal («¿no es un deber de los magistrados el permitir a los judíos... vivir libremente y en paz en medio de nosotros?»), también pesaron consideraciones de índole financiera en el ánimo de la Mancomunidad con relación al mismo asunto. Cuando, el 5 de enero de 1649, los habitantes de Amsterdam solicitaron a Fairfax y al Consejo militar que se revocase el destierro de los judíos, el punto de vista fue que «si no pudiera tolerarse la existencia de una sinagoga de los judíos, éstos pagarían de 60.000 a 80.000 libras por esa libertad y ello traerá a todos los mercaderes portugueses de Amsterdam».

Sagredo, el embajador veneciano que ya hemos mencionado, efectuó, al parecer, un minucioso estudio del espionaje inglés bajo Cromwell. Comenta, asimismo, el modo como Inglaterra custodiaba sus propios secretos: «Se reúnen en una habitación a la que se llega a través de otras varias, muchísimas, y se cierran un sinfín de puertas. Lo que mejor favorece su intento es que se reúnen poquísimas personas, dieciséis a lo sumo, para discutir las más graves cuestiones y llegar a las decisiones más trascendentes. Para mantenerlas en el mayor secreto, las hacen pasar a través de la cabeza de un solo secretario, el cual dirige los asuntos políticos

y también criminales... Para descubrir cuestiones políticas ajenas no utilizan embajadores, sino que se valen de espías, porque no llaman tanto la atención, recurriendo a hombres inteligentes y valerosos, pero sin rango... Así, con su dinero y sus sobornos encontraron una manera de utilizar las fuerzas de Roma (o sea, utilizar a jesuitas como espías) y sacar provecho de sus enemigos, como llaman ellos a los sacerdotes de Londres... En Francia, España, Alemania y en Venecia tienen también a personas que pasan inadvertidas, las cuales de vez en cuando envían importantes consejos, y no estando tan vigiladas, penetran en todas partes.»[7]

Algunos de los rasgos más repulsivos de la dictadura se advertían claramente en el desarrollo del Servicio Secreto efectuado por Thurloe. Creó una nueva forma de fuerza policíaca, una milicia, que servía en el propio país y era empleada para los fines de una fuerza policíaca secreta, bajo el control de oficiales del Ejército. Esta milicia estaba dividida en once distritos, cada uno de ellos al mando de un mariscal de campo. Algunos de éstos abusaban de su posición como jefes de espionaje, y no contentos con revelar la presencia de espías, a veces usaban sus poderes para perseguir a inocentes víctimas de las guerras civiles, cerrar las cervecerías u obligar rigurosamente a guardar el sábado judaico. La milicia empleaba el lenguaje del totalitarismo moderno, y para designar su tarea decía que estaba tomando a Inglaterra bajo su «protectora custodia».

Al igual que Walsingham, Thurloe usó su red de espías para vigilar estrechamente los movimientos de la flota española, y fue como resultado de la información que le procuró un agente judío en Jamaica que pudo el almirante Blake capturar un importante número de barcos españoles en Tenerife. Los escuadrones ingleses aguardaron durante seis meses la llegada de la flota, hasta que la detallada información relativa a los movimientos de los españoles fue corroborada por su aparición en el horizonte.

Thurloe creía firmemente que, con el tiempo, casi todos los agentes realistas se desmoralizarían y acabarían confesando, sin necesidad de ser arrestados. Parecía estar dotado de una gran astucia para observar las debilidades psicológicas del enemigo y de los agentes realistas. En 1655 se efectuaron en Londres varias detenciones de realistas al ser registradas las casas en que se escondían. Esto se debió enteramente a la información que a Thurloe le facilitó voluntariamente un joven llamado Henry Manning, el cual había llegado a la Corte de Carlos en el exilio a comienzos de aquel año. Como muchos otros de los defensores de Carlos de menos importancia, se había encontrado sin fondos y sin perspectivas de cobrar ninguna otra suma, por lo cual decidió obtener

dinero escribiendo a Thurloe. Tan desesperado estaba Manning, que asumió el riesgo de escribir a Thurloe antes de que se le hubiera dado una clave.

Manning no fue admitido a las reuniones secretas de la Corte de Carlos, pero la información que transmitió a Londres fue de inmenso valor. Reveló las líneas generales de los planes realistas contra el Gobierno inglés y dio los nombres ficticios que algunos de ellos utilizaban cuando se escondían en Londres. Así, en la primera semana de julio de 1655 fueron detenidos varios realistas importantes, y en el espacio de unos pocos días, Lord Willoughby de Parham, Lord Newport de High Ercall, Geoffrey Palmes y Henry Seymour fueron enviados a la Torre. Gracias a una nueva información transmitida por Manning, fueron detenidos en Oxfordshire el conde de Lidsey, Lord Lovelace y Lord Falkland. A finales del mes de junio era evidente, por algunas detalladas cartas de Manning, que existía una conspiración realista para asesinar al Protector y que esto debía efectuarse después de que se produjese un levantamiento contra el Gobierno. Para contrarrestar esta conspiración, fueron dadas órdenes para que se expulsara de Londres y de Westminster a todos aquellos que en el pasado se habían adherido a la causa realista, tanto si ahora habían incurrido o no en sospechas. La mejor cualidad de Thurloe como jefe del Servicio Secreto era su habilidad para sacar información del propio campo rival, para animar a los agentes del enemigo y darles confianza para que éstos le revelasen posibles conspiraciones y, lo más importante, conocer cuáles eran los realistas más susceptibles de ser sobornados. Estas tácticas ya habían sido adoptadas anteriormente, pero nunca a la misma escala o con resultados tan concluyentes. Que la información suministrada por Manning era exacta, no puede negarse. Si Thurloe lo puso en duda, encontró amplia confirmación de los datos recibidos al obtener una copia de una carta dirigida a Carlos Estuardo por el duque de York y que decía:

«... se me ha hecho una proposición que es demasiado larga para poner en una carta, de modo que quiero, del modo más breve posible, poneros al corriente de sus puntos principales. Hay cuatro católicos romanos que se han conjurado solemnemente para matar a Cromwell y luego promover un levantamiento entre los católicos que se encuentran en la ciudad y en el Ejército, y que ellos pretenden que son en número tan considerable que haga posible vuestra restauración en el trono, habiéndoseles advertido a todos ellos que estén preparados para algo que ha de hacerse, sin saber lo que es. Piden 10.000 libras entregadas en mano, y cuando el negocio esté concluido, alguna recompensa para ellos mismos, conforme a sus diversas cualidades, y la misma libertad para los católicos en Inglaterra que la que tienen los protestantes en Francia. Yo no creí acertado el rechazar esta proposición, sino que pensé que debía comunicárosla, porque la primera parte del intento me parece mejor ideada y resuelta que cualquier otra de que he oído hablar sobre este asunto; y en cuanto a los defectos de la segunda parte, podrán subsanarse por las ideas que a vos mismo se os ocurren. Si aprobáis el plan, uno de los cuatro hombres, con la confianza de los restantes, irá a vuestro encuentro, y os informará cabalmente de todo.» [8]

A mediados de noviembre de 1655 fueron detenidos Richard Talbott y James Halsall en Inglaterra, bajo la sospecha de estar implicados en una conspiración para dar muerte al Protector. Pero, aunque casi no había duda de que los dos hombres estaban comprometidos en el complot, el Gobierno no consiguió obtener pruebas satisfactorias contra ellos, y después de un largo interrogatorio, lograron huir al Continente. Éste fue uno de los fallos de Thurloe, que tuvo relativamente pocos. La razón de ello era que Manning había sido atrapado por los realistas. Al escribir con tanta frecuencia a Londres, a menudo ni siquiera con clave, había corrido demasiados riesgos y había despertado sospechas. Fue detenido, y aunque protestaba alegando que sólo había dado a Thurloe información carente de interés, sus inquisidores no le hicieron caso. Fue sentenciado a muerte por los realistas. El Elector de Colonia se negó a dar su consentimiento para que la ejecución tuviese efecto en su territorio, pretextando que el hombre no había cometido ningún delito contra el reino en el cual residía, y que Carlos no ejercía ninguna soberanía sobre su país de procedencia. Así, los conspiradores se llevaron al desdichado Manning al otro lado de la frontera, al Ducado de Juliers, siendo asesinado en un bosque.

El sistema de Thurloe de pagar espléndidamente por los buenos resultados que se obtuviesen en el espionaje, dio sus frutos al cabo de los años. Sobrevivió a Cromwell, y Richard, el hijo y sustituto del Lord Protector, conservó sus servicios como Secretario de Estado. Uno de sus últimos golpes fue el de sobornar a Sir Richard Willis, miembro de la sociedad del «Nudo Sellado». Pero por entonces el Servicio de Información de Thurloe estaba ya siendo minado por los realistas, que veían cada vez más clara la perspectiva del regreso de Carlos a Londres. De la misma manera que Thurloe se había infiltrado en las filas de los realistas, así los realistas comenzaron a infiltrarse en el Servicio de Información del Gobierno inglés. El Residente de Cromwell en Holanda, George Downing, que durante mucho tiempo había sido un leal y hábil organizador del espionaje en favor del Gobierno inglés,

diagnosticó astutamente que había una fuerte corriente de opinión en pro de la restauración de la monarquía en Inglaterra. Comprendiendo que su futuro quizá dependería de su actitud para con Carlos Estuardo en este período crítico, Downing envió a Carlos una advertencia secreta, comunicándole que Willis se había dejado sobornar. Como resultado de ello, fracasó el golpe de Thurloe.

Thurloe, en su cargo de jefe de Información, o Número Uno Argos, como se denominaba este departamento, fue sucedido por Thomas Scott, que había sido uno de los principales colaboradores, a la vez que era miembro del Parlamento por Chipping Wycombe. Scott cobraba 800 libras anuales «para dirigir el Servicio de Información en el país y en el extranjero para el Estado». [9]

6

Del Secretario Morrice a Matthew Prior

La metamorfosis que experimentó Inglaterra durante la Restauración no fue menos ostensible en el campo del espionaje que en otros campos. En 1668, Samuel Pepys anotó en su Diario que «en la Cámara, cuando se hablaba acerca del Servicio de Información, el secretario Morrice dijo que a él sólo se permitía destinar a tal servicio 700 libras anuales, mientras que en tiempos de Cromwell, él (Cromwell) permitió dedicar al año 70.000 libras; y esto fue corroborado por el coronel Birch, quien dijo que gracias a ello llevaba Cromwell en el cinto los secretos de todos los príncipes de Europa». [1]

Evidentemente, después de ocho años de gobierno de los Estuardo, había de nuevo cierta inquietud en cuanto al estado del Servicio de Información nacional según daban a entender las críticas. Tres días más tarde, el Parlamento volvió a discutir el asunto pero, según el Diario de Pepys en la anotación correspondiente al 17 de febrero de 1668, la cantidad de dinero dada a Morrice sólo sufrió un incremento de 50 libras.

Sin duda los miembros del Parlamento no sentían escrúpulos en criticar abiertamente la organización del Servicio de Información, puesto que Pepys consignó en su Diario que «aquí en la Cámara hablaron osadamente de los malos consejeros del Rey, y de cómo deben ser todos ellos despedidos y poner en su lugar a muchos otros mejores; y se recordaron los procedimientos del Largo Parlamento durante el comienzo de la guerra, y se hizo mención al mal Servicio de Información del Rey, en lo cual atacaron a mi Lord Arlington, diciendo, entre otras cosas, que, fuese lo que fuese lo que Morrice, que dijo que sólo se le había permitido gastar 750 libras en Información, el Rey pagaba demasiado para mi

Lord Arlington concediéndole 10.000 libras y una baronía por ello».[2]

Las citas precedentes es posible que hagan parecer poco claro el asunto. ¿Cuál era el verdadero estado del Servicio de Información en el reinado de Carlos II? ¿Dependía el Servicio Secreto únicamente de Morrice, al que se le negaban los fondos adecuados, o acaso el verdadero poder de la organización del espionaje se hallaba en manos de Arlington o incluso del propio Carlos? La verdad es que después de la Restauración el Servicio Secreto dejó de estar centralizado; fue escindido en varias entidades independientes, no permitiéndosele jamás a Morrice que llegase a adquirir el poder que había alcanzado Thurloe, y con el mismo Rey utilizando a menudo una organización contra otra, y casi siempre dirigiendo su propio Servicio de Informacón.

Esto resultaba hasta cierto punto comprensible. El largo período de exilio había hecho comprender a Carlos que eran pocos los hombres en quienes podía confiarse, y menos que nadie en sus propios partidarios. Así, Carlos solía examinar minuciosamente todas las fuentes de información y comprobar una y otra vez los informes que recibía, confrontando los que le llegaban de ambos lados. Se trataba de una forma empírica de espionaje, no demasiado eficiente, teniendo a menudo como resultado una gran duplicación de actividades y de información, y algo típicamente inglés en su modo azaroso de intentar descubrir secretos. Inevitablemente condujo esto a la desconfianza de una sección del Servicio de Información hacia otra sección del mismo Servicio, y las valoraciones efectuadas se distinguían más por el cinismo que por el buen juicio.

Desde su advenimiento al trono, Carlos II andaba desesperadamente necesitado de dinero. No es que ello le disuadiese de mantener una Corte suntuosa y un elevado número de amantes, pero le hacía depender de fondos procedentes de unas fuentes ajenas al Parlamento inglés. Su otra fuente principal era el rey francés Luis XIV; durante su reinado estuvo utilizando el Parlamento en contra de Luis y viceversa, sacando alternativamente dinero de uno y de otro lado.

Dependiendo de la paga de Luis XIV, el sistema de información de Carlos estaba en gran parte condicionado por este hecho. Dado que tanto la Corte inglesa como la francesa se distinguían por la influencia que en ellas ejercían las favoritas reales, es evidente que el espionaje en las alcobas de palacio y en los gabinetes de las damas llegó a estar a la orden del día. En tanto que el Parlamento vigilaba con recelo y con creciente congoja la serie de embrollos a que se entregaban Carlos y Luis, el verdadero poder, dentro del Servicio de Información, a menudo había que buscarse más entre las cortesanas que entre los cortesanos. Si el Servicio Secreto oficial estaba desprovisto de fondos durante el reinado de Carlos II, es preciso buscar en otra parte el dinero que faltaba. Encontróse una pista cuando en 1968 tuvo lugar en Sotheby's, en Londres, la venta de cierto número de «Documentos del Servicio Secreto del reinado de Carlos II». Estos documentos revelaban que las frases «Servicio Secreto» y «Fondos para el Servicio Secreto» se referían a asuntos que no cubrían exactamente el concepto de Información, sino que querían disimular pagos efectuados a las queridas del Rey. Sin embargo, algunas de estas queridas eran espías al servicio del Rey, y unas cuantas de ellas eran agentes de Luis XIV.

A pesar de los lazos superficialmente amistosos entre las Cortes inglesa y francesa, cada una espiaba a la otra, y cada una de ellas trataba de seducir a los agentes contrarios. El diplomático francés D'Estrades vino a Londres, sobornó a la esposa del duque de York, hija de Lord Clarendon, «con esferas de reloj incrustadas de diamantes y otras piedras preciosas», y preparó el camino para comprar Dunquerque a Inglaterra por la suma de 5 millones de francos. Entretanto, la máxima aspiración del rey francés era la de fomentar cualquier movimiento que pudiera poner a Carlos II en conflicto con su Parlamento, y de este modo hacer que el «Monarca Alegre» dependiese aún más de Luis. Efectivamente, cuando Carlos I disolvió su Parlamento por haber protestado, Luis envió Ruvigny a Londres con fondos que permitieran al Rey sostenerse a sí mismo en contra del Parlamento.

Iban en aumento los ataques al Servicio de Información, o mejor dicho, a la falta de una organización adecuada. Andrew Marvell, el poeta, dirigió una batalla parlamentaria contra el Secretario de Estado, Arlington, diciendo que los anteriores Secretarios de Estado habían hecho posible que el Gobierno obtuviese «cartas del gabinete del Papa», y añadió que ahora «el dinero asignado para Información era muy pequeño, y la información era, por consiguiente, igualmente pequeña». En tanto que Morrice disponía de 750 libras esterlinas al año para espionaje, entre 1666 y 1667 pagó la Tesorería más de 24.145 para «Servicio Secreto», para fines conocidos solamente por Arlington y por el mismo Rey. Gran parte de este dinero iba a parar a manos de las amantes reales.[3]

De éstas sin duda la más costosa y la que más se benefició de los «fondos del Servicio Secreto» fue Louise de Kéroualle, belleza de ojos oscuros que fue enviada por la Corte de Luis XIV a la de Carlos II, en parte como espía y en parte para obtener favores para el rey francés. Convirtióse en duquesa de Portsmouth y también en duquesa de Aubigny, y sus intrigas entre bastidores habían de

contribuir en no escasa medida el desastroso Tratado de Dover, que, a cambio de un subsidio anual de 3 millones de francos y la adquisición de Walcheren, impuso a Carlos II el precio de abandonar la Triple Alianza y aliarse con Francia en contra de los holandeses.

Sin embargo, por lo menos, el rey Carlos concedió al Servicio Secreto una nueva clave que llevaba su nombre. Fue la que había usado cuando estuvo exiliado en los Países Bajos. Una complicada cifra, en la que 70 era ab, 71 ad, 72 ac y palabras muy corrientes tenían números clave especiales, revela ciertos indicios de orígenes franceses y probablemente fue adaptado de un código francés de la misma época.[4] Pero desde su subida al trono, Carlos II había hecho poco para alentar cualquier desarrollo del sistema de cifras, y aunque se habían estudiado los métodos del Servicio Secreto de Thurloe, era poco lo que se había realizado para mantener un sistema eficaz de espionaje en el extranjero. El Servicio Secreto concentró su atención principalmente en la tarea de vigilar a los agitadores y a las personas que, en Inglaterra, estaban descontentas del régimen. Los embajadores, en el extranjero, dejaron de tener tratos con los agentes secretos del Gobierno, y los informes enviados a su país contenían pocos datos que valieran realmente la pena. Un ejemplo de esta falta de información puede encontrarse en la correspondencia del Secretario de Estado con Sir George Etherege, el dramaturgo, nombrado por Carlos embajador en Ratisbona, sede de la Dieta imperial alemana, en 1685:

«Espero —escribía el Secretario de Estado— que dentro de poco oiremos algo acerca de vuestras diversiones, así como de vuestros negocios, lo cual sería mucho más agradable y quizás igualmente instructivo.» Evidentemnete era un gran cambio, comparado con la sobriedad de la diplomacia y el espionaje cromwellianos, con sus constantes pruebas y su exigencia de información valiosa.

Etherege, empedernido libertino que debía de sentirse hastiado por la solemnidad y pomposidad de la Corte alemana, respondió enviando informes relativos a las amantes de los cortesanos germanos. De una de ellas decía: «No necesita recurrir a sus pequeñas artes para asegurarse el afecto del Sultán, sabe fingir cariño y celos y desmayarse a voluntad.»

Etherege se sentía desdichado entre los sesudos alemanes y aburrido por el formalismo de la Corte y las tediosas diversiones de los ratisboneses. Escandalizó a la Corte uniéndose a una actriz, y escribió a su país otro informe diciendo que suspiraba por las «agradables ninfas del Támesis... Sólo tengo una bávara muy sosa, de mirada inexpresiva, extremidades musculosas y color de ladrillo».[5]

Thurloe había utilizado la Oficina de Correos como un instrumento integral en sus Servicios Secretos, pero este monopolio real bajo el control del Secretario de Estado fue abandonado durante el reinado de Carlos II, y la indolente administración dejó de aprovecharse de sus facilidades para ejercer su vigilancia sobre el correo. El embajador francés Comignes no podía creer, cosa natural en un francés de mentalidad lógica, que los altos poderes no utilizasen los servicios de la Oficina de Correos para contraespionaje, puesto que advirtió a su Gobierno de que el Gobierno inglés tenía «trucos para abrir cartas con mayor habilidad que en cualquier otro lugar del mundo».

Durante casi dos siglos, los Diarios de Pepys, que permanecían abandonados en la Biblioteca del Magdalene College de Cambridge, frustraron todos los intentos de desciframiento. El propio Samuel Pepys habría trabajado en el Servicio Secreto y ciertamente sabía mucho acerca de su modo de operar. Habiendo sido víctima él mismo de acusaciones de traición, que afortunadamente pudo rebatir, no resulta extraño que este Comisionado del Almirantazgo decidiese confiar sus pensamientos más íntimos a un lenguaje cifrado. A principios del siglo XIX, Lord Braybrooke emprendió la tarea de intentar descifrar los manuscritos y diarios de Pepys, escritos en una diminuta muestra cifrada que si resultaba difícil de ver al microscopio, nada digamos de interpretarla.

Braybrooke estaba buscando una cifra precisa, tal como se usaba durante el período de los Estuardo, y no acertaba a comprender por qué razón los signos de Pepys eran tan vagos e imprecisos y ofrecían la evidencia de haber sido escritos apresuradamente. Siempre había sido una condición esencial de cualquier código o cifra el que estuviese escrito de un modo claro y deliberado. Finalmente, en unión de un estudiante de teología que había hecho prácticas de criptografía, llegaron a la conclusión de que aquella escritura no era criptográfica en absoluto. Dudaron que pudiera tratarse de una forma de taquigrafía, ya que los signos no presentaban ninguna semejanza con ninguna forma moderna de taquigrafía. Pero, ahondando en la historia de la escritura abreviada, hallaron que en el reinado de Carlos II, un tal Shelton había inventado la taquigrafía, una escritura abreviada, cifrada, que había sido aprobada por la Universidad de Cambridge.[6] El Servicio Secreto, por lo que se sabe, no utilizó la taquigrafía, pero Pepys, que era un audaz innovador, la adoptó con entusiasmo adaptándola a sus propios fines y al servicio de espionaje privado al que él mismo se entregó cuando estaba en el Almirantazgo. Ciertamente hay algunas razones para creer que Pepys fue el fundador de un Departamento de Información Naval no oficial. Para complicar más

las cosas, Pepys había puesto primero algunos de los mensajes y notas en idiomas extranjeros, deletreados fonéticamente, cifrados luego y finalmente escritos en la forma de taquigrafía por él adaptada. Pero constituía una muestra de la indolencia e indiferencia de la época el que en vez de aprovechar cabalmente esta nueva forma de comunicación, Pepys emplease principalmente este modo de escritura para registrar charlas cotidianas y encuentros amorosos **fortuitos.**

El hecho de no haber aprovechado los más modernos desarrollos criptográficos y otros hallazgos en lo referente a lenguaje cifrado pudo fácilmente haber cambiado el curso de la Historia. Ello casi sucedió cuando murió Carlos II y le sucedió en el trono Jacobo, duque de York. Jacobo era odiado por una parte considerable de sus compatriotas, como papista y supuesto tirano, mientras el duque de Monmouth, hijo ilegítimo de Carlos II, había sido desterrado a Holanda debido al papel que había desempeñado al tratar de mantener a su tío alejado del trono. Monmouth, protestante, buscó un aliado en la persona del conde de Argyle, que también había sido desterrado por haber participado en un levantamiento de reformadores religiosos escoceses. Ambos aspiraban a regresar a su país con la ayuda de las armas y barcos holandeses, Argyle a Escocia y Monmout ha Inglaterra, y enarbolar allí el estandarte de la revuelta.

Tomáronse toda clase de precauciones para mantener secreto este proyecto y todos los mensajes remitidos a la Gran Bretaña estaban en clave. Ni que decir tiene que se trataba de un código del que el Servicio Secreto británico, en el estado en que se encontraba, no tenía la clave, y carecía de hombres hábiles que pudieran desentrañar su significado. Por una mala fortuna, uno de los mensajeros de Argyle fue capturado, y sus papeles, todos en cifra, fueron enviados a Londres. Se produjo un gran pánico cuando los hombres de Whitehall vieron todas aquellas extrañas palabras sin poder entender lo que significaban. Estuvieron perplejos tantos días, que el pánico que ellos sentían se propagó fuera de Whitehall y circularon rumores de que existía una grave conspiración, de la que las autoridades ignoraban los detalles.

Entonces alguien observó casualmente que trasponiendo algunas de las palabras se obtenía una frase que tenía sentido. El conde de Argyle había dispuesto su mensaje en columnas de 256 palabras, escribiendo la primera palabra en la primera columna, luego la última en la misma columna, la primera y la última en la segunda y en la tercera y en las columnas subsiguientes, y finalmente, volvía a la segunda y a la penúltima. En realidad el mensaje fue descifrado más por suerte y tenacidad que por habilidad o

profesionalismo, y reveló que Argyle tenía la intención de desembarcar en la costa occidental de Escocia, siguiéndole Monmouth una semana más tarde, desembarcando en la costa occidental de Inglaterra, siendo el objetivo perseguido eludir los buques ingleses que vigilaban la costa oriental.[7]

La fuerza propulsora que se hallaba detrás de este intento de aficionados de descifrar tan vitales mensajes era el jefe del Servicio Secreto de Jacobo, Sir Leoline Jenkins. Como resultado de la captura de los documentos acusadores, el Servicio Secreto ordenó efectuar una redada y detener a todos los sospechosos dentro de la zona en que el conde de Argyle tenía proyectado desembarcar. Así, cuando el conde llegó, sólo pudo pasar revista a unos dos mil campesinos y tuvo que habérselas en seguida con las fuerzas del Rey. El levantamiento de Monmouth, aunque contaba con considerable apoyo popular, fue de breve duración, ya que las fuerzas gubernamentales lo sofocaron en seguida y el propio Monmouth fue ejecutado. Jacobo II pudo seguir en el trono, pero no por mucho tiempo. Unos años más tarde abdicó en forma ignominiosa. Pero este incidente, aun cuando constituía una grave advertencia acerca de la necesidad de un eficiente departamento criptográfico, no condujo a ninguna acción en esta sección del Servicio Secreto. Ciertamente, la situación había llegado a ser tan crítica cuando Guillermo III subió al trono, que este monarca, desesperado, pidió en 1699 al doctor John Wallis que instruyese a un joven en las artes del desciframiento, «para que no bajen con vos a la tumba». Wallis se mostró un tanto reacio: «no todas las personas están cualificadas o son capaces de adquirir el arte de descifrar», dijo, pero prometió que haría cuanto estuviese de su parte «para arreglar las cosas de forma que la seguridad del Estado no vuelva a correr peligro».

Guillermo III era tan meticulosamente eficiente y sistemático como descuidados y desordenados en la administración y en el espionaje habían sido los Estuardo. Reorganizó el servicio diplomático y sustrajo el Servicio Secreto al control de los Secretarios de Estado. Debido a que continuaba siendo soberano de Holanda al mismo tiempo que era rey de Inglaterra, pasaba la mitad del año fuera del país y en su ausencia dejaba grandes poderes en manos de William Blathwayte, su Secretario de Estado de la Guerra. Todos los informes de espionaje, y desde luego todos los despachos diplomáticos de los embajadores eran enviados directamente a Blathwayte.

El blanco principal del Servicio de Información era ahora el mismo que en tiempos de Cromwell: la Real Casa de Estuardo en el exilio y los simpatizantes y activistas partidarios de Jacobo II.

Esto significaba mantener una sección especial de espionaje para vigilar las actividades de Jacobo en Francia, donde, exiliado, recibía ayuda y estímulos de Luis XIV. De nuevo un escritor fue encargado de una sección de espionaje dirigido contra Jacobo: el poeta y diplomático Matthew Prior, que había sido nombrado secretario del embajador inglés en París. Ingresado en el servicio diplomático en 1690, en La Haya, se había granjeado respeto tanto por su talento como negociador como por su gracia e ingenio en la composición de sus odas amorosas.

En París, Prior montó un servicio de espionaje, pequeño pero eficaz, para mantener una constante vigilancia sobre Jacobo, utilizando generalmente personas que habían estado en contacto con los sirvientes y validos que le rodeaban. Tenemos aquí otro ejemplo del Servicio Secreto desempeñando en la configuración de la política un papel más importante del que oficialmente registra la Historia. Trevelyan, en su *Inglaterra bajo la reina Ana,* indicaba que «las negociaciones secretas entre Inglaterra y Francia que resultaron de la Paz de Utrecht han sido siempre asociadas en la mente del mundo con St. John, Lord Bolingbroke... en realidad, él no tuvo nada que ver con el asunto hasta que éste hacía ya nueve meses que estaba en marcha». Pero los preparativos para tal asunto estaban en marcha desde el reinado de Guillermo III y María. Matthew Prior, que había intervenido en las negociaciones para la Paz de Ryswick en 1697, había estado pensando siempre en las amplias aspiraciones del Tratado de Utrecht. Cuando abandonó París y regresó a Londres en 1699, fue premiado por sus servicios con el nombramiento de Subsecretario de Estado. Dejó en París una lista de los espías que había utilizado en provecho de su sucesor. Junto a cada uno de los nombres se anotaron comentarios sobre sus cualidades respectivamente.

Formaban un abigarrado hato de bribones. Había un hombre que se ocultaba bajo el nombre de Baily, clérigo, pero cuyo nombre verdadero era Johnston; «un sujeto astuto y libertino», fue como lo describía Prior, añadiendo que cobraba dos luises semanales. Brocard, un irlandés, que se hacía pasar por hombre de negocios, cobraba algo más, unas doscientas libras al año, y una viuda llamada Langlois y sus dos hijas («la vieja es una mala pécora») le procuraban variedad de chismes relativos a la vida que Jacobo II llevaba en el exilio. [8]

Prior resumía la «corte» de Jacobo diciendo que era algo melancólico e inefectivo: «sus carruajes son todos ellos viejos y despreciables».

En 1711, el dominio que Prior ejercía sobre el espionaje preparó el camino para la última fase del Tratado de Utrecht. Por aquel

entonces estaba trabajando estrechamente con Bolingbroke y penetró de contrabando en los jardines del Palacio de Versalles, donde se entrevistó secretamente con Madame de Maintenon, la amante de Luis XIV. Esta mujer hizo que Prior pudiera tener coloquios secretos con el anciano rey en los jardines, y como resultado de ello, Luis envió a Mesnager a Londres. Así, el trabajo preliminar para el Tratado, que no se firmó hasta un año después, fue en gran parte realizado por el propio Prior.

Quizás el mayor mérito de Prior, aparte de su atractivo personal y de su afición al trabajo en el Servicio Secreto era su habilidad para mezclarse en todas las clases de la sociedad. Poseía un talento considerable para mezclar la vida bohemia con la vida oficial, y se sentía tan cómodo en el gabinete de una reina como en una taberna. Sus escritos revelan una divertida tolerancia de la baja sociedad, aunque entre la nobleza sabía moverse sin esfuerzo y con influencia.

7

Daniel Defoe

Encontrar un disidente en la jerarquía del Servicio Secreto habría sido algo sensacional en el siglo XIX. Pero que tal cosa sucediese a principios del XVIII era casi increíble. Con todo, Daniel Defoe, autor de *Robinson Crusoe* y de *Moll Flanders,* rebelde, panfletista revolucionario y disidente, admitía que había sido empleado por la reina Ana «en varios servicios honorables, aunque secretos». [1]

Uno de los rasgos curiosos de las diversas biografías de Defoe es la incapacidad de cada uno de sus autores para ser realmente objetivo acerca de este carácter polifacético. Para algunos de sus contemporáneos, Defoe era el Diablo Encarnado, para otros era un gran patriota. Estas actitudes se reflejan asimismo en sus biógrafos, como lo ha mostrado el más reciente de ellos, James Sutherland. «Sus adversarios políticos —escribe Sutherland— se burlaban de él diciendo que era "una vil y mercenaria prostituta, un charlatán estatal, escritor alquilado, pluma escandalosa, mestizo malhablado, autor que escribe para vivir y vive de la difamación". No siempre se contentaba con sonreír pacientemente, o sugerir que tales informes eran exagerados. Tenía la farisaica costumbre de entornar los ojos y protestar diciendo que siempre había sido absolutamente fiel a sus principios, que nunca había empleado frases ambiguas, que siempre había tratado de impedir peleas y promover la paz... Sus biógrafos, aceptando el reto, se han mostrado muy dispuestos a suponer que Defoe o era un oportunista taimado y completamente sin principios, o un caballero recto e inflexible, vilmente calumniado por sus contemporáneos.» [2]

Análogamente, al escribir sobre la labor que realizó en el Servicio Secreto, los historiadores se dividen también al sacar sus conclusiones. Algunos han hecho caso omiso de tal labor, sin darle crédito; otros, como D. W. Rowan y R. G. Deindorfer, lo han descrito «como uno de los grandes profesionales en todos estos siglos de Servicio Secreto... constituyendo en sí mismo casi todo un Servicio Secreto completo». [3]

Daniel Defoe era hijo de James Foe, un velero presbiteriano de Cripplegate, Londres, y el apellido Defoe constituía quizás una afectación, una corrupción de la firma «D.Foe» en un solo apellido, conservando el primer nombre, Daniel. La verdad es que Daniel, el demagogo y disidente, tenía también algo de snob, y en su *Viaje por Inglaterra y País de Gales,* mencionaba «la antigua familia normanda del apellido de De Beau-Foe», insinuando que él descendía de ella, cosa de la que no existe en absoluto ninguna prueba.

Educado en la Academia de Newington, Daniel supo ya en su juventud los peligros que entrañaba el apoyar a los pretendientes del trono: tres de sus condiscípulos fueron ejecutados por haber tomado parte en el levantamiento del duque de Monmouth. A partir de entonces, decidió, no abiertamente, sino en su fuero interno, que él se prepararía el camino hacia el éxito apoyando siempre a los que ganaran en el Gobierno. Pero en tanto que a veces criticamos a Defoe por su forma hipócrita de declamar principios, confiando, en cambio, en la conveniencia y en el compromiso para decidir el curso de su acción, no podemos negar que durante su carrera asumió algunos riesgos, como resultado de los cuales fue encarcelado dos veces y una vez fue puesto en la picota. Parece como si al escribir sus libros y panfletos Defoe olvidara las precauciones que tomaba en otros aspectos de la vida. En muchos órdenes, era un ser lleno de contradicciones. Disidente y puritano por su educación y afectación, sentía, no obstante, pasión por las carreras de caballos; aunque en sus libros y en su charla cotidiana era un predicador de virtud en materia sexual, sentía debilidad por mujeres de escasa virtud, y los pícaros (incluso Jack Shepherd, el salteador de caminos) le fascinaban. Como periodista, Defoe fue casi el primer reportero de crímenes; en el semanario *Applebee's Journal* publicó una serie de artículos sobre la vida de criminales notorios e incluso entrevistó a Jack Shepherd y dio cuenta de sus andanzas.

Análogamente, contrajo un matrimonio mundano y conspicuo con la hija de un mercader londinense, que aportó una dote de 3.700 libras. A la edad de veinticinco años, viose complicado en la insurrección del duque de Monmouth. Pero, como ya dijimos, la ejecución de sus antiguos camaradas de escuela y el hecho de que él mismo estuviera a punto de ser detenido le enseñaron la prudencia de evitar las aventuras quijotescas en causas perdidas. Como negociante fue una calamidad, y sus esfuerzos no le condu-

jeron sino a la quiebra. En 1702 publicó anónimamente su panfleto *El modo más rápido para acabar con los disidentes,* que escribió, según él, para demostrar que los disidentes «habían de ser destruidos, ahorcados, desterrados, y el Diablo con todos ellos». ¿Cómo pudo llegar el disidente Defoe a escribir virulentas diatribas contra sus propios congéneres? La justificación que él mismo dio fue la de que el exagerar el lenguaje de los altos conservadores en sus diatribas contra los disidentes, y al ir en sus ataques más allá de lo que se habrían atrevido los conservadores, él quería mostrar el extremismo de los altos clérigos. Pero esta clase de ambigüedad es idónea para conducir al punto opuesto al que se intentaba alcanzar. Los extremistas de entre los conservadores aplaudieron irreflexivamente el panfleto y su lenguaje les divertía enormemente, en tanto que los disidentes, como era natural, se quedaron muy alarmados. Nunca ha sido del todo claro qué intención perseguía realmente Defoe al escribir este folleto. Quizás esperaba que al parodiar el lenguaje de los conservadores extremistas ocasionaría una división entre éstos y los conservadores moderados.

Pero, al reflexionar, los *tories* o conservadores, se dieron cuenta probablemente de que Defoe les estaba satirizando a ellos, y el 3 de enero de 1703, el conde de Nottingham dictó orden de arresto contra Daniel, porque pronto se descubrió que él era el autor del panfleto anónimo. Publicóse en la *London Gazette* un anuncio ofreciendo una recompensa de 50 libras a quien diese información que condujese a su detención. Defoe se escondió, pero tuvo la osadía de enviar una carta a Nottingham en la que sugería que «si Su Majestad, la Reina, tuviera a bien ordenar que yo le sirva durante un año o más a mis propias expensas, me rendiré voluntariamente al frente de sus ejércitos, en los Países Bajos... y si con mi conducta puedo expiar esta ofensa, y obtener el perdón de Su Majestad, lo consideraré más honorable que si lo hubiese obtenido por medio de una petición».

Pero Nottingham no se dejó influenciar por esta carta, y por ello Defoe ofreció ponerse a la disposición de Robert Harley, conde de Oxford. Sin embargo, tampoco éste logró hacer cambiar a Nottingham de parecer. Entretanto, Defoe fue descubierto en casa de un tejedor francés y conducido a la prisión.

No se conoce con certeza cuánto tiempo había sido Harley protector y confidente de Defoe. Algunos afirman que Harley había inducido a Defoe a que escribiera su panfleto como un ataque sutil contra los *tories* extremistas. Pero existe una pista de sus extensas y confidenciales relaciones en una poesía de Defoe en la que éste menciona explícitamente tal folleto.[4]

Daniel Defoe debió a los buenos oficios de Harley el que final-

mente se le pusiera en libertad, y los Documentos de Harley demuestran que durante la mayor parte del reinado de la reina Ana, Defoe había estado actuando como agente del Servicio Secreto a las órdenes de Harley y de Lord Godolphin. Ciertamente, cuando Lord Godolphin fue obligado a dimitir por la reina Ana en 1710, recomendó personalmente a Defoe como agente secreto de confianza a su sucesor, Harley. Defoe había sido tan eficiente en olfatear los escondrijos de jacobitas en Escocia bajo el régimen de los *whigs* o liberales, que los *tories* (conservadores), poniendo a un lado sus prejuicios, estuvieron muy contentos de darle empleo en el mismo campo. En esto tenemos uno de los ejemplos más antiguos de un miembro importante del Servicio Secreto utilizado por partidos rivales y Gobiernos diametralmente opuestos en sus fines. Esto constituye en sí mismo un enorme tributo al éxito de Defoe en su carrera dentro del Servicio Secreto.

Pero fue Harley el defensor principal de Defoe. De estirpe puritana, buen carácter, bebedor de vino y hábil hombre de Estado, Harley mantenía relaciones con los dos grandes partidos políticos de entonces. Debido a esto, Harley, el *tory* moderado, no halló dificultad en hacer amistad con Defoe, el disidente *whig.* Análogamente a Defoe le resultó relativamente fácil salvar su conciencia aliándose con un *tory* moderado basándose en que en tal compañía existía mayor esperanza práctica para una unidad nacional que bajo un extremado jerarca *tory* como era Nottingham o bajo el más extremista de los *whigs.* Defoe resumió su actitud desde el punto de vista político en el prefacio que escribió para el séptimo volumen de su *Review*:

«Siempre he pensado que la única máxima fundamental verdadera de la política que hará feliz alguna vez a esta nación es la de que el Gobierno no debería constituir ningún partido en absoluto... Los estadistas son los guardianes de la nación. Su tarea no es la de formar bandos, dividir la nación en partidos y lanzar a las diversas facciones una contra otra. Su labor debería consistir... en mantener el equilibrio entre los intereses de la nación que se interfieren entre sí...»

Naturalmente tenía que haber en el pensamiento de Defoe una consideración más urgente y práctica, cuando se decidió a buscar la ayuda de Harley para salir de la prisión. En una de las cartas que escribió a Harley en 1703, decía lo siguiente: «Siete hijos cuya educación exige que yo cultive sus inteligencias, lo cual constituye una deuda que si no pago ahora ya no se podrá pagar más tarde, son una razón que contribuye muy a menudo a entristecerme.»

Pero si Harley estaba resuelto a que Defoe comprendiese que solamente él había permitido al panfletista recobrar su libertad y

que debía estar en deuda perpetua con él por este favor, a Godolphin correspondía persuadir a la Reina para que concediese a Defoe su perdón. A partir de entonces, las cartas de Defoe dirigidas a Harley iban a veces firmadas en su propio nombre, aunque más a menudo bajo los de «Claude Guillot» o de «Alexander Goldsmith». Una de estas cartas, con la propia letra de Defoe, hablaba de la conveniencia de establecer un nuevo Servicio Secreto para Inglaterra, mediante el cual los ministros de la Reina pudieran recibir información detallada de todas las partes del Reino de suerte que, en cualquier momento dado, pudiera saberse con exactitud cuáles eran los sentimientos de cada ciudad y distrito con relación al Gobierno. Era vital, declaraba Defoe, que el Gobierno supiese todo lo referente al carácter y moral de los jueces de paz, de los clérigos y de los ciudadanos importantes de cualquier ciudad y parroquia, para poder saber por cuál partido era probable que votasen. Defoe proponía algo muy parecido a una moderna encuesta pública, pero basada en valoraciones individuales, no en sondeos hechos al azar. Tendría que haber una «información establecida» en Escocia y un ejército de agentes confidenciales por toda Gran Bretaña.

Harley se sintió impresionado y, en el verano de 1704, envió a Defoe en un viaje por el país para recoger la mayor cantidad de información que le fuera posible. Defoe debía ser un agente secreto principal, viajando a caballo, para sondear las opiniones de sus compatriotas. «Creo firmemente —escribió a Harley en julio de 1704— que este viaje puede llegar a constituir la base de un servicio de información como jamás lo hubo en Inglaterra».

Viajaba de incógnito, en esta ocasión con el nombre de «Alexander Goldsmith». Era un trabajo en el que Defoe, con su amor a la intriga, se sentía encantado, y sus cartas aparecen llenas de rasgos exuberantes, como si se deleitase en el carácter secreto de su misión y en el peligro que ésta comportaba. Pero, al igual que la mayoría de los agentes secretos, frecuentemente andaba escaso de fondos y necesitaba más dinero: «el almacén flojea —se quejaba en una carta a Bury St. Edmunds— y ha de compensarse con bienes privados, que ya no es lo mismo». Era la manera suavemente humorística, un tanto triste, de Defoe de indicar que apreciaría mucho la siguiente remesa de Harley. En otras ocasiones, la forma en que recordaba que necesitaba dinero era algo más tajante, ya que el Servicio Secreto británico, entonces, como en tiempos más recientes, se mostraba marcadamente tacaño con sus agentes. Los fondos que le llegaban a Defoe eran generalmente para cubrir unos gastos ocasionales ya varios meses antes: «hay que tratarlos con parsimonia y mantenerlos siempre despiertos», era la consigna de Harley, y se comportaba de un modo que parecía sugerir el de-

seo de que Defoe permaneciese en un estado de incertidumbre en cuanto a sus perspectivas futuras, y recordase de este modo que Harley era su única fuente de ingresos. Pero, dejando aparte el dinero y la parsimonia de Harley, los dos hombres mantenían unas relaciones que eran completamente fructíferas y recíprocamente satisfactorias. Tanto Harley como Godolphin confiaban en el buen juicio de Defoe, y en las negociaciones que finalmente tuvieron como resultado la unión de Inglaterra y Escocia, guiáronse principalmente por los informes que Defoe les enviaba. Éste era mucho más que un mero suministrador de información. En tanto que los agentes anteriores, incluso los que se encontraban en posición más elevada dentro del Servicio Secreto, se habían contentado con procurar información, Defoe coordinaba esta información y comentaba sus propios informes de suerte que resumía las lecciones que había que extraer de ello. Por encima de todo era un animal político, con una gran facilidad para observar las tendencias políticas e interpretarlas. «Los *whigs* son débiles —escribió a Harley—, hay que manejarlos, y siempre han sido manejados. Hagáis lo que hagáis, si os es posible, divididlos; son fáciles de dividir. Halagad a los tontos que hay entre ellos, que son bastantes. Compradlos con algún que otro cargo; vale la pena hacerlo.» [5]

A su vez, Defoe obtuvo la protección de las autoridades contra cualquier futura acción legal. Parker, presidente de sala, se opuso a nuevos procedimientos contra él y suscribió formalmente su opinión de que Defoe era un leal defensor de la Corona. Esta discreta protección oficial le era muy necesaria, porque la índole de su trabajo a menudo le exponía a ser arrestado. En Weymouth, vióse obligado a huir cuando un mensaje a él dirigido fue interceptado por un receloso burócrata local, y en Credition, un juez de paz dictó contra él un verdadero auto de prisión, para encontrarse luego con que Defoe había abandonado el distrito antes de que tal auto pudiera tener efecto. En aquel entonces, cualquier escritor se exponía a ser mirado con recelo como propagandista, y Defoe combinaba el espionaje con la actividad de escritor, y en sus viajes por la Gran Bretaña hizo acopio de material para su obra *Tour through England and Wales.*

En el verano de 1706, Harley envió Defoe a Edimburgo en relación con las negociaciones para la unión de los Parlamentos inglés y escocés, y en esta misión se le entregó un sumario que excedía con mucho al que normalmente se confiaba a un agente secreto. Aparte la tarea de obtener información, a Defoe se le encargó que desempeñase un papel activo en la obra de realizar la unión, tratando de persuadir a los escoceses de que ésa era la mejor solución posible para Escocia: tarea en verdad nada fácil. En su misión

figuraba también el socavar la influencia de los enemigos de la unión y convencer a los escoceses de que Inglaterra no tenía intención de interferirse en los asuntos de la Iglesia escocesa. Esta vasta tarea no debía realizarla como un negociador con plenos poderes, sino como un visitante fortuito de Escocia, expresando sus opiniones privadas y dando a éstas el mayor peso y credibilidad posibles.

Al parecer, Harley se mostraba aún reacio en efectuar sus pagos a Defoe como lo indica una carta que este último le dirigió: «En cuanto a la familia, siete hijos, etc. *Hei mihi*... Así, pues, señor, tenéis una viuda y siete hijos en vuestras manos.» Era una evidente sugerencia que le hacía Defoe acerca de lo que pudiera ocurrirle a él y de las responsabilidades en que incurriría Harley.

El biógrafo de Defoe, James Sutherland, declaró que la «obra (de Defoe en Escocia durante el invierno de 1706/7 constituyó el logro más perfecto de su vida extrañamente privada y de su oscura vida pública. Se inició y realizó en un ambiente de engaño, sin mengua de la obra efectuada». No hay duda de que mientras estuvo en Escocia, Defoe se abrió paso con mentiras a través de todas las dificultades, hízose todo para todos, y el excelente dominio del idioma le hizo salir airoso de todas las situaciones. En suma, realizó una buena tarea desde el punto de vista de los intereses de su país. «Estoy escribiendo un himno de alabanza a Escocia —escribió a Harley— ... pero mi final recibirá respuesta... Todo conduce a persuadirles de que soy un amigo de su país.» Palabras éstas que proceden de un hombre que, al referirse a los escoceses, decía que eran «una gente endurecida, refractaria, terrible, una nación podrida e implacable». [6]

Defoe pretendía haber ido a establecerse a Edimburgo para instalar una fábrica de vidrio o una salina. Más tarde, cuando este cuento ya parecía muy sobado, dijo que estaba escribiendo una historia de la Unión y una nueva versión de los Salmos. «En cualquier sitio tengo mis espías y mis pensionados, y confieso que resulta facilísimo alquilar aquí a las personas para que traicionen a sus amigos. Tengo espías en la Comisión, en el Parlamento y en la Asamblea, y con el pretexto de escribir mi historia, he logrado que me lo cuenten todo.» [7]

Llegado el momento, el 18 de enero de 1707, fue aprobada el Acta de Ratificación de los Parlamentos, y en marzo la Reina dio su consentimiento a la unión. Defoe comprendió que su misión había sido cumplida y que se le debía alguna gratitud por el papel que en ello había desempeñado. Al mismo tiempo, mostrábase algo receloso: «...todo el mundo va a querer sacar partido y algunos van a ser recompensados por lo que yo he hecho, mientras que yo,

dependiendo de vuestro interés por mí y de la bondad de Su Majestad la Reina, me siento totalmente indiferente en este asunto».

Pero, al parecer, a Defoe le estaban pasando por alto de un modo algo deliberado, porque incluso en el siguiente mes de julio se estaba quejando a Harley de que se consideraba a sí mismo como una persona abandonada, olvidada: «Ahora hace cinco meses que vos tuvisteis a bien retirar vuestro suministro, y sin embargo, jamás recibí de vos la orden de que regresara.» [8]

Hasta noviembre de aquel mismo año Defoe no volvió a recibir fondos, esta vez un billete de 100 libras a cuyo recibo embarcóse de nuevo para Londres. Es posible que Harley le hiciese esperar adrede, con objeto de obtener de él más información.

Daniel Defoe trabajaba de un modo tan original, que no resulta fácil resumir en términos concretos o sencillos lo que hizo o lo que consiguió. En algunos aspectos fue una combinación de jefe de espías y espía. Técnicamente, estuvo empleado como espía, y dio resultado como tal, pero como que también coordinaba los resultados del espionaje efectuado por otras personas, y a menudo de su propia iniciativa trató de formular una política a seguir, puede decirse que tenía la apariencia de jefe de espías, lo cual constituye una de las razones por las cuales se le ha descrito, de un modo completamente erróneo, como el jefe del Servicio Secreto de su época. Cuando Harley salió de su cargo, aconsejó a Defoe que continuase al servicio del Gobierno bajo las órdenes de Godolphin, y este último se alegró de contar de nuevo con el agente secreto. En el año 1709, Godolphin estaba interesado en conocer las actividades de los jacobitas en Escocia, y envió a Defoe a Edimburgo para que le informase de la situación. Poco a poco, la confianza que tenía Defoe en su habilidad para influir en las situaciones, le indujo a sugerir a las autoridades unas medidas más audaces y más originales. Una de tales ideas, basada en sus observaciones en calidad de agente, fue la de un «Tribunal de Apelación para todos los vejados y oprimidos, tanto si se trata de príncipes como de personas que están o estarán en Europa hasta el fin del mundo». En realidad, se trataba de una proposición que guardaba notable semejanza con el concepto original de Woodrow Wilson para la Sociedad de Naciones. Además, utilizaba cada vez más su pluma como arma de espionaje y de contraespionaje. Ello constituía un intento deliberado de influir en la política del modo más sutil. Así, en 1716, Defoe el Disidente convirtióse en editor *tory* del vizconde Townshend, Secretario *whig* de Estado bajo Jorge I. La idea era publicar un periódico jacobita para «divertir al partido» y prevenir el lanza-

miento, por parte de los jacobitas, de uno que podría resultar mucho más peligroso.

Defoe era perfectamente consciente de que sus métodos tortuosos podrían llegar a volverse contra él mismo. «Algunas veces corro el riesgo —escribió— de ser fatalmente mal interpretado. A causa de este servicio, me encuentro apostado entre papistas, jacobitas y furibundos *high tories,* generación que, declaro sinceramente, detesto con toda mi alma; me veo obligado a oír expresiones traidoras y palabras injuriosas contra la persona de Su Majestad la Reina y contra el Gobierno y sus más leales servidores, y debo sonreír a todo ello, como si lo aprobase; me veo obligado a recoger todos los papeles escandalosos, y ciertamente despreciables, que salen, y guardarlos como si quisiera hacer acopio de material para publicar en el periódico; a menudo me atrevo a dejar pasar cosas un tanto sorprendentes, con objeto de no hacerme sospechoso yo mismo.» [9]

Los Informes del Servicio Secreto de la Oficina de Documentos Públicos revela que en la primera mitad del año 1714 se le pagaron a Defoe 500 libras de los fondos del Servicio Secreto. Los pagos se anotaron como si se hubiesen efectuado a «Claude Guillot», que, como se ha comprobado, era uno de los seudónimos de Defoe.

No hace falta decir que durante todos esos años el Servicio Secreto tuvo que concentrarse casi exclusivamente en vigilar las actividades jacobitas y a los sostenedores de la Casa de Estuardo. En 1715 fue aplastada la rebelión jacobita, y la labor realizada por Defoe entre bastidores volvió a resultar inapreciable. Al hacerse cargo del *Mist's Weekly Journal* logró hacer menos violento este semanario y que constituyese en menor grado una amenaza para el Gobierno, aunque manteniendo su popularidad y una circulación de diez mil ejemplares semanales. Y parece cierto, aunque suene a algo increíble, que el propio Mist no tenía idea de lo que Defoe estaba tramando. A Mist le satisfacía confiar en el juicio de un buen editor y autor ameno, aunque siempre negó que Defoe tuviera algo que ver con el periódico. Posteriormente, cuando Mist se vio envuelto en dificultades por haber publicado una carta que criticaba la política exterior, no vaciló en censurar a Defoe. Sin embargo, afortunadamente para Defoe, las autoridades hicieron la vista gorda ante esta indiscreción; se dieron cuenta de que su control parcial del periódico era vital para el Gobierno y que cualquier acción que emprendiesen podría acarrearles toda suerte de inconvenientes.

Un chistoso dijo que a Defoe le «agradaba envolverse en la niebla». * Defoe gozaba con la intriga y declaró sus secretas intenciones del modo siguiente: «Mediante esta dirección, el *Weekly Journal* y la *Dormer's Letter,* como asimismo el *Mercurius Politicus,* que se encuentra en la misma clase de dirección que el *Journal,* continuarán pasando (salvo errores) por periódicos de los *tories,* y sin embargo, quedarán privados de su nervio y vigor, para que no puedan perjudicar u ofender al Gobierno». [10]

* En inglés, mist. (*N. del T.*).

8

La presión ejercida contra el espionaje jacobita

Durante casi toda la primera mitad del siglo XVIII, la tarea principal del Servicio Secreto británico consistió en reprimir constantemente las maquinaciones de los jacobitas. Desde la abdicación de Jacobo II, la amenaza de un resurgimiento de los Estuardo y de la restauración en el trono de Inglaterra de un miembro de esa real casa, había llegado a convertirse con el tiempo en algo más que una mera posibilidad. Los jacobitas eran numerosos, estaban bien organizados en varias sociedades secretas y eran obstinados y competentes en las artes de la intriga.

La larga lucha clandestina que el Servicio Secreto británico libraba contra los jacobitas tomaba a menudo el cariz de una confrontación directa con su número opuesto, porque el Servicio Secreto jacobita no era menos aficionado a infiltrarse en Inglaterra y en Escocia con sus propios agentes y crear contra-diversiones. Los archivos de este «servicio secreto» de Scott's College, St. Germain, suministra amplias pruebas de ello. Es evidente, por ejemplo, que Carlos Eduardo Estuardo, el «joven pretendiente», hizo por lo menos una o dos visitas secretas a Londres sin ser descubierto, como revela Compton Mackenzie en su libro *Prince Charlie and His Ladies*.

Así, por espacio de casi cincuenta años, el Servicio Secreto británico convirtióse casi por completo en una agencia doméstica, interesada en combatir a los jacobitas en Inglaterra y en Escocia, muy alejada de una red de amplitud continental de espías como la que había sido establecida bajo la dirección de Walsingham y Thurloe. El Gobierno francés utilizó también jacobitas como espías contra la Gran Bretaña a través del Servicio de Información establecido por Mauricio de Sajonia, organización que alcanzó su más alto grado de eficiencia unos dos años antes de la rebelión de 1745,

el último intrépido intento del joven pretendiente de recuperar el trono de sus antepasados.

No obstante, a pesar de esta actividad, el espionaje perdió mucho de su profesionalismo durante este siglo. El soborno y la corrupción llegaron a formar parte de cualquier establecimiento en Europa, la ética diplomática brillaba por su ausencia y la doblez de políticos y diplomáticos, de reyes que espiaban a sus servidores y negociaban a espaldas de sus propios ministros, afectó a todo el campo de la tarea del Servicio Secreto. Todos los Ministerios de Asuntos Exteriores apartaban fondos para el soborno, y no habría exageración al afirmar que durante muchos años el soborno hizo la obra que anteriormente habían preparado los agentes secretos.

Naturalmente, el soborno había constituido siempre una parte esencial del trabajo del Servicio Secreto, pero en el pasado se trataba de un soborno controlado, practicado por los jefes profesionales de las secciones de espionaje y utilizado para emplear a los capacitados, valientes e inteligentes. Los pocos agentes secretos que brillaron en esta época fueron principalmente aficionados con talento y excéntricos, hombres tales como el astrólogo charlatán Cagliostro, el libertino vagabundo Casanova, y el misterioso personaje llamado el Caballero de Eón.

Como ejemplo del modo como el Servicio Secreto fue suplantado por el soborno, podemos referirnos a la experiencia de Sir Robert Murray a quien, como ministro inglés en Rusia, le fue entregada por el Ministerio de Asuntos Exteriores la suma de 100.000 libras, «sólo para tales gratificaciones como las que yo pueda juzgar conveniente hacer, de vez en cuando, a determinadas personas». [1]

Pero éste era más bien un caso especial, aunque encajaba en el modelo general del espionaje diplomático El gasto del servicio diplomático británico, excluida la paga de los cónsules, fue de un promedio de 70.000 libras durante la sexta década del siglo XVIII. Un elevado porcentaje de esta suma se empleó en sobornos, según revelan con claridad meridiana unos documentos de la época. D. B. Horn, escribiendo acerca de «The Cost of the Diplomatic Service, 1747-52», en la *English Historical Review*, reveló algunas cosas referentes al sistemático y ampliamente difundido soborno en el servicio: artículos tales como «vinos y licores para el general Apraxin y el arzobispo de Troitza», un «carruaje con aplicaciones de plata» para el «Maestro de Ceremonias», «bebidas y rapé para las damas de la Corte», un violín para el Canciller, «una caja para esponjas, de oro, en forma de huevo de Pascua» para la gran duquesa Catalina. Éstos fueron algunos de los sobornos, por un total de 1.500 libras, que fueron pagadas por el embajador británico en Rusia, Lord Hyndford, entre los años 1745 y 1749. [2]

Era, en realidad, un cuadro extrañamente incongruente el que en esa época ofrecía el modelo de espionaje. Por un lado, durante la primera mitad del siglo, el Servicio Secreto se estaba concentrando casi exclusivamente en el espionaje jacobita en territorio británico, mientras tenía abandonada la tarea de establecer una red extranjera. Por otro lado, los diplomáticos gastaban inmensas sumas para soborno, pero logrando resultados a menudo insignificantes y que raramente poseían más que un valor muy secundario. Los espías eran muy codiciosos y exigían sumas excesivas para aquellos días; el promedio de lo que pedía un extranjero que estuviera dispuesto a trabajar para los ingleses era de 400 libras anuales, amén de los gastos de viaje. Con una lamentable falta de patriotismo auténtico, desinteresado, dominando en las mentes de las clases gobernantes el cinismo y la venalidad, la única cosa que sorprende del siglo XVIII es que la revolución sólo se produjese en Francia; no sería exagerado decir que grandes zonas de Europa estaban tan mal administradas, gobernadas de un modo tan corrompido, que el Continente entero estaba maduro para la revueta. Sólo la oportunidad y el compromiso entre las clases gobernantes y la profunda apatía entre las masas fueron lo que en otros lugares tuvieron alejada la revolución que sobrevino a Francia.

Gran Bretaña, no obstante, obtuvo algunos éxitos notables, aunque la mayoría de ellos se alcanzaron mediante los servicios de entusiastas aficionados. Falconnet, un doble espía, recibía dinero tanto de los ingleses como de los franceses, aunque el oro que los ingleses le pagaron dio la ventaja a éstos. El resultado fue que cuando el ministro francés D'Affray negoció con Falconnet, éste le suministró planos y mensajes falsos. Durante muchos años, sólo consta que tuviese Francia un solo espía residente en territorio galo, un tal doctor Hensey. Al parecer, sus informes carecieron de efecto e incluso él, llegado el momento, fue detenido y procesado, en 1758. Su suerte quedó envuelta en el misterio, aunque el relato de su proceso indica que fue sentenciado a morir en la horca. Las autoridades británicas estaban dispuestas a dar una lección con el caso de Hensey y de este modo impedir una equivocación con algunos años de antelación. En 1755, dos agentes franceses, Maubert y Robinson, habían sido enviados a Londres a iniciar el asedio del Banco de Inglaterra poniendo en circulación billetes falsos. Maubert logró escapar, y Robinson, aunque fue capturado, fue retenido en la Torre de Londres sólo durante seis meses, y luego fue puesto en libertad. Así, cuando Hensey fue detenido, las autoridades estaban decididas a dar un escarmiento en su persona. Hubo protestas contra la sentencia de la horca, y es posible que Hensey fuese puesto subrepticiamente en libertad después de largo tiempo de encarce-

lamiento, pero, aunque los documentos no se expresen con toda claridad, parece ser que la sentencia se ejecutó en secreto.

Un nuevo tipo de espía aficionado apareció a mediados del siglo XVIII, parecido al del erudito isabelino que viajaba extensamente y remitía a su país el resultado de su espionaje. Pero en el siglo XVIII, tales asuntos estaban peor organizados que en el siglo XVI, y la iniciativa de semejantes esfuerzos provenía más bien de los propios viajeros que del Servicio Secreto de Londres. El nuevo espía aficionado era el joven aristócrata o el vástago de las clases medias superiores que efectuaban el «Grand Tour» de Europa para completar su educación. Era una época en la que las sociedades y clubs secretos se hallaban diseminados por toda Inglaterra. Como escribieron los hermanos Goncourt en el mismo siglo: «Si se desterrase a dos ingleses en una isla desierta, lo primero que tratarían de hacer sería formar un club.» Era la época dorada de los clubs, y éstos variaban en una amplia gama que iba desde el estilo del Chocolate House Club hasta el de Kit Cat, fundado por un tal Christopher Cat, cocinero más conocido por sus pasteles de carnero que por sus aspiraciones sociales.

Muchos de estos clubs asumieron un definido matiz político; algunos de ellos eran incluso fanáticamente políticos en la elección de sus miembros, mientras que había unos cuantos que se dedicaron a actividades subversivas y por ello llamaron la atención del Servicio Secreto. Había el October Club, organización *high tory*, mientras que el Calves'Head Club, no disuelto hasta 1734, había sido establecido con el propósito exclusivo de burlarse del recuerdo de Carlos I. Pero tal vez el más notable de todos estos clubs y ciertamente el único que gozó de notoria celebridad, fuese el llamado de los «Knights of Saint Francis of Wycombe», confundido a menudo con el «Hell-Fire Club». [3]

Este club fue fundado por el caballero de West Wycombe, Sir Francis Dashwood, individuo ingenioso y libertino que durante un breve período fue ministro de Hacienda. En cierto momento, algunos de los personajes más influyentes del Gabinete de ministros fueron miembros de este extraño club, los cuales solían reunirse primeramente en la Abadía de Medmenham, a orillas del Támesis, y posteriormente en una cuevas de la colina occidental de Wycombe, debajo de la iglesia. Además del propio Dashwood, figuraban entre ellos John Montagu, conde de Sandwich, que fue Primer Lord del Almirantazgo, Thomas Potter, Pagador General, el conde de Bute, Primer Ministro, y varios miembros del Parlamento, entre ellos John Wilkes y George Selwyn.

Hasta que John Wilkes fue procesado a causa del libelo obsceno de su *Essay on Woman*, en 1763, no se puso al descubierto

el mayor escándalo político de la época. Un público atónito se enteró de que sus líderes políticos hacía años que estaban celebrando mascaradas en la semiderruida Abadía de Medmenham. No sólo se disfrazaban de «monjes» y se entregaban a misteriosos ritos, sino que admitían en su extraña sociedad a mujeres enmascaradas y tocadas con capuchas a las que ellos se complacían en llamar «monjas». Al descubrirse el secreto de Medmenham, este club de libertinos trasladó su cuartel a unas cavernas labradas en el seno de West Wycombe Hill. Así, la posteridad ha llegado a conocer a los Caballeros de San Francisco de Wycombe (Knights of Saint Francis of Wycombe) con el nombre de Club del Fuego del Infierno (Hell-Fire Club) y las cuevas mismas, que actualmente están abiertas al público, se las conoce como Cuevas del Fuego del Infierno (Hell-Fire Caves).

La mayor parte de las leyendas que rodean este club (que sus miembros practicaban la magia negra y celebraban misas negras en la Abadía de Medmenham y en las cuevas) son completamente erróneas y constituyen el resultado de una maliciosa propaganda realizada por enemigos políticos de sus miembros más destacados. No quiere esto decir que el club fuese respetable, ni mucho menos, de una forma convencional; se utilizaba para beber, comer y putañear y para inocentes actividades de hacer teatro y disfrazarse, así como para poner en práctica bromas rabelesianas. Pero no hay duda de que se infiltraron en él agentes secretos, tanto británicos como extranjeros, puesto que constituía un admirable puesto de escucha. Los agentes británicos lo utilizaban como un club en el que podía obtenerse valiosa información en algunas ocasiones, cuando el vino corría libremente, y también para explotarlo para fines políticos. Los extranjeros lo utilizaban porque estaban persuadidos de que un club que se hallaba situado en cuevas oscuras y húmedas de la ladera de una colina inglesa, entre cuyos socios figuraban ministros del Gabinete, debía de ser seguramente el cuartel general de los que planeaban la política.

Cuatro miembros del club estaban indudablemente envueltos en el espionaje, y obtenían gran parte de su información merced al hecho de pertenecer a él. Casi es seguro que otros varios miembros trabajaron en alguna ocasión para el Servicio de Información británico. Los cuatro primeros eran John Wilkes, el radical cuyo puesto en la historia está todavía algo subestimado; el Caballero de Eón de Beaumont, diplomático francés; el propio Sir Francis Dashwood y, cosa que produce cierta extrañeza, Benjamín Franklin, el estadista y filósofo. Un cuarteto bastante raro para ser miembros del mismo club.

Dashwood era uno de los muchos vástagos de familias nobles

que efectuaron el «Gran Tour» de Europa y durante este período se vieron arrastrados a las actividades del Servicio Secreto. La educación clásica convencional de la época en Charterhouse era redondeada mediante un viaje por el continente, que algunos de sus biógrafos menos imparciales han descrito diciendo que «se abrió paso fornicando por Europa». En su juventud, Dashwood sentía por viajar una pasión mucho más exagerada que la mayoría de sus compatriotas. Visitó Rusia, y dícese que en San Petersburgo se disfrazó de Carlos XII de Suecia, el gran adversario de Pedro el Grande. No obstante, puesto que Carlos había muerto hacía muchos años, no es posible admitir esta versión de Horace Walpole acerca de lo que sucedió en la corte de Rusia. Habría sido como consecuencia de su afición a las aventuras galantes que habría usado ese disfraz para seducir a la zarina Ana, relaciones que, según dicen, duraron algunos meses. Pero hay que admitir a veces con reservas las declaraciones de Walpole. Parece ser que este autor se sintió a la vez fascinado y asqueado por Dashwood, al citar las aventuras amorosas de este último y hacer el comentario de que «tiene la fuerza de un semental y la impetuosidad de un toro».[4]

Sin embargo, fue la capacidad de Dashwood para trabar amistad con las mujeres en la corte de Rusia lo que le permitió establecer aquello de que hasta entonces había carecido Londres: agentes en San Petersburgo que pudieran suministrar información secreta. Supo granjearse la confianza de la gran duquesa Catalina, y de este modo preparó el camino para consolidar más adelante las relaciones anglo-rusas por medio del embajador Sir Charles Hanbury-Williams. También hay indicios de que Dashwood actuó como espía británico en Italia, aunque Horace Mann, jefe del espionaje británico en Roma, envió a su país unos informes en los que se lamentaba de que Dashwood fuese «un agente jacobita», diciendo que había escrito al joven pretendiente comunicándole que el Primer Ministro británico estaba a punto de caer. Pero Mann, lo mismo que Walpole y que muchos otros jefes de espionaje anteriores y posteriores a él, sentía inclinación por enviar a su país informes que denigrasen las fuentes rivales de información y diesen la clase de versión que él creía que a Whitehall le agradaría escuchar. Sus informes eran a menudo erróneos, como, por ejemplo, cuando escribió describiendo al joven pretendiente como un individuo que «ya no constituye ninguna amenaza..., una ruina tanto moral como físicamente». Esto fue rotundamente desmentido por la rebelión del año 45 y por el hecho de que el príncipe Carlos Eduardo Estuardo vivió hasta la edad de sesenta y ocho años y jamás tuvo un quebranto en su salud hasta los últimos días de su vida.

Es más probable que Dashwood estuviese efectuando un doble juego, ganándose la confianza de los jacobitas y obteniendo de ellos una información que luego transmitía a Londres. A su regreso a Londres, y antes de ingresar seriamente en la política en 1751, Dashwood hizo una curiosa y ostentosa repudiación del jacobitismo.

Sir Charles Hanbury-Williams obtuvo un éxito considerable organizando en San Petersburgo una sección propia de Servicio Secreto. Decidió caminar tras las huellas de Dashwood basándose en el hecho de que las damas de San Petersburgo estaban tan faltas de la compañía de hombres inteligentes y cultos, que constituían el blanco natural para un embajador que anduviese en busca de aliados secretos. La gran duquesa Catalina describió la Corte rusa de ese período como un «desierto en el que se desconoce el arte de la conversación, donde el odio es mutuo y sincero, y donde la palabra más levemente seria constituía un crimen y una traición».

Rusia era por aquel entonces una nación con barniz muy fino de civilización, aplicada sobre un conglomerado semicivilizado y parcialmente asiático de pueblos, apartada casi completamente de las influencias de la sociedad europea, con excepción de los círculos cortesanos. Jorge II deseaba granjearse la buena voluntad de los rusos porque sospechaba que Francia y Prusia estaban tramando secretamente el modo de controlar su Estado nativo de Hannover. Así, ofreció al canciller ruso Bestuchev una suma de medio millón de libras a cambio de que unos sesenta mil campesinos rusos le sirvieran como soldados, sin duda con la intención de defender Hannover. Hanbury-Williams trasladóse a Rusia para llevar a término tal asunto, con la idea de obtener un acuerdo secreto en virtud del cual Rusia enviaría hombres en ayuda de la Gran Bretaña o de Hannover cuando ello fuera necesario. El embajador buscó la amistad íntima de la gran duquesa Catalina, mientras que el embajador francés, marqués de la Chétardie, cortejaba a la madre de la gran duquesa. No obstante, en lo concerniente a obtener información, el embajador británico fue siempre superior al francés. Lo que le daba esta superioridad no era simplemente el oro del rey Jorge, sino la habilidad con que Hanbury-Williams sedujo a las damas de la Corte y el modo como supo manejarlas para conquistar a la gran duquesa como «partidaria y espía de Londres» y a Bestuchev como informador regular. Bestuchev interceptaba los mensajes enviados a París por el embajador francés y los transmitía todos a Hanbury-Williams.[5] En los Papeles de Estado británicos de ese período se encuentran veintisiete volúmenes de «mensajes interceptados» correspondientes a los años 1756-63.

Todo esto preparó el camino para una alianza entre la Gran Bretaña, Rusia y Austria contra Prusia.

En estas circunstancias fue cuando, en el año 1755, partió hacia Rusia el caballero Charles d'Eón de Beaumont, en calidad de enviado de Luis XV, no bajo su auténtico nombre sino disfrazado de Mademoiselle Lia de Beaumont, atractiva señorita de una noble familia francesa. No hay duda de que el caballero fue el travestista de mayor éxito de cuantos han existido; en época moderna habría hecho fortuna en el teatro. Según veremos más adelante, el secreto de su verdadero sexo no quedó claramente establecido hasta después de su muerte, y a lo largo de su vida, por sus intrigas y a veces por sus travesuras, hizo que la gente se preguntase si realmente era hombre, mujer o hermafrodita.

Dícese que, cuando contaba cuatro años de edad, su madre organizó una ceremonia especial para consagrar a su hijito a la Cofradía de mujeres devotas de la Virgen. Tanto si esto es cierto como si no, la Historia registra por lo menos el hecho de que, desde la edad de cuatro a siete años, siguiendo las instrucciones de su madre, Carlos de Eón vestía ropas femeninas; esto debió de prepararle para los papeles que más adelante habría de desempeñar vestido de mujer. Pero no hay que creer que Eón de Beaumont fuese un carácter afeminado, poco varonil. Aunque de ligera contextura, de apariencia frágil y con un suave color de piel, casi como el de una muchacha, demostró su virilidad por su maestría e intrepidez como esgrimidor. Tan diestro era en el manejo del florete y el estoque, que fue elegido *grand prévôt* de la *salle d'armes*. Esta habilidad, unido a su erudición (habíase doctorado, siendo muy joven, en Derecho civil y canónico), llamó la atención de Luis XV.

La misión que le llevó a Rusia consistía en establecer contacto con la zarina Isabel y persuadirla para que entrase en correspondencia secreta con el rey Luis. A partir de entonces, la historia de este extraordinario Caballero de Francia parece más ficción que realidad. Adoptando posturas de mujer tímida y recatada, Eón de Beaumont supo de tal modo ganarse el corazón de la Corte que los pintores se disputaban el honor de pintar retratos de la bella «Mam'selle Lia». Estos cuadros existen todavía para demostrar la veracidad de tal misión. Poco después, el Caballero fue nombrado dama de honor de la Zarina.

Desde el punto de vista del Servicio Secreto británico, las actividades del Caballero de Eón constituían objeto de interés, porque el rey Luis estaba utilizando a su enviado para realizar una política deliberadamente antibritánica. La diplomacia de mediados del siglo XVIII habíase visto influenciada por la subida de Prusia y Rusia a la categoría de potencias a las que había que tener en cuenta, y por primera vez apareció en el horizonte europeo el espectro del militarismo alemán. El desprecio con que los alemanes

miraban los tratados y los acuerdos fueran de la clase que fuesen, su doble juego en la diplomacia, el cual caracterizó a su nación por espacio de más de dos siglos, fue incluso entonces expresado con claridad y cinismo por Federico Guillermo II: «Sé por experiencia que las personas de posición y mérito no son aptas para los negocios. Se parapetan detrás de su pundonor... Esto no es para mí, y en lo sucesivo prefiero utilizar perros aulladores a los que pueda mandar hacer esto o aquello sin que se sientan ofendidos, y que hagan cualquier cosa que yo desee... Los tratados están hechos para que uno pueda romperlos a su propia conveniencia.»

Los mensajes del embajador francés, al ser mostrado a la Zarina después de que los rusos los abrieran (y los pasaran a los ingleses), revelaron una campaña de calumnias contra la propia Isabel. Como consecuencia de ello, a Chétardie se le ordenó que abandonase San Petersburgo, y Rusia se alió con Inglaterra y Austria contra Prusia. Pero, debido a incompetencia por parte del Gobierno británico y a la desconfianza que Austria sentía hacia las intenciones británicas, la eficacia de esta alianza se vio paulatinamente socavada. Hanbury-Williams hizo todo lo posible para que la alianza funcionase mediante el soborno y el espionaje, dando 10.000 libras al canciller ruso Bestuchev, sólo a él, y prestando una suma parecida a la Gran Duquesa Catalina para «emplear en el servicio del Rey». La Gran Duquesa no sólo suministró al embajador británico una corriente continua de información, que reveló a éste todo lo que se estaba haciendo en la Corte rusa y los pormenores de intrigas de los franceses, sino que en cierta ocasión, según consta documentalmente, se pasó «toda la noche traduciendo al ruso un mensaje procedente de Constantinopla». [6]

Si Hanbury-Williams hubiera sido apoyado por una acción firme consistente y resuelta de su Gobierno de Londres, la configuración de Europa habría podido cambiar para siglos venideros. Pero un partido germanófilo en la Gran Bretaña efectuó un repentino cambio en la política. Precisamente en el momento en que Hanbury-Williams había logrado establecer firmemente una base para una alianza permanente con Rusia, incluso ganándose el apoyo de Shavalov, el amante de la Zarina, llegó de Londres una noticia que dio al traste con sus esperanzas: Gran Bretaña concertó una alianza con Prusia en 1756. La Zarina detestaba al tiránico rey de Prusia, y a partir de aquel instante consideró a Gran Bretaña como un enemigo y a Hanbury-Williams como un espía en el seno de la Corte de Rusia. Al mismo tiempo, el Caballero de Eón de Beaumont había obtenido de nuevo influencia en San Petersburgo. Fue preciso ordenar al embajador británico que regresara a Londres.

Cuando el Caballero de Eón regresó a Francia, llovieron sobre

él los honores y recibió una pensión anual de 3.000 libras. Continuó alternando los papeles del espadachín que a veces servía en el Ejército francés (fue ayudante de campo del duque de Broglie, el cual era jefe del Servicio Secreto francés) y de la simpática y encantadora Mademoiselle Lia. A continuación fue enviado a Londres, oficialmente como secretario del embajador francés pero en realidad como espía. Como tal tuvo de nuevo mucho éxito, interceptando documentos vitales del Ministerio inglés de Asuntos Exteriores, realizando un estudio de los condados para elaborar un plano de las mejores rutas que podría seguir un ejército francés cuando invadiese Inglaterra.

Pero los franceses, en vez de recompensar a aquel inestimable agente secreto, ciertamente inimitable, cometieron un increíble error. Habiéndole hecho ministro plenipotenciario en Londres, nombraron para Inglaterra a un enemigo de Eón, con la evidente intención de que le reemplazase. Unos enemigos del Caballero en la Corte francesa habían intrigado para perderle. Al ordenarle que regresara a París, se le recordó perentoriamente el modo como había servido a Luis XV «vestido de mujer», y se le aconsejó que volviera a ponerse prendas de vestir femeninas. Aquello era más que una reprensión; era un insulto calculado.

Quizá los enemigos de Eón creían que éste regresaría realmente y aceptaría esta humillación. Si lo creían, es que no contaban con el valor del Caballero. Lo que era una pérdida para Francia convirtióse en ganancia para la Gran Bretaña, y Eón pidió asilo en Londres. Ello constituía un calculado riesgo, porque los estragos que el Caballero de Eón había causado en la Gran Bretaña y su sustracción de documentos de Estado fácilmente habrían podido tener como resultado que se le mantuviese preso o incluso se le sentenciara a muerte. Pero los ingleses, fieles a su tradición de dar asilo a los perseguidos, celebraron aquella sorprendente adquisición que acababan de hacer.

John Wilkes, el miembro radical del Parlamento, hizo suya la causa de Eón y convirtióse en uno de sus amigos más íntimos. Probablemente introdujo al Caballero en la sociedad secreta que celebraba sus francachelas y reuniones en la Abadía de Medmenham, y en las cuevas de West Wycombe Hill. «Santa Inés», una de las «monjas», llegó a casarse más adelante con Léon Perrault, compañero de Eón. No se puede decir con seguridad si el Caballero fue miembro del «Círculo Interno» de la sociedad, pero consta que asistía a sus reuniones. Incluso es posible que hubiera llegado a conocer a los Caballeros de San Francisco de Wycombe antes de buscar asilo en Inglaterra. En medio de aquella extraña confraternidad, sin duda llegó a ser un agente doble, ansioso durante aquel

período de refugio de complacer a las autoridades proporcionándoles cierta cantidad de información. Sin duda él amaba Inglaterra y los ingleses, y gozó allí de inmensa popularidad, incluso entre las masas, para las cuales su nombre era una leyenda. John Wilkes, que también era espía, probablemente le reclutó para el Servicio Secreto inglés, aunque jamás se ha encontrado la prueba de que traicionara a Francia. El propio Wilkes siempre declaró que la única razón por la cual había buscado asilo el Caballero de Eón era porque había rehusado volver a representar el papel de mujer. La única visita de Eón a Medmenham Abbey no tuvo nada que ver con la sociedad franciscana. Tuvo lugar el 24 de mayo de 1771, cuando fue examinado allí por un jurado de damas de la aristocracia, con objeto de que pudiera pronunciarse un juicio acerca de su sexo. Las damas, después de una «investigación sumamente minuciosa», dieron el veredicto de «dudoso», resultado que en modo alguno fue del agrado de quienes habían apostado por valor de más de 100.000 libras, con la esperanza de obtener una decisión positiva en uno u otro sentido. Seis años después, estas apuestas dieron lugar a un pleito, y un nuevo jurado halló que Eón era hembra, tras lo cual el Caballero pasó el resto de sus días vistiendo como una mujer. Sin embargo, cuando murió, un médico sentenció con igual énfasis que «sin ningún género de duda se trataba de una persona del sexo masculino», y entonces fue enterrado como hombre en San Pancracio, en el año 1810.

La relación del Caballero de Eón con la sociedad secreta de West Wycombe es interesante pero confusa. Mlle. Perrault de París, descendiente del hombre que se casó con «Santa Inés», escribe que «no hay, que yo sepa, ninguna prueba de que existiera relación entre los franciscanos (la sociedad de Sir Francis Dashwood) y los partidarios del joven pretendiente. En realidad, todo lo contrario. Al Caballero de Eón pidióle el Gobierno francés que investigase en los "fines políticos" de los franciscanos y (según Léon Perrault) tuvo que declarar que en aquella sociedad no había nada que garantizase una investigación, y que los informes sobre jacobitismo carecían por completo de fundamento».[7]

Esto más bien sugiere que por aquella época, de todos modos, el Caballero de Eón estaba ya jugando un juego sutil con los ingleses, porque es evidente que cualquier agente serio de los franceses que hubiese penetrado en aquella sociedad habría informado a su Gobierno de que los franciscanos, si no eran precisamente pro-jacobitas, constituían una copiosa fuente de información. Los franceses estaban furiosos porque Eón se negaba a regresar. Dos veces intentaron envenenarle y otras varias secuestrarlo. Espoleado sin duda por Wilkes y por los atentados contra su vida, el Caballero de Eón

reaccionó. Escribió cartas a la Prensa británica denunciando a sus enemigos franceses y decidió protegerse a sí mismo reclutando un ejército de amigos, ex agentes y desertores franceses en Inglaterra, sobornando a estos últimos para que conquistasen el apoyo popular en Londres. Había tomado la precaución de guardar unas cartas que el rey Luis le había enviado, dándole instrucciones para que espiase las defensas inglesas, documentos que fácilmente podían provocar una guerra en unos momentos en que Luis ciertamente no estaba preparado para afrontarla. Con la fuerza que le conferían tales documentos insinuó que no vacilaría en hacer chantaje al rey francés si las autoridades francesas persistían en su campaña contra él. Tanto Luis como su amante, Madame de Pompadour, la cual era una de las personas que instigaban para que se tramasen intrigas contra el Caballero de Eón, trataron de rescatar las cartas. Eón, desdeñosamente, hizo caso omiso de los ofrecimientos, e incluso publicó algunas de las cartas del Rey que contenían toda suerte de observaciones indiscretas.

Con todo, pese a que Gran Bretaña le diera asilo, había muchos individuos de los círculos oficiales que no apreciaron el tesoro que tenían a su alcance. De no haber sido por el apoyo de John Wilkes, es posible que Eón no hubiese sobrevivido a la presión ejercida por los franceses, que pedían que se le detuviera y fuera devuelto a su país. La oficialidad se había enterado de las hazañas realizadas por Eón en Rusia contra los ingleses y temían que no pudiera confiarse en él. Pero, aunque en aquellos días el valor de un hombre como Eón no era plenamente apreciado, el Servicio Secreto hizo al fin uso de él y descubrió que resultaba un intérprete muy útil de las intrigas francesas, y también para indicarles dónde podían echar el guante a agentes franceses en Londres. Permaneció fiel a los ingleses y no sólo rechazó un ofrecimiento francés de 12.000 libras anuales si consentía en volver a espiar para ellos, sino que, cuando un tal Norac fue enviado a Inglaterra buscando una secreta entrevista con él, el Caballero reveló a los ingleses la identidad de su visitante. Éste no era otro sino Caron de Beaumarchais, el autor de *El Barbero de Sevilla* y de *Las Bodas de Fígaro.*

Los franceses llegaron incluso al extremo de contratar a un deshollinador inglés para que se escondiese en la chimenea de la casa donde vivía Eón en Londres, y producir fuertes ruidos para sugerir que ésta se hallaba encantada. Su intención era hacer que Eón imaginase que el lugar estaba habitado por un espíritu y que luego denunciase el caso a las autoridades, en la creencia de que éstas se lo llevarían como si fuese un loco. Pero el Caballero de Eón no se dejaba atrapar tan fácilmente; en seguida sospechó la presencia de un intruso, y metiendo la espada por la chimenea,

amenazó al deshollinador con matarle si no bajaba. El deshollinador, lleno de tizne, descendió del interior de la chimenea, temblando de miedo, confesó que había sido contratado por los franceses, y entonces el Caballero de Eón le dejó marchar. La venganza del Caballero consistió en publicar más revelaciones sobre la vida privada del rey francés. En esta ocasión contó cómo una de las mujeres del harén que tenía Luis en el Parc aux Cerfs había descubierto la identidad de su regio amante, y cómo Luis, para hacerla callar, declaró que estaba loca y la mandó encerrar en un manicomio. [8]

9

William Eden reorganiza el Servicio Secreto

Pitt el Viejo hizo mucho para mejorar el Servicio Secreto británico. Se jactaba de que ni un solo disparo podía hacerse en ningún lugar del mundo sin que el Gobierno inglés supiera la razón de ello. También fue él quien vio con más claridad que nadie que la Gran Bretaña, como nación que dependía del mar y con un número creciente de posesiones más allá de los mares, dependía para su seguridad de un Servicio Secreto bien organizado que se extendiera por el mundo entero.

Pitt intervino personalmente en la reorganización del Servicio Secreto y en la utilización del Servicio Diplomático como arma de espionaje. Su aspiración primordial fue la de interceptar la correspondencia diplomática. Esto resultó especialmente eficaz durante toda la Guerra de los Siete Años, y pronto se supo en Londres el proyecto francés de estrategia naval y militar al estallar esa guerra. Esta vez Francia estaba buscando una alianza con Suecia; al enviado sueco en París se le dieron pormenores de las disposiciones navales francesas, que él luego transmitió a Estocolmo. De allí los planos pasaron a un agente británico, el cual regresó con ellos a Londres. Al parecer, Estocolmo era entonces la principal fuente de información que Londres tenía en Europa ya que Pitt obtenía también de allí correspondencia entre las Cortes francesa y española. Esto constituía un éxito tanto más notable, si consideramos que desde 1746-1766 la Gran Bretaña y Suecia no mantenían relaciones diplomáticas.

En 1767, Lord Chatham organizó el robo de unos planos militares franceses para una invasión de Inglaterra. Los franceses habían efectuado un reconocimiento sumamente detallado de la costa del sur de Inglaterra, y en su recopilación de datos les había ayudado un coronel llamado Grant de Blairfindy, un escocés que

era agente secreto de Francia. Había revelado a los franceses el número exacto de lugares para desembarcar que podrían utilizar sus tropas. Una vez hubiesen desembarcado, las fuerzas francesas habrían de reunirse en el interior y dirigirse en dos columnas hacia Londres. Según los cálculos de este agente superoptimista «cuatro mil granaderos franceses podrían derrotar a todas las fuerzas armadas de Inglaterra». [1]

Cuando las colonias americanas trataban de independizarse de la Gran Bretaña, en 1776, el Servicio Secreto británico se enfrentó a una situación nueva y totalmente inesperada, porque los colonos, incluso antes de la Declaración de Independencia, en julio de aquel año, habían empezado a organizar su propio Servicio Secreto.

Su organizador fue un individuo inteligente y original llamado Arthur Lee, que disfrutaba en su papel de intrigante. El 3 de junio de 1776 estableció la Comisión de Correspondencia Secreta y elaboró una clave que había de utilizar. La clave de Lee constituía un nuevo desarrollo en la historia de la criptografía. Cada una de las partes que mantenía la correspondencia debía poseer una edición especial de un diccionario: en el caso de Lee, éste dispuso que había de tratarse del *New Spelling Dictionary* de Entick. La persona que enviaba un mensaje había de transmitir una serie de números de referencia que indicaban la página y la línea en que se hallaría la palabra que se deseaba expresar. Entonces la persona que recibía el mensaje no tenía más que buscar esos números en su diccionario y leer el mensaje. [2]

Pero la fama de Lee no se debía sólo a la invención de claves. Al año siguiente llegó a Berlín como representante de las Colonias Norteamericanas en Europa con la esperanza de obtener el apoyo del emperador Federico para los revolucionarios norteamericanos. Como consecuencia de ello el Gobierno británico ordenó a Hugh Elliot, su embajador en Berlín, de veinticinco años de edad, que vigilase de cerca a Lee.

Elliot sobornó a un criado del «Hotel Corzica», donde Lee se alojaba, y obtuvo de él las llaves del cuarto de Lee, así como las de su escritorio. Cuando Lee salió del hotel, Elliot, arriesgándose mucho, ya que era embajador en un país que era hostil a la Gran Bretaña, penetró en la habitación y robó los documentos de Lee. Éstos fueron llevados a la Embajada británica y copiados. Concluido este trabajo, los papeles fueron devueltos sigilosamente a su lugar de procedencia, no sin que Lee hubiera antes descubierto que alguien había estado hurgando en su escritorio. Informó del hurto a las autoridades prusianas, quienes inmediatamente sospecharon de Elliot.

El embajador británico, que ya había enviado a Londres las copias de los documentos de Lee, se mantuvo completamente tranquilo. Escuchó con solicitud las acusaciones de los prusianos, dio toda suerte de disculpas, aseguró que era un criado suyo el que había cometido aquella «acción injustificable» y que tan pronto como él la había descubierto, había hecho que se le devolvieran los papeles a Lee. «Les aseguro a ustedes que mi Gobierno no tuvo absolutamente nada que ver con este asunto y que lo ignoraba por completo —añadió—, y si Su Majestad el Rey de Prusia lo desea, estoy dispuesto a pedir mi regreso a Londres.»

Federico se enfadó muchísimo y denunció a Elliot como un hombre del que «los ingleses tendrían que avergonzarse por haber enviado tal embajador al extranjero». Pero no ejerció ninguna presión para que Elliot fuese expulsado. El rey Jorge III, con gran hipocresía, convocó la reunión de un Gabinete para expresar su «desagrado ante la conducta de un ministro cuyo celo en el servicio público era tan indudable como su talento, y que... había sido inducido a apartarse de la discreta consideración a su propia situación y a los dignos principios de su Corte».[3]

Pero los servicios de Elliot no fueron olvidados; recibió 500 libras de un agradecido Gobierno. Sin embargo, Lee tuvo la ocasión de vengarse de los ingleses. A su debido tiempo, fue a Londres como representante de las Colonias Norteamericanas, e inmediatamente estableció contactos con los franceses y con John Wilkes, el cual apoyaba una revolución dondequiera que ésta se produjese. Wilkes le presentó a Eón de Beaumont, al que encontró ocasionalmente vistiendo de mujer para desconcertar al público británico, que parecía quererle tanto por sus excentricidades como por sus diatribas contra los franceses. Lee trabó amistad con los radicales británicos y con los agentes franceses de Londres, y cerró un trato con estos últimos para que los franceses suministrasen armas a los colonos rebeldes.

Unos generales británicos en América cometieron la torpe equivocación de convertir una revuelta en una guerra y con esto precipitaron una revolución. Fue dejado en manos del Servicio Secreto británico, en esta ocasión dirigido por el honorable William Eden, la tarea de remediar una situación que los militares habían creado. Al final estos esfuerzos resultaron infructuosos, pero se invirtió una gran suma de dinero en sobornos con objeto de tratar de arreglar las cosas. Eden, más tarde Lord Auckland, era un hábil administrador, y adquirió en Cortes extranjeras, acerca de las relaciones de Norteamérica, información más detallada que la que recibía el propio Washington. En muchos aspectos, éste fue uno de los períodos de mayor éxito del espionaje británico, y no puede culparse a Eden si los ingleses no recobraron sus colonias.

La vasta colección de papeles, documentos y manuscritos de Eden que en 1889 entregó el Gobierno británico a F. B. Stevens, erudito norteamericano en Londres, dan fe de un modo elocuente de la variedad y extensión de su sistema de espionaje. Veinticinco volúmenes de estos papeles incluyen los datos que Eden recibía de sus informadores y de los agentes británicos, y los que había recopilado Lord Suffolk, el secretario de Colonias, responsable de las operaciones del Servicio Secreto dentro de las colonias norteamericanas.

Al investigar en esos papeles se descubre que muchos hombres que hasta entonces habían sido considerados como patriotas norteamericanos eran en realidad agentes del Servicio Secreto británico. Tal infiltración en el servico diplomático y en otros servicios norteamericanos realizóse delante mismo de un Servicio de Espionaje bien equipado, organizado por el propio general Washington y dirigido por el eficientísimo mariscal de campo Benjamín Talmadge. Entre los años 1776 y 1781, Washington invirtió más del diez por ciento de su presupuesto militar en operaciones de espionaje. Pero tal vez la mayor sorpresa la constituya el saber que el propio Benjamin Franklin llegó a convertirse en un instrumento del Servicio Secreto británico.

Los historiadores norteamericanos tienden a sorprenderse en exceso de semejante sugerencia, y por ello no son capaces de considerar objetivamente los hechos. Análogamente, la sugerencia de que Franklin fuese miembro de los Caballeros de San Francisco de Wycombe ha sido también recibida por esos señores con grandes aspavientos y exclamaciones de indignación. Hace algunos años, varios profesores de universidad norteamericanos realizaron una intensa investigación con el propósito de refutar esta tesis, pero no lograron llegar a una conclusión firme en el asunto, y optaron por dejarlo. Pero las pruebas existentes en este lado del Atlántico señalan verosímilmente, si no de un modo absolutamente concluyente, que había sido miembro de dicha sociedad. En todo caso, si se afilió a ella debió de ser mucho tiempo después de la época del apogeo del club, y en un período en el que el número de sus miembros se había reducido a unos cuantos camaradas de Dashwood, uno de los cuales era indiscutiblemente Franklin.

El ambiente en que se desarrolló la juventud de Franklin más bien corrobora que excluye la creencia de que pudo haber sido miembro de la referida sociedad. Aunque era de familia presbiteriana y de tendencias normalmente sobrias y con afición al estudio, fue notablemente anticlerical en su juventud, y en 1745 se pasó todo un año de juergas en las tabernas de Filadelfia, bebiendo ron y

vino de Madeira, y escribiendo versos como los que se estilaban entre los franciscanos de Wycombe:

Fair Venus calls; her voice obey;
In beauty's arms spend night and day.
The joys of love all joys excel
And loving's certainly doing well.

(La hermosa Venus llama; obedeced a su voz;
Pasad la noche y el día en los brazos de la belleza.
Las alegrías del amor exceden a todas las otras
Y el amor ciertamente hace bien.)

Franklin era visitante asiduo del hogar de Dashwood, West Wycombe House, donde estuvo durante los veranos de 1773 y 1774, y habla de una visita de dieciséis días de duración que hizo a aquel lugar en el mes de julio de 1772, lo cual es significativo, porque era en los meses de junio y julio cuando se celebraban los Capítulos de la Hermandad en West Wycombe. Pero la prueba más concluyente de que Franklin había sido miembro de aquella misteriosa sociedad, o de que por lo menos había estado relacionado con ella, se encuentra en sus propios escritos. En una carta que envió a un tal señor Accourt, de Filadelfia, Franklin mencionaba «el exquisito sentido del diseño clásico, encantadoramente reproducido por el Lord le Despencer (título posterior de Dashwood) en West Wycombe, con lo extraño y enigmático que a veces llega a ser en sus imágenes, resulta tan evidente debajo de la tierra como encima de ella». Esto debe de ser una referencia a las cuevas, y cabe suponer que algunas de las estatuas de los jardines de Medmenham fueron a parar al cuartel subterráneo de los franciscanos.

Existe un curioso relato acerca de una visita que efectuó Franklin a West Wycombe en 1772. Acompañado de Dashwood y de otros, Franklin hizo una visita a unas grutas cercanas, y fue entonces cuando se ofreció a obrar un «milagro de calmar unas aguas tempestuosas». Franklin subió desde las cuevas unos peldaños hasta llegar a una resquebrajadura de la roca, para mirar desde allí hacia una corriente subterránea; levantando su bastón y pronunciando unas palabras misteriosas, dejó asombrados a sus compañeros cuando el agua se quedó de pronto extrañamente en calma. Luego les explicó que no había hecho más que derramar algo de aceite sobre el bastón y luego dejar que gotease hacia la corriente. En las cuevas de West Wycombe existe realmente una corriente subterránea.

Pero cuando Benjamin Franklin estuvo en la Embajada norte-

americana en París fue cuando el Servicio Secreto británico alcanzó sus éxitos más notables. Dentro de esta Embajada había una célula de espionaje británico, organizada por Edward Bancroft, amigo y primer ayudante de Franklin, el cual transmitía a los ingleses directamente toda la información que obtenía de su amo. Aquéllos no sólo se enteraban de todos los secretos norteamericanos sino también de muchos asuntos del espionaje francés, puesto que los franceses confiaban en Franklin y le daban gran cantidad de información. La deducción más benévola que uno podría hacer de todo ello sería la de que Franklin fue engañado por su ayudante, y que, desde el punto de vista de la Seguridad, era sumamente incompetente. Pero, examinando más de cerca los hechos, se advierte que no era éste el caso. Franklin era un hombre que había viajado mucho, administrador eficiente, hombre de mundo que estaba completamente al tanto de las intrigas, y muy inteligente. Es inconcebible que no supiera nada de lo que estaba sucediendo. Cuando Arthur Lee le puso ante la evidencia de que Bancroft era un espía al servicio de los ingleses y le dio pruebas de ello, mostrándole cómo se habían descubierto las relaciones de Bancroft con el Servicio Secreto británico, y cómo, cuando visitó Londres, estuvo en contacto con el Consejo Privado, Franklin se negó obstinadamente a admitir tales pruebas. Franklin reaccionó denunciando a Lee e insistió en que las visitas de Bancroft a Londres habían reportado una buena información a Norteamérica. La verdad era que todo lo que Bancroft trajo de aquellos viajes era información falsa suministrada por los ingleses. Merece la pena observarse que cuando Franklin regresó a América, procedente de Francia, fue designada una Comisión del Congreso para examinar sus cuentas, que mostraron un déficit de 100.000 libras. Al pedírsele una explicación, Franklin respondió enigmáticamente: «Cuando yo era niño, me enseñaron a leer las Escrituras y a fijarme en ellas, y allí se dice "No pongas bozal al buey que trilla el grano de su amo".» [4]

Durante la Revolución Francesa, el Gobierno británico tuvo que recurrir a sus actividades de espionaje para contrarrestar las del Gobierno revolucionario. Este último había organizado rápidamente un amplio Servicio de Información, que en realidad fue un arma de terror, y la Oficina Central del Espionaje francés fue establecida en el Ministerio de Asuntos Exteriores. El problema de la Gran Bretaña al combatir la «amenaza francesa», como consideraban entonces la Revolución, fue el de pagar subsidios a Prusia en la esperanza de que este país los usaría para luchar contra los franceses. En realidad, el emperador Federico Guillermo utilizó estos fondos para invadir Polonia. Los ingleses, disgustados por la perfidia prusiana, decidieron que era preciso que unos agentes, operando desde

fuera de Francia, provocasen revueltas contra los revolucionarios franceses. Con esta idea en mente, el Gobierno británico decidió que Suiza era un centro ideal para el espionaje, y enviaron a ese país a William Wickham, con objeto de fomentar un levantamiento realista en Francia. Era un procedimiento algo complicado, porque ello significaba primeramente buscar exiliados franceses en Suiza y ponerlos en contacto con agentes británicos que se hallaban en el Continente. Lord Grenville aseguró a Wickham que se trataba de «una tarea honorable, y no simplemente de una forma de espiar, porque el propósito de Su Majestad el Rey es únicamente ver establecido en Francia un Gobierno tal que pueda conducir al establecimiento permanente de la tranquilidad general».

La posición oficial de Wickham en Suiza era la de un *chargé d'affaires*, y como tal era el pagador del círculo de espionaje británico, viajando por los cantones, estableciendo contacto con realistas y con *émigrés* franceses. Al final, había obtenido el apoyo de un número suficientemente grande de enemigos de la Revolución como para trazar planes para una invasión de Francia a través de Lyon, que luego enlazaría con una invasión de Austria a través del Piamonte. [5]

Era un proyecto audaz, fantástico, aunque para tener éxito dependía de una ayuda procedente del interior de Francia, una ayuda que no llegaba. Wickham dijo a Londres que necesitaba dinero suficiente para sobornar a los revolucionarios principales con el fin de que se pasaran a su lado. Wickham debió de esgrimir argumentos convincentes, porque obtuvo de Pitt 29.214 libras, y en seguida empleó algo de este dinero para financiar las actividades secretas de un librero de Neuchâtel llamado Louis Fauche-Borel. Éste era un sujeto fachendoso, un romántico y hombre de gran ambición, y se le había prometido que si llegaba a restaurarse la monarquía en Francia, él sería recompensado con la Orden de San Miguel, el cargo de Inspector General de las Bibliotecas de Francia y se le pagaría, además, una cantidad en metálico. Su misión consistía en sobornar al general republicano Charles Pichegru.

Fauche-Borel, sumamente inexperto en el mundo del espionaje y de la intriga diplomática, entró, sin embargo, en su papel con una confianza y optimismo abrumadores. Su seguridad en sí mismo obtuvo éxitos allí donde un aficionado falto de confianza habría fracasado por completo. Utilizó su dinero para obsequiar con comida y bebida a la mal alimentada soldadesca republicana. Pichegru se sentía fastidiado por la persistencia del librero, de suerte que un día le dijo a su ayudante, delante del mismo Fauche-Borel: «La próxima vez que venga a verme este caballero, me haréis el favor de fusilarle.» Pero Fauche-Borel se mostró impávido; persistía en im-

portunar al general, y poco después puso a Pichegru en contacto con Wickham, a quien el general aseguró que estaba decidido «a intentar algo cuando se ofrezca una ocasión propicia».

Pichegru mantuvo correspondencia con Wickham bajo el seudónimo de «Baptiste», a pesar del hecho de que por aquel entonces el Gobierno republicano abrigaba sospechas de traición. Verdaderamente, Fauche-Borel tuvo éxito con su estilo de aficionado, donde quizás habría fracasado un profesional. Y fue un éxito muy considerable, ya que el conquistar a Pichegru constituía una acción de un valor enorme. Pichegru no era solamente un general del Ejército francés del Rin, sino uno de los jefes militares más competentes de la República francesa.

Al elegir como blanco a Pichegru, tanto los ingleses como los realistas franceses habían elegido sabiamente, porque el general ya empezaba a estar descontento de su suerte y los republicanos le habían decepcionado. Cuando las cosas empezaron a irle mal, y perdió dos batallas y la fortaleza de Mannheim, Pichegru firmó un armisticio por seis meses. Esto lo hizo casi en unos instantes de desesperación, cuando sus métodos, que tenían algo de ópera bufa, de realizar lo que Wickham le pedía resultaron vanos. Por muy brillante oficial que hubiera sido Pichegru, resultaba inepto como instrumento en manos de los conspiradores, y si había sido valiente en la acción, era débil como conspirador. Wickham tenía que amonestarle de continuo, y animarle para que realizase mayores esfuerzos: «Tened valor —le decía Wickham— ... y al propio tiempo no os fiéis de vuestros enemigos, que soy muy astutos, inteligentes y audaces, y van unidos.» [6]

Así, en cuatro ocasiones, Pichegru dio a los austríacos una oportunidad para derrotarle en el campo de batalla; cada vez —se quejaba él— ellos se habían equivocado y no se habían aprovechado de las ventajas que les daba. «Si los generales austríacos hubieran sido más decididos —decíale a Wickham— ... todo el poder enemigo habría podido ser destruido.»

A la postre, un armisticio era lo único que podía hacer. Inmediatamente el Directorio francés destituyó a Pichegru y lo sustituyó por otro general, Moreau. Cuando el general Moreau llegó al frente de batalla comprobó que el armisticio aún no se había llevado a cabo, por lo cual ordenó una serie de incursiones con la caballería en territorio austríaco. Como resultado de estas incursiones se hicieron con el equipaje del general Klinger, del Estado Mayor austríaco. Entre los papeles que se encontraron figuraba un paquete de cartas en clave.

El método criptográfico empleado era uno de los más simples que cabe imaginar: la clave de Julio César. Al ser descifrados los

papeles, se vio que no acusaban a Pichegru, sino que hacían misteriosas referencias al «asunto del general Pichegru», suficientes como para que tomasen nota de ello los republicanos. Éstos no se atrevieron a procesar a Pichegru sin tener más pruebas, ya que su popularidad era extraordinaria, pero le advirtieron para que no abandonase París.

En vez de estar agradecido por haber podido salir con suerte del peligro, y procurar ser más prudente, Pichegru continuó conspirando contra la República. Lo peor de todo fue que continuó empleando la misma clave, y al final descubrióse una carta suya en la que declaraba que cuando volviese a tener bajo su mando un ejército, lo utilizaría para derribar a la República. Fue arrojado a la prisión, donde murió, no se sabe con certeza si de su propia mano o por obra de sus carceleros.

Merced al descubrimiento de la traición de Pichegru, los franceses se enteraron del espionaje a gran escala de Wickham. El Gobierno francés protestó tanto y tan enérgicamente ante el de Suiza, que éste se vio obligado a expulsar al agente inglés.

A veces se ha supuesto, equivocadamente, que el advenimiento de Napoleón Bonaparte al poder destruyó los logros obtenidos por la Revolución Francesa y apartó a ésta de sus fines originales. Pero fue la Gran Bretaña, no Napoleón, quien asestó el golpe más duro a la Revolución, retrasando con ello el reloj a las fuerzas de la democracia. Para entender el modo de operar del Servicio Secreto británico en ese período, hemos de darnos cuenta de que detrás de la lucha entre Inglaterra y Francia había en realidad una lucha de clases, por más que a las masas de Gran Bretaña se las haya engañado haciéndoles creer otra cosa. Por un lado estaba Gran Bretaña, dominada por una clase aristocrática gobernante y una creciente sociedad capitalista industrial por otro lado, Francia, que, a pesar de todos los males y brutalidades de la Revolución, se había consagrado a los ideales de la democracia y a una nueva forma de Gobierno. En cuanto a Napoleón, aunque era un dictador y un caudillo militar que soñaba con extender su poder por toda Europa, era un hijo de la Revolución, ansioso de predicar los ideales y las lecciones de ésta, y por encima de todo, detestaba al capitalismo y a los financieros y al comercio lo consideraba en gran parte como un «latrocinio legalizado». Cuando llamaba a los ingleses una «nación de tenderos», estaba usando la frase casi en un sentido marxista.

Debido a este conflicto del interés de clase y de la democracia contra el capitalismo, el Servicio Secreto usaba cada vez más a aliados aristócratas reaccionarios en el extranjero, tanto como instrumentos de intriga, como en calidad de agentes de espionaje. Así, gran parte de la información recogida adolecía de prejuicio y de

inexactitud, matizada de pensamiento partidista, y en la altas esferas se produjeron grandes errores por culpa de utilizar agentes que se entregaban más a sus propios pensamientos y deseos que a una observación práctica y objetiva. El Primer Ministro, Pitt, estaba en desacuerdo con su propio ministro de Asuntos Exteriores, Grenville. Este Ministerio era tan perezoso, tan ineficiente, que muchos informes procedentes de espionaje quedaban sin ser leídos durante años. Cuando los *whigs* formaron Gobierno en 1806, encontraron despachos de hacía veinte años y que aún no habían sido abiertos. Ciertamente, el Servicio Secreto británico, a pesar de algunas mejoras que habían sido introducidas en él, no podía en modo alguno parangonarse con el brillante servicio de espionaje que Fouché había creado para Napoleón. Allí donde los ingleses se habían portado como meros aficionados, desordenados y empíricos en su espionaje, los franceses habían sido metódicos, disciplinados y despiadados. La razón de estos contrastes no era difícil de descubrir: en tanto que en la organización del Servicio Secreto de Londres incluso el buen trabajo realizado en este campo había sido arruinado por la incompetencia y por la dividida autoridad de Londres, en el espionaje francés, en cambio, todo se hallaba centrado en un solo hombre, en el propio Fouché. La aspiración de Fouché era sostenerse no solamente como el único árbitro del Servicio Secreto, sino hacer que este servicio llegara a ser tan eficiente e indispensable, que también resultase indispensable el propio Fouché. Lo que hacía aún más eficaz el sistema era que Napoleón disfrutaba con los informes procedentes del espionaje y se empeñaba en pasar por lo menos tres horas diarias estudiándolos.

No obstante, el Servicio Secreto británico aventajaba en un aspecto al francés. Como hemos visto, aquél dependía de las fuerzas de clase y del capitalismo, y como tal hizo el mayor uso de los instrumentos que el capitalismo ponía a su disposición. En las comunicaciones, los ingleses encontraron que el mejor modo de atender a la seguridad era utilizando para la transmisión de cartas e informes las casas de banca continentales.

Uno de los incidentes más fascinantes en los que intervino en ese período el Servicio Secreto británico fue lo que aún hoy se conoce como «El Misterio de Tilsit». El 25 de junio de 1807, Napoleón se entrevistó con el zar Alejandro en una balsa anclada en el río Miemen, y allí se redactó el Tratado de Tilsit, cuyas cláusulas permanecieron secretas por espacio de ochenta y cuatro años. El quid del tratado era que Francia y Rusia acordaban apoyarse mutuamente en cualquier guerra en que pudieran verse envueltas contra cualquier otra potencia europea (este golpe iba evidentemente dirigido contra Inglaterra), y había que obligar a Dinamarca, Suecia

y España a que cerrasen sus puertos a los barcos ingleses. Francia y Rusia habían de ser los dueños exclusivos de Europa, y juntos destruir el poderío del Imperio británico.

De algún modo obtuvo el Servicio Secreto británico las cláusulas de ese tratado, aunque cómo lo hizo exactamente continúa siendo aún hoy objeto de conjeturas. Existen, no obstante, ciertas pistas que apuntan hacia unos esfuerzos concentrados del espionaje que subsanaron muchos de los errores cometidos en años precedentes. El día siguiente al de la reunión de Tilsit fue enviada una carta desde Memel, cerca de Tilsit, al ministro británico en Copenhague. La carta iba destinada a Londres, a nombre de George Canning, a la sazón secretario del Foreign Office. Sea cual fuere el contenido de aquella carta (y es casi seguro que hacía alguna referencia al Tratado de Tilsit), Canning actuó rápidamente, ordenando a la Flota británica que exigiese garantías a Dinamarca.

Pero aquel mismo día Canning recibió también otra carta, esta vez de Garlike, el ministro británico en Copenhague, que decía que se estaban reuniendo tropas francesas cerca de Holstein. Al día siguiente llegó a Londres, Mackenzie, un agente secreto británico, del que se sabía que había estado apostado en Tilsit en los momentos de la entrevista de Alejandro y Napoleón. Hay asimismo algunas pruebas de que Canning recibió información del conde de Antraigues, exiliado francés en Londres de quien constaba que había vendido secretos tanto a la Gran Bretaña como a Rusia. La base para dar crédito a esta especie la constituye el hecho de que el conde fue despedido del Servicio Secreto ruso poco después de esto, y al mismo tiempo le fue concedida por Canning una pensión anual de 400 libras.[7]

Como resultado de esta información obtenida de diversas fuentes y que a Canning no le dejó lugar a dudas acerca de la amenaza, muy real, que representaban las conversaciones de Tilsit, la Gran Bretaña pudo frustrar los planes franco-rusos. Primero pidió que le fuera entregada la flota danesa, y luego, al rechazar los daneses esta ruda y brutal petición, la flota inglesa bombardeó Copenhague, entró en el puerto y sacó remolcando los barcos daneses. Fue una acción despiadada, ultrajante, incluso medida por las normas de la época, y muchos ingleses la criticaron; Lord Malmesbury, subsecretario de Estado, dimitió en señal de protesta; incluso Jorge III recibió una gran sorpresa. Pero Canning no habría cumplido con el deber hacia su patria si no hubiese actuado rápidamente y no hubiese impedido eficazmente a Francia y Rusia dominar el Báltico.

Durante mucho tiempo constituyó uno de los enigmas de la Historia el modo como el Servicio Secreto británico salvó a Gran Bre-

taña del desastre subsiguiente al Tratado de Tilsit. Los historiadores contemporáneos, e incluso los de cincuenta años después, en sus críticas a Canning sugirieron que éste no había hecho sino especular sobre qué cláusulas secretas podía contener el Tratado y se jugó el futuro político en una acción aventurada y de mucha resonancia. Podría responderse a esto diciendo que los informes del Servicio Secreto eran prueba suficiente de un complot franco-ruso, pero la verdad es que Canning debió de poseer información detallada acerca de las cláusulas secretas, información que no pudo haber conseguido un simple espía. Por ejemplo, dio instrucciones a Arthur Paget para que fuese a Constantinopla a avisar a Turquía de que «el Gobierno de Su Majestad ha recibido la información más positiva de que al Tratado (de Tilsit) se le añaden unos Artículos Secretos, de los que se desprende ... la intención tanto de Rusia como de Francia de expulsar (a Turquía) de todos los territorios que en el presente posee en Europa». El texto completo del Tratado de Tilsit no se publicó hasta más de ochenta años después de esa fecha y demostró que Canning debía de tener conocimiento detallado de su contenido.

Ahora parece cosa cierta que el Servicio Secreto había conquistado como aliado al embajador ruso en Londres, Vorontzov. Ningún historiador mencionó jamás a Vorontzov en este contexto, y todos los que han escrito la Historia de esa época parecen haber estado singularmente ciegos al no advertir que la evidencia señala en dirección a él. No hay duda de que Vorontzov sabía lo que estaba sucediendo en Tilsit, porque el 14 de julio de 1807, menos de un mes después de que se firmase el Tratado, el embajador ruso escribió a su hijo: «Mi alma está inquieta por la noticia que me llega de todos lados, según la cual el Emperador se dispone a concertar la paz con Bonaparte, y que tuvo una entrevista con ese monstruo.» Dos días más tarde, Canning sabía todo lo referente al Tratado.

Ahora bien, Vorontzov era amigo íntimo de Canning, y se sabe que en aquella época sostuvo correspondencia con Sir Robert Wilson, un agente secreto británico que también era amigo íntimo del hijo de Vorontzov, Michael, oficial del Ejército ruso que estuvo a bordo de la balsa durante la entrevista de Alejandro y Napoleón. ¿Pasó Michael a Wilson una información que éste a su vez transmitió a Londres?

El príncipe Czartoryski detestaba a Napoleón y pertenecía al partido anglófilo en Rusia. El 2 de septiembre de 1807, escribió a Vorontzov una carta, aún más reveladora, en la que decía: «Wilson, portador de la presente, ya os es conocido; es un joven excelente, al que todo nuestro Ejército aprecia... Wilson está lleno de celo por la buena causa. Él os informará de mil pormenores que aquí no

me es posible escribir... Quiera Dios que evitemos una ruptura entre Rusia e Inglaterra.» [8]

Probablemente jamás llegará a conocerse toda la verdad. Canning protegió con tanta eficacia al embajador ruso que éste nunca incurrió en la sospecha de que estaba informando a los ingleses. En cuanto a las estipulaciones del Tratado, la copia de Alejandro fue publicada en 1891, pero la de Napoleón, que se guardaba en el Ministerio de Asuntos Exteriores de París, desapareció misteriosamente en 1815.

10

El Servicio de Información de Wellington

Durante la larga guerra contra Napoleón, el Servicio de Información británico dependía cada vez más de la Marina y del Ejército. Anteriormente, casi toda la información que valiera la pena había llegado a través de canales diplomáticos o civiles; ahora los Servicios desarrollaron sus propias ramas de Servicio Secreto.

A este respecto, el papel de la Marina fue el más vital que había desempeñado desde los días de Cromwell. Nelson utilizaba sus fragatas para vigilar los puertos neutrales sospechosos de dar albergue a barcos hostiles, convirtiéndose la fragata exploradora en el arma principal del espionaje británico, que transmitía señales de advertencia a otros barcos.

Uno de los agentes más emprendedores utilizado por la Real Marina en la época napoleónica fue John Barnett, el cual persuadió al Almirantazgo de que el mejor método para descubrir los planes de Napoleón era aprovechar la debilidad de éste por las mujeres y utilizar espías femeninos para que se ganaran su confianza o sobornar a las mujeres que solían disfrutar de los favores de Napoleón. Barnett, que se apostó a bordo del barco inglés *Lion,* cuando éste navegaba junto a la costa egipcia del Mediterráneo, efectuó, de noche, varios viajes ocasionales a la costa, en una embarcación rápida pero diminuta que para tales fines tenía a su disposición. Disfrazado, Barnett hizo cierto número de visitas a El Cairo, donde comenzó a organizar una pequeña pero eficiente red de espionaje sobornando tanto a escribientes franceses como a sirvientes y guías ingleses. En tiempo notablemente breve, obtuvo una detallada descripción del modo de vivir de Napoleón, y se enteró del nombre de su última favorita, una tal Madame Fourès, esposa de un joven oficial gascón. [1]

Madame Fourès, *la blonde Bellitote Fourès,* como se la conocía

entre los soldados, había llamado la atención por la forma como llegó a Egipto. Las esposas de oficiales tenían prohibido acompañar a sus maridos a Egipto, pero Madame Fourès se había introducido subrepticiamente en un barco de transporte de tropas, vestida de hombre. Napoleón, enterado de este ardid, quiso darle él mismo una buena reprimenda, pero, al contemplar aquella beldad de ojos azules decidió permitirle que se quedara. Napoleón y la mujer del oficial gascón pronto se hicieron amantes.

Mas la presencia del propio Fourès constituía un estorbo, y hallóse un pretexto para enviarlo a París, diciendo que había que llevar a la capital importantes mensajes. A Fourès se le dijo que los mensajes eran de vital importancia y de alto secreto, y que él no debía permitir que le hicieran prisionero; tampoco debía acompañarle su mujer a Francia, porque si los ingleses la capturasen, podrían utilizarla como rehén para entregar a cambio de los despachos de Napoleón.

Fourès no sospechó nada y embarcó en la chalupa francesa *Chasseur.* Entretanto, Barnett se había enterado de la nueva conquista amorosa de Napoleón y de la razón por la cual Fourès regresaba a Francia. Por unos amanuenses franceses a quienes había sobornado supo asimismo Barnett que los despachos no eran de gran importancia y que había sido tan sólo una excusa para quitar de en medio a Fourès. Fue entonces cuando Barnett, hombre quizá de excesiva imaginación y ciertamente de temperamento sanguinario, dio con la idea de convertir a Fourès en el asesino de Napoleón.

Era la clase de plan que podía haber tenido buen éxito. Napoleón se arriesgaba siempre mucho al escoger como amantes a las mujeres de sus oficiales: siempre había la posibilidad de que uno de ellos tratase de vengarse. Y era notorio que Fourès tenía muy mal genio. Así, Barnett informó al comandante en jefe del *Lion* que Fourès estaba viajando en el *Chasseur,* haciendo interceptar la chalupa poco después de que ésta se hiciera a la mar. Fourès fue detenido y conducido a bordo del *Lion,* donde, sin embargo, fue tratado como un huésped de honor y muy agasajado. Barnett hizo muy bien su juego. Puso al oficial gascón al corriente de la perfidia de Napoleón, le reveló la verdadera razón por la que no se había permitido a su mujer acompañarle a Francia y, finalmente, mostró al joven oficial unas copias de los mensajes, carentes de importancia, que él estaba llevando a París. Fourès pidió a los ingleses que le permitieran volver a Egipto para «vengar su honor», dando a entender que estaba dispuesto a enfrentarse tanto a su mujer como a Napoleón, y que, si resultaba ser cierto lo que decían los ingleses, mataría a Bonaparte.

Fourès fue devuelto clandestinamente a El Cairo, y a su regreso

debió de descubrir que Napoleón y su mujer vivían ahora juntos, sin disimulo. Si la prudencia pudo más que la ira, o si el patriotismo se sobrepuso a las emociones personales, es algo que no puede decirse, pero Fourès, que había dado a entender que pensaba matar a Napoleón, no hizo ningún esfuerzo para cumplir su amenaza. Todo lo que hizo fue abandonar su misión y regresar a Francia, cosa que a Napoleón le convenía mucho que hiciese.

El duque de Wellington tenía su propio servicio de espionaje que era casi autárquico. Incluso poseía la clave de los mensajes criptográficos franceses. Gran parte de su información la obtenía a poco precio, y una enorme cantidad de ella no le costaba nada en absoluto, porque los campesinos españoles, que odiaban a los franceses, aportaban voluntariamente información, e interceptaron un gran número de mensajes franceses. Frère, el ministro británico en Lisboa, atestiguó que no había «mendigo tan pobre al que el soborno pudiera inducir a llevar mensajes franceses. Éstos eran llevados a nuestros oficiales en cantidad que resulta increíble para aquellos que no tienen experiencia de una guerra hecha contra los sentimientos nacionales».[2]

Pero, aparte los campesinos españoles durante la guerra de la península, el duque de Wellington tenía un servicio secreto que contaba con algunos de los agentes más competentes de Europa, hombres tales como el mariscal de campo Colqhoun Grant y James Robertson. Años más tarde, hablando de la guerra de la península, podía decir Wellington con gran parte de verdad que «sabía todo lo que el enemigo estaba haciendo y proyectando hacer».

El mariscal de campo Grant era el oficial del Servicio de Información de mayor confianza que tenía Wellington en la guerra de la península ibérica. Incluso cuando fue capturado por los franceses y fue encerrado por ellos, se las arregló para hacer salir de contrabando informes secretos que eran transmitidos a los ingleses. Más tarde, al ser enviado a Francia bajo escolta, Grant consiguió escapar, obtuvo un pasaporte norteamericano, y fingiéndose americano envió a Wellington informes acerca del proyecto de Napoleón referente a su campaña de Rusia. Finalmente huyó a Inglaterra en un barco pesquero. Wellington quedó tan impresionado por sus servicios que le nombró coronel y le confió la tarea de dirigir su Servicio de Información.

Durante la campaña de Waterloo, el Servicio Secreto británico estuvo dirigido por cierto coronel Hardinge, cuyo cuartel general se hallaba en Bruselas. En esta ciudad se las arregló para obtener los servicios de, por lo menos, dos miembros del Ministerio de la Guerra francés. Colaborando estrechamente con estos franceses, unos agentes británicos pudieron suministrar a Hardinge una serie de mensajes que le dieron a conocer de antemano las intenciones de los franceses. Así, el 6 de junio de 1815, Hardinge recibió en Bruselas el mensaje siguiente:

«...El Emperador irá personalmente a Avesnes con la intención de efectuar un simulacro de ataque desde Maubeuge contra los Aliados, en tanto que el ataque principal ha de efectuarse en el lado de Flandes, entre Lila y Tournay, en dirección a Mons.»[3]

De esta manera obtuvo Hardinge los informes más detallados acerca de las fuerzas de Napoleón, de sus posiciones y orden de batalla. También fue informado de que la moral de los franceses, que superficialmente parecía tan alta, era en realidad muy baja. La élite del ejército de Napoleón era abnegada y disciplinada, pero la Guardia Nacional carecía de entusiasmo por la batalla, y tenía que obligársela a luchar a punta de bayoneta. Wellington comprendió entonces que la victoria sería suya si podía contener las intrépidas y valorosas cargas de dicha élite.

Wellington tuvo también la suerte de tener un aliado en el Ministerio de Asuntos Exteriores en la persona del conde de Wellesley, su hermano, porque éste se propuso buscar reclutas para el Servicio de Información de Wellington. Uno de éstos fue el «Hermano James», o sea, James Robertson, que había pasado la mayor parte de su vida en el monasterio benedictino escocés de Ratisbona y que hablaba el alemán con mucha soltura. Robertson fue recomendado por Wellesley para el Servicio Secreto en Alemania.

En esta ocasión, sin embargo, Robertson fue elegido para trabajar a las órdenes del Ministerio de Asuntos Exteriores, consistiendo su misión en dirigirse a la Alemania septentrional y descubrir lo que les había sucedido a unos 15.000 soldados españoles que se creía habían embarrancado en Dinamarca. El Ministerio de Asuntos Exteriores estuvo por algún tiempo particularmente interesado por la suerte de los españoles. El relato de cómo llegaron a encontrarse en Dinamarca constituía otro ejemplo de los engaños de Napoleón. Antes de que Bonaparte lanzase su ataque contra España, había persuadido astutamente a los españoles para que enviasen sus mejores soldados a Dinamarca alegando que este país estaba amenazado por la Gran Bretaña. Ahora las fuerzas españolas al mando del marqués de La Romana habían quedado atrapadas en algún punto de Dinamarca o de las islas cercanas a la costa danesa. La intención de la Gran Bretaña era permitirles escapar en barco.

Robertson dirigióse primeramente a la recientemente adquirida posesión británica de Heligoland, donde el Servicio Secreto británico ya había establecido un puesto de escucha y centro de recep-

ción de información. Desde aquí, escondido en una pequeña embarcación, entró en Alemania subiendo por la desembocadura del río Weser. Una vez hubo llegado a Brema (el viaje por tierra lo realizó a pie), Robertson asumió la identidad de un tal Adam Rohrauer. Tras muchas pesquisas que le llevaron de Brema a Hamburgo, Robertson se enteró de que las fuerzas españolas habían sido escindidas en pequeños grupos para hacerlas ineficaces, y se hallaban más o menos abandonadas en varias pequeñas islas de la costa danesa.

Decidiendo audazmente asumir un riesgo y confiar en que sus contactos católicos guardarían su secreto, Robertson descubrió un capellán español que sabía todo lo referente a las fuerzas de La Romana y el lugar donde se encontraba apostado el general. Así, confesó al capellán el secreto de su misión y su confianza no fue traicionada. El capellán le dijo cómo podría llegar hasta el marqués de La Romana. Viajando vía Copenhague, el valeroso monje escocés llegó a la isla de Funen, donde La Romana era mantenido incomunicado, sin que se le permitiera enviar ni recibir mensajes o cartas. Entonces Robertson, que tenía muchos recursos, adquirió una gran cantidad de cigarros y chocolate y, haciéndose pasar por viajante de comercio, vendió las mercancías a los soldados españoles. De este modo pudo reunirse con el general español y tranmitirle el mensaje de ayuda del Gobierno británico.

El problema estribaba en cómo podría Robertson informar a la fragata inglesa que navegaba cerca de allí de que él había encontrado a los españoles y hacer saber a su tripulación que éstos estaban preparados para ser rescatados. Las autoridades inglesas habían cometido el error de no pensar en un método de señales, y tampoco habían dado a Robertson ningún equipo para hacerlas. Quizá temieran que si Robertson llegara a ser detenido en posesión de semejante equipo, su misión estaría condenada al fracaso ocurriera lo que ocurriera. Es más probable que el Ministerio de Asuntos Exteriores abrigase sólo muy débiles esperanzas de que Robertson descubriese el paradero de los españoles, porque hay pruebas de que Canning dudaba muchísimo de que hubiera sido una prudente medida el utilizar a un monje, supuestamente poco ducho en las cosas del mundo. Pero por muy advenedizo que fuese Robertson, su valor, su tenacidad y su abundancia de recursos le hicieron salir airoso de su empresa; sin duda también el patriotismo desempeñó en ello su papel. En un desesperado intento por llamar la atención, y cuando una fragata inglesa navegaba muy cerca de la costa, agitó el pañuelo desde lo alto de un acantilado. Un soldado danés que vigilaba la costa le vio y le arrestó inmediatamente. Robertson dijo que era viajante de comercio, que había vendido géneros a los españoles y que esperaba hacer también negocio con el barco británico. El soldado receló, porque Robertson no hablaba danés; así, pues, lo llevó ante el comandante en jefe, que era de esa nacionalidad. Afortunadamente para Robertson, el oficial hablaba alemán, y observando que el monje hablaba perfectamente este idioma, pronto se convenció de que Robertson era realmente Adam Rohrauer.

Después de muchas peripecias, Robertson pudo hacer llegar a Heligoland un mensaje para informar al almirante Keates para que estuviera preparado para sacar de allí las tropas españolas dentro de unos pocos días.

La Marina Real actuó rápidamente. El almirante Keates dirigióse con sus barcos hacia Nyborg, mientras el marqués de La Romana reunía sus tropas con el pretexto de que habían de rendir homenaje a su nuevo rey, José Bonaparte. Fue un buen ardid, y los daneses no sospecharon nada. Unos nueve mil de los quince mil soldados embarcaron en buques británicos y fueron llevados de regreso a España, donde tomaron parte en la campaña del duque de Wellington.

Durante todo ese tiempo, Colin Mackenzie, el agente que llevó la noticia de Tilsit a Canning y de este modo advirtió a los ingleses acerca del acuerdo secreto franco-ruso, fue la figura dominante en la labor de coordinar el espionaje británico en el Báltico y ciertamente en un área muy extensa de Europa. Muy a menudo realizaba misiones solitarias, teniendo buen cuidado de no hablar con nadie de ello de antemano y de no poner por escrito sus proezas. Ésta es una de las razones de que el verdadero papel que desempeñó en Tilsit continúe aún en cierto modo envuelto en el misterio. Mientras que incluso el propio Robertson escribió un relato de sus aventuras,[4] Mackenzie no dejó Memorias en absoluto. Fue el genio organizador que existía detrás de la red de espionaje de Heligoland y colaboró muy estrechamente con la flota británica.

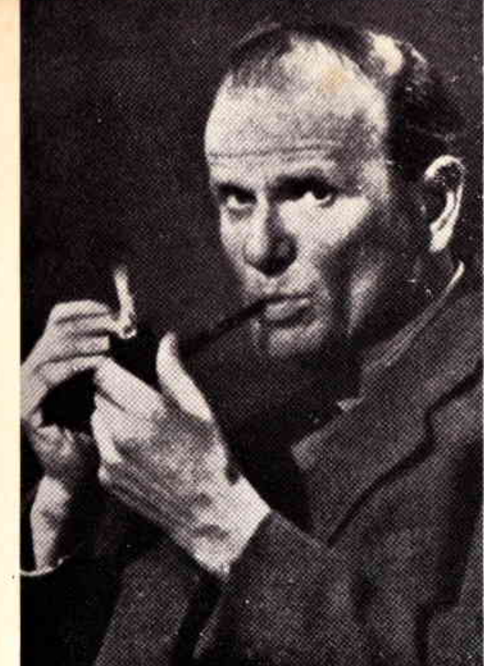
Las comunicaciones secretas llegaron a ser muy difíciles durante las guerras napoleónicas, y aunque a menudo se hacía uso con eficacia de las casas de banca para recibir mensajes con destino a lugares del Continente relativamente cercano, el Servicio Secreto viose obligado a buscar otras rutas más complicadas para el envío de mensajes a lugares distantes. Cuando Austria fue derrotada por Napoleón y dejó de ser un aliado de los ingleses, unos agentes británicos, provistos de dinero, tuvieron que ser enviados a Praga y a Carlsbad para organizar centros de espionaje y actuar como correo para la información. El envío de mensajes a Viena y desde esta ciudad al exterior constituía una operación su-

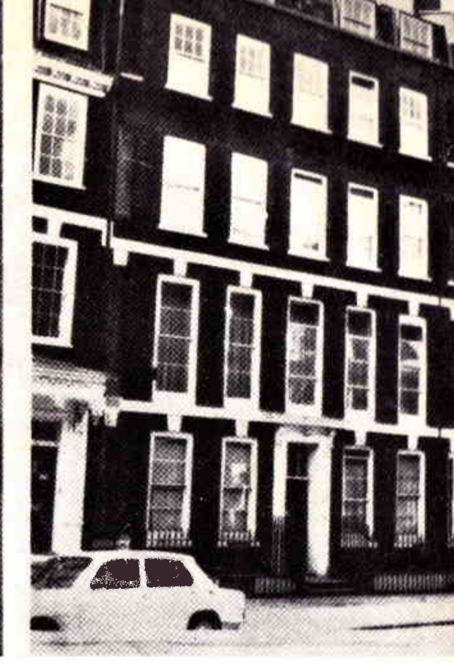
mamente arriesgada, pero fue facilitada un poco por el hecho de que pudo persuadirse a Metternich para que mantuviese relaciones secretas con los ingleses, y el Servicio Secreto persuadió con habilidad al conde Hardenberg, ministro de Hannover en Viena, para que actuase como intermediario. Éste envió mensajes del espionaje británico a Londres a través del embajador austríaco en Berlín.

Los agentes que llevaban mensajes tenían que tomar a menudo las rutas más desviadas. Puertos como Gibraltar y Malta fueron utilizados como casillas de correos, y los agentes que recogían los mensajes de Malta dirigíanse por el Mediterráneo hacia Constantinopla y luego a Leucadia, en Albania, donde los ingleses habían establecido otro puesto de escucha, y de allí a Viena. A veces se utilizaban barcos de potencias neutrales para llevar mensajes secretos, y hubo capitán de buque que llegó a cobrar 7.000 libras anuales para llevar de un lado a otro mensajes clandestinos.

No hay duda de que esta información difícilmente adquirida contribuyó a hacer sospechar a los ingleses que, a pesar de su secreto entendimiento, Francia y Rusia estaban preparándose para hacerse la guerra mutuamente. Pero la verdadera pista que obtuvo Londres sobre este asunto se hallaba contenida en una lista de libros, aparentemente innocua, que llegó al escritorio del conde de Welleslye, procedente de Colin Mackenzie. La lista contenía libros que trataban de temas tales como la topografía de Lituania, un relato de las campañas de Carlos XII en Polonia y Rusia, libros de geografía sobre varias provincias rusas, mapas y atlas de Livonia, Riga y las provincias bálticas de Rusia.

La lista no contenía ninguna otra información, pero Wellesley ya no necesitaba más. Sabía que los libros de la lista eran compras recientemente efectuadas por Napoleón a través de un librero parisiense que estaba a sueldo de un agente británico. Por aquella lista pudo deducir con exactitud el Servicio Secreto que Napoleón estaba planeando invadir Rusia.



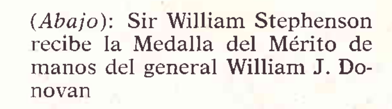


(*Arriba, izquierda*): Alexander Foote, miembro de «Círculo Lucy»
(*Arriba, derecha*): Queen Anne's Gate, 21, Cuartel General del M.I.6
(*Abajo*): Sir Stewart Menzies, jefe del M.I.6 en la Primera Guerra Mundial





Ian Fleming, de la Inteligencia Naval



(*Abajo*): Sir William Stephenson recibe la Medalla del Mérito de manos del general William J. Donovan



La agente S.O.E., Christine Granville, sobrevició a la Segunda Guerra Mundial, pero fue asesinada poco después





Sir Percy Sillitoe, jefe del M.I.5 en los años inmediatamente posteriores a la Segunda Guerra Mundial



Dos de los agentes de espionaje más afortunados que actuaron en Occidente: Kim Philby y...



...George Blake

11

Thomas Beach: Agente doble en América

En el siglo XVIII, el Servicio Secreto británico tuvo que luchar con una amenaza que crecía, lenta pero seguramente, cerca del propio país: la insurrección irlandesa. La Revolución norteamericana y la Guerra de la Independencia habían hecho ver a los Gobiernos británicos la necesidad de sofocar en su mismo origen los movimientos subversivos; la Revolución Francesa sólo sirvió para hacer resaltar más este problema.

Una rama del Servicio Secreto de Whitehall estableciόse en Dublin Castle durante la segunda mitad del siglo XVIII. Si bien no había dinero para atender a las necesidades del pueblo irlandés, jamás faltó para ser distribuido entre los informadores que el Servicio Secreto tenía en Dublín. A este centro de espionaje llegaba una corriente continua de información, parte de la cual era verdadera, pero mucha era fantástica y una cantidad aún mayor era simplemente tendenciosa. Este servicio dependía de informadores irlandeses, «patriotas irlandeses», como les llamaban los ingleses, «traidores», como les calificaban los rebeldes irlandeses. Su objetivo era doble: primeramente, descubrir lo referente a conspiraciones preparadas por insurgentes irlandeses; en segundo lugar, vigilar los enlaces irlandeses con el espionaje francés, algo que ya había despertado el interés de las autoridades británicas durante años.

El sistema de informadores pagados permitió indudablemente a las autoridades de Londres reprimir la rebelión, frustrar un sinfín de conspiraciones y por espacio de más de un siglo conservar el control de un país que cada vez se entregaba más a las ilegales sociedades secretas cuya aspiración era el asesinato y la guerra contra los odiados ingleses. Quizá parezca curioso que en un país que llegó a desarrollar un sentido tan elevado de patriotismo floreciese un número tan grande de informadores. Para hallar la

solución a este difícil problema es preciso estudiar el carácter irlandés. Porque no siempre era la necesidad de dinero lo que hacía que estos informadores traicionasen a sus compatriotas, más a menudo era su innato amor a la intriga y al doble juego lo que les arrastraba al espionaje. Si los sucesivos Gobiernos británicos manifestaron una funesta y crasa falta de comprensión del problema irlandés, sus autoridades supremas de Dublín al menos comprendieron plenamente los vericuetos psicológicos de la mente irlandesa y se hicieron cargo de la desviación del temperamento irlandés, que ellos explotaron cabalmente para sus propios fines.

Las sociedades revolucionarias irlandesas se fundaron en el siglo XVIII, organizándose en 1779 los Voluntarios Irlandeses, que fueron los precursores del Ejército Republicano Irlandés. Desde que estalló la Revolución norteamericana, los rebeldes irlandeses fijaron sus esperanzas en cualquier adversario de Gran Bretaña que apareciese en el horizonte. Primeramente hubo los rebeldes americanos, muchos de los cuales eran inmigrantes irlandeses que estaban ansiosos de luchar; luego el propio Napoleón convirtióse en un héroe para los revolucionarios irlandeses, y el mismo gran Fouché no tardó en entenderse con los intrigantes irlandeses y reclutarlos en sus propias filas. Por otro lado, los ingleses disfrutaban al observar que algunos de los espías-policía de Fouché más celosos detenían muy a menudo a los irlandeses como espías británicos tan pronto como desembarcaban en puertos franceses. ¿Cómo iban unos gendarmes franceses corrientes a conocer la diferencia entre un acento inglés y un acento irlandés? Uno de estos irlandeses era Hamilton Rowan, quien habiéndose fugado de la prisión de Newgate, adonde había sido llevado después de ser sentenciado por sedición, llegó a Francia e inmediatamente fue arrestado y encerrado con los galeotes de Brest.[1]

Entre los más destacados de los primeros informadores de Dublín figuraba Samuel Turner, que resultó tan valioso para los ingleses que se le asignó una pensión de trescientas libras anuales. Turner constituía quizás el supremo ejemplo del doble traficante, el Philby de su época en el modo como se hacía pasar por todo lo contrario de lo que era en realidad. Turner, el agente de los ingleses, mantuvo el secreto de su perfidia ante casi todo el mundo, incluso ante los otros informadores irlandeses. Fingíase un rebelde, e incluso pretendió esconderse de los ingleses durante un largo período. Todo el tiempo en que gozó de la confianza de los conspiradores, estuvo pasando información acerca de ellos a las autoridades británicas. Finalmente, Turner huyó al Continente, acción que debió de parecer sospechosa a los ingleses, pero, al parecer, el agente secreto de Pitt, George Orr, estaba convencido de que sólo le llevó allá el temor de ser asesinado.

Quizá no pudiera Turner resistir el doble juego; posiblemente la intriga y la tensión de llevar una existencia de Jekyll y Hyde resultase para él excesiva para que pudiera guardar lealtad a la vez a ambos bandos. No podemos estar seguros de ello, porque Turner apareció en Hamburgo, donde era conocido como el principal agente de los Rebeldes Irlandeses Unidos e íntimo amigo de Lady Edward Fitzgerald. En qué medida ayudó a los rebeldes constituye tema de conjeturas, pero lo cierto es que los ingleses contrajeron con él una inmensa deuda. Informó en contra del padre O'Coigly, el cual fue condenado y ejecutado a base de la prueba que él aportó. E incluso fue censurado entonces otro espía, Thomas Reynolds, como el causante de la muerte de O'Coigly.

Turner era abogado, y fue en calidad de tal que obtuvo gran parte de su información para los ingleses. Otros hombres de leyes que fueron informadores para el Servicio Secreto eran James McGucken, procurador de Belfast, y Leonard MacNally, abogado que traicionó a su socio y a sus clientes a cambio de pingües sumas de dinero. Posiblemente MacNally fue el más granuja de todos estos informadores y el único para el cual el dinero era lo más importante. Unos documentos de Dublin Castle revelan que MacNally recibió regularmente sumas de un centenar de libras de una sola vez, y es casi seguro que el seudónimo de «Robert Jones», para el cual se pagaron 1.000 libras para traicionar al rebelde Robert Emmett, encubría la identidad de Leonard MacNally. La evidencia apunta fuertemente en esta dirección, porque «Robert Jones» era sin duda alguna un nombre de cifra y el socio de MacNally, Curran, tenía una hija que estaba prometida a Emmett, y lo peor de todo, el propio MacNally visitó a Emmett en su escondrijo de Harrold's Cross poco antes de que llegase la Policía británica para detener a este último.

A su modo, el bribón MacNally era tan audaz y tan cínico como Samuel Turner. Tuvo el descaro de pronunciar vehementes discursos denunciando a las autoridades británicas, y luego envió informes a estas mismas autoridades en los cuales incluía listas de las personas que asistían a sus mítines. MacNally tuvo incluso la osadía de ofrecerse voluntario para defender a Emmett en el proceso de éste, asegurando con esto el que saliese convicto. El pobre Emmett, que jamás sospechó por un momento esta traición, le dio calurosamente las gracias por todo lo que había hecho y se despidió de él besándole.[2]

De esta manera establecióse la tradición de un Servicio Secreto británico despiadadamente eficiente en Dublín, montado sobre

la traición y el doble juego, y creando un instrumento de opresión que por espacio de un siglo mantuvo controlado el terrorismo irlandés, pero sin lograr destruirlo.[3] Al avanzar el siglo XIX, el Servicio Secreto fue cobrando mayor vigor hasta que unos agentes británicos más profesionales y probablemente de mayor confianza pudieron ocupar el sitio de los informadores irlandeses. De todos los agentes puramente británicos que trabajaban en Irlanda a mediados del siglo XIX, el más inteligente de todos fue Thomas Beach, oficial nacido en Colchester y que con el tiempo llegó a convertirse en el mariscal de campo Henri Le Caron, agente del Gobierno británico en los campos del «fenianismo» norteamericano.

Los fenianos, la Hermandad Irlandesa Republicana, era un movimiento revolucionario irlandés-norteamericano fundado en los Estados Unidos por John O'Mahony en 1858. Los fenianos aspiraban a liberar Irlanda del régimen británico y establecer un tipo de gobierno republicano. En el año 1865, cierto número de fenianos emprendió el viaje a Irlanda desde América, con la intención de efectuar un levantamiento, pero éste resultó un estrepitoso fracaso. Durante algún tiempo, los fenianos consideraron en serio la posibilidad de un movimiento de secesión. La «invasión del Canadá» convirtióse en su consigna, y pusieron sus esperanzas en formar en el Canadá un Gobierno irlandés en el exilio, creyendo que desde semejante base podrían dictar condiciones para Irlanda.

Thomas Beach había servido en la Caballería norteamericana y desempeñó su papel en la guerra civil de aquel país, alistándose como soldado raso y terminando su carrera en el Ejército con el grado de mariscal de campo. En 1865, Beach encontró un bono de veinte dólares, de extraño aspecto, con las palabras «The Irish Republic». Descubrió que esto era uno de los medios que empleaban los fenianos para allegar fondos. Estos bonos se entregaban a cambio de dinero contante y sonante a inmigrantes simples y crédulos que creían en la posibilidad de una República irlandesa. En gran parte, estos bonos estaban financiados por modestísimas chicas de servicio irlandesas en Nueva York y en otras ciudades importantes del Norte.

Al parecer, los Estados Unidos no emprendieron acción alguna contra los iniciadores de este proyecto de bonos fraudulentos, ni tampoco sobre este asunto intentó el Gobierno del presidente Andrew Johnson intervenir contra la actividad de los fenianos que planeaban invadir el Canadá. Beach efectuó investigaciones referentes a los fenianos, hizo gran acopio de información acerca de ellos y habló de esto en unas cartas que escribió a su padre. Éste, sin mencionar a su hijo, entregó en seguida las cartas a

un miembro del Parlamento, el cual las mostró a su vez al ministro de la Gobernación.

A partir de este momento, Beach fue arrastrado, de un modo completamente fortuito, a la órbita del Servicio Secreto británico. El ministro de la Gobernación dijo al padre de Beach que pidiese a éste más detalles. En la mañana del 1 de junio de 1866, realizóse la predicción de la invasión del Canadá por los fenianos. Pero el intento constituyó el mayor fracaso. Los fenianos fueron expulsados del Canadá, sesenta de ellos resultaron muertos y doscientos hechos prisioneros con la pérdida de sólo seis vidas canadienses.

Al año siguiente Beach volvió a la Gran Bretaña, y después de algunas consultas con las autoridades, se convino que pasase a ser un agente pagado del Gobierno británico, para infiltrarse en las filas de los fenianos. En su libro *Twenty-five Years in the Secret Service,* Beach mencionó que esta propuesta se la hicieron en una reunión con funcionarios del Gobierno en el número 50 de Harley Street. Regresó a los Estados Unidos y ofreció sus servicios a los fenianos «como militar en el caso de guerra activa». Fue admitido con el nombre de mariscal de campo Henri Le Caron e inmediatamente organizó un campamento feniano en Lockport, Illinois, donde como comandante recibía todos los informes oficiales y documentos emitidos por la jerarquía feniana.[4]

A su debido tiempo, habiéndose labrado una buena reputación en las filas fenianas, Le Caron fue nombrado Organizador Militar del Ejército de la República de Irlanda, con un sueldo de sesenta dólares mensuales más siete dólares diarios por gastos. Su trabajo consistía en organizar los diversos cuerpos militares correspondientes a la sociedad rebelde. «Con gran asombro de mi parte —escribió en su autobiografía—, me enteré de que, mientras me hallaba realizando este trabajo, tenía que pronunciar mítines públicos en apoyo de la causa... Yo estaba hecho un lío, porque si me invitaban a hablar, como me temía, se vería que era absolutamente ignorante de las cuestiones irlandesas.»

Sin embargo, Le Caron pronunció sus discursos a entera satisfacción de todos y sin despertar sospechas. En 1868, en compañía de O'Neill, otro feniano, tuvo una entrevista con el presidente Andrew Johnson en la Casa Blanca. Esto le procuró una clara visión del pensamiento del presidente norteamericano y de la torcida interpretación que Johnson hacía de las Leyes de Neutralidad en favor de Irlanda. Refiriéndose a la invasión del Canadá por los fenianos, decía Johnson: «Vuestro pueblo me censura mucho, injustamente, por la parte que tuve en reprimir vuestro primer movimiento. Ahora quiero que comprendáis que mis simpatías son enteramente por vosotros, y estoy dispuesto a hacer todo cuanto

esté en mi mano para ayudaros. Pero debéis recordar que yo os di cinco días enteros antes de ordenar que se pusiera coto a vuestras actividades... Si no pudisteis llegar allá en cinco días, jamás lo conseguiréis; y entonces, como Presidente, me vi obligagado a hacer cumplir las Leyes de Neutralidad o exponerme a ser denunciado de todas partes.»[5]

Le Caron fue promovido a la categoría de inspector general de las fuerzas revolucionarias y en calidad de tal fue enviado de vez en cuando a la frontera canadiense para localizar armas y depósitos de municiones. Encontró un pretexto para visitar Ottawa, donde estableció un sistema de comunicaciones con el comisario jefe de la Policía, Judge M'Micken, así como con Lord Monck, a la sazón gobernador general. Como resultado de la información recogida por Le Caron, la organización feniana sufrió un gran descalabro hacia el año 1870. Pero no antes de que se hubiese planeado una segunda invasión del Canadá. Esta vez la seguridad fue mayor y los planes se llevaron a cabo con el mayor secreto. No hace falta decir que Le Caron conocía todo lo relativo al proyecto. El objeto de esta segunda invasión era apoderarse del Canadá, no como sede permanente de una República de Irlanda, sino como el único punto de ataque posible, la base para las operaciones contra Gran Bretaña. O'Neill, que fue el organizador de este golpe, era lo suficientemente ambicioso para imaginar a los fenianos obteniendo el control de puertos y astilleros del Canadá, desde donde pudieran enviar barcos piratas a hacer presa en los buques ingleses, aspirando al propio tiempo a obtener derechos de beligerancia de Estados Unidos.

Después de la ya referida entrevista con el presidente Johnson, es fácil comprender que los irlandeses tuvieran alguna razón para sentirse optimistas en cuanto a obtener derechos de beligerancia de los Estados Unidos. Este solo hecho dio mucho que pensar a Whitehall, y desde entonces hasta el momento presente, el Servicio Secreto británico ha sido siempre consciente de la necesidad de obtener detallados informes de espionaje de los Estados Unidos. Los Gobiernos podrán pretender que los dos países son aliados y que el espiarse uno a otro es algo inconcebible, pero la necesidad de información interna del modo de pensar del Presidente y del Departamento de Estado (nada digamos, en tiempos modernos, de la perpetua pesadilla del Pentágono) ha sido tan vital en ocasiones tales como la campaña anglofrancesa de Suez y la crisis de Berlín de la pasada década de los años cuarenta, como en la época de la proyectada invasión del Canadá y la neutralidad inquieta en las Primera y Segunda Guerras Mundiales.

La segunda invasión también fue un fiasco ignominioso. Le Caron había transmitido información al bando legal y esta vez, según hizo constar por escrito, «el general Foster, que actuando con aquella precisión tan peculiar de la administración del general Grant si se le compara con la de Andrew Johnson, había llegado, como consecuencia de la información suministrada, al teatro de la batalla inmediatamente después de que yo me hube marchado, y arrestó a O'Neill por infringir las Leyes de Neutralidad».

A pesar de estos graves contratiempos sufridos por los fenianos, Le Caron aún tuvo que luchar contra una gran actividad subversiva. Había los «Caballeros del Círculo Interior», que era esencialmente una sociedad secreta y, por consiguiente, era mucho más difícil introducirse en ella. Esta sociedad preparó el camino para el establecimiento de la organización feniana en la Gran Bretaña, pero aunque se estableció en 1870, no fue hasta el año 1873 cuando alcanzó su pleno desarrollo. Desarrollóse una forma masónica de ritual y todos los accesorios de una sociedad secreta, con consignas, juramentos solemnes y castigos por divulgar información, entre los cuales figuraba la pena de muerte. Cuán pérfida era esta sociedad desde el punto de vista británico, puede apreciarse en este estatuto: «...deberá efectuar incesantemente preparativos para una insurrección armada en Irlanda».

En documentos escritos, había referencias en clave a lo «Jsjti» y a los «Jsjtinfo», a lo «irlandés» (*Irish*) y a los «irlandeses» (*Irishmen*), cifra algo evidente, sustituyendo cada una de las letras que forman la palabra verdadera por la correspondiente letra que le sigue en el alfabeto. Le Caron era uno de los Caballeros del Círculo Interior, a pesar de que algunos fenianos todavían tenían la impresión de que él era en parte responsable de la desastrosa segunda invasión del Canadá. No que sospechasen que fuese un traidor, pero creían que había apremiado con exceso a los líderes para que pusieran en práctica el proyecto.

En 1876, los revolucionarios eran más de 11.000 afiliados, incluidos rebeldes tan prominentes como Alexander Sullivan, O'Donovan Rossa y el coronel Clingen. Le Caron veía todos los documentos que salían del cuartel general del movimiento y transmitía toda la información a un tal «Mr. Anderson de Londres».

Sus informes proyectaban una luz muy diferente sobre todo el problema de la autonomía para Irlanda. Puede argüirse aún con alguna lógica que si a Irlanda se le hubiese concedido la autonomía en la década de los años ochenta del pasado siglo, todavía habría podido formar parte de la Commonwealth, y que el problema irlandés se habría resuelto. Pero esta tesis solamente se sostiene si puede demostrarse que habrían ganado los moderados, los par-

nellistas y sus aliados. Los informes de Le Caron deberían hacer abrigar fuertes dudas sobre si en la mencionada década las fuerzas revolucionarias no eran ya demasiado poderosas para que los moderados pudieran resistir a su presión. Incluso en los años setenta era de todo punto evidente lo que sucedería si Gran Bretaña llegara una vez más a embarcarse en una guerra:

«La vieja Europa se halla amenazada de una convulsión general», era el tema propuesto por los fenianos en un documento con fecha de 21 de abril de 1877. «La guerra a la más tremenda escala no puede ser evitada por mucho tiempo con todos los artificios y sutilezas de todos los diplomáticos del mundo. Rusia y Turquía están por un igual resueltas a librar el combate inevitable... El resto de las Grandes Potencias de Europa se verán arrastradas a la palestra por una fuerza irresistible. Inglaterra, sobre todo, tanto si quiere como si no, deberá desenvainar de nuevo su espada o confesar vilmente que es una potencia de tercera clase... Entonces no habrá hecho sino llegar la dificultad para Inglaterra; en otras palabras, "la oportunidad de Irlanda". ¿Está preparada Irlanda para aprovechar esta oportunidad...? Proponemos a continuación crear un "Fondo Nacional Especial" para ayudar a la obra de la liberación de Irlanda.» [7]

Los revolucionarios estaban ciertamente ampliando sus horizontes y poco después de esto se enteró Le Caron de que aquéllos habían dado pasos encaminados a entrar en negociaciones con el Gobierno ruso. «Por extraña y absurda que parezca de momento esta idea —escribía Le Caron—, estas negociaciones fueron finalmente completadas y desarrolladas hasta la fase de un convenio diplomático regular en los cuarteles generales de Rusia.» Las relaciones entre Gran Bretaña y Rusia se pusieron tensas entre 1876 y 1880, y a menudo parecía inminente la guerra entre ambas naciones. Los rusos respondieron a las propuestas de los revolucionarios, impresionados sin duda por el hecho de que éstos estaban operando en los Estados Unidos y se hallaban respaldados por dinero norteamericano. El doctor Carroll, uno de los cabecillas rebeldes, fue puesto en contacto con el ministro ruso en Washington por el senador Jones de Florida, suscitándose discusiones relativas a la cuestión de la intervención irlandesa al lado de Rusia en el caso de que estallase la guerra.

Esto no fue sino uno de los muchos complots, a cuál más sensacional, desde el proyecto de asesinar a la reina Victoria hasta el rapto del príncipe de Gales y un ataque a la prisión de Portland para rescatar a Michael Davitt. Pero Davitt fue puesto en libertad antes de que pudiera ponerse en práctica el plan antes mencionado. Es significativo que embarcase inmediatamente con rumbo a América.

Aproximadamente al mismo tiempo, los rebeldes concibieron el proyecto de construir una lancha torpedera submarina destinada a destruir la Marina Real. Fue éste el proyecto más ambicioso que los rebeldes habían ideado y como que la Marina Real aún no había considerado la idea de un submarino, pudo haber tenido efectos funestos. Según Le Caron, la embarcación llegó a construirse realmente «en el lado de Jersey del Río Norte, y costó unos 37.000 dólares, pero no salió nada de ello, porque, al parecer, la lancha sólo se construyó para ser remolcada hasta New Haven, donde se quedó», seguramente hasta que se pudrió. [8] El informe de Le Caron era de sumo valor para las autoridades, pero al parecer, éstas le prestaron atención demasiado tarde. El informe fue transmitido al Almirantazgo, pero hasta finales del siglo no lo examinó un ingeniero naval, el cual vio sus posibilidades revolucionarias y urgió a las autoridades para que construyesen un submarino británico basado en el proyecto feniano. Cuando Gran Bretaña adquirió su primer submarino en 1901, ello se debía enteramente al informe de Le Caron de años anteriores.

En cuanto al espionaje relativo a las organizaciones terroristas y revolucionarias irlandesas, no hay duda de que Le Caron fue de inmenso valor para las autoridades británicas y un factor primordial en tener a raya al terrorismo. Sin embargo, a pesar de que el Servicio Secreto británico se había infiltrado con éxito en las filas fenianas, las organizaciones continuaron funcionando: jamás fueron destruidas, a lo sumo fueron simplemente reprimidas. Al parecer, aun cuando el Servicio Secreto poseía la información necesaria, carecía de la habilidad política para explotar lo que sabía y emplearlo para destruir, o al menos dividir las coaliciones a menudo inquietas de temperamentos belicosos dentro de las filas revolucionarias.

La razón de esto no es difícil de averiguar. Se depositó demasiada confianza en el juicio político de los agentes secretos, la mayoría de los cuales eran tan vehementes en el odio que profesaban a los revolucionarios, que tendían a considerar como un traidor o un revolucionario a cualquier irlandés que deseara la independencia. Le Caron suministra un buen ejemplo de ello. Cuando regresó a Gran Bretaña en la década de los años ochenta, los ingleses le pidieron que se ganase la confianza de Charles Stewart Parnell, el líder del Partido irlandés en la Cámara de los Comunes. En su valoración que hizo de Parnell, parece ser que Le Caron se excedió mucho y simplemente dio pábulo a los políticamente ofuscados que deseaban ver a Parnell destruido. Pero consideremos

el juicio que hizo Winston Churchill acerca de Parnell, a la muerte de éste:

«Era todo lo contrario de un demagogo y de un agitador... Detestaba el asesinato. Era demasiado práctico para proteger los sueños fenianos de insurrección contra el poder de Gran Bretaña. Al aumentar su autoridad, fenianos e invencibles detuvieron sus ensangrentadas manos por temor a que Parnell dimitiese.» [9]

Por otro lado, Le Caron ofreció una descripción completamente diferente de Parnell, a base de sus propias entrevistas con el líder irlandés, entrevistas que él había tenido en su calidad de enviado de los revolucionarios. Parnell, decía, «no veía razón alguna para que, cuando estuviésemos del todo preparados, no hubiera de llevarse a cabo un declarado movimiento de insurrección. Trató con prudencia la cuestión de los recursos y de todo lo necesario». Y —añadía Le Caron— Parnell «declaró que hacía mucho tiempo que había dejado de creer que algo que no fuese la fuerza de las armas pudiera realizar la redención definitiva de Irlanda». [10]

En suma, Le Caron trataba de convencer a las autoridades de que Parnell era el aliado de los revolucionarios y terroristas. Esto, naturalmente, favorecía perfectamente las aspiraciones de aquellos que se oponían a la autonomía. Porque, sin Parnell, Gladstone jamás habría intentado apoyar la autonomía. Parnell era el único moderado, el último gran líder que podía imponer su autoridad sobre toda Irlanda, la católica y la protestante. Por consiguiente, para destruir todas las esperanzas de autonomía, los enemigos de la independencia de Irlanda tenían que destruir primero a Parnell. ¿Hizo el Servicio Secreto lo que tan a menudo, antes y después, han hecho los Servicios Secretos: decirles a sus amos lo que sus amos querían saber? Existen muchas pruebas de que el Servicio Secreto de esa época, lejos de ser un cuerpo objetivo en lo que a Irlanda se refería, fue utilizado como un instrumento para destruir a los moderados irlandeses y en especial para denigrar el carácter de Parnell. Consideremos tales pruebas. Con el Tratado de Kilmainham y el apoyo que Gladstone dio a Parnell, el terrorismo cesó de repente; se puso término a la «Campaña de la Dinamita» e incluso los más furibundos revolucionarios irlandeses-norteamericanos detuvieron sus manos por orden de Parnell. En los cinco años anteriores, la «Campaña de la Dinamita» había amenazado aterrorizar a las ciudades de Gran Bretaña. Los dinamiteros, como se llamaban a sí mismos, habían venido de América y, utilizando el «Hotel Charing Cross» como cuartel general, establecieron una fábrica de nitroglicerina en Birmingham. De allí eran enviadas a

varios puntos de Londres grandes cantidades de líquido en bolsas de goma. Pero, descubiertos por el Servicio Secreto, los conspiradores fueron detenidos e incautada toda la nitroglicerina. Le Caron declaró que «no se sabe y probablemente no se sabrá nunca cuáles eran las verdaderas intenciones de esta banda de dinamiteros. Al público debió de bastarle el saber que la cantidad de nitroglicerina descubierta era tan enorme, que, según los expertos, habría sido suficiente para volar todas las casas y calles de Londres, de un extremo a otro de la ciudad».

Pero todo esto había cesado por completo. Gran Bretaña e Irlanda se encontraban en el umbral de un nuevo entendimiento: la coexistencia pacífica de los dos países parecía al fin una realidad política. Pero los enemigos de la autonomía no la querían. Buscaron pruebas ruidosas que destruyesen a Parnell y la autonomía. Y no hay grandes dudas sobre el hecho de que el Servicio Secreto desempeñó un papel algo indigno al ayudar a fabricar la prueba que ellos necesitaban.

The Times comenzó a publicar en 1887 una serie de artículos bajo el título de «Parnellismo y Crimen». Para apoyar las acusaciones de que existían vínculos criminales de terrorismo entre los extremistas y Parnell, publicóse una reproducción facsímil de una carta que se pretendía estaba escrita de puño y letra de Parnell. Esta carta asociaba al líder irlandés directamente con la campaña de asesinatos. Los hechos relativos a la «Carta de Parnell» y la Comisión especial designada para investigar los cargos, son suficientemente conocidos. Bastará recordar a los lectores que *The Times* obtuvo la carta de un periodista falto de escrúpulos llamado Richard Pigott, que vivía en Dublín, ganándose el sustento con la venta de libros y fotografías pornográficos. Un misterioso intermediario le había ofrecido a Pigott una guinea diaria, gastos pagados de hotel y viaje, si podía obtener documentos acusatorios que demostrasen que Parnell era el aliado de los terroristas. El gerente de *The Times* pagó 2 500 libras por las cartas, suma enorme en aquellos días, y parece posible que el Servicio Secreto suministrase por lo menos una parte de ese dinero. Puesto que, ¿quién era el hombre que se hallaba detrás de este extraño asunto? No era otro que Henri Le Caron, descrito por Churchill como «un extraño tipo... empleado en un cargo secreto del Gobierno británico». [11]

El propio Le Caron deja bien establecido que éste fue el año (1888) en que él finalmente abandonó América. Siguiendo a la Comisión especial, apenas habría podido volver a las filas revolucionarias, porque ello habría significado una muerte cierta. «Yo había escrito dos veces al señor Anderson, ofreciendo mis servicios en

relación con la Comisión especial», escribe, implicando así claramente al Servicio Secreto en el complot de la «Carta de Parnell». Pero seguramente hubo alguien que dudaba de que hubiera sido prudente dejar que siguiera aquel asunto, puesto que Le Caron añade que «yo no tuve parte alguna en la proposición, y no tenía idea de que hubiera de suceder algo relacionado con el asunto. Mi idea era... que el Gobierno estaba en realidad persiguiendo judicialmente al partido parnellista, y yo no podía comprender por qué no aparecía toda la información que yo sabía que ellos poseían».

No hay duda de que el Servicio Secreto no quería tener a Le Caron como testigo. Anderson insistió en que «no tenía intención de dejar a un informador tan útil a su propia iniciativa». Pero los acontecimientos se desarrollaron con demasiada rapidez para las autoridades. Las pruebas que Le Caron poseía de las actividades terroristas llegaron a ser vitales para las autoridades a la hora de organizar su proceso contra Parnell. Le Caron insistió prudentemente para que el Servicio Secreto trasladase a su familia a Gran Bretaña y la pusiera en seguridad, antes de que él declarase como testigo ante el tribunal.

Le Caron dio pruebas acerca de las actividades terroristas, pero lo culminante del caso fue cuando el propio Pigott declaró como testigo. Se le pidió que escribiese las palabras *likelihood* y *hesitancy* que aparecían ortográficamente mal escritas en la famosa carta. Pigott repitió los mismos errores. El hecho de la falsificación quedaba establecido: todo el proceso contra Parnell era un fraude y una invención. Pigott huyó del país y finalmente se disparó un tiro en la sien en un hotel de Madrid.

Ése fue el fin del trabajo realizado por Le Caron para el Servicio Secreto. Con todo posteriormente se refirió a Pigott en términos encomiásticos, y no parecía remorderle la conciencia por el incidente de la falsificación. Sin embargo, el tributo principal lo reservaba en su libro para su director en el Servicio Secreto, Anderson: «Por espacio de veintiún años, yo serví, bajo la dirección de este caballero, en el Servicio Secreto, y no puedo tributarle mayor honor que el de decir que durante ese tiempo jamás fui descubierto... Él y solamente él, sabía que yo era un agente del Servicio Secreto.» [12]

No obstante, es posible que en el Servicio Secreto hubiera otros que tuviesen otra opinión que Le Caron, alias Thomas Beach, y que recelasen de sus móviles. Le Caron admitió que si su identidad permaneció sin ser descubierta no fue «por falta de intentos de parte de algunos colegas del señor Anderson». Tan resuelto estaba uno de los funcionarios del Servicio Secreto a descubrir la identidad

de Le Caron, que, habiendo averiguado de algún modo que su nombre era Thomas, suponiendo que éste era su apellido, envió un detective a Chicago para que descubriese en la organización de allí a un hombre apellidado Thomas.

«Al fracasar este intento, este mismo oficial trató de comunicarse conmigo a través de Sir John Rose y Judge M'Micken, con quienes yo había actuado en la época del ataque de los fenianos, en 1870. Tan fuerte, ciertamente, fue la presión ejercida sobre Judge M'Micken, que el anciano caballero hizo un viaje especialmente a Chicago para verme sobre tal asunto.»

Le Caron, al igual que muchos informadores acerca del terrorismo irlandés que operaban en las filas británicas, fue a menudo criticado por su derroche de dinero. Él admitió lo siguiente: «Recibí más de una reprimenda a causa del modo como gastaba el dinero... La forma como gastaba el dinero entre la clase de patriotas irlandeses era una necesidad absoluta para el objetivo que yo perseguía y por consiguiente jamás pude ahorrar nada, sino que más bien gasté hasta el último de los peniques que cobraba, y a veces ciertamente todavía más.»

Le Caron se quejó amargamente de «la tacañería con que se le pagó para combatir a un enemigo como Clan-na-Gael». Referíase al hecho de que Gallaher, uno de la «Campaña de la Dinamita», cuando fue detenido en 1883, llevaba encima 1.400 libras, y Moroney, cuando en 1887 fue enviado desde Nueva York en relación con el Complot de la Explosión del Jubileo, llevaba 1.200 libras. «¿Cómo puede esperar la Policía inglesa, y sus ayudantes del Servicio Secreto, poder luchar contra complots tan bien financiados... con las miserables sumas concedidas por el Parlamento para tal objeto?... A América la llaman el País de los Libros, pero podría darle a Inglaterra lecciones sobre el modo de operar del Servicio Secreto, porque allí no hay restricciones en cuanto a hombres o dinero.»

Puede que estuviese justificado el que el Servicio Secreto británico gastase más dinero en una organización terrorista tan bien financiada como la Hermandad Irlandesa Americana o la de los fenianos, pero el pagar 2.500 libras por una carta falsificada por un hombre como Pigott deliberadamente preparada para arruinar al único líder grande y moderado que tenía Irlanda en aquel período tormentoso, ya es otro cantar. Es algo que continúa siendo un baldón permanente en la tradición del Servicio Secreto británico, una mancha que lo desacreditó muchísimo en el extranjero por espacio de mucho tiempo.

En efecto, las revelaciones del proceso de la carta de Parnell causaron mucho daño a la influencia y las relaciones británicas en

el extranjero. Lograron en un solo día conquistar las simpatías por la causa irlandesa en América, de suerte que incluso los americanos que habían estado bien dispuestos con respecto a Gran Bretaña, transfirieron ahora su lealtad a los fenianos.

12

Los grandes excéntricos: Kavanagh, Burton y Reilly

Durante el período de mediados del siglo XIX era cada vez mayor en Gran Bretaña la tendencia a considerar el Servicio Secreto como algo que no se mencionaba entre la buena sociedad. Le Caron, en su autobiografía, aludió a esa tendencia, citando el hecho de que a menudo él había oído la frase de que «la idea del Servicio Secreto es algo que repugna al corazón de los ingleses».[1]

El recelo que suscitaba el Servicio Secreto era ciertamente considerable en período tan temprano del siglo como el año 1829, cuando, bajo la dirección del duque de Wellington, Sir Robert Peel planeó la organización policíaca de la Gran Bretaña. Debido a que Wellington apoyó el proyecto de Peel, incurrió, según su contemporáneo, en la sospecha de conspirar para «hacerse con el poder supremo y usurpar el trono». El grito de «espías policías» subió desde las masas, mientras clamaban contra los «Peelers» (como despectivamente llamaban a la nueva Policía); creían que el proyecto de Peel no era otro que el de extender el Servicio Secreto hasta convertir la nación en un Estado policíaco. El nombramiento de un oficial del Ejército, Sir Charles Rowan, compañero íntimo de Wellington en Waterloo, como jefe de la nueva Fuerza de Policía, convenció a la gente de que Wellington deseaba crear un cuerpo de hombres uniformados para que la vigilase continuamente, entrase en sus casas cuando quisiera y de este modo llegase a esclavizar a la nación. Habiendo llegado a ser el duque un héroe nacional, de pronto se vio convertido en objeto de odio.

Estas sospechas y creencias eran, naturalmente, del todo injustificadas, y la Fuerza de Policía de reciente creación, posiblemente debido a las críticas que en su origen suscitara, procuró evitar las sospechas de hallarse envuelta en actividades de espionaje o de fisgar en algún sentido en la vida de los ciudadanos corrientes que

estaban dentro de la ley. Esto se vio claramente en 1851, cuando el jefe del servicio de espionaje prusiano visitó Londres para la Feria Internacional. El emperador Federico Guillermo de Prusia vivía en constante terror, pensando en la agitación de las masas, y veía revolución y subversión en el menor incidente. Su jefe de espionaje, Wilhelm Stieber, hizo de la visita a Londres un pretexto para investigar las actividades de los radicales prusianos que vivían en esa ciudad y, sobre todo, espiar al propio Carlos Marx.

Stieber, que además era editor del periódico de la Policía prusiana, esperaba confiadamente ganarse la plena cooperación de la Policía británica, por lo cual se vio tristemente contrariado al descubrir que su espionaje no sólo era desdeñado en Londres, sino que incluso era activamente desalentado e incluso frustrado. Los jefes de la Policía londinense no miraban con simpatía los métodos de la Policía continental, y no dejaron que Stieber abrigase la menor duda acerca de su desaprobación.[2]

El Servicio Secreto de Londres secundó a la Policía en la aversión que le producían los métodos de Stieber. Lo único que le interesaba eran los terroristas irlandeses, y no podemos por menos de preguntarnos si al concentrarse tan intensamente en el terrorismo irlandés en este siglo, el Servicio Secreto no perdió de vista otros asuntos igualmente importantes. Porque hay muchas pruebas de que en ese período (a mediados del siglo) Gran Bretaña perdió terreno tanto en el contraespionaje dentro del propio país como en el espionaje en el Continente europeo y en Extremo Oriente. Irlanda parecía constituir un caso especial, pero mientras el Servicio de Información perseguía incansablemente a los terroristas irlandeses, con excesiva frecuencia hacía la vista gorda ante el espionaje francés, alemán y ruso dentro de Gran Bretaña. La verdad era que, prescindiendo de Irlanda, la opinión oficial había tendido a considerar el espionaje como algo vergonzoso y que se apartaba del carácter de las tradiciones británicas.

Los errores militares y los escándalos por omisión en la Guerra de Crimea revelaron la pobreza de información militar de Gran Bretaña. La mayor parte de los desastres de aquella campaña se debieron a una falta casi total de información acerca del enemigo. Como resultado directo de esto estableciόse en 1855 un Departamento Topográfico y Estadístico en el Ministerio de la Guerra. Este era un comienzo muy modesto de crear un Departamento de Información, pero al menos intentaba suministrar mapas y estudios topográficos de países extranjeros, algo que había faltado por completo en los veinte años precedentes.

De unos intentos, algo inconexos y carentes de ambición, de trazar un mapa del mundo exterior en términos de información militar, salieron, lenta, pero inexorablemente, algunas reformas. Uno de los primeros oficiales que sirvieron en la División de Información Militar fue un joven capitán, H. M. Hozier, más tarde nombrado Caballero, y padre de la que había de llegar a ser la esposa de Winston Churchill. A principios de la década de los años setenta del pasado siglo (parece haber alguna confusión en cuanto a la fecha exacta), el Departamento fue reorganizado bajo el nombre de Rama de Información. Sir George Aston señala el año 1873 como fecha verdadera, pero, según el mariscal de campo Sir John Ardagh, se había formado ya un núcleo de la organización en Queen Anne's Gate en 1871. El primer local de la Rama de Información consistió en una casa de Adelphi Terrace y una cochera y unos establos abandonados, cerca de las oficinas del Gobierno en Whitehall, ejemplo típico de la tacañería burocrática de aquella época en asuntos concernientes al espionaje. En 1874 encontróse un hogar más permanente para la organización en Adair House, cerca del antiguo hogar de Nell Gwynn en Pall Mall.

En ese período era tradición que, por alguna razón que se desconoce, se reclutasen oficiales de artillería para la labor de espionaje, y el primer director del Servicio de Información Militar fue uno de ellos: Sir Henry Brackenbury. Sucedióle en el cargo el teniente general E. H. Chapman, y en 1884, la Rama de Información fue trasladada de nuevo a Queen Anne's Gate, a una casa apartada y de ventanas con los postigos siempre cerrados que tenía todo el aspecto del clásico escondrijo de un servicio de espionaje.

Sin embargo, aun cuando el mariscal de campo Sir John Ardagh tomó a su cargo la Rama en 1896, las funciones de la organización, a pesar de estar claramente delimitadas, eran todavía sumamente restringidas y faltas de imaginación. Fueron establecidas así: «Preparación de información referente a la defensa militar del Imperio y consideraciones estratégicas de todos los planes de defensa; compilación y distribución de información referente a la geografía militar, recursos y fuerzas armadas de países extranjeros y de las colonias y posesiones británicas; compilación de mapas y traducción de documentos extranjeros.»

Había una comunicación inadecuada entre la Rama de Información de Queen Anne's Gate y el Ministerio de la Guerra, y la Rama misma contaba con un número ridículamente exiguo de personas a su servicio para atender a sus necesidades. Una sola sección en la que trabajaban dos oficiales y un escribiente tenía que realizar la tarea de cubrir el Imperio ruso, casi toda Asia, con inclusión de China, India y Japón. Curiosamente ésta fue la más eficiente de todas las secciones, probablemente porque después de los desastres de Crimea se realizaron mayores esfuerzos para buscar informa-

ción acerca de Rusia y de los territorios adyacentes a ese país.

La tendencia a confiar en el brillante aficionado duró hasta aproximadamente el final de la era victoriana, principalmente, preciso es reconocerlo, porque se requería que la información resultase barata, y el mejor modo de conseguir esto era empleando a ingleses aventureros con amplios recursos económicos privados, cuyo sentido del patriotismo les impidiera aceptar una paga.

Pero en tanto que algunos de tales britanos eran brillantes, muchos más de ellos eran simplemente aficionados incompetentes y que a menudo cometían graves errores; al principio de la década de los años 1891-1900, comprobóse con cierta consternación que el Servicio Secreto dependía demasiado del aficionado brillante y que tales hombres escaseaban mucho. La desesperación lleva a la desconsideración, y más tarde el Servicio había de mostrar que había recobrado algo de la rudeza y profesionalismo de sus predecesores de las épocas de Isabel I y de Cromwell. Entretanto, era preciso tener en cuenta dos hechos. Ante todo, había en la Gran Bretaña una profunda aversión hacia los métodos de la Policía del Continente. Había un abundante testimonio del azote que en toda Europa suponía el régimen policíaco y el terror que inspiraba el Servicio Secreto. En Francia, el empleo de la Policía como una sección del Servicio Secreto había sobrevivido a la Revolución y continuaba con todos sus abusos sin que nadie les pusiera coto. El Emperador francés tenía su propio ejército de espías, el Primer Ministro tenía otro Servicio de Información y el Prefecto de Policía y la Emperatriz poseían cada uno sus propias organizaciones de espionaje. Con frecuencia estos diversos Servicios se espiaban unos a otros. El pueblo británico era plenamente consciente de esta forma de espionaje, como de ópera bufa, que viciaba a Francia, de la misma manera que la del Emperador prusiano era bien conocida de las autoridades londinenses como un instrumento de información singularmente estúpido y brutal.

El otro hecho, no menos importante, considerado a la luz de la Historia, era el de que el Servicio Secreto británico incluso animaba a los emigrados de varias partes de Europa, desafectos a sus respectivos Gobiernos, para que se estableciesen en Londres. Realmente eran bien recibidos como refugiados conforme a la tradición británica de dar asilo a las víctimas de persecución política. En los últimos años de la década de 1861-70, hubo en la Gran Bretaña un creciente sentimiento de estabilidad; percibíase que la prosperidad iba en aumento, que se hallaba bien establecida una tradición de ciudadanía adicta a lo legal, y que, fueran cuales fuesen las ideas profesadas por los países del Continente, los revolucionarios de otras naciones no representaban ningún peligro especial para los

ingleses. Quizá las autoridades tuviesen razón, quizás estuviesen equivocadas, pero Londres fue convirtiéndose gradualmente en el asilo de toda suerte de continentales asustados y perseguidos, desde anarquistas y radicales hasta terroristas y criminales. En general creaban muy pocos trastornos, formaban sus propias sociedades y no se salían de sus límites. La anarquía se fraguaba a puerta cerrada con relativa respetabilidad, no en las calles o en mítines al aire libre.

Lo que podría argüirse es que el Servicio Secreto pudo haber sacado mayor partido de estos extranjeros. Pero el único uso que se hizo de ellos en grado intensivo fue ejercer una represión a larga distancia de las actividades de Rusia. El principal interés de Gran Bretaña acerca de Rusia era el omnipresente temor de que ese país tuviese intenciones rapaces con respecto a la India, y ésta era la razón por la cual se prestaba más atención al espionaje sobre Rusia que al de otros países europeos.

El Servicio Secreto tenía aún otro motivo para mostrarse frío con respecto a Wilhelm Stieber. Ya en 1851 habían circulado en Londres rumores de que Stieber era más bien un espía independiente que un patriota prusiano. El Servicio Secreto creía que él mantenía relaciones con el Zar al mismo tiempo que estaba sirviendo al emperador Federico Guillermo.[3]

Las autoridades de Londres estaban acertadas al mostrarse cautelosas ante las propuestas y declaraciones de Stieber. La táctica del prusiano consistía en ganarse la confianza de otros Servicios Secretos europeos procurándoles listas de peligrosos radicales (a menudo las personas que figuraban en tales listas tenían más de locas que de radicales) e instándoles para que le ayudasen a él rehusando el asilo político a tales personas. A Stieber le gustaba sentir que sus tentáculos llegaban hasta cualquier capital y que utilizando otros Servicios Secretos podía controlar a los nacionalistas prusianos en el extranjero. En algunas capitales europeas su táctica dio buenos resultados, pero en Londres se tuvo la opinión de que Stieber estaba dispuesto a vender sus servicios a cualquier país que comulgase con sus teorías, y que la mercancía que él podía ofrecer era simplemente una lista de anarquistas y radicales relativamente inofensivos. Por lo que se refiere a la primera parte de esta opinión, las autoridades británicas estaban en lo cierto, aunque Stieber era un hombre que en su corazón ponía a Prusia por delante de todo, por más que ofreciese sus servicios a otras naciones. Pero es posible que los británicos hubiesen subestimado a los anarquistas y a los radicales, puesto que algunos de estos últimos habían de suministrarles información útil acerca de la estrategia de

Stieber, lo cual, en lo referente al espionaje, dio a Gran Bretaña una ventaja sobre los franceses.

A la larga, los rumores que circulaban en Londres acerca de Stieber resultaron ser ciertos. Cuando el emperador Federico Guillermo fue declarado demente, Stieber cayó en desgracia y fue destituido de su cargo. Entonces desapareció, trasladándose a San Petersburgo, donde comenzó a reorganizar el Servicio Secreto del Zar. Para adquirir tal influencia en la Corte rusa con tanta rapidez, Stieber tenía forzosamente que haber mantenido lazos secretos con los rusos desde mucho tiempo antes.

Fue sólo entonces, al recibir confirmación de que Stieber estaba trabajando con los rusos, que los ingleses comenzaron, aunque tarde, a darse cuenta de que los fugitivos de la persecución rusa que vivían en el East End londinense podían convertirse en una valiosa ayuda para el Servicio Secreto. Aunque las autoridades británicas consideraban a la mayoría de estos fugitivos como algo inofensivo e inútil a la vez, perdiendo con ello algunos agentes potencialmente buenos entre todos ellos, poco a poco fueron llegando a la conclusión de que los inmigrantes rusos merecían, por lo menos, la pena de que se les cultivase. Este cambio en el estado de ánimo debióse casi enteramente a las maquinaciones de Stieber. Cuando el jefe del Servicio de Información prusiano se convirtió en el fundador efectivo de la Okhrana, la temida Policía secreta rusa, los inmigrantes rusos en Londres advirtieron al Servicio Secreto británico de que no sólo eran enviados agentes rusos a Londres para descubrir su paradero, sino que Stieber no había roto en modo alguno sus vínculos con Prusia. Londres comprendió con cierto alivio que, con respecto a Rusia, Stieber no se hallaba interesado en el espionaje militar, o en complots contra la India, sino que su aspiración consistía simplemente en desarrollar un servicio de espionaje extranjero para perseguir a los enemigos del Zar fuera de Rusia. Al mismo tiempo, Stieber continuaba pasando a los prusianos información acerca de Rusia, y pronto se hizo evidente que estaba utilizando la Okhrana tanto en interés de Prusia como de Rusia. Ciertamente, más tarde resultó ser Sieber indispensable a Bismarck, y trabajó más que nadie en planear minuciosamente la campaña contra Francia que culminó en la invasión de 1870. Stieber era por excelencia el meticuloso genio teutónico que inventó el espionaje y coordinó hechos y cifras, recogiendo pormenores de cada fábrica, de cada puente, de cada arsenal y fuerte, de cada cuartel y depósito militar en Francia.[4]

El East End de Londres, incluso en las décadas sexta y séptima del siglo XIX, se había convertido en un escondrijo para toda suerte de refugiados extranjeros que huían de la persecución y de la tiranía. La mayoría de éstos eran polacos, los rusos llegaron algo más tarde. El pueblo inglés hizo patente una fuerte simpatía por los refugiados polacos que huían de la tiranía en su propio país. Henry Mayhew nos cuenta que «el ser polaco y hallarse en situación precaria constituía casi una presentación suficiente, y había pocas familias inglesas que no obsequiasen como amigo o visitante a uno de esos infortunados y sufridos patriotas. Una oportunidad tan excelente para aquella clase de estafadores extranjeros que no se apartan de las mesas de la ruleta... "el polaco desamparado", con documentos militares falsificados y cuentos acerca de misteriosas fugas de las cárceles rusas, llegó a constituir un rasgo característico del hampa».[5]

Más adelante fue mayor el número de rusos que el de polacos que afluían al East End. La Policía no les había hecho caso, insensatamente, como luego se comprobó, y les permitió formar clubs propios en Whitechapel, Houndsditch, Stepney y otros centros donde establecieron compactas organizaciones políticas. El anarquismo, la teoría política que propone que cualquier forma de Gobierno es mala, había encontrado su principal propagandista en Proudhon, y sus ideas habían sido adoptadas con entusiasmo por pensadores rusos tales como Bakunin y Kropotkin. En primer lugar, no hay duda de que las autoridades del Servicio Secreto y la Policía obraron prudentemente al no reprimir a esa gente o interferir en sus derechos en cuanto a individuos, y lo acertado de esta política quedó demostrado por el hecho de que la mayoría de aquellas personas se establecieron como ciudadanos pacíficos y trabajadores, pero los delincuentes, los *agents provocateurs* y los agentes secretos que vinieron luego, crearon un problema del que no se tuvo plena conciencia hasta el siglo siguiente.

El anarquismo teórico había sido superado en Rusia por lo menos por la doctrina de la «propaganda por la acción», según el principio de que cuanto más cobarde la acción, más eficaz la propaganda. Desde aproximadamente el año 1883, la mayoría de países europeos había aprobado severas medidas represivas contra los anarquistas, pero Gran Bretaña no había emprendido ninguna acción, con el resultado de que el East End londinense se convirtió en el refugio más seguro que tales individuos podían encontrar.

No obstante, aunque superficialmente dé la impresión de una esfera social que está haciendo la vista gorda ante los conspiradores anarquistas que alberga en su seno, tal impresión no es en modo alguno exacta. El Servicio Secreto se había infiltrado en las filas de los revolucionarios procedentes de Rusia, y en algunos casos había utilizado a algunos de los anarquistas como agentes británicos. En la década de los años ochenta había por lo menos sie-

te clubs revolucionarios en la parte Este de Londres. Uno de ellos, llamado el «Jubileo», y fundado bajo este innocuo título en 1887, era el centro de los anarquistas; también tenía un cuartel general en el West End, conocido más románticamente como «Club Bohemio».

Llama la atención la serie de asesinatos sádicos y sexuales del East End de Londres a fines de la década de 1881-1890, conocidos popularmente como los crímenes de «Jack el Destripador», y que llevaron a descubrir buena parte de la información que ahora poseemos sobre el predominio de agentes secretos rusos en Londres. William Le Queux, que ayudó al Gobierno británico con su labor del Servicio Secreto antes y durante la Primera Guerra Mundial, declaró que el Gobierno de Kerensky en Rusia le había entregado confidencialmente una gran cantidad de documentos encontrados en la caja fuerte de un sótano de la casa de Rasputín después de la muerte del extraño monje *mujik* que, con sus intrigas, había conseguido introducirse en la Corte del Zar. El Gobierno de Kerensky estaba ansioso de que Le Queux escribiera una biografía condenatoria del libertino charlatán.

«Entre esta masa de cartas —escribió Le Queux— encontré un manuscrito titulado *Grandes Criminales Rusos,* en francés, lengua que él [Rasputín] conocía superficialmente.» Mucho tiempo después de que escribiera su libro sobre Rasputín, Le Queux utilizó parte de este material en *Things I Know,* publicado en 1923. En esa obra, Le Queux afirmaba que «el verdadero autor» de los crímenes de «Jack el Destripador» «fue descubierto por un ruso de Londres llamado Nideroest, el cual era miembro del "Jubilee Street Club", el centro anarquista del East End londinense». [6]

Según Le Queux, a Nideroest le dio esa información un viejo anarquista ruso, Nicolás Zveriev, el cual declaró que el «Destripador» era el doctor Alexander Pedachenko, que había vivido con su hermana en Walworth. El relato de Zveriev decía que Pedachenko hacía escapadas nocturnas desde Walworth, tomaba un autobús que cruzaba London Bridge y llegaba andando hasta Whitechapel, donde cometía los asesinatos. Le Queux citó del manuscrito de Rasputín:

«El relato del descubrimiento efectuado por Nideroest divirtió grandemente a nuestra Policía secreta, porque, en realidad, ellos conocían todos los pormenores en aquella época, y ellos mismos habían ayudado y alentado activamente los crímenes con objeto de exhibir ante el mundo ciertos defectos del sistema policíaco inglés, habiendo existido algún malentendido y cierta rivalidad entre nuestra propia Policía y la británica. Fue ciertamente por esta razón que Pedachenko, el más grande y audaz de todos los lunáticos criminales rusos, fue animado para ir a Londres y cometer aquella

serie de atroces crímenes en lo que le ayudaron nuestros agentes de Policía.

»Eventualmente, por orden del Ministerio de la Gobernación, la Policía secreta sacó de contrabando al asesino de Londres, y con el nombre de conde Luiskovo desembarcó en Ostende y fue conducido por un agente secreto a Moscú. Mientras estaba allí, unos meses más tarde, fue cogido infraganti cuando intentaba asesinar y mutilar a una mujer llamada Vogak, y luego fue enviado a un manicomio, donde murió en 1908.» [7]

A grandes rasgos, el relato de William Le Queux se parece a alguno de los cuentos más extravagantes del barón Münchhausen. Al parecer, incluso Le Queux tuvo algunas dudas, porque omitió cualquier referencia al pretendido manuscrito de Rasputín en su obra *Minister of Evil* (Ministro del Mal), publicada cinco años antes que *Things I Know* (Cosas que yo sé). Sin embargo, explicó esa omisión diciendo que «muy recientemente descubrí que un médico llamado Pedachenko vivió realmente en Tver, el lugar mencionado por el manuscrito de Rasputín, y que en esa región eran notorias sus tendencias homicidas». Y añadía que había sabido también que un hombre apellidado Nideroest fue miembro del «Jubilee Street Club» y era «conocido en relación con la pendencia anarquista de Tottenham y también con el asunto de Sidney Street». [8]

Esta digresión en el mundo de la detección del crimen revela ciertamente algo de la complicada y a menudo oscura relación entre la Policía británica, el Servicio Secreto y agentes rusos y anarquistas independientes en Londres durante ese período. Nideroest no era una creación de la imaginación de Rasputín o de Le Queux, pero no era ruso, era suizo, aunque miembro del «Club Socialista» del East End. El inspector jefe McCarthy dio pruebas en 1909 de que Nideroest no era un anarquista, pero que había estado vendiendo a los periódicos información relativa a la fabricación de bombas en Whitechapel, información que la Policía descubrió ser falsa. Sin embargo, en junio de 1915, Nideroest fue encontrado en Bow Street y deportado como extranjero indeseable.

Margaret Prothero, en su *History of the C.I.D.* en Scotland Yard, se refería a la propaganda anarquista que circulaba entre las clases más pobres de Londres a fines del pasado siglo. «En 1894 —decía—, anarquistas y nihilistas procedentes de Rusia estaban operando en Inglaterra.» [9] En realidad, habían estado actuando en Londres durante la mayor parte de los veinte años que precedieron a la fecha indicada, y no fue sino hasta mucho después que Scotland Yard se dio cuenta de la extensión de sus intrigas. Sir Basil Thomson declaró que «el East End de Londres, desde los días de los crímenes de Jack el Destripador, se había convertido en una ciudad de refu-

gio para extranjeros cuyos países habían llegado a ser demasiado calientes para retenerlos».[10]

Pero el Servicio Secreto tenía en parte la culpa de ello. Sus miembros retenían deliberadamente mucha información de la Policía y consideraban a esos extranjeros como hallándose únicamente dentro de su propia incumbencia, adoptando generalmente la postura de que era mejor tolerarlos y saber lo que estaban haciendo que equivocarse al emprender una acción prematura y perder mucha información útil.

Una vez que un Servicio Secreto comienza a jugar un juego solitario en su propio territorio contra extranjeros, invita a la intervención de otros Servicios Secretos. Y así ocurrió en Londres: mientras Scotland Yard apenas podía distinguir entre un grupo de revolucionarios y otro, entre anarquistas y socialistas y los primitivos bolcheviques, una nueva fuerza hizo su aparición en el East End, una organización contrarrevolucionaria, o más exactamente, de contraespionaje, financiada por el Gobierno zarista y que aspiraba a desacreditar y a desenmascarar a los anarquistas. Un ejemplo típico de los agentes contrarrevolucionarios fue Sergio Makharov, alias Iván Nikolayev, quien, años más tarde, según fuentes soviéticas, fue el original «Pedro el Pintor» del cerco de Sidney Street. Makharov, que pertenecía a una familia aristocrática pero arruinada, ingresó primero en el Ejército ruso, y luego, como consecuencia de un duelo con otro oficial, abandonó la vida militar y sirvió en la Policía secreta. Se le confió entonces la misión de espiar a rusos revolucionarios en París, Londres y en otras partes.

Los métodos adoptados por Makharov son de especial interés. Había recibido instrucciones para que localizase a los revolucionarios, la mayoría de los cuales se encontraban en Londres, los comprometiese y hallase el medio de ponerles en dificultades con la Policía británica. El objeto que se perseguía con ello era que el público llegase a pedir su expulsión de la Gran Bretaña. Que ésta fue la táctica permanente de la Policía secreta durante muchos años se ha visto claramente no sólo por los archivos del Gobierno soviético, sino por documentos obtenidos de fuentes zaristas y por archivos de la Policía británica.

Claro está que al Gobierno zarista le habría resultado mucho más sencillo y mucho menos dispendioso el pedir al Gobierno británico la deportación de los revolucionarios. Pero el Gobierno zarista era tan reservado como han sido luego los Gobiernos soviéticos, y tan reacio como ellos a discutir con extranjeros sus propios asuntos internos. Aparte de esto, incluso las peticiones no oficiales que se hicieron a Gran Bretaña sobre este mismo asunto resultaron infructuosas. Mientras el régimen zarista había conseguido persuadir

a los Gobiernos europeos para que proscribiesen a los anarquistas, Londres era considerado aún por las autoridades británicas como un asilo natural y perfectamente legal para ellos. Así, Londres se convirtió en el foco de todas las actividades anarquistas, y la única posibilidad que tenían los rusos de cambiar esta situación era desacreditar a los revolucionarios y esperar que la opinión pública pidiese su expulsión del país.

Makharov y otros agentes comprometieron de tal modo a algunos anarquistas que éstos se vieron obligados a abandonar Londres para evitar ser detenidos, acusados de crímenes. Con sus ardides consiguió Makharov que los revolucionarios, que eran hombres que por lo general no estaban implicados en actos delictivos, prestasen sus nombres para empresas delictivas, en la creencia de que en realidad estaban luchando contra los Romanov, y al obrar así, estaban preparando la guerra en favor de la causa revolucionaria a expensas del régimen zarista.

Como resultado de las actividades del contraespionaje ruso en Londres para desacreditar a los revolucionarios, surgió una nueva y curiosa situación. La Policía, a la que el Servicio Secreto no ponía al corriente de tales actividades, generalmente era hostil a todos los extranjeros del East End londinense y acabó por considerar como delincuentes a los anarquistas. Por otro lado, el Servicio Secreto sentía generalmente simpatía por los anarquistas y era hostil a los agentes del Gobierno ruso, considerando las actividades de estos últimos como una intervención ilegal en suelo británico. También había otra razón para esta simpatía: el Servicio Secreto se había dado cuenta tardíamente de que existían graves deficiencias en su red de agentes y de que era esencial el reclutar nuevos elementos. La opinión era (y es preciso hacer resaltar que ésta era la opinión del Servicio Secreto de Información y no de las organizaciones de información secreta) que la necesidad de nuevos agentes era tan aguda que éstos habían de buscarse entre los extranjeros y especialmente entre los refugiados procedentes de otros países.

Hasta cierto punto, era ésta una política bastante acertada porque, como es notorio, los ingleses son malos lingüistas, y la mayoría de los posibles agentes, aunque valerosos y con buena voluntad, a menudo no aprobaban los exámenes porque carecían de la facilidad para hablar dos o más idiomas en la forma lo suficientemente convincente para que pudieran ser tomados por nativos de otros Estados. Lo deplorable en este cambio de política fue que en ese período había una falta total de relación entre el Servicio Secreto y la Policía. El Servicio Secreto, por supuesto, disuadía a la Policía de emprender cualquier acción contra los anarquistas, ale-

esfuerzos gratuitos en favor del Servicio Secreto. Richard Burton, Doughty, Wilfred Scawen Blunt y Arthur McMorrough Kavanagh, todos y cada uno de ellos constituyeron ejemplos de agentes voluntarios independientes. Es posible que historiadores y biógrafos los hayan desdeñado y continúen desdeñándolos como de escasa importancia en la historia de su país, pero con gran frecuencia, en su capacidad extraoficial, figuraron entre los agentes secretos más competentes de su tiempo.

Richard Burton y McMorrough Kavanagh bastarán como dos ejemplos de este tipo de agente independiente en este siglo. Cada uno de ellos, a su modo, estaba en la tradición de lo que Wilfred Noyce describió como los «buscadores de la piedra imán». Burton, dice su biógrafo Byron Farwell, «fue un aventurero en el más puro sentido de la palabra... lo que le diferenciaba de la mayoría de los otros fue que él extendió su exploración al terreno de la inteligencia y de la mente».[12] Y, aunque esta exploración en busca de información fue a menudo excéntrica, mostrando con frecuencia un interés obsesivo por fenómenos y costumbres sexuales y por muchas otras cosas que parecían insustanciales, Burton, durante sus numerosos viajes por Africa y Oriente Medio, descubrió muchas cosas de valor para los que hacen acopio de información. Ciertamente, cuando los ingleses se apoderaron de Sind, su habilidad para suministrar información brillantemente minuciosa quedó pronto demostrada ante Sir Charles Napier, el comandante jefe. Como joven subalterno, Burton, disfrazado de nativo y hablando el idioma de éstos, abrió tres pequeñas tiendas en Karachi, vendiendo tejidos y tabaco por unas cuantas rupias y gran cantidad de información. Tomó notas de una extensa gama de objetos, desde armas, armaduras y métodos de combate empleados por los nativos, hasta afrodisíacos, talismanes, hábitos sexuales indios e incluso las prendas interiores usadas por las mujeres sindi.

Ignoramos si su informe sobre la pederastia en Karachi, que Sir Charles Napiel le pidió que hiciese, fue un pretexto para obtener información más práctica. Pintándose la piel del color de los nativos y haciéndose pasar por Mirza Abdullah de Bushire, Burton desaparecía noche tras noche en el interior de los burdeles masculinos de Karachi. Era tanta su habilidad en disfrazarse de indio que muchas veces pasó por delante de su comandante sin ser reconocido.[13]

McMorrough Kavanagh no alcanzó nunca la fama de Burton, pero fue incluso más notable que él como hombre que triunfó de grandes dificultades. Nacido en Irlanda sin brazos ni piernas (su madre, antes de que él viniese al mundo, había padecido una gravísima dolencia), logró, no obstante, hacer algo mejor que la mayoría de los hombres las cosas que hacen las personas normalmente constituidas. Kavanagh inició su viaje a través de la vida tal como había de continuarlo luego, no confiando más que en sí mismo para salir adelante. Así, aprendió a montar a caballo, siendo aún niño, atado con correas a una silla-cuna especial, a escribir y pintar con pluma y pincel entre los dientes, a pescar y disparar, utilizando una escopeta especial. Haciendo pasar el cañón de la escopeta desde debajo del muñón de su brazo derecho hasta el del lado izquierdo y apoyando la culata del arma contra una pared, accionaba el gatillo con el muñón derecho. Lord Morton, que le acompañó en expediciones de caza, dijo que había abatido «un gran número de ánades salvajes, patos y becadas. Su modo de disparar es tan maravilloso como su modo de montar a caballo».

En su juventud, en el año 1848, mientras vivía con su tía abuela, la marquesa viuda de Ormonde, en Garryricken, ofrecióse como explorador voluntario del Gobierno para patrullar por las montañas montado en un caballo, de noche, en busca de los rebeldes irlandeses de Smith O'Brien. Entonces, por alguna razón que se desconoce (dicen que la causa fue un idilio juvenil), el joven Kavanagh fue castigado por su madre a abandonar el hogar durante dos años. Junto con su hermano mayor y el capellán de la familia, Arthur Kavanagh emprendió uno de los viajes más extraordinarios que jamás haya realizado una persona disminuida físicamente. Pasó muchos meses en el extranjero, viajando por Escandinavia, Rusia, Kurdistán, Persia y la India, a menudo en condiciones difíciles y peligrosas. Más de una vez escapó Kavanagh a duras penas de una muerte cierta, y pasó algún tiempo encerrado (deleitosamente, al parecer) en un harén persa. Sin embargo, los placeres de aquellos viajes cobráronse su tributo. El hermano de Kavanagh y su capellán fallecieron, y sólo sobrevivió el joven sin extremidades. Cazó y mató tigres en la jungla, y luego, solo en la India, sin amigos, con sólo treinta chelines en el bolsillo, tuvo que ganarse la vida, lo que hizo convirtiéndose en mensajero a caballo para la Compañía de las Indias Orientales.

Todas estas aventuras las reflejó Kavanagh por escrito en sus Diarios, que afortunadamente fueron conservados para la posteridad, aunque el Diario personal que cubría este período de su vida se perdió en un río mientras estaba llevando unos mensajes. Sin embargo, los archivos de la Compañía de las Indias Orientales indican que fue más tarde admitido en el Departamento de Agrimensura del Distrito de Poona. Fue durante el ejercicio de este cargo cuando Kavanagh se ofreció al Servicio Secreto. Incluso mostró su deseo de emprender un viaje a Persia con objeto de redactar un informe sobre las intenciones de los rusos con respecto a la India.

Al no aceptar las autoridades su sugerencia, pidió que se le concediese permiso para obtener un informe de su amigo el príncipe Malichus Mirza de Tabriz.[14]

Hasta el año 1886, se asignaron en parte fondos del Servicio Secreto a miembros del Parlamento por servicios prestados en apoyo de ciertos proyectos de ley, como el Plan de Finanzas de Burke. En 1886, tales fondos fueron disociados de la Lista Civil e incluidos en la concesión ordinaria para los Servicios Civiles, siendo el importe de 65.000 libras anuales. Esta suma era aproximadamente igual a la que los alemanes invertían por aquel entonces en el Servicio Secreto, pero muy inferior a las enormes sumas que los rusos gastaban en espionaje. Algunos cálculos indican que Rusia estaba gastando más de un millón de libras anuales en espionaje durante las décadas octava y novena del pasado siglo. Ciertamente, a fines del siglo pasado y comienzos del actual, esta suma iba aproximándose a 1.700.000 libras anuales, total que se alcanzó hacia el año 1910.

Sin embargo, como puede deducirse de los hechos consignados en las primeras páginas de este capítulo, las inversiones rusas en espionaje beneficiaron indirectamente a los ingleses. Gracias a la presencia de numerosos exiliados rusos, hostiles al régimen zarista, en Londres y en otras partes de la isla, el Servicio Secreto británico no sólo vigilaba el contraespionaje ruso, sino que también recogía buena parte de las informaciones que los propios rusos obtenían a tan alto precio.

El liberalismo no ofrece demasiados dividendos al espionaje; frecuentemente, por el contrario, lo desalienta. Pero en el Londres liberal y tolerante de la última mitad del siglo XIX podían obtenerse informaciones gratuitas, o bien a bajo costo, de la comunidad políglota de anarquistas, revolucionarios, liberales, socialistas y vagabundos que, a veces sin pasaportes ni visas inmigratorias, se habían dado cita en la capital. Tal el caso de Alexander Merzen, hijo ilegítimo de un aristócrata ruso, revolucionario en busca de «la poesía poderosa y titánica de 1793»,[15] que se estableció en Londres, publicando el primer periódico independiente de toda la historia de Rusia. Este individuo no mostraba una particular gratitud por la libertad que le brindaba Londres: «Aquí, la vida es tan aburrida como la de los gusanos en un queso», escribió. Pero si alguna nación dispuso alguna vez de la oportunidad de apreciar cómo se reúne lentamente la fuerza de un movimiento revolucionario, esta nación fue Inglaterra. El Servicio Secreto tenía todas las evidencias. Sin embargo, no fue capaz de utilizar esta evidencia hasta que fue casi demasiado tarde. Por otra parte, su experiencia de más de medio siglo le permitió combatir, entre 1917 y 1922, el intento de realizar una revolución dentro de la Gran Bretaña. Hasta ahora, la

Historia ha minimizado el conato revolucionario de aquellos cinco años, y suele creerse que dicho intento sólo existió en las mentes de un puñado de reaccionarios obsesionados con el bolchevismo hasta la locura. Es fácil disminuir la importancia de los hechos que nunca fueron consumados. Pero debe reconocerse al Servicio Secreto el mérito de haber aplastado esta revolución antes de que comenzara, aunque su programación fue tolerada durante largo tiempo.

Un hombre que colaboró en el ahogo de la revolución y que, incluso, podría haberla derrotado en Rusia entre 1917 y 1920, estaba ya al servicio de la Inteligencia británica en 1895. En muchos aspectos, este hombre es un símbolo del tema de este capítulo. Fue reclutado entre los refugiados extranjeros que, a fines de la década del ochenta y a comienzos de los años noventa, comenzaban a servir de fuente de espionaje para Inglaterra. También debe considerárselo un síntoma del cambio de mentalidad entre los jefes del Servicio Secreto, quienes abandonaron la actitud despectiva hacia el espionaje (característica en la primera mitad del siglo) por un enfoque más práctico y despreocupado de la Inteligencia, hacia el año ochenta. Nuestro personaje coincidió con la creciente preocupación del S.I.S. con respecto a Rusia, y a la utilización de los inmigrantes rusos para estas funciones. Sobre todo, su presencia indicó el instinto lúdico de los jefes del S.I.S. y su falta de cooperación con la Policía.

Si Sidney Reilly se presentara hoy como aspirante al S.I.S., es casi seguro que el M.I.5. lo rechazaría sin atenuantes. En 1895, el M.I.5 no existía, ni el Departamento Especial, pero de haberse consultado a la Policía caben pocas dudas de que hubieran dado referencias poco alentadoras sobre este hombre.

Puesto que Sidney Reilly jugó un importante papel en el Servicio Secreto durante un período de treinta años —longevidad notable para un espía— debe jugar, inevitablemente, un papel de similar relieve en este libro. Indiscutiblemente, fue el agente más influyente y eficaz en toda la historia del Servicio Secreto, y dispuso de más poder, autoridad e influencia que cualquier otro espía. Esta influencia se extendió más allá de la fecha de su presunta muerte, y, al igual que una bomba de tiempo, preparada para explotar diez años después, desencadenó una serie de conmociones en el Servicio Secreto en 1935, 1951 y 1960. Por lo tanto, merece la pena examinar detenidamente sus orígenes.

Todavía se discute la real identidad de Sidney Reilly. Robin Burce Lockhart ha declarado que Reilly había nacido en «el sur de Rusia, cerca de Odessa, un 24 de marzo de 1874. Su madre era rusa, de ascendencia polaca, y su padre, aparentemente, un coronel del Ejército ruso, relacionado con la Corte zarista».[16] A la edad de die-

cinueve años, Reilly descubrió que no era hijo de su padre, sino fruto de la unión ilícita entre su madre y un médico judío de Viena, y que por lo tanto su verdadero nombre era Sigmund Georgievich Rossenblum. Debe haber sido un impacto terrible para el chico descubrir que su origen católico era espúreo (había sido educado en la fe) y que, en realidad, como brutalmente le indicó su tío, no era más que «un pequeño bastardo judío». No es sorprendente, por lo tanto, que en varias ocasiones, como muchos otros agentes de la Historia que no resistieron la tentación de crear un misterio con respecto a sus antecedentes, Reilly contara diferentes historias sobre sus orígenes, incluso a personas que se consideraban sus amigos. Una vez en Praga, donde desempeñaba una misión a las órdenes del general Spears, Reilly concurrió al Consulado británico: le habían invitado a un almuerzo. Aquí regaló a sus contertulios con anécdotas de su infancia en Odessa. Más tarde, cuando presentó su pasaporte para que lo visaran, le preguntaron: «¿A qué se debe, señor Reilly, que su pasaporte registre como lugar de nacimiento a Tipperary, cuando durante el almuerzo usted ha dicho varias veces que había nacido en Odessa?»

—Se declaró la guerra y vine a pelear por Inglaterra —declaró Reilly, completamente tranquilo—; para eso, me otorgaron un pasaporte británico, y con él, un nacimiento británico. Como usted sabe, Odessa está muy lejos de Tipperary.

La historia favorita de Reilly le hacía hijo de un valeroso irlandés, cuyas aventuras podían compararse a las del barón de Münchhausen. Pero la clave del misterio que Reilly creó en torno de sus antecedentes familiares no debe buscarse en la vergüenza, sino en la difícil situación que atravesaba el pueblo judío en la Polonia rusa, más aún que en la propia Rusia. El régimen zarista era muy antisemita y Reilly, trabajando para una potencia extranjera, debía poner mucho cuidado en ocultar sus verdaderos parentescos, para proteger a su familia.

Reilly dejó a su familia después de descubrir su auténtico origen y viajó en un carguero británico a Sudamérica. Aquí desempeñó una cantidad de oficios, tales como peón de caminos, marinero, mozo de cuerda, trabajador de plantaciones, etc. Su primera oportunidad se presentó al obtener el empleo de cocinero para una partida de exploración británica en el Brasil. Ya hemos dicho en este capítulo que las expediciones solían encubrir misiones de espionaje británico, por aquel entonces, y así ocurría en este caso, puesto que el mayor Fotherhill, jefe de la expedición, era miembro permanente del Servicio de Inteligencia Secreta. Reilly no sólo resultó buen cocinero, sino también el miembro más útil de la expedición. Cuando ésta extravió el camino, fue Reilly quien guió a los expedicionarios, y también quien repelió el ataque de unos nativos, haciendo gala de extraordinaria puntería con su revólver y derribando, uno a uno, a todos los atacantes. En reconocimiento por sus servicios, el mayor Fotherhill le entregó un cheque por mil quinientas libras esterlinas y le obsequió con un billete gratuito hacia Gran Bretaña.

Así fue como este exiliado ruso recibió el ofrecimiento de un puesto en el Servicio Secreto británico. Hacia 1897, Reilly ya trabajaba para la organización en Rusia: su misión particular consistía en investigar los planes rusos con respecto a los yacimientos de petróleo recién descubiertos en Persia. Cuando estaba en Rusia, conoció a un pastor no conformista, el reverendo Hugh Thomas, y a su esposa. El sacerdote protestante, con más de sesenta años, era severo y rígido, mientras su esposa contaba veintitrés y era alegre, cálida, atractiva y pelirroja. Reilly, que durante toda su vida fue un incorregible conquistador, pronto entabló un *affaire* con la señora Thomas. Regresó a Londres con el matrimonio Thomas e inmediatamente solicitó una prolongada licencia del Servicio Secreto, sin ofrecer ninguna explicación con respecto a sus proyectos. Luego, el reverendo Thomas enfermó. Reilly, que aseguraba poseer grandes conocimientos médicos, no sólo medicó al sacerdote enfermo, sino que también adquirió las medicinas necesarias y despidió al doctor. Poco después, el reverendo Hugh Thomas empeoraba considerablemente. Fue persuadido por su esposa y Reilly de redactar un testamento en favor de la mujer. Casi inmediatamente, Thomas falleció, y, antes de que transcurriera un año, Reilly y Margaret Thomas se casaban en un registro civil de Holborn.

Por fin, Reilly podía disfrutar de una pequeña fortuna; Hugh Thomas había dejado a su viuda una considerable cantidad de dinero. Durante un año entero no trabajó, y es posible que el Servicio Secreto comenzara a temer que este promisorio agente ya no volviera a sumarse a sus filas. Pero al poco tiempo reapareció súbitamente, declarándose listo para volver al trabajo.

Parece increíble que el Servicio haya aceptado nuevamente a Reilly, ante todo porque éste se negó a dar detalles sobre sus orígenes, y fue siempre muy vago con respecto a sus relaciones con Rusia. Pero es aún más notable el hecho de que lo hayan recibido con tanta confianza después de un año de desaparición. Contaban a su favor el informe de su comportamiento, recursos e iniciativa durante aquella expedición británica en el Brasil, sus condiciones en cuanto a valor, puntería, dominio de varios idiomas, y los buenos resultados de su trabajo en Rusia. Pero en la columna de lo negativo debía registrarse su oposición a suministrar información sobre sus orígenes y vida anterior, así como su reputación de mujeriego, basada en el hecho de que había estado acompañado por

cuatro mujeres diferentes en los últimos tres años (una de ellas, prostituta profesional) y en que había interrumpido su trabajo para el Servicio al regresar a Inglaterra. Un agente que no está disponible cuando se solicita su presencia es considerado, por lo general, como un espía poco digno de confianza.

Posiblemente, el Servicio Secreto volvió a tomarlo debido a la escasez de buenos agentes y al encanto y simpatía de Reilly. Éste no hacía ningún secreto de las motivaciones de su casamiento con Margaret Thomas: tenía incluso el desparpajo de explicarlo diciendo que, al adquirir una esposa británica, se estrechaban sus propios lazos con Inglaterra. Al mismo tiempo, esto le permitía disfrutar de algunos medios privados, imprescindibles para todo miembro del Servicio Secreto, dada la cortedad de sus sueldos. Por aquel entonces, acababa de legalizar su nombre de Sidney Reilly, apellido notoriamente irlandés, y solía señalar que gracias a esto podría declararse anti-británico, si resultara necesario durante el transcurso de sus misiones. Sin embargo, Reilly había conquistado un importante aliado en el Servicio Secreto, Sir H. N. Hozier, futuro suegro de Winston Churchill. Esta alianza fue reforzada, años después, por una relación personal con el propio Churchill. En los Servicios Secretos, británicos o no, aunque se diga lo contrario, se tolera frecuentemente a los bribones, siempre que produzcan buenos resultados, y podemos decir que, en algunas circunstancias, se justifica el recurso. El Servicio Secreto británico había empleado bribones y delincuentes en el pasado, y volvería a hacerlo durante el siglo XIX, pero en la época de Reilly los oficiales de Inteligencia tenían poca experiencia en el manejo de este tipo de personajes. Es discutible que contratar pícaros merezca la pena, más allá de un período relativamente corto. De todos modos, Sidney Reilly fue una excepción a la regla. Por otra parte, las circunstancias de la misteriosa muerte del reverendo Hugh Thomas deben haber despertado serias dudas en las autoridades. La evidencia circunstancial era por lo menos sospechosa. Es extremadamente raro que no se haya abierto un proceso de investigación, y cabe sospechar que el propio Reilly eliminara deliberadamente la investigación policial, persuadiendo a Thomas, pocos días antes de su muerte, a viajar al Continente. Finalmente, no pasaron de Newhaven, pero esto bastó para alejarlos de los rumores del vecindario, que podrían haber llegado a la Policía.

Durante su vida posterior y sus actividades «especiales», Reilly demostró ser un eximio operador con venenos, y pocas veces viajó sin estos siniestros recursos del espionaje. Podemos casi dar por cierto que aquel hombre recontratado por el Servicio Secreto era un asesino despiadado, y su esposa una cómplice.

13

Los orígenes del M.I.5.

La criptografía se desarrolló muy lentamente en la primera mitad del siglo XIX. Los cambios revolucionarios que, eventualmente, surgieron, debieron sus ímpetus a dos factores: el primero es «el telégrafo relámpago» de M. Chappe, y el segundo un creciente interés literario por la criptografía.

M. Chappe introdujo en Francia una serie de altos postes de semáforo con dos brazos, que bordeaban los caminos principales desde París hasta las fronteras de Francia; por este medio se transmitían mensajes con velocidad muy superior a la que permitía, por aquel entonces, el correo. Gracias a ciertas informaciones de Inteligencia que llegaron a Londres, la Real Armada pudo adaptar este sistema para aplicarlo, por medio de banderas de colores, en puestos sucesivos desde Londres hasta Portsmouth. No fue hasta la década de los cincuenta que el telégrafo eléctrico de Morse completó esta revolución.

Pero el interés por este tema conoció cierto renacimiento, y los minúsculos departamentos de criptografía de las distintas potencias recibieron un renovado ímpetu, gracias a la atención que diversos escritores brindaron al tema de los códigos citados. Si el fenómeno fue más acentuado en la Gran Bretaña que en los demás países, esto sólo puede adjudicarse al hecho de que la mayoría de estos artículos y libros fueron escritos en idioma inglés. En 1819, la enciclopedia de Rees publicó un artículo sobre códigos cifrados que atrajo la atención de los círculos londinenses de Inteligencia; luego surgió la influencia de Edgar Allan Poe. El almirante Sir Francis Beaufort, que ejerció gran influencia en el desarrollo y la modernización de la criptografía dentro del campo de la Inteligencia naval, escribió: «Poe ha sido más útil a la Inteligencia británica que todo nuestro

equipo de empleados e informantes. Ha arrojado una luz enteramente nueva sobre los códigos cifrados, tanto desde el punto de vista de la creación de nuevos sistemas como desde el ángulo de descifrar los del enemigo. Creo que, en este sentido, ha sido más útil que Balzac, quien logró intrigar a los lectores franceses con sus códigos cifrados.» [1]

Todo esto puede parecer ligeramente oscuro. Balzac había incluido un criptograma en su libro *La physicologie du mariage,* con el curioso resultado de que ni un solo experto en códigos de la época logró descifrarlo. Beaufort, por su parte, llegó a la conclusión de que el criptograma era un complicadísimo fraude, cuidadosamente sembrado de todo tipo de falsas claves, conclusión que coincidía con la del comandante Bazeries. Pero Beaufort advirtió que era necesario estar preparado para contrarrestar este tipo de técnicas, que podrían malgastar indefinidamente el tiempo de los departamentos dedicados al desciframiento de mensajes.

La criptografía fascinaba a Poe, autor de un amplio estudio de la historia de este tema. A consecuencia de sus trabajos, redactó un artículo para una revista semanal de Filadelfia, en 1840, declarando que ningún mensaje era indescifrable y desafiando a sus lectores a remitirle criptogramas, que él resolvería infaliblemente. Recibió alrededor de un centenar, de los cuales sólo uno quedó sin descifrar. Pero Poe lo denunció como «fraude deliberado». Uno de los mensajes provenía de un joven oficial naval, el teniente R. P. Cator, quien había ideado un sistema original. Pero Cator no firmó el mensaje con su propio nombre, sino que lo envió a través de un intermediario. Su mensaje cifrado fue publicado en un artículo de Poe en *Graham's Magazine, 1840.* Poe comentó que se trataba de un criptograma extremadamente difícil, cuya solución requería un largo estudio, y cuya estructura contenía numerosos elementos originales. Lo que más sorprendió a Poe fue el hecho de que este criptograma resultara igualmente difícil de resolver tanto para quienes conocían su clave como para quienes la ignoraban, debido a que el texto estaba sobrecargado de vocablos inusuales.

El teniente Cator prestó atención a los comentarios de Poe. Aunque alentado por los elogios del escritor, también le impresionaron sus críticas. Después de todo, Cator no era más que un aficionado a la criptografía. No había recibido ningún adiestramiento especial en materia de códigos cifrados, exceptuando la instrucción básica que recibe la mayor parte de los jóvenes oficiales; por aquel entonces, no había sección de Inteligencia en el Almirantazgo.

Poe le había demostrado que lo que él suponía una triquiñuela original, el intento de desconcertar a los descifradores por medio de palabras inusuales, era una práctica bastante común entre los

aficionados a la criptografía. De modo que el perseverante Cator dedicó otros diez años a desarrollar un código aún más impenetrable, pero a la vez más fácil de escribir y leer para quien dominara su clave. Poe le había aconsejado estudiar los códigos franceses, pues a su juicio éstos eran más avanzados que los ingleses, particularmente el llamado método Vigenère. Blaise de Vigenère había sido un experto en códigos durante el reinado de Enrique III en Francia.

Cator adaptó el sistema Vigenère, ubicando las letras indicadoras en la columna derecha, en lugar de la izquierda, lo que invertía completamente el proceso original francés. Esto puede parecer un cambio puramente académico en la técnica del mensaje cifrado, pero señaló el comienzo de una guerra criptográfica entre los Servicios de Inteligencia de Inglaterra, Francia y Alemania. El pobre Cator no recibió el reconocimiento que merecían su iniciativa y su perseverancia. Obtuvo el rango de capitán, pero su éxito se debió a sus méritos como marino y no a los que, indudablemente, ostentaba como criptógrafo. Sus documentos sobre este tema permanecieron intactos durante años en un archivo del Almirantazgo, hasta que en 1887 se estableció un departamento para recoger informes sobre mecanismos de defensa y navíos extranjeros. El almirante Sir George Tryon designó un Comité de Inteligencia extranjera, con un oficial naval como secretario, para asistir al Almirantazgo. El primer director de Inteligencia naval fue el almirante Beaumont, quien ordenó una inmediata reorganización del sistema cifrado. Descubrió el trabajo de Cator y lo comparó con el conocido sistema Vigenère. De todos modos, la tarea de desarrollar los códigos fue encargada al almirante Sir Francis Beaufort, que prestó atención al hecho de que todos los sistemas modernos de cifrado utilizados por los servicios ortodoxos de Inteligencia se basaban, hasta cierto punto, en los principios de Vigenère, y que esto podía significar que, en el futuro, ningún sistema cifrado estaría a salvo de los ojos de un enemigo potencial.

Es cierto que tanto los franceses como los alemanes estaban llegando, por aquel entonces, a la misma conclusión, pero el almirante Beaufort se les adelantó considerablemente al crear el sistema Beaufort, que en realidad era una variante del sistema Cator. Según sus propias palabras, Beaufort hizo el siguiente descubrimiento: «Mi sistema tiene un complemento en el sistema Vigenère; es decir que, al descifrar un mensaje que puede ser identificado como doble sustitución de la cifra Vigenère, se acelera el método general del desciframiento trazando una tabla de complementos. De modo que, al descifrar, todo lo que se necesita es obtener las

letras resultantes y su complemento: la solución correcta surgirá de una u otra columna.»

Los servicios secretos recurrieron a distintas triquiñuelas durante el desarrollo de lo que se conoció por el nombre de «guerra de los criptógrafos». Se utilizaron alfabetos cifrados invertidos o «desordenados» para multiplicar la cantidad de trabajo necesaria para desentrañar el contenido del mensaje. Mas pronto se comprendió que estas tácticas dilatorias no evitaban, en última instancia que los mensajes fueran descifrados.

Cuando comenzó la Guerra de los Boers, alguien recordó en Whitehall, que el mensaje cifrado más breve y efectivo del que se tuviera noticias había sido cursado desde la India por Sir Charles Napier: «Peccavi.» Esta expresión latina significa «he pecado»; dicha en inglés, cobra otro significado: «tengo a Sindh». * El Ministerio de la Guerra comprendió que Sir Charles había capturado a Sindh. Se acordó utilizar, en lo sucesivo, el latín para los mensajes cifrados que requiriera la Guerra de los Boers. Esto sería de eficacia doble, teniendo en cuenta que todos los oficiales británicos tenían conocimiento de lengua latina, mientras que, en términos generales, los Boers la ignoraban por completo. Pero, en el mejor de los casos, el latín no era más que una nueva técnica dilatoria, que perdería su eficacia en cuanto dejara de contar el elemento sorpresa.

Hacia fines del siglo XIX, el Servicio Secreto británico no se encontraba en situación privilegiada, pues libraba una frenética batalla por mantenerse a la altura de las otras potencias. A lo sumo podía adjudicársele un tercer puesto, o tal vez una cuarta colocación, con respecto a Francia, Alemania y Rusia. Al mismo tiempo, el Servicio de Inteligencia de los Estados Unidos había comenzado a dar grandes pasos hacia delante. Irlanda y sus rebeldes todavía preocupaban enormemente a Whitehall, y los mejores elementos del Servicio Secreto se concentraban en el descubrimiento de las conjuras tramadas por los rebeldes irlandeses contra el Reino Unido.

El almirante Coustance había reemplazado al almirante Beaumont como director de Inteligencia Naval; por aquel entonces, la Armada poseía el mejor Servicio de Inteligencia de las fuerzas británicas, mientras el Ejército se rezagaba. Durante la Guerra de los Boers, el Cuerpo Militar de Inteligencia fue acusado de fracasar en la determinación exacta de la fuerza numérica de los Boers, ignorando su armamento y descuidando la vigilancia de los planes

* He pecado: «I have sinned.» Tengo a Sindh: «I have Sindh.» (*Nota del Traductor.*)

ofensivos de los Boers contra Natal. Estas críticas no eran del todo justas. El mayor general Ardagh había advertido las intenciones de los Boers, pero sus anuncios fueron ignorados, o simplemente alguien olvidó transmitirlos. Las mejoras en la Inteligencia Militar que surgieron con posterioridad al fin de la Guerra de los Boers se debieron, en gran medida, a los esfuerzos de Ardagh. Éste no tuvo que luchar contra el enemigo como contra la absoluta falta de apreciación de los trabajos efectuados por el Cuerpo de Inteligencia por parte del Ministerio de Guerra. Hasta la Guerra de los Boers, los mapas e informes del Cuerpo no habían sido vistos en la calle Downing, ni estudiados por el Gabinete, simplemente porque el Ministerio de Guerra consideraba al Cuerpo de Inteligencia como una «útil biblioteca de referencias», para decirlo con las palabras del propio Ardagh.

Ardagh presionó vigorosamente en favor de un incremento de las tareas de Inteligencia y de un adecuado reconocimiento de las funciones de su departamento. Cuando, durante la guerra, hubo necesidad de un intenso relevamiento cartográfico, no esperó a recibir fondos especiales del Tesoro, sino que tomó la decisión de iniciar las tareas cuanto antes. También fue responsable de enviar a George Aston a Sudáfrica, con una misión del Servicio Secreto, que consistía en vigilar las actividades alemanas durante la Guerra de los Boers. Aston sirvió en Inteligencia militar hasta 1913, fecha en la que fue transferido desde el Ministerio de Guerra al Almirantazgo.

El primer intento real del Ejército, en cuanto a introducir un sistema de operaciones personales a cargo de oficiales profesionales de Inteligencia, fue obra del general Sir Henry Wilson, comandante del Colegio de Canderley. Wilson no sólo dictó cursos sobre qué observar y cómo hacerlo, sino que además alentó a sus propios oficiales para que efectuaran viajes de vacaciones al Continente con propósitos de espionaje. Convencido de que era necesario practicar lo que predicaba, Sir Henry hizo una gira por Alemania, recogiendo informaciones que permitieron desentrañar los designios del Plan Schlieffen.

De este modo, se daba un primer paso en la dirección correcta, aunque los ejércitos continentales ya venían entrenando desde hacía tiempo a sus oficiales en el arte de las llamadas «observaciones personales». Pero la Guerra de los Boers desnudó rápidamente las limitaciones de los recursos de Inteligencia entre los mandos ingleses. Al comenzar la guerra, la Inteligencia militar en Sudáfrica era poco más que una masa desorganizada de informaciones inconexas. Pueden apreciarse las desesperadas limitaciones de los Servicios de Inteligencia en materia de agentes y en cuanto a la

información propiamente dicha, reparando en el hecho de que, cuando Reilly fue reingresado, uno de sus primeros trabajos consistió en viajar a Holanda, fingiéndose alemán, para investigar la ayuda holandesa a los Boers. Gradualmente, sin embargo, el talento británico para la improvisación empezó a producir resultados. Los ingleses comenzaron a utilizar a kafires y zulúes, para actuar como espías, y a caminantes nativos para transportar mensajes cifrados. La experiencia de los oficiales de la India, permitió idear nuevos métodos criptográficos, redactándose mensajes en lenguaje indostano que luego debían ser leídos con acentuación latina. Los espías africanos aprendieron a fumar en pipa; cada uno de ellos debía poseer dos pipas, una de las cuales contenía un mensaje secreto, oculto bajo el tabaco. Tenían instrucciones de encender la pipa y quemar el mensaje en caso de que su captura les pareciera inminente.[3]

Los británicos recurrieron a sus experiencias en el Lejano Oriente y el Lejano Oeste; el conocimiento de las señales de humo de los pielesrrojas fue transmitido a los nativos africanos, para que pudieran informar a los ingleses de los movimientos de los Boers y del número de sus tropas. Muy pronto, la Armada comprendió que el Servicio Secreto no había cumplido bien su función en Sudáfrica. Todo el desarrollo de un sistema efectivo de Inteligencia quedó a cargo de la Armada, pues ni el Servicio Secreto ni el Servicio Colonial colaboraban con esta tarea.

En el desarrollo del sistema de Inteligencia militar en Sudáfrica hay dos nombres sobresalientes: Lord Kitchener, que era jefe de equipo, y el general Sir Robert Baden-Powel. Ambos estaban más cerca, espiritualmente, de la tradición de los grandes excéntricos del siglo XIX que de la era de grandes cambios durante la cual operaron, y la original personalidad exhibida por cada uno de ellos resultó de un enorme valor en el campo de la Inteligencia. Kitchener había contraído el hábito de efectuar viajes solitarios por el Medio Oeste como joven oficial subalterno. Gracias a esta afición, adquirió especiales capacidades para el trabajo de Inteligencia. En Sudáfrica se dedicó a desarrollar nuevos proyectos para fortalecer la Inteligencia británica. Sin embargo, su excentricidad resultó perjudicial, al menos, en uno de estos proyectos. Impuso la organización de un «Comité de Paz» que incluía, entre otros, a un grupo de Boers disidentes. El Comité no estaba destinado, en realidad, a trabajar en favor de la paz —lo cual habría perjudicado a los ingleses— sino a desmoralizar a los mandos Boers y suministrar informaciones. Los Boers, sin embargo, descubrieron muy pronto la verdadera misión del «Comité de Paz» y se decidieron a destruirlo. El 13 de enero de 1901 publicaron un despacho que señaló el fin de

la experiencia de Kitchener: «Los agentes enviados por el Comité de Paz de prisioneros Boers en Pretoria fueron capturados por De Wet, el 10 de enero. Uno de los emisarios, de nacionalidad británica, fue fusilado. Los otros diez recibieron una tunda.»

Baden-Powel tuvo más éxito que Kitchener. Había sido siempre un oficial sorprendentemente excéntrico, con cierta afición por los disfraces, las actuaciones teatrales y las bromas pesadas. Sir Winston Churchill, al describir su primer encuentro con Baden-Powel en Meerut, dice haber sido sorprendido por la alta calidad de un espectáculo de vodevil ofrecido por un oficial de la guarnición y una joven dama, declarando que «la actuación hubiera tenido éxito en cualquiera de nuestras salas teatrales». Aquel oficial no era otro que Baden-Powel, y Churchill pensó, en retrospectiva, que el ascenso que sin duda merecía B-P, debía haber quedado en suspenso a causa de sus excentricidades, calificativo que sin duda merece la actitud de un «alto oficial que bailotea con las piernas en alto en presencia de una audiencia de subalternos».[4]

Esto pudo haber sido cierto, por cuanto Baden-Powel fue excluido de los altos puestos de comando, pero sus raras aficiones rindieron grandes frutos en el campo de la Inteligencia. En una ocasión se le solicitó que obtuviera detalles del armamento que contaba la fortaleza dálmata de Catara. Baden-Powel se presentó como entomólogo, después de estudiar cuidadosamente la materia y entrenarse en el manejo de una red para cazar mariposas. Era un artista habilidoso y, antes de su misión, había preparado coloridos bocetos de las mariposas que había de perseguir. Habiendo llevado consigo dichos dibujos, los utilizó para bocetar, dentro de las alas de las mariposas, las líneas principales de las fortificaciones y algunos detalles del armamento. En otra ocasión se fingió ebrio, rociándose las ropas con coñac, y se dirigió a una instalación militar secreta alemana. Naturalmente, fue descubierto y apresado, pero los alemanes lo creyeron totalmente borracho, e incapaz de descubrir ningún tipo de secretos, de modo que lo dejaron ir.[5]

En Sudafrica se le asignó una solitaria misión de reconocimiento en las montañas Drakemberg, sobre las cuales debía preparar un informe. Éste era el tipo de trabajo en el que B-P se destacaba. Se disfrazó con ropas de paisano, se dejó crecer la barba y partió con dos caballos, uno para su montura y el otro para transportar sus alimentos, mantas y provisiones. Durmió algunas noches bajo las estrellas; su biógrafo William Hillcourt escribe: «Había ideado como excusa para esta extraña forma de viajar, la historia de que era un corresponsal periodístico que buscaba información para recomendar el país a futuros inmigrantes. Conoció a una cantidad de granjeros Boers, y trabó amistad con ellos...

Mientras reconocía y trazaba mapas del territorio, B-P descubrió que los mapas que había traído consigo eran inexactos en muchos puntos. De modo que efectuó las correcciones necesarias a medida que proseguía su viaje».[6]

Las astucias de Baden-Powel fueron de vital importancia durante la defensa de Mafeking. Reclutó a varios zulúes para estas actividades, adiestrándolos en el uso de disfraces. Él mismo, con su típica modestia, adjudicó todos los méritos a un asistente zulú llamado Jan Grootboon. B-P estaba persuadido de que, en el sur y este de Africa, los ingleses no estaban luchando sólo contra los Boers sino también contra los alemanes. No logró convencer al Servicio Secreto británico de este hecho, e incluso la Inteligencia militar se inclinaba a desechar su idea. Baden-Powel estaba seguro de que los alemanes estaban entrenando a su propio servicio de espionaje en Africa, con vistas a una eventual confrontación con los ingleses. Tal vez se pensó que esto era sólo un nuevo ejemplo de la quijotería del galante oficial, olvidando probablemente que ya en 1886 había corrido el riesgo de ser arrestado por espionaje cuando se fingió borracho par descubrir los armamentos alemanes de Spandau. De hecho, a lo largo de toda su carrera militar, y a menudo durante sus licencias, se había dedicado al espionaje, no sólo en Europa, sino también en Argelia, Túnez, en el corazón del Sahara y Turquía. Durante expediciones de caza había estudiado las maniobras de los Spahis y Chasseaurs d'Afrique, enviando numerosos informes y bocetos a Londres. En 1891, había asistido a unas maniobras militares austriacas como corresponsal de guerra acreditado del *Daily Chronical.* Siempre llevaba consigo su libro de dibujos, y en una ocasión unos oficiales lo encontraron pintando y le preguntaron qué hacía. Les mostró una acuarela de las montañas que, por su belleza, disipó toda sospecha y provocó admiración. Pero B-P no había cesado de tomar nota de los contingentes de tropas, su número, métodos y señales, sus tipos de transporte, armas y provisiones. Entre 1880 y 1902, Baden-Powel fue, quizás, el más activo espía aficionado con que contaron los británicos.

No escaseaba, pues, el talento de los agentes, pero la rigidez de las altas autoridades y la desconfianza de los políticos hacia el trabajo del Servicio Secreto impidió, en términos generales, que esta información recibiera un uso adecuado. El Servicio Secreto estaba más preocupado por los problemas irlandeses y la posibilidad de un alzamiento en China que por los acontecimientos de Africa o Alemania. Aún en aquellos días, los círculos de Inteligencia creían que Francia era para Inglaterra un peligro más significativo que Alemania. Por supuesto, Baden-Powel estaba en

lo cierto. En primer lugar, los alemanes, desde el Kaiser Guillermo en adelante, no habían cesado de alentar la resistencia de los Boers, ofreciendo hombres claves de su propio Servicio de Inteligencia, para adiestrarlos en el espionaje. Comprensiblemente, los Boers habían aceptado el ofrecimiento, de manera que los alemanes lograron infiltrarse, y, hasta cierto punto, controlar y utilizar el sistema boer de Inteligencia para sus propios medios. El doctor Leyds, jefe del Servicio Secreto boer, trajo muchos alemanes al país, y es casi seguro que él mismo era un agente profesional del Gobierno alemán.

«Estos hombres acabarán por luchar contra nosotros dentro de la propia Europa», advertía Baden-Powel, y tal vez nadie tomó en cuenta su advertencia con tanta seriedad como Frederick Duquesne. Este peligroso agente secreto fue espía contra Gran Bretaña tres veces: durante la Guerra de los Boers y las dos contiendas mundiales. Duquesne dio comienzo a su carrera de espía cuando sólo contaba diecisiete años. Se creía que tenía un odio fanático hacia Lord Kitchener, a quien había jurado matar. Disponía de una cantidad de nombres supuestos, desde Fritz Jouver Duquesne hasta Frederick Fredericks, y también se le conocía por el capitán Stoughton o Piet Niacoud. Durante la Primera Guerra Mundial, ofreció sus servicios a los alemanes, y estuvo implicado en el sabotaje del barco inglés *Tennyson.* Arrestado en los Estados Unidos, Duquesne fingió parálisis durante siete meses, para fugarse luego espectacularmente. En 1932, un libro titulado *El hombre que mató a Kitchener* fue publicado con la firma de Clement Wood; en realidad, contenía la versión del propio Duquesne sobre su carrera. Esta obra describía cómo, simulándose un oficial de enlace ruso, había logrado abordar el crucero *Hampshire* en 1916, en vísperas de la partida de Lord Kitchener hacia Rusia, en la mencionada nave. Kitchener era entonces ministro de Guerra, y, a causa del famoso afiche de reclutamiento que reproducía su imagen, una de las figuras más conocidas de Gran Bretaña. Duquesne relataba que había utilizado una bengala electrónica para señalar a un submarino alemán la posición del *Hampshire.* La secuela de esta imaginativa fantasía era que Kitchener se hundía con la nave, mientras el propio Duquesne, luchando bravamente contra el mar, lograba flotar hasta que el submarino alemán lo rescataba; luego, hacía su entrada triunfal en Alemania, en plan de héroe.

Es cierto que el *Hampshire* fue hundido cerca de las Orcadas, una tarde de junio de 1916, y que Kitchener se hundió con él. Pero, aunque el asunto fue bastante misterioso, no caben dudas de que las causas del hundimiento deben achacarse más a la

incompetencia de algunos ingleses que a la brillante Inteligencia de los alemanes. Por otra parte, el *Hampshire* fue destruido por una o dos minas, y no por un torpedo, como señala la autobiografía de Duquesne. Sin embargo, aunque esta historia es indudablemente impúdica y fraudulenta, Duquesne ha sido sin duda alguna un agente alemán peligroso e inteligente. Sólo una escandalosa incompetencia de la Inteligencia Militar británica le salvó de ser fusilado por espionaje durante la Guerra de los Boers. Durante los años inmediatamente anteriores a la Segunda Guerra Mundial, el fiscal americano Harold Kennedy lo calificó de «mente maestra del anillo de espionaje alemán». En 1941 fue nuevamente arrestado por conspirar para volar una enorme fábrica en Schenectady, por medio de una bomba eléctrica. [7]

Pero, a comienzos de siglo, los espías alemanes eran considerados con indiferencia casi criminal por los altos funcionarios británicos, y no sólo los de carácter político, sino también los jefes del Servicio Secreto; aquellos que, como Baden-Powel, trataron de convencer a las autoridades de la entidad de esta nueva amenaza contra Gran Bretaña, fracasaron lamentablemente. Esto se debió, en parte, al hecho de que, durante buena parte del siglo, el Servicio Secreto había sido dominado por elementos antifranceses, que por lo tanto tendían a ser pro-alemanes. Esta tendencia persistió, lamentablemente, hasta después de la Primera Guerra Mundial.

En parte, esto se debía a la peculiar tendencia británica a simpatizar con los oprimidos, y también, más cínicamente, a la creencia de que Inglaterra necesitaba el apoyo de las naciones menos poderosas para mantener el equilibrio de poder. De este modo, se consideraba que Francia era una potencia colonial en África y en Oriente, que se expandía a expensas de Alemania, olvidándose por completo el hecho de que Francia no hacía más que ganarse un imperio en el mundo subdesarrollado y en las áreas todavía prácticamente inexploradas del planeta, al igual que la propia Inglaterra, mientras que las intenciones de Alemania, como indicara claramente la guerra franco-prusiana de 1870, consistían en establecer una hegemonía militar en toda Europa. Del mismo modo, en el Lejano Oriente, el «peligro amarillo» de China era temido como auténtica amenaza, mientras Inglaterra respaldaba, ingenuamente, al «pequeño» Japón, absteniéndose de toda alianza con Rusia.

No debe creerse que el Servicio Secreto carecía de información en estos días anteriores a la Primera Guerra Mundial. Por el contrario, Inglaterra no sólo hacía acopio de gran cantidad de informaciones, sino que, por fin, comenzaba a invertir más dinero que Alemania en el trabajo del Servicio Secreto, aunque probablemente no tanto como Francia, y sin duda menos que Rusia. Pero, así como Rusia era extravagante en las desorbitadas inversiones que dedicaba al espionaje, así también sus jefes de Inteligencia carecían de autoridad disciplinaria para racionalizar el gasto de tanto dinero, mientras que Inglaterra solía recoger en las fuentes más adecuadas el tipo de información menos necesario; la información realmente imprescindible la buscaba en las fuentes menos adecuadas. Había descuidado a Alemania, concentrándose sobre Rusia: esto fue un error, puesto que en aquel entonces Rusia se movía lentamente en una maniobra de acercamiento a Inglaterra, mientras Alemania buscaba una confrontación directa. Por otro lado, en el largo plazo, significó para Inglaterra poseer un mejor Servicio que cualquier potencia extranjera dentro de Rusia, durante la Primera Guerra Mundial y en los años posteriores. Gran Bretaña también se demoró lamentablemente en la organización de una red de espionaje en las áreas petroleras, y se encontraba notablemente desprevenida cuando estalló la batalla de poder en los campos de petróleo, durante la primera parte del siglo. Fue Sidney Reilly quien señaló este defecto por primera vez, al regresar de sus visitas a Rusia y Persia.

Pero el campo en que Inglaterra se encontraba más rezagada con respecto a sus rivales era esencialmente la esfera del contraespionaje, que en siglos anteriores había sido dominada por Inglaterra, con la única excepción de la lucha contra los revolucionarios irlandeses.

La siguiente misión de Sidney Reilly fue en el Lejano Oriente. Viajó a Port Arthur, donde se instaló al frente de una empresa ficticia con el nombre de «Gruenberg y Reilly». Eventualmente, lo nombraron director de la «Compagnie Est-Asiatique», obteniendo informes sobre distintas defensas rusas y detalles de armamento naval. En aquella época, su mujer había comenzado a beber intensamente, convirtiéndose en un lastre para su labor, de modo que la envió de regreso a Londres. Una vez más, Reilly se comportó en forma rara e imprevisible. Había contratado los servicios de un asesor comercial, y una noche descubrió, en la mesa de este hombre, un código cifrado y un despacho a medio terminar, comprendiendo rápidamente que su asesor era una figura clave del Servicio de Contraespionaje ruso. La forma en que resolvió la situación fue típica de la personalidad de Reilly. Sabía que, para sacar provecho de su descubrimiento, era imprescindible que el agente ruso jamás supiera lo que había sucedido, y por lo tanto si debía abandonar Port Arthur necesitaba un pretexto para no despertar sospechas. De manera que, siguiendo con su afición de combinar los

afanes del espionaje con el placer de las aventuras galantes, enamoró a una mujer con la que había estado coqueteando despreocupadamente, y la persuadió con tanta elocuencia que al día siguiente escaparon juntos a Japón, donde Reilly recibió una enorme suma de dinero por la información que llevaba consigo.

No hay dudas de que, en aquel momento, Reilly jugaba un juego muy extraño y se desempeñaba como agente doble; es seguro que vendió información a los nipones, al mismo tiempo que la buscaba para los británicos. Por otra parte, ambas tareas resultaron igualmente rentables, y Reilly pudo salvar su conciencia gracias al hecho de que en 1902 se había concluido una alianza anglojaponesa. Sin embargo, al mismo tiempo que suministraba información a los japoneses, pedía licencia a su jefe en Londres porque «no deseaba actuar contra Rusia», su país de origen. Como la guerra ruso-japonesa era inminente temía que «sus informes para Londres acabaran en manos de los japoneses». Luego desapareció durante algunos meses en China, donde se cree que vivió en una lamasería, en la provincia de Shen-Si, convirtiéndose al budismo. Esta historia —un bastardo judío, educado como católico y convertido finalmente al budismo— tiene un notable paralelismo con la carrera de Trebistsch Lincoln. Reilly se le parecía en algunos aspectos.

Sin embargo, a pesar de haber desaparecido dos veces por «asuntos privados» sin rendir cuentas de sus actividades durante estos lapsos de ausencia, Reilly aún volvió a servir a las órdenes del Servicio Secreto. No sólo había demostrado sus condiciones de agente de primera categoría, capaz de obtener informaciones que el agente promedio no logra detectar, sino que también había demostrado una notable capacidad de predicción, pues sus vaticinios sobre lo que ocurriría en las distintas áreas problemáticas del mundo se iban cumpliendo matemáticamente.

Alemania, sin embargo, con mucho menos dinero para gastar, estaba montando un Servicio de Espionaje efectivo y económico en el exterior. El coronel Walter Nicolai, comandante en jefe del Servicio Secreto alemán, confesó después de la Primera Guerra Mundial que «sólo gradualmente los altos mandos comprendieron las tremendas limitaciones del Servicio Secreto del Gobierno... Un cuadro muy diferente del que se presentaba en el Servicio de Inteligencia durante la época de Bismarck».[8] Tal vez así fue, pero los hombres que, a comienzos de siglo, organizaban el Servicio Secreto alemán con una concepción bélica, habían concentrado su atención en el espionaje contra Inglaterra, y de tal modo aventajaron rápidamente a sus rivales en este juego. El director de esta rama de la Inteligencia alemana era Gustav Steinhauer, que había sido detective privado para la famosa «Agencia Pinkerton» de los Estados Unidos. Se consideraba el «espía supremo del Kaiser»,[9] pero no lo valoraban así sus propios superiores cuando estalló la guerra. Probablemente, Steinhauer fuera sólo un buen aficionado al espionaje, pero carecía del profesionalismo que caracteriza al jefe de espías eficiente. Tenía escasos conocimientos de asuntos militares y, lo más grave, se cuidaba muy poco del destino y la vida de sus espías. No dio jamás un solo paso para brindarles adecuada protección.

Steinhauer no demostró gran inteligencia cuando distribuyó tantos espías dentro de Inglaterra en la primera parte del siglo XIX. Su éxito sólo puede adjudicarse a la lasitud de las autoridades británicas y a su obstinada negativa a recoger las denuncias sobre espionaje alemán en su propio territorio. Todo lo que puede decirse es que la ineficacia y la indiferencia de los ingleses permitieron que tanto los espías como sus patrones actuaran a sus anchas.

Es increíble que los británicos hayan vacilado tanto antes de advertir la amenaza que los espías alemanes significaban para la nación, pues en círculos oficiales se sabía que Steinhauer había realizado una cantidad de visitas a Inglaterra en momentos en que el Servicio Secreto conocía perfectamente sus funciones dentro del aparato alemán. Pero a causa de la legislación, según arguyeron los políticos encargados de la seguridad nacional, nada podía hacerse contra Steinhauer. Ocasionalmente, la Prensa formulaba advertencias alarmantes sobre la presencia de espías en Inglaterra, pero las personas que suministraban esta clase de información eran consideradas estorbos públicos y, a veces, lunáticos obsesivos. Durante largo tiempo, una solitaria voz se alzó en el Parlamento para protestar contra la falta de acción en materia de enemigos potenciales: me refiero al coronel A. R. M. Lockwood. Los ministros hicieron a un lado sus críticas. Incluso Lord Haldane, ministro de Guerra y del Gobierno Liberal, declaró a los Comunes que «los funcionarios de todos los Gobiernos, cuando viajan al extranjero, tratan de reunir informaciones útiles. Esto no significa que sean espías».[10]

Haldane tuvo buenas razones para arrepentirse de esta declaración, así como de aquella otra indiscreción, cuando declaró que Alemania era «su hogar espiritual». Al estallar la guerra de 1914, una agresiva campaña periodística lo tildó de «pro-germánico», obligándolo a renunciar a su cargo. Por supuesto, la campaña era groseramente injusta para quien probablemente fue el ministro de Guerra más grande del siglo, un hombre demasiado desdeñoso de la hipocresía como para simular que sus propios funcionarios, así

como los de naciones potencialmente enemigas, no buscaban «información» durante sus viajes al extranjero. Un hombre que podía pagar tributo a las virtudes alemanas y, a la vez, prepararse discretamente para resistir un ataque germánico. Pero Haldane, al igual que tantos otros ingleses de su época, tanto liberales como conservadores, no había comprendido aún que el espionaje era un peligro mortal.

Oscar Wilde dijo una vez que todo hombre capaz de llamar espada a una espada debe ser obligado a usar una de ellas. Precisamente, el aislamiento de los jefes de Inteligencia de aquellos años se debió a su negativa a llamar espía a un espía. Afortunadamente, cuando en 1902 se estableció el Comité de Defensa Imperial, al cabo de la guerra de Sudáfrica, algunos de los directivos comenzaron a comprender que la Guerra de los Boers había revelado la pobreza del contraespionaje británico, mientras surgía la certeza cada vez más concreta de que era inevitable una lucha europea por el poder. Un subcomité de aquel cuerpo recomendó que se estableciera una nueva organización de Inteligencia, de carácter militar, que complementaría las actividades del Departamento de Inteligencia Naval.

La idea fue aprobada, pero sin entusiasmo alguno. Nadie parecía depositar grandes esperanzas en el nuevo departamento, exceptuando a los creadores de la idea. Ni siquiera se habló de los poderes especiales que debería tener este departamento, ni del presupuesto que se le adjudicaría. Fue el 23 de agosto de 1909 cuando este organismo fue formado realmente, y aún entonces, mientras Alemania se preparaba ferozmente para la guerra y enviaba equipos de espías a Inglaterra, la organización del nuevo departamento se confió a un mero capitán. Éste recibió una pequeña habitación, que comenzó a conocerse con el nombre de M.O.5 en el Ministerio de Guerra, pero sin ningún tipo de personal dependiente. Durante varios meses M.O.5, o M.I.5, como se la conoció después, constaba de sólo un hombre, a quien se le había dicho que mantuviera sus gastos en el mínimo nivel posible.

Fue un paso pequeño y casi risible en la dirección correcta, pero en cierto sentido produjo resultados inmediatos, pues entre las órdenes que se impartieron a M.O.5 había una muy significativa: colaborar con Scotland Yard. A raíz de esto, los militares tomaron contacto con los problemas que habían estado preocupando a la Policía durante años: los espías potenciales y cómo tratarlos. El Yard tenía una lista de sospechosos y gran cantidad de información sobre hechos de los que los militares eran completamente ignorantes. Por primera vez, la cooperación entre la Policía y las fuerzas armadas se convirtió en un hecho establecido, y esta combinación acabaría por aplastar a la máquina alemana de espionaje.

Pero, aunque el jefe del M.O.5 era sólo un capitán, se trataba de un oficial experimentado, que había viajado por todo el mundo, brillante lingüista y conocedor de los elementos de la Inteligencia en todas las partes del mundo. El capitán Vernon Kell, del Regimiento South Staffordshire, no era un soldado vulgar de visión limitada. Provenía de una familia cosmopolita, pues aunque su padre había revistado en el mismo regimiento, su madre era hija de un conde polaco, con un amplio círculo de amistades por toda Europa y gustos gregarios. De modo que el joven Kell se había criado entre continentales, hablando desde su niñez francés, italiano y polaco. Había utilizado plenamente su talento para el lenguaje durante su carrera militar, estudiando ruso en Rusia, chino en China y aprobando sus exámenes como intérprete de ambas lenguas. Había prestado servicio durante la rebelión de los boxers, en China, y como oficial de Inteligencia en el equipo del general Lorne Campbell, en Tientsin. Pero la mala salud interrumpió su carrera militar, y en 1904 las perspectivas de Kell en cuanto a futuros servicios eran muy dudosas, a causa de sus constantes ataques de asma, ciertas secuelas de la disentería y unos dolores en la espalda que le resultaban insoportables, hasta el punto de que durante el resto de su vida no pudo sentarse erguido en una silla, aunque pocos lo adivinaban viendo su altivo porte al caminar.

Kell fue nombrado capitán de Estado Mayor en la sección alemana del Ministerio de Guerra en 1902, cargo que mantuvo hasta el día en que se retiró oficialmente del Ejército, cuatro años después, cuando le encomendaron la tarea de organizar el M.O.5. El propio Kell tuvo sus dudas antes de aceptar este cargo, pero su esposa le persuadió de que podría resultar un gran éxito. El hombre que sugirió a Kell para el empleo fue James Edmonds, miembro del subcomité y ardiente partidario de la creación del nuevo departamento.

«El empleo será secreto —dijo Edmonds a Kell— y usted deberá retirarse de su carrera militar. Puesto que será un cargo clandestino, no obtendrá usted ningún reconocimiento público, pero le aseguro que su carrera resultará de importancia vital para el país.»

Kell tenía algunas ideas muy claras sobre el trabajo que se le presentaba. Probablemente, debido a que había estado en la sección alemana del Ministerio de Guerra, trabajando por otra parte en la secretaría del Comité de Defensa Imperial había tenido la oportunidad de comprender las dimensiones de la amenaza alemana. Al menos, era uno de los pocos oficiales en servicio que consideraban que la guerra contra los teutones era una eventua-

lidad inevitable. En 1908 había visitado Alemania, de donde regresó deprimido por lo visto y oído.

De todos modos, como ocurre a menudo con los nuevos departamentos de los servicios, M.O.5 se convirtió en una verdadera Cenicienta del Ministerio de Guerra. Un hombre con menos temple que Kell se hubiera desmoralizado durante aquellos primeros seis meses de trabajo. Le dijeron que gastara poco dinero y, cuando pidió que le nombraran un ayudante, surgieron inmediatas protestas. Finalmente, sin embargo, le contrataron un asistente, y a medida que fue produciendo una masa imponente de informes perturbadores, sus sugerencias comenzaron a atraer más atención. Pronto persuadió al general Ewart, jefe de Inteligencia Militar, de que Inglaterra necesitaba urgentemente una unidad organizada de contraespionaje.

El gran éxito inicial de Kell consistió en ganarse la cooperación de la Policía y trabajar efectivamente en conjunto con Scotland Yard. Solicitó al Yard que le suministraran información regular sobre todos los sospechosos de espionaje en Inglaterra, y con ayuda del superintendente Patrick Quinn aprendió muchos secretos del misterioso submundo de Londres. Comprendiendo que los espías estaban diseminados por todo el territorio inglés, viajó a distintas partes del país, investigando personalmente los informes y adiestrándose a sí mismo como agente de contraespionaje.

Pronto descubrió que el más difícil obstáculo para la lucha contra el espionaje era la anticuada Acta de Secretos Oficiales. Señaló al Departamento de Guerra, una y otra vez, que agentes alemanes habían sido descubiertos mientras reunían información sobre fábricas, barcos y puertos, pero que nada podía hacerse para combatir estas actividades puesto que, según la ley, los espías no cometían delito alguno. Comenzó a presionar vigorosamente en favor de algunos cambios jurídicos.

La resistencia al cambio, con respecto al Acta de Secretos Oficiales, resultó mucho más fuerte de lo que Kell esperaba. No sólo los defensores de la libertad individual se resistían a estas reformas legales Los funcionarios del Estado, y aun ciertos legisladores, se oponían decididamente a la cuestión. Para colmo de males, en los altos cargos campeaba una increíble indiferencia, y algunos personajes que debían conocer mejor el tema pretendían que el espionaje era una actividad aberrante e indigna de Gobiernos civilizados. Nada ilustra mejor la credulidad y lo obstinación de este tipo de mentalidad que los comentarios del Jefe de Justicia, Lord Alverston, al sentenciar a un espía alemán con la benigna penalidad de dieciocho meses de prisión. Declaró que las relaciones entre Inglaterra y Alemania eran «totalmente amigables», agregando, gratuita e innecesariamente, que estaba seguro de que nadie condenaría «la práctica de que se ha declarado culpable a este prisionero más que los propios líderes alemanes».

Pero Kell no se dejó anonadar por los fracasos preliminares y siguió tratando de persuadir a las autoridades de que cambiaran de opinión y le otorgaran los poderes que pretendía. Este hombre, cuyas aficiones, según el *Quién es Quién*, eran «la pesca y el cróquet» estaba hecho de una fibra moral extraordinaria; como dijo uno de sus colegas, «podía oler a un espía tal como un terrier olfatea a una rata». Le atraían el peligro y la excitación; estos ingredientes lograron distraerle de sus dolores físicos. Sobre todo, era flexible y adaptable en su enfoque del juego del espionaje. Puede haber parecido un oficial de la vieja escuela superficialmente, pero en su tarea de Inteligencia no tuvo ningún tipo de prejuicio cuando necesitó emplear a hombres que habían pertenecido a los sectores criminales de la sociedad. Solía jactarse de ser «un impostor sin igual en Inglaterra» y en una ocasión alardeó: «en esta semana ya llevo falsificadas cartas en siete lenguajes, incluyendo el árabe». En realidad, exageraba, pues había empleado a un equipo de eximios falsificadores, algunos de los cuales eran criminales que trabajaban para él desde sus calabozos en la prisión de Parkhust.

14

La amenaza del espionaje alemán: 1902-1914

Entre 1902 y 1910 hubo numerosos cambios en el mundo de la Inteligencia, que fortaleció enormemente el prestigio del Servicio Secreto de Inglaterra. Lo cierto es que la Guerra de los Boers había desnudado las deficiencias de dicho Servicio Secreto, subrayando la necesidad de mejorarlo.

Uno de los nombramientos clave fue el de George Kynaston Cockerill, oficial que había servido en el Real Regimiento Warwickshire de Sudáfrica, como D.A.A.G. en las líneas de comunicaciones. Durante las operaciones en Colonia del Cabo, fue responsable de la administración de la ley marcial. De regreso a Inglaterra, en 1902, lo designaron para la flamante Sección Especial de la División de Inteligencia del Ministerio de Guerra, y cuatro años después fue puesto en la jefatura de dicho organismo. En esta posición era responsable de varias ramas del Servicio Secreto, incluyendo el estudio de códigos cifrados y la planificación de la censura de mensajes cablegráficos e información periodística sobre temas militares que fueron puestos en funcionamiento al estallar la guerra. Mientras tanto, se intentaba reorganizar la Inteligencia Naval, que había comenzado a rezagarse tras los esfuerzos militares y carecía de un cuerpo central y coordinador eficiente. La carrera armamentista entre las grandes potencias obligó al Almirantazgo a entrar en acción, pues los antiguos métodos para obtener información fácil y gratuitamente a través de los agregados navales que visitaban arsenales extranjeros y zonas portuarias, suministrando informes de tipo general, resultaban ahora totalmente inadecuados. El Departamento de Inteligencia Naval venía contando con un equipo ridículamente reducido y operaba en dos despachos igualmente pequeños. Uno de sus directores había sido el capitán William Henry Hall. Veinte años después, el hijo de Hall, entonces comandante William Reginald Hall, comenzó a interesarse en cuestiones de Inteligencia. Estaba persuadido de que Alemania venía construyendo una armada para desafiar la supremacía británica sobre los mares, y, al nombrársele comandante del barco de entrenamiento de cadetes, H.M.S. *Cornwall*, decidió zarpar en crucero de entrenamiento y visitar puertos alemanes. Llevó consigo un largo cuestionario sobre las actividades germanas. Le impresionó el hecho de que la Seguridad alemana era muy superior a la inglesa, y encontró fuerzas policiales custodiando todos los puertos y navíos. Para obtener las informaciones que necesitaba, recurrió a las tácticas del espionaje. En aquel momento, el duque de Westminster estaba en Kiel con su gran barca de motor, y Hall se la pidió prestada. Vestido como mecánico, se dirigió al puerto de Kiel a una velocidad de cuarenta nudos, recorriendo los astilleros militares y fotografiando clandestinamente sus instalaciones desde la torreta de mando.

Esto nos da una clara idea de la inadecuación de la Inteligencia Naval en la fecha en que Hall descubrió que los mapas e informaciones sobre esta región, existentes en el Almirantazgo, estaban desesperadamente desactualizados, y que todos los conocimientos sobre las islas Frisias habían sido obtenidos de la novela de Erskine Shillders *The Riddle of the sands.* Hall volvió al Almirantazgo e inmediatamente alertó a sus superiores sobre la necesidad de una drástica transformación del sistema de Inteligencia.

Como resultado de esto, en mayo de 1910 se autorizó a dos oficiales navales, el capitán Trench y el teniente Brandon, a efectuar una gira en torno a las defensas costeras alemanas, concentrándose especialmente en las islas Frisias. Provistos de cámaras y libros de apuntes, Trench y Brandon obtuvieron gran cantidad de informaciones. Pero, lamentablemente, ambos fueron capturados y arrestados. Les correspondió una condena de cuatro años de prisión, aunque diecisiete meses antes del fin de su castigo fueron perdonados por el Kaiser, en honor de la visita del rey Jorge V a Berlín. Asombrosamente, los dos oficiales navales fueron duramente tratados a su regreso. El Almirantazgo no quería tener nada que ver con todo este asunto, e incluso se negó a satisfacer algunas de las graves pérdidas financieras que habían sufrido los oficiales a raíz de su aventura puramente patriótica. Se les dijo que su viaje por Alemania había sido estrictamente turístico, y que todo lo que les había ocurrido correspondía a su responsabilidad personal. Pero esto distorsionaba la situación real, pues Trench y Brandon habían recibido de labios del capitán Regnart, del N.I.D., la misión secreta de realizar este operativo de espionaje.

Hall estaba furioso. Escribió a Trench, diciéndole: «los únicos

objetivos que tengo ahora en mi mente son lograr que usted y Brandon sean reivindicatos, y luego asegurarme de que estas cosas no se vuelvan a repetir».[2] Pero no fue hasta 1914 que el propio Hall fue nombrado jefe de Inteligencia Naval, y logró entonces poner las cosas en claro personalmente, recompensando a ambos oficiales.

Hall no tuvo oportunidad de corregir este tipo de tonterías en el sistema de Inteligencia antes de 1914, pero el Almirantazgo había prestado, en los años anteriores, cierta atención a los códigos cifrados, y, lo que es más importante aún, a la intercepción e interpretación de los códigos y mensajes alemanes. Esto surgió en forma bastante casual, cuando el almirante Fisher solicitó a Alfred Edwing, entonces profesor de ingeniería mecánica en Cambridge, que aceptara el cargo de director de Educación Naval. Fisher y Edwing establecieron inmediatamente una íntima amistad, y como resultado de esto, Edwing elaboró algunas ideas sobre la organización de un departamento de códigos y desciframientos. Gracias a la iniciativa de Edwing, al estallar la guerra de 1914, el núcleo de una sección de mensajes cifrados ya estaba proveyendo a la División de Operaciones del Almirantazgo con señales navales alemanas interceptadas, y había descubierto el método alemán de ciframiento.

Fue en esta época cuando George Aston se incorporó al N.I.D., cosa que al principio le resultó singularmente frustante. Durante su estancia en Sudáfrica, Aston había concebido la idea de utilizar palomas mensajeras para el Servicio de Inteligencia, pero el Almirantazgo se negó rotundamente a aceptar su proyecto, a pesar de la advertencia de que el «correo por palomas» podría resultar efectivo en las áreas no cubiertas por la comunicación radial, y en aquellas en que ésta se hubiera interrumpido por algún motivo. En el Almirantazgo predominaba la mentalidad que, según descubrió Hall durante sus primeros días de servicio, obstaculizaba los trabajos del N.I.D. Cuando algún miembro del N.I.D. cometía un error, los obstruccionistas utilizaban esta situación en perjuicio del Departamento. Estas tendencias eran particularmente fuertes en el seno del equipo civil del Almirantazgo. Por aquel entonces, los franceses acababan de descubrir un nuevo explosivo, llamado *Melinita.* Aston se enteró que un libro con este título acababa de publicarse en Francia. Solicitó un ejemplar por correo, pero resultó ser una novela, cuya portada reproducía un retrato de la heroína, llamada Melinita. El Secretario Asistente del Almirantazgo descubrió el libro y, en términos irónicos, redactó un memorándum oficial donde se preguntaba: «Este tipo de información, ¿forma parte de las tareas de los oficiales de Inteligencia?»

Obviamente, los cambios eran particularmente necesarios en el ámbito doméstico, pero tanto los políticos como la opinión pública los resistían denodadamente. Ni siquiera los informes del Servicio Secreto o las advertencias del capitán Kell —desde su solitaria oficina de Whitehall— sobre las visitas de Gustav Steinhauer al país indujeron a las autoridades a entrar en acción. Kell, sin embargo, tuvo la sensatez de comprender que la mejor forma de presionar hacia una transformación de las leyes, y en favor del establecimiento de una oficina efectiva de contraespionaje, radicaba en una intensa cooperación con la Policía. En efecto, para cambiar las leyes se requería el acuerdo de un organismo vital: el Ministerio del Interior, a cuyas órdenes actuaba la Policía.

El superintendente Quinn, que resultó ser el mejor aliado de Kell, informó al M.O.5 sobre un peluquero llamado Karl Gustav Ernst, poseedor de un comercio en Caledonian Road. No había evidencias contra Ernst, pero Quinn había advertido astutamente el significado de un pequeño incidente. Un oficial superior de Inteligencia Naval alemana había visitado al peluquero y, según Quinn, no tenía sentido que un oficial de tan alta graduación se dirigiera a Caledonian Road para cortarse el cabello. Quinn sospechaba de este peluquero y consideraba necesario vigilarlo, pero su equipo era insuficiente para esta tarea, de modo que pidió ayuda a Kell. Éste estuvo de acuerdo y muy pronto se convenció de que Ernst estaba, de alguna manera, ligado al sistema alemán de Inteligencia. Con el apoyo de Quinn, Kell se dirigió al Ministerio del Interior, solicitando permiso para interceptar la correspondencia de Ernst. Hubo que vencer muchas oposiciones antes de obtener este permiso, y cuando Kell entrevistó, finalmente a Sir Alexander King, jefe civil del G.P.O., éste le dijo que dos miembros de la Oficina de Correos debían estar presentes durante la revisión de la correspondencia.

Las sospechas de Kell y Quinn resultaron ampliamente justificadas. Había cartas de una señora Reiners, de Potsdam y del propio Steinhauer. Era obvio que el peluquero actuaba como estafeta de la maquinaria alemana de espionaje. Kell todavía carecía del poder necesario, en su propio campo de contraespionaje, para aprovechar plenamente este descubrimiento. Pero encontró un nuevo aliado en el capitán Mansfield Cumming, un oficial naval que actuaba como cabeza del Servicio Secreto en cuanto al espionaje de ultramar. Cumming corroboró que Steinhauer era director del espionaje alemán contra Inglaterra. Sus propios agentes en el continente europeo se lo habían informado así. Y, más significativo aún, reveló que el verdadero nombre de Steinhauer era Reiners.

Cabe señalar que es errónea la idea de que los jefes del M.I.5

y M.I.6 siempre reciben el nombre codificado de la letra inicial de sus apellidos. Esto era cierto en el caso de Kell, a quien los documentos oficiales se referían como «K», y también en el de Cumming, que recibió el nombre cifrado de «C». Pero, por otra parte, Sir H. N. Hozier, cuya función en el Sistema de Inteligencia había sido definida en forma algo vaga, aunque era extremadamente eficiente en su estilo poco ostentoso, era conocido como «C». En el caso de Sir Stward Menzies, quien posteriormente encabezó el M.I.6, no se utilizó la inicial del apellido, aunque Ian Fleming, en sus novelas de James Bond, se refiere al jefe del M.I.6 como «N». La verdad es que el jefe del M.I.6 todavía recibe el nombre cifrado de «C», cualquiera que sea la primera letra del apellido de quien ocupa el cargo.

Kell pronto comprendió, gracias a la intercepción de correspondencia privada, que los sistemas alemanes de espionaje se extendían por toda Inglaterra y eran particularmente fuertes en los puertos de mar. Pero optó por la política de recopilar un detallado expediente sobre este asunto, tratando de identificar a todos y cada uno de los espías alemanes que actuaban en territorio británico. Capturar a uno o dos de ellos, sólo hubiera servido para alertar a los demás, permitiéndoles escapar o proseguir su acción en forma subterránea. Gracias a su paciente espera, Kell no sólo descubrió la correspondencia que entraba en Inglaterra, sino también la que salía del territorio británico. Dos agentes alemanes, Carl Muller y John Hanh, usaban tinta invisible y creían estar operando con total impunidad. Kell interceptó sus cartas, las leyó, devolvió a la tinta su carácter invisible y las remitió a Alemania. Incluso después de que Muller había sido encarcelado, sus cartas continuaban siendo remitidas al continente. Naturalmente, se trataba de cuidadosas falsificaciones, obradas por los expertos del departamento de Kell.[3]

Kell estaba ganando gradualmente su batalla por extender el M.O.5. Pronto pusieron a sus órdenes al capitán Frederick Clark y al capitán R. J. Drake, así como al inspector Melville de Scotland Yard y al abogado Walter Moresby encargado de conducir los asuntos legales del Departamento. En 1910 se sorprendió a un oficial alemán, Sigfrid Helm, mientras espiaba las defensas del puerto de Portsmouth, tomando nota de los armamentos y fortificaciones, incluyendo detalles mínimos como, por ejemplo, la ubicación de los faros e instalaciones eléctricas. La acusación fue dirigida personalmente por el propio Fiscal General, Sir Rufus Isaacs, quien, después de plantear su requisitoria contra Helm, subrayó el hecho de que el alemán ya había pasado cuatro semanas en la cárcel antes de ser liberado contra pago de fianza. Esto equivalía

a sugerir que Helm ya había sufrido suficiente castigo por su actividad de espionaje. Además, tanto la defensa como la acusación mencionaron varias veces en la corte que ésta era la primera ocasión en que se acusaba a un oficial extranjero de este tipo de delitos. A nadie sorprendió que, después del alegato del Fiscal General, Helm fuera sobreseído y liberado.

Este episodio acabó favoreciendo a Kell. Éste inició una intensa campaña, señalando que brindar este tipo de tratamiento a un espía descarado, actuar con tanta ingenua suavidad en la defensa de los intereses oficiales, ponía en ridículo a Inglaterra y permitía a los alemanes actuar con audacia aún mayor en su constante lucha por descubrir los secretos militares ingleses. Kell contaba con fuerte apoyo de Scotland Yard. Aunque es indudable que los funcionarios estaban demostrando una singular lasitud en la percepción del espionaje alemán, existe evidencia de que en las opiniones de Sir Rufus Isaacs había algo más que mera generosidad hacia el prisionero, pues, a espaldas de Kell, el capitán Cumming, de M.I.6, había presionado para que Helm fuera tratado con benevolencia. Sin duda, el pedido de M.I.6 fue recibido por el propio Fiscal General.

En realidad, el Servicio Secreto estaba decidido a dejar que la Inteligencia alemana creyera que sus actividades de espionaje en Inglaterra no eran tomadas en serio. Una sentencia severa en este episodio hubiera tenido el efecto opuesto; sin duda, hubiera alertado a todos los espías de Inglaterra a actuar con prudencia, e incluso podría haber inducido a Alemania a retirar algunos de sus agentes antes de que las autoridades los atraparan. Durante años, el Servicio Secreto había subestimado al espionaje alemán; ahora comenzaba a comprender el peligro que representaba. Consideraba que, mientras no fuera reformada la anticuada Acta de Secretos Oficiales, sólo podrían sorprender a espías torpes y aficionados como el teniente Helm, y deseaban estar en condiciones, algún día, de apresar a toda la dotación de espías alemanes, en el momento adecuado.

Una vez más, Inglaterra se mostraba lenta para entrar en acción, pero eficiente una vez que comprendía la necesidad de actuar. Al año siguiente se reformó el Acta de Secretos Oficiales. Fue una suerte que Kell, cabeza de M.I.5, llegara a conclusiones aproximadamente iguales a las de Cumming, jefe de M.I.6. Otorgando a los agentes alemanes en Inglaterra amplias posibilidades para sus intrigas, sin hacer movimientos que pudieran despertar sus sospechas, Kell se aseguró de que, cuando estallara la guerra, podría echar mano de todos y cada uno de los agentes alemanes en territorio británico.

Sin embargo, debía haber algunas excepciones a esta norma, generalmente aceptada, de limitarse a observar a los espías alemanes, sin perturbar sus trabajos. Si las autoridades hubieran llevado esta política al extremo, hasta los ingenuos teutones hubieran sospechado la verdadera jugada de los ingleses. De modo que, en otros pocos casos de espionaje evidente, era necesario arrestar a los responsables. En agosto de 1911 fue detenido Max Schultz, subteniente de los húsares alemanes, en Playmouth; Heinrich Grosse fue juzgado en Winchester en febrero de 1912. Schultz había solicitado a un contratador de Playmouth, Samuel Hugh Duff, que buscara corresponsales ingleses para trabajar a cuenta de la Agencia Alemana de Noticias. El hecho de que ofrecía salarios de mil libras esterlinas al año, suma enorme para la Inglaterra de entonces, despertó inmediatas sospechas, así como la observación de Schultz en el sentido de que sólo se requerirían noticias de carácter naval y portuario. El contratador concurrió inmediatamente a la Policía. Schultz fue sentenciado a veintiún meses de prisión, penalidad por cierto benigna. El otro agente fue atrapado gracias a la intercepción de la correspondencia del ya mencionado peluquero. Algunas cartas mencionaban a un tal Hugh Grant, que vivía en el área de Portmouth. Las investigaciones del M.O.5 revelaron que Hugh Grant no era otro que Heinrich Grosse, oficial de la reserva alemana. El contenido de la correspondencia de Grosse hizo imprescindible una acción inmediata aunque Kell hubiera preferido dejarle en paz durante cierto tiempo. Una de las cartas contenía información masiva sobre ciertos sistemas de armamento utilizados por los ingleses, incluyendo la dotación de fuego de los submarinos, la nómina de barcos que contaban con telegrafía sin hilo y detalles del sistema portuario.

Como puede verse en estos casos de espionaje alemán en territorio inglés, su organización no era particularmente astuta, y algunos agentes actuaban en forma directamente descuidada, que podría calificarse casi como negligencia criminal hacia los intereses del país. Al parecer, el culpable de tanta torpeza era el director de todo el operativo, aquel que se ufanaba de ser el «espía maestro del Kaiser» en su propia biografía, pero que tenía la habilidad de un agente aficionado. Los directores de espionaje no juegan, normalmente, el papel de agentes, pero Steinhauer no podía resistirse a la tentación de hacerlo, aunque pocas veces corría riesgos en cuanto a su integridad física. Esto se debía probablemente, a que había actuado durante muchos años como agente de la Policía política alemana, a las órdenes de Von Tausch. En una de sus aventuras más divertidas, se ocultó bajo la cama que ocupaban un cierto capitán Scholtz, de la Armada alemana, y una espía francesa llamada Jeanne Durieux, con el resultado de que Scholtz fue sentenciado a seis años de prisión. Steinhauer hace un relato de sus actividades que resulta jactancioso, inexacto y a menudo traiciona los hechos. Por ejemplo, asegura que por aquel entonces estaba perfectamente informado de que la correspondencia de sus agentes en Inglaterra estaba siendo requisada por las autoridades, y afirma que uno de ellos había sido alertado por «uno o dos carteros» de que sus cartas eran objeto de control oficial. Si Steinhauer lo sabía, no se explica que no ordenase a sus agentes que regresaran a Alemania para organizar una nueva cadena de espionaje en Inglaterra. Sin embargo, había algo de verdad en la historia de Steinhauer; al menos un cartero advirtió a un agente alemán de lo que estaba ocurriendo, pero sólo porque creía que este hombre dirigía un centro clandestino de apuestas, y que las autoridades trataban de obtener pruebas para acusarle de este delito. Steinhauer, con ingenuidad tal vez típica, creyó que esto era cierto.

Al cabo de algunos años, el Servicio Secreto descubrió que sus métodos de intercepción de correspondencia no eran demasiado secretos, y que demasiadas personas de la Oficina de Correos sabían lo que estaba ocurriendo. La culpa de esto puede achacarse a Sir Alexander King, quien insistió en seguir los procedimientos del Servicio Civil para la apertura de cartas. Por indicación del mencionado King, el empleado responsable de la distribución del correo debía de estar presente durante la revisión del material por los funcionarios de Inteligencia, mientras otro funcionario civil controlaba todo el procedimiento.

Por aquel entonces, Kell estaba ya perfectamente consciente de que los alemanes disponían de una amplia red de espionaje en Inglaterra, incluyendo a algunos oficiales alemanes de reserva, sobre todo navales, puesto que la Real Armada era un blanco más codiciado por el espionaje alemán que el Ejército; la cadena incluía también a camareros, un peluquero, un pastelero, un médico y algunos comerciantes. Esta red no sólo cubría Londres, sino también todo el norte de Escocia, Glasgow, Scapa Flow, Liverpool, Belfast, Cardiff, Portmouth, Blemouth, Newcastle y Grimsby. Pero, aunque M.I.5 podía vigilar a estos espías, no estaba autorizado para arrestarlos: todos los procedimientos directos debían efectuarse con la colaboración de Scotland Yard. Por lo tanto, se decidió que el Servicio Secreto necesitaba un hombre clave dentro del Yard, que pudiera convertir el flamante Departamento Especial en una eficiente unidad de contraespionaje.

El hombre escogido para este cuerpo era el hijo del arzobispo de York, Basil Thomson. Personaje notablemente enigmático, de gran fuerza, que había desarrollado una multifacética carrera en

diversos países del mundo. Educado en Eton y Oxford, había comenzado su trayectoria como aprendiz de granjero en el Canadá. Al cabo de varios años en las praderas, regresó a Inglaterra y fue aceptado como cadete del Servicio Colonial, en la flamante colonia de Fiji. Estaba naturalmente dotado para las lenguas nativas y adquiría fácilmente la confianza de los aborígenes; en consecuencia, en lugar de esperar dos años para ser confirmado como el resto de los cadetes, ocupó un alto e influyente cargo al cabo de sólo tres meses de aprendizaje.

Posteriormente, Thomson adquirió gran renombre a causa de su cinismo. «Mis primeros amigos aborígenes eran caníbales —solía decir—, pero muy pronto aprendí que un guerrero que ha devorado a su enemigo, en un acto casi religioso, es una persona más estimable que otro nativo criado en una ciudad y educado por misioneros.»[4] A los veintiocho años de edad, Thomson ya era Primer Ministro del nonagenario rey de Tonga. Al terminar su período de servicio en Tonga, lo nombraron jefe de equipo de Sir William McGregor, gobernador de la Nueva Guinea Británica, donde intervino en varias guerras locales. Regresó a Fiji como Comisionado Nativo.

Es probable que, a estas alturas, las autoridades británicas consideraran a Basil Thomson como un buen elemento para el Servicio Secreto. Lo cierto es que fue abruptamente citado para desempeñar una tarea bastante inusual, como era la educación de los hijos del rey de Siam. Durante este período obtuvo el título de abogado, que le resultaría invalorable cuando, posteriormente, ingresó en Scotland Yard. Luego, el Ministerio del Interior le ofreció un puesto de Gobernador Delegado en el Servicio Penitenciario, de donde al poco tiempo pasó a gobernador de la prisión de Dartmoor. En este establecimiento se habían registrado disturbios y la reputación de Thomson como hábil negociador se confirmó en la emergencia, de modo que a continuación lo enviaron para acallar un motín en Wordwod Scrubs.

Por aquel entonces, ya se evaluaban concretamente las cualidades de Thomson para trabajar en el Servicio Secreto, pues sus condiciones de recopilador de informaciones, demostradas en el Servicio Colonial, no habían pasado desapercibidas en Whitehall. Cuando le trasladaron al Ministerio del Interior, prestó particular atención al movimiento anarquista del sector este de Londres, y al ser nombrado jefe del Departamento Especial de Scotland Yard, en 1913, este aprendizaje le resultó extraordinariamente útil de cara al problema de los inmigrantes extranjeros, gracias a su detallado conocimiento de los métodos y hábitos de los criminales.

Los años de 1907 y 1909 marcaron una disminución gradual de

las actividades anarquistas y un aumento correspondiente en las de los bolcheviques. Durante un período de unos diez años, entre 1903 y 1913, se registró una superposición de las actividades de ambos lineamientos revolucionarios, y esto indujo a Scotland Yard a confundir anarquistas con bolcheviques, y viceversa.

No puede culparse a Thomson por este estado de cosas, pues no fue hasta 1913 que tuvo una oportunidad concreta de estudiar detalladamente la situación en el sector Este, incluyendo el problema de los anarquistas rusos, que por aquel entonces era secundario con respecto al de los espías alemanes. Ya desde hacía tiempo, un nuevo elemento se sumaba para confundir la situación: la existencia de un tercer cuerpo, financiado por el Gobierno zarista y destinado a desacreditar y desenmascarar a los anarquistas. Para comprender este fenómeno es necesario examinar la estructura de la Ochrana (Policía secreta rusa) y sus tácticas, basadas en el *agente provocador.*

Azeff, el mentor de la Ochrana, utilizaba estas tácticas en forma distinta a todos los demás Servicios Secretos. Había iniciado su carrera como conspirador dentro del círculo social-demócrata. Después, hacia 1893, escribió a Ochrana, ofreciendo en venta los secretos de sus camaradas y proponiéndose como espía de las actividades revolucionarias. Su ofrecimiento fue aceptado, de modo que se convirtió en el máximo agente provocador de la época. Así fue como, fingiéndose revolucionario, viajó desde Moscú a Karlruhe y Zurich, en busca de información para el Gobierno zarista. Llegó a casarse, incluso, con una joven revolucionaria. Su política fue mucho más allá del mero espionaje: en resumen, puede decirse que consistía en inducir al revolucionario a cometer actos de terrorismo para después traicionarlo y enviarlo a prisión.

Pero Azeff se excedió en sus simulacros. Cuando el Gran Duque Sergio fue víctima de un atentado con bombas, Azeff fue aclamado por el submundo de los conspiradores revolucionarios, y lo mismo ocurrió cuando el Ministro del Interior, Plehve, fue asesinado. Azeff fue el ejecutor de este crimen. Muy pronto comenzó a considerarse a Azeff como cerebro de los ataques y atentados terroristas, y esto repercutió en descrédito de la Ochrana cuando se descubrió que uno de sus espías había atentado contra el tío del zar y el jefe de Policía.[5]

La Ochrana había adoptado estas tácticas a fines del siglo pasado y a comienzos del siglo XX para toda Europa, pero muy especialmente en Londres, santuario de los jefes revolucionarios. Si tenemos en cuenta que estos procedimientos desprestigiaron a la Ochrana, ocasionando varios escándalos ridículos, es fácil comprender que, para el Servicio Secreto británico, resultara difícil deter-

minar quién pertenecía a un bando y quién al otro. Como ejemplo de esta confusión en la Policía, tomemos un artículo firmado en *Lost London* por el sargento detective B. Leeson, que en cumplimiento de su deber se había infiltrado entre los anarquistas del sector Este. Leeson relata que en 1908 se desencadenó «la gran huelga de los obreros portuarios judíos en el distrito de Whitechapel, organizada por un tal Perkoff, tal vez el primer agente provocador de origen ruso que operaba en Londres. El movimiento siguió los métodos de los gángsters de Chicago, que era uno de los favoritos de los anarquistas».[6]

Esta afirmación está plagada de inexactitudes. Perkoff, como hemos demostrado en un capítulo anterior, no fue el primer líder anarquista que operó en Londres, y sin duda tampoco el primer agente provocador ruso. En realidad, ni siquiera era anarquista, al menos en 1908, sino bolchevique, y pertenecía al grupo revolucionario de Stalin.

El hecho es que, en aquella época, el Servicio Secreto no estaba suficientemente informado sobre las actividades rusas en Inglaterra, y por cierto mucho peor informado que en la década del ochenta. Esto se debía, en parte, a la necesidad de concentrar sus esfuerzos sobre el espionaje alemán, y, en menor medida, a la alianza de Inglaterra con Francia y Rusia. No se trataba de que el Servicio Secreto no poseyera amplia información sobre las diversas organizaciones rusas que operaban en Inglaterra, sino de que carecía de un experto capacitado para interpretar estos informes. No fue hasta diez años después que el propio Basil Thomson tomó este problema en sus manos y esclareció el sentido de toda aquella masa informativa.

Los acontecimientos que culminaron con el sitio de Sidney Street brindan un perfecto ejemplo de la técnica de contraespionaje efectuada por los rusos. Un sargento de Policía, investigando cierta denuncia sobre «ruidos extraños» que provenían de una casa ubicada en Sidney Street (Houndsdich) se presentó y fue asesinado de un tiro. Cuando las fuerzas policiales rodearon la casa y exigieron la rendición de sus ocupantes fueron recibidas por una cortina de fuego de pistolas automáticas. Dos policías más fueron muertos a tiros y Sir Winston Churchill, por aquel entonces secretario del Interior, ordenó que los guardias escoceses asistieran a la Policía. Durante cinco horas, mil agentes policiales, junto a los guardias escoceses personalmente supervisados por Churchill, hicieron fuego contra la casa, que finalmente fue destruida por las llamas.

Todavía existe cierta confusión con respecto a los hechos esenciales del caso de Sidney Street. Se ha establecido definitivamente que aquella pandilla había sido reclutada en una pequeña colonia de unos veinte letones de la Rusia Báltica, pero la identidad de su líder jamás fue confirmada oficialmente. Este misterioso personaje era conocido por el nombre de «Pedro el pintor» y, posteriormente, el Gobierno soviético declaró que se trataba de Sergio Makharov, agente provocador zarista ya mencionado en el capítulo XII Gerard Bullett, que investigó exhaustivamente este caso, afirma la existencia de «cierto número de evidencias consistentes, indicatorias de que Pedro el pintor, lejos de ser el jefe de la pandilla, era en realidad un agente del Gobierno ruso, a quien se había confiado la delicada y peligrosa misión de fingirse camarada de los conspiradores anti-zaristas, persuadiéndolos de que incurrieran en actividades criminales, atrayendo así la atención de la Policía londinense, que en última instancia decidiría su deportación a Rusia. A mi juicio, ésta es la explicación más racional del misterio de Pedro el pintor... Con toda probabilidad, fue este agente provocador, empleado por la Policía de la Rusia zarista, quien por medio de elaboradas triquiñuelas provocó la derrota y la destrucción de los asesinos de Houndsdich. Fue él quien los instigó, según creo, a planear el robo de las joyas».[7]

Cabe recordar que la causa inmediata del sitio de Sidney Street fue un robo de joyas en Houndsdich. Tal vez debamos mencionar que un ex oficial de la antigua Policía rusa había declarado que el joyero en cuestión tenía en su poder el tesoro de los Romanov. Es posible que esta información faltara a la verdad. La historia sobre el tesoro de los Romanov era, sin duda, un invento del agente zarista, destinado a incitar a los revolucionarios a saquear la joyería.

Pedro el pintor ha sido identificado, en distintas oportunidades, como Sergio Makarov, Jacob Peters, Fritz Svaar, Jacob Vogel y Peter Straume. En 1918 se informó que Jacob Peters, responsable de la ejecución de cientos de bolcheviques, no era otro que Pedro el pintor. La Prensa publicó la información de que Peters había llegado a Inglaterra en 1910, obteniendo empleo en un comercio de ropas de segunda mano, en el norte de Londres. El 22 de diciembre de 1910, Peters fue arrestado como sospechoso del asesinato —en combinación con un grupo— de los tres policías de Sidney Street. Durante el sumario, la defensa sugirió que se trataba de un caso de identidad equivocada, y que Peters había sido confundido con su primo Fritz Svaar, quien había perdido la vida durante el sitio. Peters fue absuelto, permaneciendo en Inglaterra hasta abril de 1917. El primero de mayo del mismo año fue enviado a Rusia por el Comité de Delegados Rusos de Londres. Poco después de su llegada a Moscú, Peters se convirtió al bolcheviquismo, y luego alcanzó notoriedad como Presidente del Comité para com-

batir la contrarrevolución y el sabotaje. Es un hecho comprobado que *Pravda* publicó una orden de Peters, sobre el arresto de las esposas e hijos adultos de todos los funcionarios que se pasaran al bando antibolchevique, y posteriormente otra que prohibía a todos los ciudadanos la circulación por las calles sin pases oficiales.

A. T. Vasiliev, que alguna vez fuera jefe del Departamento de Policía del Ministerio del Interior durante el zarismo, afirma que, cuando se registró la casa de Rasputín, en busca de documentos después de su muerte, salió a la luz cierta información sobre un hombre llamado Niderorost, miembro del Club Socialista de Londres, quien había ayudado a «Peter Straume, latvio de Whitechapel, a escapar a Australia». Posteriormente pude confirmar, gracias a fuentes independientes, que esto era indiscutiblemente cierto.[8] El único jefe de Policía británico que mencionó a Straume fue Basil Thomson, quien en su *Historia de Scotland Yard,* revela que Pedro el pintor no era otro que Peter Straume, un latvio que vivía en Whitechapel y que, según se cree, luego escapó, para morir en los Estados Unidos en 1914.

El sargento detective Leeson, que resultó gravemente herido durante los acontecimientos de Sidney Street, escribió posteriormente que Pedro el pintor «había escapado a Australia». Poco tiempo después, Leeson viajó a Australia mientras se reponía de sus heridas, y encontró a Pedro el pintor en la propia estación central de Sidney. Para aquel entonces, Leeson ya no estaba conectado con la Policía, aunque indudablemente Peter pensó que el ex detective lo buscaba para arrestarlo. «Fue la última vez que le vi —escribe Leeson— y nada supe de él hasta que recibí una carta de su hermano, diciendo que acababa de morir en América, en el año 1914.»[9]

Gerald Bullett sugiere una respuesta al misterio de por qué Peter no fue arrestado: «escapó junto a otros agentes, y con el conocimiento de la Policía, antes de empezar el tiroteo». Es decir, insinúa claramente que la Policía británica conocía las actividades del contraespionaje zarista, y colaboraba con ellos para atrapar a los anarquistas.

Nuevamente nos hallamos ante una supersimplificación de un caso particularmente complejo. Pero no cabe duda de que el sitio de Sidney Street era un problema amenazador para las autoridades británicas. Planteaba interrogantes sobre ciertos extraños arreglos en el ámbito de los Servicios Secretos, que indudablemente forman parte del repertorio de todos los Gobiernos. Se ha sugerido que Winston Churchill concurrió personalmente a Sidney Street porque no podía resistir el desafío y la excitación de esta aventura. Es mucho más probable que conociera todas las ramificaciones del contraespionaje que resultaban afectadas por este tiroteo. Lo que ha quedado bastante claro es que el Servicio Secreto fue pillado en seria falta en esta ocasión, bien en ciertos acuerdos secretos que tenía con el contraespionaje ruso en Inglaterra, bien en su carencia de información detallada sobre la motivación real de los rebeldes.

15

Un terceto formidable: Mansfield Cumming, Basil Thomson y «Blinker» Hall

Bajo la dirección del capitán Mansfield Cumming, el M.I.6 comenzó a ampliar sus actividades, avanzando hacia el corazón de Alemania. Para ser más exactos, M.I.6 era conocido entonces como M.I.i. C. había crecido rápidamente desde los albores del siglo, y Cumming había establecido importantes enclaves en los Estados Unidos, Rusia y Suiza.

Cumming era una figura legendaria, menos prestigioso que el almirante Hall, pero sin duda dotado de una personalidad casi pintoresca, sobre la cual se contaban muchas historias en el S.I.S. Fue fundador del moderno Servicio de Inteligencia Secreto, tal como está constituido hoy en día, y sus métodos organizativos le sobrevivieron en el M.I.C., tal vez durante demasiado tiempo. Tenía alrededor de cincuenta años cuando se hizo cargo del S.I.S., y aún poseía cierta reputación donjuanesca, cualidad en la que rivalizaba con Sidney Reilly. Antes del advenimiento de Cumming, los jefes del Servicio Secreto se caracterizaban por su estilo pomposamente militar y tal vez aburrido; no se toleraba que ningún agente se dedicara a galantear, a menos que tuviera buenas razones militares para ello. Cumming alteró todo el panorama: más bien le agradaba que sus agentes fueran mujeriegos.

Hay una característica curiosa en la mayor parte de los altos mandos del Servicio Secreto: la pasión por la velocidad y los automóviles deportivos, o al menos como en el caso de T. E. Lawrence, las motocicletas veloces. Cumming no era una excepción, y a menudo aterrorizaba a sus agentes llevándolos a pasear en su automóvil, que desarrollaba espeluznantes promedios. La velocidad fue la tragedia de su vida. Perdió una pierna en un accidente automovilístico. Se cuentan distintas historias sobre este accidente: una

de ellas dice que su hijo había quedado atrapado bajo el auto y que, en su intento de salvarlo, Cumming se amputó su pierna herida con un cortaplumas, a pesar de lo cual su hijo murió antes de que pudiera ayudarle. Llevaba una pierna ortopédica de madera, en la que frotaba sus cerillas para encender los cigarrillos, de modo que constantemente atraía la atención hacia su deficiencia física; a veces, en forma harto sorprendente para sus contertulios, le daba por tallarla con un cortapapel, mientras conversaba con desconocidos.

Como selector de personal no tenía el mismo estilo que Hall: buscaba otras condiciones en sus agentes. Mientras Hall se inclinaba por el académico, el hombre de letras, el diplomático, Cumming buscaba lo que él llamaba «el instinto de un agente alerta». Tal vez su mejor elección fue el único espía que escogió a la manera de Hall: Sir William Wiseman, su hombre número uno en los Estados Unidos durante la Primera Guerra Mundial. Wiseman, educado en Winchester y Cambridge, era barón, poseedor de una de las mentes más agudas y analíticas del mundo del espionaje. Oficialmente, Wiseman encabezaba la Comisión Británica de Compras en los Estados Unidos, pero en realidad se dedicaba a controlar a todos los agentes de Cumming en América, y mantenía una estrecha vigilancia sobre las actividades alemanas desde su despacho de Nueva York.

De todos los agentes que tuvo bajo sus órdenes, Sidney Reilly fue el único que despertó las dudas de Cumming, ya desde su primer encuentro, aunque admitía decididamente que se trataba de un espía brillante. Sin embargo, como dijo Cumming a un agente, «cuando me incorporé al S.I.S., Reilly no era sólo un agente veterano, sino que se había hecho casi indispensable. Era imposible objetar el trabajo de un agente tan profundamente embebido en el Servicio. Tenía talento y coraje, pero era demasiado político, y esto es lo último que puede ser un buen agente».

Efectivamente, Reilly venía de efectuar un brillante trabajo en el Continente. Había llegado a obtener un empleo en los establecimientos Krupp de la ciudad de Essen, fingiéndose alemán y usando el nombre de Karl Hahn. Se decía que Reilly, al robar los planos de esta fábrica de armas, se había visto obligado a dar muerte a dos centinelas, antes de huir. No era la primera vez que Reilly asesinaba en cumplimiento de sus deberes para con el Servicio Secreto, ni tampoco sería la última. De todos los agentes británicos que disponían de lo que James Bond llamaría «licencia para matar», Reilly fue quien la utilizó con más frecuencia, y en una forma singularmente profesional y despiadada. Era un verdadero adicto

del asesinato, ya fuera envenenando, disparando, estrangulando o acuchillando.

Reilly, «el atrevido», como le llamaban sus colegas del Servicio Secreto, reapareció seguidamente en Rusia, donde se abrió paso en el círculo social de la San Petersburgo febril y hedonística de los años de la pre-guerra. Estaba asociado a uno de los clubs más prominentes de la capital, el «Konpetchesky», donde se le tenía por jugador afortunado y eximio, cosa notable en un país ampliamente conocido por la habilidad de sus jugadores, los más expertos de toda Europa. Al contrario de los demás espías, Reilly nunca evitaba llamar la atención; confiaba en que su carácter extrovertido destruiría toda sospecha, y recurría a la ostentación para desconcertar a los desconfiados. Su apartamento parecía un museo. Contenía varios ejemplares soberbios del arte renacentista, y su librería de primeras ediciones totalizaba más de tres mil libros. Concurría a las veladas nocturnas guiando su propio trineo. Aunque mantenía varios negocios, desde el patentado de medicinas hasta la aviación, y manejaba una amplia gama de intereses comerciales, cabe sospechar que Reilly recibiera dinero de varios servicios de espionaje, aparte de Inglaterra. Casi seguramente, se trataba de un agente doble, aunque sin duda los ingleses contrataban lo mejor de su trabajo.

Gracias a la Semana de la Aviación, que él mismo organizó en San Petersburgo, Reilly obtuvo informaciones sobre los progresos de la aviación alemana. Al obtener un empleo de agente de propiedades en Rusia para la firma alemana «Blohn y Voss —de Hamburgo—, Construcciones Navales», tuvo acceso a todos los planos e informaciones sobre los últimos progresos de la construcción naval alemana. Todo eso fue oportunamente informado a Inglaterra. Esta última fue, sin duda, una pieza maestra de espionaje, que debe haber despertado, por igual, las sospechas de alemanes e ingleses. Los alemanes ignoraban que fuera un agente británico, pero su nombre les inquietaba hasta el punto de vigilarlo día y noche, lo cual no impidió que se hiciera con algunas copias de los planos. Al mismo tiempo, contrataba para el Gobierno ruso los trabajos de una firma alemana, cuando podría haberlos obtenido con más facilidad en favor de alguna empresa británica. Cuando la colonia británica de San Petersburgo se enteró de que un inglés luchaba vigorosamente para obtener órdenes en favor de una empresa alemana, hubo protestas ante el embajador británico. Esto debió haber inquietado bastante a los mandos del S.I.S., pues Reilly obtenía sustanciosas comisiones de los alemanes. Cuando se le reprochó su conducta, Reilly replicó que de este modo ahorraba dinero al Servicio Secreto.

Cabe agregar que la vida sentimental de Reilly también daba dolores de cabeza al Servicio Secreto. Siempre había insistido en que su esposa Margaret, aunque alcohólica e histérica, no era necesariamente una molestia para su trabajo. Esto resultó perfectamente cierto mientras ella vivió lejos de Sidney, pero un día se presentó en San Petersburgo. Él le ofreció una gran suma de dinero a cambio del divorcio; cuando ésta rehusó, debió amenazarla de algún modo, pues la mujer abandonó inmediatamente el país. El S.I.S. temía que esta dama furiosa y despechada, aunque también atemorizada, creara problemas y obstaculizara los planes de Reilly. Pero esto no fue todo: Reilly propuso matrimonio —incurriendo en bigamia— a la esposa divorciada de un oficial naval de la Armada rusa.

A pesar de todo, el Servicio Secreto retuvo los favores brillantes, aunque perturbadores, de este talentoso bribón.

A medida que se acercaba la guerra, el descubrimiento de que Karl Gustav Ernst era la «estafeta» del Servicio Secreto en Londres se perfilaba como el más valioso hallazgo de Kell. El hecho de que no se intentara arrestar a los sospechosos hasta el último momento demuestra que el Servicio Secreto británico estaba persuadido ya de que la guerra era inminente. Kell quería colocarse en situación de atrapar a todos los espías alemanes sobre territorio inglés, apenas estallara la guerra. Tenía por cierto que una acción precipitada y prematura restaría al flamante departamento la única ventaja concreta que había adquirido en el curso de sus actividades.

Los alemanes no pagaban demasiado generosamente a sus espías. A pesar de la grandiosa oferta formulada por aquel contratador que buscaba corresponsales de información naval —una tonta ostentación que no podía menos que despertar sospechas— Ernst sólo recibía una libra esterlina al mes, a cambio de sus peligrosos servicios. Una vez más, la Inteligencia alemana subestimaba la eficacia del contraespionaje británico, despreciando los riesgos que corrían sus agentes. Por ejemplo, Ernst recibía las instrucciones para distintos agentes y espías en sobres que ya llevaban los correspondientes sellos postales británicos. Su tarea consistía en despacharlas tan pronto como llegaban. También reunía las contestaciones y las dirigía, bien a Alemania, bien a un país neutral. De modo que resultó tarea fácil para el M.I.5 abrir y leer esta correspondencia, obteniendo un cuadro muy claro de todo lo que ocurría por ambas partes, de ida y vuelta.

Lentamente al principio, y luego con mucha mayor regularidad, los informes de los ciudadanos británicos comenzaron a llegar al despacho de Kell. Así fue cómo llamó su atención la persona del

doctor Armgaard Karl Graves, quien se hacía pasar por holandés. Graves no era espía profesional; se había hecho contratar por la Inteligencia alemana declarando, sin ninguna justificación concreta, que conocía las áreas portuarias y militares de Escocia. Sus actividades en Edimburgo, dignas de un aficionado, pronto llamaron la atención de Kell, que comenzó a vigilarlo. Durante algún tiempo, Kell no se preocupó mayormente de las andanzas de este agente; luego tuvo noticias de que el espía había conquistado la amistad de un empleado de una firma de armamentos de Glasgow. Inmediatamente dio orden de que Graves fuera arrestado. En la habitación de Graves se descubrieron mensajes en código, fechados en Amsterdam, apuntes sobre fábricas de armamento de la zona, fotografías y mapas de la base naval de Rosyth, así como detalles de una nueva arma, fabricada en Glasgow por William Beardmore. Graves fue sentenciado a dieciocho meses de prisión en 1912, pero se le liberó antes de que transcurrieran cuatro meses, siguiendo instrucciones específicas de Kell y se le obsequió un billete gratuito hacia América.

Entre las jugadas de Kell, ésta fue uno de sus contados fracasos, aunque puede defendérsela vigorosamente, pues su concepción era inteligente. Kell había recibido informaciones en el sentido de que Gustav Steinhauer no confiaba demasiado en Graves y, en realidad, había decidido liquidarlo. Por otra parte, el espía, una vez en prisión, solicitó una entrevista con funcionarios del Servicio Secreto británico, prometiendo que si lo liberaban accedería a trabajar como espía doble. Todo lo que pedía a cambio era un billete gratis hacia los Estados Unidos y una determinada cantidad de dinero.

Kell debió haber comprendido que Graves era un aficionado incompetente, y que, aunque cumpliera sus promesas, sería tan torpe trabajando para los ingleses como para los alemanes. Lo cierto es que, aunque alardeaba de su conocimiento de la Inteligencia alemana, prácticamente lo ignoraba todo. Pero Graves nunca abrigó intenciones sinceras de trabajar para Inglaterra; no envió un solo informe desde América, donde invirtió su tiempo en editar un libro, *Secretos del Ministerio de Guerra Alemán.* Fue publicado poco menos de dos meses antes de estallar la guerra, con un considerable éxito de venta.

Lamentablemente para Kell, los periodistas comenzaron a preguntar, en 1913, acerca de la fecha en que Graves debería salir de la prisión, y surgió un escándalo espectacular cuando se enteraron de que había abandonado su calabozo, largo tiempo atrás. Hubo interrogatorios en la Cámara de los Comunes, y el entonces Secretario del Interior, McKinnon Wood, sacó a relucir la información

deliberadamente errónea de que Graves padecía una enfermedad incurable.

El doctor Page, embajador americano en Inglaterra durante la Primera Guerra Mundial, escribe: «uno de los fenómenos más curiosos, que por otra parte echa luz sobre la simpleza alemana, es la confiada creencia del Gobierno germano en el sentido de que su Servicio Secreto era realmente secreto. Los mensajes cifrados y códigos de las demás naciones podían ser leídas, pero no los alemanes; sus métodos secretos de comunicaciones, al igual que todo lo alemán, era un dechado de perfección». [1]

Este confiado optimismo alemán fue cruelmente destruido por el departamento de Inteligencia Naval, a las órdenes del capitán Hall. Sir Alfred Edwing, que había sido citado para examinar señales alemanas interceptadas, insistió en que se formara inmediatamente un equipo especial para trabajar en el asunto. Por suerte para el Almirantazgo, Edwing había estudiado el tema de los códigos cifrados durante años, a título de simple afición; su equipo, en cambio, debió sufrir un duro entrenamiento cara al complicado procedimiento del cifrado y desciframiento. Seleccionó a varios aficionados, provenientes de distintas profesiones y actividades, concentrándose especialmente en los fanáticos de la radiofonía. Tuvo la suerte de que dos de estos aficionados se le presentaron por su propia iniciativa: el abogado Russell Clark y A. J. Alan, que luego sería famoso como animador de la BBC y escritor de cuentos. Ambos declararon haber interceptado mensajes alemanes por medio de sus receptores caseros y afirmaron que, si se les brindaban intalaciones superiores y equipos de primera categoría, podrían interceptar materiales más abundantes y significativos. [2]

A pesar de todo, el Almirantazgo había demorado peligrosamente la implantación de un organismo capacitado para interceptar y descifrar las señales alemanas. En julio de 1914, esta organización todavía no era operativa. Pero la suerte volvió a jugar en favor de los británicos .El 20 de agosto de 1914, los rusos chocaron contra navíos alemanes en las proximidades del Golfo de Finlandia. El crucero alemán *Magdeburg* encalló en medio de la niebla, y apenas el capitán alemán advirtió que la Flota rusa se le acercaba, al disiparse la neblina, envió a un oficial que, tripulando una barca de remos, debía arrojar en aguas profundas los libros que contenían los códigos secretos alemanes. Dicho oficial fue baleado y cayó al mar. Los rusos rodearon la nave alemana, la sometieron a fuego graneado y causaron considerables bajas, pero el capitán ruso ordenó rescatar todos los cadáveres de soldados alemanes que fuera posible, para sepultarlos correctamente.

En este caso, un acto honorable obtuvo una valiosa recompensa.

Entre los cuerpos rescatados del mar se encontraba el de un oficial que llevaba todavía, muy apretadas con ambas manos, las carpetas que contenían los libros del código. Los rusos dedujeron que aquellos documentos no podían estar demasiado lejos, de modo que enviaron a varios buzos para que los recobraran. Luego, sorprendentemente en el caso de una nación tan desconfiada como Rusia, remitieron los libros a los ingleses. La documentación no sólo contenía el código en vigencia sino también, según pudo deducirse al cabo de un incansable trabajo del equipo de Edwing, la clave para desentrañar todo el sistema sobre el cual se basaban los códigos alemanes. Se trataba, en general, de códigos regidos por el abecedario, consistentes en una serie de columnas paralelas, y el ordenamiento deliberadamente caótico de las palabras codificadas permitió deducir que el sistema se había planeado para alterar los códigos de tiempo en tiempo.

Los expertos de Edwing notaron que, aunque un mensaje codificado podía significar diferentes palabras en diferentes días, e incluso de hora en hora, una misma serie de signos cifrados indicaba siempre una secuencia alfabética de palabras. Esto no era de la máxima importancia: significaba que si lograba identificarse un solo signo del código con una palabra clara, aunque las claves alemanas se hubieran alterado, todos los signos cifrados de aquella columna podrían traducirse, estableciendo los signos opuestos en la columna de palabras por orden alfabético. El resultado fue que, a pesar de que los alemanes cambiaban sus claves con gran frecuencia, sus mensajes de radio podían ser leídos y comprendidos por los ingleses. Fue un descubrimiento de tremenda importancia, que dio al equipo de Edwing una gran ventaja, a pesar de haber iniciado su funcionamiento en situación claramente desventajosa. Más de una vez, los ingleses supieron por anticipado de los ataques que planeaban las flotas alemanas en el mar del Norte, y de tal modo pudieron controlarlos fácilmente. Gracias a este golpe de suerte en plena guerra, considerablemente capitalizado por el trabajo febril que realizaba el equipo de códigos cifrados de la habitación 40 del Almirantazgo, los cruceros ingleses ganaron la batalla de Dodge Bank; incluso en la famosa batalla de Jutlandia, la Flota alemana fue atrapada porque sus mensajes secretos habían sido correctamente interpretados. [3]

Los alemanes extrajeron una gran lección de sus actividades anteriores a la Primera Guerra Mundial, pero no lograron beneficiarse de ella hasta los primeros momentos de la Segunda Guerra Mundial, un cuarto de siglo después. Entonces, como veremos luego, demostraron haber asimilado la lección con devastador efecto, tanto así que en un solo día provocaron una revolución en los métodos

británicos de Inteligencia y una completa transformación en el personal del Servicio Secreto. Antes de 1914, los alemanes —particularmente su Servicio de Inteligencia— hablaban en términos de *Der Tag*. El día en que se declaraba la guerra debía ser, también, el día de la victoria final. Pero, durante sus preparativos navales, soslayaron completamente la importancia de Scapa Flow, que por aquel entonces, y hasta 1939, era la ciudadela más orgullosa e invencible de la Armada británica. Posiblemente, la organización alemana de Inteligencia se dejó engañar por los disparates que le informaban agentes como el doctor Graves. Pero lo cierto es que, a pesar de sus intensos esfuerzos por obtener información sobre los puertos de la zona Sur, descuidaron los del Norte. No fue hasta octubre de 1914, a un mes de la declaración de guerra, que Gustav Steinhauer comprendió esta omisión y, disfrazado de pescador, viajó a Scapa Flow; allí, mientras pescaba con una línea, echó una ojeada a los astilleros navales. Este solo hecho sugiere que el Almirantazgo alemán no poseía, por aquel entonces, relevamientos cartográficos adecuados del área; pero a fines de julio tomaron conciencia de que los navíos de guerra más grandes de Inglaterra podían refugiarse tranquilamente en Scapa Flow. Ésta era toda la información de relativo valor que lograron obtener sobre las amplias instalaciones portuarias de Scapa Flow, aunque posteriormente algunos submarinos alemanes y barcos pesqueros neutrales les suministraron detallados informes, no sólo sobre Scapa Flow sino también sobre los campos minados, y los estrechos pasajes que permitían atravesarlos.

Hacia fines de 1913, el Departamento Especial de Scotland Yard, a las órdenes de Basil Thomson, y M.I.5 estaban dispuestos para la guerra. En cierto sentido, estas dos secciones eran complementarias; en otro, debido fundamentalmente a la naturaleza ambiciosa de Thomson, eran rivales. Thomson había decidido superar los límites normales del contraespionaje, contratando los servicios de agentes en el extranjero. Estaba decidido a controlar un servicio de espionaje así como una organización de contraespionaje, para no depender del M.I.5. El departamento de Kell había sido ampliado, incluyendo a cuatro oficiales, un abogado, dos investigadores y siete empleados dependientes. Este equipo había compilado inmensos archivos sobre sospechosos de espionaje y espías probados, y necesitaba más espacio para sus oficinas. De manera que lo trasladaron desde el Ministerio de Guerra a la planta baja del pequeño teatro de la calle John. Este traslado del M.I.5 fue realizado con la máxima discreción, pero inevitablemente puso a Kell en contacto con personajes del mundillo teatral. Uno de éstos era un empresario llamado Maundy Gregory, que no tardó en ofrecer sus servicios

a Kell. Normalmente, Kell hubiera sospechado de cualquier desconocido demasiado curioso, y con antecedentes no muy claros. Pero Gregory especulaba con el hecho de que su padre había sido vicario en el área de Southampton —Kell era profundamente religioso— y con que, durante sus tiempos de aprieto económico, había trabajado como detective en un hotel, lo que le hacía útil a la Inteligencia británica, puesto que había estado en contacto con informes sobre los extranjeros indeseables de la capital inglesa. Así fue como Arthur John Peter Michael Maundy Gregory —para darle todos sus nombres— comenzó a trabajar para el Servicio Secreto. Tan pronto como ganó la confianza de Kell, tendió lazos similares hacia Sir Basil Thomson, estableciendo con él una amistad bastante íntima, más estrecha tal vez que la que lo unía a Kell. Posteriormente usaría esta influencia en el Servicio Secreto para convertirse en el bribón más desvergonzado que han conocido los archivos oficiales británicos.

Kell había establecido como norma fija de su departamento que, una vez que un espía, o sospechoso de espionaje, era descubierto, debían vigilarle permanentemente. Así fue como, en 1911, tuvo noticias de que un cierto Frederick Gould, propietario de una casa de apartamentos de Rochester, vecina a las instalaciones navales de Chatham, se llamaba en realidad Frederick Adolphus Schroder. Kell había ordenado que se controlara la correspondencia de Gould, descubriendo que enviaba informaciones al Continente. Se optó por tergiversar sutilmente los datos de mayor importancia en aquellas cartas, de manera que los receptores de la información se hicieran un cuadro totalmente erróneo de la situación. Del mismo modo, las respuestas que recibía Gould eran adulteradas por la Inteligencia británica antes de que aquél las leyera. Pronto se advirtió que Gould visitaba periódicamente la localidad de Ostende, y que desde allí viajaba a Coxhaven, donde recibía dinero de los alemanes. Gracias a su correspondencia se supo que en febrero de 1914, la señora Gould debía viajar a Bruselas para entregar una importante información a un agente alemán que residía en dicha ciudad. La señora Gould fue arrestada en el tren, antes de que abandonara la costa inglesa, y en su cartera se descubrieron planos de defensa submarina, un manual de armamentos, bocetos de cruceros y cuadros de campos minados. También se le secuestró el nombre y las señas del agente que debía contactar en Bruselas.

Kell ya no se atrevía a mantenerse a la expectativa. Los Gould fueron detenidos y juzgados en abril de 1914, pero, curiosamente, mientras el marido era enviado a prisión por seis años y luego deportado, fue retirada la acusación contra la señora Gould, quien resultó absuelta. Tal vez Kell supusiera que, si la señora Gould

quedaba en libertad, guiaría a sus investigadores hacia otros espías. Se había descubierto que Gould había estado trabajando para el Departamento de Inteligencia Naval alemán desde 1902, y que había recibido mil libras esterlinas de dicho organismo para convertirse en propietario de la casa de Rochester. Durante doce años, había suministrado informaciones a los alemanes, e individualmente podía considerársele el espía alemán más eficaz en territorio inglés.

Buena parte del mérito del M.I.5 debe adjudicarse a Winston Churchill, quien durante su gestión como secretario del Interior le otorgó considerable impulso. En su libro *La crisis mundial*, escribe: «Seguí investigando acerca del sabotaje, el espionaje y contraespionaje, hasta ponerme en contacto con oficiales que trabajaban en forma silenciosa y seria, sólo que en pequeña escala y con medios muy reducidos. Me informaron sobre el espionaje alemán y los agentes del mismo origen que operaban en los distintos puertos ingleses.» [4] Churchill fue de gran ayuda para cambiar las reglas del juego, cuando Kell solicitó su intervención. Hasta 1911, cada vez que la sección de Kell deseaba interceptar correspondencia privada, debía obtener un permiso especial de la Secretaría del Interior. Esto implicaba una considerable pérdida de tiempo, e impedía al M.I.5 estar al corriente de toda la correspondencia relacionada con el espionaje que entraba y salía del país. Churchill dio su permiso para que todas las cartas enviadas o recibidas por personas que figuraban en los archivos especiales de Kell fueran abiertas sin ningún tipo de trámite burocrático.

Gracias a esto, tras declararse la guerra el 4 de agosto de 1914, Ernst, aquel peluquero que actuaba como «estafeta» de la Inteligencia alemana, y otros veintiún espías alemanes en Inglaterra, fueron rodeados y detenidos en la mañana del día 5. Aun considerando que la estupidez de los alemanes y cierto torpe amateurismo de muchos de sus espías facilitaron las cosas para el M.I.5, la tarea de esta pequeña organización de Inteligencia fue considerablemente meritoria. Gracias a su rápida acción, Alemania careció durante casi todo un año de servicio de espionaje dentro del territorio inglés. Los alemanes necesitaron invertir casi doce meses en la creación de una nueva red de Inteligencia.

La captura de los espías alemanes tomó a Berlín completamente desprevenido, y permitió que una fuerza expedicionaria británica cruzara el canal de la Mancha sin que sus movimientos fueran informados al enemigo. En consecuencia, las tropas británicas llegaron al frente justo a tiempo para apoyar a los franceses antes de que Von Kluck y Bulow pudieran rodearlos.

Ciertas campañas sensacionalistas de la Prensa, algunas de ellas dirigidas por los propios servicios de contraespionaje, informaron

al público sobre los espías alemanes que actuaban en suelo británico, asegurando que nuevos agentes estaban llegando a Inglaterra bajo la fachada de refugiados belgas. Esto ayudó a crear una histeria colectiva con respecto al espionaje, hasta un extremo que jamás se había conocido en nuestro país. Los organismos policiales y militares comenzaron a recibir una avalancha de denuncias de espionaje —muchas de ellas, totalmente inexactas e infundadas— provocando una pérdida de tiempo tan grave que el Ministerio del Interior se vio obligado a publicar una declaración. En este mensaje, por primera vez, se admitió la existencia de organismos militares y navales de contraespionaje:

«Hace cinco o seis años, se demostró claramente que los alemanes estaban haciendo grandes esfuerzos para establecer un sistema de espionaje en nuestro país; para vigilar y aplastar esta organización fue creado un departamento especial de Inteligencia en el Almirantazgo y el Ministerio de Guerra, que desde entonces viene actuando con la íntima cooperación del Ministerio del Interior y la Policía Metropolitana, así como las principales fuerzas policiales de provincia.

»En 1911 fue modificada el Acta de Secretos Oficiales o Ley de Espionaje, que hasta dicha fecha era confusa y deficiente. Se esclarecieron sus contenidos y efectos, extendiéndolos para incluir todas las formas posibles de obtención y envío de información al enemigo en tiempo de guerra.

»El Departamento Especial de Inteligencia, provisto de todos los medios que la Secretaría del Interior pudo poner a su alcance, logró en el plazo de tres años desde 1911 hasta 1914, descubrir todas las ramificaciones del Servicio Secreto alemán en Inglaterra. A pesar de los enormes esfuerzos del enemigo y sus grandes inversiones en dinero, muy poca información valiosa llegó a sus manos.

»Los agentes... fueron vigilados y seguidos sin que, en términos generales, se asumiera ninguna acción hostil, para que no advirtieran que sus movimientos eran vigilados. Sin embargo, cuando se advertía que un espía estaba a punto de remitir planos o documentos de alguna importancia hacia Alemania, se le arrestaba, y en tales casos, siempre se hallaba en su poder evidencia suficiente para enviarlo a prisión.»

La declaración oficial proseguía indicando el número de espías arrestados al declararse la guerra, agregando: «Esta cifra no incluye a un gran número, superior a los doscientos, que se consideró sospechoso y fue mantenido bajo observación especial. La gran mayoría de estos sospechosos fueron arrestados al declararse la guerra o poco después... Aunque esta acción, tomada el 4 de agosto, destrozó en apariencia la organización de espionaje que se había establecido antes de la guerra, es necesario adoptar las medidas más rigurosas para evitar el establecimiento de una nueva organización clandestina, y para hacer frente a la amenaza de los eventuales espías individuales que podrían haber estado trabajando previamente en este país, al margen del organismo, o que podrían establecerse en nuestro suelo bajo la fachada de personas neutrales, con posterioridad a la declaración de guerra... El Ministerio del Interior y el Ministerio de Guerra cuentan ahora con la ayuda de un mecanismo de censura cablegráfica y postal, que ha resultado extremadamente eficaz en la intercepción de comunicaciones secretas por carta o cable con el enemigo.»

Era una larga declaración, cuya última parte estaba destinada principalmente a tranquilizar al público, deteniendo la histeria colectiva. También contenía una advertencia sobre el daño que podían causar los exaltados denunciantes de actividades de espionaje: «Las autoridades militares y policiales desean que las personas que creen poseer información sobre casos de espionaje la comuniquen a la autoridad militar local o a la oficina central más próxima, que se encuentran en comunicación directa con el Departamento Especial de Inteligencia, en lugar de causar una innecesaria alarma civil, poniendo sobre aviso a los espías a través de denuncias públicas o cartas a la Prensa.

»En algunos casos, el fiscal ha citado a los autores de este tipo de cartas y denuncias, solicitándoles pruebas o evidencias que avalaran sus declaraciones y permitieran establecer una acusación seria, pero hasta el momento no se ha logrado reunir pruebas consistentes en este tipo de casos.»

El tono de la declaración pública suscitó algunas críticas: lo consideraron demasiado complaciente. Por otra parte, el ánimo de la población estaba tan exaltado que continuó el bombardeo de denuncias sobre la Policía y, en algunos casos, sobre representantes parlamentarios. La expresión no es exagerada, y cabe recordar algunas cifras oficiales mencionadas por el entonces canciller, Lord Haldane, con respecto a las actividades oficiales de contraespionaje:

«Se han desarrollado más de ciento veinte mil investigaciones; han sido arrestados trescientos cuarenta y dos sospechosos de espionaje... se han registrado seis mil domicilios particulares.»

Naturalmente, las referencias oficiales «a un Departamento Especial de Inteligencia», eran inexactas. Este término cubría globalmente, en términos de contraespionaje, al Departamento Especial que conducía Basil Thomson, el Departamento de Inteligencia naval a las órdenes de Hall, y el M.I.5 que dirigía Kell. Los jefes de estos tres departamentos trabajaban en estrecha colaboración, en condiciones muy superiores a las de la Segunda Guerra Mundial,

aunque esto se debía, probablemente, al hecho de que, por aquel entonces, las tres secciones eran mucho más reducidas.

De estas tres organizaciones, el Departamento de Inteligencia naval era por amplio margen el más importante, y su peso específico crecía a medida que se desarrollaba la guerra. Esto se debía, en parte, al impulso, la energía, la decisión y las condiciones de Hall. Sin duda, fue el oficial de Inteligencia más capaz de la Primera Guerra Mundial. El doctor Walter Page, astuto embajador americano en Londres, que por su parte no era poca cosa como agente de Inteligencia, escribió al presidente Wilson acerca de Hall, el 17 de marzo de 1918: «Estudio con mucho interés a los hombres que, en este país, llevan a cabo las enormes y abrumadoras tareas de guerra. Hay entre ellos criaturas realmente singulares, hombres cuyas historias leerán nuestros nietos en la escuela; pero el más extraordinario de todos es este oficial naval, del que, probablemente, jamás oirán una sola palabra.» [5]

Otra razón para la supremacía del N.I.D. residía en que, al contrario del M.I.5, se dedicaba a organizar el espionaje en el exterior, además de sus tareas de contraespionaje interno. Hall, en su condición de director del Departamento, tenía ideas muy claras al respecto: en términos generales, consideraba que el N.I.D. debía tener agentes en todos los países del mundo, para hacer acopio de toda la información posible, no sólo acerca de los distintos frentes de guerra y puertos claves, sino también sobre países neutrales y regiones no comprendidas en la esfera bélica. Por esta razón, incorporó personal civil al N.I.D.

Hall sostenía la teoría, que acabó por convertirse en práctica común del Departamento, de que la ciudad de Londres era un lugar ideal para reclutar personal adjunto. Escogió a Claud Serocold, comerciante, para convertirse en su asistente directo. Otros reclutados fueron James Randall, comerciante en vinos que tenía numerosos contactos con el Continente; Thomas Inskip, que había de convertirse luego en Lord Caldecote; el historiador Algernon Cecil, y Sir Philip Baker Wilbraham, de Oxford. Estos hombres seleccionaban las informaciones que fluían hacia la habitación 40, nombre con que se designaba al centro neurálgico del N.I.D., y redactaban informes a base de toda la Inteligencia reunida. Hall no era tímido, ni muchísimo menos, cuando se trataba de imponer sus concepciones en cuanto a la organización de la Inteligencia naval. Por lo tanto, después de incorporar civiles al N.I.D., procedió a reclutar también a algunas mujeres. Esto provocó cierta oposición dentro del Almirantazgo, pero Hall se negó a prestar oídos al comentario habitual de que «la Armada se estaba convirtiendo en una casa de locos». Los requisitos exigidos para estas reclutas femeninas

eran bastante simples: debían ser hijas o hermanas de oficiales en servicio, conocer al menos dos idiomas y tener conocimientos de mecanografía. Fueron conocidas por el nombre de «las bellas del coro de *Blinker*», pues este último era el apodo de Hall. Mientras Kell era modesto, tranquilo y paciente en el desempeño de sus funciones como jefe de Inteligencia, Hall exhibía una fuerza especial, una gran impaciencia y una notable ansiedad por disponer de mayores poderes, pues estaba convencido de que jamás podría convertir al N.I.D. en un organismo eficiente si no le permitían actuar con las manos libres. Muy pronto advirtió que Basil Thomson también era un hombre de ambición, y que ocupaba una posición clave. Con Thomson de aliado, creía poder obtener una autoridad aún mayor. No hay duda de que Hall, incluso a esta altura de la guerra, se consideraba el verdadero *poder* en el Servicio de Inteligencia. Persuadió a Basil Thomson de que le permitiera presenciar el interrogatorio de todos los prisioneros navales. La combinación de Hall y Thomson, como equipo de interrogación conjunta, era formidable. Sir Basil Thomson describió sus técnicas y procedimientos del siguiente modo: «En mi habitación había un sillón feísimo e incómodo. En tiempos de paz, nadie se sentaba en él, pero durante la guerra lo ubicamos junto a mi mesa para que lo ocupara el supuesto espía. Habíamos notado que la gente que se sentaba allí se volvía inmediatamente comunicativa, y que cada vez que se les formulaba una pregunta difícil se apoyaban sobre sus brazos, elevándose ligeramente, como para poner sus rostros a la altura del que llevaba el interrogatorio. De modo que hicimos un experimento: yo ocupé la silla y mi colega, ahora un eminente K.C., asumiendo una expresión de feroz seriedad, empezó a interrogarme. Advertí inmediatamente la enorme ventaja que le asistía por estar sentado a un nivel más alto.»

La primera batalla de Hall con las autoridades tuvo el pretexto de la censura de cables. Hall opinaba que los métodos aplicados en esta tarea eran lentos, despertando sospechas en los países extranjeros y neutrales, y por otra parte le parecía ineficiente, en el sentido de que muchas cartas escapaban a la vigilancia. Cuando visitó la oficina londinense de Mound Pleasant, su opinión quedó confirmada. Encontró montones de cartas que esperaban a sus «lectores» y numerosas bolsas que no habían sido examinadas en absoluto.

El control de la censura postal estaba en manos del brigadier general George Cockery; Hall consideraba que se prestaba demasiada atención a los miembros del Gabinete que pedían la cancelación de todas las formas de censura de correspondencia civil, mientras se descuidaban las exigencias de la Inteligencia en tiem-

po de guerra. Hall estaba decidido a intervenir. Entrevistó a Cockery y le presionó, explicándole que sólo un cinco por ciento de la correspondencia que salía del país era examinada y subrayando la necesidad de abrir todas las cartas extranjeras. De alguna manera, a pesar de que algunos países neutrales habían presentado quejas por las extraordinarias demoras que registraba la correspondencia de Gran Bretaña, Hall se salió con la suya, al menos extraoficialmente.

El N.I.D. se hizo cargo del trabajo extra que representaba la apertura y el control de toda la correspondencia extranjera, y todo funcionó sobre ruedas hasta que un miembro del equipo de examinación olvidó tontamente un billete con un membrete oficial dentro de uno de los sobres. Se trataba de una carta del extranjero, dirigida a un miembro del Parlamento, que inmediatamente presentó una protesta ante el Secretario del Interior, Reginald McKenna. Éste citó a Hall y le señaló, en tono ligeramente pomposo, que la confiscación de correspondencia privada sin permiso previo constituía una seria contravención, castigada con dos años de cárcel. Hall defendió vigorosamente su conducta, y luego pidió una entrevista con el Primer Ministro Asquith, quien, sin discutir demasiado el asunto, otorgó su permiso para que Hall continuara con sus actividades, siempre que a la brevedad posible se instalara un nuevo Departamento de Inteligencia de Guerra, para llevar adelante estas actividades, en colaboración con el Almirantazgo y el Ministerio de Guerra.

Al mismo tiempo, el problema de las tintas invisibles que solían utilizar los agentes y espías en sus cartas quedaba prácticamente resuelto. Dicha técnica era constantemente mejorada por el enemigo, pero los ingleses habían establecido un laboratorio químico especializado en este trabajo, puesto que algunas de las tintas invisibles requerían sustancias especiales para su revelado. En muchos casos, esta escritura especial no era utilizada por espías sino por firmas comerciales de países neutrales que enviaban cargueros hacia Alemania. Uno de los grandes beneficios obtenidos por el N.I.D., gracias a la censura de la correspondencia extranjera, fue la información anticipada sobre los barcos de carga que viajaban hacia Alemania. Por este medio, los navíos de guerra podían interceptar a dichas naves. En opinión del Ministerio responsable del bloqueo de Alemania, los esfuerzos combinados del N.I.D. y el Departamento de Inteligencia de Guerra cumplieron en gran parte con la misión de suprimir el comercio enemigo, y la información reunida resultó invalorable con vistas a la detección de las mercancías enemigas transportadas en aviones neutrales, o en barcos de bandera neutral.

Después de la guerra, el brigadier general Cockery comunicó a sus oficiales, en un mensaje de despedida, que habían interceptado «aviones enemigos por valor de unos setenta millones de libras esterlinas, y a la vez destruido por completo las comunicaciones del enemigo en ultramar, al menos en la medida en que eran vulnerables.

»A través de vuestra esencial colaboración, de cara a la prevención de las transacciones especulativas con materias primas, el control de precios y la estimación de los recursos disponibles en vitales implementos bélicos, habéis ahorrrado al país sumas enormes, que en el caso de una sola transacción ascendieron al millón y medio de libras esterlinas, y que en una estimación aproximada totalizan doscientos millones.» [6]

16

Vernon Kell, el padre de M.I.5

«Durante la guerra —escribe Basil Thomson— los alemanes pocas veces emplearon espías que desempeñaran sus tareas por puro patriotismo. Se inclinaban por los profesionales, y a menudo los elegían muy mal. Se trataba de artistas, músicos y, a veces, criminales de la peor calaña, personas que no habían sido adiestrados para suministrar informes de verdadero valor. Unos pocos espías alemanes se dedicaban a su tarea por amor a la aventura, pero la mayoría buscaba una simple fuente de ingresos. Sólo unos pocos eran de nacionalidad alemana; el resto pertenecía a países neutrales.» [1]

Si los hombres enviados como espías a Inglaterra antes de la guerra eran de escaso calibre, los que les siguieron resultaron aún peores. Cuando el primer contingente de espías fue arrestado en bloque, en 1914, la Inteligencia alemana comprendió que su aparato de espionaje había sido destruido, y, presa de pánico, comenzó a enviar reemplazantes aficionados.

Uno de ellos era un teniente de la Reserva Naval, Karl Hans Lody, completamente falto de experiencia en la materia, pero voluntarioso, lo que era un punto a su favor. Lody conocía muy bien Inglaterra, pues había sido guía turístico para la línea naval Hamburgo-América. Dado que su inglés, aunque fluido, tenía acento americano, lo enviaron a Edimburgo en setiembre de 1914, provisto de un pasaporte falso con el nombre de un turista americano, Charles A. Inglis.

El problema de Lody era su excesivo entusiasmo por el trabajo: formulaba demasiadas preguntas, especialmente acerca de la Estación Naval de Rosyth. También despertó sospechas el telegrama que envió a Adolf Burchard, de Estocolmo. A éste siguieron varias cartas, dirigidas al mismo destinatario. En una de estas cartas reveló la pobreza de sus condiciones como espía. Repetía el rumor, que había estado circulando durante semanas por toda Inglaterra, de que un Ejército ruso había desembarcado en Escocia para ser transportado a Francia y combatir en el frente occidental. Sólo omitió un detalle, que luego quedó grabado en la historia como una de las mayores bromas de la guerra: los rusos habrían «desembarcado con nieve en sus botas». Lo que más alertó al Servicio de Inteligencia con respecto a su personalidad fue un cable que envió a su amigo de Estocolmo, diciendo: «Ojalá venzamos pronto a estos malditos alemanes.»

Era un poco inexplicable que un americano malgastara tanto espacio en un cable para expresar tales sentimientos, ya que la guerra no afectaba todavía a los Estados Unidos. La situación movía a pensar que Lody deseaba desconcertar a las autoridades de censura, hacerles creer que sus sentimientos eran ardientemente pro-británicos.

Se cree que la leyenda sobre el desembarco ruso en Gran Bretaña se originó en la pregunta formulada por un mozo de estación a unos soldados escoceses, cuando su tren se detuvo en una pequeña estación inglesa. El mozo quiso saber de dónde provenían los soldados; estos replicaron: «Ross-Shire». El mozo creyó oír «Rusia» y, posiblemente, confundió sus acentos regionales con una pronunciación foránea.

El dependiente difundió su historia, y ésta pronto fue voxpopuli en todo el país. La gente no sólo juraba haber visto a los rusos, sino que éstos llevaban largas barbas negras (la leyenda popular siempre les adjudica esta clase de aditamentos) y que se advertían rastros de nieve en sus botas. De hecho, la historia fue deliberadamente fomentada por la propaganda del Servicio Secreto, en parte con la esperanza de engañar al enemigo, en parte para elevar la moral de los ingleses.

Lody fue seguido por el Servicio Secreto desde Edimburgo hasta Londres, y desde aquí a Liverpool, Holy Head y Dublín. Se podía concentrar toda la atención de los agentes en Lody porque, en aquel momento, era el único agente alemán en Inglaterra. El hecho de que Lody se desplazara por todo el país y no se quedara en un sólo sitio lo demostraba. Cuando el M.I.5 efectuó un operativo general, el 5 de agosto de 1914, detuvo a varios espías residentes en Londres, Newcastle, Pourtmouth, Sittingboune, Brighton, Winchester, Southapton, Weymouth, Falnouth, Warwick, Barrow-in-Furness, Padestow y Mountain Ash. Finalmente, Lody fue arrestado por el Scotland Yard, juzgado y sentenciado a muerte, muriendo fusilado en la Torre de Londres, el 6 de noviembre de 1916.

Sin embargo, a pesar de sus errores y torpezas, Lody fue tomado muy en serio por los alemanes, en cuanto a sus informes sobre la llegada de un contingente ruso. A raíz de estas noticias, cursadas vía Suecia, los alemanes mandaron a dos divisiones para custodiar la costa belga, en previsión de una posible invasión rusa. La ausencia de estas dos divisiones en el frente occidental costó a los alemanes la vital batalla del Marne. Oficialmente, se ha negado que el Servicio Secreto instrumentara la historia del mozo de estación y los rusos. Esta desmentida tenía buenas razones. Los servicios de Inteligencia habían caído en la cuenta de que los alemanes eran capaces de creer los rumores más fantasiosos, y admitir que este tipo de rumores era deliberadamente difundido por los ingleses hubiera causado un enorme daño. [2]

Los equipos de contraespionaje creían que el siguiente esfuerzo de los alemanes por infiltrar sus espías en el país se ocultaría bajo la fachada de los refugiados belgas. Consecuentemente, Basil Thomson insistió en interrogar a todos los refugiados que entraban en el país. No hubo que esperar mucho. Un grupo numeroso de espías intentaba penetrar en Inglaterra a título de refugiados, o de extranjeros neutrales, o, en un descarado caso, un alemán se presentó ofreciendo ayuda a los aliados. El 4 de noviembre de 1914, los alemanes enviaron a un reemplazante de Lody, Horst von der Goltz, quien también llevaba un falso pasaporte americano a nombre de Brigman Taylor. Este individuo se presentó en la oficina británica de inmigración y aseguró poseer información sobre los futuros *raids* aéreos alemanes, así como sobre las fuentes donde el *Endem* obtenía sus informes acerca de los navíos ingleses a los que se atacaba en alta mar, y las provisiones alemanas de combustible. El Ministerio del Interior envió a Von der Goltz a presencia de Basil Thomson, quien lo encontró «sospechoso, deshonesto y nada convincente». [3]

A Thomson tampoco le impresionaba la información que ofrecía este hombre: sabía que ningún americano podía tener este tipo de datos. Thomson desarrolló un interrogatorio agresivo, rechazando violentamente la oferta de ayuda, y al cabo de media hora obtuvo la confesión de Von der Goltz, quien aseguró haber dejado algunos documentos *realmente* valiosos en un depósito holandés. Thomson le sonsacó la clave de estos documentos codificados, y, tres días más tarde, agentes ingleses secuestraron estos documentos: de todos modos, carecían de importancia. Thomson estaba seguro de que el hombre era un espía, pero no tenía pruebas suficientes para acusarlo desde un punto de vista legal. Sin embargo, logró inculparlo del delito de no registrarse en las oficinas de inmigración: Von der Goltz fue sentenciado a seis meses de cárcel, recomendándose su reportación.

Pero el caso de Von der Goltz no terminó allí. Los agregados naval y militar en los Estados Unidos, Von Papen y Boyd, tras mucho abusar de su inmunidad diplomática para practicar espionaje en América, fueron llamados a su país de origen, a solicitud del Gobierno americano. Se les dio un salvoconducto para cruzar el Atlántico, refrendado por los aliados, pero Thomson, abogado, sabía que el salvoconducto sólo se aplicaba a las personas, y no a los documentos que portaban. Por lo tanto, cuando el barco llegó a Falmouth, el 2 de enero de 1916, a pesar de las protestas de Von Papen, examinó personalmente sus documentos; entre ellos había un cheque a la orden del «Riggs National Bank», fechado el 1 de setiembre de 1914, en favor del señor «Brigman Taylor», por doscientos dólares.

Por aquel entonces Von der Goltz cumplía su condena en la prisión de Reading. Fue nuevamente convocado a la presencia de Basil Thomson, quien esta vez obtuvo una confesión completa: era alemán y había actuado como mercenario en el Ejército mejicano. Desde el punto de vista alemán, este hombre resultó un agente por completo insatisfactorio, pues relató a las autoridades británicas todo lo que sabía y había hecho, admitiendo incluso que había sido enviado por Von Papen para dinamitar instalaciones en los Estados Unidos y revelando los nombres de todos sus compañeros en América, incluyendo el de Hans Tauscher, agente de Krupp en los Estados Unidos. Finalmente, actuó como testigo principal durante el juicio de Tauscher en América. Pero Von der Goltz hizo una impresión tan pobre en el jurado como la había causado en Thomson, de modo que el defensor de Tauscher hizo valer algunas contundentes evidencias sobre el carácter de Von der Goltz. El agente de Krupp fue absuelto. Pero Thomson, aunque consideraba que Von der Goltz era un espía totalmente inepto, declaró posteriormente que «no debemos olvidar que, gracias a las evidencias de Von der Goltz, y aún más, gracias a la conducta del propio Von Papen en América, los Estados Unidos se unieron a los aliados en el momento oportuno. A estos dos personajes debemos nuestra gratitud». [4]

Nuevos espías llegaron a Inglaterra. Entre ellos, el joven noruego Alfred Hagn, autor de una novela, pintor de estilo futurista y poeta de vanguardia, que no había logrado vender a nadie sus talentos.

En 1916 viajó a América para subastar sus obras de arte, pero regresó a su patria sin un penique. Un pintor alemán llamado Lavendel, amigo suyo, le sugirió ganarse el sustento como espía, al

servicio de la Inteligencia alemana. Así fue como le enviaron a Inglaterra, a título de corresponsal de un diario noruego, cargo que sólo había obtenido aceptando un sueldo ridículamente bajo. Pero Hagn no sólo resultó tan incompetente como sus predecesores, sino que, esta vez, los alemanes parecieron comprender la realidad y se abstuvieron de enviarle dinero.

Asombrosamente, Hagn fue atrapado gracias a que un inquilino de Tavistock Square, donde él vivía, pensó que una persona tan anormalmente tranquila tenía que ser un espía. En nueve casos de cada diez, este tipo de denuncia resultaba una pérdida de tiempo para la Policía. Pero el M.I.5 procedía con absoluta precisión y seriedad, investigando todas las denuncias hasta asegurarse de que eran erróneas. A espaldas de Hagn, registraron su habitación, descubriendo un frasco que contenía tinta invisible. Tras un breve interrogatorio, Hagn se desmoralizó y confesó todo.

Tanto se ha escrito sobre la demasiado romantizada y deficiente espía Mata-Hari (alias Marguerite Zeller), arrestada y fusilada por los franceses, que no tendría sentido agregar datos a su historia. Basta decir que despreció la severa advertencia que le hicieron llegar Basil Thomson y Hall. De haberles prestado atención, hubiera salvado su vida. El Departamento de Inteligencia Naval recibió informes de que esta mujer se reunía en Madrid con individuos sospechosos de ser agentes alemanes, y cuando el barco que la llevaba a Holanda atracó en Falmouth, a principios de 1916, la Zeller fue retirada de la nave e interrogada en Londres. Ni Thomson ni Hall tenían pruebas suficientes para tomar medidas concretas, aunque estaban convencidos de su culpabilidad, y antes de dejarla proseguir su viaje hacia Holanda le dijeron que tendría problemas si insistía en coquetear con el enemigo. [5]

Desde finales de mayo hasta mediados de junio de 1915, fueron detenidos siete espías en Inglaterra. Casi todos habían sido seguidos por Kell y su departamento, y el trabajo de M.I.5 había sido tan eficaz que, hasta el fin de la guerra, Inglaterra no volvió a ser perturbada por el espionaje alemán.

Uno de los espías arrestados, Courtenay de Rysbach, era ligeramente más inteligente que el resto. De nacionalidad británica, con un padre austríaco naturalizado, artista de *music-hall* y residente en Berlín al estallar la guerra, era un candidato natural para el espionaje alemán. Obtuvo trabajo en el teatro y atrajo poca atención hasta que los censores postales abrieron una carta suya, dirigida a una persona de Zurich. La misiva contenía la música y letra de algunas canciones, escritas en papel pentagramado con la firma de «Jack Cumming, "Palace Theatre"».

Las canciones no parecían tener nada de particular. Por otro

lado, tampoco se comprendía por qué las había enviado. Fue la falta de previsión de Rysbach lo que motivó su tragedia. En materia de espionaje, no sólo el subterfugio resulta vital, sino también una historia integral que justifique y brinde razones convincentes para enviar un mensaje, aunque esté convenientemente disfrazado. Sin embargo, algunos años antes, las inocentes hojas de música hubieran sido despachadas por los censores sin mayor inquietud. Pero tanto el M.I.5 como el N.I.D. y el Departamento Especial estaban alertas y conscientes de que, desde la iniciación de la guerra, el enemigo venía utilizando nuevas tintas secretas, que requerían un revelador especial para hacerse visibles, y por lo tanto exigían un trabajo particularmente arduo. De modo que se había adoptado el procedimiento de examinar muy detenidamente las cartas, en busca de tintas invisibles. El Departamento Especial y el N.I.D. habían instalado un laboratorio de investigaciones, dedicado exclusivamente al estudio de las tintas invisibles, y gracias a estos trabajos fueron interceptados mucho mensajes. Las hojas musicales de Rysbach fueron enviadas a este laboratorio. Cuando se trató las hojas pentagramadas con sustancias reveladoras, se descubrió que entre las barras del pentagrama había un mensaje secreto totalmente independiente del contenido musical de aquellas páginas. Finalmente, el austríaco fue arrestado en Glasgow, durante una de sus actuaciones teatrales.

Cierta vez, un amigo preguntó a Vernon Kell cuál era, a su juicio, su mejor actuación durante la Primera Guerra Mundial. Kell era taciturno, tímido y extremadamente modesto, y tenía una contracción característica en un ojo. Señaló hacia un pequeño automóvil, anticuado pero deportivo, que era casi inseparable de su persona. El dolor en la espalda lo martirizaba hasta el punto de que recurría al automóvil para los viajes más cortos. «Ese coche fue, sin duda, una de mis mejores adquisiciones durante la guerra —replicó Kell—. Los alemanes, sin saberlo, me lo obsequiaron hace un año o cosa por el estilo. Desde entonces, lo han mantenido para mí, y me ha resultado enormemente útil para mi actividad cotidiana.» [6]

En efecto, Kell utilizaba este coche para desplazarse durante sus distintas investigaciones de contraespionaje, casi a la manera de una silla de inválido. La historia del coche comienza con la llegada de cierto holandés, enviado por el Servicio de Inteligencia alemán, a Inglaterra. Varios mensajes desde el Continente precedieron a su arribo; fueron interceptados y el holandés cayó en la trampa de Kell, al poco tiempo de su llegada. Aunque siempre hay excepciones, los holandeses, como agentes secretos, resultan altamente vulnerables, como pueden testificar los Servicios de Inteli-

gencia de la mayoría de las grandes potencias. Tienden a sufrir crisis y carecen de fibra para las tremendas pruebas de resistencia que debe afrontar un espía. Consecuentemente, resultan poco dignos de confianza. Kell lo sabía, y especuló con las susceptibilidades del holandés, quien muy pronto le hizo saber que su conciencia estaba en venta, y que se encontraba totalmente dispuesto a traicionar a los alemanes en favor de los ingleses.

De modo que M.I.5 decidió utilizar al holandés como agente doble, sólo que en una forma totalmente pasiva. Todo lo que debía hacer era permitir que sus cartas para Alemania fueran debidamente manipuladas por el M.I.5 antes de su despacho, aunque conservando la exactitud de algunos detalles, para que el resto del contenido resultara creíble; este procedimiento permitía transmitir una auténtica avalancha de informaciones inexactas. Los alemanes se mostraran tan complacidos con estas cartas que aumentaron el salario del holandés y sus comodidades. Entre estos beneficios, confiscados por Kell a medida que llegaban, se contaban ciertos fondos que Vernon utilizó jocosamente para adquirir y mantener su automóvil.

Hubo otro hombre notable que actuó como espía a favor de los alemanes y contra Inglaterra, y a quien en muchos sentidos podríamos calificar como el espía más curioso de la historia. Tal vez fuera un fracaso, pero jamás reconoció derrota alguna. Precisamente, la razón principal de su fracaso fueron su exceso de confianza y la extravagancia de sus ideas. Psicológicamente, es éste un personaje fascinante; tal vez se convirtió en espía anti-británico por la sencilla razón de que el Servicio Secreto inglés no supo aprovecharlo.

Su nombre completo era Ignatz Timotheus Trebitsch. Nacido en una devota familia judía de Hungría, hacia 1879. Su padre quiso hacer de él un rabino, y lo envió a un seminario judío de Hamburgo. Pero al joven Trebitsch le fastidiaba el hecho de que los estudiantes tenían prohibidas las compañías femeninas. Desafió esta norma, sosteniendo una serie de romances secretos, hasta enamorarse de una muchacha, con la que anunció sus intenciones de comprometerse. Esto desencadenó la ruptura con su familia; al dejar el seminario, Trebitsch se negó a seguir con el negocio familiar, que era la construcción de barcos, y viajó a Inglaterra, donde abandonó su fe judía, convirtiéndose al anglicanismo.

Posteriormente, regresó a Hamburgo y fue acogido por la fe luterana, iniciándose en el ministerio. Hacia finales del siglo XIX, Trebitsch viajó al Canadá con una misión luterana. Allí contrajo matrimonio con una muchacha de origen alemán, y adquirió cierto prestigio como predicador. Sin embargo, en 1902, cuando su misión reingresó a la iglesia anglicana, se acogió tranquilamente al anglicanismo, y fue consagrado diácono por el arzobispo de Montreal. Poco después zarpó hacia Inglaterra, y en 1902 se convirtió en párroco de Appledor, Kent.

Al año siguiente, Trebitsch dejó los hábitos. En su carta al vicario decía: «hoy es 10 de diciembre de 1903; tome usted nota de la fecha, pues dentro de siete años seré miembro del Parlamento».[7] En realidad, Trebitsch se excedió ligeramente, en un mes, sobre su previsión: cumplió su profecía en el año 1910.

Un hombre capaz de aventurarse a formular una promesa de esta naturaleza, cuando apenas era británico, cuando apenas hablaba el idioma inglés, cuando carecía de experiencia o roce político, y que, en última instancia, logró cumplir con su baladronada, debió haber tenido alguna buena razón para sentirse capaz de realizar un objetivo que, a los ojos del vicario, parecería imposible. Por lo tanto, cabe examinar de cerca el pasado de Trebitsch. Los escritores que han relatado la carrera de éste han prestado excesiva atención a su iniciación anglicana, su período luterano y su regreso final a la fe anglicana. En realidad, tuvo numerosos viajes y aventuras en los intervalos de este juego de sillas musicales religiosas. Es probable que Trebitsch se iniciara en la profesión del espionaje a muy temprana edad, y que la religión no fuera más que una fachada, bastante curiosa por cierto, con vistas a un propósito ulterior. Aquel joven judío que rechazaba su religión para correr tras las muchachas no parecía buen candidato para el anglicanismo. Trebitsch también había visitado Sudamérica, y en la Argentina contaba con un buen amigo, un inmigrante galés de nombre Isaac Roberts, quien le dio una carta de presentación para Lloyd George. Trebitsch había actuado para Robert como asesor de prospecciones petroleras en las Américas, lo que sugiere que desde el primer momento sus ojos abarcaban horizontes más amplios que la Iglesia Anglicana. Uno de los sacristanes de Trebitsch en Appledor declaró a un periódico local que Lloyd George había venido más de una vez a escuchar la prédica del sacerdote húngaro, y que Trebitsch le había dicho en una ocasión que viajaría a Londres para entrevistar a Lloyd George, agregando que «si la entrevista resultaba satisfactoria abandonaría la Iglesia».[8]

Muy probablemente, Trebitsch debió haber recibido algún apoyo especial, pues al abandonar los hábitos carecía de empleo y de vivienda. Viajó a Hampton, cambió su nombre por el de Trebitsch Lincoln y fue presentado a las amistades del propio Lloyd George. Luego, Seebohn Rowntree, fabricante de cacao y filántropo de la Sociedad de Amigos, contrató a Lincoln como investigador especializado, enviándolo a recorrer los países europeos para investi-

gar las condiciones de las clases trabajadoras. Años después, explicó Rowntree: «Durante tres años y medio, Lincoln fue mi principal investigador en Bélgica, Francia, Alemania, Hungría y Suiza. Lo escogí porque se trataba de un eximio lingüista, capaz de hablar en diez idiomas, y también debido a una recomendación personal de Mr. Lloyd George.»

Nada pudo haber servido mejor a los propósitos de Lincoln que aquellos viajes por el Continente, con todos los gastos pagados por Rowntree. Fingiéndose un estudioso de las clases trabajadoras, logró recolectar todo tipo de informaciones útiles no sólo con vistas a sus ambiciosos proyectos políticos, sino también para establecer firmas comerciales, y en última instancia, con propósitos de espionaje.

Cuando recibió sus documentos de naturalización, Lincoln surgió como candidato del partido liberal por el condado de Darlington, en abril de 1909. Los liberales se mostraron un poco sorprendidos por este excéntrico de barba negra, pero Lincoln atrajo a los sectores más radicales, predicando una variante izquierdista y audaz del liberalismo. Resultó elegido, y muy pronto liberales prominentes, empresarios y comerciantes empezaron a frecuentar el hogar del nuevo legislador.

Sin embargo, en el umbral de su gran victoria, Lincoln se dejó caer repentinamente en los más profundos abismos del fracaso. Había estado especulando audazmente en el mercado petrolero, y se encontraba en serias dificultades financieras. Al presentarse la siguiente elección general, Lincoln no pudo financiar la lucha por su banca. Poco después, se declaró en quiebra.

No cabe duda alguna de que Lincoln actuaba como asesor de Lloyd George en temas petroleros, asuntos que siempre habían fascinado a L. G. No sólo investigaba los campos de Galitzia, sino también los de Argelia, y es interesante subrayar que un funcionario de la «Societé d'Étude et Recherche du Petrole», que debía presentar un informe sobre estudios británicos en campos petroleros argelinos, declaró: «todos conocemos a Trebitsch Lincoln. Tanto el *Deuxième bureau* como los intereses pretoleros privados han estado vigilando sus actividades, pues se sospecha que es un agente doble para Inglaterra y Alemania».[9]

De modo que resulta altamente probable que Lincoln ya hubiera estado trabajando para la Inteligencia alemana durante muchos años, por ejemplo durante el período de 1911 y 1914, e incluso durante su relación con Rowntree. Tal vez su esposa, de origen alemán, lo conectara con la red de espionaje germana. O tal vez su contacto con estas organizaciones datara de su estancia en el seminario judío de Hamburgo. Pero hay un punto que jamás ha

sido satisfactoriamente resuelto: si se trataba de un agente doble o si, en algún momento, trató de trabajar exclusivamente para Inglaterra. Los franceses sospechaban que trabajaba para Inglaterra sólo a causa de sus relaciones con Lloyd George; se alarmaron cuando el propio Lloyd George visitó Argelia, poco después de la permanencia de Lincoln en dicho país en 1914. Como declaró un funcionario de la «Société d'étude et recherche du petrole» «temíamos que Lincoln, con su difundida amistad con Lloyd George, planeara dividir las reservas petroleras del norte africano, obteniendo concesiones en favor de Inglaterra y Alemania».[10]

Había una base más sustancial para los temores franceses, pues en 1915 Lloyd George (por aquel entonces, canciller del Exchequer) envió a un representante del Elibank a Argelia, en busca de concesiones. El Gobierno francés sospechaba que este movimiento formaba parte de un complot oficial, cuidadosamente planeado, y se negó rotundamente a cooperar.

Dos semanas después del estallido de la guerra, Lincoln se presentó como aspirante al cargo de censor de correspondencia húngara y rumana, y fue aceptado casi inmediatamente. Pero esto sólo se prolongó durante unos pocos meses. Lincoln declaró que se le había despedido a causa de que existían prejuicios contra su origen extranjero; la verdad es que se recibieron quejas porque este individuo escribía comentarios indecentes en los márgenes de cartas dirigidas a mujeres. Ésta fue la versión oficial del caso. También había sospechas de que Lincoln estaba utilizando su autoridad como censor para agregar mensajes codificados, de su propia cosecha, a las cartas que revisaba.

Persuadido, tal vez, de que la franqueza era la mejor arma posible ante la ruina financiera y la amenaza del desempleo, Lincoln ofreció entonces sus servicios al Departamento de Inteligencia Naval.

«Cuando Hall le entrevistó —escribe el almirante Sir William James, en su biografía de Hall—, él (Lincoln) presentó algunos esquemas fantásticos para tentar a la flota alemana del mar del Norte, cosa que a su juicio podría incrementarse si él viajaba a Holanda y ofrecía sus servicios a los alemanes de Rotterdam».[11]

El proyecto de Lincoln era ingenioso, pero suponía la pérdida de una cantidad de naves británicas antes de que pudiera ser destruido el bulto de la flota alemana. Hall prefirió descartar esta propuesta, que entre otras cosas incluía un viaje de Lincoln a Rotterdam y su ofrecimiento de servicios al cónsul alemán, quien en realidad ya estaba trabajando para los ingleses. Según el plan, Lincoln debía decir a los alemanes que un reducido número de naves estaría cruzando el mar del Norte en un momento deter-

minado. Los alemanes enviarían una fuerza superior para destruir las naves inglesas. La maniobra se repetiría una segunda vez, sólo que con una fuerza inglesa más importante, y después, en la tercera ocasión, la flota británica en pleno, en lugar de una pequeña cantidad de buques, estaría esperando a las naves alemanas, que así pagarían con su destrucción el sacrificio de los dos anteriores grupos británicos. Pero, ante la negativa de Hall, Lincoln estaba ya en el punto de lo irreversible. Si jugaba con prudencia y se mantenía a la expectativa, sabía que sólo le esperarían la pobreza y la oscuridad. De modo que viajó a Rotterdam, el 18 de diciembre de 1914, para visitar al cónsul alemán Gneist, de quien se decía que era agente de espionaje. Regresó a Londres y concurrió nuevamente al Almirantazgo, pero la información que decía haber obtenido de los alemanes carecía de valor. Esta vez, Hall dijo a Lincoln que era un estafador y que no era deseado en este país, sugiriéndole que, si deseaba salvarse de la cárcel, se marchara en el próximo barco.

Probablemente, éste fue uno de los escasos errores cometidos por Hall durante la guerra. Hubiera sido menos problemático, en el largo plazo, esperar a que Lincoln pudiera ser acusado y encarcelado. En lugar de esto, se le depositó en un barco que partía hacia los Estados Unidos de América. Una vez llegado a Nueva York, el húngaro no tardó demasiado en acercarse al consulado alemán. Pero, aunque los alemanes parecían dudar de sus condiciones, no vacilaron en contratarlo como periodista, función que al parecer podía desempeñar con eficacia. De modo que alentaron sus inclinaciones anti-británicas y le hicieron publicar artículos en varios periódicos americanos. En dichos diarios ofrecía revelaciones, supuestamente asombrosas, sobre el espionaje y la diplomacia ingleses, y sugería que había constantes traiciones en los altos cargos. Presentó también su autobiografía, en la cual insinuaba que un ministro del Gabinete inglés había estado secretamente aliado con los alemanes, antes y después de la guerra, favoreciendo la política germana.

Estas incursiones en las artes literarias hicieron tal vez más daño a la causa británica que el espionaje *concreto*: las calumnias contra ministros del Gabinete, cuyos nombres no se mencionaban, hicieron surgir dudas y sospechas a ambos lados del Atlántico, pues como se sabe este tipo de noticias se difunde con velocidad. En América, la versión de Lincoln sobre estos hechos supuestamente «probados» causó un daño considerable, sobre todo teniendo en cuenta que Lincoln había sido nada menos que miembro del Parlamento británico, lo cual otorgaba cierta verosimilitud a sus historias. Al mismo tiempo el Servicio Secreto decidió

hacer frente a la actitud de Lincoln, pero con un movimiento de llamativa torpeza: de pronto, se «descubrió» que Lincoln había falsificado un cheque a nombre de Seebohm Rowntree, por setecientas libras esterlinas, y que éste no era el único fraude de su pintoresca carrera. Con este pretexto, los ingleses pidieron la extradición.

Sigue siendo un misterio la causa de que esta medida no se tomara en 1914, pero es bastante cierto que Lincoln poseía evidencias suficientes como para desacreditar a cierto miembro del Gabinete británico —probablemente Lloyd George—, y que no se deseaba correr el riesgo de nuevas indiscreciones. Lincoln, sin embargo, se ocultó y escapó de las manos de sus perseguidores durante cierto tiempo. No fue hasta 1916 que se le embarcó de regreso a Inglaterra, bajo una acusación de fraude que le valió una sentencia de tres años de cárcel. Pero la historia de Trebistch Lincoln no terminaba aquí, ni muchísimo menos. Al abandonar la prisión, Lincoln regresó a Alemania donde causó nuevos problemas. Se sumó a la conspiración de Kepp, que pretendía desencadenar una revuelta de extrema derecha, y al mismo tiempo estableció un pacto secreto con el Gobierno soviético. Cuando fracasaron estas maniobras, Lincoln desapareció, ahora disfrazado de budista, en el Lejano Oriente, y tornó a dar dolores de cabeza al Servicio Secreto, cosa que haría durante muchos años.

17

Las victorias de la habitación 40

«En 1915, el enemigo comenzó a difundir su propaganda entre nosotros —escribe Adolfo Hitler en *Mein Kampf*—. Desde 1916 en adelante, dicha propaganda se hizo más y más intensa, y finalmente, a comienzos de 1918, se consolidó en forma de flujo regular. Gradualmente, la Marina aprendió a pensar en la forma deseada por el enemigo.»

De este modo, Hitler rendía tributo a la propaganda británica durante la Primera Guerra Mundial, y manifestaba su decisión de tomar prestadas las ideas y métodos ingleses cuando lanzara su propia intentona de conquista europea. Los puristas pueden objetar esto, trazando una estricta línea divisoria entre las tareas del Servicio Secreto y la propaganda propiamente dicha; en realidad, el límite que los separa es muy delgado y difícilmente definible. Pues ambas actividades deben estar inevitablemente ligadas y funcionar en estrecha colaboración, al menos en tiempos de guerra, para que su acción resulte eficaz. Es necesario, eso sí, distinguir claramente la propaganda directa, tal como la suministran los servicios oficiales de información, de la propaganda instrumentada por el Servicio Secreto, como arma de guerra.

En la Primera Guerra Mundial, las nuevas formas de guerra incruenta, entre ellas la propaganda, emanadas del Departamento de Prensa del Gobierno, resultaron una valiosa arma complementaria para la acción naval y militar. La historia tiende a sugerir que nuestra indiscutible victoria en la batalla de la propaganda fue el fruto de la acción de los generales en jefe, movilizados para desempeñar esta tarea, y de Lord Nortcliff en particular. En realidad, Nortcliff sólo se cuidó de la propaganda a partir del 1 de

setiembre de 1918. Hasta ese momento, todo el asunto había sido dirigido por el directorio de Inteligencia Especial.

Tanto en las secciones de Inteligencia Militar como en las del Almirantazgo, se utilizó hábilmente todos los medios posibles de propaganda para desconcertar al enemigo. El almirante Hall, que no simpatizaba con Nortcliff, tardó poco en utilizar parte del equipo de Nortcliff, incluyendo a su amigo Tom Marlowe, editor del *Daily Mail,* y a H. W. Wilson, corresponsal del mismo periódico. El propio Nortchiff despertaba las sospechas de los Servicios de Inteligencia, en parte porque era conocida su desenfrenada ambición política, y en parte también porque su odio contra Alemania era tan obsesivo que lindaba con la paranoia, lo que en materia de propaganda tendía a restarle objetividad.

Un ejemplo particularmente brillante de la habilidad de Hall en el suministro de información errónea al enemigo puede extraerse de la edición especial del *Daily Mail* que hizo publicar el 12 de setiembre de 1916. En aquel momento, la situación era crítica en el frente occidental donde los aliados se encontraban sometidos a una intensa presión y se precisaban medidas para alejar a las tropas alemanas del frente principal. El Servicio Secreto decidió intentar un procedimiento de distracción, mas debido a la grave escasez de efectivos humanos, no parecía haber ninguna posibilidad de lograr este propósito. Hall dio órdenes de difundir rumores de que una expedición inglesa desembarcaría en el Norte de la costa belga. Utilizando el código de emergencia Ward, que había confiado a uno de sus propios agentes para que éste, a su vez, lo vendiera a los alemanes, envió señales que informaban sobre ciertos grupos de naves que zarparían de Dover, Harwich y Tillbury. Para avalar la autenticidad de la historia en forma consistente, pidió a Tom Marlowe que diera a luz una edición especial del *Daily Mail,* de sólo veinticuatro ejemplares, seis de los cuales tenían un párrafo tachado. Estos ejemplares especiales fueron despachados hacia Holanda. El párrafo vital decía lo siguiente:

«De nuestro corresponsal especial H. W. Wilson.

»DESDE UNA BASE DE LA COSTA ORIENTAL, LUNES.

»Todo indica aquí la inminencia de grandes acontecimientos. Hoy he iniciado una gira por los condados orientales y sudorientales y puedo asegurar que se están concentrando fuerzas muy importantes cerca de la costa. En realidad, las preparaciones se están realizando en tal escala que el público podría esperar algo más importante que una simple defensa de la costa.

»La Comandancia General de los grupos de ejércitos del Sur ha visitado varias veces a las tropas durante los últimos días.

La mayor parte de las unidades ha recibido nuevos equipos. Circularon insistentes rumores y especulaciones contradictorias, y se han cancelado todas las licencias.

»Me sorprendió una cantidad de grandes barcas de vientre chato que se están reuniendo en varios puertos, pero preferí ser discreto y no preguntar. Harwich y Dover, hoy en día, no son lugares saludables para un corresponsal demasiado curioso.» [1]

La estratagema funcionó perfectamente, pues los periódicos llegaron a manos de agentes alemanes en Holanda, y la Inteligencia alemana se convenció de que algunas noticias vitales se habían infiltrado en el *Daily Mail* antes de haber sido suprimidas por el censor; esto último se deducía de que en aquellos curiosos ejemplares del *Daily Mail* este párrafo había sido tachado con un bloque de tinta negra. El resultado fue que los alemanes desplazaron una gran sección de sus fuerzas a la costa belga. Sin embargo, a pesar del éxito de la maniobra, ésta tuvo una consecuencia ulterior que terminó causando problemas a los ingleses. La Inteligencia Militar de Francia informó a Londres sobre desplazamientos alemanes hacia la costa belga, como «preparación para invadir Inglaterra». El N.I.D. tenía la certeza de que esto no era así, pero, a causa de la enorme rivalidad entre los distintos servicios de Inteligencia, no informó al Ministerio de Guerra sobre lo que estaba ocurriendo. Por lo tanto, se hicieron planes para la evacuación de ciudades y pueblos en el sudeste de Inglaterra.

No es sorprendente que los americanos comenzaran a creer, gradualmente, que el N.I.D. era el instrumento más efectivo de que disponía Inglaterra para ganar la guerra. El Departamento del almirante Hall tenía una amplia variedad de proyectos que se extendían por el mundo entero, la mayoría relacionada con el espionaje y el contraespionaje en el Continente Americano. Aunque algunas de estas actividades fueron juzgadas por las facciones proaliadas como la obra de un genio envidiable, los aislacionistas consideraban a Hall como una especie de villano, decidido a complicar a los Estados Unidos en la guerra europea. La verdad es que buena parte de su trabajo tenía este propósito.

Una de las maniobras más originales de Hall fue persuadir a Anthony Drexel, famoso deportista americano, de que prestara su yate con propósitos de espionaje; esta cuestión puso a Hall en un conflicto muy grave con sus superiores en el Almirantazgo. Colaboró con Hall en esta empresa Basil Thomson, que se ocupó de conseguir un «propietario» germano-parlante para guiar el velero *Sayonara*. Se trataba del mayor Wilfred Howell, que había prestado servicio durante la Guerra de los Boers, recibiendo edu-





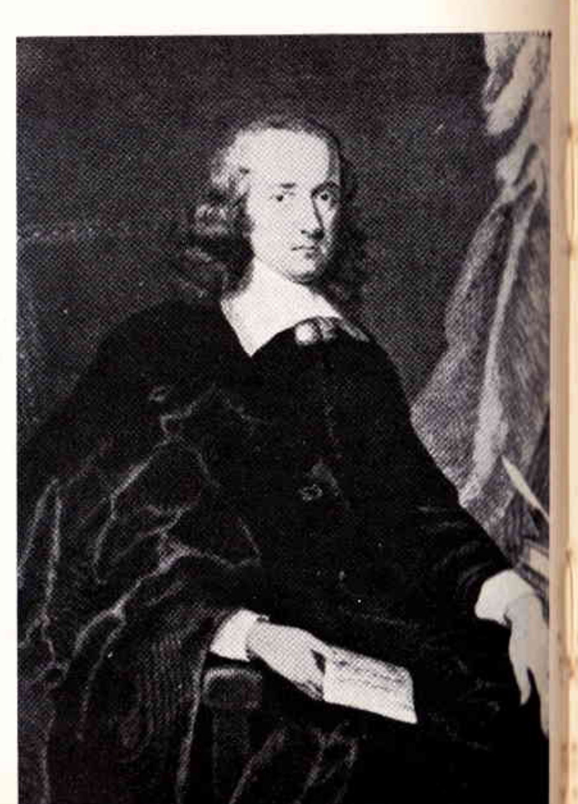
Christopher Marlowe, espía por cuenta de Inglaterra en Francia



Sir Francis Walsingham, «padre» del Servicio Secreto moderno



Matthew Prior, diplomático-poeta, encargado del espionaje, contra el exilado Jaime II



Jhon Thurloe, jefe del espionaje de Cromwell, con agentes en todas las Cortes.

Daniel Defoe



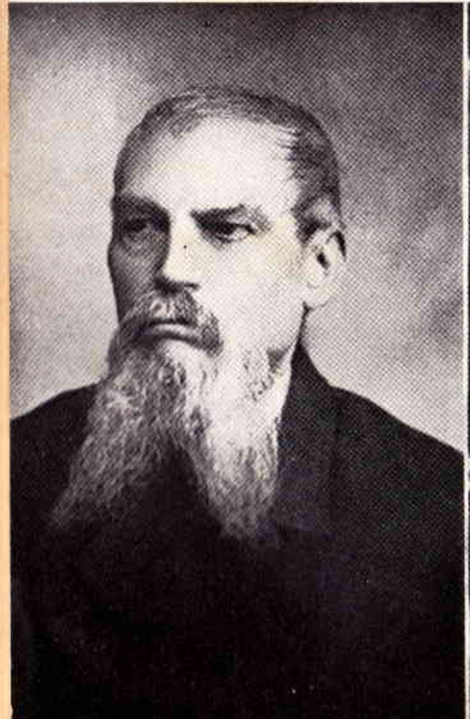
Mlle. de Beaumont, o caballero de Eon. (*Abajo, izquierda*): William Eden, primer barón de Auckland. (*Abajo, derecha*): Todos trabajaron para el Servicio Secreto







Sidney Reilly, agente doble





(*Abajo, izquierda*): Sir Richard Burton. (*Abajo, derecha*): Lord Baden-Powell

cación en Austria. El propio Hall suministró el capitán de esta aventura, un joven teniente llamado Simon. Según las instrucciones de Hall, *Sayonara* debía pasar por un yate americano en crucero de invierno hacia las Bermudas. Apenas el barco se encontró en alta mar, el capitán leyó los artículos de Guerra a la tripulación y tomó juramento a los cincuenta efectivos navales que habían sido incorporados a la tripulación, para que mantuvieran su misión en absoluto secreto.

Los problemas comenzaron cuando el *Sayonara* atracó en puertos irlandeses, haciéndose sospechoso de espionaje alemán, a pesar de su bandera americana. Esto se debía a que tanto Howell como Simon, siguiendo sus instrucciones, se comportaban como si fueran pro-alemanes, y pro-nacionalistas irlandeses. El almirante de la costa irlandesa consignó curiosas señales al Almirantazgo, afirmando que el navío era, sin duda, una nave espía. Mientras, el Ministerio de Guerra recibía otros informes desde Inglaterra, donde se preguntaba por qué la barca no había sido capturada, cuando sus tripulantes, al desembarcar en puertos irlandeses, se habían reunido abiertamente con partidarios del Sinn Fein. Un funcionario irlandés estaba tan furioso que viajó a Londres, pidiendo una entrevista personal con Hall, durante la cual aseguró que la tripulación del *Sayonara* había depositado minas en la zona portuaria de Waterfort. Cuando Hall trató de tranquilizarlo, indicándole que no había por qué preocuparse, amenazó con presentar su queja ante Churchill y el Almirantazgo. Para salvar la situación, Hall tuvo que confiar el secreto a este funcionario y comprometerle a guardar silencio.

Una de las principales misiones del *Sayonara* era relacionarse con los nacionalistas irlandeses de Sinn Fein, obtener detalles de sus planes, y, si fuera posible, averiguar en qué punto se proponía desembarcar Sir Roger Casement cuando regresara a Irlanda, desde Alemania, para encabezar su Legión Irlandesa. Aunque el regreso de Casement se postergó, el *Sayonara* regresó finalmente a Portmouth con valiosa información sobre lo que tramaban los nacionalistas irlandeses.

Uno de los proyectos de Hall era tan increíblemente ambicioso que si hubiera obtenido el apoyo que merecía, la Operación Gallipolis podría haber determinado un nuevo curso en la guerra, allanando el camino hacia una victoria en 1917. Como demuestra Allan Moorehead, basándose en fuentes públicas, en su libro *Gallipolis,* hay evidencias indiscutibles de que un ataque naval de los aliados hubiera sido coronado por un completo éxito en dicha área del conflicto bélico. Sin embargo, había una concepción mucho más imaginativa que sugería otra operación, aunque Moorehead

no la menciona en su libro. Esta alternativa, encaminada a la toma de Salónica y Gallípolis, consistía en una ofensiva de paz, con el propósito de separar a Turquía de las Potencias Centrales.

La política del almirante Hall se inclinaba hacia esta última variante, pues tenía perfecta conciencia, gracias a sus informes e interferencias, de que un ataque directo no sólo era dificultoso, sino que esta posibilidad no entusiasmaba a Lord Kichener. Describirlo como ofensiva de paz no es tan contradictorio como a primera vista parece, pues Hall proyectaba utilizar a sus agentes, con vigor, previsión y prudencia, para persuadir a los turcos de que rompieran sus relaciones con Alemania, provocando una revolución contra Enver Pasha y el partido de los «jóvenes turcos» que ocupaba el poder, o al menos persuadir a los miembros más moderados de dicho partido de firmar la paz con Inglaterra. Probablemente, Hall estaba más informado sobre la situación en Turquía que el propio Ministerio del Exterior británico, cuya política por aquel entonces era extremadamente timorata, tanto en los Balcanes como en el Medio Oriente, y lo que es aún peor, esa timidez era claramente advertida por los enemigos de la Gran Bretaña. Uno de los asesores de Hall era Gerald Fitzmoritz, un joven y capacitado diplomático que había figurado en el plantel de la Embajada británica en Constantinopla, siendo llamado a Londres, antes de la guerra, a causa de que sus actividades indisponían a los alemanes.

Hall también gozaba de la ventaja de saber que Lord Fisher, aquel genio imprevisible que en su momento fue señor de los mares, se oponía decididamente al proyecto de los Dardanelos. Sin embargo, sólo él, entre tantos soldados, marinos y políticos, tuvo el tino de idear una alternativa viable.

Hall contaba, además, con la ayuda de un telegrama descifrado por la habitación 40 del N.I.D. Decía lo siguiente:

«H. M. El Kaiser recibió el informe en telegrama relativo a los Dardanelos. Se está haciendo todo lo posible para aumentar la reserva de munición. Por razones políticas, es necesario mantener un tono de confianza en Turquía. H. M. El Kaiser le solicita a usted que aplique su influencia en este sentido. El envío de un submarino alemán o austríaco está siendo seriamente considerado.»

Esto indicaba claramente que los turcos tenían pocas municiones, y Hall, conociendo las dudas de Fisher, informó al Primer Lord marino. Mientras tanto, por su propia iniciativa y sin informar al Gabinete, Hall había enviado a sus agentes una carta en la cual garantizaba un premio de cuatro millones de libras esterlinas a quien gestionara una reconciliación entre Turquía e Inglaterra. Hall estaba preparado para pagar quinientas mil libras por

la rendición de los Dardanelos y el retiro de todas las minas. El jefe de Inteligencia sabía, gracias a los informes de sus agentes, que muchas personalidades influyentes de Turquía estaban a favor de un tratado de paz con Inglaterra. Al principio, Fisher manifestó su entusiasmo por el alcance de la organización de espionaje de Hall en Turquía, y la buena nueva de que los turcos sufrían una escasez de municiones. Pero le desalentó la noticia de que el director de Inteligencia Naval hubiera ofrecido sumas tan generosas sin una aprobación oficial del Gobierno. Hall replicó que este precio era, en realidad, pequeño, si se trataba de obtener el favor de Turquía, abreviando la guerra, e incluso si sólo pagaba una garantía de libre circulación de la flota inglesa a través de los Dardanelos. Pero Fisher, imprevisible como siempre, y mostrando ya algunos signos de inestabilidad mental, pasó de ser opositor vehemente del proyecto de los Dardanelos a su máximo campeón. Decidió que había que forzar el paso por los Dardanelos, y ordenó a Hall el cese de sus negociaciones. De ese modo, en una sola entrevista, Hall estuvo a punto de producir uno de los más grandes golpes de efecto de toda la guerra, pero Fisher lo estropeó deteniendo las conversaciones en el momento preciso en que parecían acercarse al éxito final.

Mientras tanto, la guerra de los mensajes cifrados se libraba silenciosamente, pero con furor, entre todas las potencias que participaban del frente occidental. Apenas uno de los bandos descubría los códigos y cifras del otro, éste comenzaba a administrar falsa información; fue un movimiento de éstos lo que, al menos en parte, produjo el hundimiento del crucero *Hampshire,* con Lord Kitchener a bordo, en junio de 1916.

Tanto los alemanes como los ingleses descifraban mensajes con suficiente frecuencia para obtener informes fidedignos sobre lo que ocurría del otro lado, y la habitación 40, consciente de esto, hacía grandes esfuerzos para desconcertar al enemigo. En la Sección Marina del puesto de escucha del Servicio Secreto del coronel Nicolai (Neumunscher) durante la primavera de 1916, un noruego llamado Lange fue incorporado al equipo de desciframiento. Había sido reclutado, en principio, por su experiencia como operador radial y su conocimiento de las rutas navales inglesas. Por otra parte, había demostrado excepcional talento en el arte de descifrar mensajes. El 26 de mayo de 1916, sólo unos pocos días antes de la batalla de Jutlandia, Longe dio el golpe más notable de su carrera Interceptó un mensaje que, a simple vista, parecía de poca importancia, pero que a Lange se le antojó inusual. Dicho mensaje provenía de un destructor inglés y estaba dirigido al Almirantazgo: afirmaba que un canal, al oeste de las Orcadas, había sido lim-

piado de minas. Lange pensó que el operativo era extraño, particularmente porque el telegrama informaba directamente al Almirantazgo en lugar de dirigirse a la estación costera. Una de las cualidades del noruego era su tenacidad. Se mantuvo a la espera, suponiendo que el mensaje se repetiría. Cuando lo escuchó cuatro veces consecutivas en una hora, se convenció de que había cierta urgencia en el mensaje. Si alguien deseaba que el Almirantazgo supiera que aquel lugar estaba libre de minas, sólo podía deberse a que la información resultaba de importancia vital. Sospechó que algún barco importante se proponía atravesar esta ruta, por lo cual era necesario dar noticias al Almirantazgo, una vez aquélla hubiera sido librada de todas las minas. [2]

El propio coronel Nicolai supo de este mensaje. Aquella ruta no era utilizada normalmente por los barcos ingleses. Además, había recibido noticias sobre una cierta visita de Lord Kitchener a Rusia. A base de toda esta información, se dieron instrucciones al submarino «U-75», comandado por el capitán Kurt Beitzen, para que se dirigiera a toda marcha hacia la costa occidental de las Orcadas y minara la mencionada ruta.

Una de las minas depositadas por el «U-75» hizo blanco en el *Hampshire*. Aquella tragedia estuvo aureolada por la polémica y el misterio durante muchos años, y sólo una década más tarde, al cabo de un infatigable interrogatorio parlamentario, el austero y evasivo Almirantazgo de Londres se avino a publicar un Libro Blanco sobre el hundimiento del crucero. Puede decirse que el Libro resultó *demasiado* blanco, pues agregó muy poco a lo que ya se conocía sobre estos hechos. Entre los factores ocultos más importantes contaba el curioso hecho de que la mano derecha del Almirantazgo ignoraba lo que hacía su mano izquierda: en su Libro Blanco, el Almirantazgo insistió en que las minas fueron depositadas en las proximidades de Warwick por error, sin agregar que el error era de su responsabilidad. [3]

En verdad, había existido una falta de cooperación entre la División de Inteligencia Naval y la División de Operaciones del Almirantazgo; algunos altos oficiales de esta última institución consideraban a la habitación 40 como una agrupación de criptógrafos aficionados, y se negaban a brindarles acceso a sus propias opiniones y comentarios sobre las señales, en el contexto de las operaciones de guerra. Hall, por su parte, autócrata impiadoso como era, jamás se había avenido a transmitir todo lo que sabía a sus superiores. Las señales interceptadas por los alemanes provenían del N.I.D., y tenían el propósito de desconcertarlos, induciéndolos a minar esta área, donde, en circunstancias normales, no hubieran causado daño alguno. Pero, en lugar de engañar a

los alemanes, la Inteligencia Naval cayó en la trampa que ella misma había tendido. Nadie había informado al comandante en jefe que esta zona podría ser minada como consecuencia de la carnada ofrecida a los alemanes por el mensaje radial. Este último fue presentado en un código cifrado que los alemanes ya conocían, cosa que el N.I.D. sabía perfectamente; incluso se lo repitió cuatro veces para que no les pasara desapercibido.

Ésta es la verdadera explicación del misterio del hundimiento del *Hampshire*. También explica la reticencia del Almirantazgo, cuando se le forzó a revelar el secreto de todo este asunto, y la leyenda que persistió durante muchos años, en el sentido de que el Servicio Secreto británico había condenado a muerte a Lord Kitchener.

En el campo de la Inteligencia, suele caerse fácilmente en el exceso de astucia: puede haber o no corrupción en los mandos del Servicio Secreto, pero este tipo de organismos tiende irremediablemente, a menos que se le controle con estrictez, a extralimitarse. En este sentido, cabe recordar un ácido comentario efectuado por Filson Young sobre la Inteligencia de la Armada: «En la pequeña revista *Inteligencia Secreta,* que se preparaba para los oficiales y comandantes del Almirantazgo, se mencionaba al navío *Audacious* como integrante del Segundo Escuadrón de Batalla, cuando todo el mundo sabía, en la Armada, que había sido hundido en noviembre, hecho que por otra parte ya había publicado la Prensa americana. Éste es un buen ejemplo de los procedimientos pueriles de la Inteligencia, inspirados, aparentemente, en el concepto de que decir mentiras es cosa de listos, pues de este modo existe la esperanza de que alguien se deje sorprender. Fue ésta una de las formas más inocentes de imitar a los alemanes. Cuando ellos decían mentiras, lo hacían con un propósito definido: nosotros, en cambio, mentíamos sin ningún objetivo a la vista.» [4]

Esta imputación puede ser exagerada, y tal vez incluso injusta, puesto que los auténticos designios de la Inteligencia no siempre resultan claros a la vista de los no iniciados. Pero, indudablemente, aquel mensaje engañoso no fue una maniobra particularmente aguda, y aunque tal vez persiguiera un propósito definido, este propósito era relativamente insignificante, y por supuesto no merecía los riesgos que suponía.

Conviene recordar que, si un accidente causó el hundimiento del *Hampshire,* otro accidente, bastante afortunado, permitió que el N.I.D. resolviera el misterio de los incoherentes y disparatos mensajes alemanes que, durante largo tiempo, habían venido intrigando a los descifradores. La estación radial alemana de Nauen emitía, al terminar su emisión nocturna, un comunicado diario,

cuyo contenido parecía estar pronunciado a tal velocidad que era imposible determinar si se trataba de un mensaje o si no eran más que señales sonoras para comprobar las conexiones radiales. Un día, en el salón de oficiales de un buque de guerra británico, los marinos agotaron todo el repertorio del gramófono de la nave. Pero uno de los más incansables insistió en que escucharan una grabación de lo que ellos llamaban «cháchara de Nauen en tiempo de *rag*». Tal vez nuestro oficial había bebido demasiado; lo cierto es que, al poner el disco, olvidó hacer girar la manivela, de modo que en lugar de la incomprensible y disparatada cháchara de la radio alemana surgió una clara serie de grupos cifrados. Afortunadamente, un oficial especializado se encontraba entre los presentes; impresionado por el descubrimiento, consultó los archivos, descubriendo que se trataba de un mensaje del Estado Mayor alemán, dirigido a los comandos germanos del este de África. [5]

El código cifrado de la Armada alemana de los años de preguerra había sido descubierto por los ingleses hacía ya varios años, pero, aunque los alemanes conocían esta situación, les había resultado imposible hacer llegar un nuevo sistema codificador al este de África, a causa del bloqueo y otras dificultades. Por esta razón, habían adoptado el método de enviar sus mensajes en el código ya conocido por los ingleses, sólo que a muy alta velocidad.

El Servicio Secreto británico no sólo demostró iniciativa y espíritu de empresa en el desciframiento de códigos enemigos en la habitación 40, sino que realizó también algunos valerosos intentos de introducir espías en territorio enemigo, para obtener códigos secretos. Con este objeto, se había tomado la audaz decisión de contratar a un austríaco, especializado en transmisiones radiales, de nombre Alexander Szek. Escaseaban los operadores radiales en aquellos tiempos, cuando recién comenzaba el desarrollo de la comunicación sin hilos. Los alemanes, advertidos del talento de Szek en este campo, no dudaron en llamarlo a servicio, sin reparar en que su madre era inglesa, y en que él mismo se inclinaba contra Alemania.

Suele adjudicarse al almirante Hall, tal vez injustamente, el mérito de descubrir y contratar a Szek. En realidad, Hall no hacía más que recibir el trabajo de Szek, y su participación en el asunto fue una de sus acciones menos meritorias, pues su forma de manejar los hilos de la Inteligencia resultaba, con frecuencia, ferozmente impiadosa. Fue Sidney Reilly quien hizo saber, por primera vez, a uno de los agentes de Cumming, que Szek había sido obligado por los alemanes a trabajar en la estación radial de Bruselas, a pesar de que Szek había nacido en Croydon, y probablemente tuviera un progenitor británico. Cumming transmitió

esta noticia al M.I.5, donde rápidamente se investigaron los orígenes de Szek. El plan de Kell consistía en comunicar a la familia que Szek estaba siendo obligado a colaborar con los alemanes, pero que ellos no debían preocuparse con respecto a esto, y que, por añadidura, el M.I.5 transmitiría complacido cualquier mensaje tranquilizador a Szek. Esto, según Kell, no comprometería al austríaco, ni revelaría a su familia que lo que el S.I.S. pretendía era utilizarlo como espía. Pero alguien más visitó a la familia y adoptó tácticas totalmente distintas. Este visitante provenía obviamente del N.I.D., pues mencionó el nombre del Departamento en su intento de chantajear a la familia Szek. «La Armada necesita el código alemán —dijo— y el deber de vuestro hijo es robarlo para nosotros. Debéis dirigirle una carta diciéndole esto mismo, y uno de nuestros agentes se la hará llegar. Si ustedes se niegan, no tendremos otra alternativa que alojarlos en un campo de internación.»

Ante esta brutal amenaza, la familia no tuvo otra opción que escribir la carta que se les solicitaba. Es probable que el N.I.D. haya recibido una severa reprimenda por actuar con tamaña indiscreción, pues se les ordenó que entregaran la carta al departamento de Cumming, y en lo sucesivo el asunto quedó en manos del M.I.6. Szek fue visitado por un agente inglés, que le dijo que debía obtener el código.

Era ésta una empresa formidable, que requería la combinación de las raras y superiores cualidades de un gran espía: paciencia y coraje. Szek debía trabajar durante semanas, pues no podía correr el riesgo de copiar más de unas cuantas palabras del libro del código diariamente, y esto durante los escasos momentos en que no se le vigilaba. Debía ocultar sus apuntes en minúsculos trocitos de papel, y luego dirigirse al lavabo, donde se introducía los papelitos en el recto. Cumming solía decir que, puesto que los continentales utilizaban bidets en lugar de papel higiénico, era «improbable que asociaran el papel con el culo», y recomendó a todos sus agentes que recurrieran al recto, a su juicio uno de los mejores escondites para el medio europeo. Pero este curioso recurso ha sido ya descartado desde hace mucho tiempo, pues muy pronto se popularizó.

Cuando Szek volvía a casa, entregaba los trozos de papel al contacto inglés. Completar esta tarea le llevó varios meses de esfuerzo. Pero, una vez cumplida la misión, se ordenó a Szek que permaneciera en su puesto, para no despertar sospechas en el bando alemán en el sentido que el código había sido descubierto. En este punto, Hall volvió a interferir con el M.I.6, insistiendo en

la importancia de que Szek se mantuviera en su cargo, y, en realidad, traicionando la promesa que se había formulado al austríaco de que los ingleses lo regresarían sano y salvo a su casa cuando terminara su misión.

Naturalmente, Hall podía pretextar que los acontecimientos se habían precipitado y que las circunstancias habían variado, de modo que resultaba vital mantener el secreto del robo del código a toda costa, incluyendo una promesa traicionada. Era precisamente en aquellos momentos cuando el Servicio Secreto, y particularmente el N.I.D., comenzaban a maniobrar para sacar a los Estados Unidos de su posición neutral, precipitando su entrada en guerra a favor de los aliados. Uno de los mensajes diplomáticos interceptado fue el famoso «telegrama de Zimmermann».

Los artífices de esta última operación fueron dos aficionados: el editor Nigel de Gray y el reverendo W. Montgomery, del Colegio Presbiteriano Westminster, de Cambridge. Éste era el contenido del mensaje:

«BERLIN A WASHINGTON: W.158 16 de ENERO DE 1917.

»Altamente confidencial, información personal para Su Excelencia, y para ser transmitida al Ministro Imperial (?) Méjico... por conducto seguro. Proponemos comenzar actividades bélicas submarinas abiertas el primero de febrero. Sin embargo, es necesario mantener la neutralidad de América... (?) si no lo hacemos proponemos a (¿Méjico?) una alianza en la siguiente base:

»(Conjunto) conducción de guerra (conjunto) conclusión de paz... Su Excelencia debería informar confidencialmente al Presidente (que esperamos) guerra con los Estados Unidos (posiblemente) Japón... y al mismo tiempo una negociación entre nosotros y Japón... por favor, decir al Presidente que... nuestros submarinos... obligarán a Inglaterra a deponer las armas en pocos meses. Acuse recibo.

ZIMMERMANN.»

Este documento demostraba claramente que los alemanes no sólo estaban decididos a lanzar una campaña de agresión indiscriminada contra todos los navíos, aliados o neutrales, sino también a incluir a Méjico en la guerra, del lado alemán, maniobra que perturbaba la política de un continente americano neutral, que interesaba a los Estados Unidos, y que, más aún, constituía la base de toda su estrategia exterior.

El N.I.D. se encontraba ante la alternativa de mantener en secreto este descubrimiento, ocultando así el hecho de que el código diplomático de los alemanes había sido descifrado, o bien

publicitar el telegrama de Zimmermann, con el objeto de crear una propaganda que dañaría notablemente a Alemania, inclinando posiblemente a los Estados Unidos hacia el bando aliado. Naturalmente, Hall no podía tomar una decisión sobre este asunto sin consultar a su Ministerio de Relaciones Exteriores. Hall sabía que dicho Ministerio, presidido por aquel entonces por el filósofo A. J. Balfour, demoraría las decisiones, de modo que decidió asumir la iniciativa. Impacientándose por la espera de la decisión final del Foreign Office, informó sobre el contenido de este telegrama y otros similares a Edward Bell, de la Embajada americana en Londres. Cuando Bell se enteró de que Alemania estaba incitando a los mejicanos a ocupar los Estados de Texas y Arizona, su primera reacción fue de ira, seguida por otra de incredulidad. Sospechaba que los telegramas eran, bien un simulacro por parte de los alemanes, bien una farsa por parte del espionaje aliado. Hall se encontraba, pues, ante una tarea que exigía la presencia de un diplomático eximio y dotado; debía persuadir a Bell de que los mensajes eran auténticos, cosa que logró, pero, mientras urgía a Bell a informar al embajador americano, debía persuadirlo de que no difundiera la información hasta que el Ministerio de Relaciones Exteriores hubiera tomado una determinación pública.

Afortunadamente, el doctor Page, embajador americano, era de inclinaciones fuertemente pro-aliadas, y desde el primer momento tuvo perfecta noción del mejor procedimiento a seguir. Sugirió que el Ministerio de Relaciones Exteriores hiciera llegar los textos de los telegramas al Presidente de los Estados Unidos. Otra vez por suerte para Hall, los ingleses no sólo habían obtenido el código diplomático alemán, sino que además se habían informado sobre uno de los canales que servían para transmitir los mensajes secretos alemanes: los telegramas cifrados de la cancillería sueca. En otras palabras, Hall disponía de abundantes evidencias sobre la autenticidad de los telegramas interceptados.

El presidente americano fue informado de los designios alemanes, pero también se le sugirió declarar que los propios americanos habían interceptado y descifrado los telegramas, en el momento de hacer pública la situación. Tal vez recordando lo que cualquier escolar sabe sobre el tradicional respeto por la verdad de George Washington, Hall sugirió diplomáticamente que la veracidad de esta información se convertiría en realidad si un miembro de sus equipos descifradores concurría a la Embajada americana y enseñaba a sus funcionarios a descifrar los mensajes alemanes. De este modo, se satisfizo el honor diplomático y una lisa y llana mentira se convirtió en verdad a medias. La publicación del telegrama de Zimmermann produjo un tremendo escándalo en

América, y aunque fue denunciado como falso por la facción proalemana de los Estados Unidos, estentórea, pero numéricamente reducida, la opinión pública se volcó espectacularmente hacia el bando aliado, en un momento vital de la guerra. Los periódicos de todo el mundo recogieron la historia de que los americanos habían interceptado el texto original de un telegrama diplomático alemán, pero los germanos sabían perfectamente que los culpables no eran otros que los ingleses, y ordenaron inmediatamente una investigación del caso.

Cuando el N.I.D. recibió noticias, a través del M.I.6, de que la Inteligencia alemana había comenzado a investigar la estación radial de Bruselas, se tornó evidente que era ya tiempo de retirar a Alexander Szek de su ubicación; mas parece haber existido una desinteligencia entre el N.I.D. y el S.I.S. con respecto a si lo que correspondía era alejarlo sano y salvo de las manos alemanas o, simplemente, hacerlo «desaparecer», siniestro eufemismo que utilizan los Servicios Secretos cuando deciden borrar del mapa uno de sus propios agentes. En parte por este desacuerdo, en parte porque todo el caso era desagradable y desprestigiante, el destino de Alexander Szek ha quedado, hasta nuestros días, sumido en un misterio. Todo lo que se sabe es que abandonó su empleo en la radio de Bruselas y desapareció. Algunos afirman que fue rescatado por un agente británico que lo llevó de Bélgica a Francia, y de allí a Inglaterra. Pero lo cierto es que Szek jamás llegó a Inglaterra. Algunas fuentes franceses denunciaron la despiadada forma en que fue administrada la vida de este agente: declararon que el Servicio Secreto británico lo arrojó al mar, en pleno cruce del canal, para evitar que confesara los nombres de sus contactos en caso de que los alemanes lo apresaran. Otra versión británica dice que el Servicio Secreto alemán capturó a Szek antes de que éste lograra escapar.

Ninguna de estas historias es totalmente cierta. Al parecer, no hay duda de que Szek fue duramente amenazado por sus jefes británicos, y la única disculpa posible para la conducta de estos últimos consistiría en que se había descubierto el que Szek trabajaba como agente doble. El autor recogió otra versión de labios de un agente británico que participó en el caso Szek: según él, el austríaco era consciente de que tarde o temprano le atraparían los alemanes si permanecía en la estación de radio una vez descifrado el código; por lo tanto, deseaba que los ingleses cumplieran su promesa de llevarlo sano y salvo a Inglaterra, y se negaba a entregar los párrafos finales del código antes de llegar a Londres. Al parecer, el S.I.S. se comportó con perfecta honorabilidad en esta ocasión. Aceptaron que la propuesta era perfectamente

razonable, cosa por otra parte fuera de toda duda, sobre todo teniendo en cuenta que Szek era austríaco, y no británico. Según esta versión, lo habrían sacado con éxito del territorio belga.

Sin embargo, el N.I.D. siempre ha afirmado que, tal como se indica interiormente en este capítulo, Szek les facilitó la totalidad del código cifrado antes de la intercepción del telegrama de Zimmermann. Esto no habría sido más que una fachada para cubrir su propia inescrupulosidad. Szek había facilitado una enorme masa de información, pero aún faltaban ciertos detalles fundamentales; por esto decidieron recuperar al agente por medio del M.I.6.

«Nosotros cumplimos con nuestra parte del trato —declaró al autor el antiguo agente del S.I.S.—. Teníamos entendido que el N.I.D. estaba preparando la huida de Szek, quien debería regresar a Inglaterra a bordo de un buque. Pero, un mes después, cuando regresé a Bruselas, me dijeron que había sido atropellado por un automóvil en una calle no muy lejana de su alojamiento. Se habló de muerte accidental. Estoy seguro de que fue asesinado por otro agente británico, y de que su cuerpo fue trasladado clandestinamente a Bélgica. No creo que los alemanes se dejaran engañar durante demasiado tiempo. Tal vez este siniestro recurso permitió al N.I.D. ganar algunos meses de tiempo, retardar el descubrimiento de cómo había sido robado el código. Eso es todo.»

Posteriormente, los parientes de Szek protestaron, declarando que su hijo había sido chantajeado y asesinado por los ingleses. De aquí la patraña británica de que los alemanes le habían cogido y dado muerte. Indudablemente, no es éste un capítulo muy agradable en los anales de la Inteligencia británica. Hall, aunque brillante, que lo era, podía ser tan despiadado, dentro del submundo de la Inteligencia, como cualquier jefe de espías de la Gestapo o la Cheka, como quedó claramente demostrado cuando recurrió a los famosos «Diarios de Casement», en vísperas del juicio de Sir Roger Casament. Aquellos dudosos y discutidos relatos de supuestas aventuras homosexuales de Casement en Sudamérica fueron entregados deliberadamente a los americanos para acallar los pedidos de clemencia en favor de Casement. Fue un esfuerzo propagandístico desagradable y poco honorable por parte de Hall, contrario a todos los principios de la justicia y totalmente innecesario e injustificado, incluso en situación de guerra. Si aquellos Diarios eran apócrifos, como todavía aseguran algunos, esto constituye una mancha aún más grave sobre el nombre de Hall. Ciertamente, los Diarios dan la sensación de haber sido adulterados, o al menos de habérseles insertado pasajes apócrifos.

Una versión dice que Hall utilizó a Maundy Gregory para tra

bajar sobre los Diarios. Este personaje, que por aquel entonces militaba a las órdenes del M.I.5, era toda una autoridad, y por otra parte un notorio coleccionista en materia de cartas privadas y diarios pornográficos.

De todos modos, desde un punto de vista estrictamente histórico, las revelaciones sobre el telegrama de Zimmermann sólo tuvieron una consecuencia realmente importante: el presidente Wilson declaró ante el Congreso que las intrigas del Gobierno alemán «habían servido para convencernos, finalmente, de que ese Gobierno no tiene una actitud amistosa hacia nosotros, y que se propone actuar contra nuestra paz y seguridad en su propio beneficio».

Pocos días después, el Presidente firmó la declaración de guerra y el coronel Haus, su asesor, escribió a Hall: «No conozco hombre alguno que haya prestado un servicio más útil que usted en esta guerra, y por lo tanto le presento mis respetos.» [6]

18

Zaharoff: un agente extraordinario

En esta terrible guerra, con una incesante amenaza de muerte en el frente occidental, donde la iniciativa quedaba paralizada por la imperiosa necesidad de refugiarse en las trincheras, la Inteligencia más allá de las líneas era, tal vez, una de las pocas esferas de combate donde cabía la imaginación y tenía vigencia el individualismo.

Naturalmente, se trataba de un individualismo disciplinado: el espía aficionado y libre del siglo XIX, con su excentricidad y su espíritu de aventura, había desaparecido ya casi totalmente. Sin embargo, algo de este espíritu palpitaba todavía, ocasionalmente, en los lugares más improbables. Sidney Reilly corporizaba dicho estilo, y todavía insistía en mantener con el Servicio Secreto una relación informal, sin dejarse atar por la organización. Al comenzar la guerra, se había retirado temporalmente del Servicio, desplazándose entre Japón y los Estados Unidos. Muy pronto se convirtió en un duro competidor de los alemanes en la ciudad de Nueva York, donde se dedicaba a comprar armamentos para los rusos. Fue Sir William Wiseman, hombre de Cumming en Nueva York, quien le persuadió de tomar parte más activa en la guerra. Accediendo a sus sugerencias, se incorporó al Real Cuerpo de Aviación del Canadá, lo que en realidad era una fachada que cubría su regreso a los pliegues del Servicio Secreto.

Regresó a Londres a principios de 1917, y de inmediato le encargaron una serie de misiones detrás de las líneas enemigas. De hecho, Reilly fue uno de los primeros voluntarios para la peligrosa tarea de espiar las actividades alemanas. Fue necesario arrojarlo desde un avión, en paracaídas, a pesar de que ya contaba más de cuarenta años. Desempeñó varias misiones de este tipo. En una

ocasión fue depositado cerca de la ciudad de Manheim, disfrazado de artesano alemán y provisto de documentos donde se atestiguaba que había sido dado de baja de la Armada alemana por invalidez. Permaneció en el distrito durante más de tres semanas, recogiendo valiosas informaciones sobre la ofensiva de la primavera de 1918, que estaban preparando los teutones y que, probablemente, hubiera inclinado la guerra hacia el bando alemán si la Inteligencia británica no hubiera permitido tomar contramedidas para resistirla. Reilly fue recogido por un avión británico que acompañaba a un escuadrón de bombarderos, durante un raid sobre el distrito de Manheim.

Por todas estas misiones, Reilly fue recompensado con la Cruz Militar. Fue, en realidad, una recompensa bastante modesta, dados los extraordinarios resultados que habían rendido los trabajos de un solo hombre. En efecto, no sólo operó detrás de las líneas alemanas, sino en el propio corazón de Alemania. Envalentonado por su propio éxito, este agente secreto, audaz pero siempre medido, llegó a incorporarse a la Armada alemana, convirtiéndose en oficial al cabo de pocos días. Robin Bruce Lokart asegura que Reilly estuvo «incluso en Prusia Oriental, donde, disfrazado de oficial alemán, se mezcló con otros oficiales teutones en Königsberg. Gracias a su perfecto dominio de los idiomas alemán y ruso, podía pasar perfectamente como nativo de cualquiera de estos países. Incluso, era capaz de transitar entre las líneas ruso-germanas, entregando información relativa a los dos bandos.» [1]

Conforme a su propia versión, Reilly también conoció al Kaiser, en el Estado Mayor alemán, durante una conferencia. Allí tomó nota de los nuevos planes para un ataque submarino contra buques aliados. Tuvo que matar a un coronel alemán, desnudándolo y arrojando su cadáver en un muelle, para luego vestir su uniforme y concurrir a la conferencia en su lugar. Tal vez Reilly añadió algunos detalles ficticios a su relato, pero, cualesquiera fueran los hechos reales, lo cierto es que obtuvo la información necesaria.

Otro ejemplo de la iniciativa que a veces exhibían los oficiales con entrenamiento en materia de Inteligencia se presentó en febrero de 1918, cuando la división británica número 60 debía atacar Jericó, a las órdenes del general Allenby. Tenían órdenes de capturar un pequeño poblado llamado Michmash, como preparativo para el ataque general. Una brigada debía separarse de la fuerza principal, ocupando la abrupta colina sobre la cual se encontraba la aldea.

El mayor que comandaba la brigada consideraba que la misión era difícil, y que dicha dificultad se acentuaba a causa de la escasa información disponible sobre el terreno a conquistar. Pero, afortunadamente para sus hombres, era un conocedor de la Biblia

y recordó que en el Libro Santo se mencionaba a Michmash. En Samuel I, capítulos 13 y 14, leyó:

«...Los palestinos acamparon en Michmash...

»Luego ocurrió un día, que Jonatán, hijo de Saúl, dijo al joven que llevaba su armadura, ven y vayamos a la fortaleza de los palestinos, que estaba al otro lado, pero no lo dijo a su padre... y el pueblo no sabía que Jonatán había marchado.

»Entre los pasajes por los que Jonatán debía marchar hacia la fortaleza de los palestinos había una roca aguda en un lado y una roca igual del otro: y el nombre de una era Bozez y el nombre de la otra Seneh.

»Una de estas rocas miraba hacia el Norte, contra Michmash, y la otra hacia el Sur, contra Gibeah. Y Jonatán dijo al joven que llevaba su armadura, ven y marchemos hacia la fortaleza... puede que el Señor nos ayude: pues el Señor todo lo puede.

»Y en la primera batalla Jonatán y su armadura hicieron veinte bajas.»

De este modo, gracias a sus conocimientos bíblicos, el joven mayor suministró vitales datos de Inteligencia relativos a los caminos de ingreso a Michmash, y logró convencer al comandante de su brigada de que siguiera el ejemplo de Jonatán. Cuando el comandante comprobó que el paso era exactamente igual a la descripción del libro de Samuel, asumió la decisión. De modo que se alteró el plan de ataque, y en lugar de efectuar un avance frontal con toda la brigada, el comandante envió a una sola compañía para interceptar a los turcos por sorpresa.

El ataque fue coronado por un éxito total, con mínima pérdida de vidas. La historia la narra el propio mayor Vivian Gilbert, en su libro *The Romance of the last crusade*: «Dimos muerte o capturamos a todos los turcos en aquella noche de Michmash. De modo que, al cabo de miles de años, las tácticas de Saúl y Jonatán fueron realizadas con éxito por una fuerza británica.» [2]

Puede decirse que la historia del mayor Gilbert, en un sentido estricto, nada tiene que ver con los trabajos del Servicio Secreto, pero sin embargo arroja una moraleja. Demuestra claramente que, en todo trabajo de Inteligencia, lo fundamental es el *conocimiento especializado* de un individuo, *al margen de su propio rango*. Además, revela la falta de pericia de una unidad de Inteligencia militar que no había cumplido con su misión con respecto a Michmash, al menos en la forma en que la realizó el joven mayor.

Como ya hemos dicho en estas páginas, la función del escritor en el Servicio Secreto británico ha sido siempre de capital importancia. Así como Marlow y Defoe jugaron un papel importante durante los siglos XVI y XVII, autores como Somerset Maugham y

H. E. W. Mason cumplieron importantes contribuciones al Servicio Secreto durante la Primera Guerra Mundial. Al principio, los escritores eran reclutados esencialmente con propósitos de propaganda, y se creó un departamento especial en Wellington House, Londres reuniendo entre otros autores a Arnold Bennett, Robert Bridges, G. K. Chesterton, Conan Doyle, John Galsworthy, Thomas Hardy, George Trevelyan y Gilbert Murray. A. D. W. Mason, sin embargo, pedía más acción al margen de la propaganda, y muy pronto se satisficieron sus exigencias. Aunque acababa de cumplir sesenta años, se incorporó al regimiento de Manchester como oficial de Infantería, y luego fue llamado a servicio por el almirante Hall.

Es de suponer que Mason volcó buena parte de su experiencia bélica de espionaje en tres cuentos cortos sobre el Servicio Secreto, que escribió posteriormente. Cada uno de estos relatos transcurre en las áreas en que Mason operó realmente durante su servicio para el N.I.D.: España, Gibraltar y Marruecos. Efectuó un crucero en yate por los puertos españoles y marroquíes, recogiendo muchas informaciones útiles sobre los buques y submarinos alemanes que utilizaban las instalaciones españolas para cargar combustible subrepticiamente. A comienzos de 1915, Lyautey, comandante francés en Marruecos, luchaba por descubrir los detalles de una rebelión que los alemanes estaban instigando entre los moros. Mason viajó a Marruecos para informar sobre el progreso de la revuelta y la forma de combatirla.

El biógrafo de Hall, almirante James, declara que Mason «envió un largo informe sobre lo que había descubierto... asegurando que la mejor forma de destruir la influencia alemana era descubrir y eliminar el canal por el cual hacían llegar su dinero a Marruecos. Él mismo se encargó de este trabajo». [3] Pero el almirante James no nos dice cómo se realizó dicha misión.

Sin embargo, existe una amena narración sobre una de las experiencias de Mason en Marruecos. Según el biógrafo de Mason, Roger Lancelin Green, Mason expone en el último capítulo de *The Winding Tear* la forma en que fue destruido el núcleo del movimiento pro-germano en Marruecos. Escribe: «Una de las más extrañas maniobras alemanas para crear conflictos en Marruecos consistió en difundir la información de que Bernard Shaw había declarado que la invasión de Bélgica era un incidente legítimo de la guerra, y no su causa directa. Es difícil creer que la palabra de Shaw pudiera impresionar a los moros, pero Mason estaba convencido de que aquello estaba causando un mal efecto en Marruecos.» [4]

Cuando Mason regresó a Inglaterra, interrogó a Shaw sobre el asunto. A pesar del cinismo con que Shaw observaba la guerra (no esta guerra en particular, sino todas en general) el famoso escritor

accedió a cooperar, ofreciendo una versión contraria a la propaganda alemana. El propio Mason ha escrito que solicitó a Shaw «una declaración de que deseaba la victoria de su propia gente. En dos horas recibí la declaración más amplia, afirmando no sólo que los aliados vencerían, sino también que esto era lo que íntimamente deseaba, y una advertencia, a todo el que pudiera estar interesado, de que no se engañara sobre este punto».

Este documento fue entregado a Lyautey, quien, presumiblemente, lo hizo circular entre los moros. En un plano más serio, el trabajo más vital de Mason durante sus años en el Servicio Secreto fue tal vez una misión sobre la cual se dispone de pocos detalles. En las notas de Mason, éste la ha relatado bajo el título de «Ántrax a través de España». [5] Esta críptica referencia designaba una operación a la manera de los hunos, que estaban planeando los alemanes: la difusión de una epidemia de ántrax en el frente occidental. El Servicio Secreto recibió información sobre este plan y tomó noticias de que los alemanes estaban estudiando dos métodos optativos: el primero consistía en contaminar brochas de afeitar que debían ser importadas por la Armada francesa vía España y Sudamérica; el segundo, en injertar gérmenes de ántrax en mulas. Mason logró interceptar un cargamento de brochas de afeitar, pero no se sabe qué ocurrió con las mulas.

Curiosamente, más tarde, mientras estaba en Méjico, Mason emuló la hazaña de Sir Robert Baden-Powel, quien se había fingido científico durante una misión de espionaje: Mason adoptó la personalidad de un lepidopterólogo. Sir Robert había extraído la idea del villano de Conan Doyle, Stapleton, en *El sabueso de los Baskerville*; Mason consultó el mismo texto. Así disfrazado, descubrió que oficiales alemanes especializados en comunicación radial, y pertenecientes a la tripulación de los buques anclados en la bahía de Veracruz, estaban utilizando la estación radial de Ixtapalapa durante la noche. El propio Mason recuerda, en sus escritos, que en aquella ocasión trabajaban a sus órdenes tres mejicanos de valor: «El primero había sido prominente oficial de la Guardia del presidente Madero; el segundo, policía del presidente Huerta, mientras que el tercero era un joven de maneras encantadoras, que disfrutaba de una elevada posición como uno de los más destacados ladrones de Méjico.»

Con ayuda de este equipo, Mason planeó y efectuó un golpe que puso fuera de combate a la estación radial, destruyendo unas lámparas de las que dependía absolutamente. Era muy difícil obtener repuestos para estas piezas.

De modo que, como ya veremos luego, el papel de Mason en el Servicio Secreto fue considerable y multifacético. Pero llegó mu-

cho más allá de esto, y tuvo eefctos de largo alcance, que incluso se prolongaron hasta después de la Segunda Guerra Mundial. Una de las ventajas de Mason consistía en que no sólo trabajaba para la Inteligencia naval, sino que también era oficial de Marina. Por esta razón, sus lazos con la Inteligencia naval y su influencia en dicho ámbito eran notables. Logró persuadir al coronel Thornton, de los Royal Marines, de la importancia de conservar un fuerte servicio de espionaje para tiempos de paz, basado en Gibraltar. Esta organización habría de alcanzar su cenit durante la Segunda Guerra Mundial, bajo la dirección personal del gobernador, el general Mason MacFarlane, y en Tánger, donde la organización era presidida por el coronel W. F. Ellis. Durante la Segunda Guerra Mundial, la red del Servicio Secreto entre Gibraltar y Tánger operó como poderoso factor de acción.

Una de las hazañas más importantes de Mason fue la de ganar para los ingleses el favor del jefe de una poderosa cadena de contrabandistas que operaba en el sur de España.

Se ha dicho mucho sobre el cerco alemán de espionaje y sabotaje en los Estados Unidos, durante la Primera Guerra Mundial, y sobre los intentos británicos de combatirlo, tanto en las Memorias de Von Papen como en *The dark invader*, de Von Rintelen. La exitosa lucha de los ingleses contra las actividades clandestinas alemanas en América recayó principalmente sobre los hombres de la Armada, pues fue el capitán Guy Gaunt —posteriormente, almirante Sir Guy Gaunt— agregado naval inglés en los Estados Unidos, quien organizó el sistema de espionaje en Washington. Gaunt disponía de espías en la Embajada austríaca, quienes le tenían bien informado sobre todo lo que ocurría. Entre los hombres enviados a América por los alemanes, para organizar el sabotaje contra las fábricas de armas, estaba el capitán Franz Rintelen von Kleist. Llegó al continente americano con un pasaporte falso, de origen suizo, a nombre de Emil V. Gasche. Durante varios meses, reclutó sus saboteadores entre los germanos-americanos, fomentando paros en las fábricas y coleccionando artefactos incendiarios para colocar en los barcos que transportaban municiones.

Muy pronto, Gaunt se puso sobre las huellas de Von Rintelen, descubriendo no sólo la fecha en que el saboteador se embarcaría de regreso a Alemania, sino también el barco en que viajaría. Estas noticias fueron enviadas a Londres, y el barco interceptado por un patrullero británico cerca de Ramsgate, donde el indignado «suizo» Gasche fue detenido para un exhaustivo interrogatorio. A pesar de las preguntas de Hall, Basil Thomson y Kell, Gasche insistió en que su nacionalidad era suiza, y pidió que confirmaran esto en la Embajada helvética. Las autoridades suizas de Londres confirmaron que Gasche era su connacional, pero el M.I.5 no tenía intenciones de dejar escapar tan fácilmente a Von Rintelen. Pidieron a los suizos que averiguaran dónde se encontraba Gasche en aquel momento. Al cabo de un día, llegó la respuesta de que el suizo se encontraba en Ginebra, sano y salvo. Von Rintelen fue encarcelado inmediatamente.

Sin embargo, la historia de este peligroso saboteador no terminó allí. Al regresar a su país, terminada la guerra, encontró muchas cosas que le disgustaron, y fue uno de los primeros en comprender la amenaza que representaba el ascenso de los nazis. En 1926 se radicó en Inglaterra, renunciando en 1931 a su nacionalidad alemana. Con singular ingenuidad, pensó que los ingleses olvidarían y perdonarían muy rápidamente lo sucedido durante la guerra. Se encontró con su antiguo adversario, el almirante Hall, estableciendo con él una íntima amistad. Hall, como algunos otros miembros del N.I.D. durante los años entre las dos guerras, tenía cierta simpatía hacia sus ex enemigos, a los que contraponía a los nazis actuales, y, aunque ya no tenía relaciones con el N.I.D., pensó que su prestigio y apoyo respaldaría efectivamente la solicitud de nacionalidad británica de Von Rintelen. Pero, a pesar de contar con el formidable apoyo de Hall, dicha solicitud fue rechazada y, en el año de 1940, Von Rintelen fue internado en la isla de Man. El Servicio Secreto estaba furioso con Hall, y aplicó toda su presión para obstaculizar la solicitud de Von Rintelen. Al salir del internamiento, éste se encontraba prácticamente en la miseria. En 1949 le hallaron muerto en un tren subterráneo de Londres. Hacia 1918, las ramificaciones de los servicios de Inteligencia ingleses eran tan complejas que resultaba difícil, como suele ocurrir en tiempos de guerra, determinar exactamente cuál sección estaba actuando, y dónde. No cabe duda de que algunas de las figuras más cosmopolitas del Servicio Secreto se entregaron a intrigas de su propia cosecha, y tal vez llegaron a actuar como agentes dobles. Pero, durante la guerra, un doble agente constituye, a veces, un mal necesario; a menudo resulta más conveniente emplearlo que ignorarlo.

Uno de estos hombres era el enigmático Basil Zaharoff, quien se declaraba, con cierta razón, el agente-jefe-de-municiones de los aliados. Zaharoff era una contrapartida viviente del magnate de armas que Shaw pinta en *Major Barbara*, Undershaft, cuyo evangelio rezaba: «Dinero y pólvora, libertad y poder. Comando de la vida y comando de la muerte.» El origen de Zaharoff era más incierto aún que el de Sidney Reilly, ya que se cuidaba mucho de ocultarlo, a veces presentando documentos falsificados que lo identificaban como griego nacido en Mouchlou, en otras ocasiones declarándose hijo de padre polaco y madre francesa, y por fin asegurando que

había nacido en Odessa, de padres rusos. De todas maneras, su infancia transcurrió en Constantinopla, donde actuó como dependiente de un burdel y prestamista, desenvolviéndose posteriormente como vendedor de armas, y convirtiéndose al fin en uno de los agentes más importantes de la firma Vickers.

A comienzo de siglo, nuestro personaje obtenía grandes sumas de Vickers en concepto de comisiones: treinta y cuatro mil libras esterlinas en 1902, treinta y cinco mil en 1903, cuarenta mil en 1904 y veintiocho mil en 1905. En vísperas de la guerra, había duplicado sus comisiones.

Zaharoff gozaba de una reputación más bien desagradable: se dice que no sólo recurría al soborno para obtener contratos de armamentos, sino que además incitaba y fomentaba las guerras por medio de intrigas, amenazas y propaganda. Vendió a Grecia uno de los primeros submarinos, les juró guardar el secreto y luego informó a los turcos, persuadiéndoles de que encargaran *dos* submarinos. En la década del noventa, Zaharoff se lanzó a una desembozada competencia contra Krupp por la colocación de armamentos en España. Zaharoff ganó una gran batalla por medio de una curiosa maniobra. Compró armas a Krupp y luego las vendió a los rebeldes cubanos que se habían alzado contra España. A continuación, traicionó a los rebeldes y logró convencer al rey de España de que Krupp estaba respaldando al enemigo. Durante la guerra ruso-japonesa, Zaharoff hizo una fortuna vendiendo armas a ambos lados. El uso del soborno para la consecución de sus fines quedó admitido en el libro *Vickers: su historia,* de J. B. Scott: «Existen pruebas de que en dos ocasiones —la primera en Servia en 1898, la segunda en Rusia, y probablemente también en Turquía— Zaharoff pagó comisiones secretas, digamos soborno, por sumas que oscilaban desde las cien libras esterlinas a un máximo de varios miles de libras.» [6]

De todo esto se deduce que, al estallar la guerra, Basil Zaharoff era una figura clave. No sólo poseía los complejos conocimientos necesarios para obtener municiones y pertrechos o materias primas esenciales para la fabricación de aquéllas, sino que también conocía las fuentes de provisión del enemigo, y la forma de perturbar las operaciones alemanas en este campo. Mucho antes de la guerra, se había dedicado a infiltrarse en las firmas de armamentos europeas, y no sólo aquellas que participaban del *Entente,* sino también las de las Potencias Centrales.

Era natural, tal vez, que el destino de Basil Zaharoff y el de Sidney Reilly se cruzaran durante la intensa competencia por los contratos de armas que se desarrolló en Rusia durante los años inmediatamente anteriores a la guerra. En efecto, Sidney Reilly

logró lo que ninguno había conseguido antes: superar a Zaharoff, obteniendo para *Blond y Voss* un contrato que Zaharoff ambicionaba para Vickers. Se cuenta que, ante este episodio, Zaharoff trató de contratar a Reilly como agente de Vickers, cosa que Sidney no aceptó. Se dice que, desde ese día, Zaharoff juró vengarse de Reilly.

Evidentemente, al Servicio Secreto le interesaba que una personalidad cosmopolita y cambiante como Zaharoff se mantuviera del lado de los aliados, y para garantizar su fidelidad era necesario mantenerlo dentro de la órbita británica. Sus actividades deben haber intrigado y preocupado a los hombres del Servicio Secreto, pues jamás se pudo descubrir claramente en qué consistía el juego sutil y paciente de Zaharoff. En ciertas ocasiones, daba la sensación de que este notable espía consideraba que la guerra debía servirle ante todo a sus intereses personales, y en un segundo término a los de los aliados. De modo que el Servicio Secreto se veía obligado a vigilar los movimientos de Zaharoff, mientras lo contrataba como espía. En París, donde vivía la mayor parte del tiempo, había instalado sus propios cuarteles de inteligencia, conocidos vulgarmente con el nombre de «le bureau Zaharoff» y que estaban *hasta cierto punto* a disposición de los aliados.

Naturalmente, en cuanto a Zaharoff, lo importante era asegurarse de que todas las plantas y fábricas de armas de cualquier nacionalidad en las que él tuviera interés permanecieran intactas hasta terminar la guerra. El Ministerio británico de Relaciones Exteriores le brindó gran ayuda, pues en 1913-14 consideró que parte de su deber era garantizar que Vickers y Armstrong (estas dos firmas se asociaron más tarde) obtuvieran encargos de municiones de países extranjeros, y por lo tanto el poder de dichos fabricantes de armamentos se tornara inmenso. Zaharoff insistió hasta fines de 1914 en que era importante para los aliados que él mantuviera algunos lazos subterráneos con firmas enemigas. Sin embargo, estos lazos resultaron útiles al Servicio Secreto, pero la información obtenida por este conducto requirió, muchas veces, un pago demasiado alto en acciones de guerra adversa. Por ejemplo, en toda la guerra no hubo una sola acción ofensiva aliada contra los altos hornos y fábricas de armas de Briey y Thionville, que estaban en manos alemanas, y eran de vital importancia como fuentes de mineral para los alemanes.

Estas fábricas de armas y altos hornos habían sido creados por *el Comité des forges.* Zaharoff medió entre franceses y alemanes, obteniendo un acuerdo básico de extraordinaria importancia, por el cual, al estallar la guerra, las fuerzas francesas debían retirarse a una distancia de veintidós kilómetros de la frontera, abandonando la planta en manos alemanas. Cabe señalar que, el 10 de octubre

de 1917, el periódico *Leipzige Meuste Nachrichten* declaró: «Si, en los primeros días del conflicto bélico, los franceses hubieran penetrado doce kilómetros dentro de Lorena, la guerra hubiera terminado antes de que pasaran seis meses con la derrota de Alemania.»

Zaharoff fue indudablemente el responsable de una de las más desagradables jugadas del Servicio Secreto británico en Grecia, donde se aplicaba la política de utilizar agentes para descalificar al rey Constantino, allanando el camino a un golpe de Estado de Venizelos, político griego pro-aliado. La notoria estación radical de propaganda *Agence-Radio,* financiada por Zaharoff, formaba parte de este plan. Conforme al informe oficial del prefecto de Policía de Atenas, la lista de los agentes de Zaharoff, indudablemente ligados al Servicio Secreto británico, totalizaba «ciento sesenta personas, incluyendo a veintisiete tratantes de blancas, diez contrabandistas y ocho sospechosos de asesinato».

Compton MacKenzie ha descrito algunas maquinaciones del Sercio Secreto en Grecia durante la Primera Guerra Mundial en su libro *Athenian Memories.* Lo habían nombrado jefe de la Policía anglo-francesa en Atenas, puesto que aceptó con considerable entusiasmo por tener ideas muy definidas sobre la estrategia británica en los Balcanes: estaba ansioso por presenciar una cruzada griega contra turcos y alemanes. Desafortunadamente para MacKenzie, fue culpado de muchos ultrajes perpetrados por los esbirros de Zaharoff; sobre él se contaban algunas historias groseramente inexactas y extravagantes, en Atenas. Incluso se le acusó de haber atentado contra la vida del rey Constantino, y de haber intentado rodear el palacio con fuego para que sus moradores no tuvieran salvación posible.

Reggie Bridgeman, que en aquel momento era primer secretario de la Legación británica, le escribió el 23 de diciembre de 1916, diciendo: «Durante los últimos diez días, los periódicos atenienses han denunciado un supuesto complot para envenenar al rey Constantino... el Gobierno griego se encuentra disgustado por tu ocupación de las islas. ¡Te has apropiado de una buena cantidad de ellas!»

Agrega luego Bridgeman: «El ministro habló con el Premier sobre estos artículos periodísticos. *Antes de sostener una nueva conversación* —dijo— *desearía saber si Tucker ha contratado alguna vez a un agente llamado N... y, en caso afirmativo, qué instrucciones dio a este espía.*»[7]

Los representantes británicos en los Balcanes y el Medio Oriente pasaron buena parte de la Primera Guerra Mundial tratando de explicar o excusar las acciones de los agentes secretos ingleses, o bien desmintiendo vigorosamente todas las imputaciones que se le

formulaban. En cualquier caso, se encontraban continuamente perturbados por su desconocimiento de las actividades del Servicio Secreto. Cuando los embajadores ineficientes o poco avispados deben vérselas con este tipo de problemas, tienden a sufrir una especie de pánico, lo cual a menudo los lleva a comportarse en forma desagradable. Muchos representantes británicos se han dejado llevar por su desprecio moral hacia el espionaje, traicionando a agentes secretos de su propia nacionalidad. Un caso de éstos tuvo lugar en Tánger, durante la Segunda Guerra Mundial, cuando un francés empleado por el Gobierno de Vichy trabajaba para el Servicio Secreto británico. Un día, este agente se encontró en posesión de ciertas noticias vitales que debía transmitir a un colega clandestino, dentro del Consulado General británico. Pero dicho colega no se encontraba presente, de modo que el francés quiso ver al cónsul general, y le entregó algunos importantes documentos que había robado. El cónsul general no sólo despidió furioso al francés, sino que le denunció al Consulado galo, devolviendo a su vez los acusadores documentos. Fue un caso bastante escandaloso, en el cual la pompa estúpida se convirtió en traición, sin embargo, al cabo de esta dudosa hazaña, el cónsul general fue ascendido al cargo de embajador. Huelga decir que el francés jamás volvió a trabajar para los servicios ingleses, y que tuvo la suerte de refugiarse en Argelia antes de que su propio Gobierno le cogiera.

Los esfuerzos de Compton MacKenzie en favor de Venizelos, a quien por aquel entonces tanto Zaharoff como los aliados apoyaban, se convertirían posteriormente en un obstáculo para su promoción. En una ocasión, cuando MacKenzie regresó a Inglaterra para entrevistarse con Comming en Whitehall Court, le preguntaron qué había hecho para indisponer de tal modo a Sir Samuel Hoare, entonces jefe de una misión militar británica en Roma. MacKenzie estaba totalmente atónito.

«Así es —dijo Cumming—: nos ha escrito que si existe alguna intención de nombrar al capitán Compton MacKenzie como oficial de control militar en Roma, cree su obligación insistir en que tal nombramiento sería recibido desfavorablemente por el Gobierno italiano, a causa de sus conspicuas actividades en favor de Venizelos.»

MacKenzie respondió que debería haber traído consigo la tarjeta que solía colgar de su cuello durante su estancia en Siria.

—¿De qué se trataba? —preguntó Cumming.

—En la tarjeta decía: *Habla con tranquilidad, no te preocupes, no me interesa tu empleo.*

El pobre MacKenzie no cesaba de tener problemas. En su libro *Aegean Memories* describe un episodio similar. Cumming, quien

también era blanco de duras críticas a causa de las intrigas del Servicio Secreto en Grecia y los Balcanes, dijo a MacKenzie que había recibido informes de que, en el restaurante parisino «Maxim's», aquél «había hablado con extraordinaria indiscreción sobre secretos diplomáticos». La verdad de aquella infamia era que MacKenzie jamás había estado en el «Maxim's», durante sus visitas a París, y que la conversación supuestamente indiscreta sólo podía haber tenido lugar durante una cena ofrecida por la Embajada británica.

Éste es sólo un ejemplo de la campaña inescrupulosa y poco honorable que el Foreign Office lanzó sobre algunos agentes del Servicio Secreto.

Un resumen bastante acertado de la actitud oficial británica hacia Zaharoff en aquel tiempo fue presentado en un artículo de la revista francesa *La Lumière.* Alkin E. Johnson escribió: «Una persona que forma parte del círculo íntimo de amistades de Lloyd George me dijo que Basil Zaharoff era utilizado como una especie de superespía de los círculos de sociedad e influencia; al mismo tiempo, le vigilaban dos o tres de los mejores agentes británicos.»

Durante la guerra, Zaharoff realizó varias misiones secretas para Lloyd George, y estas actividades sin duda originaron el comentario de Alkin Johnson, que por otra parte quedó comprobado cuando los ingleses hicieron Caballero a Basil, después de la guerra. Es casi seguro que Zaharoff mantuviera una completa libertad de acción durante sus trabajos para los ingleses; era demasiado poderoso para recibir órdenes de nadie, incluyendo al jefe de cualquier Servicio de Inteligencia. Sir Guy Gaunt, agregado naval en Washington, declaró posteriormente que Zaharoff solía tener un destructor inglés a su disposición, por indicación de Lloyd George, cuando viajaba en misiones de incógnito. «Este procedimiento fue adoptado por Zaharoff después de que un navío de pasajeros en que viajaba fue detenido por un submarino alemán.» [8]

Incuestionablemente, las intrigas de Zaharoff en Grecia, aunque a menudo deshonestas, fueron de gran utilidad a los aliados, pues hicieron tan impopular al rey Constantino que el monarca debió abandonar el país, dejando el poder en manos de Venizelos. Zaharoff relató a Rosita Forbes una historia que, aunque totalmente indocumentada, parece veraz, puesto que se la narró con el estricto compromiso de no difundirla antes de su muerte: disfrazado de médico de la Armada búlgara, Zaharoff había viajado a Alemania durante la guerra, con una misión especial encargada por Lloyd George. «Pagué muy caro aquel uniforme —declaró Zaharoff— y el hombre que me lo vendió ha muerto.» Cuando regresó a Londres, una vez cumplida su tarea, fue felicitado por Mr. Lloyd George.

«Me dijeron que la información que yo había suministrado había determinado el fin de la guerra.» [9]

El único indicio sobre el contenido concreto de dicha información lo brinda un despacho diplomático soviético, enviado al representante ruso en Turquía en 1921, con el rótulo de «secreto y confidencial». Decía así: «Debe señalarse a los turcos que Zaharoff significa guerra. Que todo lo que se propone es lograr que los griegos se instalen en Constantinopla. Está intentando minar a Turquía, obteniendo secretamente el control de sus Bancos. Ahora resulta claro que éste era el propósito real que animaba a Zaharoff cuando su misión secreta en Alemania, durante el año de 1918. Como agente de la firma británica Vickers y financiero de los trabajos armamentistas de Putiloff, viajó a Alemania para descubrir hasta qué punto nuestra revolución se estaba extendiendo por las riberas del Rin. Obtenida dicha información, advirtió a los aliados que Alemania podía ser obligada a un armisticio en otoño de 1918, cuando en realidad ellos no esperaban vencer a los alemanes antes de 1919. Fue Zaharoff quien investigó la segunda fase de la revolución.» [10]

Aparte de esto, lo único claro es que, durante su visita secreta a Alemania, Zaharoff envió un mensaje a Herr Krupp, sin revelar su ubicación. Fue ésta una maniobra arriesgada, pues Krupp había insistido repetidas veces, ante el Alto Comando alemán, en que la captura de Basil Zaharoff equivalía a la rendición de una división íntegra de la Armada. Pero el mensaje de Zaharoff a Krupp era, en realidad, una llamada al bolsillo del magnate armamentista, pues le advertía que, a menos que se firmara un armisticio, Krupp terminaría entregando sus fábricas a la confiscación bolchevique. Esto allanó el camino hacia una íntima amistad entre Krupp y Zaharoff, que se consolidó después de la guerra. Naturalmente, el episodio también resultó beneficioso desde el punto de vista de Krupp.

El almirante Hall contempló siempre con singular desconfianza y disgusto a la persona de Zaharoff, quien a su vez se enfureció cuando recibió noticias de que el N.I.D. tenía contactos independientes con algunos íntimos aliados suyos. Al terminar la guerra, Hall esperaba una invitación para asistir a la conferencia de Paz, pero, por orden expresa de Lloyd George, le dijeron que no viajara a París. El nombre de Hall tampoco estuvo en las listas de honores. Zaharoff había escrito a Clemenceau, diciendo: «Debe usted persuadir a Lloyd George de que el almirante Hall no debe concurrir a Versalles.»

Antes de la guerra, Zaharoff había resultado útil en la obtención de licencias para las obras del cañón Big Bertha en favor

de la compañía Vickers. Se firmó un acuerdo secreto, estableciendo una compensación que debía ser abonada a Krupp, a razón de un chelín y tres peniques por unidad fabricada. En realidad, esto significaba que los ingleses deberían pagar a Krupp por cada soldado alemán que resultara muerto bajo fuego de artillería. Este dinero fue reunido y utilizado, en realidad, para financiar el rearme secreto de Alemania, con vistas a la Segunda Guerra Mundial. Según el diario francés *Crapouillot,* Krupp también recibió «en concepto de compensaciones, una participación en los trabajos de acero y plomo de Vickers en España».

19

Derrota en Irlanda: contraataque en Rusia

Al terminar la Primera Guerra Mundial, el Servicio Secreto se encontraba en un estado muy diferente al de la pre-guerra, pues no sólo había obtenido triunfos notables, sino que además gozaba de una reputación tan formidable que casi todas las Cancillerías de Europa creían ver la mano de la Inteligencia británica detrás de cada movimiento político que se efectuaba, no sólo en Londres, sino también en cualquier punto de la Comunidad británica y el Imperio, así como en muchas otras capitales.

Los verdaderos espías y agentes principales permanecían en la sombra, a veces sin ninguna clase de reconocimiento, y sus identidades eran secretos celosamente ocultados al público en general. El capitán Mansfield Cumming, por ejemplo, nombrado Caballero en 1923, todavía era mencionado como «C» mucho después de su muerte. Por medio de esta inicial le aludía Sir Compton MacKenzie en *Aegean Memories,* publicado en 1940. Hall, es cierto, jamás había sido tímido en materia de publicidad, y gozaba de una considerable reputación como jefe del N.I.D. Fue su aparente ansiedad por la notoriedad pública, así como aquel sibilino mensaje de Zaharoff, lo que, sumado a los rumores sobre sus ambiciones políticas, persuadió a Lloyd George de excluirlo de las listas de honores.

Kell era el menos conocido del terceto, y uno de los hombres más modestos del mundo de la Inteligencia. Pero había otros individuos, algunos de los cuales no habían realizado más que trabajos secundarios en los círculos de Inteligencia, que acaparaban deliberadamente la luz de los escenarios, comportándose de forma ostentosa y creando un aire de misterio con sus insinuaciones y jactancias. Así crearon la impresión de ser los grandes cerebros del Servicio Secreto. En el ámbito doméstico, esta conducta les otorgaba cierto encanto, dado el culto ignorante y desenfrenado del heroísmo

bélico. Pero, en el exterior, el daño que hacían era mucho mayor. Algunos de ellos fueron tan lejos, en su delirio por presentarse como campeones del Servicio Secreto, que despertaron innecesarías sospechas sobre los ingleses en el seno de los Gobiernos extranjeros.

Uno de estos hombres era T. E. Lawrence, cuya leyenda como campeón del Servicio Secreto todavía pervive. En fecha tan reciente como 1967, fue descrito por dos autores americanos como «no sólo un espía eficiente, sino también un maestro del arte de la Inteligencia, autodidacta y talentoso».[1] Lawrence no carecía, indudablemente, de talento, pero sus excentricidades de conducta y su desagradable característica de embustero tendían a exagerar sus méritos, convirtiéndolo injustificadamente en una especie de genio de la era moderna. En ningún momento Lawrence fue agente secreto en el sentido en que lo era Sidney Reilly; por otra parte, no poseía el genio de este último. Esencialmente, se trataba de un aficionado al espionaje, y su actividad consistía más bien en *servirse* de la Inteligencia que en *servirla.*

Se cuenta que Lawrence, al dejar la universidad, había viajado al Medio Oriente para convertirse en espía británico bajo el disfraz de arqueólogo, y que fue un decano universitario quien le había propuesto dicha misión. La verdad es exactamente lo contrario: sus investigaciones arqueológicas le pusieron en contacto con ciertos servicios de Inteligencia. Durante la guerra ganó prestigio como organizador de guerrillas en el desierto. Naturalmente, estas actividades dependían en buena parte de los informes de Inteligencia, y es bastante cierto que en algunas ocasiones Lawrence se disfrazó de árabe, obteniendo éxitos notables en el suministro de información. Pero, como espía, Lawrence no podía siquiera compararse con Wolfgang Francks, aquel agente secreto alemán del Medio Oriente que hizo tantas malas jugadas a los ingleses. Wolfgang, cuyas hazañas son casi desconocidas en Inglaterra, hizo grandes expediciones disfrazado de beduino y en tres ocasiones penetró en territorio egipcio, ingresando incluso a los cuarteles generales británicos de El Cairo. Además, cruzó frecuentemente de las líneas turcas a las británicas, vestido de oficial inglés.

Después de la guerra, Lawrence se convirtió en una amenaza tan grande para las relaciones anglo-francesas que los franceses creyeron, erróneamente que aquél dirigía una maniobra anti-francesa del Servicio Secreto. En realidad, Lawrence desempeñaba un papel de importancia secundaria, pues Lloyd George lo utilizaba como peón en sus proyectos de expansión en Arabia. Las relaciones entre Lawrence y Lloyd George tienen un interés especial, pues brindan un claro ejemplo de la vanidad y la tontería de aquel hombre.

Lo que Lloyd George hacía era explotar la leyenda romántica que se había edificado en torno al nombre de Lawrence. Su intención era extraer beneficios para el Gobierno a partir de dicha leyenda, que pintaba a Lawrence como un cruzado de los árabes. Lawrence conocía la francofobia de Lloyd George y especulaba con ella para desacreditar a los franceses.

Como dice el Premier francés M. Poincaré, «estas intrigas olían a petróleo». Los intereses petroleros británicos y el Servicio Secreto trabajaban en estrecha cooperación dentro del Medio Oriente, con el propósito de obtener concesiones petroleras en favor de los ingleses, apartando a franceses y americanos. Así fue como el insignificante agente Lawrence se convirtió en ídolo nacional. Las masacres de Lawrence, que había asesinado a turcos dormidos en compañía de sus hordas de asesinos beduinos, fueron elevadas al rango de aventuras épicas y galantes de la guerra. Como pro-árabe y agitador anti-francés, Lawrence era exactamente el tipo de hombre que Lloyd George necesitaba para incrementar su política en el Medio Oriente. De modo que el Primer Ministro dio amplio apoyo a las conferencias de Lowell Thomas sobre Lawrence y la revuelta árabe. Dadas la personalidad y la trayectoria de Lawrence, jamás debió habérsele dado campo a sus intrigas, una vez finalizada la guerra. Pervertido, masoquista, un mentiroso que no vacilaba en calumniar a sus parientes y amigos, chantajista moral, cuando no económico, poseía un carácter totalmente inestable, y a causa de su ilegitimidad y sus aberraciones sexuales era fácil blanco para cualquier chantajista. En pocas palabras, la última persona que cualquier jefe de Servicio Secreto desearía emplear en situación normal. Pero Lawrence era, al margen de todo lo anterior, un genial embaucador. Lloyd George, Churchill y Lord Trenchand fueron sucesivamente engañados por sus maniobras y la ostentación de sus ridículas colecciones de antigüedades. Está razonablemente comprobado que Lawrence, gracias a su conocimiento de las intrigas anti-francesas y acuerdos dobles en el Medio Oriente, podía ejercer cierto grado de influencia en los círculos poderosos, muy por encima de la que correspondería a su propio nivel, llegando incluso a amenazar a las autoridades con total impunidad. Cuando se alistó secretamente, primero en la R.A.F. y luego en la Armada, bajo nombres supuestos, fue protegido por todo tipo de instrucciones y presiones de los altos mandos.

La leyenda de Lawrence se resistió a morir. En vida, gozaba de cierta reputación en una cantidad de potencias extranjeras, y, aun después de su muerte, los periódicos del Continente afirmaban que el fatal accidente que había tenido con su motocicleta no era más que una farsa del Servicio Secreto, ya que Lawrence todavía vivía,

pues en realidad colaboraba en la lucha de los etíopes contra las campañas italianas de Abisinia.

El auténtico director del Servicio Secreto en el Medio Oriente durante la Primera Guerra Mundial fue Sir George Aston. Poco antes de estallar la guerra, Aston fue incorporado al Comité de Inteligencia Extranjera de la Rama Militar, Secreta y Política del Secretariado del Almirantazgo. Como muchos otros oficiales de su tiempo, Aston era un entusiasta de la observación personal, que había practicado durante la Guerra de los Boers y, en tiempos de paz, durante sus viajes de vacaciones. Al visitar los puertos continentales solía fotografiar algunos detalles de las fortificaciones. En su libro *Secret Service,* Aston relata cómo dio cuenta de uno de los principales espías turcos. El turco había penetrado con tanta habilidad en los secretos de la fuerza expedicionaria de Allemby que proporcionaba a sus jefes los planes ingleses antes de casi todas las operaciones. Aston hizo colocar un talón por treinta libras esterlinas, a la orden de un Banco británico, en el interior de un sobre dirigido al espía, haciendo ver que este dinero era un pago por servicios prestados a los ingleses. La carta fue interceptada por los turcos y, basándose en esta sola evidencia, el comando turco-alemán fusiló a su principal espía, creyéndolo un agente doble.

La entrega de falsas informaciones ha sido un recurso favorito del Servicio Secreto Británico y sus agentes a lo largo de la Historia, y Aston nos brinda un nuevo ejemplo de esto en otro episodio: Allemby deseaba inducir a los turcos a que efectuaran un movimiento en falso, para someterlos al contraataque inglés. Aston —para usar sus propias palabras— «usó una bolsa de correos como cebo». El saco contenía cartas, notas, cuadernos de apuntes e incluso una falsa misiva donde se informaba a un oficial que su mujer esperaba un bebé. La intención era engañar al enemigo, haciéndole creer que los ingleses no atacarían hasta fines de noviembre, y señalando ciertas áreas donde no podrían operar. Un oficial fue enviado hacia las líneas turcas, montado en un caballo; el inglés abrió fuego y fue luego perseguido hasta las líneas británicas. Al escapar dejó caer el saco, que fue rápidamente cogido por los turcos. El 31 de octubre los turcos atacaron Beersheva, el área donde se les había hecho creer que no habría fuerzas británicas. Allemby asestó allí un golpe decisivo.

Debería rendirse tributo a otros miembros del Servicio de Inteligencia que, hasta hoy, han sido apenas mencionados. En el campo militar cabe nombrar al general Ewart, director de operaciones militares, uno de los más firmes aliados de Kell. También estaba el muy capacitado general MacDonagh, cuya extraordinaria eficiencia como oficial de Inteligencia le permitía descubrir inmediatamente a Lloyd George cuando éste falsificaba (cosa frecuente) las cifras de fuerzas disponibles para servir a su propia conveniencia. Tenía la tarea extremadamente difícil de conservar el secreto a las órdenes de un Primer Ministro que, frecuentemente, diseminaba informaciones confidenciales a su propio arbitrio y conveniencia. Sir James Edmunds fue otro pionero de la Inteligencia militar durante aquellos años de transición, y tal vez el mejor juez de cualquier buen agente del Ministerio de Guerra.

Sin embargo, entre todas las ramas de este Servicio Secreto, ahora complejo e incluso políglota, la del N.I.D. y la de contraespionaje, M.I.5, eran indudablemente las más importantes. El almirante Hall era el mejor conocido de todos los jefes de Inteligencia del bando aliado, y el enemigo lo consideraba su antagonista más temible y mortal. Fuera de toda discusión, Hall fue el gran arquitecto de los éxitos más espectaculares que se registraron en materia de Inteligencia durante la guerra. El almirante Sims de América lo describe como «un gran Sherlock Holmes». Pero, al decir de su biógrafo, «no pocos entre sus conciudadanos, tanto dentro como fuera del Almirantazgo, y aun reconociendo que había cumplido maravillosamente con su deber, lo consideraban una especie de amenaza. Se sentían ligeramente asustados por su personalidad; jamás adivinaban su próximo paso». [2]

Puede decirse que Hall fue más apreciado en América que en Whitehall; ningún otro jefe del Servicio ha hecho más por la cooperación anglo-americana, y sin duda hubiera resultado un espléndido embajador en Washington. Ciertamente, hubiera ayudado a detener la creciente corriente de aislacionismo que se enseñoreó de América entre las dos guerras, afrontando este problema en forma muy diferente a la que asumieron ciertos ineptos diplomáticos profesionales que desempeñaron dicho cargo entre los años 20 y 30. Hall tenía notables condiciones para la diplomacia, sobre todo teniendo en cuenta que se trataba de un marino; gracias a dichas cualidades, su energía y autoridad, adquirió durante la guerra un poder que ningún otro jefe de Inteligencia había conocido hasta entonces y que probablemente no volverá a repetirse en el futuro.

En verdad, Hall se tomaba las cosas en forma personal y las manejaba con sus propias manos con excesiva frecuencia. No tenía derecho a interceptar por su cuenta y riesgo mensajes diplomáticos; debía pasarlos inmediatamente a la superioridad, sin formular comentarios ni asumir iniciativas. Si todos los jefes de Inteligencia hubieran actuado con parecida prudencia, no se habrían cometido errores desastrosos. Por otra parte, empero, y este concepto lo subrayó varias veces el propio Hall, con sinceridad y, en su caso,

a menudo con justa razón, resultados más desastrosos habrían ocurrido de haber seguido las normas en todas y cada una de las ocasiones. Se habría perdido tiempo, dando prioridad a la tradicional cautela del Servicio Civil, y las acciones habrían llegado siempre demasiado tarde.

De todos modos, se decidió que, en el futuro, el N.I.D. quedaría estrictamente controlado. Los poderes que el propio Hall se había agregado serían cancelados a cualquier sucesor suyo en el cargo de director en Inteligencia naval. Como resultado de esta medida, el Departamento jamás recuperó su antigua autoridad y la influencia adquirida durante los años que mediaron entre las guerras. La leyenda sobrevivía, empero, y todavía en los años treinta el libro *Inside Europe*, de John Gunter, afirmaba que el Departamento de Inteligencia del Almirantazgo era una de las instituciones más poderosas del régimen británico. En realidad, el N.I.D. no sólo había declinado en su funcionalidad, incapaz de mantenerse a la altura de su reputación, sino que además se había hecho famoso por sus lagunas informativas y por su indiscreción; al avecinarse la Segunda Guerra Mundial, se registraron casi desesperados intentos de revitalizarlo mediante una transfusión de nuevos talentos.

A esta altura, es necesario subrayar una cuestión: no fue el almirante Hall (o más bien el capitán Hall, grado que poseía cuando asumió la dirección de N.I.D. quien originó la habitación 40, núcleo cerebral del N.I.D., sino el almirante Sir Henry Oliver, brillante oficial de Inteligencia y tal vez uno de los mejores cerebros navales en la tarea del desciframiento y la correcta interpretación de las señales interceptadas. Este autor puede recordar que el almirante Oliver, a los ochenta años, tenía todavía una mente vivaz y una memoria de increíble precisión. Podía recordar casi a todos los comandantes de los barcos de ataque de cualquier escuadrón, el número de sus navíos, las acciones en que había participado y sus localizaciones geográficas, así como numerosos aspectos de sus métodos de operación.

La tarea más urgente que se presentaba al Servicio Secreto y, particularmente, a la rama de contraespionaje, después de la Primera Guerra Mundial, era la lucha contra el bolchevismo en el ámbito doméstico, y contra el terrorismo del Sinn Fein en Irlanda. Hoy existe una tendencia, entre la mayoría de los historiadores, a sugerir que el bolchevismo no constituía una amenaza seria entre 1918 y 1920, y que su importancia había sido magnificada desproporcionadamente por los reaccionarios y belicistas de la época. Más aún, a juicio de muchos de estos historiadores, se hubiera obtenido la paz mundial hace ya muchos años si las potencias mundiales occidentales hubieran hecho las paces con el bolchevismo en 1920.

Afirmar esto equivale a ignorar completamente lo que estaba sucediendo en Inglaterra y en Europa por aquel entonces, sobre todo la forma en que el repentino colapso de Alemania había provocado una sensación de vacío y de inestabilidad en el centro de Europa. El objetivo de los comunistas era desarrollar la revolución en la forma más rápida posible, primero en Holanda y Suiza, y luego en Alemania, Inglaterra, Francia e Italia.

Sir Basil Thomson había sido nombrado oficial de Seguridad de la Delegación británica en París, para las conversaciones de paz, inmediatamente después del armisticio, y en el curso de sus funciones tomó conocimiento de gran número de conspiraciones comunistas en Europa. Ciertos documentos que llegaron a su poder revelaban que la Internacional Comunista esperaba una revolución en Inglaterra en el plazo de seis meses. A esa altura, Thomson se había convertido en una figura extremadamente poderosa entre bambalinas, y la esfera de sus actividades se extendía mucho más allá del Reino Unido. «Febrero de 1919 —escribió— era la fecha tope del peligro revolucionario en Gran Bretaña. Todo favorecía a los revolucionarios. Muchos soldados estaban impacientes por la demora de la desmovilización. Los soldados que regresaban a sus ciudades y aldeas no lograban obtener viviendas cómodas. Rusia había demostrado que resultaba decididamente fácil para una minoría decidida, que contara con un cuerpo de soldados descontentos, coger las riendas del poder.»[3]

En consecuencia, Sir Basil se vio obligado a concentrarse sobre el aspecto político de su trabajo, esto es, la rama especial de Scotland Yard, que fue reformada en la ocasión para hacer frente a los intentos de expansión bolchevique en Inglaterra. Tal vez su celo por perseguir a los revolucionarios parezca, a la luz de su fracaso posterior, ligeramente exagerado o alarmista, y debemos admitir que hubo una marcada tendencia a la obsesión bolchevique en el Servicio Secreto británico, a menudo soslayando otras amenazas mayores y cuestiones políticas esenciales que sobrevinieron en el continente europeo durante los años posteriores. Pero, a pesar de todo, había en aquel tiempo razón de peso para la alarma y, si la vigilancia se hubiera relajado, la situación hubiera sido mucho peor.

Londres, como ya hemos visto, había sido siempre un paraíso para los revolucionarios rusos, y la rama especial sabía que muchos de ellos todavía se encontraban en actividad, no sólo en el sector Este de Londres, sino también en Glasgow, Liverpool y otras grandes ciudades. Se habían registrado motines en varios campos donde los soldados eran reunidos a la espera de la desmovilización. La Policía había chocado contra soldados americanos en el Ald-

wych, donde algunos reclutas de baja entonaban el himno «Bandera roja». En enero de 1919, la propia Armada británica se veía seriamente afectada por esta ola izquierdista, y muchas de sus unidades resultaban poco dignas de confianza. Grupos de marinos habían bloqueado las entradas del Ministerio de Guerra en Londres. En Folkeston, algunas tropas rehusaron embarcarse hacia Francia, mientras en Calais varios miles de soldados tomaban la ciudad, haciendo necesario que dos divisiones regresaran desde Alemania para rodear el lugar con sus ametralladoras. Durante varias semanas, las cosas empeoraron más y más. Se establecieron Consejos obreros para reclamar «acción directa» y oponerse al envío de tropas contra los bolcheviques. Los obreros de la electricidad amenazaron con sumir a Londres en las tinieblas, a menos que se satisficieran sus exigencias. Al mismo tiempo, hubo una intentona de establecer consejos de obreros y soldados, según el modelo soviético, en Inglaterra, mientras se fundaba el Sindicato de Soldados, Aviadores y Marinos, cuerpo revolucionario que estaba en contacto estrecho con los comités de trabajadores. En febrero de 1919 se intentó tomar la municipalidad de Glasgow.

En Londres, tres mil soldados que debían tomar sus trenes en la estación Victoria volvieron atrás y marcharon sobre Whitehall, con sus armas. Parecía posible, en cualquier momento, un golpe de Estado. Churchill, ahora Secretario de Estado de Guerra, preguntó si podía confiarse en los Soldados de la Guardia para detener a los amotinados. Recibió de los oficiales la prudente respuesta de que «ellos creían» que podía confiarse en los guardias. Finalmente, las tropas rodearon a los amotinados y los llevaron como prisioneros a los barracones de Wellington.

Pero aún más amenazadora, desde el punto de vista de Sir Basil Thomson, era la posibilidad de que surgieran serios disturbios dentro de las fuerzas policiales. Thomson no sólo debía luchar contra la revolución en el mundo exterior, sino también dentro de la Policía metropolitana. Un puñado de descontentos había afectado la moral de esta fuerza policial. Se había integrado un sindicato de policías, con la intención de desencadenar un paro de agentes policiales, ligado con acciones conjuntas que emprenderían otros sindicatos. La única excusa para esta maniobra era que un contable policial había sido despedido por distribuir propaganda huelguística entre sus camaradas.

La situación era, pues, suficientemente grave como para requerir una acción específica, y debe acreditarse al mérito de Thomson el hecho de que actuara rápida y despiadadamente, ignorando totalmente al Gabinete, a la manera de Hall. En cuanto a Lloyd George, en particular, alentó escasamente a Thomson, diciéndole: «no hay

cuidado, Thomson. La sequía pronto terminará y, una vez que la lluvia obligue a la gente a refugiarse en sus casas, los agitadores tendrán pocas oportunidades de actuar. Por otra parte, es mejor que Churchill no sepa que tenemos bolcheviques en la fuerza policial; ya está bastante obsesionado con los rojos».

Si Thomson pasó por sobre la cabeza de Lloyd George, llevando el problema directamente al rey Jorge V, es materia de conjetura. Lo cierto es que, según escribió luego, «fui citado al palacio de Buckingham para aconsejar al Rey sobre lo que podría hacer Su Majestad para evitar problemas, una vez iniciada la desmovilización. Su Majestad aceptó mis consejos, y gracias a su coraje y buen sentido hizo mucho por disolver los inminentes problemas que se avecinaban. En aquel momento, los bolcheviques rusos estaban invirtiendo dinero en nuestro país para incitar a la rebelión. Felizmente esto fue cortado de raíz. Pero los obreros extremistas jamás me perdonaron y presionaron a Lloyd George para que me despidiera. Así lo hizo, aunque por ello debió pagar el precio de un duro debate en la Cámara de los Comunes». [4]

Se cree que fue gracias al consejo de Thomson que el Rey intervino personalmente, persuadiendo al Primer Ministro de que duplicara la paga de los soldados: de un chelín diario a dos chelines.

Antes de su retiro, Thomson se ocupó cumplidamente de solucionar los problemas de la fuerza policial. Pronto encontró amplias evidencias de que se estaba chantajeando y presionando a los jóvenes dependientes policiales para que se sumaran a la Unión sindical de Policías y Oficiales guarda-cárceles. Existía una infiltración comunista concreta, aunque no muy extendida. Los hombres escogidos por el propio Thomson elaboraron un cuadro completo de las actividades de los conjurados. Se había difundido la consigna de que todos debían estar prestos para una huelga revolucionaria en agosto de 1919. Para esta fecha, Thomson estaba preparado para actuar con total seguridad: la huelga fue sólo parcial, y, como resultado, los funcionarios policiales revolucionarios fueron despedidos.

De hecho, el período más peligroso había pasado, aunque sin que el público lo comprendiera exactamente. La advertencia de Zaharoff, sobre la oleada bolchevique que había de extenderse por toda Europa si se prolongaba la guerra, era acertada. Aún hoy suele ignorarse que estallaron realmente varias revoluciones fomentadas por los rusos, en el mismo día del armisticio, en el año 1918, primero en Holanda y luego en Suiza. Si la guerra no hubiera terminado en dicha fecha, las autoridades de estos países hubieran tenido serios problemas para afrontar las maniobras revolucionarias.

El comisionado de la Policía metropolitana era, por aquel entonces, el brigadier general Horwood, un oficial harto ineficiente, que no quiso o no pudo erradicar la corrupción y la despreocupación. Thomson era un crítico desembozado de Horwood, e insistió en comunicarse directamente con el Gabinete, eludiendo al comisionado. Documentos oficiales de la época demuestran que este procedimiento fue aprobado por la superioridad.

Oportunamente, Horwood se tomó cumplida revancha. En su libro *The Scene Changes*, Thomson cuenta que cuatro jóvenes irlandeses escribieron con tiza, sobre las paredes de la casa veraniega de Chequers, las palabras «Viva el Sinn Fein». Los jóvenes irlandeses fueron traídos a presencia de Thompson, quien, convencido que este episodio carecía de importancia, les dejó en libertad. Los muchachos habían sido interrogados anteriormente por el superintendente Quinn, uno de los principales ayudantes de Thomson, y Quinn concluyó que los cuatro hombres no formaban parte del Ejército republicano irlandés. Horwood, responsable de la seguridad del Primer Ministro, objetó esta benevolencia e informó a Lloyd George. Este último llamó a Thompson y le ordenó, furioso, que amonestara a Quinn. Thomson replicó que prefería renunciar antes de hacerlo. En consecuencia, el ministro del Interior, Mr. Shortt, citó a Thomson en noviembre de 1921 y le comunicó que, si no se retiraba voluntariamente, recibiría una pensión menos generosa y sería exonerado sumariamente.[5]

La retirada de Thomson fue motivo de un acalorado debate, durante el cual su antiguo colega de Inteligencia, el almirante Hall, ahora miembro del Parlamento, defendió fervorosamente la travectoria del jefe del Departamento Especial. Tras el retiro de Hall, sólo Kell sobrevivía en el servicio del celebrado terceto de contraespionaje de los tiempos de guerra. A Thomson no le cabía ninguna duda de que había sido alejado del Servicio por motivos políticos. Pero también sospechaba que Lloyd George le creía poseedor de demasiados poderes; el Primer Ministro desconfiaba del Servicio Secreto; consideraba que éste había crecido demasiado, excediéndose en sus modos autocráticos, y que en tiempos de paz era necesario limitar sus posibilidades de maniobra. En cuestiones de Inteligencia, prefería dividir para reinar, y disponer de varias fuentes de información, incluyendo algunas independientes del propio Servicio Secreto. Frecuentemente, recurría a la maniobra de enemistar a una sección contra la otra.

Después de su retiro, la mala suerte persiguió a Thomson. En diciembre de 1925 fue arrestado en compañía de una joven llamada Thelma de Lava, en Hyde Park, por sorprendérselos en un acto de infracción de la decencia pública. Sir Basil se declaró culpable

y explicó que se encontraba desarrollando investigaciones especiales en el área de Hyde Park sobre la conducta de las mujeres de vida ligera, con el objeto de redactar artículos sobre el tema. Esto era totalmente cierto, puesto que desde su retiro Thomson había escrito libros y artículos periodísticos sobre diversos casos criminales o conectados con el delito. Repudió las acusaciones que se le hacían. A pesar de todo, fue declarado culpable y sentenciado a una multa de cinco libras esterlinas. Apeló al veredicto, pero también perdió esta batalla. Tanto el almirante Hall como Reginald MacKenna, antiguo ministro del Interior, ofrecieron testimonio en favor de Sir Basil, dando cuenta de la alta estima en que ambos tenían al acusado y rindiendo tributo a su personalidad.

¿Había una persecución contra Thomson? Dos amigos, un cierto mayor Douglas Straight, y un señor, H. V. Higgins, testificaron que Sir Basil había conversado con ellos sobre su proyecto de escribir un artículo sobre la prostitución en Hyde Park, antes del incidente. El propio secretario de la corte de apelaciones expresó su sorpresa de que en un caso de este tipo, que implicaba una ofensa doble, no se juzgara a la pareja en forma simultánea. Por otra parte, un reciente libro de Sir Basil, *The Criminal*, había causado ira y resentimiento en altas esferas, e incluso ciertas reacciones orales de algunos altos jefes de la Policía, institución que Sir Basil criticaba abiertamente en su obra. Thomson tenía muchos enemigos en la jerarquía policial, y es posible que sus adversarios aprovecharan esta oportunidad para desacreditarle, especialmente en el área metropolitana, donde Thomson conocía numerosos casos de corrupción y cohecho, prácticas que, por aquel entonces, abundaban en la Policía.

Es notable el hecho de que Kell, el menos apto del terceto famoso, haya permanecido en sus cargos de Inteligencia más tiempo que los otros dos. En 1917 le hicieron coronel, honor ridículamente tardío si consideramos que llevaba años en el cargo de mayor, dialogando de igual a igual con un almirante y con un capitán naval, como era Mansfield Cumming. Pero Kell era una de esas rarezas del mundo de la Inteligencia, un hombre anónimo y modesto. Cuando, al terminar la guerra, le hicieron Caballero y mayor general, esto se debió fundamentalmente a que el M.I.5 era ya suficientemente importante como para que lo comandara un oficial de alta graduación.

Kell fue quien modeló la política del M.I.5, así como sus principios generales, y desde 1910 hasta 1939 —hoja de servicios casi insuperable para cualquier jefe de Inteligencia actual— mantuvo el control de la organización. Pero su éxito más sobresaliente no tuvo lugar en el Servicio de Inteligencia propiamente dicho, sino

en la persuasión con que convenció a los miembros del Gobierno, cuando era un simple capitán, de que había que modificar el Acta de Secretos Oficiales. En efecto: gracias a las enmiendas del Acta, muchísimos espías fueron capturados durante la guerra. Sin esta modificación jurídica, los alemanes hubieran operado cómodamente con todos sus efectivos de espionaje en suelo inglés.

En los años que siguieron al conflicto, Kell se ocupó principalmente de los problemas irlandeses, tarea que por cierto no le facilitaron los *Black-and-Tans* (así llamados por sus túnicas negras y pantalones de color carne), la fuerza miliciana precipitadamente introducida por el Gobierno de coalición en Irlanda. Estos soldados se excedieron repetidas veces en sus funciones, practicando el contraespionaje por su propia cuenta y riesgo. La fuerza estaba integrada por una verdadera resaca militar, incluyendo ex oficiales de mala reputación y soldados que, mientras esperaban sumario, habían sido liberados de su prisión para sumarse a los batallones de *Black-and-Tans*. Al tomar la ley en sus propias manos, perturbaron no sólo las tareas del Departamento Especial de Basil Thomson, sino también las de M.I.5.

Naturalmente, Thomson no aprobaba las prácticas de los *Black-and-Tans*. «Todo el proceso se nos escapó de las manos —dijo—. Me impedían que tomara el control del reclutamiento en la forma en que yo deseaba hacerlo. Esto hubiera salvado muchas vidas, especialmente si en lugar de un batallón de delincuentes hubiéramos dispuesto de una disciplinada unidad de contraespionaje, organizada primero y luego trasladada a Dublín.»

A la luz de lo que sucedió en Irlanda, resulta extremadamente difícil definir con exactitud el papel desempeñado por el Servicio Secreto en la campaña de terror, represión, violación, amenazas y asesinato, que mancharon la reputación de los ingleses en Irlanda durante estos años críticos. Por más que el terrorismo irlandés suscitara medidas severas, nadie puede excusar los excesos de los Black-and-Tans, tolerados por las autoridades. Tres cuerpos diferentes operaban para el Gobierno británico en Irlanda durante aquella época: la Armada, los Black-and-Tans y un destacamento del Servicio Secreto que se suponía independiente del cuartel general del Castillo de Dublín y sometido a la autoridad de los funcionarios ingleses. Oportunamente, Thomson negó haber tenido control sobre esta organización. Kell nada dice sobre el tema, aunque es casi seguro que tampoco tenía ingerencia en este asunto. Es probable que el Cuerpo fuera supervisado por Sir Hamar Greenwood, ministro encargado de asuntos irlandeses. Bowen, un antiguo oficial con destacada hoja de servicios bélicos, se desempeñó como agente secreto en esta misteriosa organización, directamente

relacionado con los mandos de Londres. Quedó tan disgustado con las tácticas de sus colegas que, según el brigadier general Frank Crozer, comandante de una fuerza auxiliar irlandesa, declaró «tontamente a su superior inmediato que cruzaría Inglaterra y que contaría al influyente galés David Davies las actividades irregulares que se estaban desarrollando en el servicio... le amenazaron con hacerlo a un lado».[6]

Poco tiempo después, un cadáver fue extraído del Liffey; lo identificaron como Bowen.

Más adelante, los mismos agentes secretos que habían practicado el terrorismo contra los nacionalistas irlandeses, fracasando totalmente en su tarea de descubrir a Michael Collins, director de Inteligencia de Sinn Fein, fueron enviados por Lloyd George en busca de los líderes del I.R.A., para negociar.

La historia del Servicio Secreto en Irlanda, durante los años inmediatamente posteriores a la guerra, está plagada de fracasos, que deben adjudicarse a una dirección irresponsable y a la incorporación de elementos aficionados, amén de una absoluta falta de coordinación entre el Castillo de Dublín y Whitehall. No sólo era ineficiente la Inteligencia británica en Irlanda por aquel entonces, sino que además había sido infiltrada por el I.R.A. Hasta 1920, el sistema de Inteligencia británico, con su red de agente, informadores y espías, había brindado amplios informes y advertencias concretas sobre las maniobras que se intentaban en Irlanda contra la dominación británica o los intereses de la Corona. Pero, en 1920, todo Dublín vio cómo Michael Collins, el brillante líder clandestino irlandés, utilizaba contra los ingleses las tácticas de infiltración creadas por los propios ingleses, introduciendo a sus propios agentes en la Policía de casi todas las aldeas, a menudo incluso en las oficinas de Correos, y, en algún caso, también en el Castillo de Dublín.

David Neligan, hombre de Limerick, ha narrado que a la edad de veintiún años, mientras se le tenía por oficial de Policía leal a los ingleses, se convirtió en el más fructífero espía de Irlanda.[7] Copió todos los documentos que pudo; transmitió todos los informes que aportaban a la Policía los distintos confidentes; hizo saber a los irlandeses todos los planes sobre los que oía hablar. A Neligan no siempre le agradaba esta tarea, y en una ocasión llegó a presentar su renuncia al cargo que ostentaba, pero sus paisanos le convencieron de que continuara. Neligan no sólo regresó a la Policía, sino que además se incorporó al Servicio Secreto.

Mientras el Servicio Secreto recibía rudos golpes en Irlanda, obtenía éxitos brillantes en Rusia, basándose en gran medida en los expedientes detalladísimos que habían sido preparados du-

rante años por los espías encargados de vigilar a los revolucionarios rusos en Londres. Ahora que los revolucionarios estaban en el poder, el valor de aquellos expedientes crecía considerablemente.

Debemos mencionar a tres hombres en particular: Sir Robert Bruce Lockhart, Paul Dukes e, inevitablemente, Sidney Reilly. En 1918, Robert Bruce Lockhart, joven funcionario del Servicio Diplomático, fue nombrado jefe de una misión especial ante el Gobierno soviético, con el rango de cónsul general británico en Moscú. Hubo cierta presión sobre el Ministerio de Relaciones Exteriores para llamarlo de regreso a Inglaterra, pero Balfort, entonces secretario del Exterior, resistió las presiones, pues era extraordinario el celo de Lockhart en la misión de reunir Inteligencia sobre Rusia, y esto lo convertía en algo más que un simple diplomático. No es sorprendente que los rusos descubrieran que se trataba de un espía antes que de un diplomático, y que, cuando al verano siguiente se disparó sobre Lenin, Lockhart fuera arrestado, entre otros, por supuesta complicidad con una conjura para asesinar al líder soviético. Como represalia, el Gobierno británico arrestó a Litvinoff, representante soviético en Londres, y lo retuvo hasta que Lockhart recuperó su libertad.

Lockhart permaneció en Moscú, en condición de agente más que como diplomático, hasta el colapso de Alemania. Fue un astuto observador de la personalidad rusa, y envió numerosos mensajes de advertencia, en el sentido de que la revolución no era un fenómeno pasajero, y que el reloj jamás retrocedería hasta los días del zarismo. Afirmar estas cosas era toda una audacia por aquel entonces, y poco ayudó en la carrera del joven Lockhart. Algunos funcionarios del Ministerio de Relaciones Exteriores le rotulaban como «pro-bolchevique» mientras otros juzgaban con frialdad a este joven que revelaba verdades tan molestas y perturbadoras. En pocas palabras, el Servicio Secreto rechazó completamente sus interpretaciones sobre los acontecimientos en Rusia. Sin embargo, Lockhart hablaba con fluidez el idioma ruso, estaba en buenas relaciones con los líderes revolucionarios e incluso gozaba de su confianza, que desapareció cuando los revolucionarios se convencieron de que Lockhart era el instrumento de un Gobierno favorable a la intervención contra Rusia.

Si el Servicio Secreto hubiera prestado atención a las palabras de Lockhart y el Gobierno británico se hubiera servido de su influencia para brindar apoyo a aquel joven en aquellos momentos críticos, toda la intervención posible y necesaria se hubiera efectuado sin derramamiento de sangre. Lockhart, buen amigo de Trotsky, advirtió a los ingleses que el líder revolucionario merecía ser apoyado antes de que un sucesor más hostil y desconfiado surgiera entre las filas soviéticas, pues Trotsky temía al militarismo alemás más que al capitalismo británico, y se mostraba deseoso de cooperar con los ingleses contra los alemanes, hasta el punto de que solicitó que una misión naval británica reorganizara las flotas rusas, ofreciendo nombrar a un inglés en el comando de los ferrocarriles rusos. Pero los ingleses no hicieron el menor esfuerzo por aprovechar esta última oportunidad de poner pie en Rusia, y, peor aún, cuando se decidieron a una intervención militar, lo hicieron en momento inoportuno y tardío. Hubo una buena oportunidad de desembarcar doce mil hombres en Arcángel, cuando la Armada inglesa capturó Kazan entonces, con los rusos pro-intervencionistas de su lado, existía una posibilidad real de derrotar a los bolcheviques, o al menos de lograr la instauración de un Gobierno menos extremista. En lugar de esto, desembarcaron mil doscientos hombres, transformando el pánico bolchevique en alegre jarana. Como escribió Lockhart en su libro *Memories of a British agent*, esta acción resultó «desastrosa no sólo para nuestro prestigio sino para la suerte de los rusos que nos apoyaron. Despertó esperanzas que luego no pudieron ser satisfechas, intensificó la guerra civil y envió a miles de rusos a una muerte segura. Indirectamente, fue responsable de la era del Terror».

El libro señaló el fin de la carrera diplomática de Lockhart, pero inició una brillante obra literaria.

Paul Dukes era jefe de Inteligencia británico en Rusia inmediatamente después de la Revolución. Hombre intrépido, también hablaba con fluidez el idioma ruso, y se brindó sin temores a la tarea de enviar informes a Londres. Escapó varias veces de una muerte segura y llegó a mezclar en forma caballeresca su trabajo en el Servicio Secreto con ciertos intentos de rescatar a rusos blancos de las prisiones de la Cheka. Por otra parte, este notable agente se convirtió en un seudo-oficial de la propia Cheka, incorporándose al Ejército Rojo y afiliándose al Partido Comunista. Originariamente, Dukes había iniciado una carrera musical, viajando a Rusia en 1919 para estudiar música en la capital. Durante estos años se había ganado la vida dando lecciones de inglés; tras el estallido de la guerra se incorporó al «Teatro Marinsky», estudiando música con Albert Coates. En 1915 se sumó a la comisión anglo-rusa provisto de un pasaporte de Mensajero del Rey. Le encargaron la difícil tarea de investigar lo que ocurría en el submundo revolucionario. En 1919 obtuvo el pasaporte ruso que lo identificaba como agente de la Cheka, y durante todo ese año permaneció en Rusia, cambiando frecuentemente de nombre y residencia, y remitiendo a Londres toda la información posible. No demostró tanta perspicacia como Lockhart, pues no creía que la

revolución perdurara, mas como hombre de acción y empresa, como auténtico espía aficionado, era incomparable. Con el ex oficial ruso Kolya Orlov organizó inspecciones clandestinas de los almacenes comunistas donde se conservaban los bienes robados. En una ocasión, perseguido por las milicias, una mujer rusa le llevó a un cementerio para esconder sus papeles secretos en un orificio que cavó en el suelo: «Si alguien nos ve —le dijo— pensará que estamos plantando flores.» Durante muchas semanas debió sentirse solitario y olvidado, incluso por las autoridades de su país, como escribió posteriormente: «estaba aislado, con una gran cantidad de información acumulada, parte de la cual me veía obligado a destruir. Continué manteniendo mi comunicación... por medio de un oficial empleado en el Almirantazgo. Puesto que él consideraba que encontrarnos en casas privadas era poco seguro, solíamos hacerlo en parques o lugares públicos, arreglando nuestras citas a través de billetes que colocábamos en una serie de pequeños agujeros, originariamente destinados a las banderas, en el parapeto del Neva... Hacia fines de abril, encontré en los agujeros del parapeto una nota que decía que el fruto estaba madurando, y que un cartero, esto es un correo, pronto estaría a mi alcance».[8]

En la primavera de 1919, el Servicio Secreto utilizaba un nuevo tipo de barca costera de motor, tripulada por personal naval, para tomar contacto con los agentes británicos de Finlandia y Rusia. El teniente W. S. Agar, que fue recompensado con la W. C. por su participación en estas operaciones, atravesó dos veces las fortificaciones de Kronstadt para acercar su correo a Dukes. En una ocasión, Agar hizo frente a la poderosa Armada Roja con su diminuta barca de motor, hundiendo al crucero *Oleg* con un torpedo. Posteriormente, Dukes planeó navegar dos millas, mar afuera, para encontrarse con Agar, que lo esperaba, pero dio con una lancha patrullera enemiga. Tras regresar a la costa, se vio obligado a disfrazarse de soldado rojo, volviendo luego a San Petersburgo. La variedad de disfraces que utilizó habla en favor de su extraordinaria versatilidad: epiléptico, proletario barbado, intelectual, camarada Piotrovsky, miembro del Comité del Partido Comunista, etcétera. Sin embargo, para Whitehall no era más que el agente S. T. 25, hasta que por fin escapó, regresando a Inglaterra, donde le hicieron Caballero.

Las actividades de Sidney Reilly en Rusia superaron de lejos la simple misión de informar. Fue uno de los más activos inspiradores de la contra-revolución, e incluso una especie de líder doctrinario. Como espía, Reilly fue siempre una excepción a todas las reglas; no sólo suministraba información, sino que además daba consejos sobre la forma en que debía utilizársela. Antes de 1914,

por ejemplo, había hecho más que ningún otro hombre, sin exceptuar al propio Sir Basil Zaharoff, para que Gran Bretaña se asegurara una adecuada provisión petrolera en el Medio Oriente. Buena parte de sus misiones de espionaje tuvieron lugar en Persia, pero tanto allí como en los demás sitios de su actividad se ocupó de persuadir al Gobierno británico de la necesidad de una buena política de aprovisionamiento petrolero. Muy pocos agentes secretos tienen la posibilidad de afectar la marcha de los asuntos políticos como lo hizo Reilly: cuando un espía lo intenta, lo más probable es que le despidan por excederse en sus funciones. Sin embargo, Reilly no sólo actuó en política, sino que en varias ocasiones convenció a los políticos de que adoptaran sus ideas, pues, con los años, había adquirido en los medios políticos tanta influencia como en el S.I.S.

En 1918, Rusia había de brindarle la oportunidad de convertirse en un auténtico hacedor político.

20

La última jugada de Sidney Reilly

Tantas y tan graves habían sido las vacilaciones en la política rusa de Lloyd George, que ni el Ministerio de Asuntos Exteriores ni el Servicio Secreto podían adaptarse a sus desconcertantes maniobras. Pero, a medida que transcurría 1918 y los alemanes avanzaban hacia Rusia, se hizo evidente que si los soviéticos se rehusaban a continuar la lucha serían derrotados.

Basil Thomson ya había provocado las iras de Lloyd George con sus advertencias sobre la amenaza revolucionaria en Inglaterra. Ahora, ya desesperado, sugirió a Lloyd George que, al menos, escuchara otras opiniones. «Si usted no desea enterarse de lo que está ocurriendo dentro de nuestro país —le dijo Thomson— al menos entérese de lo que los rojos están haciendo en Rusia. Hable con Cumming.»

Preguntó el Primer Ministro: «¿Qué puede hacer el Servicio Secreto contra los bolcheviques?» La pregunta era más bien irónica.

«Cumming se lo dirá», replicó Thomson.

El Primer Ministro también era presionado por algunos miembros de su Gabinete, de modo que decidió investigar las cosas personalmente.

Cumming sabía perfectamente bien que el único hombre capaz de intentar un golpe contra los bolcheviques en Rusia era Sidney Reilly. Su primera intención era no mencionar este nombre a Lloyd George, pero el Primer Ministro le formuló un interrogante perentorio: «Usted me esconde algo. Está pensando en alguien. ¿Quién es?»

Así fue como, con la autorización de Lloyd George, Reilly partió hacia Rusia, provisto de un mensaje personal del Primer Ministro para Litvinoff y decidido a llevar a cabo la misión más difícil de toda su carrera. Esto ocurría a fines de abril de 1918. Llegó a Rusia, bastante abiertamente, como Sidney Reilly, pero hasta su confianza, normalmente inconmovible, se desmoronó cuando vio el terror que dominaba al país entero. Recurriendo a sus métodos habituales (encanto, que no amenaza) logró ganarse la buena voluntad del general soviético Brouevitch, y por su intermedio obtuvo un salvoconducto que le permitía desplazarse libremente por Moscú. Reilly debía abrirse paso con extraordinaria prudencia, al principio tanto entre los propios miembros de la Inteligencia británica como entre los ultradesconfiados bolcheviques. Cuando Lloyd George escogió a Reilly para esta importante misión, se había registrado cierto descontento entre los rangos de la Inteligencia británica en Rusia. El hecho de que Reilly arribara con las bendiciones de Lloyd George despertó, en algunos, el recuerdo de que Sidney tenía tendencias izquierdistas. Pero las mismas personas que difundían estas sospechas habían sostenido, en su momento, que Bruce Lockhart era pro-bolchevique, lo que constituía una monstruosa mentira.

En el término de un año, Inglaterra había tenido dos jefes del Servicio Secreto dentro de Rusia. El primero era el mayor Stephen Allen, viejo amigo de Reilly, y el segundo el comandante Boyce. Reilly tuvo ciertas dificultades para convencer a Boyce de que le permitiera usar su sistema cifrado, pues Boyce consideraba que su tarea era, ante todo, guerrear contra los alemanes, mientras que la misión de Reilly se le antojaba una aventura indefinida, que podía interferir con sus actividades.

Reilly jugó, al principio, un juego sutil de su propia invención. Partidario decidido de la franqueza y la espontaneidad, se dirigió, simplemente, al Kremlin, pidiendo una entrevista con Lenin, que no le fue concedida. Luego declaró confidencialmente a otro líder bolchevique que el Gobierno británico no estaba convencido de haber recibido una historia veraz del Soviet, acerca de Bruce Lockhart, y que deseaba un informe independiente. Pero estas tácticas también fracasaron. Los rusos disponían de un expediente sobre Reilly y sospecharon rápidamente que era un espía, y no un enviado personal de Lloyd George, de modo que Sidney tuvo que ocultarse y cambiar metódicamente su identidad. A veces se fingía griego o levantino, y en otras mercader turco. Jugó un papel considerable en la organización de un complot para quitar el poder a los bolcheviques, misión en la que le ayudaron algunos de los rusos blancos más valerosos y confiables, así como muchos revolucionarios moderados. Incluso comenzó a designar los hipotéticos miembros de un Gobierno alternativo. Se encontraba en esta tarea cuando un sorprendido interrogante surgió en las mentes de quie-

nes le rodeaban: ¿Acaso planeaba Sidney Reilly encabezar el Gobierno que sucedería a los bolcheviques en el poder? La incógnita se debía a que Sidney había dejado deliberadamente vacante el puesto de Premier, escogiendo un ministro del Interior (su viejo amigo Alexander Grammatikoff, un abogado), otros varios conocidos suyos en distintos cargos, y el general Yudenich, un ruso blanco, como comandante de la Armada.

Los detalles de la conjura de Reilly se encuentran, ahora, en un estado de confusión y conflicto tan amplio que no es posible ya determinar exactamente la vastedad de la conspiración, pero existe la certeza de que, en un momento dado, su plan tenía excelentes posibilidades de éxito. Más de dos millones de rublos fueron reunidos por los tesoreros de la conspiración, que recaudaban en ambientes rusos blancos. La señal de Reilly para desencadenar el golpe era el arresto de Lenin y todos los líderes rojos, durante una reunión del Comité Central de los soviets que debía efectuarse en agosto. Pero, a último momento, la fecha del encuentro se postergó por algunas semanas, y luego el destino alteró por completo los planes de Reilly. Pocos días después, una mujer intentaba asesinar a Lenin; esto produjo arrestos masivos de la Cheka, y, en consecuencia, la captura de documentos que delataban el complot contra el régimen.

Se dijo que la conspiración había sido delatada a los bolcheviques por un agente francés. Reilly se vio obligado a precipitarse hacia la más próxima estación ferroviaria, para alejarse cuanto pudiera de sus perseguidores. Se había quedado completamente solo. La misión británica había sido obligada a dejar Moscú, Lockhart estaba preso y el capitán George Hill, su más íntimo colaborador en Rusia, había desaparecido. Los conspiradores que colaboraban con Reilly habían sido atrapados por causa de la tontería cometida por una muchacha agente que olvidó obedecer una regla elemental. Como todos los automóviles de Rusia habían sido confiscados por los bolcheviques, los agentes antibolcheviques consideraban que ninguna casa en cuya puerta se viera un automóvil debería ser visitada. La muchacha de la historia, en cambio, se precipitó en la trampa. La Cheka registró su portafolios y encontró no sólo documentos secretos bolcheviques, sino también evidencias claras de que los cuarteles secretos de Reilly y sus secuaces estaban instalados en una casa de Cheremetoff Pereulok. Mientras tanto, seis mujeres declaraban, entre los arrestados, que Reilly era su marido, lo que demuestra que el famoso espía todavía encontraba horas libres para sus tradicionales asuntos amorosos. No tenían la menor idea de que fuera un contrarrevolucionario, pues de lo contrario se hubieran abstenido de mantener relaciones con

él, lo que también demuestra que Reilly era singularmente discreto en su vida privada.

Afortunadamente, Sidney contaba con un salvoconducto firmado y sellado por Orloff, presidente de la División Criminal de la Cheka, quien recibía dinero de Reilly y era uno de sus principales contactos. El agente británico temía que Orloff ya hubiera sido arrestado. De todos modos, el guardia de la estación ferroviaria se aterrorizó ante la noticia de que Reilly era un colaborador de la Cheka, cosa que afirmaba su salvoconducto, y no se atrevió a interrogarlo. Sidney Reilly necesitó dos meses para salir de Rusia en aquella ocasión, y durante parte de dicho lapso vivió en una lejana aldea campesina, sin despertar sospechas en las autoridades locales. [1]

«El intrépido» era un romántico de corazón, y toda su vida había experimentado un amor sentimental por lo legendario y la fantasía. Tendía a teatralizar toda su existencia, de modo que en momentos de crisis era su personalidad teatral y ficticia la que dominaba sobre su faceta sofisticada y astuta de hombre de negocios. Un típico ejemplo de esta característica de su personalidad la brinda la historia de su presencia en una reunión especial de un cuerpo comunista, cuando un mensajero ingresó con una nota que le denunciaba como espía, remitiéndose al informe de un agente ruso en Londres. Sin vacilar por un instante, Reilly invirtió los papeles, denunciando al mensajero como agente foráneo y afirmando que la nota era una falsificación destinada a producir la desgracia de un celoso servidor de la causa bolchevique. Reilly efectuó una defensa tan convincente que el mensajero fue arrestado y, de hecho, escapó por un pelo del pelotón de fusilamiento. Fue el propio Reilly quien persuadió a sus colegas de esperar al día siguiente para ajusticiarlo: por la mañana, naturalmente, Reilly había desaparecido.

Durante los años posteriores, Reilly entró y salió de Rusia escudado tras diversos alias, con la persistente intención de derrotar al régimen soviético. Durante sus visitas a Londres optó por dedicar su atención a Churchill en lugar de Lloyd George, convencido de que Churchill era «el hombre predestinado de Inglaterra». Fue Reilly quien presentó a Churchill a Boris Savinkoff, antiguo revolucionario convertido en el enemigo más violento e irreconciliable de los bolcheviques. Mientras tanto, el escurridizo espía obtenía el divorcio de su segunda esposa Nadine, y en mayo de 1923 se casaba en un registro civil londinense con la actriz Pepita Bobadilla, quien, al igual que Nadine, nada sabía sobre su primera esposa, Margaret. Esta última se había llamado a silencio, presumiblemente gracias a los sobornos y amenazas de Reilly, de modo

que una vez más el espía siguió adelante con sus prácticas de bigamia. Entre los testigos de la boda se contaba un colega, el también agente capitán George Hill, quien indudablemente conocía una *causa justa* para impedir el casamiento, aunque guardó prudente silencio. Pero es dudoso que Pepita supiera de los reales orígenes de Reilly, ya que en 1931 declaró que «su padre era un capitán de marina mercante, de origen irlandés, y su madre una rusa». [3]

Aproximadamente para la misma fecha, se producían algunos cambios en las jerarquías del Servicio Secreto. Sir Mansfield Cumming se había retirado, muriendo en 1923. También habían desaparecido de la escena Hall, Thomson y Cockerill. Los presupuestos económicos del Servicio Secreto se habían reducido drásticamente, y hasta cierto punto el fracaso de la intentona de arrebatar el poder de manos de los bolcheviques había servido de excusa para la contracción económica. Esto no tiene nada de sorprendente, teniendo en cuenta ciertos furibundos interrogatorios parlamentarios que se habían dedicado íntegramente a los gastos del Servicio Secreto. Un legislador llamado Joseph King protestó por la extravagancia de los espías, afirmando que «hay documentos oficiales que demuestran que un solo oficial gastó ciento veinte mil libras esterlinas en una sola semana en Rusia, con la excusa de que estaba iniciando una contrarrevolución».

El siguiente jefe del S.I.S. y supervisor del M.I.6 fue el almirante «Quex» Sinclair, hombre excelente, pero tremendamente despiadado en cuanto a tomar un control de la organización. El S.I.S. comenzó a desarrollar una estructura departamental, conforme a la cual cada sección se desenvolvía por sus propios medios. Las economías practicadas por sucesivos Gobiernos, especialmente durante los breves mandatos laboristas entre las guerras, dificultaron las tareas de Sinclair, cuyo período finalizó abruptamente mientras se debatía para utilizar sus limitados recursos. Uno de los problemas de los años que mediaron entre las guerras fue la indecisión de los jefes del Servicio Secreto con respecto a la determinación de los blancos prioritarios adecuados para las tareas de Inteligencia.

Hasta cierto punto, esta indecisión de las jerarquías fue culpable de que las informaciones sobre Alemania durante las décadas del veinte y el treinta resultaran tan inconexas y dispersas que el M.I.6 jamás logró persuadir a Baldwins y Chamberlain de la desesperada situación que se vivía en suelo germano.

En 1923, Kell fue oficialmente retirado, y a tal efecto apareció una noticia en el *London Gazette*. Su asistente, el capitán Eric Halt-Wilson, que venía actuando a sus órdenes desde 1913, se retiró al

mismo tiempo. El periódico *News of the World* anunció entonces con letras sensacionales: «El destructor de espías: se retira un famoso oficial del Servicio Secreto.» Pero, en realidad, la noticia de esta retirada era una patraña. Los altos mandos deseaban disimular el hecho de que Kell aún dirigía el M.I.5, pues habían comprendido que, después de la guerra, el servicio de contraespionaje debía hacer frente a un nuevo problema permanente: la subvención comunista y los saboteadores de fábricas. Como declaró, años después, la señora Kell: «Él deseaba, simplemente, engañar a la gente. En aquel año recién comenzaba a trabajar duro de verdad. En realidad, no se retiró efectivamente hasta 1940.»

La nueva tarea de Kell consistía principalmente en vigilar a los conspiradores comunistas, y esta misión de contraespionaje difería de todas las que había intentado antes. Ante todo, requería nuevas técnicas, y, particularmente, un nuevo tipo de agente capaz de infiltrarse entre los trabajadores sin despertar sospechas. Por primera vez comenzaron a contratar a simples obreros como agentes de contraespionaje.

Mientras tanto, en el M.I.6, el viejo amigo de Sidney Reilly, George Hill, trepaba rápidamente la escalera de la promoción. Su actividad estaba más ligada a la faceta exterior, operativa, que al aspecto interno y organizativo del Servicio Secreto, pero se prestó considerable atención a sus sugerencias con respecto a la política a seguir en Rusia. Nunca cortó por completo sus lazos con el Servicio, ni siquiera cuando, durante los años veinte y treinta, se ocupó de tareas civiles, incluyendo un año como gerente general de C. D. Cochran, empresario teatral. Posteriormente, como el brigadier Hill, se convertiría en una figura importante dentro del M.I.6.

El gusano de la obsesión bolchevique había mordido profundamente en el M.I.5 y el M.I.6, en la década de los años veinte, y, teniendo en cuenta los acontecimientos ingleses de 1918-1919, esto resulta comprensible. Sin embargo, la obsesión implicaba ciertos peligros, como probarían posteriormente los hechos, y tal vez el peor de estos peligros consistía en que la preocupación por los bolcheviques tendía a encegar al Servicio Secreto con respecto a las amenazas que representaban otros problemas. Quienes todavía consideraban que Alemania debía ser uno de los blancos preferenciales del Servicio Secreto, fueron abrumados por los antifranceses y progermanos, y por quienes creían que la Rusia soviética era el principal enemigo de Inglaterra. Luego, varios Gobiernos sucesivos, tanto laboristas como conservadores, pusieron más énfasis en el M.I.5 que en el M.I.6. Pronto se advirtió que las autoridades, temporalmente decididas a economizar en gastos de espionaje

en el extranjero, no descartaban la posibilidad de utilizar al M.I.5 como arma de largo alcance con vistas a la huelga general revolucionaria que, a su juicio, llegaría más tarde o más temprano. Es probable que la huelga, que finalmente estalló en 1926, hubiera sucumbido bajo el peso del sentido común de una manera o de otra, pero la organización del contraespionaje jugó un papel prominente, toda vez que desbarató algunas conjeturas centradas en torno a los acontecimientos que culminarían en aquella huelga, mientras trabajaba con dudoso mérito en la preparación de la propaganda anticomunista.

Es necesario juzgar con equidad al Servicio de Contraespionaje y sus tácticas maquiavélicas. En condiciones normales, estos procedimientos son inexcusables, pero, cuando los agentes de un Gobierno extranjero fomentan la subversión dentro de un país, la política del M.I.5 debe ser igualmente despiadada. Si la huelga general se hubiera desencadenado en cualquier momento entre 1918 y 1924, podría haber culminado con acontecimientos mucho más peligrosos.

De todos modos, está claro que el Servicio Secreto se excedió en varias ocasiones, particularmente en materia de propaganda. En este terreno se desenvolvió la siguiente misión de Sidney Reilly. Poco después de su boda, volvió a viajar a Rusia, fingiéndose esta vez un comunista británico que deseaba recibir instrucciones relativas a la causa en Inglaterra. Fue Reilly quien organizó la falsificación de la famosa carta de Zinoviev, que acabaría por precipitar la caída del primer Gobierno laborista inglés.

Esta carta, supuestamente firmada por Gregory Zinoviev, presidente de la Tercera Internacional Comunista y dirigida al señor A. McManus, representante británico en el comité central de la mencionada Internacional, incitaba abiertamente a la revolución en Inglaterra. Uno de sus pasajes decía: «La lucha armada debe ser precedida por una batalla contra las inclinaciones al compromiso, que contaminan profundamente a la mayoría de los obreros ingleses, y contra los conceptos de evolución y exterminio pacífico del capitalismo. Sólo entoces será posible una completa victoria de la insurrección armada.» Un miembro del M.I.5, Donald im Thurn, empleado de una firma ruso-blanca, la «Rusian Steamship Company», actuó como intermediario del Servicio Secreto, entregando la carta a los dirigentes del partido conservador, quienes por un pago de sólo quince mil libras esterlinas obtuvieron un beneficio radicalmente efectivo: un artículo exclusivo en el *Daily Mail*, que desencadenó el terror y produjo, en última instancia, la derrota del Gobierno laborista y el regreso de los conservadores al poder.

Los líderes del partido laborista siempre han declarado que el

documento era falso, pero, puesto que no podían demostrarlo, el daño era irreversible. A pesar de todo, con el correr de los años, ha salido a la luz una serie de evidencias que indican sólidamente la existencia de una falsificación, y en 1929, tras una serie de investigaciones de la Policía alemana en Berlín, se obtuvo la confesión de un ruso blanco llamado Vladimir Orloff, quien había estado complicado en la falsificación del documento. Subsecuentemente, una exhaustiva encuesta del equipo del *Sunday Times* reveló la historia completa de aquella patraña, llegándose a la conclusión de que, aunque Orloff era el ejecutor directo del fraude, la autenticidad del documento había sido garantizada por Sidney Reilly, en un informe personal al Servicio Secreto.[3]

Ahora bien; Reilly no era un novato en la faena de comerciar documentos falseados. No sólo solía adquirirlos para sí mismo, sino que además era un experto en detectar los detalles que demostraban la falsedad de cualquier papel, y tenía tanta experiencia en la cuestión que resulta altamente improbable que pudiera haberse dejado engañar por aquel documento. Había sido el responsable principal, durante la Primera Guerra Mundial, de la venta, por el Servicio Secreto británico y a cambio de una gran suma de dinero, de los fraudulentos documentos «Sissons». Esos documentos habían sido originariamente adquiridos por el Servicio Secreto británico, que abonó una suma igualmente generosa —también como en el caso de la carta de Zinoviev— en la supuesta creencia, de todos modos errónea, de que eran genuinos. Los documentos demostraban que Lenin y Trotsky estaban complotando con los alemanes contra los aliados. Dicha venta a los americanos fue un gran error por parte de los británicos. Entregar un documento de tales características a un Gobierno amigo ya era reprobable, pero un fraude resulta decididamente imperdonable. Los americanos ni perdonaron ni olvidaron. Fue una de las razones que justificaron la sostenida desconfianza americana hacia el Servicio Secreto británico entre las dos guerras; los americanos desconfiaban de que sus colegas ingleses trataran de complicarlos en cualquier escaramuza extranjera, falsificando evidencias y documentos. Además, contaba el hecho de que los americanos creían, exagerando tal vez, pero sin equivocarse del todo, que Sir Basil Zaharoff había manipulado al Servicio Secreto británico para mantener alejados a los yanquis de las concesiones petroleras del Medio Oriente.

Se ha sugerido que, en los últimos años de su vida, Reilly disponía de una considerable fortuna. Efectivamente, había obtenido grandes sumas de dinero en los días de la pre-guerra, pero no se sabe exactamente qué ocurrió con su fortuna. Es indudable que, durante la guerra, estaba tan absorbido por sus actividades

de agente secreto que resulta improbable que haya podido ocuparse de asuntos comerciales de ninguna naturaleza. También parece difícil de creer que los ingleses le abonaran cantidades importantes de dinero. Mr. Robin Bruce Lockhart, el hijo de Sir Robert, ha declarado que Reilly era «un gran dilapilador, y en el momento de su muerte había agotado sus recursos financieros en Savinkoff, encontrándose gravemente endeudado».[4]

Savinkoff, el antiguo revolucionario, fue descrito por Churchill como un «producto extraordinario, un terrorista de ideas moderadas».[5] Su valeroso liderazgo de los rusos blancos en la cruzada contra el bolchevismo continuó después de que los antibolcheviques sufrieran importantes derrotas, hasta que se abocó a la organización de las guerrillas de Praga. A esta altura de la carrera de Savinkoff, Sidney Reilly lo encontró en Praga y le presentó planes para organizar una revuelta campesina en Rusia. No es imposible que suministrara fondos a Savinkoff, pero parece altamente improbable que aquellos dineros fueran de propiedad personal de Reilly, aunque éste puede haber declarado que le pertenecían.

Reilly, a estas alturas, no sólo trabajaba para los ingleses. También colaboraba con el Servicio de Inteligencia francés. Nada había en esto de desleal; Francia era tan buena aliada de los rusos blancos como Inglaterra, aunque ningún Servicio Secreto aprueba, generalmente, que uno de sus agentes trabaje para otro país, por más que se trate de una nación amiga. En diciembre de 1924, Reilly trajo desde Rusia documentos referidos a la inminencia de una revolución comunista en París y en el norte de Francia.

Reilly entregó esta información en Londres y París. Como resultado, el Premier francés Herriot ordenó el arresto de varios líderes comunistas.

Reilly volvió a Rusia en 1925, casi seguramente por su propia voluntad, aunque con pleno conocimiento del Servicio Secreto. Por otra parte, está igualmente claro que, aunque es práctica normal del Servicio Secreto británico comunicar a los agentes que serán desautorizados *si algo va mal,* esta vez subrayaron particularmente este concepto, señalando a Reilly que *no habría operación de rescate.* Como telón de fondo de este episodio cabe recordar que, tanto dentro como fuera de Rusia, había surgido una organización denominada «The Trust». Se declaraba antibolchevique y proclamaba, una vez más, su intención de derrotar al régimen comunista. El Servicio Secreto era, naturalmente, escéptico, particularmente porque «The Trust» aseguraba que algunos de sus miembros ocupaban altos mandos en el Gobierno soviético, e incluso dentro de la Policía. Esto podía muy bien ser un nuevo ejemplo de la clásica táctica de los rusos durante la Revolución, esta vez fingiéndose contrarrevolucionarios. Como ya hemos visto, los zaristas habían empleado este procedimiento durante setenta años, y los bolcheviques les habían heredado. Las sospechas se acentuaron cuando Savinkoff, con conocimiento de Reilly, viajó a Rusia para ofrecer su rendición, con la intención —al menos eso dijo— de simular una confesión de sus errores y fingirse amigo del régimen. La teoría de Savinkoff era que «The Trust» le buscaría, garantizaría su seguridad y que él podría prepararse para atacar al régimen en el momento adecuado. Savinkoff fue a Rusia, fue arrestado, «confesó» y dio toda la impresión de haber traicionado a su causa. En mayo de 1925 se informó que se había suicidado, arrojándose desde una ventana. Pero, a pesar de todo, Reilly declaró al Servicio Secreto que creía en «The Trust», y que, aunque había que correr ciertos riesgos, dicha organización le protegería. Eventualmente, circularon rumores de que había sido atrapado y fusilado por guardas fronterizos en el límite ruso-finlandés. El Servicio Secreto retuvo toda la información sobre Reilly, negándose incluso a brindar datos precisos a sus amigos personales. La esposa de Reilly estaba convencida de que su marido aún vivía, pero se la ignoró totalmente. Para dar publicidad a sus preocupaciones, con la esperanza de que los ingleses o los rusos aclararan la situación de su marido, publicó la siguiente noticia necrológica en la Prensa: «REILLY. El 28 de setiembre, asesinado cerca de la aldea Allekul, Rusia, por tropas de la G.P.U. CAPITAN SIDNEY GEORGE REILLY M. C. OFICIAL DE LA R.A.F. AMADO ESPOSO DE PEPITA B. REILLY.»

Pero... ¿Fue realmente asesinado Sidney Reilly por la G.P.U.? Su esposa, que hizo lo indecible por aclarar el misterio, declaró en 1930 que la cuestión de la muerte de su marido estaba todavía «tan abierta como hace seis años».[6] Había motivos para dudar, pues M. Brunovski, un latvio que había sido liberado por los rusos después de cuatro años en una cárcel de Moscú, dijo que había oído hablar de un «importante espía británico, alojado en el hospital de la cárcel de Butyrski». Durante su permanencia en prisión, M. Brunovski había tomado apuntes secretos en trozos de tela que llevaba consigo. Pero las tensiones y torturas de su cautiverio le hicieron olvidar el significado de muchos de sus apuntes. Una serie de estas notas decía así: «Oficial británico Reilly, Persia-suegro.» Pero Brunovski no podía recordar por qué había escrito «Persia» y «suegro». Pepita Reilly, aunque sin aclarar mucho lo de Persia, sugirió que Brunovski había confundido la palabra suegro en ruso, *testi,* con S.T.I., nombre codificado de su marido.[7]

En diciembre de 1925, un artículo periodístico inglés declaraba que «Sidney George Reilly es el hombre que produjo el notorio

asunto de la carta de Zinoviev». Llama la atención que algún miembro del Servicio Secreto o de los círculos políticos, que todavía pretendían prestigiarse gracias a aquella controvertida carta, haya ofrecido información a la Prensa en momentos en que el destino de Reilly era todavía incierto. Dos años después, llegó a Finlandia uno de los líderes de «The Trust», Opperut, revelando que no sólo pertenecía al movimiento de contraespionaje de la G.P.U., sino también que «The Trust» había sido organizado por el Gobierno soviético para encontrar enemigos del régimen y ponerlos bajo control. Hubo escenas de pánico en varias partes del mundo, protagonizadas por aquellos que se habían sumado inocentes a «The Trust», en la creencia de que se trataba de un genuino instrumento revolucionario. Según Opperut, Reilly no había sido fusilado cuando intentaba cruzar la frontera rusa, sino trasladado a Moscú, donde todavía se encontraba prisionero en la cárcel de Butyrski.

Informaciones posteriores sobre Reilly plantearon nuevas contradicciones. Un ruso blanco, escapado de Rusia, declaró que Reilly aún vivía en la prisión, pero que estaba demente. Un funcionario británico en el Medio Oriente informó que un hombre que decía ser Sidney Reilly le había llamado por teléfono, informándole que acababa de escapar de Rusia y que necesitaba dinero, para después desaparecer inmediatamente.

El Servicio Secreto abrigaba obvios temores de que uno de sus mejores agentes pudiera estar todavía con vida, confesando bajo torturas o pasándose al bando bolchevique. Tal vez desearon hacer conocer su versión sobre el caso de la carta Zinoviev para que se publicara en la Prensa antes de que Reilly confesara su participación en este operativo. Cuando el Gobierno soviético intentó capitalizar el asesinato de Volkoff en Polonia, formuló una declaración en la que sostenía que Reilly había sido enviado a Rusia con «una misión terrorista, a las órdenes directas de Winston Churchill». Éste era el texto del documento: «En el verano de 1925, cierto mercader provisto de un pasaporte soviético con el nombre de Steinberg fue baleado y arrestado por un guarda fronterizo mientras intentaba cruzar ilegalmente la frontera finlandesa. Durante el interrogatorio, un testigo declaró que ese hombre era en realidad Sidney George Reilly, espía inglés, capitán de la Royal Air Force y uno de los principales organizadores de la conjura de Lockhart, quien había sido condenado por sentencia del tribunal en diciembre de 1918. Reilly declaró que había venido a Rusia con el propósito específico de organizar actos de terrorismo, disturbios y revueltas, y que al llegar de América se había entrevistado con Winston Churchill, canciller del Exchequer, quien le instruyó personalmente sobre la reorganización de las redes de agentes

terroristas y otros actos destinados a distraer la atención. Su testimonio escrito se encuentra en posesión del Gobierno. Las evidencias brindadas por Reilly fueron totalmente corroboradas por materiales secuestrados durante procedimientos posteriores.» [8]

Reilly pudo haber sido muerto por unos guardias demasiado ansiosos por apretar el gatillo antes de revelar su auténtica personalidad, pero es altamente improbable que un espía tan importante fuera fusilado antes de que los rusos le examinaran exhaustivamente y trataran de extraerle una confesión. Mr. Robin Bruce Lockhart, declaró, todavía en 1967, que «el hombre que admitió ante sus íntimos amigos que era responsable de la carta de Zinoviev no era otro que el magistral espía Sidney Reilly. Recientemente he recibido informaciones desde Rusia, indicando que Reilly lo había confesado a los agentes de la O.G.P.U». [9]

¿Reilly salvó su vida haciendo un trato con los rusos? Entre todos los agentes secretos fue el único que gozó del raro talento de hacer que sus propios enemigos le creyeran. Hay indicios de que Reilly conservó la vida durante largo tiempo, convirtiéndose en agente del Gobierno soviético, que le consideraba un elemento de la mayor importancia. En muchos aspectos fue para ellos más importante que el propio Savinkoff, pues no sólo estaba en contacto con numerosos enemigos rusos del régimen, sino que además había sido espía principalísimo del Servicio Secreto británico y trabajado con los servicios franceses y americanos. Además, Reilly conocía como pocos la mayor parte de las ramificaciones del Servicio Secreto inglés y el personal directivo del M.I.5 y el M.I.6, ya que durante sus visitas a Londres también había actuado como asesor del M.I.5. Si los rusos pretendían infiltrarse por primera vez en el Servicio Secreto inglés, Reilly era, fuera de toda duda, el hombre ideal para facilitarles el acceso.

En cuanto a la posibilidad de que Reilly traicionara a los ingleses, debemos examinar todos sus antecedentes. Por un lado, tomemos en cuenta su probada capacidad a lo largo de treinta años en el Servicio Secreto inglés, su coraje, del que nadie dudaba, su vehemente apoyo a los antibolcheviques y sus constantes reclamos, ante el gobierno británico, sobre la necesidad de preparar una contrarrevolución. No olvidemos que sus raíces estaban en el mundo occidental, comenzando por su propia esposa; además se decía que había gastado dinero de su bolsillo por la causa antibolchevique.

Pero, en la columna desfavorable, hay muchos indicios e incógnitas que dejan lugar a dudas. Su ilegitimidad le había despojado, desde temprana edad, de cualquier sentimiento de pertenecer a un país u otro. Sin duda, guardaba gratitud a Inglaterra por brin-

darle la primera oportunidad de su vida, pero, como solía decir a sus amigos: «He gastado más dinero en proveer información a Inglaterra del que el Servicio Secreto me ha pagado.» Esto no era una simple broma; muchas veces se había visto obligado a utilizar los beneficios colaterales del espionaje —como su contrato con Blohn y Voss— para complementar sus magros ingresos como espía. También cabe señalar que era inescrupuloso y despiadado. Se ha mencionado ya la posibilidad de que envenenara al reverendo Hugh Thomas. También está el extraño caso de su hermana, perdida durante largos años, a la que encontró en París, y que pocos días después fue hallada muerta en el pavimento, a las puertas del hotel en que vivía. Se dijo que había saltado desde la ventana del último piso. Pero... ¿no la habría empujado alguien?, ¿tal vez el propio Reilly? Sidney nunca vaciló ante la necesidad de matar cuando consideró que el fin justificaba los medios. También hay evidencias de que más de una vez amenazó con dar muerte a su primera esposa.

Agreguemos, además, que Reilly no era pro-zarista ni muchísimo menos: jamás había perdonado el odio zarista por los judíos, aunque al mismo tiempo ocultaba su origen hebreo. Políticamente, se ubicaba a la izquierda de Savinkoff. En varias ocasiones, Reilly declaró a sus amigos que estaba seguro de que sólo él sabría hacer funcionar un Gobierno antibolchevique. Padecía un complejo napoleónico, en el sentido literal: Bonaparte no sólo era su héroe, sino que además coleccionaba toda clase de rarísimas reliquias napoleónicas. No le complacía ser una simple tuerca en el engranaje de la Inteligencia; le apasionaba formular teorías políticas y obtener poderes. En cuanto a su futuro dentro del Servicio Secreto británico, éste parecía ofrecerle menos perspectivas en 1925 que en 1918. En los altos mandos se había murmurado contra él; algunos afirmaban que, debido a las agresivas interpelaciones parlamentarias obviamente referidas a sus actividades, Reilly se había convertido en una molestia para el Servicio. Otros pensaban que la campaña antibolchevique se había puesto demasiado peligrosa para continuar con ella. Cumming, que jamás había confiado en él, le apoyaba con invariable lealtad, a pesar de todo. El nuevo jefe del M.I.5 C, en cambio, daba la impresión de no desear que Reilly continuara a sus órdenes. Entre 1921 y 1925 le habían obligado más y más a mantenerse en situación de agente solitario. La Cancillería expresaba también su desaprobación de Reilly. Hasta el M.I.5 comenzaba a abrigar dudas con respecto a la conveniencia de sus servicios.

Existía, al mismo tiempo, la posibilidad de que los rusos hubieran difundido deliberadamente ciertas informaciones para que

el Servicio Secreto británico y, más aún, el Foreign Office, creyeran que Reilly estaba de su parte. Por cierto, sabían que Reilly atravesaba un cono de sombra: poco antes del retiro de Cumming del S.I.S., Reilly pidió a su jefe que le incorporara al equipo permanente del M.I.i.C. La solicitud fue rechazada, cosa que molestó profundamente a Reilly. Aquí cabe señalar dos posibilidades: bien el famoso agente se enfadó porque se rechazara su pedido, y decidió, en el mismo instante, trabajar en favor de los bolcheviques, bien los propios soviéticos le sugirieron que solicitara una incorporación permanente al Servicio Secreto para infiltrarse profundamente en sus rangos.

Nada se ha demostrado, y hay algunas personas, hoy con vida, que conocieron a Reilly y niegan rotundamente que se hubiera pasado al bando soviético. En síntesis, yo personalmente no creo que Reilly tuviera in mente otro proyecto fuera de su solapada maniobra para obtener poder en la Unión Soviética. Existen algunas evidencias acusadoras en el sentido de que, aprovechando el último viaje de Reilly a Rusia, los soviéticos forjaron los primeros eslabones de la cadena que condujo a Philby, McLean, Burgess y Blake. El paralelo entre Reilly y Blake es notable. Ambos habían nacido fuera de Inglaterra y, por lo tanto, en los dos casos se asumió el riesgo de emplear a extranjeros como espías de primer orden. Cada uno de ellos había servido en fuerzas británicas de combate; Reilly en la R.A.F. y Blake en la Real Armada. Ambos, corriendo riesgos extraordinarios, habían accedido a jugar el papel de agentes dobles. Con la desaparición de Reilly, el Servicio Secreto británico perdió el núcleo de una red minúscula, pero muy útil, dentro de Rusia. Se necesitaron varios años para construir un mecanismo comparable. Por otro lado, pocos años después de la supuesta muerte de Reilly, los rusos comenzaron a establecer una nueva organización clandestina dentro de Inglaterra, infiltrando al Servicio Secreto británico. Reilly tenía contactos dentro del Foreign Office y bien pudo aconsejar a los rusos sobre los diplomáticos más favorables a la ideología comunista. El primero de ellos fue Reginald Orlando Bridgeman, el mismo Reggie Bridgeman que trabajara junto a Compton McKenzie en Atenas. Bridgeman, descendiente de una distinguida familia, rivalizó eventualmente con Uxbridge como candidato obrero, e integró la Sociedad por la Amistad anglo-soviética, actuando también como secretario de la liga Anti-Imperialista.

Reggie Bridgeman fue, tal vez, el primer fanático pro-soviético en el servicio diplomático, del que se retiró, con uso de pensión, en 1923. En una ocasión, declaró a este autor que jamás había creído que Sidney Reilly fuera tan furiosamente antibolchevique

como aparentaba. A mí siempre me dijo que, a largo alcance, sería mejor unirse a ellos que enfrentarlos, imaginando siempre —pues era un optimista incurable— que su influencia podría cambiarlos. Sin embargo, Reilly era lo suficientemente realista como para saber que el Ministerio de Relaciones Exteriores necesitaba un elemento capacitado para comprender el punto de vista soviético».

Hay otro hombre que traza un cuadro de Reilly como «romántico decidido a reorganizar el bolchevismo, si no podía derrotarlo». Me refiero al capitán finlandés Van Narving, que había conocido a Sidney Reilly en Finlandia, cuando se reveló que «The Trust» era una rama de la Inteligencia soviética. «De ninguna manera puede suponerse que Reilly ignorara que estaba entrando en una cueva de lobos —declaró Van Narving a este autor—. Sabía perfectamente que The Trust era un organismo dependiente del contraespionaje ruso. Pero Reilly había cambiado mucho desde 1922. Le había disgustado la tendencia proalemana del Servicio Secreto británico; esto le llevó a cambiar su actitud hacia el soviet, aunque lamentablemente no cambió la posición del soviet hacia él. Desde que Reilly fue capturado, los rusos han tenido siempre dos agentes dentro del Servicio Secreto británico.»

No hay por qué dudar de la exactitud de la mayor parte de la información que suministra Van Narving, y más adelante en este libro veremos que buena parte de sus afirmaciones eran rigurosamente precisas. Había servido durante un tiempo en el equipo del general Mannherhein en Finlandia. Luego desapareció durante varios años, hasta que, en junio de 1939, se presentó en Nueva York, tras un viaje de diez millas a través de Siberia, Rusia, Checoslovaquia y Alemania.

Fue entonces cuando entregó informaciones vitales, en Nueva York, sobre los planes bélicos de los nazis, y esto resultó de importancia muy superior a lo que podía decir acerca de la Unión Soviética, cosa que ni siquiera llevó al papel. Pocos americanos creían, por entonces, que la Unión Soviética constituyera una amenaza tan grande como se creía en los países del Oeste europeo.

Van Narving fue responsable, en parte, de la defección de la Unión Soviética del general Walter Krivitsky, que en su momento fuera jefe de la Inteligencia militar soviética en Europa occidental. Delgado, tenso, con una mirada profundamente inquieta, Krivitsky dirigía la red de espionaje europeo de Stalin, fingiéndose comerciante en arte con residencia en Amsterdam. Viajó a los Estados Unidos, formulando oscuras advertencias sobre la penetración rusa en algunos servicios occidentales de Inteligencia. Pero los ingleses se interesaron más por este personaje que los americanos. Por arreglo especial entre Herbert Morrison (entonces secretario del Interior) y Louis Waldman, abogado neoyorquino, Krivitsky fue enviado clandestinamente a Inglaterra, a bordo de un submarino, y suministró suficientes pruebas para acusar y condenar por espionaje a un experto en códigos del Foreign Office llamado John Herbert King, quien sufrió una sentencia de diez años de prisión. Luego regresó a los Estados Unidos, y el Departamento de Estado le otorgó un pasaporte americano. Pero en Londres existía la sensación, sobre todo en los círculos de Inteligencia, de que no había dicho todo lo que sabía, y ocultaba cierta información importante por miedo a las consecuencias. «Al regresar a Nueva York, me dijo —dice Van Narving— que estaba seguro de haber cometido un gran error con su viaje a Londres. Le pregunté por qué, y me respondió que no se podía confiar en los ingleses. Afirmó que la Unión Soviética disponía de agentes secretos que ocupaban altos cargos en Gran Bretaña. Consideraba que, en Inglaterra, uno nunca podía saber quién era su amigo y quién su enemigo. Le respondí que no fuera tonto y agregó: *Tú conociste al agente Reilly. Fue su información lo que nos permitió penetrar en la red británica. El creía que, diciéndonos unas pocas cosas, podría ayudar a los ingleses y salvar su vida. Pero, finalmente, no logró ni lo uno ni lo otro.*»

A principios de 1941 se solicitó que Krivitsky visitara nuevamente Inglaterra, pero a los pocos días de recibir tal invitación le hallaron muerto en una habitación del «Hotel Bellevue», de Capitol Hill, con la nuca destrozada por una bala explosiva. A su lado se encontró un revólver manchado de sangre y cuatro ambiguos mensajes de despedida. Se creyó entonces que Krivitsky se había suicidado. Pero luego surgió la sospecha de que tal vez le hubieran asesinado los agentes rusos, a quienes desde Londres se había advertido del próximo viaje de Krivitsky, quien fue así silenciado para mantener en secreto la penetración rusa en la Inteligencia británica y el Ministerio de Asuntos Exteriores.

Van Narving estaba convencido de que Krivitsky sabía cómo y a través de quien había sido infiltrado el Servicio británico por los rusos. Existen sustanciales evidencias en favor de su teoría. Krivitsky se había referido a un agente de reclutamiento que actuaba «entre los círculos académicos de Cambridge», buscando candidatos para el espionaje soviético. Sin identificarse como miembro de la red, este profesor encargaba al comunista británico Douglas Springhall la tarea específica del reclutamiento. El espía John Herbert King había sido reclutado de esta forma; también Philby. Krivitsky lo sabía todo acerca de Philby, pues éste había encontrado a su primera esposa, Elizabeth Kohlmann, mientras desempeñaba una misión para el Servicio Secreto soviético en Viena. Krivitsky

conoció a su propia esposa, Tonia, en Viena, donde ella y Elizabeth Kohlmann formaban parte de la misma célula clandestina. Isaac Levine, quien redactó las Memorias de Krivitsky, recordaba que éste se había referido en cierta ocasión a la presencia de un «segundo traidor» en el Foreign Office, de apellido y hábitos bohemios, descripción que bien podría haber concordado con la de Donald MacLean.

Entre 1925 y 1933, el Servicio de Inteligencia soviético estaba ya reclutando elementos en Inglaterra. Kim Philby ha declarado que fue incorporado a la organización «en Europa central, hacia junio de 1933», agregando que «a lo largo de toda mi carrera he sido un agente directo de penetración, trabajando siempre a favor de los intereses soviéticos. El hecho de que me incorporara al Servicio de Inteligencia británico es completamente secundario. Siempre consideré a mis relaciones con el S.I.S. como meros empleos de cobertura».[10]

Los comentarios de Van Narving sobre todo esto resultan igualmente sorprendentes: «Jamás hubo la menor posibilidad de que la Unión Soviética llegara a un acuerdo con Inglaterra como fruto de las conversaciones del verano de 1939. Ellos sabían que en el Foreign Office y dentro del Servicio Secreto había hombres influyentes, de tendencia predominantemente antibolchevique y proalemana. Lo sabían, por supuesto, gracias a sus propios agentes infiltrados en el Foreign Office y el S.I.S. No ignoraban que a estas fuerzas les complacería que Alemania y Rusia entraran en guerra, mientras Inglaterra y Francia las contemplaban tranquilamente desde la línea Maginot.»

21

El M,I,6 durante los años treinta: la ausencia de una política

Durante los años treinta, mientras el M.I.5 se dedicaba principalmente a vigilar la situación comunista en el ámbito doméstico y, en menor medida, a observar atentamente el movimiento de los camisas negras de Sir Oswald Mosley, el M.I.6 comenzaba a desarrollar una organización en Gibraltar, para observar los acontecimientos en el Mediterráneo occidental, y otra en Viena y Praga, para vigilar a Rusia y Alemania.

Los agentes se reclutaban todavía preferentemente entre los ex oficiales y, aunque se investigaba someramente el pasado de los reclutas, todo este mecanismo carecía de seriedad, pues los apellidos distinguidos y antecedentes familiares contaban más de lo aconsejable. «Todo aquello era muy extraño —escribió uno de los miembros del S.I.S., recordando su reclutamiento durante dicho período—, pero en aquel tiempo *todo* me parecía extraño, incluyendo la forma en que ingresé al Servicio Secreto. Yo no era más que un oficial de la Armada que había tenido cierta experiencia en tareas de Inteligencia. Un día, durante 1929, telefoneé a un oficial de Inteligencia militar, tratando de obtener un empleo como intérprete como ex oficial de la Armada. A raíz de esto conocí a un oficial de Inteligencia que, después de algunas conversaciones, me sugirió renunciar a mi comisión y sumarme a sus actividades... pero nadie me indicó cómo trabajar en espionaje, o en qué forma debía tomar contacto con fuentes fidedignas para sonsacarles la información necesaria.»[1]

Kim Philby nos ha dejado un interesante relato de su incorporación al Servicio Secreto británico. Estaba trabajando como corresponsal de guerra para *The Times*, a comienzos del verano de 1940, cuando intentó tomar contacto con el S.I.S. Philby describe metafóricamente estas aproximaciones: «Yo vigilaba varias piezas que

había puesto en el fuego, haciéndolas girar a medida que las veía recalentarse.» Entonces se produjo la llamada telefónica que sirvió de punto de partida: le preguntaron al director de informaciones nacionales de *The Times* si se encontraba «disponible para tareas bélicas». Poco después, Philby se encontraba en el vestíbulo del «Hotel St. Ermin», cerca de la estación de St. James Park, conversando con Miss Marjory Maxse... «una dama más bien madura e intensamente agradable. Hablaba con autoridad, y se encontraba evidentemente en condiciones de recomendarme para un empleo interesante. Pasé el primer examen... en nuestro sgundo encuentro, se presentó acompañada de Guy Burgess, a quien yo conocía. Estimulado por la presencia de Guy, comencé a comportarme en forma ligeramente jactanciosa, mencionando nombres importantes como si fuera al azar. Antes de separarnos, Miss Maxse me informó que, si lo deseaba, podía cancelar mis relaciones con *The Times* y presentarme a Guy Burgess en un apartamento de Caxton Street, a pocos metros del «Hotel St. Ermin». [2]

El procedimiento era notoriamente informal. Muchos otros fueron reclutados tras ser sometidos a investigaciones igualmente superficiales; ésa era la forma en que el Servicio Secreto incorporaba a sus nuevos agentes entre 1936 y 1940.

El ex oficial de la Armada que mencionábamos al comenzar este capítulo fue enviado primeramente a Praga, para investigar ciertas informaciones sobre un nuevo explosivo, de posibilidades desconocidas y tal vez ilimitadas, que se estaba estudiando en Checoslovaquia. Pero, antes de viajar a Praga, debía entrevistarse con un contacto en Viena. Lo que este contacto dijo al nuevo recluta sobre sus predecesores, los espías británicos que habían actuado en la misma parte del mundo en los años anteriores, debe haber resultado deprimente. En principio, aquellos espías tenían el hábito de consternar a sus superiores, dedicándose a la bebida durante semanas. En una ocasión, uno de estos alcohólicos, pobremente dotado sin duda para el espionaje, había sido arrestado por la Policía austríaca, que lo acusó de conducta ofensiva, encerrándolo en una celda. En su maletín, que afortunadamente no registraron, había todo tipo de documentos confidenciales que el agente había recogido durante la mañana. El sucesor del alcohólico fue un ex jugador de rugby, con enfermiza debilidad por las mujeres, que atraía desagradablemente la atención de la Policía.

Tal vez el contacto sólo deseaba adoctrinar al nuevo agente en forma positiva y por su propio bien, pero este último declaró que el episodio le resultó más bien desalentador. El contacto le mostró también algunos informes sobre el misterioso explosivo, pero el

agente no poseía conocimientos técnicos sobre el caso y los detalles le resultaron más bien enigmáticos.

—¿Puede darme alguna idea sobre cómo comenzar? —preguntó a su superior—. ¿Hay procedimientos habituales?

—En realidad, no lo creo —fue la respuesta—. Debe usted descubrirlo por sí mismo. Pienso que cada uno tiene sus propios métodos y no se me ocurre ningún consejo útil.

Al cabo de un año, el nuevo agente comenzó a progresar. Un técnico con el que había hecho buenas migas la preguntó si podía gestionar el viaje de un equipo de inspección, que vendría desde Londres para presenciar una demostración del nuevo explosivo. Efectivamente, poco después una partida de tres hombres llegó de Londres y se reunió con el técnico en un bosque de las afueras de Praga, donde practicaron una explosión experimental. El estallido atrajo a la Policía y el técnico tuvo ciertas dificultades para explicar a los agentes aquel pequeño experimento.

Cuatro años después de comenzar la investigación de este explosivo, los checos pidieron al agente británico un adelanto de mil libras para continuar la investigación. El espía concurrió a varias reuniones en Londres, donde se discutía en contra y a favor del pago de aquella suma. Finalmente, se citó a una reunión conjunta, en el Ministerio de Guerra, para elaborar la decisión final. La Armada y la Fuerza Aérea estaban a favor de la inversión; el Ejército, en cambio, se oponía. Ésta es la conclusión del agente: «Personalmente, estoy convencido de que perdimos una gran oportunidad. Supongo que nunca sabremos si, por una cuestión de mil libras esterlinas, perdimos o no la oportunidad de adquirir datos que hubieran tenido una inmensa utilidad durante la guerra.»

En los años que precedieron al conflicto bélico, los agentes se encontraban frecuentemente maniatados por un rígido sistema, que controlaba cada penique que debían invertir en tareas secretas. El sistema era dirigido por un contable naval, quien no sólo aplicaba conceptos totalmente burocráticos en materia de gastos de espionaje, sino que en algunas ocasiones viajaba al exterior para controlar la forma en que se invertían los dineros bajo su control. Desafortunadamente para los agentes, el contable en cuestión solía pasar noches de jarana durante sus viajes al exterior, y a la mañaña siguiente le daba por reprochar a los espías sus «vidas extravagantes».

En parte a través del S.I.S., en parte por medio del N.I.D., se establecieron importantes contactos con los generales disidentes de la Alemania nazi, así como con quienes rodeaban a Franco en España, pero por alguna razón no se intentó, al parecer, contactar con los amigos italianos del Duce. Era en este último ámbito, en el

«suave bajo vientre de las Potencias del Eje» donde se registraban las más fructíferas posibilidades de infiltración. Sin embargo, esta oportunidad fue lamentablemente descuidada, cosa que probablemente explica la profunda entrega de Mussolini a la causa nazi. Por alguna razón, el Servicio Secreto consideró que los mejores amigos los encontraría en España.

El principal contacto en el medio hispánico era Juan March, que se había sumado a las organizaciones secretas británicas durante la Primera Guerra Mundial. Se efectuaron contactos confidenciales, en este sentido, a principios de la década del treinta, y no cabe duda de que el Servicio Secreto y el N.I.D., prestaban más atención al concepto de Sir Basil Zaharoff que al almirante Hall. Zaharoff había sido íntimo amigo de Juan March y, por otra parte, gozaba de la confianza del almirante Canaris, jefe de la Inteligencia alemana. Ambos hombres gustaban de España y Grecia, y Canaris en particular se sentía más a gusto entre las gentes latinas y mediterráneas que en compañía de los teutones. Fue Zaharoff quien tomó contacto con Canaris a través de Juan March, convenciéndolo de la necesidad de un apoyo secreto para el bando en España. Cuando Juan March fue a Gibraltar en 1933, para escapar de las fuerzas republicanas, que le consideraban un enemigo de la democracia, el N.I.D. le protegió de cualquier posible arresto o persecución, organizando su fuga de Alcalá de Henares, en cuya prisión se le había retenido. Se supone que también Basil Zaharoff intervino en esta maniobra.

Pero, hacia 1934, Zaharoff y Juan March, debido a una serie de conversaciones con Canaris, comenzaron a abrigar dudas con respecto a los nazis. Juan March, firme partidario de Franco, advertía que Hitler no se detendría en nada en su pretensión de conquistar Europa. Escribió a un amigo, perteneciente a la Inteligencia naval en Madrid, que Canaris tenía las mismas impresiones y que «no ama ni confía en sus nuevos jefes. En este momento, es nuestro mejor aliado en Europa». Agregaba una observación aún más significativa: «Zaharoff —decía— está consternado por la posibilidad de que Alemania pueda desencadenar una nueva guerra mundial».[3]

Fue Juan March quien puso por primera vez al Servicio Secreto tras las huellas de Canaris, hombre que debía ser vigilado, cultivado y posiblemente seducido, en su calidad de «durmiente camarada del espionaje británico». También fue Juan March quien aconsejó sobre los lazos que debían establecerse con el general Von Kleist, del alto comando alemán, el malogrado barón Von Thyssen, industrial, y Beigbeder, alto comisionado español en Marruecos. A la luz de los acontecimientos posteriores, todo esto constituía un sabio consejo para cualquier Servicio de Inteligencia. Lamentablemente, el

Servicio Secreto se movió con excesiva timidez, tal vez teniendo en cuenta que el Gobierno de Chamberlain estaba tan embarcado en su política de apaciguamiento de las dictaduras que se abstendría de toda maniobra tendiente a debilitarlas. Ciertamente, tanto Von Kleist como Canaris parecían estar ansiosos, entre 1937 y 1938, por convencer a los ingleses de que acusaran a Hitler de embaucador. Pero esa posibilidad se estropeó en Munich, después de que Von Kleist viajara a Londres para promover aquel tipo de política. Von Thyssen, originariamente partidario de los nazis, se separó del partido hitlerista. Beigbeder no era sólo fuertemente antinazi, sino que deseaba la derrota alemana; en él, los ingleses podían contar con un aliado sólido aunque secreto, mas el Servicio cometió el grave error de presentar a Beigbeder una agente femenina británica, con resultados desastrosos, pues el español creyó que se trataba de un taimado intento de comprometerlo. En parte como resultado de aquel incidente, Beigbeder perdió su influencia, que hasta el momento era considerable.

Una de las mentes más astutas en la sección gibraltareña de la Inteligencia naval británica era don Gómez-Beare, quien luego sería agregado naval en Madrid, durante el período de Sir Samuel Hoare como embajador. Gómez-Beare fue siempre un buen amigo de Juan March; a través de este último recibía mucha información directa sobre el pensamiento de Canaris. Gran parte de éste era alentador. De hecho, daba siempre la sensación de que Canaris esperaba que los británicos se comunicaran con él.

No es sorprendente que las jerarquías del Servicio Secreto actuaran con tremenda indecisión con respecto a los contactos con Canaris. En el mejor de los casos, parecía tratarse de una maniobra audaz, optimista, que podría dar resultados importantes; en el peor de los casos, podría revelarse como una invitación para ingresar en una desastrosa trampa. Aquellos que veían al peor enemigo en el bolchevismo tendían, naturalmente, a apoyar los informes más optimistas sobre Canaris. Señalaban que, si el Servicio Secreto británico podía llegar a términos de entendimientos con Canaris, resultaría posible intercambiar informaciones sobre las maquinaciones del comunismo internacional. Pero aquellos que veían en Alemania al enemigo potencial de Inglaterra tendían a sospechar de esta jugada. Toda la carrera de Canaris sugería que se trataba de un ardiente patriota alemán, y en algunos aspectos un auténtico fanático. Había luchado contra los ingleses, al servicio de cruceros alemanes en el Atlántico Sur, durante la Primera Guerra Mundial; se decía que había dado dinero a Mata-Hari para que ésta espiara a los franceses. Los Servicios Secretos sabían que, durante la guerra mundial, había conspirado contra los aliados en Madrid, orga-

nizando el sabotaje de instalaciones francesas en Marruecos y reclutando tribus moriscas. En 1916, había desembarcado en Nueva York, de una nave neutral, bajo el nombre de Moisés Meyerberg; en realidad, venía como saboteador, y transportaba bombas en el estuche de su violín, con el objeto de destruir una fábrica americana de armamentos. Escapó, regresando a través del Atlántico en una nave británica, escudado tras un falso pasaporte chileno donde podía leerse el nombre de señor Reed-Rosas. Después de la guerra, fue sospechoso de complicidad en los asesinatos de comunistas y socialdemócratas alemanes, aunque nada pudo demostrarse. También había intervenido en una negociación para la construcción de barcazas de desembarco, de diseño alemán, que debían fabricarse secretamente en Holanda, España y Japón, durante aquellos años en que el tratado de Versalles había prohibido a Alemania la producción de este tipo de elementos bélicos.

Como hombre, poseía un inmenso encanto, aunque la frialdad de sus ojos penetrantes inspiraba temor en el corazón de cualquier desafortunado que caía en sus manos durante un interrogatorio. Podía ser suave, agradable y simpático, pero con un ligero cambio de inflexión en la voz toda su personalidad se transfiguraba. Era un verdadero apasionado de España, y visitaba este país cada vez que podía; a sus amigos íntimos declaraba siempre un idéntico amor por Inglaterra, y particularmente una marcada admiración por su Marina. Pero Canaris fue siempre un enigma para la mayor parte de sus allegados, incluyendo algunos que trabajaron en su compañía durante años. Este hombre, al parecer, deseaba que la gente lo creyera confiado y desprevenido, pero en realidad no se fiaba de nadie, y se aferraba a sus propios juicios sin prestar atención a los de los demás. Ésta era, en rasgos generales, la personalidad del almirante Wilhelm Canaris, jefe del *Abvehr*, la organización alemana de Inteligencia que guiaba con eficiencia pareja a la que, años antes, exhibiera el coronel Nicolai.

El Servicio Secreto también sabía que la influencia de Canaris había sido fundamental para que Hitler llegara a prometer una intervención alemana en la guerra civil española, en momentos en que los generales más conservadores del Führer se oponían a dicha posibilidad. Habían descubierto que Canaris había organizado la venta de armas defectuosas, cuidadosamente saboteadas, al Gobierno de la República española, a través de intermediarios de origen polaco, holandés y finlandés. Todo esto sugería que cualquier trato con un hombre de tales características debería realizarse con las mayores precauciones.

El N.I.D. recibió de Juan March una información interesante y significativa: Canaris había discutido concretamente con algunos

amigos íntimos, como Fabián von Schlabrendorff, un joven conservador prusiano, la posibilidad de trabajar clandestinamente para el Servicio Secreto inglés y contra Hitler. Canaris se mostró dispuesto a considerar seriamente el asunto; pero, a la vez, era lo suficientemente astuto como para apreciar los peligros que entrañaba semejante plan. «El N.I.D. actual —dijo a Juan March— no es tan circunspecto como solía ser en días del almirante Hall. Está dirigido por aficionados, hombres brillantes sin duda, pero a menudo irresponsables y amigos de hablar demasiado. Tengo informaciones confidenciales sobre ellos y sobre el M.I.6, de modo que sé lo que me digo. Si cualquier alemán, por discreto que fuera, se sintiera tentado a trabajar con el Servicio inglés, es seguro que yo le descubriría. Ahora bien; en ese Servicio Secreto hay opiniones discordantes, y bien podría suceder que una sección del Servicio se comportara con lealtad, pero que la otra no vacilara en traicionar a dichos alemanes, denunciándolos, bien ante mí, bien ante otra persona del *Abvher*. Esto me obligaría a tomar medidas que no quisiera tener que adoptar.»

Las palabras de Canaris entrañaban una advertencia oscura, propicia a diversas interpretaciones. Tal vez, Canaris no hacía más que prevenir a sus colegas de conjura con respecto a maniobras prematuras. Pero es más probable que, habituado a comportarse como conspirador solitario, Canaris prefiriera mantener las cosas en sus propias manos, o disuadiendo a otros alemanes de que abrieran sus líneas de comunicaciones con los ingleses y dejándoles creer que él mismo era hostil a tales proyectos, aunque él mismo los llevara a la práctica. Por otra parte, Canaris tenía buenas razones, de acuerdo con Juan March, para sospechar que había personas dentro del Servicio Secreto que sabotearían deliberadamente cualquier comunicación confidencial entre él y los ingleses. En opinión de Canaris, este riesgo era enorme, puesto que «los dos extremos de la opinión dentro del Servicio Secreto» eran contrarios a la idea. Quería decir con esto que aquellos que seguían la línea de Chamberlain y temían que la guerra se desencadenara inevitablemente si los ingleses intentaban codearse con los enemigos de Hitler en Alemania y dicha maniobra era descubierta por el régimen hitleriano, y los otros, aquellos que preferían el peligro de la guerra y el caos antes que parlamentar con el tipo de fuerzas que Canaris representaba dentro de Alemania, eran por igual reacios a la comunicación.

Al margen de sus dudas, Canaris hizo todo lo que pudo para advertir a los ingleses de que era una locura no oponerse firmemente a Hitler. Sin embargo, jamás formuló esta advertencia abiertamente, como es de suponer sino que la hizo llevar por cierta

persona, a través de España, al N.I.D., y también por medio de misteriosos enviados a Londres. El N.I.D. mostró una singular falta de imaginación al desoír estos informes. Parecería que, mientras las informaciones llegadas desde España les incitaban a reforzar sus lazos con el almirante, sus propios agentes en Europa central indicaban precisamente lo contrario. Por aquel entonces, el N.I.D. contaba con un pésimo servicio en Alemania. Sin embargo, Canaris perseveraba. Se mostró particularmente activo en ocasión de la crisis de Munich, a pesar de que sospechaba que el Estado Mayor alemán estaba dispuesto a arrestar a Hitler si éste declaraba la guerra. En 1938, envió a Londres a su íntimo amigo, el general Edward von Kleist, para urgir al Gobierno de Chamberlain a declarar abiertamente que, si Hitler atacaba Checoslovaquia, Inglaterra le declararía la guerra. Pero Chamberlain se negó a escucharle. Obstinadamente, sordo a todas las advertencias, insistió en continuar su política de apaciguamiento.
culpa de haber perdido estas oportunidades, pero también el
culpa de haber perdido estas oportunidades, pero también al Servicio Secreto se mostró incapaz de aprovechar la situación. Había una total falta de coordinación entre los informes de sus propios agentes, además de cierta desconexión entre el M.I.6 y el N.I.D. y los fallos de la jerarquía del Servicio Secreto en cuanto a brindar un asesoramiento coherente al Gobierno. Un Gobierno más fuerte hubiera formulado más preguntas; este Gabinete, en cambio, se negaba a tomar conciencia de la situación real.

A mediados y finales de la década del treinta, el personal del M.I.5 creció considerablemente. Hacia 1939, el mayor general Kell tenía a sus órdenes unas seis mil personas, en distintas funciones. No sólo había infiltrado las filas comunistas y fascistas de Inglaterra, sino que también había penetrado con singular eficacia en las organizaciones que se dedicaban a reclutar voluntarios para el Ejército republicano español. En consecuencia, al estallar la Segunda Guerra Mundial, unas seis mil personas sospechosas fueron cercadas e internadas, aunque sólo treinta y cinco eran de nacionalidad británica. Esto fue precedido por una intensa búsqueda de posibles saboteadores de los muelles portuarios, que culminó en 1937 con el despido de cinco trabajadores de Chatham y Devonport. M.I.5 trató de evitar, en la emergencia, toda publicidad; los hombres fueron despedidos sin acusación oficial. Pero inmediatamente se produjo un escándalo relativo a los métodos de la Policía secreta, y la Cámara de los Comunes fue teatro de varias interpelaciones. En realidad, el M.I.5 disponía de abundantes evidencias de sabotaje: en un caso, se había colocado arena y limaduras de cobre en la maquinaria de un petrolero de la flota; en otro, se había intentado

dañar los motores de un submarino. El Primer Lord del Almirantazgo, Sir Samuel Hoare, no podía revelar los datos necesarios para acallar las críticas, pero trató de tranquilizar al público, informando que todos estos casos recibían un tratamiento doble, es decir que también eran derivados a la justicia civil.

A medida que se tornaba evidente que Alemania estaba reconstruyendo su red de espías y saboteadores en territorio inglés, el problema volvía a repetirse: lo importante era seguir cuidadosamente las huellas de los conspiradores, en lugar de apresurarse a efectuar arrestos prematuros. Era necesario correr riesgos, pero Kell no dudó en repetir sus tácticas de la Primera Guerra Mundial. Un trabajador llamado Joseph Kelly, empleado por una fábrica de Lancashire, había sido visto mientras visitaba al cónsul alemán en Liverpool. Inmediatamente se ordenó controlar la correspondencia de Kelly, a raíz de lo cual fueron abiertas varias cartas, una de ellas revelando el nombre de un agente alemán en Holanda que ofrecía «trabajo» (espionaje) a Kelly. El M.I.5 disponía de suficientes evidencias como para arrestarle. Muy pronto le descubrieron aprovechando las pausas de su trabajo para robar planos de las instalaciones industriales. Mas ninguna acción concreta se adoptó en aquel momento. Fue una audacia, pero rindió dividendos. Poco después, Kelly recibió dinero para desplazarse a Alemania; el M.I.5 le vigiló durante todo el camino, hasta el puerto de salida. Luego, entregó el caso al M.I.6, cuyos hombres pudieron, entonces, espiar al agente durante sus movimientos en Holanda, descubriendo a otros agentes alemanes, cuyos nombres supuestos y señas se incorporaron a los archivos del contraespionaje inglés. Posteriormente, Kelly fue arrestado, juzgado y sentenciado a diez años de prisión.

Hacia 1938, el M.I.5 tuvo que asumir el compromiso de vigilar a todos los refugiados que desde el continente europeo, invadido por los nazis, fluían hacia Inglaterra. Las autoridades sólo comprendieron que este aumento repentino del número de residentes extranjeros en Gran Bretaña suponía una carga severa para la Policía y el M.I.5 cuando ya era demasiado tarde. En efecto, cuando se advirtió la gravedad de la situación, ya muchos espías alemanes habían ingresado en el país bajo el disfraz de refugiados. Esto creó una situación caótica para las fuerzas de seguridad, y al estallar la guerra una especie de pánico se apoderó de sus filas. Muchos antinazis genuinos fueron internados en el verano de 1940, mientras escapaban unos pocos pero muy peligrosos espías disfrazados de refugiados. No quisiera tocar la discutida cuestión de los inmigrantes de color que entraron en Inglaterra después de la guerra, pero, desde el punto de vista de la seguridad, me parece sensato conside-

rar que, en caso de una nueva guerra convencional (es decir, una guerra no nuclear) la vigilancia de unos tres millones de inmigrantes, miles de los cuales han entrado ilegalmente al país, plantea tareas difíciles, cuando no imposibles.

En los años anteriores a la guerra, la seguridad no era sólo relajada; casi podemos decir que no existía. A la vez, no hay evidencia alguna de que el Servicio Secreto, y aquí quisiera poner el énfasis sobre el M.I.6 más que sobre el M.I.5, formulara una advertencia adecuada sobre todo esto. No es extraño, pues, que Canaris criticara estos aspectos de la Inteligencia y la diplomacia británica. La Inteligencia alemana había logrado, al menos en parte, descifrar los códigos dipomáticos ingleses, aunque su interpretación de lo que se leía en dichos mensajes registraba distintos errores de cálculo y concepto. El equipo de la Embajada británica en Berlín mostró un sorprendente descuido, y una asombrosa indiscreción en el uso del teléfono, a pesar de que era por todos conocido el hecho de que los alemanes grababan todas las conversaciones telefónicas. El supremo imprudente fue el mismo embajador, Sir Nevile Henderson, quien el 31 de agosto de 1939 cometió tres enormes errores de seguridad, telefoneando a la Embajada polaca en Berlín, a la representación francesa en la misma ciudad y al Foreign Office británico, difundiendo una advertencia que acababa de recibir de labios del embajador italiano y de Ulrich von Hassel, antinazi, probado, en el sentido de que era inminente la invasión de Polonia. [4]

Indudablemente, una buena razón para las vacilaciones italianas, en cuanto a considerar la posibilidad siquiera remota de una aproximación a Inglaterra, radicaba en que habían descubierto que había un traidor dentro del Foreign Office inglés, que escapaba cómodamente a la vigilancia del Servicio Secreto. La Inteligencia italiana había sido sorprendida por la notable vulnerabilidad de la Embajada británica en Roma, cuya caja de seguridad era saqueada cada semana, y sus documentos oficiales copiados y transmitidos a las autoridades italianas. El agente que realizaba dicha tarea era un ladrón profesional que, envalentonado por el éxito, robó también la tiara de la esposa del embajador. A pesar de todo, Lord Perth se negó a reestructurar los servicios de seguridad de su Embajada. De modo que los italianos no sólo se hicieron con los códigos diplomáticos ingleses, sino que también echaron una profunda mirada a las intimidades de la política británica, tomando buena nota de la ineptitud del Foreign Office inglés de aquel tiempo.

Pero los italianos deben haber sacudido sus cabezas un poco más, con respecto a Inglaterra, a la vista de otro factor importante. Aquel agente-ladrón también trabajaba para los rusos (a espaldas

de los italianos, como es natural) y no cabe duda de que aquéllos le suministraban ciertas informaciones que debía transmitir a los italianos. Una de ellas consistía en que los rusos tenían ya a un agente trabajando como empleado del Foreign Office británico. Al principio, los italianos no podían creerlo. Luego, descubrieron que era cierto.

Por aquel entonces, Donal MacLean estaba en la Embajada británica en París, de modo que no se trataba de él, lo que nos plantea el interrogante de quién era aquel quinto hombre que formaba parte del Servicio Secreto diplomático inglés y le traicionaba, sucesor de Philby, MacLean, Burgess y Blake.

A pesar de todo, los británicos tuvieron algunos éxitos durante estos tiempos inciertos. Lograron descifrar los códigos japoneses, obtuvieron un conocimiento limitado de los métodos de ciframiento italiano y, en 1939, echaron mano de los códigos militares alemanes, gracias a la Inteligencia militar polaca.

En 1939, Sir Paul Dukes realizó una de sus espectaculares aventuras en la esfera del espionaje. Fue enviado a Alemania, al parecer por encargo de un grupo de industriales londinenses, para descubrir la verdad acerca de la desaparición de un acaudalado hombre de negocios checoslovaco, en pleno viaje desde Praga a Suiza.

El checo, Alfred Obry, había tenido dificultades con los nazis durante la ocupación alemana de Checoslovaquia. Los nazis ambicionaban las empresas que él controlaba y trataron de obligarlo a firmar un contrato de cesión. Sus parientes, que pocos días atrás habían escàpado a Inglaterra, sabían que Obry había comprado un pasaporte falso y también proyectaba huir, disfrazado de obrero. Pero Obry no se presentó.

Paul Dukes fue siempre un agente meticuloso, atento a los menores detalles. Al comenzar su investigación, procedió a revisar cada rincón de los periódicos locales checoslovacos, descubriendo en uno de ellos el siguiente párrafo: «Un chico de trece años encontró junto a la línea ferroviaria, cerca de Tuschkau, el cadáver de un hombre en estado completamente irreconocible. El cuerpo había sido deliberadamente mutilado a tal efecto, y faltaba la mano derecha. La Policía pronunció un veredicto de suicidio. Los documentos hallados en el cadáver demostraron que el individuo era Frieerich Schweiger, sastre de Praga.»

Dukes sospechó inmediatamente que Schweiger no era otro que Alfred Obry, especialmente porque aquella estación se encontraba en la ruta que el checo debía haber tomado para huir de su país. De modo que planteó una fuerte acusación contra la Gestapo por el asesinato de Obry, exigiendo y obteniendo la exhumación del cuerpo. El cadáver pertenecía, efectivamente, a Obry.

Durante 1939, la reorganización del Servicio Secreto avanzaba a marcha forzada. Había desaparecido ya el M.I.i.C., y las ramas de espionaje y contraespionaje eran ahora respectivamente M.I.6 y M.I.5, aunque la primera recibía más habitualmente el nombre de Servicio de Inteligencia Secreta, y la última el de Servicio de Seguridad. Tal vez convendría señalar que «M.I.», significa «Inteligencia Militar», cosa que en realidad supone un anacronismo, ya que ninguna de las dos organizaciones está directamente relacionada con la Inteligencia Militar; por otra parte, las secciones de Inteligencia Militar del Ministerio de Defensa son organismos totalmente autónomos de los anteriores.

Pero todos los Servicios Secretos del mundo saben perfectamente lo que suponen el M.I.5 y el M.I.6; sin embargo, mientras los rusos, franceses, americanos y alemanes llaman por su nombre a sus respectivos Servicios de Inteligencia, en Whitehall todavía se mantiene el secreto hasta extremos absurdos. Un perfecto ejemplo de tanta fatuidad lo brinda el informe oficial de Lord Denning sobre el escándalo de Profumo, publicado en 1963. Declara que «el Servicio de Seguridad de nuestro país no ha sido establecido legalmente, ni está reconocido por la legislación. Ni siquiera el Acta de Secretos Oficiales toma nota de su existencia».[5]

La responsabilidad por el Servicio Secreto cae directamente sobre el Primer Ministro en ejercicio. Sólo él (al menos, en teoría) tiene acceso al Comité de Inteligencia Conjunto, que comprende las jefaturas de los cuatro Servicios de Inteligencia: M.I.5, M.I.6, Inteligencia Militar y N.I.D. Al estallar la guerra en 1939, la Inteligencia Militar se hallaba en pleno proceso de reorganización, que no fue completado hasta el año siguiente, cuando se advirtió la urgencia de acelerar el procedimiento, ya que el S.I.S. había perdido algunos de sus contactos durante la invasión alemana de Europa. Luego, bajo la dirección de Winston Churchill, el S.O.E. —Ejecutivo Especial de Operaciones— fue integrado por el doctor Hugh Dalton, ministro de Economía de Guerra, integrándose bajo su comando la sección D del S.I.S., donde, por otra parte, trabajaba Kim Philby.

Para comprender plenamente las implicaciones de la estructura de Inteligencia en 1939, es necesario advertir que no existía un comandante en jefe de todas las funciones de Inteligencia hecho que en tiempos de guerra forzaba inevitablemente al Primer Ministro a operar como árbitro de toda esta esfera. Pero, para evitar que el Primer Ministro se viera obligado a poner demasiado poder en manos de un solo hombre, o asumir la excesiva carga de una responsabilidad vastísima, se disponía del mecanismo funcional de que el jefe del M.I.5 tuviera acceso directo al Ministerio del Interior, el comandante del M.I.6 al Foreign Office, y los de Inteligencia

Militar y el N.I.D. al Ministerio de Defensa y al Almirantazgo, respectivamente.

Un nuevo jefe se hizo cargo del M.I.6 al comenzar la Segunda Guerra Mundial: el coronel Stewart Menzies. Esta rama del Servicio Secreto había sufrido duro castigo entre las dos guerras, careciendo del personal y los fondos necesarios. Mientras Sinclair, personalidad más poderosa que Menzies, no lograba persuadir a los gobernantes de que resolvieran sus problemas en tiempos de paz, Menzies se las apañó, en tiempos de guerra, a pesar de su carácter suave, para obtener poderes discrecionales al cabo de breves escaramuzas preliminares. El fallo de Sinclair radicaba en su incertidumbre personal con respecto a los blancos prioritarios del espionaje, fallo que, lamentablemente, también sufrían todos los Gobiernos a los que sirvió. Ciertamente, Alemania no había sido blanco prioritario para el M.I.6, y las fluctuaciones de la política con respecto a Rusia causaron, también, una considerable confusión. Menzies consideró que una de sus primeras tareas era establecer claramente los blancos que debía atacar. Pero se encontró con que su punto de partida era patéticamente desventajoso: una organización muy mal equipada para interpretar la inteligencia que venía de Alemania.

Durante los años que mediaron entre la Primera y la Segunda Guerra Mundial, pervivió la leyenda de un Servicio Secreto británico extraordinariamente eficiente, diabólicamente astuto y terriblemente despiadado. Los alemanes despreciaban a las fuerzas armadas británicas, pero en cambio tenían todavía un gran respeto por el Servicio Secreto. Dicho respeto resultó inesperadamente beneficioso para el propio Servicio en 1940. La verdad es que la leyenda enmascaraba una organización decadente, desprovista de imaginación y muy mal equipada. En tiempos del almirante Sinclair, el personal se había reclutado principalmente entre los ex oficiales navales, sobre todo los perjudicados por la austeridad económica de 1931. Claro es que los recortes presupuestarios siempre comienzan por suprimir el material menos promisorio, de modo que el S.I.S. incorporaba a muchos agentes que no estaban en condiciones de prestar un servicio efectivo.

La tarea más difícil para Menzies tenía que ver con sus relaciones con un Primer Ministro más crítico, exigente y agudo que todos sus predecesores. Churchill no era hombre de maravillarse ante la autoridad de un jefe de Inteligencia, ni aceptaba excusas o pretextos por antiguos errores, o largas enumeraciones de razones por las cuales esta o aquella misión no se había realizado adecuadamente. También dejó bien claro ante Menzies que éste debía alterar radicalmente sus métodos de reclutamiento, y abstenerse

de seguir la política del almirante Sinclair, que incorporaba a ex oficiales retirados del servicio activo por incapacidad.

Los antecedentes del nuevo jefe de M.I.6 eran bastante convencionales: Eton, servicio en la Guardia de Granaderos durante la Primera Guerra Mundial (en la que obtuvo el D.S.O. y el M.C.) y, más recientemente, Inteligencia del Ejército. Es fácil comprender que cualquier persona con estos antecedentes, de no mediar la advertencia de Churchill, se hubiera inclinado por llamar a sus órdenes a ex oficiales militares, ante todo porque le hubiera resultado más fácil imponer una disciplina de tipo castrense. Durante toda su vida, Menzies se había acogido a una pauta militar rígidamente convencional, la típica de su carrera, y en nada se parecía a los personajes bohemios que le habían precedido en el cargo. Aunque despojado de grandes dotes intelectuales, poseía una notable intuición que le permitía escapar de las soluciones fáciles, respecto a la masa de problemas que se reunían en la arena política. Era ampliamente respetado entre sus subordinados, así como por los demás jefes de Inteligencia con los que tenía contacto, pero en todo momento estuvo consciente de que el S.I.S. era la rama más criticada del Servicio Secreto, y de que su cargo era codiciado por muchos competidores.

La intuición de Menzies tenía una característica notable: en general no la ejercía sobre sus subordinados, ni siquiera sobre los miembros de su equipo personal; por el contrario, exhibía cualidades casi clarividentes en cuanto a desentrañar las intenciones de personas a las que apenas conocía. Menzies sentía terror a formular juicios precipitados e injustos sobre su propio personal, y esto le inhibía. Por otro lado, al juzgar al enemigo, demostraba una extraordinaria sensatez. Ha dicho uno de sus lugartenientes: «Comprendía mejor al almirante Canaris que a mí mismo.» Tal vez exageraba, pero, si Menzies se hubiera fiado de sus propias intuiciones sobre Canaris, podría haber dado uno de los golpes más sensacionales de la guerra. Desde un primer momento, había sentido gran respeto y curiosidad por Canaris, persuadido de que el S.I.S. cometía un grave error al no establecer contactos mejores que los de años pasados. Trató de tomar dichos contactos por sus propios medios, recurriendo a varias intermediaciones, a pesar de que no recibía aliento alguno desde lo alto, ni cooperación por parte de los demás Departamentos de Inteligencia. Hacia fines de 1942, cuando los aliados invadieron el Norte de Africa, estaba en condiciones de abrir negociaciones directas con él. Pero, con respecto a Canaris, Menzies no se hacía ilusiones: comprendía que la principal preocupación del almirante radicaba en preservar el poder alemán intacto, como precio por su colaboración para poner fin a la guerra.

Pero, por otra parte, tenía realismo suficiente como para advertir que, con la cooperación de Canaris, era posible encontrar alguna forma de desplazar a Hitler del poder, abreviando la guerra y aumentando la probabilidad de una paz negociada. Menzies creía que esta solución favorecería a los intereses ingleses a largo plazo, pero el tema del «rendimiento incondicional», que predominó en la conferencia de Casablanca, fue fatal para sus proyectos. Posteriormente, declaró haber sido reprendido en ciertos despachos del Foreign Office por «temor de ofender a Rusia».

Dado que, por aquel entonces, el Servicio Secreto había sido ya infiltrado por los rusos y el Soviet tenía al menos dos espías en el Foreign Office británico, no es improbable que las ideas de Menzies fueran conocidas en Rusia, desde donde, oportunamente, se ejerció presión sobre el Foreign Office.

22

Las tareas de Sir David Petrie

Al estallar la Segunda Guerra Mundial, el M.I.5 creía poder repetir sus éxitos de 1914, rodeando a todos los agentes enemigos en Inglaterra. Pero, hasta cierto punto, esta piadosa esperanza fue frustrada; en parte, por la corriente de los refugiados que habían llegado a Inglaterra desde la Alemania nazi en los dos años anteriores; en parte, por la superación de los métodos alemanes de espionaje.

Algunos espías lograron infiltrarse entre los refugiados. Pero el golpe más severo contra el N.I.5 llegó en octubre de 1939, cuando una nave alemana se introdujo en las instalaciones portuarias de Scapa Flow, hasta entonces inexpugnables, hundiendo al navío de batalla *Royal Oak*. Esta maniobra fue el fruto del cuidadoso planeamiento de un espía alemán llamado Alfred Wahring, antiguo oficial naval, que se había establecido bajo la fachada de relojero suizo, con el nombre de Albert Oertell. En 1927, sirviéndose de un pasaporte helvético, había llegado a Inglaterra, donde adquirió la ciudadanía británica y se instaló como joyero y relojero en Kirkwall, de las Orcadas, cerca de Scapa Flow. Durante muchos años, suministró informaciones a la Inteligencia alemana; en octubre de 1939 informó a sus jefes que no había redes antisubmarinas en el flanco oriental de las instalaciones navales.

Naturalmente, el fracaso en cuanto a detectar las actividades de Oertell fue una mancha en el prestigio del M.I.5: sólo una negligencia criminal explicaba que no se hubieran investigado cuidadosamente las actividades de un relojero naturalizado que decía poseer un pasaporte suizo. Mas lo peor vendría después. En los primeros meses de 1940, una serie de bombas de relojería destruyó una fá-

brica de armas en Watham Abbey, en Essex. Otra vez, el M.I.5 no había logrado evitar el sabotaje.

No es sorprendente que se haya criticado al M.I.5, institución que hasta el momento se había librado curiosamente de las prolongadas polémicas que perturbaban los trabajos del M.I.6. Lamentablemente, estas críticas llegaron en momentos en que la salud de Kell se deterioraba con rapidez. Por lo tanto, era inevitable que, al renunciar en 1940, se sospechara que lo habían tomado como chivo emisario por los fracasos del M.I.5. En realidad, había desempeñado su cargo a pesar de su asma crónica, tolerando un sufrimiento que hubiera vencido muchos años antes a una personalidad menos robusta. Pero, hacia 1940, comprendió que no podía hacer su trabajo adecuadamente en posiciones bélicas; el único motivo real para su alejamiento fue su mala salud. Final poco feliz, éste, para una carrera de longitud aún no superada en los anales del M.I.5.

Luego se instauró una medida de pánico, conocida por el nombre de Reglamento 18-B; un instrumento legal torpe e insatisfactorio. Pero aún peor resultaba la interpretación cínica y perversa que se permitía el nuevo ministro del Interior, Herbert Morrison. Este último, aunque miembro de un Gobierno de coalición, movilizó todos los medios a su alcance para beneficiar al partido laborista, echando sombras y culpas sobre los partidarios del Ala Derecha. Al mismo tiempo, instituyó una *vendetta* contra el movimiento de las camisas negras de Sir Oswald Mosley, con desproporcionada histeria en comparación con su importancia real en materia de seguridad nacional. Un gran número de inocentes ciudadanos británicos fueron cercados y encarcelados sin juicio previo; muchos de ellos sólo eran culpables de ventilar opiniones indiscretas en tiempos de guerra. En la medida en que la opinión pública creía que, al proceder a estos arrestos, el Gobierno tomaba cierta conciencia de los peligros de la temida Quinta Columna, puede decirse que el 18-B fue un éxito. Pero, a largo alcance, sus efectos fueron de escasa utilidad para el esfuerzo guerrero nacional, y plantearon al M.I.5 la pesada carga de una cantidad de trabajos innecesarios.

No había Quinta Columna en Inglaterra, en el sentido en que había existido en el Continente. Ni siquiera el I.R.A. causó demasiados trastornos una vez que se declaró la guerra, aunque había desarrollado una intensa actividad hasta ese momento; sus dirigentes estaban convencidos de que, después del vuelo de Chamberlain a Munich, bastarían unas pocas bombas para atraer al propio Primer Ministro a Dublín, dispuesto a entregar el Ulster a Eire. Uno o dos hombres del I.R.A. colaboraron con los alemanes, pero,

más que espías activos, eran conspiradores que se dedicaban a sonsacarles dinero y a engañarles. Por ejemplo, cuando los alemanes persuadieron a un grupo de militantes del I.R.A. de que establecieran un contacto radial en Liverpool y les alentaron a cometer actos de sabotaje, salieron magníficamente defraudados. La radio clandestina transmitía informes sobre supuestos actos de sabotaje. Entre ellos, se mencionaba la destrucción del canal de Manchester; cuando investigaron esta información, los alemanes descubrieron que el informe se había suministrado en el momento en que se depositaba la bomba, pero que, en realidad, el sabotaje había fracasado. Aun los irlandeses que colaboraron activamente con los alemanes (eran relativamente pocos) como por ejemplo Sean Russell, detestaban a los nazis, y sólo cooperaban con ellos en pro de la causa de una Irlanda libre. El coronel Lahousen, oficial en jefe de la sección de sabotaje de la *Abwehr* (Inteligencia alemana) declaró que estas asociaciones con los irlandeses habían resultado «desastrosamente desafortunadas» y que los agentes irlandeses eran «infernalmente independientes e indisciplinados».

En conjunto, el M.I.5 derrotó por completo al espionaje alemán en Inglaterra durante la Segunda Guerra Mundial, aunque no tan fácilmente como en el conflicto bélico anterior. Como ya hemos dicho, los métodos alemanes de espionaje habían mejorado enormemente, y sus pocas maniobras exitosas resultaron de espectaculares características. Durante algunos meses, después de la renuncia de Kell, el M.I.5 sufrió una serie intermitente de cambios en el personal y reorganizaciones sucesivas que, en lugar de concentrar los esfuerzos en sus tareas específicas, llegaron a comprometer al M.I.5, constantemente, en las actividades del M.I.6. Sin embargo, esto no era culpa del nuevo jefe del Servicio en tiempos de guerra, Sir David Petrie, ante quien se alzaba una tarea de inmensas dificultades, pues el M.I.5 no sólo debía vigilar a los espías alemanes, sino también a los rusos e italianos, e incluso a ciertos agentes españoles. Para facilitar estas tareas, Sir David incorporó a varios expertos, que integraron equipos especializados en los distintos sectores.

David Petrie, escocés, educado en la Universidad de Aberdeen, había servido en la Policía hindú entre 1900 y 1936, desempeñándose ocasionalmente como director asistente de Inteligencia criminal para el Gobierno de la India, cargo del que finalmente fue ascendido al puesto de director de la oficina de Inteligencia de dicha administración. Su hazaña más notable consistió, quizás, en establecer para las diversas secciones de su departamento una relación más íntima y estrecha con las secciones equivalentes del M.I.6. Por ejemplo, cuando Petrie incorporó a Roger Hollis, antiguo representante de la Compañía Angloamericana de Tabaco en China, para dirigir el Departamento del M.I.5 especializado en asuntos comunistas, se estableció un lazo directo con la sección del M.I.6 que se dedicaba al espionaje soviético y comunista en general.

Hubo una serie omisión del M.I.5 en esta época, que se reflejó en su fracaso en cuanto a descubrir que, aunque no existía una quinta columna importante de espías alemanes en Inglaterra, había una red pequeña, pero compacta y potencialmente muy peligrosa, entre los nacionalistas galeses. Algunos de ellos estaban efectivamente afiliados al partido nacionalista galés. Es necesario aclarar que el partido nacionalista galés no tenía nada que ver con esta red; tal vez a causa de la respetabilidad y tono religioso de su organización (sus miembros eran, en general, galeses no conformistas), el M.I.5 ignoró la posibilidad de que surgieran problemas en este sector durante los años que precedieron a la guerra. Las culpas deben achacarse, probablemente, a sus ineficaces relaciones con el M.I.6, así como a las informaciones incompletas que llegaban desde Alemania durante el período inmediatamente anterior a la guerra. Debió haberse advertido que los alemanes no sólo prestaban especial atención al nacionalismo galés, sino que además habían enviado a miembros importantes de su Servicio de Inteligencia para tomar contacto con ellos.

¿Por qué los alemanes dieron tanta importancia a un movimiento que parecía ser un campo escasamente fértil para el reclutamiento de espías? Esto se debía a la visita de Lloyd George a Hitler en 1936; George regresó a Inglaterra entusiasmado con el Führer y su experimento alemán. Luego, respaldó altaneramente a Eduardo VIII contra el Gobierno de Baldwin, en tiempos de la Abdicación, lamentando hallarse en Jamaica, tan lejos del centro de los acontecimientos. Esto último le impidió oponerse, desde el Parlamento, al alejamiento del Rey. Los alemanes pensaban que una alianza entre Lloyd George, el más famoso galés viviente, y el ex rey, antiguo príncipe de Gales, podría ser de utilidad con vistas a una paz negociada.

Alegando que los alemanes tenían simpatizantes activos entre «los nacionalistas galeses», el doctor L. de Jong, historiador holandés, en su libro *La Quinta Columna alemana,* declaró: «En la primavera de 1940, un grupo de nacionalistas galeses se abocó a este propósito. Seis meses después, se advirtió en Berlín que estaban actuando conforme a los lineamientos establecidos por la *Abwehr*.» [1]

El libro de De Jong fue compilado con ayuda de documentos capturados a los alemanes, incluyendo algunos Diarios de *Abwehr*. Existe evidencia en el sentido de que en 1940, este grupo era

extremadamente activo. Hauptnann Nikolaus Ritter, antiguo jefe del departamento *Ast-Hamburg,* de la *Abwerh,* declara que dos agentes alemanes fueron arrojados en paracaídas cerca de Salisbury, en el verano de 1940, para tomar contactos con «círculos nacionalistas galeses, que habían expresada sus deseos de colaborar con una eventual invasión nazi sobre Gales». Con referencia a un incendio declarado en una fábrica de aviones de Denhan, en abril de 1940, los anales oficiales de la *Abwerh* declaran que éste fue el mayor acto de sabotaje realizado por el grupo de agentes galeses». Una nota fechada el 15 de agosto de 1940, con la firma del coronel Lahousen, expresa: «He aprobado personalmente el despacho de agentes para tomar contacto directo con el grupo galés.» [2]

Los nazis se deben haber sentido alentados por estos acontecimientos, pues elaboran un plan para capturar Gales, combinando tropas de paracaidistas y divisiones de Infantería de Marina que debían operar con centro en Irlanda. Esto recibió el nombre de «Operación Verde», ligando la invasión de Gales con la de Irlanda: estaba previsto para fines de agosto de 1941. Un aspecto secundario de este proyecto, que recibía el nombre codificado de «Ballena», se refería a la parte galesa del operativo: el Diario de la *Abwehr* revela que «se intentará ubicar al agente Lehrer, con un operador radial, en la costa sur de Gales, para establecer mejores comunicaciones con los nacionalistas galeses». [3]

Sin embargo, en este caso, las esperanzas alemanas no tenían mucho que ver con la realidad. El número de galeses dispuestos a traicionar a su país, trabajando con los alemanes, era penosamente escaso. El más destacado de estos espías era un tal Arthur Owens, quien ya en 1937 se había ofrecido a los alemanes. Se ganaba la vida como viajante de equipos eléctricos y, por lo tanto, ya antes de la guerra solía viajar al Continente sin despertar sospechas. Owens demostró muy pronto su valía, transmitiendo informaciones sobre fábricas de armas, depósitos de munición, campos de aterrizaje e instalaciones portuarias. Proporcionó a los alemanes un detallado mapa del área portuaria de Swansea, que permitió a la Lutwaffe descargar un golpe mortal contra ciertos vitales objetivos de la zona.

Owens recibía buena paga de los alemanes, quienes en muchos aspectos le tenían por su principal agente. Pero, al estallar la guerra, las comunicaciones con Alemania comenzaron a dificultarse, tornándose por momentos imposibles. De modo que se ordenó a Owens que viajara a Lisboa. Dado que Lisboa era, por aquel entonces, uno de los más notorios centros de espionaje del mundo, las autoridades británicas debieron haber tomado debida nota

de su viaje, pero al parecer no investigaron sus movimientos. Owens llegó sano y salvo a la capital portuguesa, tomó contacto con un agente alemán y le entregó valiosas informaciones. Esta vez, había acumulado una increíble masa de material informativo sobre los planes de futuros aeropuertos, detalles de los nuevos equipos de radar y esbozos de los más modernos dispositivos para la detección de bombas. Se presionó a Owens para que diera detalles sobre la forma en que había obtenido su material: el espía galés explicó que lo había recibido de manos de un oficial recién expulsado por la R.A.F.

Los alemanes se mostraron ansiosos por conocer a este ex oficial. Sospechaban que toda la historia era una patraña de Owens, pero decidieron ponerlo a prueba, solicitando al galés que citara a este hombre en Lisboa. Para su sorpresa, Owens aceptó la propuesta, y, más increíble aún, el ex oficial se presentó en la capital portuguesa.

Ahora bien: aunque el M.I.5 parecería haberse mostrado singularmente descuidado en cuanto a los movimientos de Owens, en algún sector del Servicio Secreto se habían venido vigilando las actividades de la red de espionaje nacionalista galesa. El más curioso aspecto de esta historia, que hasta la publicación de este libro era inédita, reside en que el miembro del Servicio Secreto que se cuidó de vigilar estas actividades era, a la vez, casi seguramente, un agente doble: trabajaba para los americanos y los ingleses, y quizá también para los rusos.

A comienzos de 1940, un agente americano que había logrado introducirse en el equipo del almirante Canaris, del Servicio de Inteligencia, envió noticias a Washington sobre una conversación entre Hitler y el doctor Robert Ley, fundador de la *Arbeitsfort.* Esta conversación se había referido a un acuerdo secreto con Lloyd George, basado en la suposición de que este último podría ser llamado para integrar un eventual Gobierno británico, encaminado a firmar la paz con Alemania. El agente americano agregó que Hitler había destacado la urgente necesidad de estrechar lazos con los nacionalistas galeses.

Al parecer, resulta indudable que Canaris permitió la difusión de este mensaje por razones que él mismo debía conocer mejor que nosotros, pero durante largo tiempo Washington se negó a tomar esta versión en serio. Cuando Churchill se convirtió en Premier, el Departamento de Estado se mostró aún menos inclinado a prestar atención al informe. Sin embargo, alguien, tal vez el agente americano que trabajaba para la *Abwehr,* tal vez algún enviado del Gobierno americano, decidió actuar por propia iniciativa. La información se transmitió a un informante que residía

en Tánger y al que se suponía pro soviético y pro germano, aunque en realidad trabajaba para los servicios de Inteligencia inglés y americano. El informante insistió en mantener su anonimato. Declaró que estaba intentando esta cautelosa aproximación porque sospechaba que los americanos no le creerían, y que no podía confiar en los ingleses, ya que «en el Servicio Secreto inglés hay demasiados simpatizantes alemanes embozados y partidarios de la paz anglo-germana». Empero, agregó, si se hacía uso adecuado de su información podría desarrollarse una perfecta infiltración en cierto sector de la Inteligencia alemana que Canaris no controlaba: el área de sabotaje. Más aún, dicha penetración podra utilizarse para demorar indefinidamente los planes alemanes para la invasión de Inglaterra. El informador de Tánger se dejó impresionar por los detalles que le daba la red de espionaje nacionalista galesa, pero quiso saber cómo debía utilizar estas informaciones sin transmitirlas oficialmente a los ingleses o a los americanos. Entonces le mencionaron el nombre de un simpatizante pro soviético que pertenecía a las filas del M.I.6, y que «pronto vendría a Tánger».

La información fue transmitida tal como se le había indicado, y se produjo entonces una sorprendente cadena de reacciones. Primero, el ex oficial de la R.A.F. se presentó en Lisboa, donde tomó contacto con el agente alemán. Tan importante era, aparentemente, la información que llevaba consigo, que el agente alemán le llevó a Alemania. Allí, el ex oficial conoció a varios hombres claves de las diferentes secciones de Inteligencia, interiorizándose inevitablemente de muchos detalles operativos de la red de espionaje. Sin embargo, los alemanes, a pesar de su complacencia por el material que les habían entregado, decidieron investigar detalladamente su carrera pasada. Les intrigaba el hecho de que le habían expulsado por motivo de «incompatibilidad política». No sabemos en qué consistió exactamente la información pero al parecer examinaron una minúscula fotografía que el ex oficial llevaba consigo, sin que éste descubriera que se la habían escamoteado. Una ampliación de la fotografía reveló números codificados, que fueron identificados como las señas de un reducto de agentes soviéticos. Evidentemente, el ex oficial era un espía comunista.

El almirante Canaris se negó a detener al espía, insistiendo en que era necesario regresarlo a Lisboa como si nada hubiera ocurrido, y luego vigilarlo de cerca. Pero el hombre desapareció en Madrid, donde debía cambiar de avión. De aquí en adelante, poco o nada volvió a oírse sobre los espías galeses. Un simple informante de Tánger había infiltrado y utilizado su red en el corazón de Alemania. Desde ese momento, se hicieron intentos sistemáticos de suministrar a los alemanes informaciones destinadas a hacerles creer que Inglaterra estaba mucho más fuertemente defendida de lo que les permitían suponer los informes anteriores. El S.I.S. pretendía utilizar sus propias redes de agentes para desalentar cualquier intento de invadir la Gran Bretaña. En caso de que no cuajaran los informes sobre una Inglaterra que se fortalecía diariamente, el plan alternativo consistía en hacerles creer que no resultaba necesario invadir las islas, porque tarde o temprano una quinta columna dentro del país derrotaría el Gobierno de Churchill y establecería buenas relaciones con los nazis.

El fracaso de los planes de invasión fue, en muchos aspectos, el golpe más grande de los Servicios Secretos británicos durante la guerra. Todavía no podemos dar a publicidad toda la historia, porque se encuentra en un estado de extrema confusión y complicación, e incluye muchos esfuerzos individuales realizados por personas que formaban parte del Servicio y, en algunos casos, actuaban como espías dobles. No hay duda de que ciertos personajes de categoría, dentro del Servicio Secreto, estaban perfectamente dispuestos a considerar, y aún a solicitar, propuestas alemanas para la negociación de la paz. Algunos consideraban, incluso, que era parte de su deber difundir estas consideraciones y hacerlas llegar a los alemanes. Pero todas estas tendencias actuaban a espaldas del Primer Ministro, pues Churchill las hubiera aplastado sin piedad.

Otros miembros del Servicio Secreto se inclinaban por el extremo opuesto, afirmando que ninguno de sus agentes debía tener relaciones con los partidarios de la paz anglo-germana, y que éstos debían ser vehementemente desalentados y bloqueados. Un tercer punto de vista, más imaginativo, proponía que el Servicio Secreto estableciera lazos con todos aquellos que mantuvieran conversaciones de paz, vigilando sus movimientos tanto en territorio enemigo como en la propia Inglaterra. En este sentido, pensaban que los pacifistas podían ser infiltrados y utilizados para engañar a los alemanes. Éste era el punto de vista más sensato, y, afortunadamente, el que en última instancia ganó la partida, aunque no sin la ayuda y el aliento de los agentes soviéticos. Aunque el propio Stalin seguía dudando de que Alemania se atreviera a atacar a Rusia, el Servicio Secreto soviético estaba persuadido de que, tarde o temprano, este ataque se haría realidad. Estaban desesperadamente ansiosos por mantener a Inglaterra dentro del conflicto bélico, y por desalentar a cualquier costo las tendencias pacifistas.

Aunque hubo maniobras extraoficiales por parte de agentes rusos y de los muy contados simpatizantes pro soviéticos del Servicio Secreto, la invasión hitleriana a Inglaterra pudo haber sido descuidada. Rusia temía verse obligada a luchar sola contra Ale-

mania, mientras a esta última no le asustaba la posibilidad de guerrear en dos frentes al mismo tiempo. En ese sentido, la infiltración del Servicio Secreto y el Foreign Office por los simpatizantes pro soviéticos bien puede haber arrojado saldos beneficiosos entre 1940 y 1942, más importantes que el daño producido en los años de la posguerra. Al afirmar esto no pretendo convalidar la acción de ciertos traidores en tiempos de paz, sino efectuar una apreciación realista de sus servicios en favor de su patria durante la guerra.

Las intervenciones del almirante Canaris se caracterizaban por su complicación. Canaris fue, con toda seguridad, el más flexible de todos los jefes de Inteligencia, con sus prudentes y silenciosos movimientos que siempre le permitían cambiar de política en el momento adecuado.

En 1938-1939 le encontramos tratando de evitar la guerra entre Inglaterra y Alemania, conspirando para derrocar a Hitler y entregar el poder a una junta de generales. Desde fines de 1939 hasta, por lo menos, el verano de 1940, parece haber alentado a los pacifistas; a partir de 1940 dio incluso la impresión de instrumentar a estos mismos elementos pacifistas con el propósito de alentar la invasión alemana a Inglaterra.

El tomo décimo de *Documents on German Foreign Policy* indica que Von Ribbentrop y el Ministerio del Exterior alemán estaban convencidos de que, tras la caída de Francia podrían inducir al duque de Windsor —que por entonces pasaba su tiempo entre Madrid y Lisboa— de que permaneciera en Europa en lugar de aceptar el cargo de gobernador de las Bahamas. Estaban persuadidos de que el Duque se mostraría receptivo a su campaña de paz, y que tanto él como Lloyd George aceptarían un acuerdo secreto. Sus esfuerzos en este plano oscilaban entre lo siniestro y lo fatuo. Como el libro afirma correctamente, «los archivos alemanes no constituyen necesariamente una fuente fidedigna. La única evidencia firme que suministraban indica que los alemanes trabajaban insistentemente en este asunto, y que fracasaron por completo en sus aspiraciones».

Una compleja conspiración para secuestrar al Duque y a la Duquesa fue impulsada por Hitler y Ribbentrop: el hombre escogido para organizarla fue Walter Schellenberg, quien por aquel entonces estaba montando su propia organización de espionaje. El secuestro debía tener lugar mientras el Duque cazaba, cerca de la frontera española. Aquí le apresarían «inadvertidamente», trasladándole a la Embajada alemana en Madrid. Pero el Servicio Secreto británico recibió, a último momento, una advertencia sobre la conspiración, por lo cual el Duque canceló su expedición de

caza, y su finca de las afueras de Lisboa fue rodeada por guardias armados. Schellenberg, que había viajado a Madrid para realizar su ambicioso golpe, escribió en su Diario: «Tenía cómplices en la casa donde se alojaba el Duque. Había sobornado a los camareros que servían su mesa, y éstos me informaban sobre todo lo que se decía durante las comidas.» [4]

La precedente historia tiene dos facetas curiosas: primero, las autoridades británicas permitieron que el Duque residiera en una ciudad peligrosa e infestada de espías como Lisboa; segundo, los nazis demostraron una extraordinaria credulidad y simpleza de ideas.

Von Stohren, embajador alemán en Madrid, informó que «Churchill había amenazado a W. con llevarlo ante una corte marcial en caso de que no aceptara el cargo de gobernador en las Bahamas... el Duque estaba considerando la posibilidad de emitir una declaración pública, desautorizando la conducción actual de la política inglesa y rompiendo lanzas con su hermano... el acuerdo del Duque (*con respecto a los planos alemanes para el futuro*) puede ser considerado como altamente probable». [5]

El duque de Windsor ha desmentido repetidas veces estas afirmaciones, pero lo cierto es que los alemanes habían sido engañados por la información que les hacía llegar el Servicio Secreto británico. Inmediatamente después de la caída de Francia, hubo insistentes rumores con respecto a la orden de Hitler para proceder a la invasión de Inglaterra. Todas las versiones que afirmaban que prominentes personalidades inglesas se inclinaban por un tratado de paz con Alemania, o que el duque de Windsor simpatizaba con los alemanes, permitían ganar tiempo a los ingleses, reagrupar sus maltrechos ejércitos y demorar los acontecimientos, mientras los alemanes examinaban las posibilidades de alcanzar un armisticio con Inglaterra sin necesidad de invadir el país. Numerosos simpatizantes de Alemania, entre las filas de ex fascistas y derechistas que empezaban a comprender la amenaza del hitlerismo, brindaron sus nombres para que esta clase de falsas informaciones fueran suministradas a los nazis.

El ya mencionado informante de Tánger produjo una nueva pieza de inteligencia: los alemanes, proyectaban enviar un representante del movimiento de la juventud a Inglaterra, con el propósito aparente de estudiar la organización de los «Boy-Scouts», pero encargado en realidad de preparar un detallado informe sobre los dispositivos ingleses de defensa y su grado de preparación contra una eventual invasión alemana. En octubre de 1940, el Gobierno francés solicitó autorización para que el delegado viajara a Inglaterra. El S.I.S. sabía perfectamente bien que todo lo

que él viera u oyera sería transmitido a Berlín, pero persuadió al Foreign Office de que aceptara la visita, para luego, en cooperación con el M.I.5, encargarse de recibir al enviado.

Fue tratado como V.I.P. Le otorgaron una *suite* en el «Atheneum Court Hotel», donde se instalaron micrófonos ocultos y magnetófonos para grabar sus conversaciones telefónicas. En aquel momento, sólo había tres baterías antiaéreas en el área londinense. Una de éstas fue trasladada a Hyde Park, cerca del hotel, con indicaciones de disparar continuamente en caso de ataque aéreo, estuvieran o no sobre las cabezas de los soldados los aviones enemigos. El M.I.5 autorizó incluso al espía a examinar las baterías A-A, y es posible que el enviado quedara persuadido de que Londres estaba atestada de este tipo de armamento. Luego lo llevaron al castillo de Windsor, a cuyas puertas se encontraba el único regimiento de tanques plenamente equipado de todas las islas británicas; este cuerpo se presentó repentinamente ante su vista. Cuando expresó su sorpresa ante una demostración de fuerzas tan impresionante, le dijeron que el regimiento no era más que un cuerpo de guardaespaldas, puramente ceremonial, para la familia real. Luego, cuando le llevaron a Escocia, el S.I.S. organizó las cosas de modo que, en pleno vuelo, el enviado viera un escuadrón tras otro de «Spitfires». En realidad, se trataba del mismo escuadrón que aparecía y reaparecía, pero esto creó la impresión de que el cielo inglés estaba cubierto de Norte a Sur por un constante patrullaje, a pesar de que, en aquella época, se registraba una grave orfandad de defensa aérea.

Cuando le invitaron a visitar un puerto de mar, el S.I.S. se cuidó de que el lugar estuviera lleno de buques de guerra de toda forma y tamaño. Se hicieron inmensos esfuerzos para crear la impresión de una Inglaterra inexpugnable, armada hasta los dientes y furiosamente defendida. Posteriormente, las autoridades conocieron los detalles del informe que el espía había enviado a Berlín. Estos documentos advertían que cualquier intento de invasión debía ser postergado, declarando que la imagen de una Inglaterra indefensa era una patraña ideada por el Servicio Secreto británico para inducir a los alemanes a un asalto a las islas que resultaría desastroso.

Esto no bastó para evitar la invasión, pero, sumado a muchos otros esfuerzos, jugó un papel importante. Lo que disuadió a los nazis de su planeado ataque fue la intensa campaña inglesa para alentar a los alemanes que deseaban la guerra con Rusia, a fin de hacerles creer que podrían firmar la paz con Inglaterra.

Helga Stultz, una agente que trabajaba para los ingleses y los americanos en Munich, informó que «Hitler ha estado últimamente de muy mal humor. Estoy segura de que repudiará el pacto germano-soviético. Ribbentrop está ansioso por no alterar a los rusos, pero no creo que prevalezca su posición. Rudolf Hess está junto a Hitler; cree que Alemania debe ajustar cuentas con Rusia, y que tras esto podrán alcanzar un acuerdo con Inglaterra. *Hess está tan seguro de esto que, a mi juicio, es indudable que ha recibido importantes noticias de Inglaterra*».

El S.I.S. supo, entonces, que habían tenido éxito sus intentos de infiltración en la *Verbindungstab*, oficina de Inteligencia montada por Hess, quien por otra parte despreciaba a la *Abwehr*. Hess aspiraba a establecer distintos elementos en Inglaterra con el propósito de tomar contacto con simpatizantes suficientemente poderosos dentro del país como para allanar el camino a una paz negociada. La maniobra de infiltración de la *Verbindungstab* estaba ligada, por otra parte, con aquel agente comunista que había sido enviado a Lisboa bajo la fachada de espía alemán; como es natural, el galés Owens, que había auspiciado originalmente al agente comunista, ignoraba por completo la verdad.

Para favorecer la situación de sus agentes clandestinos, los miembros del S.I.S. embarcados en este peligroso juego, que por añadidura era un secreto compartido por menos de media docena de personas, recrearon deliberadamente The Link, aquella sospechosa organización para la amistad anglo-germana que había provocado cierta preocupación en el Servicio Secreto, poco antes del estallido de la guerra.

La declaración de guerra, y luego la invasión de Francia y los Países Bajos, además del pacto germano-soviético, y el encarcelamiento de extremistas pro germanos por el reglamento 18-B, habían asestado un golpe mortal a The Link. Era necesario crear la impresión de que este organismo estaba resucitando en secreto; un juego peligroso, ya que pudo haber servido a la propaganda alemana. Pero había buenas razones para creer que, mientras Hess jugara su propia y secreta maniobra política con la *Verbindungstab*, la intriga no conocería la luz pública y se correrían pocos riesgos de que perjudicara a Inglaterra en la manera de un bumerang.

Repentinamente, se establecieron pequeñas células de The Link en Tánger y Lisboa. La ciudad marroquí era excepcionalmente propicia para este tipo de intrigas, ya que, por su carácter de zona internacional, ofrecía grandes posibilidades a los agentes dobles. La célula de The Link en Tánger pronto demostró ser una excelente fuente de información. Así rezaba uno de sus informes: «Hess desprecia a la *Abwehr* y está poniendo en marcha su propio servicio de espionaje mediante la *Verbindungstab*. Durante cierto tiempo,

depositó su confianza en la sección galesa de su organización, creyendo que sus contactos en este terreno resultarían fructíferos. Ahora se inclina a considerar que el blanco principal reside en Escocia. El café "Chiado", sobre la Rua Gambetta de Lisboa, es uno de los lugares de reunión que utilizan los intermediarios de The Link y la *Verbingdunstab*. Otro es el "Hotel Riff" de Tánger.»

Finalmente, habían tragado el anzuelo. Al menos, había constancia de que Hess estaba realmente interesado en la recreación de The Link. Pero el Servicio Secreto había sido informado de otro fenómeno aún más importante: la temida *Abwehr* del almirante Canaris estaba siendo desplazada por dos nuevos servicios alemanes de Inteligencia, uno forjado por Walter Schelenberg, el otro por Rudolf Hess.

Se avizoraba la posibilidad de que el curso de la guerra cambiara por completo de la noche a la mañana: todo lo que había que lograr era que Alemania creyera que un ataque contra Rusia persuadiría a los ingleses a buscar la paz.

23

La formación del S.O.E

En los amargos días de 1939-1941, sólo podía esperarse del Servicio Secreto británico un mecanismo de espionaje puramente defensivo, como el que venimos a describir en el capítulo anterior. Aun en el primer año de la guerra, cuando algunos espíritus audaces concebían emprendedores e imaginativos procedimientos de espionaje, el Servicio se veía maniatado por la falta de fondos.

Una nueva rama del S.I.S., la sección D (Destrucción), se había organizado en 1938 a las órdenes del coronel Lawrence Grand. Su propósito, como el propio nombre lo indica, era de carácter agresivo: esta unidad debía producir daños en el enemigo por medio del sabotaje. Originariamente, no se la había creado para operar fuera del país, sino en previsión de una eventual invasión alemana, ante la cual se deberían organizar acciones subversivas y de sabotaje en el territorio británico ocupado por los nazis. Grand tenía muy buenas ideas, pero algunas de ellas escapaban a sus posibilidades. Por ejemplo, presentó un proyecto para detener el suministro de petróleo rumano a Alemania mediante actos de sabotaje. Pero, cuando llegó el momento de recaudar fondos para implantar estas ideas, el Tesoro se convirtió en un duro impedimento, al margen de la factibilidad del propio planteamiento. Muy pronto hubo que abandonar los proyectos grandiosos, o al menos archivarlos transitoriamente.

Bickham Sweet-Escott, en su *Baker Street Irregulars,* testimonio directo de algunos trabajos del Servicio Secreto durante la Segunda Guerra Mundial, ha resumido la posición del S.I.S. cuando promediaba el verano de 1940: «Nuestro bagaje de realizaciones positivas era insignificante. Podíamos adjudicarnos unas pocas actuaciones exitosas, pero no muchas, ciertamente; y podía decirse

que disponíamos de una organización en los Balcanes. Pero aun en este último campo nos faltaban realizaciones espectaculares... nuestros intentos de subversión en los Balcanes sólo habían logrado sobresaltar al Foreign Office. En cuanto a Europa Oriental, aunque teníamos buenas excusas, nuestra trayectaria era lamentable: no poseíamos un solo agente entre los Balcanes y el Canal de La Mancha.» [1]

Este estado de cosas requiere cierta explicación.

El S.I.S. era bastante débil en Europa al declararse la guerra. Cuando Hitler realizó su rápida *blitzkrieg* a través del Continente, nuestra red de espionaje fue destruida de la noche a la mañana. Un desastre inesperado, durante los primeros meses de guerra, había empeorado increíblemente las cosas. Antes de la guerra, Holanda era una de nuestras bases principales, y desde su territorio el Servicio Secreto británico organizaba el espionaje sobre Alemania. Los cuarteles generales de esta organización en Holanda estaban en el Centro de Control de Pasaportes del Consulado Británico, en el número 15 de la calle Nieuwe Uitweg de La Haya, que curiosamente se encontraba junto a la casa donde residía Mata Hari en 1915: detalle maléfico que fue soslayado. Durante años, el Servicio Secreto había utilizado las diversas oficinas de Control de Pasaportes, e incluso a los funcionarios que en ellas trabajaban, para sus actividades de espionaje. Había una buena razón para esto: el jefe de espionaje local podía examinar los pasaportes y solicitudes de cosas, e incluso detener a los sospechosos con la excusa de que era necesario investigar sus antecedentes y documentaciones. También existía la ventaja de que se podía inspeccionar fácilmente los archivos y expedientes.

La gran desventaja del sistema residía en que delataba a cualquier enemigo potencial las señas del centro de espionaje y el nombre de su director inmediato. A veces, estos centros eran utilizados como fachada, y el auténtico centro de espionaje actuaba en cualquier otro despacho, pero con excesiva frecuencia este sistema favoreció a los Servicios de Inteligencia rivales.

El jefe de este centro de espionaje en La Haya era el mayor H. R. Stevens, y su asistente el capitán S. Payne Best. Poco trabajo costó a los alemanes descubrir lo que estaba sucediendo en Holanda, y preparar planes efectivos para contrarrestar los esfuerzos británicos. Así fue como, a fines del otoño de 1939, unos agentes de la *Abwehr* tendieron una perfecta trampa al mayor Stevens y el capitán Best. Fingiéndose militantes antinazis, y prometiendo vitales informaciones militares a los ingleses, persuadieron a los dos oficiales de que se encontraran con ellos en Venlo, sobre la frontera alemana: el 8 de noviembre de 1939 les secues-

traron y llevaron en automóvil a través de la frontera. En una misma jugada, los alemanes habían capturado a dos de los más hábiles hombres de Inteligencia de que disponían los ingleses, destrozando su mecanismo de espionaje. Posteriormente, los nazis capturaron a una cantidad de agentes británicos, obteniendo archivos secretos de la dotación inglesa de La Haya.

El duro golpe atestado por los alemanes a esta sección de la Inteligencia británica no sólo desarboló la organización de espionaje en Holanda sino que, además, obligó al S.I.S. a retirar sus agentes de otras ciudades del Continente. Cuando los alemanes invadían Francia y los Países Bajos —en la primavera de 1940— Inglaterra ya no tenía un Servicio de Inteligencia efectivo en Europa.

Steward Menzies debía reconstruir la organización del espionaje inglés en el continente europeo, haciéndola renacer de sus cenizas, pero al mismo tiempo debía contar con el hecho de que la información obtenida por medios técnicos —especialmente, gracias al estudio de las comunicaciones radiales— había cobrado una importancia suprema. La reconstrucción de una red de espionaje en Europa habría tomado varios años si no se hubieran tomado medidas drásticas. Afortunadamente, Churchill decidió que Menzies debía ser liberado de la carga de su enorme responsabilidad y el resultado fue la creación, en julio de 1940, de la organización denominada Special Operations Executive, o S.O.E. Esta fue, con mucho, la mayor reforma del Servicio Secreto durante la guerra. Tocó al doctor Hugh Dalton, ministro de la Economía de Guerra, presidir la formación del S.O.E. La idea originaria era sensata: su propósito consistía pura y simplemente en sabotear económicamente a los países enemigos, dañando sus fuentes de suministro en territorio neutral. Pero la frase «sabotaje económico» resulta propicia a una gran variedad de interpretaciones, y su organización y planeamiento registraron numerosos errores y contrasentidos.

Es dudoso que, al terminar la guerra, el S.O.E. haya justificado las vastas sumas de dinero que en él se invirtieron. El adjetivo «económico» fue rápidamente olvidado en la práctica. A menudo, el S.O.E. actuó con total independencia con respecto a los planes del S.I.S.; a veces, marchaba en sentido contrario al S.I.S. y con frecuencia concentraba sus ataques sobre blancos equivocados. Además, como suele ocurrir en cualquier organización nueva que cae en manos de hombres que carecen de experiencia profesional, fue muy vulnerable a la infiltración enemiga; no sólo una vez, sino constantemente y a lo largo de toda la guerra; Dalton contaba con toda la ayuda de Glawyn Jebb y Philip Broad, del Foreign Office, para la fundación del S.O.E., además del brigadier Willie van Cutsen,

del Ministerio de Guerra, y el banquero Leonard Ingrams. El propio Dalton no era un candidato ideal para dirigir la creación de este centro de organización. Voluble, extrovertido, a menudo indiscreto, amigo de fraternizar con sus subordinados y dotado de una mentalidad académica, tendía a concebir al S.O.E. como un arma de propaganda contra el enemigo, o tal vez como una organización destinada a obtener informaciones económicas. Mejor hubiera sido que un departamento especial tomara a su cargo la primera de estas tareas, proveyéndose al S.O.E. de una organización más reducida, con moldes de reclutamiento más rígidos, concentrada en establecer una red de espionaje especializado en Europa, para asesorar en materia de sabotaje económico, identificando los blancos adecuados y las posibles relaciones con la resistencia.

Tal vez era inevitable que una organización constituida con tanta precipitación y en plena guerra, que disponía de poco tiempo para seleccionar su elemento humano, cometiera serios errores en su primera etapa. Pero pocos imaginaron que Inglaterra pagaría tan alto precio por estos errores.

En los días iniciales del S.O.E., era necesario correr ciertos riesgos. Entre los miles de refugiados franceses, belgas, holandeses, noruegos y polacos que acudían a Inglaterra desde los territorios ocupados por los nazis, se contaban muchos espías encubiertos, cuya única aspiración era infiltrarse en la Inteligencia británica y suministrar informes a los alemanes. Tantos eran los refugiados que el M.I.5 no podía investigar adecuadamente los diversos casos. Todos aquellos que ofrecían sus servicios a los organismos británicos de Inteligencia y parecían actuar de buena fe eran derivados al S.O.E. Pero éste era un servicio novato, cuyos ejecutivos carecían por completo de experiencia en materia de selección de reclutas. Por otro lado, entre los oficiales subalternos del S.O.E. había demasiados aficionados, que pretendían fabricar buenos agentes a partir de truhanes e incompetentes. En estas condiciones, la traición florecía con toda tranquilidad.

El más peligroso de todos estos refugiados era, por excelencia, el holandés; como ya hemos dicho en estas páginas, los holandeses son notorios agentes dobles y espías traicioneros. Puede parecer injusta esta afirmación tan rotunda, con referencia a toda una nacionalidad, pero, aunque los holandeses suelen ser ciudadanos deliciosos, pacíficos y honestos, en materia de espionaje no son de fiar, salvo muy contadas excepciones. Los ejecutivos del S.O.E. deberían haber advertido que había muchos secretos simpatizantes nazis entre los refugiados holandeses, así como dentro de las filas del movimiento holandés de resistencia se contaban numerosos agentes pro germanos. Pero, por algún motivo inexplicable, los inspiradores del nuevo organismo decidieron precipitar el desarrollo de una sección holandesa operacionalmente efectiva del S.O.E., antes que establecer sus bases en otros países.

Dos oficiales de la *Abwehr* aprovecharon esta situación, chantajeando a tres miembros de la Resistencia holandesa y manteniendo, por su intermedio, contactos con los centros de emisión radial de la S.O.E. en Holanda. En consecuencia, los reclutas holandeses del S.O.E. que eran arrojados en paracaídas sobre Holanda resultaban invariablemente capturados. Por dos de estos agentes, los alemanes obtuvieron los códigos secretos de la sección holandesa del S.O.E. en Londres. Los nazis comenzaron, entonces, a enviar mensajes falsos a Londres, recibiendo otros en respuesta. De este modo, obtuvieron gradualmente un perfecto cuadro de la red del S.O.E. en Holanda.

Así fue como los alemanes desarrollaron un diálogo radiofónico con la sección holandesa del S.O.E. en Londres durante unos tres años, hasta que su maniobra fue descubierta. Durante todo este lapso, Alemania controló perfectamente el espionaje inglés sobre suelo holandés y los suministros de armas, explosivos y dinero que se arrojaban en paracaídas sobre Holanda. Los agentes caían directamente en manos alemanes.

Sin embargo, a pesar de esta celada, el S.O.E. recibía, en Londres, sonoras advertencias en el sentido de que algo andaba mal. Uno de los operadores holandeses capturados era obligado a enviar mensajes falsificados por los nazis. A pesar de que le vigilaban estrechamente varios agentes de la *Abwehr*, logró introducir una advertencia entre sus mensajes. Tuvo la ingeniosa idea de omitir un signo de identidad que debían componer todos los envíos genuinos: cada dieciséis letras, el texto debía registrar un error deliberado. Al no presentarse dichos errores, en Londres se debió sospechar que algo raro estaba sucediendo. Pero los operadores londinenses no eran demasiado cuidadosos; o, tal vez, como se ha sospechado, había un traidor en la propia oficina londinense del S.O.E.

No sólo se ignoró la advertencia del operador, sino también las que hicieron llegar otras secciones británicas de Inteligencia. El comandante D. W. Child, un operador de Inteligencia que, apresado por la Gestapo, había escapado a Inglaterra a fines de 1942, advirtió al Servicio Secreto británico que los alemanes estaban infiltrados en una cantidad de centros radiales del S.O.E. en Holanda. A pesar de todo, Londres continuó comunicándose con aquellos centros, por lo que se pagó un costo enorme: los alemanes capturaron veintiocho mil libras en explosivos, tres mil en rifles, cin-

co mil en revólveres y considerables cantidades de dinero, todo esto arrojado en paracaídas.

Después de la guerra, el Parlamento Holandés desarrolló su propia investigación sobre estos desastres, y la comisión integrada a tal efecto describió el asunto como «una catástrofe de proporciones que excedían a las de todos los demás fracasos en los países de Europa Occidental ocupados por los alemanes... los graves errores cometidos en Baker Street (sección holandesa del S.O.E.) fueron debidos a la inexperiencia, la ineficiencia y el descuido de las más elementales reglas de seguridad».[2]

Ciertamente, el sitio de los cuarteles generales del S.O.E. en Baker Street era totalmente inadecuado desde el punto de vista de la seguridad. El edificio era tan poco apropiado para tal función que un ejército de obreros trabajaba constantemente en las instalaciones, dividiendo despachos o interponiendo paredes, trasladando una puerta de aquí para allá o montando un archivo de la noche a la mañana. La Seguridad brillaba por su ausencia. En la planta baja había unas grandes tiendas que brindaban amplio campo a la infiltración. El entrenamiento de los futuros saboteadores y agentes era por completo *amateur,* y hubiera dado excelentes materiales a una novela farsesca de Evelyn Waugh. La letra D, del Departamento de Destrucción, fue sustraída al control de S.I.S. y colocada a las órdenes de Frank Nelson, quien había reemplazado al doctor Dalton como jefe del S.O.E., poco después de la formación de este organismo. Nelson, condecorado en 1942, había llegado al S.O.E. a través de un sendero ligeramente más versátil que el seguido por Stewart Menzies en su marcha hacia la cumbre del organismo. Educado en la escuela elemental de Bedford y en Hidelberg, había servido en el cuerpo de Caballería Ligera de Bombay durante la guerra de 1914-1918, graduándose luego a través del Secretariado de la Cámara de Comercio de Bombay, ingresando en el Parlamento por el Partido Conservador, dirigiendo el Consulado inglés en Basle y luego, ya incorporado a la R.A.F.V.R., convirtiéndose en comodoro de la Aviación durante su gestión al frente del S.O.E.

El antiguo amigo de Sidney Reilly, George Hill, fue puesto al mando de una sección dedicada al entrenamiento de los agentes del S.O.E., que debían ser arrojados en paracaídas sobre los territorios ocupados de Europa. Antes de que los alemanes tomaran Francia, Hill había estado en París, en relación con el *Deuxième Bureau.* Fue mientras él dirigía este curso de entrenamiento cuando Kim Philby y Guy Burgess fueron transferidos al S.O.E. Según Hill, venían «recomendados por el Foreign Office». Hill, al igual que otros muchos miembros del S.O.E. y el S.I.S., encontró a

Philby rápido y perceptivo, así como lleno de ideas y conceptos sensatos. Burgess, sin embargo, parece haberse metido en problemas a las pocas semanas de ingresar al S.O.E. Un superior se quejó de que este personaje notoriamente irresponsable trataba de «burlarlo». Este episodio no detuvo, naturalmente, la carrera de Burgess en el Servicio Secreto, ya que sólo motivó su traslado a otra unidad.

Por aquel entonces, la selección del personal estaba viciada de una negligencia casi criminal, tanto en el S.O.E. como en el S.I.S. Burgess, un homosexual cuyas charlas indiscretas eran de dominio público, parecía la persona menos indicada para actuar en el S.O.E. Nadie se había preocupado por investigar su carrera en profundidad, y el hecho de que estuviera casado con una comunista austríaca era desconocido, o al menos se ignoró por completo. El entrenamiento de los reclutas del S.O.E. estaba en manos de oficiales navales y militares con problemas mentales; uno de ellos estaba casi permanentemente al borde de la crisis nerviosa. No fue hasta que el coronel Colin Gubbins fue enviado por el Ministerio de Guerra, para supervisar y organizar un nuevo programa de entrenamiento, que se restauró cierto orden sobre el caos inicial, y una nueva escuela para reclutas comenzó a impartir enseñanzas en el arte del sabotaje y la comunicación radial. Esta escuela fue instalada en Beaulieu.

George Hill, ahora brigadier, hizo honor a su consistente reputación de agente excepcional y hombre de Inteligencia de primera clase. Estaba plenamente consciente de la ineficacia de muchos ejecutivos del S.O.E., y ansiaba volver a trabajar en el campo de la acción directa. Finalmente, lo logró. Cuando Rusia entró en la guerra, sumándose al bando aliado, Hill fue enviado a Moscú para estrechar lazos con la N.K.V.D., que solicitó y obtuvo recíprocas facilidades para enviar tres de sus hombres a Londres. Hill intercambió experiencias con la N.K.V.D. y trazó comparaciones entre los agentes rusos y los del S.O.E. A pesar de los desatinos del S.O.E. y las limitaciones de sus programas de entrenamiento, Hill consideraba que el espionaje inglés era superior al soviético.

En 1943, Hill entró en acción con los guerrilleros soviéticos, internándose dos millas en territorio ocupado por los alemanes, cerca de Minsk, donde aprendió sobre el terreno las técnicas de los rusos.

El Departamento de Inteligencia Naval se convirtió, finalmente, en una maquinaria extremadamente eficiente, aunque tal vez no tan espectacular como en los tiempos del almirante Hall, por la sencilla razón de que no se dedicaba en absoluto a las intrigas privadas que tanto complacían a Hall. Pero, para apreciar cum-

plidamente las acciones del N.I.D. entre 1939 y 1945, es necesario prestar atención al abandono político que azotaba a este organismo desde 1918, la desorganización de sus puestos superiores en el período de entreguerra y el descuido general que caracterizaba a los procedimientos de seguridad y códigos de la Marina antes de la Segunda Guerra Mundial.

El descuido en materia de seguridad se extendía hasta extremos lamentables en casi todos los terrenos. Entre 1927 y el año 1930, el director de Inteligencia Naval no era otro que el almirante Sir Barry Donville, miembro de la famosa y siniestra organización pro germana The Link y arrestado en 1940 en virtud del reglamento 18-B. Esto último se debió, fundamentalmente, a su condición de antiguo secretario y fundador de la mencionada sociedad. Para ser justos con Donville, debemos aclarar que el almirante era, más que nada, un tonto, mordido por el gusano de la pureza racial, que no un traidor a su patria, y que en ningún momento reveló los secretos de Estado. Más aún, no cayó bajo la influencia nazi hasta 1936. En 1937, asistió al Reichstarteitag de Nuremberg, en compañía de varios notorios simpatizantes pro germanos: Lord Stamp, Lord Lynington, Lord Brocket, el coronel Yeats-Brown, autor de *Bengal Lancer,* y Sir Jocelyn Lucas. El hecho de que un personaje tan escasamente digno de confianza fuera escogido por el N.D.I., dice bien poco en favor del Almirantazgo.

Ya en 1936, los analistas criptográficos alemanes desbarataban la seguridad radial de los navíos británicos en el Mar Rojo; esta brecha en los mecanismos navales de seguridad no fue completamente superada hasta mediados de 1943. Sus peores efectos se sintieron, tal vez, en la desastrosa campaña noruega de 1940.

Uno de los fallos más escandalosos del Almirantazgo en tiempos de paz —fallo que se ha repetido en dos guerras mundiales, y tiende a producirse en los últimos años— residía en su incapacidad para seleccionar un especialista en Inteligencia para dirigir al N.D.I. Por otra parte, sus candidatos nunca han logrado sobrevivir en el cargo durante demasiado tiempo. En consecuencia, resulta casi imposible al jefe del N.D.I. llegar a conocer su departamento y formular una política de largo alcance. El propio contraalmirante John Godfrey, nombrado N.D.I. en 1939, sólo mantuvo su cargo durante tres años, aunque durante dicho período logró éxitos notables, incorporando personalidades civiles distinguidas y talentosas, entre las que se encontraron Ian Fleming, antiguo asistente del N.D.I., Sir Norman Denning, Ewen Montagu, Patrick Peesly y Frederick Wells.

Godfrey parece haber seguido de cerca los métodos del almirante Hall en su primera selección de candidatos de origen civil

para las filas del N.I.D., recurriendo por ejemplo al mercado de cambios para incorporar a personajes como Fleming, tal como Hall había escogido a un cambista de Bolsa en la persona de Claud Serocold. El centro nervioso del N.I.D. era la habitación 40 del viejo edificio del Almirantazgo, tal como en los viejos días de la Primera Guerra Mundial. Sólo que, durante la Segunda Guerra Mundial, recibía el nombre de habitación 39. El proceso de elaboración de las informaciones era más científico que veinte años atrás. El N.I.D., tomando nota de sus lamentables fracasos en materia de seguridad de códigos en los años previos a la guerra, al menos había aprendido la lección: la rama de Inteligencia tanto abarcaba los trabajos de espionaje como los de contraespionaje. Su primer éxito espectacular a este respecto tuvo lugar en 1941, cuando los ingleses capturaron dos naves meteorológicas alemanas, el *München* y el *Lauenburg,* tras un calculado operativo en medio del Atlántico, destinado a sustraer códigos cifrados enemigos.

Una de las grandes debilidades inglesas, durante estos primeros años de la guerra, residió en el descuido del N.I.D. y, más aún, de la división de operaciones del Almirantazgo, con respecto a las posibilidades de Inteligencia que poseía la Combined Operations. La Royal Navy no tenía una postura muy definida con respecto a Combined Operations durante los primeros tiempos, y esto no sólo obedecía al antagonismo entre algunos jefes de la Navy y el almirante Sir Roger Keas, primer jefe de C.O. Esta última, por otra parte, configuraba un admirable intento de combinar ciertas unidades de tierra, mar y aire bajo un comando único, en primer lugar para hostigar al enemigo sobre territorios ocupados, y en segundo término para prepararse con vistas a una eventual invasión. El Almirantazgo demostró su desprecio por Combined Operations relegándola tontamente al papel de cenicienta de los servicios, proporcionándole los oficiales más indeseables y los soldados más indisciplinados e incontrolables. Si se hubiera utilizado con más energía la Combined Operations desde 1940 hasta fines de 1942, se habría obtenido mucha más información en el principio de la guerra, cosa que probablemente la hubiera abreviado.

El hombre que se encargó de rectificar esta omisión no fue otro que Ian Fleming, quien combinaba su sentido del humor —a la vez sardónico y extraño— con una imaginación que, de habérsele brindado suficiente campo de acción, hubiera producido el tipo de golpes que Sidney Reilly solía brindar al Servicio Secreto. No es casual que Sidney Reilly fuera uno de los grandes héroes de Fleming: éste siempre lamentó que James Bond, su famoso personaje de ficción, no perteneciera a la clase de Reilly.

Durante su gestión en el N.I.D., Fleming hizo gala de una cualidad harto efectiva: tenía el don de engañar a los oficiales de alta graduación. Por ejemplo: recibía una idea más o menos prosaica; luego la moldeaba, convirtiéndola en un concepto más imaginativo, y a través de bromas y conversaciones informales inducía a un oficial superior a desarrollarla. Este fue el caso de la Unidad de Asalto Número Treinta, a la cual supervisó tan de cerca que aquélla recibió el nombre de Ejército Privado de Fleming. Fue ésta una de las pocas ocasiones en que pudo librarse del trabajo puramente burocrático. La idea de la Unidad de Asalto Número Treinta surgió de las duras lecciones aprendidas durante las actividades alemanas en Creta en 1941. En aquella campaña, los alemanes obtuvieron un gran éxito gracias a una unidad especial de asalto que irrumpió en los cuarteles generales británicos, apoderándose rápidamente de nuestros códigos cifrados y equipos técnicos. El caso es que se formó la Unidad de Asalto Número Treinta, que comenzó a operar en forma más o menos experimental en el Medio Oriente, bajo el comando de Dunstan Curtis, oficial de las fuerzas costeras, y Quentin Riley, explorador polar en los años anteriores a la guerra. El Almirantazgo siguió contemplando el proyecto con disgusto, cuando no con manifiesta desaprobación, e hizo falta todo un despliegue de conversaciones, brindis con champaña y alegres bromas, por parte de Fleming, para mantener la moral de sus miembros. Por fin, el Ejército Privado de Fleming demostró su valía en el norte de Africa, Sicilia e Italia. El gran éxito de este cuerpo especial correspondió a las actividades de exploración de playas, infiltración en territorio enemigo y traslado de información. Por entonces, el almirante Godfrey había abandonado ya el N.I.D.: le sucedió un oficial de estilo por completo diferente: el corpulento, serio y reservado contaaalmirante Rushbroke.

Como unidad de Inteligencia, la Número Treinta sobrepasó todo lo logrado por los alemanes en su especialidad; desarrolló su difícil tarea con camaradería, buen humor y cierto espíritu grotesco que sólo aparece cuando los civiles visten el uniforme naval. Un oficial de la R.N.V.R., por ejemplo, capturó a trescientos alemanes y su estación de radar con ayuda de sólo media docena de soldados. Fleming se ocupaba personalmente de impartir instrucciones y arengas, trazar proyectos y programar operativos por medio de una corriente de señales claras, sencillas, pero por lo general enormemente divertidas, desde su despacho en el Almirantazgo. En ocasiones, cruzaba el Canal para encontrarse con los valerosos aventureros que integraban su Ejército Privado.

Fleming describe una de sus escapadas bélicas menos afortunadas, que utilizaría posteriormente para la escena de bacarrá de su

primera novela, *Casino Royale*: «Yo y mi jefe, el almirante J. H. Godfrey —escribe Fleming— volábamos a Washington en 1941 para mantener conversaciones secretas con la oficina americana de Inteligencia Naval, antes de que América entrara en guerra. Habíamos tomado la ruta del Atlántico Sur y nuestro "Sunderland" tocó tierra en Lisboa, donde habíamos de pasar la noche. En esta ciudad nos reunimos con nuestros compañeros de Inteligencia, quienes nos informaron sobre la pléyade de agentes secretos alemanes que había invadido Lisboa y las vecinas playas de Estoril. El jefe de los alemanes y sus dos asistentes, según nos dijeron, jugaban grandes sumas de dinero cada noche en el casino de Estoril. Inmediatamente dije al N.D.I. que él y yo debíamos echar una ojeada a estos caballeros. Fuimos al casino y nos encontramos con los tres hombres, que jugaban en la mesa más opulenta. El N.I.D. no conocía el juego; le expliqué sus reglas y luego se me ocurrió la idea de sentarme, jugar contra estos tres hombres y derrotarlos, reduciendo los fondos del Servicio Secreto alemán. Naturalmente, era un plan descabellado, arriesgado y librado a una amplia ayuda de la suerte. Llevaba conmigo unas cinco libras esterlinas, los viáticos para mi viaje. El principal agente alemán había hecho varias apuestas exitosas. Traté de vencerlo, pero perdí diez jugadas consecutivas y me dejaron sin un céntimo. Fue ésta una experiencia humillante que debe sumarse, sin duda, a los grandes éxitos del Servicio Secreto alemán. Por otra parte, redujo vivamente mi prestigio a los ojos de mi jefe.»[8]

Ésta es una típica historia en que Fleming se burla de sí mismo. Su sentido del humor y su costumbre de contar anécdotas que le desprestigiaban han dado lugar, entre quienes intentaron describir su compleja personalidad, a una tendencia a describirlo ligeramente, como un mero aficionado, amable pero perezoso, que dejaba correr la vida con cierta indiferencia. El propio Fleming divulgó la leyenda de su indolencia, mas esta imagen es por completo inexacta. En realidad, se trataba de un jefe de primera clase, decididamente profesional, y capacitado para realizar en una hora más trabajo positivo del que muchos hombres pueden hacer en tres. Muchos golpes de Inteligencia, realizados esencialmente por él, fueron adjudicados al mérito de otras personas.

El agente de Inteligencia de primera clase —y esto se aplica más aún al ejecutivo o jefe— debe poseer cierto sentido de lo extraño, e incluso cierta inclinación a trasladar lo imposible a lo posible. Muy a menudo, en esto mismo consiste el espionaje. Philby ha dicho que todo buen agente debe tener una pizca de irresponsabilidad: este rasgo constituye a la vez una válvula de seguridad y una fachada encubridora. Fleming gozaba de estas condiciones

en proporciones delicadamente equilibradas con cierta dosis de puritanismo, de donde provenía su imprescindible gota de prudencia. Sabía exactamente cuándo debía salir de su campo específico de operaciones para internarse en las actividades de extramuros del departamento. Antes del establecimiento de la Unidad de Asalto Número Treinta, debió hacer muchas de estas incursiones. También poseía otra rara virtud del típico hombre de Inteligencia: carecía de ambición, en parte porque odiaba la pomposidad y prefería jugar un rol de diletante.

Una de las historias jamás contadas sobre Fleming es la de su proyecto de atraer a uno de los líderes nazis a Inglaterra. Fleming había estudiado el expediente del almirante Sir Barry Donville, aquel famoso N.I.D. pro germano de 1927-1930, y esto le había llevado a examinar, al principio por mera curiosidad, la historia de The Link. También había adquirido un profundo conocimiento de la estructura psicológica alemana, y tenía noticias de las inclinaciones de los altos mandos nazis hacia la astrología y el ocultismo: como resultado de esto concibió el proyecto de recrear The Link, edificando una imagen ficticia de los procedimientos subterráneos de esta organización. Inventó la historia de que el organismo anglo-germano había adquirido nuevos y más influyentes miembros, capaces de allanar el camino hacia una paz con Alemania, que supondría la caída del Gobierno de Churchill. Creía que, si este tipo de información llegaba a oídos de algún líder nazi particularmente crédulo, los planes de invasión alemanes serían postergados y, además, los nazis acabarían por enviar algún personaje importante de su escuadra dirigente al territorio enemigo. Nadie sabía mejor que Fleming que esta extravagante técnica no tendría gran aceptación en el Servicio Secreto, y que difícilmente resultaría aceptada por el N.D.I. El proyecto, por añadidura, despertaría todo tipo de objeciones políticas. Crear la farsa de un poderoso movimiento que, dentro de Inglaterra, estaría dispuesto a llegar a un acuerdo con los nazis, podría producir fácilmente ciertos efectos contraproducentes, por ejemplo alarma y pánico en Inglaterra, en lugar de desconcertar al enemigo. Por lo tanto, decidió que el proyecto era demasiado discutible para llevarlo adelante por sus propios méritos. Pero, resistiéndose a dejar que se desvaneciera este notable producto de su imaginación, comunicó la idea a dos amgos de su íntima confianza: uno de ellos actuaba en otra rama de la Inteligencia británica, y el otro era un contacto en territorio suizo, y por añadidura gran autoridad en temas astrológicos.

No puedo, en este momento, revelar los nombres de estos dos amigos, que corrieron graves riesgos al sumarse a la delirante idea

de Fleming. El primer peligro radicaba en actuar con independencia de sus oficiales superiores en el Servicio Secreto, y sin su conocimiento, mientras que el segundo estaba cifrado en la posibilidad de caer en manos enemigas. Fleming había decidido que Rudolf Hess era el candidato ideal para el papel de líder nazi crédulo. Cuando sus amigos le confirmaron que Hess era el hombre indicado para concentrar la acción, se sintió reconfortado. Por un lado, Hess era, entre los líderes nazis, el más inclinado a firmar la paz con Inglaterra, para que Alemania tuviera las manos libres y el camino allanado para su ataque contra Rusia; por el otro, era un místico, estudioso de la astrología y amigo de ocultistas y magos negros; se ha dicho, incluso, que actuaba como astrólogo confidencial de Hitler.

El contacto de Fleming en Suiza logró ubicar cerca de Hess a un astrólogo que, a la vez, actuaba como agente británico. Dado que Fleming se mantenía firmemente oculto entre bambalinas, evitando toda relación directa con los responsables de la conjura, no podemos decir hasta qué punto dirigía personalmente el operativo Podemos imaginarnos fácilmente a Fleming, relamiéndose mientras imparte instrucciones al astrólogo para la tarea a desempeñar, dejando que su imaginación divagara libremente y trazando un cuadro pintoresco de aristocráticos conjurados, recluidos en sus casas británicas de campo, a la espera de cierta indicación de un líder nazi, para provocar la caída del Gobierno de Churchill. Pero afirmar esto sería pura adivinanza, y, por experiencia personal, el autor de este libro sabe que los métodos de trabajo de Fleming eran, con frecuencia, singularmente indirectos. Cuando de dar instrucciones se trataba, tenía una especial habilidad para retacear la información, ocultando a sus subordinados el propósito final de cada operación, pero induciendo al inocente interlocutor a hacer lo que correspondía sin saber bien por qué o para qué.

Para que la cuestión del complot fuera injertada en un horóscopo convencional, el contacto suizo obtuvo dos horóscopos de Hess de manos de astrólogos conocidos personalmente por el líder nazi, de modo que éste no encontrara diferencias sospechosas. Fue necesaria una singular habilidad para introducir los detalles falsos en el contexto de un horóscopo convencional, con objeto de que éste no entrara en conflicto demasiado drástico con las referencias que Hess pudiera recibir de sus consultores astrológicos habituales.

Probablemente, el contacto suizo ignoraba que otro miembro del Servicio Secreto, jugando una carta solitaria, estaba trabajando en la misma dirección, sólo que con técnicas diferentes. Pero la recreación de The Link estaba siendo perfectamente com-

binada con la cuestión de los horóscopos; hacia fines de 1940, ciertos agentes en el café «Chiara» de Lisboa, y otro en Berna, estaban manejando las cosas lenta pero seguramente, para desembocar en uno de los incidentes más espectaculares de la guerra.

24

Ocultismo y espionaje: La misión Hess

Ya hemos visto que, en tiempos isabelinos, el ocultismo había servido a los británicos como arma de espionaje. Lo que no se conoce tan bien es que esta tendencia del Servicio Secreto británico ha persistido en los tiempos modernos. El uso de las prácticas ocultas por el Servicio Secreto ha llamado la atención, repetidas veces, de los enemigos de Inglaterra, tanto así que durante la Primera Guerra Mundial se creía que los servicios británicos disponían de ciertos recursos sobrenaturales: gran parte de su información sólo podía haberse obtenido por medios ocultos o gracias a la ayuda de algún genio telepático.

Tan persuadido de esto estaba Himmler que afirmó seriamente que los Rosacruces eran una rama del Servicio Secreto británico. Durante la Primera Guerra Mundial, Aleister Crowley, el ocultista más notorio y pintoresco de los tiempos modernos, se sumó a la propaganda pro germana en sus escritos publicados en *The Fatherland* y en *The International*, que editó durante un año. Sin embargo, Crowley afirmaba que estas actitudes tenían el simple propósito de congraciarlo con los alemanes, permitiéndole actuar como espía contra ellos. El Servicio de Inteligencia Americano parece haber creído la historia de Crowley durante la Primera Guerra Mundial, aunque el N.I.D. la rechazó y su templo ocultista de Londres fue clausurado por la Policía.

Después de la guerra, Crowley estuvo a punto de ser juzgado por sus actividades antibritánicas, pero finalmente se demostró que la intención del curioso personaje era, realmente, ayudar a los aliados. La decisión de exonerar a Crowley se debió a su revelación de que el jefe internacional de la secta hermética a la que estaba afiliado, era, en realidad, un peligrosísimo agente alemán, cosa que

Crowley había comunicado a los americanos. En los años de entreguerra, Crowley pasó buena parte de su tiempo en Berlín, suministrando información sobre el comunismo continental al S.I.S. Indudablemente, el Servicio Alemán de Inteligencia conocía perfectamente las andanzas de Crowley en el campo del espionaje, pues el famoso ocultista vivía en Berlín junto con otro notorio espía, Gerald Hamilton. Crowley espiaba a Halmilton para el M.I.5, y no cabe duda de que Hamilton también espiaba a Crowley para los alemanes. Viviendo juntos, en plan de amigos, preparaban informes sobre uno y otro.

La extraña conjunción de ocultismo y espionaje ha existido desde tiempo inmemorial, probablemente porque los ocultistas tienden a vivir en la clandestinidad, y por lo tanto son buenos agentes. Himmler no se equivocaba con respecto a los vínculos de los Rosacruces con el espionaje, aunque exageraba cuando creía que la organización espiritista era una rama del Servicio Secreto inglés. Himmler puede haber concebido esta idea a raíz de sus noticias sobre las actividades de Crowley, o tal vez porque Saint Germain, uno de los más conocidos rosacrucianos del siglo XVIII, había sido un brillante agente.

La relación de Ian Fleming con Crowley no era, por cierto, íntima, pero aquél sabía, sin duda, que Crowley había presentado algunos proyectos a las autoridades de Inteligencia al comenzar la Segunda Guerra Mundial. Uno de estos proyectos, por cierto rechazado, consistía en distribuir información oculta al enemigo por medio de panfletos. Posteriormente, Crowley declaró que había convencido a las autoridades de que adoptaran el famoso signo de la V, que Winston Churchill hizo célebre. Pero, según Crowley, el significado del signo no se refería a la V de Victoria, sino a un antiguo emblema satánico de destrucción, conocido como ideograma de Afis y Tifón. En realidad, todo el mérito por el valor simbólico de la V corresponde a David Ritchie, de la B.B.C.

En algunas secciones del Servicio Secreto británico se sabía que muchos líderes nazis tenían secretas inclinaciones por lo oculto, y particularmente por la astrología. También habían tomado nota del interés que el propio Hitler demostraba por este tema. Por esta razón, el Servicio Secreto consideró seriamente la posible utilización de la astrología en la guerra psicológica y el contraespionaje. Una de las mentes más brillantes dedicadas a este tipo de tareas fue un amigo de Fleming, Sefton Delmer, antiguo corresponsal del *Daily Express* en Berlín.

Delmer trabajaba para el Political Warfare Executive, dedicándose a la propaganda tanto «blanca» como «negra». En la jerga del Servicio, se denomina «blanca» a la propaganda directa, difundida

por los ingleses a través de la radio o de panfletos y medios similares. La propaganda «negra» abarcaba el material distribuido en forma que disimulaba su origen inglés. Uno de los agentes especializados en este último campo era un astrólogo de origen húngaro, Louis De Wohl, quien antes de la guerra había huido de los nazis, refugiándose en Inglaterra. De Wohl, gracias a sus afirmaciones de que poseía un conocimiento íntimo de los trabajos de uno de los astrólogos del propio Hitler, fue nombrado capitán del Ejército británico y destinado al departamento de guerra psicológica. Su batalla fue una de las más extrañas de la guerra, pues consistía en anticipar las inclinaciones de Hitler y prever sus próximos pasos. Para esto, debía estudiar detalladamente el horóscopo de Hitler y enviar informes sobre el mismo al Ministerio de Guerra. «Había aprendido la técnica de Karl Klafft, el astrólogo favorito de Hitler, y sabía en qué consistirían sus consejos antes de que el propio Führer lo citara».[1] De esta forma, logró predecir en muchos casos las decisiones del dictador alemán.

Puede parecer extraño que el Ministerio de Guerra contratara a un astrólogo, y que las diversas ramas del Servicio Secreto utilizaran sus servicios, pero es necesario tener presente que, en años recientes, los alemanes venían demostrando grandes inclinaciones astrológicas. En 1932, un tal Martin Pfefferkoen fundó un grupo de estudio de astrólogos nazis. Al llegar al poder, muchos militantes hitleristas habían comenzado a prestar atención a las cuestiones astrológicas. Goebbels valoraba enormemente el papel de la astrología en materia de propaganda, y durante su ministerio constituyó un departamento especializado en ocultismo, a través del cual los astrólogos nazis debían enviar informes a los periódicos de todo el mundo, para allanar el camino a los inminentes acontecimientos sobre los que Hitler deseaba polarizar la atención de todo el mundo. Este departamento recibía el nombre de A.M.O. (Astrología, Metapsicología y Ocultismo).

Para contrarrestar esta propaganda astrológica, los servicios secretos subsidiaban a una cantidad de astrólogos de países extranjeros, extrayéndoles horóscopos y previsiones favorables a los planes británicos y contrarios a los de Hitler. Muchas revistas americanas se habían habituado, con escasa inteligencia, a dar por ciertas las previsiones astrales de Goebbels, en el sentido de que la paz reinaría el 15 de febrero de 1941. Es interesante notar que tanto los agentes-astrólogos ingleses como los alemanes utilizaban las profecías de Nostradamos, con propósitos propagandísticos. Louis De Wohl llegó al extremo de componer una carta con la firma falsificada de Ernst Krafft, el astrólogo de Hitler, en la cual se pronosticaba una derrota alemana en la guerra, y una muerte violenta

para el Führer. El agente húngaro falsificó, también, ediciones de revistas astrológicas alemanas como *Der Zenit*, introduciéndolas en territorio alemán para difundir ciertas predicciones desfavorables a la causa nazi.

No fue fácil, para De Wohl, vender sus servicios a las autoridades británicas, a cuyas órdenes empezó a trabajar pocos años antes de la guerra. «No fue fácil encontrarme ubicación —escribe en su libro *The stars of war and peace*—. Ni el Ministerio de Guerra ni el Almirantazgo podían contratar a un astrólogo.» Pero, finalmente, el S.O.E. le dio empleo, a pesar de la reticencia del Ministerio de Guerra y el Almirantazgo; por lo demás, uno y otro organismo recibían de buena gana sus informes, que el S.O.E. transmitía a los departamentos de Inteligencia Naval y Militar. Sir Charles Hambro, segundo comandante del S.O.E., comisionó al húngaro para estas tareas de propaganda astrológica, y le envió a los Estados Unidos con este fin. El astuto De Wohl creía que sus talentos podían brindar servicios más útiles y efectivos en el contraespionaje directo: por ejemplo, utilizando la astrología para engañar a los nazis, introduciendo el confusionismo en las filas alemanas.

Todas las predicciones astrológicas destinadas a desconcertar al enemigo debían cumplimentar un requisito esencial: conformarse a los principios astrológicos ortodoxos. La Inteligencia alemana no sólo prestaba gran atención a todas las predicciones astrales, sino que además las hacía examinar por expertos, para certificar si su confección había respondido a todas las normas y datos necesarios. De tal modo, quien deseara introducir informaciones desconcertantes en un horóscopo debía disponer de grandes conocimientos en la materia, y sobre todo un dominio acabado de los preceptos de la astrología alemana.

Aunque la mayor parte de los hombres de Inteligencia Naval y Militar prestaban escasa atención a las evidencias del tremendo interés de los líderes nazis por la astrología, el amigo de Fleming en Suiza investigaba cuidadosamente cada retazo de información que podía recoger sobre la materia. Así fue como preparó un expediente detallado sobre cada astrólogo que Hess consultaba; además, por medio de un contacto suizo (compatriota de Krafft, astrólogo de Hitler) se informó sobre el tipo de material que recibía Hess. Hacia fines de 1940, resultó claro que Hess estaba incrementando su interés astrológico, y que esto se relacionaba de algún modo con sus investigaciones geo-políticas.

Naturalmente, era esencial que el plan secreto concebido por Fleming no llegara a oídos de nadie, fuera del experto astrólogo de Suiza. El plan no se limitaba a difundir vagos informes generales sobre la posibilidad de movimientos pacifistas en Inglaterra, sino

que además pretendía atraer la atención de Hess sobre ciertas personas, sobre un Link resucitado y sobre ciertas fechas propicias para los alemanes. Una vez que la información era transmitida, no había forma de saber cuáles eran las reacciones inmediatas de Hess. Era necesario hacerle llegar alguna evidencia independiente (falsificada, como es natural) para apoyar las previsiones astrológicas, aumentando así las posibilidades de que Hess mordiera el cebo.

En consecuencia, los agentes británicos distribuyeron todo tipo de información falsa, en gran parte apoyada en evidencias mañosamente preparadas. En los *Documents on German Foreign Policy 1918-45*, se afirma que llegó a Alemania un mensaje enviado por «un agente secreto de la Inteligencia Militar londinense, que remitía desde Madrid la siguiente noticia: El subsecretario británico Butler es un ferviente admirador del Führer; en círculos de amigos se refiere a la situación inglesa calificándola de desesperada».

Era peligroso recomendar a Hess la toma de contacto con un personaje tan importante. En efecto, los nazis podían investigar fácilmente la veracidad de esta información. Todavía podían confiar en los embajadores de países neutrales en Inglaterra, para que confirmaran esta clase de rumores. Fue entonces cuando los conjurados decidieron adoptar la jugada arriesgada, pero infinitamente sutil, de utilizar el nombre del duque de Hamilton para desconcertar a Hess. Buenas razones avalaban esta elección: en primer término, tanto Hess como su asesor, el profesor Karl Haushofer, eran sempiternos románticos, con cierta admiración *snob* por los títulos de nobleza y la realeza. El duque de Hamilton, además de provenir de una de las más antiguas y nobles familias de Inglaterra, estaba íntimamente relacionado con la familia real, lo que sin duda impresionaría sobremanera a Hess y Haushofer. De este modo, se mencionaba el nombre del duque como posible negociador pacifista, creando la sensación de que Hamilton disponía del apoyo del propio Rey: a los ojos de cierto tipo de mentalidad alemana, el Rey tenía todavía más importancia que los políticos, noción naturalmente errónea. Sólo se necesitaba crear una imagen del antiguo jefe de pilotos de la expedición al Everest, y excampeón de boxeo amateur, como una figura heroica, en torno a la cual se estaría reuniendo un grupo reducido, pero influyente, de personalidades inglesas pro alemanas.

Había otra buena razón para utilizar el nombre del duque. Este último estaba sirviendo, por aquel entonces, en la R.A.F., y comandaba un escuadrón de combate, estacionado en una parte relativamente lejana de Escocia. Esto permitía sugerir un sitio de aterrizaje para Hess en Escocia, con la promesa de que se darían instruccio-

nes para que no se interceptara su aeroplano. Por una afortunada coincidencia, la casa escocesa del duque, «Dungavel House» se hallaba en el área donde residía su escuadrón.

Cuando investigamos las circunstancias de esta conjura, tanto desde el punto de vista del contraespionaje como en su aspecto de patraña astrológica, surgen pruebas concluyentes de su eficacia. Los informes alemanes demuestran ahora, indiscutiblemente, que Hess «concibió la idea demencial de trabajar con los círculos fascistas ingleses para influir en la política británica», y que pensó en el duque de Hamilton porque «le consideraba, erróneamente, amigo de Alemania». Esto declaró Ribbentrop después del vuelo de Hess.

Un amigo íntimo del profesor Hausshofer, Ernst Schulte-Strathaus, integró el equipo de Hess desde 1935. Según el testimonio del doctor Gerda Walther, asesoraba a Hess en asuntos ocultos y astrológicos. En enero de 1941, Schulte-Strathaus dijo a Hess que una curiosa conjunción planetaria tendría lugar el 10 de mayo de 1941, fecha prevista para el viaje de Hess a Inglaterra. En dicha oportunidad, seis planetas coincidirían en el signo de Tauro con la luna llena. Aunque Schulte-Strathaus negó enfáticamente, luego, que Hess escogiera aquella fecha por su consejo, fue encarcelado por los nazis por considerársele «asesor astrológico de cabecera» de Hess.

En su biografía de Hausshofer, el doctor Ranier Hilerbrant aclara algunos aspectos de este episodio. Dice, por ejemplo: «La manía astrológica de Hess robusteció su propia convicción de que era necesario hacer todo lo posible para poner fin a las hostilidades cuanto antes, ya que, a fines de abril y principios de mayo de 1941, las aspectaciones astrológicas de Hitler eran llamativamente maléficas Hess interpretó esta situación en el sentido de que él debía tomar sobre sus hombros, personalmente, los peligros que amenazaban al Führer, salvando la vida de Hitler y devolviendo la paz a Alemania. Una y otra vez, su asesor astrológico le había dicho que las relaciones anglo-germanas estaban amenazadas por una profunda crisis de confianza. Por cierto, en esta época había peligrosas oposiciones planetarias en el horóscopo de Hitler. Hausshofer, que decía saberlo todo en materia de astrología insinuaba a su amigo Hess que *cosas inesperadas* podían suceder en el futuro inmediato».[2]

Parecía, pues, que Hess recibía asesoramiento astrológico de más de una persona, probablemente de varios astrólogos al mismo tiempo; empero, Haushofer tenía más influencia sobre su pensamiento, y estaba más interiorizado de sus planes. La organización de la conjura por parte británica fue extremadamente cuidadosa en materia de detalles astrológicos. El agente-astrólogo suizo estaba perfectamente compenetrado de lo que podían ser los informes astrológicos que recibía Hess: las conjunciones de los planetas y las deducciones que de éstos podían extraerse eran fácilmente previsibles. Sólo se necesitaba incluir en el horóscopo que debía «acercarse» a Hess el dato de que la fecha del 10 de mayo resultaba particularmente promisoria para «un viaje en busca de la paz» y que todas las indicaciones apuntaban hacia Escocia como el lugar más propicio para esto. A la vez, era necesario sugerir vagamente la presencia de una personalidad favorable a las tratativas; estas neblinosas indicaciones permitirían a un hombre como Haushofer identificar a la persona del duque de Hamilton. En efecto, era evidente que Hess consultaría a otros astrólogos, quienes sin duda confirmarían la conjunción planetaria, y ratificarían la interpretación de este fenómeno y el significado de la fecha en cuestión, y Haushofer, que indudablemente tomaría parte en la discusión, insistiría en declarar que el intermediario tan vagamente aludido no era otro que el duque de Hamilton.

Albrecht Haushofer era hijo de Karl Haushofer, responsable de las teorías del *lebermsraum*. El más joven de los Haushofer no sólo se distinguía como calificado estudiante de asuntos políticos, sino que además había demostrado cierto interés científico por la astrología; no era exactamente un astrólogo, sino más bien un estudioso objetivo que valoraba el trabajo de los astrólogos. Hess prestaba mucha atención a los consejos de este joven experto. Ambos Haushofer, padre e hijo, habían comenzado a dudar seriamente de la salud mental de Hitler; por otra parte, Albrecht Haushofer era ya blanco de muchas sospechas, pues se rumoreaba que criticaba duramente al Führer. Puesto que el joven Haushofer fue asesinado por los nazis en 1945, es probable que ya en 1941 estuviera complicado en la conspiración subterránea contra Hitler. Si el Servicio Secreto británico, o Fleming en particular, tenían conocimiento de esto, había razones más que sensatas para incluir a Haushofer en la conjura.

Al parecer, el complot funcionó admirablemente. Un informe de Haushofer suministró las bases para el proyecto de Hess. Este informe fue descubierto inmediatamente después del vuelo de Hess y enviado a Hitler. Se titulaba «Conexiones inglesas, y las posibilidades de utilizarlas». Las mencionadas «conexiones» eran tenues, y los medios para utilizarlas, vagos. Pero el duque de Hamilton era mencionado en este informe, como «un joven conservador, estrechamente ligado a la Corte», que cenaba constantemente con el Rey y con «Sir Samuel Hoare». Haushofer creía en la existencia de una especie de «tabla redonda» de jóvenes imperialistas, ansiosos por lograr la paz con Alemania, y un pequeño número de ejecu-

tivos del Foreign Office, incluyendo a «Strang» y «O'Malley», que podían ser contactados.

En esto se basaba, pues, el vuelo de Hess hacia Inglaterra. Pero el plan estuvo a punto de fracasar. Los Haushofer estaban tan entusiasmados con la idea que intentaron, por su propia cuenta, tomar contacto, cautelosamente, con el duque de Hamilton. Afortunadamente, el Servicio Secreto recibió noticias sobre estas aproximaciones, y logró tomar medidas precautorias contra un prematuro aborto de la conjura.

Cierta convención desarrollada en Harrogate, durante el mes anterior al vuelo de Hess hacia Inglaterra, arroja una curiosa luz sobre todo este episodio. Un astrólogo inglés, T. Mayby Colt, dijo que un acontecimiento histórico ocurriría el 10 de mayo de 1941, indicando que «cierta poderosa fuerza espiritual se liberará sobre el planeta». Esto pudo ser una mera coincidencia, o un aspecto más de la conjura, pero lo cierto es que Mayby Colt fue muerto en un ataque aéreo sobre Londres el *10 de mayo de 1941*.

La noche del sábado 10 de mayo tuvo lugar el último ataque aéreo alemán sobre Inglaterra. Esa noche, Rudolf Hess, asistente del Führer y Reichminuister sin cartera, pilotó su propio avión sobre suelo inglés, arrojándose en paracaídas sobre Escocia. Cuando los policías escoceses le detuvieron, solicitó que le llevaran «ante la presencia del duque de Hamilton».

Es probable que pasen muchos años antes de que se revele la historia completa del episodio Hess. Hay que reconocer que, aunque la leyenda de que cierto grupo de británicos estaba dispuesto a negociar la paz con Alemania era un producto prefabricado por el Servicio Secreto, existían en realidad numerosos pro-alemanes entre los altos funcionarios ingleses, dispuestos a considerar realmente dicha posibilidad. Algunos de ellos formaban parte del Gobierno, y unos pocos viven todavía. Era necesario movilizar a estos futuros traidores para destruirlos. Pero, como ocurre con tanta frecuencia, las autoridades ocultaron a los presuntos traidores, publicitando sólo a los imaginarios. Por cierto, el nombre del duque de Hamilton fue mencionado a la Prensa porque un exceso de silencio con relación a este asunto hubiera despertado sospechas y conjeturas sobre personalidades aún más importantes desde el punto de vista del Gobierno inglés.

El propio Hess ha publicado su versión sobre el episodio al terminar la guerra. «Declaro solemnemente que ni Hitler ni ninguna otra persona sabía de mi intención de volar a Inglaterra, exceptuando a mi asistente, que gozaba de mi más íntima confianza. Herr Messerschmitd no fue informado de mi intención».[3] (Se ha dicho que Messerschmitd puso un avión a disposición de Hess).

Prosigue Hess: «En cuanto al profesor Haushofer, me limité a pedirle unas pocas líneas de recomendación para el duque de Hamilton, con el pretexto de que deseaba entrevistarme con el duque sobre suelo neutral, y con el conocimiento de Hitler».[4]

Parece indudable que los planes para atraer a Hess a Inglaterra comenzaron a tramarse mucho antes de mayo de 1941. El propio Hess declaró que había decidido volar «poco después de una conversación con el Führer, en junio de 1940. La demora de aproximadamente un año se debió a las dificultades que planteaba la obtención de la máquina y el equipo de largo alcance, sumadas a ciertas condiciones climatológicas desfavorables... además, pospuse mi vuelo durante cierto tiempo a causa de nuestros inconvenientes militares en el norte de Africa, que suponía el peligro de que mi repentino arribo a Inglaterra sugiriera falsas interpretaciones sobre mis motivos».

Todavía existe un misterio con respecto a la forma en que Hess organizó su viaje a Inglaterra. El propio Reichminister admite haber tenido dificultades para obtener un avión. ¿Los americanos ayudaron extraoficialmente? Cierto ciudadano americano, íntimo amigo de Fleming, que trabajaba por aquel entonces para el Servicio Secreto de los Estados Unidos, dijo a este autor: «Puede usted estar seguro de que hubo cierta cooperación americana, a nivel extraoficial, en este plan de desmesurado optimismo. Podríamos decir, incluso, que sin la ayuda americana no hubiera sido posible.»

Una ojeada a los periódicos de la época puede brindarnos ciertas claves. Cuando Hess vino a Inglaterra, el National Savings Committee anunció que el aeroplano sería exhibido en Londres, para colaborar en la recolección de fondos que se efectuaría durante la Semana de Armamentos de Guerra. Dicho plan fue inmediatamente revocado por los círculos oficiales, quienes adujeron que «las circunstancias lo habían hecho impracticable». La razón de esta timidez oficial puede radicar, tal vez, en lo que afirmó pocos meses después un ingeniero aeronáutico de nacionalidad estadounidense, Donald Dunning: este experto había examinado el avión de Hess, encontrando en su interior ciertos productos norteamericanos. Los neumáticos, por ejemplo, llevaban la marca de una firma americana, en tanto que, sobre la válvula de entrada del combustible, podía leerse claramente una nota que recomendaba cierta variedad de gasolina estadounidense; el propio tanque de combustible llevaba una graduación en octanos, unidad de medida típicamente yanqui.

El Servicio Secreto realizó un golpe brillante al atraer a Hess a territorio británico, pero en el terreno propagandístico no se hicieron valer estos méritos. Para los americanos, éste constituyó uno

de los momentos claves de la guerra: una tremenda victoria potencial de Inglaterra en su hora más oscura, siempre que el Gobierno británico supiera explotarla con habilidad. En realidad, el Gobierno manejó el caso Hess con singular ineptitud, dejando que muchas naciones neutrales se preguntaran si aquello que parecía una fractura del régimen nazi no indicaría, en el fondo, cierta anarquía en las jerarquías británicas.

Ciertamente, el Gabinete no sabía a ciencia cierta cómo tratar el asunto en un sentido propagandístico, y la mayoría de los altos funcionarios temían zarandear el tema con excesivo vigor. El mismo Churchill desconocía ciertos aspectos de las maniobras del Servicio Secreto en relación con el caso Hess. Naturalmente, ignoraba por completo el complot extraoficial que había dirigido Fleming; contrariamente a lo que suele suponerse, los Servicios Secretos no siempre dicen a sus Gobiernos lo que hacen. De todas maneras, las inhibiciones que impidieron al Gobierno explotar plenamente la llegada de Hess estaban arraigadas en el temor de que la influencia pro-germánica en los altos cargos británicos todavía tuviera cierta fuerza, y de que el enemigo pudiera contratacar, difundiendo la existencia de un movimiento pro-alemán en Inglaterra si los británicos publicitaban excesivamente el caso Hess.

Churchill debe haber sospechado que todavía había personas prominentes en Inglaterra, incluso entre sus partidarios, que creían que el armisticio con Alemania se lograría fácilmente, con sólo dejar las manos libres a los teutones de cara a Rusia. Por esta razón, Churchill se abstuvo de hacerse responsable del operativo en forma inmediata, ya que necesitaba desesperadamente conocer con exactitud lo que había estado ocurriendo entre bambalinas. Como resultado de todo esto, la postura oficial británica con respecto a Hess coincidió exactamente con la posición alemana: Hess estaba loco. Sin duda, los alemanes sintieron un gran alivio ante estas declaraciones. Un éxito resonante del Gobierno británico era entregado, a ciegas, en manos alemanas.

Es innecesario señalar que la conducta oficial del Gobierno inglés echó a perder los efectos de un brillante operativo de Inteligencia. Más grave aún fue la impresión creada por ciertas declaraciones de personalidades prominentes. Sir Nevile Henderson, antiguo embajador inglés en Berlín, se refirió públicamente a Hess como un «hombre honesto y sincero», mientras Mr. Harold Nicolson, del Ministerio de Informaciones, se negó a fotografiarlo, dedeclarando que «no debía castigarse con la ignominia a este hombre fundamentalmente decente». Lo único que se consiguió con todo esto fue obligar a los neutrales a preguntarse qué se propo-

nían realmente los británicos, y a sospechar que Inglaterra estaba a punto de ceder a la voluntad de los pacifistas.

Fleming consideraba que se había perdido una buena oportunidad propagandística. Una de sus ideas más memorables, como asistente del D.M.I., fue sugerir que Aleister Crowley entrevistara personalmente a Hess en su cautiverio. Sin duda, deseaba profundizar las investigaciones en el terreno astrológico, y, aunque su proyecto podría parecer descabellado, es posible que hubiera obtenido interesantes revelaciones sobre la influencia de los astrólogos en la jerarquía nazi. Pero esta entrevista, que bien pudiera haber supuesto un fascinante interludio en la historia de los Servicios de Inteligencia, jamás se realizó. La autoridad ya no quería volver a oír hablar de Hess. Sir Ivon Kirkpatrick estaba convencido de que Hess era un demente, aunque las últimas personas que le entrevistaron le han encontrado perfectamente lúcido.

La historia de esta conjura magistral, realizada por unos pocos individualistas que trabajaban por su propia cuenta y riesgo, ha sido cuidadosamente ocultada durante muchos años, probablemente por su carácter eminentemente extraoficial. Es probable que muchos la sigan desmintiendo durante algún tiempo, pero los astrólogos alemanes estaban convencidos de su autenticidad. Cabe señalar que el capitán Alfred Wolff, oficial del almirante Doenitz, declaró repetidas veces que la extraña defección de Hess había sido planeada y urdida por los ingleses.

25

La imaginación en acción

El caso Hess fue uno de los grandes golpes asestados a las organizaciones alemanas de espionaje durante la guerra: nunca se recuperaron totalmente de su impacto. Por otra parte, marcó el comienzo del fin para el almirante Canaris; la nueva organización de Inteligencia que Hess dejó tras de sí se desintegró; todas las esperanzas del Servicio Secreto alemán, en el sentido de obtener los favores del duque de Windsor y otros ilustres ingleses, entraron en un largo colapso durante el año de 1941.

Pronto resultó evidente el pánico creado en Berlín por el vuelo de Hess, aunque las noticias tardaron en llegar a Occidente. Heinrich Muller, jefe de la sección IV (Gestapo) de la R.S.H.A., colaboró en la organización de la *Aktion Hess*, operación a gran escala que incluyó el arresto de cientos de personas, incluyendo a muchos astrólogos que fueron duramente interrogados por la Gestapo. En junio de 1941, Martin Bormann firmó un decreto que establecía la prohibición de las «exhibiciones públicas» de astrología, adivinación y telepatía. El 9 de junio de 1941, se detuvo e interrogó a numerosos astrológos a los que se adjudicaban ciertas relaciones con Hess. Uno de los principales detenidos era Ernst Schulte-Strathaus, y en los archivos alemanes se afirma claramente que la Gestapo sospecha que este ocultista había aconsejado a Hess que realizara su vuelo a Escocia el 10 de mayo; en realidad, sólo había respaldado —hasta cierto punto— al estrólogo suizo que asesoraba a Hess. Luego se descubrió que, en marzo de 1941, Hess había solicitado a Frau María Nagengast, astróloga de Munich, que fijara un día propicio para un viaje oceánico en un futuro próximo. Ella le recomendó el 10 de mayo, y recibió una fuerte suma en pago de sus trabajos.

Louis de Wohl, el astrólogo húngaro que tanto había hecho para que el Servicio Secreto Británico tomara en serio las cuestiones ocultas, obtuvo un gran éxito en el verano de 1941, cuando se presentó en los Estados Unidos. Su misión era bastante abierta: sin demostrar ningún interés especial en el futuro de Inglaterra, debía convencer con términos astrológicos a los americanos de que Hitler no era ningún genio infalible de la guerra. Al mismo tiempo, el fin de esta misión consistía en crear para De Wohl el prestigio de un profeta eminente. De modo que se organizó una conferencia de Prensa en Nueva York, durante la cual De Wohl efectuaría varias predicciones sobre el destino de Hitler; poco después, en otras partes del mundo, se publicarían diversas profecías astrológicas que, por vía de diarios y revistas, confirmarían lo dicho por De Wohl.

El astrólogo del S.I.S. declaró en Nueva York que el horóscopo de Hitler registraba la presencia del planeta Neptuno en la casa de la muerte, lo que indicaba claramente un inminente deceso. Poco después, un periódico de El Cairo, editado en lengua árabe, dio a conocer las predicciones de un astrólogo egipcio. Según este último, «un planeta rojo aparecerá sobre el horizonte oriental de aquí a cuatro meses... eso significa que un emperador sin corona morirá, y ese hombre es Hitler». Las actividades de De Wohl fueron notablemente exitosas, ya que persuadieron a un público singularmente ingenuo de que Hitler estaba en vísperas de muerte, echando a perder todos los esfuerzos propagandísticos de los nazis.

Fue a esta altura de la guerra cuando el Servicio Secreto británico se puso a la altura de su similar alemán, y comenzó a aventajar sólidamente al enemigo. Como ya hemos visto, buena parte del mérito se debía a los anónimos planificadores de la Inteligencia británica, quienes decidieron que, hasta que lograran reconstruir su organización europea, la única posibilidad de éxito radicaba en el contraespionaje casero, y hasta cierto punto, en cierto espionaje clandestino en los Estados Unidos, donde el enemigo todavía era poderoso. Desde mediados de 1941 en adelante, el Servicio Secreto británico tomó la iniciativa, ganándose velozmente una reputación que le consagró como el más inteligente de todos los Servicios Secretos de las grandes potencias, por amplio margen, durante los siguientes tres o cuatro años.

Muchos de estos hechos son bien conocidos ahora, y se los ha relatado con todo detalle durante los últimos años. Es probable que, en la próxima década, puedan revelarse nuevos aspectos de las actividades secretas. Mientras tanto, carece de sentido repetir lo que ya todos conocen. Quisiera, solamente, enumerar algunas de estas realizaciones, para corregir ciertos malentendidos, interpre-

tándolas a la luz de los distintos Servicios británicos de Inteligencia. Al mismo tiempo, en honor a la verdad, será necesario rectificar ciertas leyendas sobre las misiones de espionaje durante la Segunda Guerra Mundial, que hasta este momento han sido aceptadas como versiones correctas y veraces.

Uno de estos casos es el del teniente coronel Alexander Paterson Scotland, quien obtuvo repentina celebridad a causa de una observación fortuita que deslizó en su testimonio durante el juicio del mariscal Kesselring, después de la guerra. Cuando el defensor del alemán objetó una pregunta formulada por la acusación, aquél afirmó: «Sólo alguien que ha servido en el Ejército alemán puede responder a ese interrogante», por lo cual preguntó al teniente coronel Scotland: «¿Ha servido usted alguna vez en el Ejército alemán?»

La respuesta del teniente coronel Scotland fue inesperada: «Sí.»

Esto echó a volar, inmediatamente, la leyenda de que el teniente coronel Scotland había servido en el Estado Mayor alemán durante las dos guerras mundiales, como agente secreto británico. Sin disminuir en modo alguno la valía de sus patrióticos servicios —que fueron considerables desde todo punto de vista— esta leyenda es por completo inexacta. Nacido en Perth, Alexander Scotland pasó la primera parte de su carrera como ganadero, en Sudáfrica. A comienzos del siglo hubo un alzamiento nativo en el área sudoccidental africana, que estaba bajo control alemán. En dicho territorio se encontraba la finca de Scotland. Junto con otros no-alemanes, incluyendo ingleses y escoceses, se incorporó a las fuerzas teutonas para ayudarles a mantener el orden. Este período en el servicio le brindó un valioso conocimiento de la mentalidad alemana, además de cierta familiaridad con su organización militar y tácticas de guerra, que posteriormente le resultarían de gran utilidad durante su gestión en la Inteligencia británica. En Africa sirvió sin disimular su condición de inglés, y en ningún momento se le consideró agente británico. En 1914 fue detenido por los alemanes, pero al cabo de tres meses logró obtener la rendición de un fuerte al general Botha; luego regresó a Inglaterra.

En la Primera Guerra Mundial, actuó como oficial de Inteligencia, afectado a los interrogatorios en los cuarteles generales Durante la Segunda Guerra, asumió tareas aproximadamente similares. Sólo el silencio del teniente coronel Scotland justificó la leyenda que se desarrollaba en torno suyo. La explicación de su afirmación durante el juicio de Kesselring radicaba en su remoto período de servicio durante 1903-1907, en África sudoccidental. Después de la Segunda Guerra Mundial, volvió a integrar un equipo de interrogación, aplicado a los prisioneros de guerra alemanes en

la «jaula de Londres», unidad de Inteligencia especialmente concebida para este propósito.

La leyenda de las actividades de Scotland —llegó a decirse que había obtenido el rango de general alemán en las dos guerras— fue reforzada por cierta película basada en su historia. En ella, Jack Hawkins representaba el papel de un inglés infiltrado como oficial del Estado Mayor alemán. De forma similar, la historia «The man who never was» se hizo pública como resultado de una novela escrita por Sir Alfred Duff Cooper, antiguo secretario de Estado inglés, publicada en 1950 con el título de *Operation heartbreak*. La publicación de este libro desencadenó ciertas duras críticas, en el sentido de que el Acta de Secretos Oficiales había sido violada, así como ciertas tímidas objeciones por parte del Servicio Secreto, que el Gobierno ignoró olímpicamente. Sin embargo, aunque el infortunado teniente coronel Scotland vio su apartamento allanado por la Policía Secreta y fue amenazado con un proceso judicial cuando anunció su propósito de publicar un libro sobre la «jaula de Londres», Duff Cooper parece haber violado el Acta de Secretos Oficiales con clara impunidad, ya que sólo su posición oficial pudo haberle permitido conocer la historia de «The man who never was».

Aparentemente, el Acta de Secretos Oficiales no se aplica con uniformidad; el hecho de que no se castigue, o al menos restrinjan, las actividades violatorias de este reglamento, sugiere que existe una interpretación de la ley para el funcionario menor, y otra por completo diferente, y que supone un tratamiento preferencial, para los funcionarios más importantes, particularmente cuando se trata de políticos. La novela de Duff Cooper hizo que Ian Colvin iniciara una investigación personal. Cuando descubrió que Rommel había admitido que el descubrimiento del cadáver de un mensajero británico en las costas españolas, y la noticia de que existía en la propia España la tumba de un misterioso «Mayor Martin», le habían «enviado en la dirección errónea», Colvin escribió una serie de artículos que preparó el camino para la siguiente revelación, contenida en el libro de Ewen Montagu: *The man who never was*.

Los lineamientos generales de esta historia son, ahora, bien conocidos, y se los ha desarrollado con una riqueza de detalles que otorga una fascinante calidad narrativa al libro mencionado, debido a la pluma de quien, como comandante R.N.V.R., estaba a cargo del planeamiento de las operaciones del departamento de Inteligencia Naval. Al concebir la «operación Antorcha» —nombre que recibía la invasión del norte de África, bajo dominio francés— los Servicios de Inteligencia no sólo estaban ansiosos por disimular sus

intenciones, sino que, además, deseaban engañar deliberadamente al enemigo con respecto al objetivo de la maniobra. Se comprendió que la gradual acumulación de naves aliadas en Gibraltar, en vísperas de la invasión, no podía dejar de alertar a los agentes enemigos en España sobre el hecho de que se estaba planeando una operación de grandes dimensiones. Por lo tanto, lo ideal era persuadir a los alemanes de que estos convoyes estaban destinados a otra función. Así fue como se decidió desconcertar al alto comando alemán, abandonando sobre la costa española un cadáver, perteneciente a un presunto mayor de los Royal Marines, con documentos falsos sobre una invasión aliada de Grecia en sus bolsillos. El objetivo de esta operación era, obviamente, disimular la invasión del Norte de África por los aliados, induciendo a los alemanes a prepararse contra desembarcos en Creta, Rodas, Grecia y Salónica.

Lo que Ewen Montagu, que por su parte servía como oficial a las órdenes del N.I.D., no reveló en su libro —por lo demás, notablemente preciso y detallado— fue el sorprendente problema que planteaba la obtención de un cadáver en tiempos de guerra, manteniendo un secreto total. Ewen Montagu se presentó a su amigo, Sir William Bentley Purchase, manifestándole que necesitaba un cuerpo para çierto proyecto plenamente respaldado por el Primer Ministro.

«No es tan fácil conseguir cadáveres —le dijo Sir William—. Aunque yo tengo cuerpos en gran cantidad, cada uno debe quedarse donde está.» Sir William Bentley Purchase dirigía el cementerio de Saint Pancras.

Finalmente, Sir William le dio el cadáver que necesitaba. Había pertenecido a un hombre de mediana edad, con la altura y el peso adecuados, que había sufrido una prolongada enfermedad antes de su muerte. Cuando llegó el momento de vestir al mítico «mayor Martin» surgieron dificultades para colocarle las botas. «Tengo la solución —dijo Sir William, reunido con los oficiales en torno al cuerpo congelado—, le descongelaremos los pies con calor eléctrico. Tan pronto como le calcemos las botas, volveremos a ponerlo en el congelador.»

En su biografía de Bentley Purchase, titulada *Coroner*, Robert Jackson declara: «Purchase obtuvo, para suministrar el cuerpo al Servicio Secreto británico, no sólo la aprobación del Gobierno, sino también la de los parientes del muerto; pero le preocupaba el efecto que podía causar en la opinión pública esta utilización poco ortodoxa de un cadáver que le había sido confiado.»

El aspecto más sorprendente de «The man who never was» reside en que, aunque se habían tomado las precauciones más delicadas para asegurar el éxito de la operación, parece haber existido

un extraordinario descuido en la búsqueda del cadáver. No sólo se había elaborado una detallada descripción del imaginario «mayor Martin», sino que incluso se le había adjudicado una novia, cuya fotografía y cartas autografiadas fueron halladas en su poder, junto a un talonario de Banco que exhibía un superávit de 79 libras, nueve chelines y dos peniques. Pero la parte más vital de la operación —le selección del cadáver— parece haber perturbado a los hombres del Servicio Secreto. Admite Ewen Montagu: «En un momento dado, llegamos a pensar que nos veríamos obligados a robar un cadáver..., pero la idea nos disgustaba y decidimos evitarla si era posible. Consultamos confidencialmente a un puñado de oficiales del Servicio Médico, en quienes podíamos confiar; pero cuando surgía una posibilidad, los parientes se negaban a prestarnos su autorización, o bien no nos inspiraban confianza, pues temíamos que divulgaran lo sucedido a otros amigos y parientes.»

Por lo tanto, muchas personas deben haber tenido noticias de que se estaba buscando un cuerpo, aunque desconociendo el propósito de la operación. Inevitablemente, uno termina por sospechar que hubiera sido más seguro «adquirir» un cuerpo por medios irregulares, sin formular preguntas ni solicitar permisos.

Lo más notable, en la operación de «The man who never was», fue el alarde de imaginación que puso en juego, y el hecho de que no hubiera infidencias, a pesar de la cantidad de personas que compartían el secreto. En los niveles inferiores de la operación, por ejemplo en la obtención del cuerpo, parece haber existido una debilidad en este sentido, pero a nivel superior era imprescindible dar a conocer el plan, dados los riesgos de un contragolpe enemigo. Lo que el teniente comandante Montagu no reveló fue el hecho de que esta operación debió ser consultada personalmente al presidente Roosevelt. La tarea recayó sobre William Stephenson, quien se desempeñaba como contacto principal entre los ingleses y los americanos durante la Segunda Guerra Mundial.

En muchos sentidos, Stephenson fue el principal funcionario del Servicio Secreto británico durante la Segunda Guerra Mundial, y en materia de relaciones con los americanos demostró una eficacia semejante a la del almirante Hall en la Primera Guerra Mundial. Ciertamente, merece ocupar un puesto prominente en la historia del Servicio Secreto, pues sus servicios fueron excepcionales, combinando proporciones ideales de talento diplomático y habilidad de espía.

William Stephenson era singularmente apacible, para ser canadiense; hubiera llevado la existencia propia de un tranquilo hombre de negocios en su Winnipeg nativa, de no interponerse la Primera Guerra Mundial. Al estallar esta última, se incorporó al R.F.C.,

al que sirvió distinguidamente; de aquí en adelante, comenzó a interesarse por Inglaterra y los problemas mundiales, interés que resultó estimulado por su ingreso al campo, por aquel entonces adolescente, de las emisiones radiales. Fue un pionero de la especialidad, tanto en el aspecto técnico y en los experimentos radiales como en la transmisión de fotografías mediante la comunicación sin hilos. Una actividad condujo a otra y, hacia la década de los treinta, Stephenson se había convertido en una figura importante en varias esferas —a pesar de su natural modesto— participando en el desarrollo de la radiotelefonía canadiense, en una compañía cinematográfica de Londres, en la manufactura del plástico y la industria del acero. Por cierto, también obtuvo la Copa del Rey, premio de una competición aérea, en 1934, pilotando una máquina construida en una de sus fábricas.

Como hombre de negocios con intereses en todo el mundo, Stephenson viajaba constantemente, y tomaba contacto con muchas figuras importantes de todos los países. Absorbía con velocidad e interpretaba con agudeza todo tipo de informaciones, que hubieran pasado desapercibidas para la mayoría de los hombres; como resultado de los viajes que hacía por encargo de la Pressed Steel Company, descubrió con alarma que prácticamente la totalidad de la producción alemana en acero, estaba siendo destinada a la fabricación de armas. Esto no sólo le hizo tomar conciencia de la amenaza alemana en un momento en que el Gobierno británico la ignoraba por completo, sino que además le llevó a desarrollar una solitaria campaña para informar a las personas responsables sobre la necesidad de combatir al peligro alemán. Sólo un hombre se mostró dispuesto a escuchar sus advertencias y le alentó a obtener nuevas informaciones: Winston Churchill. De aquí hasta el estallido de la guerra, William Stephenson se sumó a un pequeño y extraoficial equipo de hombres que suministraban Inteligencia sobre Alemania a Winston Churchill.[1]

Al declararse la guerra, Churchill le ofreció un cargo que suponía sólo un pequeño cambio con respecto a las funciones que Stephenson había venido desempeñando: coordinar una relación extraoficial entre los servicios de Inteligencia británico y americano. Tampoco había mucha diferencia entre las funciones que, temporalmente, desempeñó para su amigo Lord Beaverbrook, del Ministerio de Producción Aérea, y su designación en Nueva York, bajo la inevitable fachada de funcionario británico de control de pasaportes. Allí, acompañado por un oficial del Servicio Secreto londinense y otros elementos reclutados a su elección, Stephenson se abocó a la difícil tarea de combinar la propaganda favorable a la causa británica con las tareas de Inteligencia y contraespionaje, y,

misión ésta que por cierto era la más azarosa, establecer un acuerdo funcional con el sistema americano de Inteligencia.

Es necesario tener presente que, al iniciarse la guerra, América era todavía neutral: pero no sólo prevalecía la fuerte tendencia aislacionista, sino que además se desconfiaba del poder de Inglaterra para «salir sola del paso», lo que se sumaba a cierto ingenuo y anacrónico prejuicio americano contra Inglaterra como potencia colonial. Por lo tanto, cualquier cooperación con los servicios americanos de Inteligencia estaría orlada de peligros, y necesitaría desarrollarse en medio de un absoluto secreto, incluyendo al Departamento de Estado. En un momento determinado, la frialdad del Departamento de Estado hacia Inglaterra se hizo tan acentuada que algunos círculos británicos comenzaron a sospechar que dentro del Departamento de Estado norteamericano había conjurados dispuestos a apoyar la paz con Alemania, lo que hubiera colocado a Inglaterra en una posición extremadamente difícil. Se pensó que Roosevelt no estaba del todo informado sobre estas maniobras; por lo tanto, un ex oficial del Ejército bien intencionado pero ligeramente torpe, a las órdenes de los servicios británicos, le sugirió violar la caja de seguridad del subsecretario de Estado, Mr. Summer Welles. Fue un operativo exitoso, que reveló ciertas maniobras alemanas que el Departamento de Estado había silenciado hasta el momento, relacionadas con el sabotaje de naves inglesas. El agente se vio forzado a huir al Canadá, donde se ocultó durante algunos meses, y no regresó a los Estados Unidos hasta que éstos entraron en la guerra. Pero, aun entonces, fue estrechamente vigilado por los hombres de Edgar Hoover, que le perseguían de bar en bar.

Edgar Hoover y su F.B.I. eran, prácticamente, todo lo que América podía ofrecer en materia de servicios de Inteligencia por aquel entonces. Hoover, tradicionalmente un jefe de policía con la mano pesada, que había rescatado al Federal Bureau of Investigation de la corrupción que le azotara durante la presidencia de Harding, no era hombre fácil de tratar. Es improbable que cualquier otro inglés lo hubiera manejado con la eficacia que William Stephenson demostró en la emergencia. Desde entonces, muchos lo han intentado, fracasando lamentablemente, en especial desde que Hoover cayó en su conocida obsesión por el comunismo, y empezó a desarrollar sus severos métodos para combatir esta amenaza. Stephenson sabía que Hoover, hombre que no toleraba interferencias y de calibre superior a cualquier figura americana de Inteligencia durante la Primera Guerra Mundial, debía ser tratado con suma prudencia. Sin su tácita cooperación, el espionaje y contraespionaje británico en U.S.A. hubiera resultado inocuo.

Pero los dos hombres establecieron muy pronto un acuerdo,

aunque esto no siempre funcionó con la perfección que a veces se le adjudica. El propio Hoover ideó un típico título burocrático norteamericano para Stephenson, que éste adoptó de buen grado. Era Jefe de Coordinación de la Seguridad británica. Así fue cómo B.S.C. se convirtió en el enlace vital entre Londres, Nueva York y Washington. Cabe dudar de que esta alianza se hubiera podido lograr sin la diplomacia de Stephenson —sin duda, el hecho de su nacionalidad canadiense resultó favorable— o sin el fuerte respaldo brindado por Roosevelt.

Aquel típico lobo solitario de la Inteligencia británica ya no abundaba al estallar la Segunda Guerra Mundial. La figura del excéntrico brillante había desaparecido casi por completo después de la Primera Guerra Mundial. Los campeones de la Segunda Guerra Mundial fueron, más bien, hombres de negocios que utilizaban su trabajo como fachada y que, habituados a la vida cómoda y a las influencias de la burocracia, pocas veces emergían de sus cápsulas para lanzarse a empresas dignas de un Sidney Reilly o de un Baden-Powel. Sin embargo, esta historia fracasaría por completo si no valorara la figura arquetípica del lobo solitario a lo largo de los anales del Servicio Secreto, incluyendo su era moderna. El momento crucial en cualquier misión de Servicio Secreto se produce cuando un agente contempla con claridad el camino que tiene ante sí, valora los objetivos e, ignorando las normas, sigue su propia intuición a despecho de todas las oposiciones que se le presenten, si es necesario, y con la convicción más absoluta de que sus métodos son los adecuados. En espionaje existen normas de precaución, pero eso es todo: si el fin justifica los medios, todo se perdona. La moralidad no participa —y por cierto no *debe* hacerlo— en estos asuntos. La violación de la caja de seguridad de Summer-Welles fue un ejemplo del éxito que suele acompañar al agente solitario y no-ortodoxo, que va más allá de sus funciones específicas, aun cuando le dejen desprotejido.

Otro hombre que tenía ciertos atisbos de este espíritu, y que corporizaba la supervivencia del patriotismo y la excentricidad en esta faceta más bien prosaica del espionaje, fue el teniente coronel Alfred Daniel Wintle. Merece más espacio del que podemos dedicarle en nuestra historia, por haber ejemplificado el valor del supremo optimismo, en momentos en que el Gobierno británico, incluido Winston Churchill, estaba abrumado por las inhibiciones, dudas y conjeturas pesimistas que inspiraba la caída de Francia. Habiendo negado a Francia un apoyo combatiente en su hora de mayor necesidad, Inglaterra veía ante sí la tarea de convencer a su aliada de que se proponía continuar con la guerra. Alfred Wintle se creía capaz de lograrlo.

Nacido en el sur de Rusia, de una familia de diplomáticos ingleses, y habiendo sido educado en Francia, Alemania y Rumania, Wintel hablaba varios idiomas, y, aunque se declaraba inglés en forma casi desafiante, tenía un don inusual para un soldado de su tipo: comprendía a los extranjeros. Oficial de Dragones a la edad de diecinueve años, había sido herido en Flandes, perdiendo cuatro dedos de su mano izquierda y la visión de un ojo, y obteniendo la Cruz al Mérito Militar. Después de la guerra, recibió entrenamiento como oficial de Inteligencia en Sequnderabad, y luego actuó en Egipto, desempeñando tareas de Inteligencia con el príncipe Alí Khan, quien le describió como «el hombre más valeroso que he conocido en mi vida». Poco antes de la Segunda Guerra Mundial, Wintle se incorporó como profesor al Colegio Militar de París, estableciendo una íntima amistad con un grupo de altos oficiales galos. Al menos dos de estos últimos ocuparon posiciones prominentes en el Gobierno de Vichy, y su influencia sobre ellos era tan notoria que bien podía haberle servido para persuadirlos de cambiar su posición política. Cuando cayó Francia, sintieron pánico de que la Armada francesa pudiera pasarse al enemigo, o de que, en todo caso, pudiera hacerlo la fuerza aérea francesa. Wintle declaró que se sentía capaz de persuadir a la mayor parte de la fuerza aérea francesa, y a una buena porción de la Armada gala, de que se sumaran al bando británico. Nadie quiso escucharlo. En realidad, fue silenciado por una minoría, todavía influyente en los Servicios de Inteligencia, convencida de que Francia debía quedar descartada y de que la capitulación ante Alemania era una cuestión de semanas, sino de días. Tal era la división que se observaba en la Inteligencia británica por aquel entonces.

Wintle, sin embargo, decidió realizar sus propósitos por su propia cuenta y riesgo. Telefoneó al comandante del aeropuerto de Heston, y, utilizando todos los vocablos codificados y contraseñas que conocía, impartió órdenes que, según dijo, provenían de un alto oficial del Ministerio del Aire. Afirmó que un cierto coronel Wintle llegaría pronto, y que debían llevarlo por avión a Burdeos, y dejarlo allí. Por aquellos días, Burdeos era la sede del Gobierno francés, que había sido desplazado de París por los alemanes.

La operación resultó perfecta. Lamentablemente, Wintle se demoró en su viaje a Heston, donde un avión había sido prontamente alistado; en consecuencia, las autoridades del aeropuerto telefonearon al Ministerio del Aire, advirtiendo que el avión esperaba ya a su pasajero. Hubo ciertos momentos de pánico cuando se comprendió que alguien intentaba obtener un aeroplano en nombre del Ministerio del Aire, sin solicitar la correspondiente autorización. Wintle no logró llegar a Burdeos, pues se lo prohibieron al pre-

sentarse en Heston. Le ordenaron dirigirse al Ministerio del Aire para explicar su impostura. «Declaré a un oficial que, a mi juicio, había posibilidades de obtener algo —dijo posteriormente, Wintle— ...algo que, con toda probabilidad, sería una parte considerable de la aviación francesa, y también un sector de la Marina. Conocía muy bien a todos ellos, éramos amigos; no sólo hablaba su lengua con fluidez, sino que sabía expresarme en la jerga militar que ellos utilizaban. Incluso, entre los altos oficiales franceses, había quienes esperaban mi llegada. En aquel preciso instante, lo que deseaban era que alguien digno de su confianza se presentara y les dirigiera.» El oficial dijo «no». Wintle exigió que le permitieran hablar con el Ministerio del Aire, pero la sugestión fue descartada como «inaudita». Entonces, Wintle jugó su última carta. Ofreció arrancarse de cuajo su propia mano derecha para demostrar su decisión. El oficial, según relata Wintle, «se puso de un tono verde bilioso y me imploró que retirara el revólver».

A continuación, Wintle fue arrestado y alojado en la Torre, en espera de una corte marcial. No cabe duda de que, por más descabellado que pareciera su plan, Wintle hubiera tenido cierta posibilidad de éxito ante los franceses, tan buena como la de cualquiera de los ineptos enviados del Gobierno británico de aquel tiempo, hombres que sólo lograban despertar profundas sospechas sobre los motivos británicos, por su torpeza diplomática. En su defensa, Wintle llamó a declarar a los generales Ironside y Wavell; después de una severa reprimenda, fue puesto en libertad.

Sin dejarse aplastar por este fracaso, Wintle pasó a servir en el equipo de Wavell en el Medio Oriente. Su jefe, taciturno y modesto, demostraba un marcado respeto por las características opuestas a las suyas, cuando las encontraba en los demás. Wavell admiraba en los otros las cualidades de las que él mismo carecía, y por lo tanto experimentaba un alto respeto por el audaz y decidido Wintle. El sorprendente mayor se dejó crecer la barba, con permiso oficial, y luego desapareció. Fingiéndose oficial francés pro-Vichy, se hizo repatriar a Francia. Una vez en territorio francés, Wintle se dedicó a una misión solitaria de espionaje y sabotaje, ideada por él mismo. Colocó bombas, investigó secretos militares franceses y llegó a la audacia de intentar un contacto con el ministro de Guerra francés, un esfuerzo final por incorporarlo al bando aliado. Cuando su plan fracasó, Wintle dio con sus huesos en una prisión francesa, de la que escapó finalmente aserrando los barrotes de su calabozo y ocultándose en un carromato que transportaba heno.

Sus andanzas y aventuras bélicas fueron motivo de perplejas leyendas en El Cairo. En el «Hotel Shepherd» de dicha ciudad

se presentaba Wintle, tras varios meses de ausencia, cada vez que completaba alguna misión o acto de sabotaje en territorio francés. Cuando bebía en compañía de personas de su confianza, su conversación era divertidísima: «El tiempo ha estado adorable en la Riviera esta semana. Me di una zambullida en Montecarlo.»

Alfred Daniel Wintle fue una personalidad atractiva y perturbadora, y un compañero entretenido, pero también tenía cierto aire exhibicionista y payasesco, combinación por cierto peligrosa en tiempos de guerra. Era demasiado individualista para adaptarse a cualquier unidad de Inteligencia o grupo de trabajo, pues adoraba asumir riesgos y, al hacerlo, comprometía las vidas de los demás. A pesar de todo, como agente secreto, en plan de lobo solitario, tenía valiosas condiciones, que le distinguían como un inglés sobresaliente, heredero de la mejor tradición de excentricidad eduardiana.

Hubo al menos una agente femenina solitaria que jugó un papel tremendamente importante en el Servicio Secreto británico durante la Segunda Guerra Mundial. Me refiero a la americana Amy Thorpe Pack, quien poco después de contraer matrimonio con un miembro del Servicio Diplomático británico se incorporó a la Inteligencia inglesa en Polonia, cuando transcurría el año de 1937.

Se supone que la combinación de cabellos rubios y ojos verdes resulta irresistible. Amy, aparte de su ventaja inicial de poseer tales atributos, era extremadamente lista, sofisticada e inteligente. Conquistaba el corazón de los hombres tanto con sus agudas cualidades mentales como por su magnífico aspecto. Por otra parte, era fanáticamente devota de la causa británica. Usando el nombre supuesto de Cinthia se presentó en Nueva York durante los primeros años de la guerra, convirtiéndose en la principal agente del equipo de William Stephenson. Éste le confió la misión de penetrar los secretos del servicio diplomático del Gobierno de Vichy en los Estados Unidos, investigando las actividades pro-alemanas en que sus miembros pudieran incurrir. En su biografía de Sir William Stephenson, H. Montgomery Hyde se refiere a ella del siguiente modo: «Como producto de la Inteligencia británica, sus realizaciones resultaron de incalculable valor para el esfuerzo del equipo aliado. Pienso que su bravura no tuvo igual en los archivos del espionaje durante la última guerra. No sólo obtuvo los textos de casi todos los telegramas despachados y recibidos en la Embajada de Vichy, sino que además colaboró significativamente en la obtención de las claves de los códigos navales franceses e italianos, lo que permitió al Almirantazgo británico leer, en lo que restaba de guerra, todos los cablegramas, radiogramas y señales secretas importantes que eran interceptados en lenguaje cifrado».[2]

Amy Thorne Pack utilizaba un método personalísimo: cultivaba la amistad de los diplomáticos franceses, recurriendo a sus encantos físicos. Hechizó a un almirante italiano y le indujo a hablar, sonsacándole información sobre ciertos planes italianos de sabotaje en U.S.A. Finalmente, en la Embajada de Vichy en Washington obtuvo la confianza y el apoyo activo de uno de los *attachés* franceses. Le convenció de que la ayudara a obtener los códigos de la embajada, brindándole acceso a la caja de seguridad, que era vigilada durante las noches por los guardias especializados.

Basándose en la suposición de que todos los franceses, como tales, son siempre propicios al *amour*, *Amy* y su *attaché* rogaron al guardia que les permitiera pasar la noche en un diván de la Embajada. Esta suposición, ayudada por una generosa propina, resultó correcta, y la operación se repitió en varias noches sucesivas. Luego, una noche, la pareja se presentó con varias botellas de champaña, ofreciendo una copa al vigilante. El champaña había sido adulterado con narcóticos, y muy pronto el guardián se quedó dormido. Al compás de sus sonoros ronquidos, Amy y su flamante amigo abrieron las puertas de la Embajada a un cerrajero, quien pronto halló la combinación de la caja de seguridad, abriéndola para ellos. Dos noche después, la pareja regresó a la Embajada, encontrando al guardián de un humor más bien desconfiado. Comprendiendo que el hombre podía sospechar que le habían drogado pocas noches atrás, Amy imaginó que podía estarlos vigilando. De modo que, desnudándose por completo, se recostó sobre el diván en una pose provocativa. Cuando el guardián abrió la puerta y se asomó para ver lo que ocurría, se cubrió de vergüenza y se retiró de la habitación, para no volver a presentarse en lo que restaba de la noche. El cerrajero volvió a entrar, esta vez por una ventana, abriendo la caja de seguridad, y permitiendo que Amy y su amigo francés cogieran los libros y los fotografiaran, para luego reponerlos en su lugar.

Esta triquiñuela fue una de las más sorprendentes de la guerra; los códigos y sistemas cifrados fueron válidos durante muchos meses, pues los franceses no sospechaban lo que estaba sucediendo. La historia tuvo también un final feliz, pues Amy se casó con su *attaché* francés al terminar la guerra.

Cabe recordar que, al iniciarse las hostilidades, un puñado de ladrones de cajas fuertes de amplia experiencia profesional fueron librados de las cárceles inglesas, para trabajar al servicio del Gobierno. La mayoría tuvo oportunidad de sumarse a los comandos, y una selecta minoría fue contratada por el Servicio Secreto para trabajar como cerrajeros, dinamiteros y especialistas en cajas fuertes.

El autor Dennis Wheatley pertenecía a una categoría distinta de lobos solitarios en el campo de la Inteligencia de la Segunda Guerra Mundial. Este lobo solitario se movía en la esfera de las ideas.

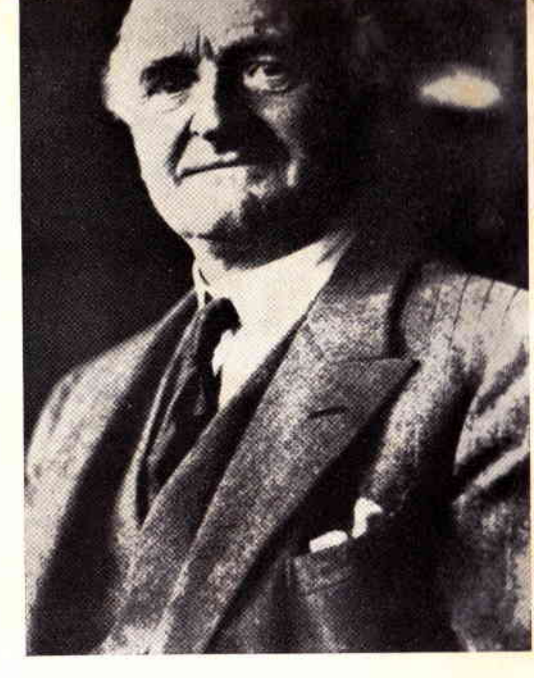
«La guerra de Wheatley», como la denominaban jocosamente sus amigos, comenzó durante un almuerzo en el «Hotel Dorchester» de Londres, tres días después de la rendición de Francia. Sir Louis Greyg, el comandante Lawrence Darvall y un fabricante checo de armamentos estaban en esta reunión con Wheatley, citada con el propósito de comentar unos escritos del mencionado autor, donde se presentaban ideas extraoficiales y altamente originales para contener una invasión alemana. Solicitaron a Wheatley que expusiera su proyecto. A consecuencia de este episodio, el autor pasó la mayor parte del resto de la Segunda Guerra Mundial en la fortaleza subterránea secreta de Churchill, en las proximidades de Whitehall, convirtiéndose en el único miembro civil del equipo de planeamiento conjunto. En verdad, su trabajo se encontraba en los márgenes de las actividades de Inteligencia, pero en esencia consistía en nutrir de ideas a la maquinaria de contraespionaje; en efecto, Wheatley no sólo elaboraba sus propios proyectos, sino que además se encargaba de suministrar los detalles complementarios de distintos operativos, entre ellos dos famosos golpes del Servicio Secreto: «Te man who never was» y la creación del doble del general Montgomery.

Tratando de pensar como un nazi, Wheatley preparó, en principio, un documento de doce mil palabras, donde se reseñaba un plan para la conquista de Inglaterra, tal como lo podría haber preparado cualquier miembro del Estado Mayor alemán. El objeto de este ejercicio consistía en imaginar todos los posibles errores y triquiñuelas diabólicas que pudieran idear los alemanes para su proyectada invasión. Luego de concebir la invasión con prolijidad teutónica, la idea era trazar medidas preventivas contra los planes alemanes. Entre las acciones previstas por Wheatley para perturbar el avance alemán se contaba el tachado de los nombres de las estaciones ferroviarias en los andenes, y la eliminación de los carteles indicadores, así como una barrera de doscientas treinta millas, compuesta por redes pesqueras, para inutilizar las hélices de las barcas nazis de desembarco.

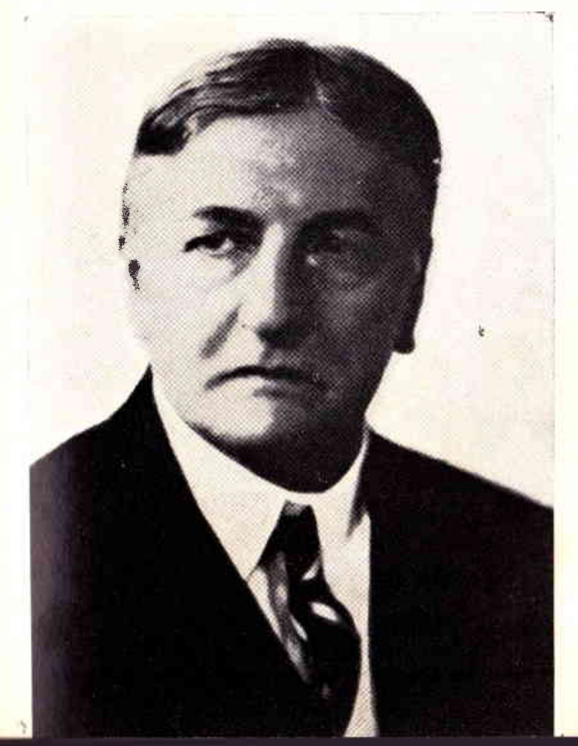
No todas las ideas de Wheatley fueron aceptadas, como es natural; muchas, incluso, resultaron rechazadas en el acto. Pero buena parte de ellas sirvieron de base a discusiones estratégicas, y, finalmente, fueron puestas en obra. Una de sus ideas era un plan de invasión de Cerdeña, que había elaborado a la manera de una historia de suspense. Estaba persuadido de que la guerra podía haberse ganado al menos un año antes si se hubiera invadido Cerde-

ña en lugar de Sicilia, pero su «operación Brimstone», nombre que recibió el proyecto, quedó para siempre en los archivos. Se dijo que el general Eisenhower apoyó este proyecto, en última instancia vetado por Sir Alan Brook, jefe de Estado Mayor, quien solía descargar una ducha de pesimismo sobre cualquier plan de invasión, desde el proyecto del almirante Keyes para capturar Pancelaria, hasta lo imaginado por Wheatley con respecto a Cerdeña.

También se había engañado a los alemanes en el episodio de «The man who never was» que, poco antes de la invasión de Normandía por parte de los aliados, los jefes de Inteligencia pidieron ideas para engañar a los enemigos también en esta ocasión. El proyecto finalmente aceptado consistió en ubicar a un hombre que pudiera personalizar al general Montgomery, siendo enviado a Gibraltar y el norte de África poco antes de los desembarcos en Normandía. Un ex actor, M. E. Cliffton James, fue escogido para desempeñar el papel de Monty, y lo hizo en forma tan convincente que, como escribió posteriormente: «Yo *era* el general Montgomery. Aun cuando estaba solo, no podía dejar de representar su papel.» [3]



Almirante Sir Reginald Hall, director de la Inteligencia Naval, en la Primera Guerra Mundial



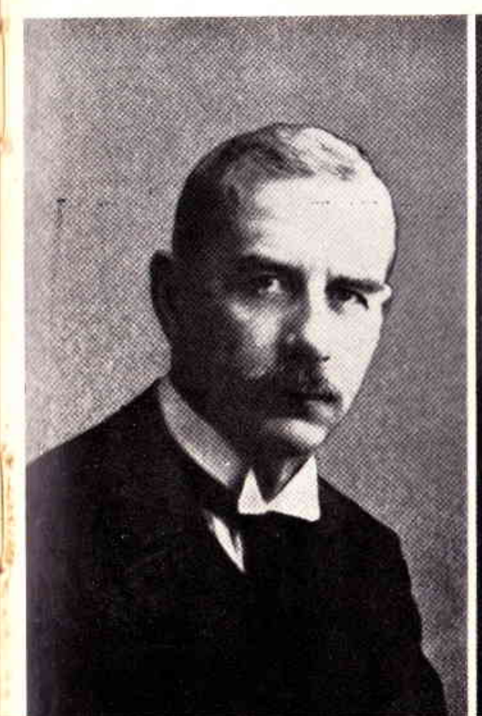
A. E. W. Mason, novelista transformado en agente secreto

Sir Paul Dukes, y los cuatro disfraces que usó en Rusia

Sir Vernon Kell, fundador del M.I.5



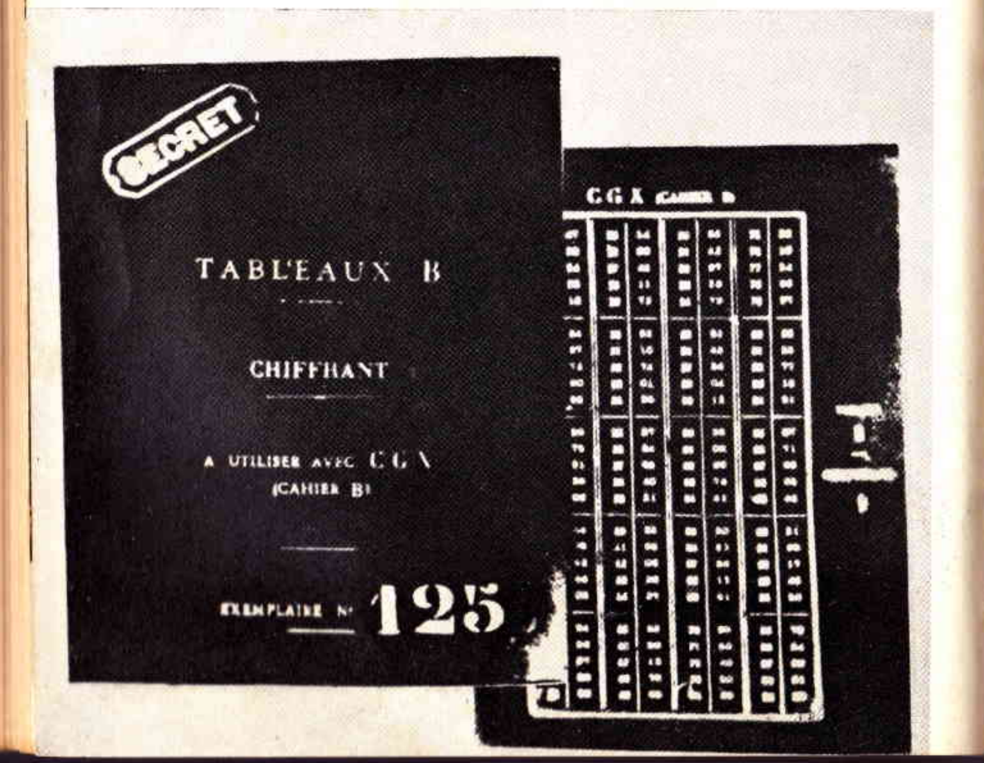
(*Abajo, izquierda*): Sir Basil Thompson. (*Abajo, derecha*): Sir Robert Bruce







(*Arriba*): Prae Wood, cerca de St. Albans, Cuartel General de la Sección V del S.I.S.
(*Abajo*): Uno de los libros de cifrado Vichy, capturados por «Cynthia»



26

La ayuda a la resistencia francesa

A medida que se desarrollaba la guerra, las tareas del M.I.5 comenzaron a facilitarse. Cierto es, que, al principio, Alemania daba señales de haber mejorado sus métodos de espionaje dentro de Inglaterra, y que los pocos agentes auténticamente eficientes que lograron escapar al control británico desarrollaron sus tareas con gran éxito. Pero el mayor número de los agentes alemanes enviados a Inglaterra eran de baja calidad, pobremente entrenados, y fueron fácilmente atrapados por las autoridades británicas. Los alemanes habían invertido vastas sumas de dinero en concepto de espionaje, pero su problema radicaba en que disponían de demasiadas unidades de Inteligencia, demasiados líderes bélicos en la materia y, también demasiados agentes en funciones. Abundaba la cantidad en perjuicio de la calidad. Uno de los fallos increíblemente estúpidos que cometían una y otra vez los agentes alemanes radicaba en su tendencia a organizar brindis de despedida antes de partir en misión de espionaje. Se reunían en pequeños grupos y bebían con exceso en vísperas de la partida, bien fuera por avión, bien se aprestaran a desembarcar en las costas británicas por medio de balsas de goma. En consecuencia, sus facultades estaban disminuidas al tocar suelo inglés, y con frecuencia cometían errores garrafales. Lord Jowitt, quien fuera fiscal general durante la guerra, comandando una cantidad de juicios por espionaje, declaró posteriormente que en la maquinaria del espionaje germánico había «todo tipo de señales que sugerían una improvisación precipitada e imperfecta... si tomamos a los casos juzgados como ejemplos normales del espionaje alemán, dicha maquinaria debe haber sido de una aguda ineficiencia».

Sería un grave error, sin embargo, descalificar al espionaje de

cualquier nación, hablando de ineficiencia a partir de la única evidencia de unos pocos agentes inexperimentados o de baja calidad. Un puñado de espías, e incluso una sola persona, pueden causar tanto daño como un batallón entero. Efectivamente, un hombre de estas características logró éxitos espectaculares en Inglaterra a lo largo de toda la guerra. Desafiando los esfuerzos del M.I.5 por cogerlo, trabajó para los alemanes sobre suelo inglés durante siete años, desde su arribo en 1937 hasta 1944, cuando se perdieron definitivamente sus huellas. El propio teniente coronel Edward Hinchley Cook, quien dirigía los interrogatorios de espías en el M.I.5 durante la Segunda Guerra Mundial, le rindió tributo. Hinchley Cook, abogado y lingüista de pro, había servido en el M.I.5 antes de la guerra, como controlador de censura postal y cablegráfica, y permaneció en el servicio hasta 1954, adquiriendo cierta reputación como uno de los más temidos interrogadores del Departamento.

Aquel misterioso espía que pasó siete años en Inglaterra fue quien reveló la información sobre las defensas de Scapa Flow, información obtenida, por otra parte, por el relojero de Kirkwall, incluyendo mapas de las instalaciones de Liverpool, Hull, Southamptom, y Newcastle, planos de los sistemas de aterrizaje en el sudeste inglés y esbozos para los raids de la Luftwafe en la batalla de Inglaterra. Muchas otras maniobras fueron atribuidas a este hombre, pero es posible que en realidad fueran obra de otros espías alemanes.

La identidad de este eficaz agente aún es un misterio. Se sabe que todavía estaba operando en marzo de 1944, y que cuando el general Eisenhower desplazó sus cuarteles generales desde Londres hasta Bushy Park, como medida de precaución, el hecho fue notificado a Berlín en unos pocos días. El M.I.5 estaba persuadido de que este hombre tenía amplios contactos en Inglaterra, y sospechaba que había suministrado la información sobre los blancos del masivo raid de 1941 sobre Coventry. En este caso, bien pudiera haberse tratado de un germano-canadiense que se hacía llamar Karl Dickhenhoff, residente en Edgbaston, cuyo nombre auténtico era Hans Caesar, y al que se supone todavía con vida, aunque tal vez alojado en un asilo. Las autoridades siempre se han mostrado singularmente perplejas con respecto a este fantasmagórico espía, probablemente porque se trataba de un agente doble, que ocultaba sus maniobras con admirable perfección.[1]

Otro peligroso espía alemán que logró introducirse en Inglaterra fue el doctor Jan Willen Ter Braak. Este refugiado holandés llegó a Cambridge y, declarando que estaba preparando un libro sobre las propiedades medicinales de ciertos sembrados de los territorios holandeses de ultramar, solicitó autorización para consultar

las bibliotecas universitarias. De algún modo, se brindó acceso a Ter Braak sin investigarlo exhaustivamente: el holandés aseguraba haber llegado a suelo británico en compañía de un grupo de refugiados, y juraba que las autoridades habían aprobado sus documentos. Ciertamente, tenía en su poder un pasaporte holandés, visado por la Policía. Su maniobra pudo haber pasado desapercibida, a no ser por dos factores. En primer lugar, el M.I.5, aun aceptando que el holandés podía haber llegado al país con los demás refugiados, pensó que la Policía, o alguna autoridad aduanera, debería tener una constancia efectiva de su llegada: nada de esto existía. En segundo término, cierto miembro del M.I.5 tenía el hábito de examinar los registros de llegadas de extranjeros, cada vez que se descubrían paracaídas abandonados en alguna región del país, ya que los alemanes arrojaban por este medio una cantidad de espías al año. Pocos días antes de la aparición de Ter Braak, se había hallado un paracaídas en Buckinghamshire. Se decidió vigilar al holandés. Pronto se descubrió que, aunque pasaba la mayor parte del día en la biblioteca de Cambridge, también visitaba ocasionalmente Londres; en estas ocasiones, merodeaba por Downing Street y las proximidades de Story Gate, donde estaban situados los despachos subterráneos del Primer Ministro. Durante una de sus visitas a Londres, fue registrada la habitación de Ter Braak en Cambridge. Aquí se descubrieron varios cuadernos de códigos cifrados, pistolas y un transmisor radial, evidencia más que suficiente para arrestarlo. Pero Ter Braak jamás volvió a su habitación: bien porque sospechaba que le vigilaban y decidió suicidarse, bien porque fue muerto por algún agente de contraespionaje. No lo sabemos. Se dijo que los nazis lo habían enviado a Inglaterra con la expresa intención de organizar el asesinato de Churchill.

Sin embargo, estas suposiciones eran muy frecuentes en materia de historias de espionaje. Tanto los ingleses como los alemanes tendían a exagerar la espectacularidad de sus hazañas. En cierto momento, se sospechó que el espía misterioso que había estado suministrando tantas informaciones secretas al enemigo no era otro que Ter Braak, pero cosa casi seguramente errónea, aunque se ha comprobado que estaba asociado con Karl Dickhenhoff, y con otro espía alemán de origen holandés llamado Johamnes Marius Dronkers, quien había llegado a Inglaterra a bordo de una pequeña barca haciendo flamear la bandera holandesa y proclamándose miembro de la Resistencia anti-nazi de su país.

Según los registros alemanes, aun más exitoso fue Hans Schmidt, un espía de origen danés, arrojado en paracaídas cerca de Salisbury en 1940. Charles Wighton y Gunter Peis han narrado su histo-

ria en el libro *The spied in England*, basado en el Diario del general Erwin von Lahousen, jefe de la división de sabotaje del Servicio Secreto alemán. Se supone que el éxito del espía alemán en cuestión se debió a sus vínculos con los nacionalistas galeses. Schmidt no sólo envió mensajes radiales a Alemania durante la guerra, sino que además se casó y tuvo un hijo en el mismo período. Saboteó ferrocarriles y fábricas, y más adelante advirtió a Berlín sobre los preparativos del desembarco de 1942 en Dieppe, y la invasión de Normandía en 1944. Pero los propios alemanes admiten que esta información sirvió de poco. Los autores del libro aseguran que Schmidt aún reside en el área londinense, con su esposa y su familia.

En honor a la verdad, sin embargo, es necesario contemplar la versión alemana de la historia de Schmidt con el mismo ánimo con que se examina la versión británica de las andanzas de Ter Braak. Este último fue, sin duda, un espía descuidado y amateur por excelencia; recordemos que se dejó comprometer en forma infantil; además, si se suicidó sólo porque sospechaba que le vigilaban, carecía de temple y coraje. Cuesta creer que los alemanes pretendieran seriamente utilizar a un individuo de estas características para asesinar a Churchill. Del mismo modo, la historia de Hans Schmidt no ostenta ciertos imprescindibles signos que confirmarían su veracidad. Harry Agerbraak, funcionario de la Embajada danesa, declaró haber leído los relatos de las supuestas actividades de espionaje de Schmidt, y no se manifestó satisfecho por el contenido de estos informes: «Estuve en Londres durante la guerra. Conozco las medidas que tomaba el M.I.5 para controlar a los refugiados. No creo que ninguno de ellos pudiera escapar a su vigilancia durante demasiado tiempo.»

Es cuestionable la veracidad del Diario del general Von Lahousen. Resulta altamente probable, empero, que Schmidt fuera desenmascarado por el M.I.5 y que, en la parte final de la guerra, le suministraran información para que la transmitiera a los alemanes. Si todavía reside en Inglaterra, esto parece aún más probable: un auténtico espía alemán se hubiera marchado a Irlanda, o a cualquier otro territorio más bien alejado de Londres. Por otra parte, cualquier agente alemán que hubiera trabajado durante tanto tiempo y con tanto éxito en Inglaterra, como se asegura en este caso, habría inspirado más respeto que Schmidt. ¿Por qué se ignoraron sus últimos informes? Tal vez los alemanes sospechaban que los departamentos ingleses de Inteligencia suministraban informaciones falsas al agente danés para que las transmitiera a Berlín. Incluso cabe imaginar que Schmidt acabó trabajando como agente británico, aunque sin dejar de recibir dinero de los alemanes.

Un alemán que llegó efectivamente a colaborar con la Inteligencia británica fue el barón Ridiger von Etzford, terrateniente prusiano y antiguo oficial de la Marina teutona. Heredero de una gran fortuna, se movía en los círculos selectos; tras espiar para Inglaterra entre 1935 y 1945, obtuvo la nacionalidad británica en mérito a sus servicios.

A comienzos de la década del treinta, el barón estaba ya convencido de que los nazis eran una amenaza para la paz europea, y de que Hitler planeaba desencadenar una segunda guerra mundial. Cuando se incorporó al Servicio Secreto británico, sus relaciones aristocráticas le permitieron recoger valiosos informes. Inmediatamente después de la caída de Francia fue enviado a Casablanca, donde, escudado tras el nombre supuesto de Mr. Ellerman, creó una organización destinada a facilitar la repatriación clandestina de los soldados y aviadores ingleses. Muchos de ellos habían quedado atrapados en Francia, cuando el colapso galo, y el barón les suministraba falsa documentación (que les identificaba como neutrales), visas marroquíes y portuguesas de tránsito. Luego, sus actividades fueron descubiertas por la Policía de Vichy; pero, advertido a tiempo, también él logró escapar.

Su siguiente misión para los ingleses consistió en espiar la costa y las islas al norte y al sur de Dakar, en busca de refugios de submarinos y escondites para depósitos de combustible. Su esposa ha descrito un «escalofriante viaje al África en una barcaza de vientre chato, típica del Rhin... pretextaba ser un inocente comerciante costero, dedicado a la venta de cocos. De modo que llenó su barcaza de cocos en Feetown y navegó durante semanas en torno a las islas y bahías de la costa, vendiendo sus frutos a los comerciantes nativos».[2]

Posteriormente, Von Etzdorf espió para los ingleses en Chile y Argentina, donde se abocó principalmente al espionaje económico. Después de la guerra desempeñó distintos empleos, incluyendo los de vendedor, cocinero y profesor de idiomas. No tuvo la suerte que merecía, y su vida fue una especie de batalla durante sus últimos años: instaló una cafetería para trabajadores, conocida por el nombre de «Jack's Café», en Boundary Road, Londres. Los obreros que frecuentaban su establecimiento ignoraban que el amigable Jack era un barón alemán que había trabajado como espía inglés durante la guerra. Von Etzdorf guardó celosamente este secreto, ocultando su auténtica identidad, durante toda su vida, especialmente cuando su hermano fue nombrado embajador alemán en Londres, después de la guerra. A pesar de que el embajador también había sido hostil a Hitler en su momento, hubiera resultado embarazoso

reconocer que su hermano era un antiguo agente inglés. Von Etzdorf murió en 1967.

A comienzos de la década del cuarenta hubo nuevos cambios en la conducción del Servicio Secreto. «Fue mucho más difícil lidiar con los alemanes durante la Segunda Guerra Mundial que en la primera —declaró Sir William Wiseman, encargado del contraespionaje inglés en los Estados Unidos durante la guerra anterior—. Es cierto que la maquinaria alemana cometía errores y que en ningún momento dejamos de superarla, pero estaban llenos de ideas y mucho mejor organizados que durante la Primera Guerra Mundial.» [3]

El propio Wiseman no se había desvinculado por completo; no sólo brindó todo tipo de ayuda y consejos a su sucesor, Sir William Stephenson, sino que incluso se dedicó a ciertas misiones personales de espionaje. Éstas incluyeron algunas conversaciones con la princesa Stephanie Hohenlohe-Walemberg-Schillingsfurst y el capitán Fritz Weidemann, entonces cónsul general en San Francisco, sobre la posibilidad de un golpe de Estado, por parte de militares y monárquicos, contra el régimen hitleriano; Weidemann le reveló buena parte del pensamiento íntimo de Hitler y la estrategia alemana de entonces. Y, lo que es aún más importante, Weidemann dijo a Wiseman que Hitler planeaba seriamente atravesar Bulgaria para invadir Yugoslavia y Grecia. Wiseman también brindó muchos sabios consejos sobre la forma en que debían coordinarse las actividades con los americanos en el campo de la Inteligencia. En efecto, el paso siguiente al establecimiento del Servicio de Coordinación de Seguridad inglés consistía en ayudar a los americanos a crear su propia organización de Inteligencia, proyecto que fructificó con la oficina americana de servicios estratégicos del general William Donovan. La efectividad de dicha operación puede juzgarse a la luz de la afirmación del propio Donovan: «Bill Stephenson nos enseñó todo lo que sabemos sobre la inteligencia extranjera.» [4]

Éste fue uno de los grandes triunfos de Stephenson. Juzgaba necesaria la colaboración de un servicio de espionaje americano auténticamente profesional, y esperaba que Donovan pudiera convertirse en jefe de esta organización. Citemos a David Bruce, embajador americano en Inglaterra: a su juicio, «para alcanzar sus propósitos, Stephenson debía poner en juego sutiles influencias, de modo que el propio presidente Roosevelt considerara los méritos de esta proposición».

Al mismo tiempo, en Londres, el S.O.E. registraba algunos cambios. Sir Frank Nelson fue reemplazado, en la jefatura de esta organización, por Sir Charles Ambro, quien a su vez fue sucedido por el mayor general Sir Colin Gubbins, antiguo director de ope-

raciones y entrenamientos del S.O.E. La dirección propagandística de esta organización operaba desde Woburm Abbey, casa de campo del duque de Bedford, aunque el equipo operativo seguía actuando en la calle Baker. Como ya hemos dicho, la organización del S.O.E. observaba numerosas lagunas durante su primera etapa. Aunque, indudablemente, mejoró con el tiempo, es cada vez más evidente que, a lo largo de la guerra, no fue en absoluto un cuerpo tan poderoso como se ha supuesto. En realizaciones, en profesionalismo y en organización jamás estuvo a la altura del S.I.S. En muchos aspectos puede decirse que fue ineficiente, despilfarradora e incluso negativa desde un punto de vista bélico. Esto puede parecer un juicio severo, pero ha sido refrendado por muchas personas que, en el continente europeo, presenciaron y a veces sufrieron los errores del S.O.E.

El mencionado organismo fue particularmente inefectivo en cuanto a sus relaciones con los Servicios Secretos y grupos de resistencia de los aliados. En un artículo publicado por *Le nouvele observateur* el primero de junio de 1966, Jean Daniel declara que la historia oficial del S.O.E. en Francia confirma que «los Servicios Secretos luchan en diversos frentes: contra el enemigo, contra servicios rivales de su propio país y, a veces, contra sus aliados». Señala que, en 1940, la sección francesa del S.O.E. tenía órdenes de no distinguir entre De Gaulle y Petain, prescindiendo por lo tanto de todo vínculo especial con la Francia libre.

Aún admitiendo que ésta era la posición de un periódico de extrema izquierda, cabe señalar que, en gran medida, estaba justificada por los hechos. Hay evidencias bastante sólidas que indican que las relaciones entre la Resistencia francesa y la sección francesa del S.O.E. nunca fueron satisfactorias, y tanto los franceses como los ingleses han declarado, a través de diversas fuentes, que estas dificultades no sólo tenían que ver con la ineficiencia; algunas fueron de carácter positivamente criminal: se ha acusado a las autoridades londinenses de ocultar secretos culpables bajo los pliegues del Acta de Secretos Oficiales. El propio Ian Fleming solía decir a sus colegas del N.I.D. que «los chicos del S.O.E. nos crean tantos problemas a nosotros como al enemigo».[5] Fleming dirigía, con frecuencia, su mordaz ironía contra el S.O.E.

Muchos han intentado desentrañar la historia de intrigas, supuestas traiciones y relaciones caóticas del S.O.E., pero muy pocos han logrado resolver lo que cierto crítico denominó «una maraña tan enredada, un anecdotario tan controvertido, una serie de actitudes mentales tan bizantinas, que desafían al análisis racional».

El coronel Maurice Buckmaster, jefe de la sección F del S.O.E., publicó dos relatos sobre los trabajos de su sección. El primero,

Especialy Employed, conoció la luz en 1953; el segundo, *They fought alone*, fue editado en 1958. Este último desencadenó un torrente de críticas, pues al parecer ciertos pasajes contradecían al primer trabajo de Buckmaster sobre el S.O.E. Dijo un crítico: «La obra de Buckmaster es una maraña de nombres erróneos, fechas equivocadas y detalles falsos.» Así respondió el autor: «Es absurdo pretender que mi libro presente un registro detallado, meticuloso y cotidiano de acontecimientos que, por su propia naturaleza, estaban rodeados de secreto.»

Fue entonces cuando la legisladora Irene Ward lanzó una campaña contra lo que ella tenía por graves faltas de organismo de la calle Baker; en diciembre de 1958, ante la Cámara de los Comunes, solicitó una franca y completa investigación de las actividades del S.O.E. Se aseguraba que cuarenta y siete agentes británicos habían sido deliberadamente entregados a los alemanes, para distraer la atención de éstos con respecto a otras operaciones secretas. En un artículo publicado por el *Daily Mail* el primero de diciembre de 1959, el coronel Buckmaster replicó a estas críticas del siguiente modo: «Puedo afirmar ahora, abiertamente, que nada está más lejos de la verdad que la suposición de que entregáramos deliberadamente aquellos agentes a los alemanes.» Sin embargo, admitió que el enemigo había interferido, efectivamente, con «un importante círculo operativo, pero sólo uno entre cincuenta».

«La intervención alemana en el verano de 1943 —agregó, refiriéndose a la ruptura del circuito Prosper— fue un golpe muy serio contra nuestras operaciones. Nunca he intentado disimular la importancia de este éxito alemán, que sin duda tuvo grandes repercusiones.»

No será fácil establecer la verdad sobre el S.O.E., aunque sus archivos están abiertos a todos los investigadores. El propio N.R.D. Foote, al escribir la historia oficial del S.O.E. en Francia, encontró estos archivos «en un estado de auténtica confusión». No existía registro central, y muchos documentos habían sido quemados, destruidos o bien deliberadamente retirados o censurados.

Al leer entre las líneas de la historia oficial, comparando su contenido con ciertas narraciones independientes, salta a la vista que muchas actividades del S.O.E. han escapado a la lupa de los investigadores por la sencilla razón de que fueron cuidadosamente ocultadas. Cada vez es más evidente que muchos espías fueron enviados al frente con instrucciones imprecisas, y órdenes inadecuadas, en cuanto a los peligros que les esperaban. Muchas veces salvaron sus vidas gracias a magistrales improvisaciones, o a una inusual presencia de ánimo. Jean Overton Fuller señala en sus tres libros sobre las actividades de los agentes británicos en Francia

que nunca se ha explicado en forma terminante por qué el S.O.E. de Londres aceptaba como genuinas ciertas comunicaciones, recibidas desde Francia, que no cumplimentaban las contraseñas de seguridad preestablecidas. Durante mucho tiempo, algunos de estos mensajes fueron enviados por la propia Gestapo, que se había infiltrado en la red, «recibiendo» —es decir, capturando— a los agentes que se arrojaban en paracaídas sobre suelo francés.

Todavía no es posible efectuar un balance justiciero de todas estas críticas sobre los actos del S.O.E. en Francia. Las relaciones entre el S.I.E. y el S.I.S., el M.I.5 y el P.W.E. (Political Warfare Executive) nunca fueron cordiales, y a menudo estuvieron signadas por la mutua desconfianza.

La incorporación precipitada de algunos agentes, la conducta negligente de otros al desembarcar en la Francia ocupada, y la brevedad de los períodos de entrenamiento redundaron en un comportamiento indisciplinado y escasamente eficiente. Por ejemplo, el curso de entrenamiento de seguridad de Beaulieu solía abarcar sólo unas pocas semanas. Por cierto, los fallos son inevitables, pero en este caso cabe señalar que resultaron demasiado numerosos. Tomemos el caso de un agente llamado Labit, arrojado en paracaídas sobre Francia, a quien muy pronto la Policía solicitó su documento de identidad en un procedimiento de rutina. El agente extrajo dos células de identidad, al mismo tiempo, del mismo bolsillo; cada uno de estos documentos llevaba su fotografía, aunque acompañada por dos nombres diferentes. Esta estupidez le costó la vida.

Al enviar sus mensajes a Londres, muchos agentes olvidaban incluir sus señales identificatorias. En cuanto al desastre del circuito Prosper, ya mencionado, tuvo por consecuencia la ruptura de todo un círculo operativo en un solo golpe, y la detención de centenares de personas. Los franceses alegaron que este circuito había sido traicionado por los ingleses a los alemanes, pero en realidad fue un descuido —tal vez de índole criminal— lo que causó el desastre. El circuito era demasiado grande, su seguridad había sido inadecuadamente controlada desde Londres, y al parecer un agente doble se había infiltrado en sus filas desde el principio. El error más grave, por amplio margen, fue escoger un solo sitio como «oficina postal» y punto de encuentro para no menos de diez agentes. Al desafiarse así la norma de «subdivir el riesgo», se estaba coqueteando con el desastre. En cuanto a los propios desastres, el más grave —restó a los franceses la colaboración del más grande entre todos los líderes de la Resistencia, un hombre que sin duda se hubiera convertido en una figura política eminente después de la guerra— fue la captura del inimitable Jean Moulin. En este caso, una vez más, la falta de medidas de seguridad produjeron su arres-

to, bárbaro suplicio y asesinato a manos de los alemanes. Era uno de los más bravos, eficientes e imaginativos agentes de la Resistencia, y resultan de especial interés sus comentarios sobre el S.O.E. La Resistencia, según escribió Moulin en un informe fechado en octubre de 1941, había intentado por todos los medios comunicarse con los ingleses, pero «los resultados obtenidos eran desalentadores: unas pocas comunicaciones sacadas de las zonas ocupadas por agentes británicos, un puñado de panfletos informativos, recibidos desde Londres por el mismo medio, constituyeron los únicos frutos de nuestra labor». En diversas ocasiones los franceses habían presentado quejas, exponiendo detalladamente sus aspiraciones a los agentes británicos con los que colaboraban. Estos espías habían prometido presentar el caso a las autoridades, pero el resultado fue nulo.

«Sin embargo, un intento reciente pudo haber brindado resultados útiles, si lo hubiéramos desarrollado en otras condiciones.» Me refiero a la misión del aspirante Z en Francia: este agente debía tomar contacto con los movimientos de Resistencia, de resultas de una conferencia interaliada. Tal vez por la juventud del agente, tal vez por su escaso conocimiento de los problemas, el intento fracasó, y solo produjo una enojosa serie de malentendidos.

Moulin puede haber sido un hombre impaciente, pero por lo demás no era ni estúpido ni hostil a las ideas del S.O.E. Sin embargo, estando ya próximo el fin de sus días, advirtió a sus íntimos amigos que sospechaba que no todos los desastres de los agentes británicos habían sido accidentales; a veces, tenía la sensación de que algún funcionario londinense estaba coaligado con el enemigo, o saboteaba deliberadamente a la Resistencia. Los errores solían perjudicar a los sectores más activos del movimiento francés.

La historia oficial del S.O.E. indignó particularmente a un francés, M. Dewavrin, más conocido como coronel Passy: el jefe de Inteligencia del general De Gaulle durante la guerra. Su veredicto sobre la mencionada historia fue el siguiente: «Ha acumulado los errores de anteriores cornistas, agregando otros de su propia cosecha.» Uno de los fenómenos que perturbaron a los gaullistas, en cuanto a sus relaciones con Londres, fue un grupo de políticos franceses que desconfiaba de los partidarios de De Gaulle: su propósito era restaurar enteramente la desacritada «Tercera República». Suministraban rumores anti-gaullistas a la maquinaria de la Inteligencia británica, abundando en detalles ante cualquier departamento que se mostrara dispuesto a escucharles, y desconcertando al M.I.5 y al S.O.E. Afortunadamente, el S.I.S. tenía un punto de vista más claro. Passy, quien junto a otros gaullistas había sido víctima de tales rumores, estaba particularmente indignado por

ciertas referencias del libro *S.O.E. in France* sobre los códigos franceses: según el autor, dichos códigos eran descifrados por los ingleses, virtualmente, al primer golpe de vista, y se creía en general que todos los mensajes enviados por los franceses en su propio código era leído rápidamente por los alemanes ya en marzo de 1944. «Si esto es cierto —comentó M. Dewavrin—, fue criminal, por parte de los ingleses, permitir que siguiéramos utilizando aquellos códigos.»

S.O.E. in France se refiere también a los persistentes rumores que aseguraban que dentro del equipo del general De Gaulle había un agente alemán, pero el autor admite que no se ha podido demostrar la veracidad o inexactitud de esta versión. Pero, entonces, ¿por qué reproduce el rumor? La verdad es que la historia oficial todavía refleja parte del antagonismo que existía entre los jefes del S.O.E. y los seguidores del general De Gaulle. Tras su publicación, surgieron tantas evidencias de la inexactitud de la versión oficial sobre los acontecimientos que el autor se vio obligado a responder a sus críticos, con un artículo en el que admitió que «los archivos del S.O.E. son, naturalmente, como tantos otros, lamentablemente incompletos. Se han registrado fuertes pérdidas por accidente, y otras aparentemente deliberadas: todos los archivos del A.M.F., la sección que actuaba desde el Sur de Francia hasta Argelia, fueron quemados hacia el fin de la guerra, o tal vez antes; y casi todos los mensajes intercambiados por el coronel Maurice Buckmaster y sus agentes en Francia han desaparecido».

Pero estos vitales documentos pudieron haber cambiado por completo la imagen del S.O.E. Resulta significativo que se quemaran los archivos del A.M.F., ya que los franceses han declarado reiteradamente que los líderes de la Resistencia que visitaban Argelia y regresaban a Francia durante la guerra, después de mantener contacto con el S.O.E. eran invariablemente traicionados, y en ciertos casos —como el de Jaques Mederic— sufrían emboscadas. Pero resulta aún más perturbador el hecho de que los agentes cuyos nombres fueron mencionados una y otra vez en la historia oficial desmientan las versiones que dicho libro ofrece sobre sus actividades. Por ejemplo, aquí tenemos la versión oficial sobre cierta operación desarrollada en octubre de 1941:

«El grupo corso —J. D. Hayes, Jumeau, Le Harivel y Turberville— llegó en paracaídas el 10 de octubre, siendo recibido cerca de Bergerac por Pierre Bloch (Gabriel), antiguo funcionario socialista reclutado por De Guélis. Todos ellos eran especialistas en sabotaje: Le Harivel también tenía conocimientos de radio; y los cuatro se encontraban en la cárcel antes de que transcurrieran diez días. Turberville cayó en un punto bastante alejado de los otros,

fue arrestado por la gendarmería a la mañana siguiente, y los tres restantes cayeron simultaneamente en emboscadas de la policía de Vichy, en momentos en que intentaban tomar contacto con Turck en la Villa de Bois, ya que sus instrucciones habían sido confiscadas a Turberville. La misma emboscada, basada en la figura de un individuo suficientemente parecido a Turck en el aspecto físico y tono de voz como para engañar a varios agentes, también victimó a Robert Lyon, Roche, Pierre Bloch, y —el último y el peor de todos, un 24 de octubre— George Bégue. Se encontró en poder de uno de estos agentes capturados el nombre de Fleurent, que también fue arrestado... de hecho, el resultado de dar aquella dirección en Villa de Bois a catorce agentes distintos fue que cinco de ellos resultaron rápidamente arrestados; estos arrestos permitieron a la Policía prepararse para la llegada de un sexto, poniéndola tras las huellas de distintos amigos franceses del S.O.E. y del casi indispensable Bégue. Turberville escapó algunas semanas después, saltando de un tren que lo trasladaba de una prisión a otra; se ocultó en una aldea de Auvergnat; finalmente, apareció en Inglaterra en 1953.»

Daniel Turberville desmiente indignado esta versión. En primer lugar, declara que la dirección de Villa de Bois no pudo haber sido encontrada en su poder, pues ignoraba por completo su existencia. De todos, su misión consistía en dirigirse a la Riviera francesa. «Por razones de seguridad, nunca llevábamos nombres o direcciones escritas —afirmó Mr. Turberville después de leer la versión oficial —y cuando la Policía me interrogó, declaré que me había arrojado solo en paracaídas. En la prisión de Perguese fue alojado en compañía de los presos por delitos comunes —ladrones, asesinos, etc.—, mientras que mis compañeros estaban en la sección militar. El Ministerio de Guerra tiene en su poder todos los detalles de mi interrogatorio, y por lo tanto no puede ignorar que la policía francesa me creía un paracaidista solitario. Turchk, quien había estado trabajando para el *Duxième Bureau,* es responsable por el arresto de los restantes muchachos, de acuerdo con su propio testimonio. Más tarde, se pasó a nuestro bando, pero sin duda fue culpable de aquel fracaso.»

No existe absolutamente ninguna razón para dudar de la versión de Mr. Turberville sobre los acontecimientos, y por otra parte la confirman evidencias independientes. ¿Por qué, si era tan descuidado como se ha supuesto, recibió posteriormente el encargo de varias importantes misiones, ninguna de las cuales se menciona en el informe oficial? ¿Acaso el registro oficial sobre el grupo corso fue adulterado? En tal caso, ¿cuántos otros archivos habrán recibido el mismo tratamiento? ¿Los directivos del S.O.E. protegieron a

hombres culpables de traición o negligencia? Es necesario responder a estas preguntas, no sólo en interés de los agentes afectados, sino también obtener una mejor perspectiva de los trabajos del S.O.E. en el extranjero.

Naturalmente, también existieron éxitos adjudicables al S.O.E Después de todo, en sus actividades tomaban parte diez mil hombres, y tres mil doscientas mujeres, entre agentes y operadoras También aquí, como en el caso de los alemanes, el énfasis cuantitativo operaba en desmedro de la calidad. Sin embargo, puede demostrarse que, con menos gasto en materia de hombres y dinero, el S.O.E., fue más efectivo que la R.A.F. y su comando de bombarderos. Esto justifica, tal vez, la descripción de «Bomber» Haris sobre el Ministerio de Economía de Guerra, que controlaba el S.O.E.: «Amateur, ignorante, irresponsable y mentiroso.»

Sin la organización y el apoyo del S.O.E., la Resistencia francesa no hubiera recibido los suministros de armas y dinero que necesitaba. En la adversidad, el S.O.E. mantuvo la moral en alto, robusteciendo la esperanza mientras los grupos de la Resistencia sufrían duras derrotas. Durante los desembarcos en Normandía, los agentes del S.O.E. demostraron una particular habilidad, demorando los desplazamientos de varias vitales divisiones alemanas de Panzer que marchaban hacia la costa. Cierto es que, en las playas de Normandía, el S.O.E. hizo poco y nada (ya hemos indicado que sus vínculos con los cuarteles generales de Combined Operations estaban lejos de cualquier principio de eficiencia), pero en el prematuro alzamiento que tuvo lugar en Francia, después de los anuncios de la B.B.C. sobre *Les violiens d'Autonne,* hubo varios operativos exitosos: se planificaron para la primera noche mil cincuenta interrupciones del sistema ferroviario francés, de las cuales novecientas cincuenta se ejecutaron con éxito. El tráfico entre Toulouse y Montauban estuvo bloqueado durante diez meses y la línea entre Marsella y Lyon quedó indefinidamente interrumpida a partir del día D.

Muchos agentes demostraron, también, coraje individual e iniciativa. Más de una vez, el sentido del humor salvó vidas humanas Un sonriente radio operador-agente dijo en francés al soldado alemán que lo había detenido: «Soy un oficial británico y éste es mi equipo de radio.» El alemán rió tranquilamente ante el loco: «de acuerdo, entonces vete corriendo», replicó. Los agentes adiestrados solían llevar sus mensajes en pequeños rollos de papel, que injertaban dentro de sus cigarrillos por medio de una aguja. En caso de ser capturados, podían fumar sus secretos y hacerlos desaparecer. Los agentes que volvían a Inglaterra llevaron consigo tanto perfume que buena parte de él fue utilizado como combustible para encendedores.

No deseo confundir mi descripción general de esta organización deteniéndome exclusivamente en los episodios anecdóticos protagonizados por algunos agentes, cuyo espíritu de empresa e iniciativa individual arrojó cierta luz sobre la imagen sombría del S.O.E. Las andanzas de muchos de estos agentes han sido ya relatadas con amplio detalle, y no creo que la controversia sobre el problema de si sus andanzas fueron presentadas con exactitud, o han sido coloreadas y ficcionalizadas, tenga relevancia con respecto a este tema. El señor Foote ha declarado, con cierta crueldad, que «algunas historias de tortura sólo responden a la calenturienta imaginación de los autores, ansiosos por vender sus libros». Ésta es una tesis que no he de examinar.

Sin embargo, por más reservas que guardemos con respecto a ciertos agentes del S.O.E., no podemos dejar de rendir tributo al comandante Forest Frederick Yeo-Thomas, cuyo seudónimo como agente del S.O.E. era «Shelley». De origen galés, residente en París durante muchos años, últimamente como director de la casa de modas «Molineux», Yeo-Thomas se consagró como uno de los agentes más indomables y habilidosos del S.O.E. En una ocasión puso a salvo su vida escapando oculto bajo una pila de flores, en un ataúd, con vitales informaciones escondidas en la mortaja. Durante su macabro viaje a través de las filas enemigas, no dejó de aferrar una ametralladora, al igual que su compañero junto al ataúd. Yeo-Thomas tenía órdenes de regresar a Londres, pero encontró, para su desesperación, que una división alemana había acampado en las proximidades del lugar donde debían recogerlo. Fue Berthe Fraser, una francesa de mediana edad casada con un inglés, quien recordó que cerca de aquel lugar había un cementerio, organizando en consecuencia «el funeral».

Yeo-Thomas se arrojó en paracaídas en varias oportunidades, hasta que finalmente fue traicionado por un subalterno que había caído en manos de los alemanes: le capturaron en la escalinata de la estación Passy del «Metro», a pocos pasos del apartamento de su padre. Fue sometido a tremendas torturas, que producirían su prematura muerte en París, hacia 1964. Escapó una vez del campo de Buchenwald, luego fue recapturado y tornó a huir, fingiéndose un oficial de la fuerza aérea francesa. Por su «excepcional coraje» fue recompensado con la Cruz Militar y la Medalla George.

No obstante, a pesar del heroísmo individual demostrado por numerosos agentes, aún se discute si no hubiera sido mejor abandonar a la Europa ocupada hasta que hubiera sido posible liberarla desde el exterior. Cuando Churchill dijo a Dalton que el propósito del S.O.E. consistía en «poner de pie a Europa», la idea parecía romántica y grandiosa, pero su puesta en marcha resultó lenta y

trabajosa. No fue hasta la primavera de 1941 que llegaron algunos agentes a Francia, y hasta el año de 1944 no lograron preocupar seriamente a los alemanes. Ahora existe cierta tendencia a culpar de esto al amateurismo de los agentes, pero los auténticos culpables —al menos en principio— fueron los conservadores y timoratos jefes del S.O.E., cuyos procedimientos internos eran notorios por el derroche de tiempo y la pérdida de oportunidades. Las autoridades navales y militares mostraron marcada hostilidad hacia el S.O.E., y el jefe del Estado Mayor aéreo, Lord Portal, estaba escasamente entusiasmado por el proyecto de distraer aviones que estaban aplicados al bombardeo de Alemania para arrojar agentes en paracaídas, cosa que él consideraba una especie de «juego». Es justo mencionar, también, los absurdos celos que algunos jefes del Servicio experimentaban con respecto al S.O.E., y ciertos prejuicios emocionales anti-franceses que dificultaban las operaciones. En una ocasión, cuando la R.A.F. rogó al S.O.E. que tendiera una emboscada a los pilotos de un escuadrón particularmente problemático de la Luftwaffe, Portal echó a perder la operación, negándose a asociarse con «asesinos». El prejuicio victoriano contra el espionaje y el sabotaje volvía a alzar la cabeza. De modo que, al margen de las limitaciones del S.O.E., hay que culpar también a la hostilidad de algunas fuerzas convencionales.

La sección F del S.O.E. recibía órdenes desde Londres, y era dirigida por los ingleses sin relación alguna con la organización del general De Gaulle. Esto no sólo ofendía a los gaullistas, sino que, en efecto, la sección F era «un ejército privado» con sus propias leyes, y por lo tanto responsable por la absoluta falta de seguridad que caracterizaba a la mayoría de sus operativos. De cuatrocientos agentes enviados al frente por la sección F, un veinticinco por ciento jamás regresó a Inglaterra.

Por otra parte, hay evidencias de que algunos de los primeros enviados del S.O.E., que adquirieron notable celebridad después de la guerra, siguieron la línea del menor esfuerzo y, comprendiendo que les habían despachado demasiado pronto, se instalaron en la Riviera y las otras playas para llevar una vida relativamente cómoda. Tal vez sea demasiado fácil criticar la conducta de los agentes: en la guerra, cada uno aprovecha las oportunidades favorables tal y como se le presentan; esto es incuestionable y hace a la sabiduría personal. Pero de todos modos, lo cierto es que hubo agudas falencias en el control disciplinario de Londres sobre algunos agentes.

El aspecto más efectivo de la acción del S.O.E. fue su influencia moral sobre los miembros de la Resistencia y los europeos en general. Sus agentes libraron una auténtica guerra ideológica, creando la idea de que merecía la pena luchar por la libertad. Si estos

embajadores de la libertad hubieran tenido la capacidad intelectual de un Jean Moulin, la disciplina del Maquis, la unidad de la Resistencia comunista, habrían logrado mucho más y en menos tiempo. En última instancia, la victoria real fue obra de los hombres indudablemente heroicos y disciplinados del Maquis.

27

El «Anillo Lucy»

Al entrar en guerra los Estados Unidos, hacia finales de 1941, la estructura del Servicio Secreto británico y sus diversos apéndices se había vuelto pesada, difícil de manejar y enormemente compleja. Por otra parte, su pesadez y la estrecha interrelación de sus departamentos suponían un sistema de equilibrios y balances que eliminaba los peligros de la Inteligencia unilateral o distorsionada que constituye la más grave amenaza contra la efectividad de cualquier organización de espionaje en tiempos de guerra.

A estas alturas, resulta oportuno señalar ciertos sutiles e interesantes cambios registrados a lo largo de la evolución histórica del Servicio Secreto británico. En tiempos de los Tudor, el poder se concentraba en las manos del estadista encargado de reunir la Inteligencia: Cecil y Walsingham temían las riendas del poder, y sólo transmitían los elementos informativos que les parecían convenientes. Después, el poder se desplazó a manos del secretario de Asuntos Exteriores, y recién en la Primera Guerra Mundial el Primer Ministro comenzó a controlar la difusión de la inteligencia. Pero, aún entonces, muchas informaciones obtenidas por distintos departamentos, algunas de ellas importantísimas, no eran transmitidas al Primer Ministro.

No obstante, el desarrollo del espionaje y el contraespionaje, antes y durante la Segunda Guerra Mundial, hicieron inevitable que el Primer Ministro asumiera en los hechos —y no sólo ya en la teoría— el papel de árbitro supremo de Inteligencia. Era ésta una función para la cual Chamberlain, al igual que su predecesor Badwin, tenía escaso gusto o talento. En cuanto a Churchill, con su experiencia en asuntos de gobierno durante la Primera Guerra Mundial, y su deseo de intervenir personalmente en todos los acon-

tecimientos, el control del Servicio Secreto le resultaba tarea propicia, por temperamento e inclinaciones personales. De todos los líderes de la guerra, incluyendo a Roosevelt y Hitler, Churchill fue sin duda el más poderoso en cuanto al acceso y control de la Inteligencia, con la posible excepción de Stalin. Este último desconfiaba invariablemente de las informaciones que le suministraba su aparato de Inteligencia. En cuanto a Hitler, debía enfrentar a una cantidad de Servicios de Inteligencia antagónicos, y tenía en el almirante Canaris a un jefe de Inteligencia que cada vez trabajaba más claramente en su contra, y a veces le desconcertaba. Roosevelt se dolía de que los Estados Unidos carecieran de una agencia centralizada capaz de coordinar las informaciones dispersas provenientes de la oficina de Inteligencia naval. El Ejército, el O.S.S. y otras organizaciones, mientras el Departamento de Estado, que debía haber actuado como central receptora de Inteligencia diplomática, exhibía sorprendentes lagunas en su información, particularmente con respecto a Japón y el Lejano Oriente. Por cierto, gran parte de la información que provenía del Departamento de Estado era prejuiciosa, parcial y errónea. En el principio de la guerra, aquél confió demasiado en las informaciones que le suministraban los partidos de Vichy en Francia, lo que motivó su antagonismo —y el de Roosevelt— contra De Gaulle.

Churchill se apoyaba en la maquinaria del Comité Conjunto de Inteligencia, que no sólo lo mantenía en contacto con todos sus jefes, sino también con el S.O.E., el Foreign Office y el M.I.5, y en los resúmenes de Inteligencia que preparaba el profesor Arnold Toynbee para el Ministerio de Guerra. Según orden expresa de Churchill estos resúmenes debían tener un estilo terso y fáctico; por esta razón, la tarea resultaba propicia a un historiador internacional como era Toynbee, quien había estado relacionado con los Gobiernos ingleses durante muchos años. Había realizado misiones confidenciales para el Gobierno entre 1915 y 1919, integrando el Departamento de Inteligencia Política del Foreign Office en 1918 y la sección Medio-Oriente de la delegación británica en las conferencias de paz de 1919 en París. Su experiencia como Director de Estudios en la «Royal Institution of International Affairs», desde 1925 hasta el estallido de la guerra, le fue útil para su nuevo cargo, así como para el de director del Departamento de Investigaciones del Foreign Office, que asumió entre 1943 y 1946.

Churchill, más que cualquier otro Primer Ministro británico moderno a excepción de Llody George, estaba siempre decidido a descubrir las cosas por sí mismo, especialmente en cuestiones de Inteligencia. Aunque asistido por una maquinaria admirablemente concebida para mantener informado al jefe de la guerra, también

recurría a asesores personales especializados, como el general Ismay, consejero militar, y William Stephenson, a quien prestaba gran atención. Al mismo tiempo, se las ingeniaba para estar razonablemente bien informado sobre las secciones más remotas del Servicio Secreto, como el departamento Ibérico (dedicado a España, Portugal y el norte de Africa) la Sección Nueve (cuestiones rusas) y la Sección Cinco, encargada de la contrainteligencia en países extranjeros. En consecuencia, el Primer Ministro británico era, por amplio margen, el mejor informado entre los líderes de la guerra.

Al incorporarse a la contienda los Estados Unidos, la relación entre los Servicios de Inteligencia americano e inglés cobró una importancia desmesurada. Aunque J. Edgar Hoover, cabeza del F.B.I. había aceptado la cooperación de Sir William Stephenson en los primeros años de la guerra, antes de que América se sumara al conflicto, estaba vagamente resentido por las actividades inglesas de espionaje en los Estados Unidos. Este resentimiento se acentuó cuando América se sumó a los aliados. La creación de la Oficina de Servicios Estratégicos le llenó de amargura, pues sentía que perdía poder, y que ciertos fondos oficiales que podrían haber sido destinados al F.B.I. se volcaban ahora sobre el O.S.S.

En la superficie, las relaciones entre Stephenson y Hoover habían sido bastante cordiales. Pero Hoover decidió ignorar a Stephenson, estableciendo sus propias relaciones con Londres, hacia donde envió a uno de sus subordinados, de nombre Kimball, como funcionario de enlace con el S.I.S. y el M.I.5. Fue una maniobra torpe y Londres no tardó en comprender que encerraba un intento de socavar la influencia de Stephenson. Mientras tanto, el O.S.S. contrarrestaba este movimiento enviando también, por su cuenta, un funcionario de enlace de Londres.

Seamos justos con Hoover: es necesario admitir que el M.I.5 era un equivalente británico de su propia organización, y que por lo tanto tenía buenas razones para colaborar con él. Tácticamente, como es natural, Hoover reforzó sensiblemente su posición, transfiriendo la cooperación con los ingleses desde los Estados Unidos hasta el propio suelo británico, y estableciendo una relación con el M.I.5 que le independizó de Stephenson. También se sospechaba no sin razón, que la íntima relación personal de Stephenson con Churchill le permitía ejercer cierta influencia política. Además, presionaba al propio Roosevelt, ya que Ernest Cuneo, amigo de Stephenson, era una de las personas a las que el Presidente norteamericano prestaba más atención. Estas maquinaciones en las altas jerarquías de la inteligencia anglo-americana dejaron sus cicatrices, y a medida que se desarrollaba la guerra creció una tendencia, por parte de los americanos, a ocultar informaciones a los ingle-

ses, aprovechando todo fallo de las organizaciones británicas de Inteligencia para esgrimirlo como pretexto y declarando que la cooperación con los ingleses suponía un riesgo para la seguridad de los Estados Unidos. Lamentablemente, había dos escuelas de pensamiento en la Inteligencia americana, y ambas chocaban políticamente con los ingleses. Por un lado, los hombres de izquierdas del O.S.S. sospechaban de un supuesto maquiavelismo imperialista británico, y de sus inspiraciones anti-soviétcas, mentras que, por el otro, los derechistas, algunos de ellos en el O.S.S., pero la mayoría en el F.B.I., mostraban una creciente preocupación por la «suavidad del anti-comunismo del Servicio Secreto británico». Las críticas derechistas eran las menos, y el propio Hoover, quien parece haber sido uno de los primeros en oponer reparos contra algunos funcionarios de la Inteligencia británica, se mantuvo en una posición firmemente equilibrada hasta el final de la guerra. Hoover había efectuado un largo y detallado estudio de las tácticas comunistas, pues en 1919 le designaron para realizar un examen legal del flamante Partido Comunista de los Estados Unidos, como asistente especial del Fiscal General. Es posible que su obsesión anti-comunista fuera innata, pero jamás perdió de vista el hecho de que en una nación joven como América, carente de tradiciones y poblada por emigrantes de muchos orígenes, el comunismo podía resultar más difícil de contener que en otros países. También le preocupaba el hecho de que los afiliados del Partido en los Estados Unidos, habían crecido desde los 7.500 que eran en 1930, hasta un máximo de 80.000 en 1949. Más de una vez, Hoover señaló ante miembros del B.S.C. que «el Partido Comunista de los Estados Unidos era numéricamente más poderoso que el partido soviético cuando tomó el poder en Rusia». En los años inmediatamente posteriores a la guerra, hubo serias lagunas de información en Inglaterra, y comenzó a desenmascararse a un traidor tras otro, a veces gracias a investigadores americanos. Hoover declaró que sus sospechas sobre la Inteligencia Británica se estaban confirmando. Como consecuencia de esto, se deterioraron rápidamente las relaciones entre los dos países en este campo.

Como es natural, el punto de vista del Servicio Secreto británico difería notablemente del americano. Inglaterra era la nación que más habría sufrido a consecuencia del ataque de Hitler contra Rusia, si éste hubiera tenido éxito. Aunque era preciso actuar con prudencia con respecto a los rusos, también resultaba necesario cooperar con ellos. Y sobre todo, por graves que fueran los riesgos que esto suponía, los ingleses no podían ignorar la utilidad ocasional de los agentes dobles. Muchos jefes americanos de Inteligencia no terminaban de comprender estos métodos.

Mientras tanto, en Europa, el S.I.S. descubría que la tarea de cooperar con la Inteligencia soviética resultaba frustrante y unilateral; la organización inglesa tenía sus propios planes con respecto a las relaciones con Rusia. Afortunadamente, muchos agentes soviéticos que no eran de nacionalidad rusa y que, por lo tanto, no sospechaban de las intenciones inglesas, se prestaron a la cooperación. Uno o dos de estos espías rusos habían participado en el operativo Hess y en la investigación sobre el estado de cosas en la Argelia de Vichy. Pero el problema real tenía, muchas veces, contornos diversos. Se trataba de ayudar a los rusos sin que éstos supieran a ciencia cierta quién les estaba ayudando.

El régimen stalinista significaba para Rusia no sólo una dictadura, sino una tiranía de características tales, que nadie —ni siquiera los miembros leales del Partido Comunista —podía estar seguro de que no se tramaba, secretamente, su aniquilación. Dado este ambiente de maniáticas sospechas en el ámbito interior de Rusia, es fácil imaginar hasta qué punto su actitud hacia el medio externo —incluyendo a los aliados— era consumida por la desconfianza y el descrecimiento. Stalin había ignorado una y otra vez las advertencias inglesas con respecto a las intenciones alemanas de invadir Rusia. Una vez que las hordas nazis se desataron sobre Rusia, y que la maquinaria bélica alemana comenzó a devorar lentamente al inmenso país, se hizo evidente la imperiosa necesidad de aparejar las fuerzas, suministrando Inteligencia a los rusos.

Pero, ¿cómo hacerles aceptar dicha Inteligencia, cómo persuadirlos de que actuaran en función de las informaciones suministradas por los aliados? La Inteligencia perdería todo su valor si los rusos sospechaban que provenía de fuentes británicas: la ignorarían despectivamente. Sin embargo, ésta era la única forma, aparte de enviar convoyes, en que Inglaterra podía ayudar a Rusia en aquel difícil momento.

En su libro *La Guerra a été gagné en Suisse* [1] Pierre Accoce y Pierre Quet han descrito la acción del «Anillo Lucy» de Ginebra, que convirtió la derrota rusa en victoria. Este singular organismo clandestino del Servicio Secreto retransmitía a Moscú, día tras día. todas las órdenes del alto comando alemán para su frente oriental, a nivel de brigada. Fue una increíble hazaña, tal vez la operación de Inteligencia más efectiva en toda la Historia. Ciertamente, sus efectos de largo alcance salvaron innumerables vidas rusas, y finalmente permitieron estabilizar la situación del Frente Oriental.

La identidad real de «Lucy» fue revelada después de la guerra. Se trataba de Rudolf Roessler, un editor alemán exiliado en Suiza desde que los nazis tomaron el poder, que fundó una empresa llamada Vita Nova Verlag, en Ginebra. Finalmente, fue incorporado

por el brigadier Masson, de la Organización de Seguridad suiza, al Bureau Ha; después de la caída de Francia, cuando los suizos temían la posibilidad de una invasión alemana, se dedicó a obtener inteligencia militar sobre Alemania. Roessler no sólo demostró tener una singular competencia para analizar dichas informaciones, sino que además concibió pronósticos extremadamente precisos sobre los pasos futuros de los nazis. Al mismo tiempo, enviaba información a los rusos, de características tan valiosas que el Soviet le otorgó una paga mensual de trescientas cincuenta libras esterlinas, además de distintos beneficios y comodidades. El misterio de Roessler, ahora fallecido, radicaba en la forma en que obtenía sus detalladas informaciones sobre los planes militares y movimientos de tropa alemanes. Los autores de *La Guerre a été gagnée en Suisse* sugieren que diez oficiales bávaros, compañeros de Roessler en la Primera Guerra Mundial, se convirtieron en anti-nazis, a pesar de reincorporarse al Ejército alemán. Una vez ubicados en altos puestos, comenzaron a enviar a Roessler, en Ginebra, a través de los canales radiales del Ejército alemán, informes sobre todas las operaciones del Frente Oriental. Mas esta teoría no resiste un somero examen crítico. Se desconocen los nombres de los diez militares bávaros, y los autores tampoco explican cómo hicieron estos personajes para enviar mensajes confidenciales por medio de emisoras militares hasta el fin de la guerra; es obvio que si diez oficiales de alto rango en el Alto Comando alemán hubieran traicionado a su patria en 1940-1941, dicho Ejército no hubiera perdurado como fuerza militar durante tanto tiempo.

La verdad es que el «Anillo Lucy» fue sólo un instrumento del Servicio Secreto británico en una de las operaciones de Inteligencia de largo alcance más efectivas de toda la guerra. En efecto, para suministrar Inteligencia a los rusos sin que éstos sospecharan su fuente, los ingleses decidieron utilizar a un espía soviético como enlace. Éste fue, tal vez, el uso más efectivo dado a un agente doble en cualquier guerra, y sin duda ayudó tanto a los ingleses com[o] los rusos: una derrota hubiera resultado desastrosa para la causa aliada.

Para comprender las ramificaciones del «Anillo Lucy» es necesario remontarse al tiempo de la guerra civil española. Entre los oficiales de la Brigada Internacional del bando republicano se contaba un inglés llamado Alexander Foote, hombre de izquierdas con fuertes inclinaciones comunistas, pero más favorable al establecimiento de un frente popular que a una vanguardia ideológica. Fue recomendado a los rusos como posible agente y, a fines de 1938, el Servicio Secreto soviético le reclutó. En su libro, *Handbook for spies*, Alexander Foote afirma haber sido «durante tres

años vitales de la guerra, un miembro, y hasta cierto punto el director, de la red de espionaje rusa en Suiza, donde se trabajaba contra Alemania. La información transmitida a Moscú por medio de un transmisor secreto afectó el curso de la guerra en una de sus instancias más cruciales. Esta red tenía sus líneas hasta el mismo corazón del Alto Comando alemán; yo mismo envié buena parte de la información que permitió a los rusos su exitosa defensa de Moscú».[2]

Este pasaje del libro de Alexander Foote me brindó la clave de algunos asuntos inexplicables en el caso del «Anillo Lucy». Aunque siempre es posible que los rusos, al igual que cualquier otra potencia, obtuvieran Inteligencia duplicada o superpuesta sobre una misma zona, parece improbable que recibieran informaciones tan detalladas sobre el Alto Comando alemán y sus planes, durante un período tan largo, de dos fuentes suizas independientes.

Así como, en tiempos de Walsingham, las operaciones de espionaje contra España tuvieron su centro en Italia, en los tiempos modernos se ha convertido en tradición que las potencias recurran a un país vecino como base para sus actividades de espionaje dirigidas contra la nación que constituye su blanco. De este modo, la Unión Soviética utilizó al Canadá como base de espionaje contra los Estados Unidos e Inglaterra, y se sirvió del territorio suizo para sus actividades contra Alemania. En Suiza, entre 1934 y 1940, se constituyó, desarrolló y expandió cuidadosamente una organización soviética de Inteligencia. El director residente del espionaje ruso en Suiza durante esta etapa era Alexander Rado, quien había sido nombrado en este cargo desde 1937. Oficialmente, figuraba como socio de una firma de cartógrafos suizos.

Alexander Foote trabajaba a las órdenes de Rado, instalado en un apartamento de Lausanne. En su libro menciona los nombres codificados de varios contactos suyos de esta época, y se refiere particularmente a «Lucy», nuestro enlace con el Alto Comando alemán, cuya verdadera identidad sólo era conocida por otro agente llamado «Taylor», quien se había ocupado personalmente de reclutar a «Lucy».

Foote oculta discretamente la identidad de «Lucy», insistiendo en que este misterioso agente era «el protagonista más importante de este drama peculiar». Agrega Foote: «de dónde sacaba esta información, y cómo llegaba hasta él, éstos eran sus secretos personales». Pero queda bastante claro que «Lucy» no era, de hecho, otro que Rudolf Roessler, todavía con vida en el momento en que Foote escribió su libro, razón por la cual el autor no quiso revelar su identidad. «Lucy» no sólo suministró información, sino que muchas veces respondió a interrogantes que le planteaban los rusos.

Cuando le consultaban sobre alguna fuerza alemana ubicada en el remoto Frente Oriental, era capaz de proporcionar detalles de su composición, recursos y posición exacta. Foote declara que «en realidad, desde el punto de vista del Kremlin, la valía de "Lucy" como fuente de informaciones equivalía a todo un equipo de agentes bien ubicados en los tres Servicios de Inteligencia, más el Equipo General Imperial, más los funcionarios del Ministerio de Guerra».[3]

«Lucy» insistió en mantener en secreto su identidad, como condición para trabajar en favor de los rusos. Sólo el intermediario «Taylor» debía conocer su nombre verdadero. Naturalmente, los rusos se mostraron al principio extremadamente desconfiados, temerosos de que «Lucy» fuera un infiltrado, una trampa destinada a destruir sus planes de espionaje. Durante largo tiempo, se negaron a prestar oídos a sus informaciones, pero, al decir de Foote, «a pesar de la actitud del Centro (red de espionaje soviético) continuamos enviando la información de "Lucy" a Moscú».

Por supuesto, los rusos terminaron precipitándose ansiosamente sobre todo lo que «Lucy» les enviaba, e incluso basando sus planes de guerra en los mensajes del agente. Foote, operador de la maquinaria rusa en Suiza, estaba en una excelente posición para examinar las acciones de Lucy y determinar su auténtico valor. Aunque Foote, al igual que Roessler (o «Lucy») ha muerto, su historia posterior permite desentrañar, hasta cierto punto, el misterio de este superespía que disponía de contactos dentro mismo de Alemania. Resulta curioso que lograra enviar impunemente sus mensajes a Moscú, a la vista de la reputación de eficiencia del Servicio de Inteligencia suizo. Es casi seguro que el brigadier Masson, pro-francés y pro-británico, sabía lo que estaba ocurriendo y lo toleraba. Recién en noviembre de 1943, con el curso de la guerra volcado favorablemente a los aliados, los suizos comenzaron a efectuar arrestos, desbaratando la maquinaria del espionaje soviético, pero aun entonces se mostraron extremadamente benignos con Foote, quien pasó una temporada relativamente cómoda en prisión, siendo liberado en setiembre del año siguiente. Foote creía que los suizos conocían perfectamente las actividades de Roessler y que no dudaban de que el hombre que les había estado brindando información sobre el Alto Comando alemán también las remitía a Moscú. Pero Roessler no fue arrestado hasta mucho tiempo después, y luego liberado, tras tres meses de detención, con un salvoconducto (y probablemente las bendiciones) del Estado Mayor suizo.

Tras recuperar su libertad, Foote viajó a París, y de allí a Moscú. Los rusos querían enviarlo a México, donde debía operar como espía contra los Estados Unidos. Pero Foote tenía otros planes. Cuando llegó a Berlín Este, se cruzó al lado occidental y tomó

contacto con la Inteligencia británica. Tras regresar a Inglaterra, se instaló como funcionario civil del tranquilo y burocrático Ministerio de Agricultura y Pesca.

Oficialmente, no se ha admitido el verdadero papel jugado por Foote durante la guerra. Nadie duda de que trabajó para los rusos con toda competencia y buena fe; también está claro que, al mismo tiempo, se desempeñaba como agente del Servicio Secreto británico, salvando su conciencia izquierdista y antifascista mientras brindaba un servicio a su propio país. Alexander Foote fue protagonista de la más efectiva penetración que hayan realizado los ingleses en el Servicio Secreto soviético; sin embargo, los rusos jamás podrán negar que les prestó servicios de incalculable valor.

Lo que seguirá siendo materia de conjetura es si también «Lucy» era agente británico. Sin duda, fue protegido por los suizos, quienes le deben haber considerado uno de sus agentes más valiosos. Aunque neutral durante la guerra, Suiza estaba dividida entre los pro-nazis, que predominaban en la parte de habla germana de su territorio, y los pro-franceses, quienes obviamente eran mayoría en la sección francófila, pero el segundo grupo era numéricamente superior al primero, y, puesto que un hombre del calibre del brigadier Masson dirigía la seguridad suiza, los elementos pro-alemanes tenían cerrado el acceso al poder. A los intereses suizos no convenía que Alemania ganara la guerra, pues esta nación era la única que suponía una seria amenaza a la integridad territorial helvética. Si al transmitir información a los rusos se precipitaba la derrota alemana, las fuerzas suizas de seguridad no tendrían inconveniente en hacerse las desentendidas con respecto a la maniobra.

Por sobre todas las cosas, los suizos son gentes realistas y extremadamente cautelosas; tienen a la neutralidad como un precepto casi incorporado a su constitución: probablemente, el crimen más grave que puede cometer un suizo es comprometer la neutralidad de su país. Por lo tanto, es indudable que los suizos no habrían tolerado durante tanto tiempo las actividades del espionaje soviético si no hubieran sabido que, las informaciones suministradas por Roessler sólo llegarían a sus manos si autorizaban, al mismo tiempo, su transmisión a Rusia. Tal vez Roessler hizo creer a los suizos que su información venía directamente desde Alemania, pero esto resulta extremadamente improbable. Por cierto, si los suizos hubieran creído que dicha información llegaba regularmente desde Alemania, probablemente se habrían mostrado más desconfiados, optando por no mezclarse con las actividades de Roessler. Si los alemanes descubrían que los organismos suizos de Seguridad estaban espiando a su país, tendrían una excusa para intervenir en los asuntos interiores suizos. Los helvéticos nunca habrían corrido

conscientemente este riesgo. Es más posible que los suizos sospecharan, aunque tal vez sin saberlo concretamente, que la información no venía desde Alemania sino desde Inglaterra. El hecho es que la información arribaba con una puntualidad extrema, en un flujo cotidiano y sólido de datos actualizados y profesionalmente presentados, que no podía tener origen alemán. Ningún agente se hubiera atrevido a mandar informes de tanto bulto y con tanta frecuencia, por vía radial, desde territorio alemán. Hasta los agentes más eficientes se ven obligados por las circunstancias, a veces, a interrumpir sus actividades.

Es posible que una pequeña parte de la información fuera obtenida directamente en Alemania, pero sin duda el bulto de la inteligencia era transmitido por el Servicio Secreto británico a Roessler. El agente británico Foote se aseguraba de que, a pesar de la reticencia inicial de los rusos con respecto a este material, Roessler lo transmitiera a Moscú; cualquier otro agente soviético hubiera rechazado el asunto por simple desconfianza. El éxito del plan dependía totalmente de ambos hombres: Roessler y Foote. En cuanto a los suizos, deben haber estado encantados de contar con el asesoramiento de Roessler con respecto al material que afectaba directamente a Suiza, pues el singular agente les brindaba sus análisis de reconocida calidad, a bajo costo. Suiza recibía un tipo de inteligencia que, normalmente, hubiera costado una fortuna y el duro trabajo de varios agentes. Además sabían que estos análisis, concebidos para servir a los requerimientos suizos, no eran enviados a los rusos, aunque sí la «materia prima».

Cualquiera que desconozca los métodos del espionaje moderno dirá que, si era imposible obtener aquella información directamente en Alemania, más imposible aún habría resultado adquirirla en Londres. Superficialmente, parece que así fuera; en realidad, debe haber resultado mucho más fácil. La Inteligencia británica había penetrado muy pronto los códigos cifrados alemanes. Ya en la primavera de 1940, la Inteligencia británica recibía ocasionalmente, de una fuente irregular, ciertas señales de los movimientos de tropa alemanes; pero, a falta de medios para confirmar la exactitud de estos informes, se veía obligada a no utilizarlos. Menzies había establecido la prioridad de descifrar los mensajes militares alemanes, en gran parte porque Churchill le presionaba constantemente para que obtuviera Inteligencia sobre el Continente, desde el desastre de Venlo. Consecuentemente, un equipo de expertos en mensajes cifrados fue instalado en una casa de campo cerca de Bletchey, a las órdenes del capitán Edward Hastings. Los alemanes, con su característica exhaustividad, habían aprendido dos lecciones de la Primera Guerra Mundial: primero, imitando la pericia con que el

N.I.D. había descifrado sus códigos; segundo, acelerando el trabajo de desciframiento. Para complementar estos dos factores, fabricaron una máquina cifradora, cuyos mensajes consideraban extremadamente resistentes al análisis; en efecto, para descifrarlos no bastaba con la presencia de expertos y analistas, sino que era preciso contar con una máquina idéntica a la utilizada para la transmisión. En un curioso golpe de suerte, el 17 de agosto de 1941, la Real Armada capturó un submarino alemán equipado con una de estas máquinas. Con ayuda del gigantesco aparato, la tarea de descifrar los códigos alemanes se facilitó considerablemente. La captura del submarino, un U-570, fue ocultada a los alemanes mientras el equipo descifrador se abocaba fervorosamente a su trabajo. Pero aún más importante fue la captura del U-110 intacto, el 9 de mayo de 1941. Los méritos por este golpe de Inteligencia corresponden a la Marina, pero dado que la organización de desciframiento dirigida por el capitán Hastings pertenecía a la esfera de operaciones de Menzies, el Servicio Secreto se quedó con la gloria del caso. Pronto se logró acelerar el proceso de desciframiento de los mensajes alemanes, preparándose análisis cotidianos de la Inteligencia alemana; éstos fueron transmitidos a los rusos a través de «Lucy». Gracias a que todo un equipo de descifradores trabajaba en estos materiales, gracias a que muchos hombres procesaban la información a paso vivo, los rusos recibieron este valioso y actualizado material con singular regularidad. Puesto que buena parte de estos envíos contenían señales interceptadas al *Ober kommando der Wehrmacht* y el material parecía provenir directamente desde Alemania. La Suiza neutral, donde eran perfectamente posibles las comunicaciones diplomáticas por medio de la radio y la encomienda, era un sitio ideal para diseñar estos informes, disimulando su origen inglés. Sin duda, la historia de los diez oficiales bávaros no era más que una patraña ligeramente extravagante ideada por Roessler, para el caso de que los rusos le interrogaron directamente. Es probable que su relación con el Bureau Ha le brindara cierta inmunidad con respecto a los soviéticos.

Cabe señalar que muchas otras informaciones eran obtenidas a través de un misterioso personaje conocido por el nombre codificado de «Walter». Éste también ostentaba el seudónimo de «Capitán Van Narvig». Antiguo oficial del Ejército Imperial zarista, no era en realidad de nacionalidad rusa, sino que pertenecía a la casta cosmopolita tan característica de los agentes de espionaje. Nacido en San Petersburgo, de madre inglesa y padre alemán, había obtenido la nacionalidad finlandesa. En realidad, era el mismo Van Narvig conocido por Sidney Reilly, que ya he mencionado en el capítulo veinte. La relación entre Reilly y Van Narvig es, por cierto, inte-

resante. Es casi seguro que Reilly recomendara a Van Narvig tanto al Servicio Secreto británico como al de los checos. El propio Van Narvig insistía en que «debía mucho a Sidney Reilly, quien me enseñó que el mejor espía es siempre el independiente. Precepto que he seguido durante toda mi vida».

Van Narvig, aparte de sus actividades de espionaje, por razones que sólo él conocía, transmitía muchas informaciones a su amigo Wythe Williams, editor de un pequeño periódico suburbano, casi insignificante, el *Greenwich Time*, de Greenwich, Connecticut. Sus perplejos lectores no comprendían cómo un periódico tan modesto lograba obtener informaciones tan precisas sobre lo que ocurría en Europa. Ha escrito Lowell Thomas sobre el editor y propietario del periódico: «Wythe Williams ha sido uno de los campeones del reportaje sobre la situación europea. Obtuvo su reputación compitiendo con la formidable maquinaria del servicio exterior del *New York Times*, de la Northcliffe Press y la United Press. Al regresar a Europa, sólo contaba con los limitados recursos del *Greenwich Time*... desde su despacho... Wythe comenzó a sacar de la galera un conejo periodístico tras otro. Nos tenía perplejos, e incluso ligeramente escépticos. ¿Cómo podía un solo hombre, nos preguntábamos, obtener información que resultaba inaccesible a los grandes servicios cablegráficos americanos, para no mencionar a los otros periódicos que poseían su propia maquinaria informativa? De modo que muchos contemplábamos los éxitos e impactos de Wythe con el ceño fruncido. Pero, increíblemente, la historia no cesaba de corroborar y reivindicar sus noticias.» [4]

Wythe Williams contaba con muchas fuentes para sus exclusividades, todas ellas ubicadas en las capitales europeas, pero el principal reportero no era otro que el mismísimo Van Narvig. Éste advirtió a Williams que la guerra estallaría en setiembre de 1939, que Rusia se mantendría al margen mientras le fuera posible, e incluso consumaría un pacto con los nazis. Al estallar la guerra, continuó enviando despachos regulares a Williams, que eran sacados clandestinamente de Europa, y finalmente instaló un receptor radial especial que permitió a Williams interceptar directamente los mensajes codificados del alto comando alemán. Por este medio, el 8 de mayo de 1940, Williams anunció que dos ejércitos alemanes se desplazaban hacia la frontera holandesa: uno desde Bremen, en dirección de Groningen, el otro desde Colonia hacia Limburg, lo que indicaba claramente una inminente invasión de los Países Bajos. Teinta y dos horas más tarde, el mundo recibió la confirmación de esta noticia a través de los informes oficiales: había comenzado la invasión de Holanda, Bélgica y Luxemburgo.

La política de Van Narving consistía en utilizar a Williams para advertir al público americano sobre los peligros que se avecinaban. Era ésta una propaganda de primera clase, y su extraordinaria efectividad se apoyaba en su absoluta veracidad. Van Narvig había conocido a Roessler en Checoslovaquia, antes de la guerra; se sospecha que Roessler actuó como espía para los checos. Sin duda, lo hizo durante un cierto período después de la Segunda Guerra Mundial. Trabajando indirectamente con los ingleses, Van Narving suministró también buena parte de la Inteligencia alemana que le brindaba su receptor radial.

28

El papel de la Maffia y el enigma del almirante Canaris

Uno de los axiomas básicos de los ingleses, durante la Segunda Guerra Mundial, aconsejaba evitar el absurdo derroche de vidas humanas que había caracterizado a la Primera Guerra Mundial. Cuando se planeaba una acción, el interrogante vital que se formulaba a los planificadores era siempre: ¿cómo sufriremos el menor número posible de bajas?

Por esta razón, el Servicio Secreto fue incorporado a las operaciones de planeamiento en un estadio muy temprano, y sin duda esta estrategia ahorró muchos derramamientos de sangre y abrevió numerosas operaciones. A quienes condenan al espionaje como «juego sucio», les resultaría saludable ponderar los beneficios que aquél brindó a los combatientes durante la Segunda Guerra Mundial.

Uno de los mejores ejemplos de esta afirmación es la campaña para invadir Sicilia. Con anterioridad a la «Operación Husky», nombre codificado de la campaña siciliana, los agentes habían trabajado duro, reuniendo información y evaluándola. Mussolini venía librando una dura lucha contra la temible Maffia, sociedad secreta en la que imaginaba un futuro rival de su propio Partido Fascista. La misión de destruir a la Maffia había sido encomendada al jefe de policía del Duce, el prefecto Mori, quien arrestó a miles de sospechosos y les envió por barco a islas penitenciarias, de modo que en 1927 Mussolini anunció al Parlamento del Partido Fascista el fin de la guerra contra la Maffia.

Pero, como subraya Norman Lewis en su libro *Honoured Society* [1], el efecto de la represión Mori sólo podía ser temporario, pues se limitó a segar una cosecha, cuando lo necesario era un cambio de suelo y clima. Los miembros más astutos de la Maffia —profesionales, doctores, abogados— tuvieron la agudeza suficiente como

para escapar de Mori, incorporándose al Partido Fascista. Sólo los miembros secundarios, las «bases» de la «Onnorata Societá», fueron a prisión.

El Servicio Secreto británico comprendía perfectamente lo sucedido; no ignoraba que, aunque los miembros desgajados de la Maffia podían servir como agentes, sería peligroso revivir a la sociedad secreta y otorgarle una autoridad desmesurada. Los americanos, en cambio, tenían ideas más liberales. En 1943, «Lucky» Luciano, nacido con el nombre de Salvatore Luciana, en Sicilia, y jefe de la Maffia americana, estaba encarcelado en los Estados Unidos, cumpliendo una condena de 35 años por forzar a mujeres a ejercer la prostitución. La Inteligencia norteamericana, asistida y entusiásticamente apoyada por la Marina, decidió utilizar los enlaces de Luciano, tomando contacto por su intermedio con los altos jefes clandestinos de la Maffia en Sicilia. En pago por estos servicios, Luciano fue puesto en libertad, oficialmente en 1945; pero, según ciertas fuentes italianas, extraoficialmente ya en 1943. Algunos aseguran que en esta fecha fue trasladado secretamente por la Marina norteamericana a Sicilia; le vieron en las vecindades del Estado Mayor del Séptimo Ejército americano poco después de la invasión.

Se ha presentado un retrato injusto de la campaña siciliana, comparando el hecho de que los americanos, quienes tenían la misión supuestamente difícil de conquistar el puesto montañoso y la mitad occidental de la isla, alcanzaron la costa norte de Sicilia en siete días, mientras los ingleses y canadienses, luchando en la costa oriental, sobre terreno mucho más accesible, necesitaron cinco semanas para llegar a Messina. Este relato de los hechos es por demás tendencioso. La ruta hacia Messina era vital, y para conquistarla se necesitaban las mejores tropas, pues la captura de esta ciudad suponía el establecimiento de una cabeza de puente hacia Italia. Por esto, las tropas inglesas y canadienses chocaron contra el grueso de las fuerzas alemanas, y en este punto se ejerció la Resistencia más encarnizada contra la invasión. En esta zona, por otra parte, la Maffia era mucho más poderosa que donde operaban las tropas americanas, quienes sólo tuvieron que enfrentarse a las desalentadas fuerzas italianas, y contaron con la ayuda de un alzamiento mafioso. El terreno sobre el que actuaron las tropas americanas puede haber sido dificultoso en un sentido geográfico, pero esto resultaba compensado por la falta de oposición y la extensa ayuda de la Maffia en estas tierras dominadas por el líder mafioso Don Calo. Alrededor de un quince por ciento de los soldados americanos eran de origen siciliano, y habían sido escogidos para esta operación según indicaciones de la Inteligencia U.S.A.

Sería gratuito disminuir el mérito de los Estados Unidos, que instrumentaron en forma ingeniosa el arraigo de la Maffia en Sicilia, allanando el camino para una invasión más o menos incruenta en la parte occidental de la isla; sin embargo, es innegable que la política de cooperación con la Maffia llegó demasiado lejos, y tuvo efectos perjudiciales que se han sentido después de la guerra. Don Calo, el líder mafioso, fue nombrado alcalde de Villalba por el funcionario americano de Asuntos Civiles, y las turbas eufóricas saludaron el anuncio con el grito: «¡Vivan los aliados! ¡Viva la Maffia!» Los mafiosos que cumplían condena en las cárceles fueron rápidamente liberados, y en pocas semanas la mayoría de las ciudades sicilianas cayó en manos de alcaldes relacionados con la Maffia. Uno de ellos, Serafino di Peri, alcalde de Bolognetta, integró inmediatamente una pandilla que aterrorizó a Palermo durante los siguientes cinco años.

Los ingleses fueron más prudentes en la colaboración con la Maffia. Los agentes del Servicio Secreto británico que habían estado operando en Sicilia no se dejaron impresionar por la propaganda siciliana, al menos no tanto como los americanos. Con pocas excepciones, asumieron una visión más objetiva y previsora de las conveniencias de tomar a la Maffia por aliada. En otras palabras: lo que realmente importaba era el futuro de una Italia post-mussoliniana, y otorgar a la Maffia un renovado poder en Sicilia, antes de que Italia fuera completamente liberada, equivalía a facilitar el resurgimiento del poder mafioso en la propia Roma. Pocos meses después de los desembarcos sicilianos, se solicitó a Scotland Yard que enviara hombres para investigar las actividades de los peores gangsters de la Maffia siciliana. Estos oficiales del Yard fueron incorporados a una sección especial de Inteligencia Militar, y su misión giró en torno a los más conocidos terroristas. Arrestaron y encarcelaron rápidamente a dos de los principales jefes mafiosos, así como a diecisiete lugartenientes. Lamentablemente, los americanos no hicieron lo mismo en sus sectores de Sicilia.

En los sondeos preliminares con los mafiosos, antes de la invasión, los ingleses percibieron una *nota* de chantaje: las condiciones que pretendía imponer la Maffia no sólo incluían garantías de puestos oficiales, a cambio de conceder a los invasores el «derecho» a gobernar Sicilia, sino también una promesa de independencia para los sicilianos, quienes quedarían así completamente separados de la nación italiana.

«No hay dificultad alguna para obtener el apoyo de la Maffia», informó un agente británico en febrero de 1943. «El precio por dicha cooperación es lo que resulta problemático. Si concedemos los

términos que pretende imponernos la Maffia, el gobierno militar aliado en Sicilia se convertirá en una farsa, y de esto surgirá un mercado negro enteramente dominado por la Maffia. Creo que, dos meses atrás, hubiéramos podido obtener condiciones mucho más convenientes, pero los americanos han venido conspirando, obviamente, con ciertos mafiosos americanos, y estas noticias han llegado a Sicilia. En Siracusa, según se informa, algunas fuentes americanas promueven la idea de una Sicilia independiente después de la guerra; toman en cuenta el hecho de que la Maffia es violentamente anticomunista y esto les parece positivo. No faltan los mafiosos dispuestos a considerar la posibilidad de convertir la isla en una colonia americana.»

El plan del Servicio Secreto británico consistía en utilizar a los bandidos independientes anti-fascistas, preparando las condiciones favorables para la invasión, sin prestar atención a la Maffia propiamente dicha. Uno de los agentes de Sir William Stephenson, adiestrado en la escuela de sabotaje de las afueras de Toronto, era un italiano que había sido cuidadosamente seleccionado mucho antes de la operación. Este hombre llegó al cargo de teniente coronel en el Ejército británico y fue nombrado segundo comandante de la Misión de Operaciones Especiales, enviada a Sicilia con el primer grupo de tropas de asalto. Inmediatamente organizó a los sicilianos para el sabotaje y otras misiones de combate tras las líneas enemigas.[2] Algunos de sus asistentes pertenecían a la Maffia, pero el hombre de Toronto se cuidaba bien de no complicarse demasiado con los mafiosos, en tanto que organización.

Más aún, uno de sus objetivos básicos consistía en atraer con preferencia el apoyo campesino.

El tipo humano que los ingleses aspiraban a reclutar era el bandido independiente, anti-fascista y amigo de los campesinos. Estos personajes no sólo conocían bien el terreno, sino que además estaban habituados a operar independientemente y a vivir en el peligro. Uno de ellos, escogido con particulares recomendaciones, era Salvatore Giuliano, un aventurero de veinte años que no tenía relación con la Maffia, pero cuyo encanto y dones de liderato y organización le calificaban como un candidato a jugar un papel utilísimo en el planeamiento de un alzamiento simultáneo con la invasión. Se hicieron planes para otorgar autoridad a Giuliano, con vistas a la orquestación de la algarada. El propio Giuliano puso manos a la obra, reuniendo personas para integrar un grupo de combate, y entregándoles armas. Pero, por alguna razón, se postergó la autorización oficial para la puesta en práctica de este plan. Giuliano se sintió tristemente desplazado; encendido, sin embargo, de entusiasmo por liberar a su patria, se volvió a los

americanos y obtuvo su apoyo a último momento. Como resultado de todo esto, Giuliano mantuvo a raya a dos divisiones alemanas con una fuerza de sólo cien hombres, en la zona del monte Cammarata. Las vacilaciones británicas empujaron a Giuliano a una alianza con la Maffia. De hecho, nunca llegó a formar parte de la organización, pero posteriormente se hizo famoso como una especie de legendario bandido al estilo Robin Hood; la Maffia, finalmente, le traicionó.

En un momento dado, Giuliano era tan fuertemente pro-británico que entró en conversaciones para crear una base naval inglesa en Sicilia, estableciendo un Gobierno que reconocería la potestad de la corona británica en retribución por la ayuda inglesa. No podemos saber si este hombre se habría comportado como un buen ciudadano si el caso hubiera sido manejado de otra forma; pero muchos creen que los ingleses cometieron un gran error y que no supieron utilizarlo adecuadamente. Después de la guerra, el líder siciliano se lanzó a una lucha desesperadamente valerosa desde su refugio montañés de las afueras de Palermo, repudiando todos sus vínculos con la Maffia y proclamando que había sido el único siciliano que había luchado efectivamente contra el comunismo. Incluso presentó una solicitud a los Estados Unidos, requiriendo ayuda del Plan Marshall, en retribución por la cual prometió preparar un alzamiento armado que haría de Sicilia un territorio americano. Apoyó sus aspiraciones con alguna propaganda sutil, asegurando que sólo robaba a los ricos para dar a los pobres. Depositaba regalos en los umbrales de las humildes casas de los campesinos sicilianos, por la noche, y enviaba dinero por correo a quienes padecían miseria. Fue un joven notable, lleno de ideas, pero su desafío a la autoridad italiana y a la Maffia le condenaron a una muerte violenta: la Policía le mató a tiros después de perseguirlo infructuosamente durante más de siete años.

Mas, sin duda, fueron los americanos quienes, con imprudencia incalificable, llevaron a Sicilia el Caballo de Troya del gangsterismo americano, resucitando la Maffia. Los métodos de los mafiosos se habían impuesto fácilmente en los Estados Unidos. En Chicago, los gangsters sicilianos obtenían dinero extorsionando a los comerciantes —es decir, vendiéndoles *protección*— y también se habían hecho fuertes en Nueva Orleáns. Muchos de estos gangsters integraban las tropas que desembarcaron en Sicilia, y rápidamente se complicaron con las maniobras tendientes a concentrar todo el poder de la isla en manos de los mafiosos.

El error cometido por los británicos, su incapacidad de instrumentar a Giuliano, resulta insignificante cuando lo comparamos con el fallo garrafal cometido por la Legación británica en Berna, en

1943. Un personaje alemán telefoneó a estas oficinas, solicit una entrevista con el agregado militar británico: se declaró pleado del Ministerio alemán de Relaciones Exteriores, asegur que llevaba consigo una maleta llena de importantes docume que había traído desde Berlín.

El agregado militar le dijo que se marchara, de modo que el alemán intentó tomar contacto con el jefe de la Cancillería, y finalmente con el ministro. Volvieron a rechazarle, y aparentemente no se intentó confirmar su historia, que sin duda tenía visos extravagantes. Lo que es aún peor, ningún miembro de la Legación tuvo el sentido común de sugerirle que entrevistara a cualquiera de los delegados del Servicio Secreto en Suiza, que eran varios, ya que el coronel Claude Dansey, director asistente del Servicio Secreto, había trabajado duro para garantizar la eficiencia de la red del Servicio Secreto en aquel país. Dansey había residido en Suiza antes de la guerra, y puso especial interés en la Resistencia sobre territorio helvético. Por lo tanto, se disgustó vivamente cuando llegaron al S.I.S. algunas copias de los documentos que portaba aquel alemán, sólo que *a través del O.S.S.* de Washington. En efecto; el alemán, no habiendo encontrado eco en los ingleses, se había dirigido a Allen Dulles, quien por aquel entonces dirigía el despacho de la O.S.S. en Berna. En una reacción que no podemos menos que calificar de pueril, Dansey, celoso de Dulles, examinó someramente los documentos, insistiendo luego en que eran burdas falsificaciones, sólo creíbles para los americanos

Este incidente precipitó el comienzo del fin de la carrera de Dansey en el Servicio Secreto. Por cierto, los documentos eran genuinos; el misterioso alemán había logrado probar su condición de asistente del oficial de contacto de la *Auswaertige Amt* para todas las fuerzas alemanas en Berlín, y también su profesión de fe antinazi. Había llegado a Berna en misión de correo, con los documentos amarrados a su pierna. Más aún, estaba dispuesto a regresar a Berlín, para traer luego nuevas informaciones. Sabiamente, los americanos le dieron el nombre supuesto de «George Wood», y le asignaron contactos con la Inteligencia U.S.A. en Estocolmo y otras ciudades. El material suministrado por el alemán al O.S.S. resultó de inmenso valor: contenía detalles de nuevas estaciones radiales alemanas, informes sobre el tungsteno contrabandeando desde España a Alemania en cajones de naranjas, datos sobre movimientos de tropa y cambios en los comandos de la Europa Central.[3]

Mientras tanto, el enigma del almirante Canaris seguía fascinando a los miembros de la jerarquía del Servicio Secreto, que seguían su carrera con marcado interés. Algunos temían verse en-

vueltos en dificultades por defender la teoría del anti-hitlerismo de Canaris, de modo que trataban de evitar toda discusión sobre el tema. Está comprobado que, al menos, un jefe de Inteligencia amenazaba con castigar a cualquier subordinado que se atreviera a sugerir la figura del almirante Canaris como aliado de los ingleses. Pero unos pocos mostraron más discernimiento, y comenzaron a contemplar la conveniencia de estudiar las reacciones de Canaris ante distintos acontecimientos. Se sabía, por ejemplo, que los nazis habían pedido a Canaris que hiciera asesinar al general Giraud en su cautiverio. Mas nada ocurrió, y luego Giraud escapó desde Sajonia, abriéndose paso hasta la Francia de Vichy. El pretexto de Canaris, por el incumplimiento de la orden de liquidación sobre Giraud, consistió en que la misión había sido encargada a Heydrich, Comisionado general de Seguridad en los territorios ocupados. Presumiblemente, Heydrich había sido asesinado antes de que pudiera ejecutar el mandato. Pero, ¿intervino el propio Canaris en la fuga de Giraud? El general tenía todas las posibilidades en contra: no hablaba alemán, había escapado de la cárcel en solitario, y para colmo de males no podía pasar desapercibido porque carecía de un brazo.

Ciertamente, Canaris jugaba un extraño juego hacia 1941-1942. Según el testimonio del general Erwn Lahousen, de la *Abwehr*, Canaris estaba en contacto con el almirante Darlan, ya en 1942. Lahousen, asistente de Canaris, conocía perfectamente sus actividades; declaró que el intermediario entre Darlan y Canaris era un tal Deloncle, antiguo terrorista *cagoulard* y jefe de una brigada de voluntarios franceses anti-soviéticos en el *Reichserh.* Sin embargo, Deloncle no parece haber participado directamente en las intrigas de Canaris, decidido a salvar a Alemania derrotando a Hitler.

Ya en mayo de 1942, el Servicio Secreto británico recibió la noticia de que Canaris había mantenido comunicación con Giraud y Darlan, pero al parecer esta información fue tomada con escepticismo. No obstante, se prestó cierta atención al hecho de que Canaris tendía a vender a Hitler unas informaciones que pintaban una Inglaterra más fuerte que la real, reteniendo al mismo tiempo muchos datos significativos. Era evidente que, deliberadamente o no, Canaris sólo transmitía informaciones favorables a los aliados. Conviene recordar que una de las razones por las que el cuerpo del «Man wha newer was» fue arrojado en la costa sur de España radicó en que los ingleses sabían que la Península Ibérica era la esfera de operaciones de Canaris, y que cualquier Inteligencia proveniente de esta zona le llegaría, sin duda alguna. Podría objetarse, sin embargo, esta teoría: si Canaris estaba secretamente en favor de los aliados, no debió haber transmitido al Alto Comando alemán la información sobre el cuerpo del «Mayor Martin», que a sus ojos era auténtica. Por otra parte, de haber sospechado que la historia era una farsa, hubiera sido el primero en proclamar la veracidad del caso.

Ignoramos si el propio Canaris intuyó que el «Mayor Martin» era una triquiñuela inglesa, o si la idea le fue sugerida por los británicos por vía indirecta. Si tenemos en cuenta la extrema cautela que demostraba el Servicio Secreto en cuanto a la posibilidad de colaborar con Canaris, parece extremadamente improbable que los ingleses se arriesgaran a cualquier acercamiento relacionado con esta maniobra vital. A pesar de todo, la complejidad de la mentalidad de Canaris y la ambigüedad de sus acciones deben haber preocupado a los planificadores de la acción «Man who newer was», conscientes de que, informando de la presencia de un gran convoy de naves de guerra en Gibraltar, Canaris intuiría la inminencia de una invasión al norte de Africa.

Es interesante, pues, examinar el caso del «Mayor Martin» y un incidente similar ocurrido pocos días antes de que la flota invasora llegara a Gibraltar. Los documentos del «Mayor Martin» habían sido descubiertos por las autoridades españolas, presentados a la Inteligencia alemana y enviados luego a Canaris en Berlín. Sin embargo, cuando, pocos días antes del día D para la invasión del norte de Africa, un avión que llevaba a un mensajero británico con los verdaderos planes de la invasión fue derribado cerca de la costa española, los documentos fueron rápidamente reintegrados a los ingleses, aparentemente intactos. Es difícil creer que, en esta ocasión, los papeles no fueran enseñados a los alemanes. Si así fue, Canaris retuvo la información.

Hasta último momento, con más de 500 naves aliadas en las proximidades de Gibraltar, Canaris no formuló advertencias sobre el peligro a Berlín; incluso sugirió que aquella flota se dirigía a Malta. Dada la considerable experiencia naval del almirante, éste no podía ignorar que estos enormes convoyes no podían dirigirse a la isla del Mediterráneo, donde hubieran coqueteado con un desastre seguro, a manos de los bombarderos alemanes. Después del asesinato de Darlan, Canaris entregó a Deloncle un pasaporte falso, que le permitió viajar a España para sondear a Sir Samuel Hoare, entonces embajador en Madrid. En esta ciudad dialogó con los agentes británicos sobre la posibilidad de una paz negociada. Poco tiempo después, en París, Deloncle apareció muerto en su apartamento: había sido asesinado por la Gestapo. En cuanto al propio Canaris, la tranquilidad que exhibió después de su fracaso en cuanto a brindar al Alto comando alemán una Información adecuada sobre las intenciones aliadas con respecto al norte de Africa, sólo es com-

parable al sorprendente buen humor que demostró la noche de Año Nuevo en 1941. Su biógrafo Abshagen relata que Canaris viajó a Algeciras, celebrando la Noche Vieja con una fiesta a la que invitó a todos los oficiales de la *Abwehr* en España; la reunión tuvo lugar en el «Hotel reina Cristina». Canaris vistió bonete y guardapolvo de *chef* y cocinó la cena para todos. Una sorprendente frivolidad, por cierto.[4]

¿Por qué hizo Canaris aquel viaje, en aquel preciso momento? Si lo que pretendía era disimular su propio fallo, y hacer creer a Hitler que estaba amonestando a sus subordinados, tales festejos no deben haber favorecido su pretensión. Parece más probable que Canaris esperara, ansiosamente, ciertas noticias de Deloncle. Pero la conferencia de Casablanca, que poco después exigió la «rendición incondicional» de Alemania, debe haber supuesto, temporariamente, una sentencia de muerte para las esperanzas de Canaris.

Incluso es posible que, en su Noche Vieja de Algeciras, Canaris esperara ser contactado por el gobernador de Gibraltar, general Mason McFarlane. En cierta ocasión, se había concebido el plan de que una misión del Servicio Secreto británico secuestrara a Canaris durante una de sus visitas a Algeciras. Esta ciudad quedaba tan cerca de Gibraltar que el almirante podía ser raptado por una lancha de motor en pocos minutos, pero la operación fue cancelada por expresas órdenes de Londres, en la creencia de que Canaris resultaría mucho más util a los aliados si permanecía en su puesto. En su libro *The Murder of admiral Darlan*, Peter Tompkins asegura que, mientras se encontraba a bordo de una nave aliada en Gibraltar, en vísperas de la invasión del norte de Africa, «nos sorprendía el hecho de que el Eje no hubiera descubierto y atacado nuestros convoyes, visibles para los agentes en ambos lados del estrecho, Algeciras y Tánger; y no sabíamos si atribuir esta dilación del Eje a la brillantez de las operaciones de cobertura aliada, a la estupidez por parte del Eje o al sabotaje dentro de sus propios organismos de Inteligencia. Más tarde supimos que se trataba de una mezcla de estos tres factores».[5]

El general McFarlane adquirió un especial interés en las cuestiones de Inteligencia, siendo gobernador de Gibraltar, y decidió vigilar de cerca las operaciones gibraltareñas controladas por el coronel Brian Clarke, y también los acontecimientos de Tánger, donde el jefe nominal de Inteligencia era el teniente coronel «Toby» Ellis. McFarlane había adquirido cierta experiencia como oficial de Inteligencia en Rusia, y poseía talento para este tipo de faena. Fue un gobernador ingenioso, extremadamente popular entre los gibraltareños, a quienes favoreció durante su gestión, aunque a veces poco ortodoxo y amigo de realizar misiones de espionaje por

su propia cuenta y riesgo. De hecho, McFarlane intervino en numerosas intrigas, que le valieron una reputación —en realidad, injusta— de conspirador maquiavélico; estos atributos le hicieron impopular entre los políticos, que hubieran preferido un gobernador menos original.

La popularidad de Mason McFarlane entre los gibraltareños le puso en contacto con ciertas personas dispuestas a brindar Información que, normalmente, no suministraban a los círculos oficiales de Inteligencia militar: en esto residía buena parte de su fuerza e influencia. Consecuentemente, supo de muchas escaramuzas libradas por el Servicio de Inteligencia rival de Gibraltar y Tánger. Esta última ciudad, zona internacional, aunque sometida a la administración española durante la guerra, era un centro vital para los espías de todas las nacionalidades; hasta los japoneses tenían su propia red en Tánger. Por esta razón, era un centro clave para la Inteligencia británica, y sobre todo un importante sitio de observación, así como punto de encuentro para numerosos espías.

Se atribuye a Mason McFarlane el mérito de haber sugerido personalmente el secuestro del almirante Canaris en Algeciras; éste fue el primero de los incidentes que motivaron recriminaciones en su contra. Siempre creyó que la invasión del Africa había sido defectuosamente concebida, pues a su juicio debió haberse invadido el norte de Africa a través de una zona mucho más oriental, considerando la captura de los puertos de Bone y Bougie. Todo el asunto —decía— había sido innecesariamente enredado por el Servicio Secreto británico, entregando parte del control a planificadores norteamericanos.

Mason McFarlane se metió en un problema más grave aún a raíz de su participación en el misterioso caso Sikorski. En julio de 1943, perdió la vida el general Sikorski, comandante en jefe de las fuerzas de Polonia libre, cuando su avión no logró tomar tierra en el aeropuerto de Gibraltar, precipitándose al mar. En el término de pocos días, el departamento de propaganda de Goebbels comenzó a difundir la historia de que Sikorski había sido asesinado por el Servicio Secreto británico. Se aducía que Sikorski dificultaba las relaciones aliadas con Stalin, y que la estrategia angloamericana había requerido su sacrificio en pro de las futuras relaciones con Rusia.

Se ha escrito demasiado sobre este asunto, sin presentar evidencias concretas. Sin embargo, puesto que toda acusación contra el Servicio Secreto británico debe ser cuidadosamente examinada en esto que pretende ser una historia de dicha organización, debemos considerar aquí algunas evidencias. El principal factor que atrajo sospechas sobre los ingleses, en este caso, radica en la cortina de

silencio tendida por los británicos, que se prolongó durante y después de la investigación sobre el incidente y persiste hasta nuestros días. Esto podría explicarse como un nuevo ejemplo de la obstinada estupidez de la burocracia, especialmente si tenemos en cuenta que tantas personas fueron amenazadas con sumarios bajo el Acta de Secretos Oficiales que el escepticismo sobre las acusaciones alemanas se transfiguró en dudas galopantes sobre la versión inglesa del incidente.

Recientemente, la producción de una obra teatral de Rolf Hochutz *The soldiers*, despertó renovadas polémicas sobre el caso. La obra sugiere que el mismísimo Winston Churchill fue cómplice de una conjura para asesinar a Sikorski. Por otra parte, los escritos del historiador David Irving concuerdan con estas presunciones de sabotajes. Se ha complicado innecesariamente el tema, poniendo en tela de juicio el nombre de Churchill sin la menor evidencia que permita asociarle a este incidente; se ha hecho referencia, en forma misteriosa, a una supuesta caja que contendría pruebas vitales sobre el supuesto sabotaje y que estaría depositada en un Banco suizo.

Más importante aún que esta supuesta capa repleta de invisible evidencias es la otra acusación de Hochutz: el general McFarlane —según este autor —estaba informado de los planes ingleses para dar muerte al general polaco, a quien aconsejó que no volara, junto a su hija, en el bombardero «Liberator» que les precipitaría a la muerte. Cualesquiera que fuesen las informaciones de que dispusiera McFarlane sobre una conjura, británica o no, lo cierto es que, indudablemente, advirtió a Sikorski que no viajara en el avión, aunque negándose a explicar las razones de su consejo. El gobernador de Gibraltar llegó, incluso, a sugerir a Sikorski que utilizara otro avión, haciendo compañía a M. Maisky, embajador soviético en Londres, que se dirigía a El Cairo. Esto de sugerir a un general polaco que viajara con un embajador ruso, en momentos en que los polacos libres no tenían relaciones diplomáticas con el Soviet, suena verdaderamente como un consejo desesperado. Por añadidura, Sikorski era violentamente anti-ruso.

El general Kukiel, ministro de Defensa del Gobierno polaco en el exilio, confirmó esta versión, tanto en cuanto a la urgencia de McFarlane para que Sikorski no volara a bordo del «Liberator», como en cuanto a la sugestión de que compartiera el avión de Maisky. McFarlane no sólo formuló la advertencia, sino que la repitió hasta tres veces. La señora Olga Lisiewicz, intérprete durante la conversación entre McFarlane y la viuda de Sikorski después de la muerte del general polaco, confirmó también la historia, declarando que McFarlane se encontraba en «un estado de extraordinaria preocupación» por no haber logrado convencer a Sikorski del peligro que le acechaba.

Las advertencias de McFarlane al general y la conversación posterior con Madame Sikorski causaron, ciertamente, un grave disgusto en la jerarquía del Servicio Secreto, y enfadaron tanto a Churchill que éste se negó a dialogar con McFarlane, a quien olvidó saludar cuando los dos hombres se encontraron cara a cara después de la guerra en la escalinata de un club londinense. Por aquel entonces McFarlane era representante laborista por Paddington.

El Foreign Office británico se ha negado sistemáticamente a suministrar información a los periodistas y escritores sobre este episodio particularmente con respecto a la identidad de los dos hombres del Servicio Secreto que, al parecer, viajaban en el avión, pero cuyos cuerpos jamás fueron recuperados, alegándose que habían dejado el aparato poco antes del accidente. Tal vez estaba demasiado oscuro para que el oficial de control de aeropuertos observara si los hombres abandonaban el avión o no poco antes del despegue, pero hay un detalle muy curioso: en el registro aéreo oficial se descubrió que faltaba una página; en ella, habrían figurado los datos de los pasajeros y demás detalles sobre el avión de Sikorski. La investigación correspondiente arrojó un saldo confuso de evidencias contradictorias y preguntas sin respuesta.

Hasta aquí he reconocido muchos argumentos favorables a quienes pretenden ver en el asunto un caso de sabotaje; pero debo subrayar, ahora, que la razón de la catástrofe fue más simple, aunque no por ello menos acusadora. Durante la guerra era práctica normal encomendar los vuelos de las personas de alto rango a dos pilotos experimentados y de primera clase: el capitán checoslovaco Edward Prchal era, precisamente, el piloto de aquel avión. El aviador checo, que aún vive, cumplimentaba todos los requisitos, pero su copiloto carecía de experiencia en las máquinas «Liberator», puesto que nunca había volado en una de ellas. Ciertas evidencias, que no fueron presentadas durante el juicio, sugieren que este segundo e inexperto piloto cometió un error técnico elemental que causó la catástrofe y precipitó el avión en el mar.

Esta explicación de lo sucedido parece mucho más plausible que la sugestión de un acto de sabotaje, que cautivó a tanta gente. Lamentablemente, el segundo piloto murió durante el siniestro, de modo que no se ha podido confirmar esta información. Sikorski había estado exigiendo que se iniciara una investigación independiente, a cargo de la Cruz Roja, sobre el hallazgo de los polacos asesinados en la selva de Katyn; se sospechaba que estos crímenes habían sido perpetrados por los rusos. Sin duda, eran estos últimos quienes más habrían tenido que ganar con la muerte de

Sikorski, dados los inconvenientes que éste suponía para el futuro de las relaciones anglo-soviéticas. La necesidad de asesinar a Sikorski era, para los rusos, de una evidente proyección política en aquella coyuntura. Pero, ¿por qué los alemanes no señalaron a los rusos, en lugar de los ingleses, como culpables del hecho? En aquel momento de la guerra, hubiera representado para ellos un buen detalle propagandístico. Algunos historiadores, particularmente A.J.P. Taylor, aseguran que Sikorski no era, en realidad, el obstáculo principal para un eventual acuerdo polaco-soviético. «Por el contrario —escribe Taylor en sus comentarios sobre el libro de David Irving, *Accident: The dath of general Sikorski*— este hombre representaba la mejor esperanza para un acuerdo, y su muerte, que fortaleció a la derecha polaca en el exilio, representó un desastre para la política británica de conciliación.» Sin embargo, creo que esta afirmación simplifica en exceso el problema. Sikorski era ligeramente más abierto, en cuanto a una posible reconciliación con los rusos, que sus aliados de la extrema derecha, pero los términos de la reconciliación que él hubiera aceptado no habrían resultado adecuados, sin duda, desde el punto de vista soviético.

Cierto es que el Servicio Secreto británico había descubierto que Sikorski sabía que algunos de sus compatriotas mantenían relaciones con los alemanes. Como patriota polaco, Sikorski era intachable; como amigo de los aliados, su convivencia con esta intriga equivalía a una traición. A partir de este momento, la Inteligencia británica había vigilado constantemente todos los movimientos de Sikorski. Eran bien conocidas las relaciones con ciertos polacos y la *Abwvehr* del almirante Canaris, pero tramadas por los derechistas y no por Sikorski personalmente. Es posible que los mencionados derechistas polacos desearan quitar de en medio a Sikorski. A pesar de su celosa custodia, hubo dos atentados contra su vida durante la guerra. Sin duda, antes de la tragedia de Gibraltar se temía una nueva intentona de asesinato contra Sikorski por parte de los agentes enemigos, y este conocimiento bien puede haber dado vuelo a las ideas sobre un hipotético sabotaje. McFarlane había servido en Inteligencia en Rusia, y probablemente comprendía a la perfección el drama interior de Sikorski, su necesidad de luchar contra las reclamaciones soviéticas sobre territorios polacos y, por otra parte, su lealtad a los aliados. Es natural que McFarlane, a despecho de su posición como gobernador, considerara una obligación moral salvar la vida de un colega oficial y amigo, si podía.

Pero resta un misterio: ¿Por qué McFarlane estaba tan convencido del peligro que acechaba a Sikorski en el avión «Liberator»? El almirante Sir Guy Guant, residente en Tánger, quien a pesar de

haberse alejado del mundo de la Inteligencia seguía de cerca estos asuntos, estaba seguro de que McFarlane sospechaba de un inminente intento de sabotaje. Declaró a este autor que el general McFarlane, por otra parte su amigo personal, había recibido desde Tánger una misteriosa advertencia sobre una conjura para sabotear el «Liberator». Ésta era la razón de sus advertencias. No creo que McFarlane conociera los detalles del complot, y a mi juicio lo que más le perturbaba era, precisamente, desconocer la identidad de quienes estaban detrás de la conspiración. Sospechaba que ésta había sido planeada en Tánger, y que la Inteligencia británica en dicha ciudad no había sido capaz de advertir a Gibraltar. Le indignaba el hecho de que el Departamento de Inteligencia de Gibraltar hubiera desechado la idea.»

Si McFarlane alertó a la Inteligencia británica, esto explica la presencia de los hombres del Servicio Secreto en el momento de la catástrofe. En esta forma es como la coincidencia da origen a mitos y leyendas. Stalin tendía a favorecer el rumor de que los británicos habían «arreglado» el asesinato de Sikorski, mas no lo afirmaba públicamente, sino a través de conversaciones privadas y en forma ocasional. Se complacía dejando que sus contertulios creyeran que no sólo sabía a la perfección todo lo que hacía el Servicio Secreto británico, sino que tenía formas y modos de utilizar la organización en su beneficio. De esta forma, aterrorizaba a sus oponentes. Según Milovan Djilas, agregado militar yugoslavo en Rusia durante la guerra, Stalin le formuló una advertencia que debía transmitir al mariscal Tito poco antes de la ruptura con Rusia. La advertencia era enigmática, pero de claro significado: El Servicio Secreto británico podía organizar el asesinato de Tito, tal como había eliminado limpiamente a Sikorski.

29

Hazañas femeninas en la Segunda Guerra Mundial

El papel de las mujeres en el campo de la Inteligencia adquirió, en la Segunda Guerra Mundial, una importancia muy superior a la que había tenido a lo largo de toda la historia del espionaje, y esto fue válido, también, como es natural, para el Servicio Secreto británico. Las mujeres ya no participaban solamente en eventuales misiones rutinarias de espionaje, sino que en muchos casos desempeñaban papeles fundamentales sobre territorio enemigo, así como cargos ejecutivos en los departamentos de Inteligencia. Tanto el M.I.5 como el S.I.S. incorporaron funcionarias femeninas; un buen número de jefes de espionaje en el exterior eran mujeres, que operaban formalmente como funcionarias de control de pasaportes. Por añadidura, al terminar la guerra, numerosas damas fueron ascendidas a estos rangos.

Fue una joven y capacitada oficial de la W.R.A.F. quien, desde los despachos secretos de la Inteligencia de la R.A.F. en Medmenham, produjo uno de los grandes golpes de la fase final de la guerra. Constance Babington-Smith integraba un grupo de funcionarios cuya misión consistía en examinar las fotografías presentadas por la R.A.F. tras sus misiones de reconocimiento de Alemania. Esta rama de la Inteligencia había adquirido una extraordinaria importancia en la localización de nuevos blancos y en la confección de un cuadro de las actividades enemigas. En mayo de 1943, Constance se encontró ante una fotografía tomada el día anterior durante un vuelo sobre Peenemünde. Utilizando un estereoscopio y un magnificador a escala, notó una sombra diminuta, negra y de forma curva, con un bulto blanco en forma de T en su parte inferior. A partir de estos detalles, dedujo que la sombra negra era un nuevo tipo de rampa de lanzamiento, y que la T blanca representaba un aparato volador, notablemente pequeño, de naturaleza desconocida. A consecuencia de este descubrimiento, se hicieron ampliaciones de la fotografía que confirmaron su deducción: obviamente, se trataba de una rampa y su aparato volador. Aquella pieza única de trabajo de Inteligencia, resultado de una agotadora selección entre miles de fotografías similares de reconocimiento aéreo, había de salvar decenas de miles de vidas inglesas.

En efecto, Peenemünde se hallaba en una isla alemana del Báltico, donde Hitler había ordenado organizar experimentos con cohetes, bombas y misiles dirigidos, por cuyo intermedio esperaba volcar el curso de la guerra en favor de Alemania. Ya en 1933 se había comenzado a trabajar en este terreno, pero el Servicio Secreto había ignorado todo el asunto desde sus comienzos, y, lo que es más grave aún, no había sido capaz de prestar atención a distintos informes dispersos que debieron haberle alertado sobre la posibilidad de que los alemanes estuvieran realizando experimentos en esta zona. En 1939 —vísperas de la guerra— se habían infiltrado ciertas noticias sobre el desarrollo de un arma secreta alemana de poder devastador, pero en los círculos británicos se creyó que esto no era más que un nuevo golpe de propaganda alarmista de Goebbels, empeñado en su guerra de nervios contra Occidente. Nuevas advertencias llegaron durante la guerra, una de ellas a través de una carta anónima enviada desde Noruega, que despertó lógicas sospechas; en cambio debió haberse tomado con más seriedad el informe remitido por un agente desde Dinamarca.

El descubrimiento de Constance Babington-Smith desencadenó una imperiosa búsqueda de nuevos informes sobre Peenemünde; todos los informes anteriores, que habían sido cuidadosamente archivados, se reexaminaron. Nuevos y más positivos detalles sobre la producción de la mortal V-1 y las bombas voladoras V-2 resultaron en el bombardeo de Peenemünde por la R.A.F., y esto supuso la postergación de los ataques con bombas voladoras sobre Inglaterra durante, por lo menos, seis meses. Aun entonces, las organizaciones de Inteligencia tuvieron grandes dificultades para convencer a los políticos de que las bases de lanzamiento de bombas voladoras debían ser consideradas como blancos prioritarios.

Una de las agentes secretas más destacadas de la guerra fue Christine Granville. Hija de una distinguida familia polaca, nacida con el nombre de condesa Krystina Skarbek, esta muchacha alta, atrayente, delgada y vivaz reunía todas las condiciones que cualquier novelista desearía para su modelo ideal de encantadora espía femenina. Por sus venas corría sangre judía, lo que explica en gran parte su odio contra los nazis, mientras sus orígenes familiares dan razones para el coraje extraordinario y la decisión de que hacía gala. Hasta los veinte años había vivido la existencia de una *Play-*

girl, concursando incluso —y ganando— en una competencia de belleza por el título de «Miss Polonia». Stanley Moss, otro agente británico que la conoció y trabajó con ella, dijo de Christine: «Ejercía sobre los hombres una atracción casi hipnótica, con su mezcla de vivacidad, coquetería, encanto y aguda personalidad. Podía encender y apagar aquella personalidad como si se tratara de un faro, capaz de deslumbrar a cualquiera con sus destellos».

Su primer matrimonio, con el heredero de una acaudalada familia, sólo duró unas pocas semanas. Se segundo marido fue George Gizycki, quien le llevaba veinte años: un poeta, explorador y corresponsal extranjero. Estaban juntos en Addis Abeba al estallar la guerra. Christine viajó inmediatamente a Inglaterra, ofreciendo sus servicios a la Inteligencia británica, que los aceptó. Fue destinada, primeramente, a Budapest donde vivió como periodista, viajando reiteradas veces a Polonia para organizar la fuga de oficiales polacos y aliados. Entabló relaciones con un oficial de la Caballería polaca llamado Andrew Koverski, quien luego se convertiría en agente británico bajo el nombre de Andrew Kennedy. Andrew estaba organizando la fuga de los oficiales polacos internados en campos de concentración diseminados por toda Hungría, y puso sus recursos a disposición de Christine. En uno de sus viajes a Polonia, Christine fue arrestada, pero logró escapar. Durante su tercera misión, descubrió que la Gestapo ofrecía una recompensa de cien mil zlotys (2.500 libras esterlinas) por su captura. Fue arrestada nuevamente, esta vez en la frontera yugoslava, poco después de que cuatro pilotos la cruzaran clandestinamente con su ayuda, pero hizo creer a los guardias que se encontraba de pic-nic, y les persuadió de que le ayudaran a poner en marcha su automóvil.

Hubo otras escapadas providenciales: en una ocasión, huyó del enemigo por medio de unos esquíes, con las balas de ametralladoras silbando a su alrededor, zambulléndose en el refugio de unas rocas con tanta velocidad que se hirió seriamente. En otra oportunidad, arrestada, se mordió la lengua, haciéndola sangrar, y comenzó a escupir sangre, declarándose tuberculosa. Fue trasladada a un hospital y luego liberada. Más tarde, viajó a El Cairo, donde se convirtió en la primera paracaidista femenina del Medio Oriente; trabajó en silencio durante treinta meses, aprendiendo las artes del sabotaje y preparándose para misiones de paracaidismo sobre Francia. Bajo los auspicios del S.O.E. fue arrojada sobre la meseta de Vercors, en el sur de Francia. Allí mantuvo contactos con la Resistencia francesa y los partisanos italianos del otro lado de la frontera, operando como correo para la red de Hockey, a las órdenes de François Cammaerts.

Christine Granville servía por aquel entonces en el W.R.A.F., que

le había otorgado el nombre codificado de «Pauline». Se empeñó en hacer mucho más de lo que suponía su misión de correo, participando en misiones de sabotaje y raids; la historia oficial del S.O.E. en Francia ni siquiera menciona muchas de sus andanzas. Sin embargo, el autor de este libro, al escribir la captura de los agentes Cammaerts y Ian Fielding por la Gestapo, narra la forma en que «una nueva agente de correo, la polaca Christine Granville, con una combinación de sangre fría, habilidad femenina y audacia, persuadió a los captores de Cammaerts de que la llegada de los americanos era inminente, logrando su liberación tres horas antes de la prevista para su fusilamiento».

A estas alturas, Christine era ya una curtida veterana. En una ocasión, ante una partida alemana que se aprestaba a detenerla, abrió su mano derecha revelando una granada de mano, que amenazó con hacer explotar a menos que ella y sus acompañantes fueran liberados. De hecho, en el episodio referido por la historia oficial, durante el cual se presentó en la prisión en que Cammaerts y Fielding estaban encarcelados, no sólo advirtió que las fuerzas aliadas estaban próximas, y que los alemanes serían fusilados como criminales de guerra si algo ocurría a sus prisioneros, sino que también aseguró que el mariscal Montgomery era su tío, y que se aseguraría personalmente de que los alemanes fueran ejecutados. El teniente coronel Cammaerts, quien luego fue nombrado director de la escuela de Alleyn, dijo de Christine Granville: «Fue, quizá, la persona más grande que he conocido.»

Su inmediato superior calificó así sus actividades en Francia: «Christine Granville realizó su misión en una forma que ninguna otra persona, hombre o mujer, podría haber cumplido.» Sin embargo, aunque fue recompensada con la Medalla Georges y un O.B.E., el Gobierno británico pagó su heroísmo con ingratiud, pues al cabo de la guerra le entregaron el salario de dos meses: cien libras esterlinas. Se vio obligada a buscar un empleo cualquiera; curiosamente, no se presentaron ofertas interesantes para esta mujer de notables condiciones. Al fin la contrataron como azafata para un avión de línea; fue entonces cuando entabló relaciones con un comisario de a bordo, quien se enamoró locamente de Christine y, al descubrir que su amor no era correspondido, la asesinó a puñaladas.

Las razones de que Christine Granville fuera tratada en forma tan lamentable y terminara sus días en medio de una relativa pobreza permanecen en el misterio. Tuvo el coraje de criticar a sus superiores mientras luchaba contra el enemigo, y ciertos desplantes ante las autoridades del S.O.E. le valieron algunas poderosas enemistades. También despertaba sospechas su condición de polaca, y

sus íntimos contactos con algunos polacos en el exilio. Lo que es más, Christine Granville declaraba poseer evidencias de que la muerte de Sikorski se había debido a un acto de sabotaje. No vaciló en gritarlo a los cuatro vientos: esto significó una sentencia de muerte para su carrera en el Servicio Secreto británico.

Sólo en Francia, el S.O.E. empleó no menos de cincuenta y tres mujeres; algunas de ellas, como Odette Samson y Violette Szabo, son ya leyenda de la guerra, y sus hazañas han sido inmortalizadas por libros y películas, aunque la historia oficial del S.O.E. en Francia las relata con desgana. Las jerarquías de los diversos Servicios de Inteligencia parecen haber experimentado curiosos ataques de celos con respecto a las agentes femeninas durante la Segunda Guerra Mundial, y su heroísmo parece haber causado ciertos resentimientos. Es cierto que la literatura y el cine suelen exagerar las acciones heroicos, pero esto no excusa la actitud extraordinariamente despectiva de las autoridades hacia muchas de estas mujeres.

Hemos visto cómo se dejó de lado a Christine Granwille; otras sufrieron el mismo destino. Sin embargo, muchas de estas mujeres se expusieron a peligros muy superiores a los que arrostraron sus colegas masculinos. Algunas fueron cogidas y ejecutadas en circunstancias que sugieren una protección insuficiente.

Noor Inayat Khan, cuyo nombre codificado era «Madeleine», había nacido en Rusia, y, por su sangre, pertenecía a la realeza hindú, pero la mayor parte de su vida había transcurrido entre Francia e Inglaterra. Escapó del territorio francés en 1940, incorporándose a la W.R.A.F., que la transfirió luego al S.O.E. Dotada de una personalidad emotiva, artística, y en muchos aspectos, etérea, Noor Inayat Khan no debió haber sido reclutada para estas tareas. Era la antítesis de Christine Granville, y sus poderes imaginativos hubieran sido mucho mejor empleados en la redacción de cuentos para niños —tarea en el que demostraba singular talento— que en la ingrata tarea del espionaje. Hay evidencias de que muchos intentaron evitar que la utilizaran como agente de ultramar. Uno de sus colegas la describió como una «criatura espléndida, vaga, soñadora, demasiado llamativa —quien la veía dos veces ya no podía olvidarla— y carente de todo sentido de seguridad. Nunca debieron enviarla a Francia».[1]

Pero la enviaron, por cierto; el coronel Buckmaster, jefe de la Sección F, decidió emplearla como operadora radial, contra la opinión del departamento de adiestramiento. Pero lo más increíble es que esta sensitiva soñadora, condenada a una muerte casi inevitable en el duro mundo del espionaje, reveló un sorprendente coraje en la adversidad. En una ocasión, olvidó su libro de códigos sobre

la mesa de la cocina de su apartamento parisiense. Afortunadamente, la propietaria se lo reintegró. Le habían ordenado que permaneciera en la zona del Bois de Bologne, pero no podía resistir la tentación de visitar a sus viejos amigos de Suresnes, donde había transcurrido su infancia. Finalmente, fue traicionada por cierta persona que vendió sus señas a los alemanes por cien mil francos, y hay razones para creer que fue deliberadamente liquidada por su indiscreción y falta de sentido de seguridad. Ciertamente, en Londres hubo una singular despreocupación por el destino de esta agente, y no se hizo ningún esfuerzo por retirarla. Fue arrestada por la Gestapo, trasladada a Dachau y ejecutada. Se negó a revelar informaciones al enemigo y, a pesar de las amenazas y torturas, guardó silencio hasta el fin.

Dudo de que ningún recluta joven de las fuerzas armadas haya sido tratado jamás en forma tan vergonzosa como Noor Inayat Khan, o librado a sus propias fuerzas en tales circunstancias. En muchos aspectos fue imperdonable, y en todo caso reflejó un criterio erróneo. Debemos rendir tributo a esta joven espía inexperta, una de las muchas heroinas de la última guerra. Le adjudicaron la Cruz George y un M.B.E., recompensas tardías destinadas a revindicar la memoria de esta valerosa muchacha.[2]

A título de conclusión, merece la pena notar que, de las cincuenta y tres agentes femeninas que el S.O.E. envió a los campos de batalla, doce fueron ejecutadas por los alemanes, y veintinueve arrestadas o muertas en cautiverio.

30

Traición en las altas esferas

Historiar las peripecias del Servicio Secreto desde el fin de la Guerra Mundial es, sin duda, una empresa problemática. No sólo porque el Acta de Secretos Oficiales prohíbe casi totalmente dicho intento, sino también porque en muchas instancias es necesario suspender el juicio. No siempre es posible, con respecto al espionaje y contraespionaje de los últimos veinte años, determinar cuáles fueron las traiciones y cuáles los golpes brillantes. La aparición de nuevas pruebas puede demostrar, fácilmente, que aquello que parecía traición fue un acto de servicio, sobre el que nuestro puñado de organizaciones secretas tenía conocimiento, pero guardaba silencio. Asimismo, muchos incidentes que tenemos por realizaciones brillantes pueden no haber sido más que propaganda, o al menos medias verdades considerablemente exageradas.

Lo cierto es que toda la cuestión del Servicio Secreto está sufriendo una tremenda metamorfosis, como sucede siempre después de las grandes guerras. Los episodios de estas últimas, al conocer la luz pública, revelan nuevas técnicas de inteligencia que ya no pueden repetirse; por lo tanto, resulta imprescindible adoptar un nuevo enfoque. De otra parte, los objetivos del espionaje cambian constantemente. Desde 1945 en adelante, todas las grandes potencias señalaron como blancos principales a los secretos atómicos y los progresos en las técnicas nucleares. El énfasis prioritario recayó sobre los proyectiles secretos y las máquinas voladoras. Luego, giró hacia las exploraciones navales y submarinas, tanto en los medios de navegación como en los proyectiles nucleares. El paralizante empate nuclear entre las grandes potencias determinó un cambio de actitud: el énfasis actual recae sobre la obtención de secretos diplomáticos y la información sobre fuerzas terrestres convencionales, y ha desplazado el centro de atención desde las bases navales hacia los laboratorios como el de Porton, dedicados a experimentos en guerra bacteriológica y en métodos de contradescarga.

En realidad, el espionaje se ha acelerado. Muchas razones avalan este proceso. Primero y principal, tenemos el hecho de que el advenimiento de las técnicas bélicas nucleares ha disminuido considerablemente el margen de alerta. Esto potencia la necesidad de que los espías se ubiquen en las altas esferas de las potencias rivales. En segundo término, el espionaje aéreo ha impreso una nueva velocidad a los trabajos de inteligencia. El «Jet» de espionaje, volando a gran altura, puede fotografiar impunemente sus objetivos mientras no le derriben, y las naves espías, provistas de cámaras infrarrojas de larga distancia y telescopios electrónicos, pueden realizar la faena de un ejército de agentes. Otro ejemplo de las cambiantes técnicas de la Inteligencia lo brinda el surgimiento de los satélites terrestres, que superan aún la eficacia de los anteriormente mencionados: circulando en torno a la Tierra, suministran una continua corriente de información debida a cámaras capaces de fotografiar desde 150 ó 200 millas lo que el ojo humano sólo percibe a una distancia de 50 yardas.

Todo esto no ha eliminado la función del agente individual, sino que ha agigantado la importancia del espionaje de trastienda, del tipo que practicaba Constance Badington-Smith en Medmenham y otras figuras relevantes. Ya durante la última guerra, el papel jugado por el establecimiento de Medmenham fue tan vital que una historia de las operaciones aéreas publicada por el Ministerio del Aire afirmó: «Una altísima proporción de operaciones exitosas de aterrizaje en Europa Occidental puede atribuirse al trabajo realizado en Medmenham, la estación de operación fotográfica de la fuerza aérea.»

En 1946, las distintas ramas de la Inteligencia británica no se diluyeron repentinamente como había sucedido al terminar la Primera Guerra Mundial. Por cierto, estas organizaciones eran tan vastas que hubiera sido imposible desbandar a todo el personal, de buenas a primeras; por otra parte, cuando comenzó a desarrollarse la Guerra Fría, a fines de 1945, se descartó toda posibilidad de dispersar rápidamente a los agentes. Pero el Servicio Secreto en su conjunto, hacia 1945, no se adecuaba —ni muchísimo menos— a las necesidades de una guerra fría como su contrapartida americana. El O.S.S. y el F.B.I. habían aprendido mucho en poco tiempo, superando a los ingleses en casi todos los aspectos. Con la creación de la C.I.A., los Estados Unidos completaron una máquina destinada a combatir al comunismo en tiempos de paz; no sólo por medio del contraespionaje, sino también en formas más agresivas.

El primer impacto, que después resultó en una serie de acontecimientos espectaculares en el mundo del espionaje, tuvo lugar en Ottawa, durante el mes de setiembre del 45, cuando defeccionó Igor Gouzenko, joven experto en mensajes cifrados de la Embajada soviética. El Servicio Secreto británico tuvo la suerte de que le advirtieran inmediatamente de lo sucedido. Se interesó en Gouzenko y, a no ser por su intervención, el desertor ruso no estaría hoy con vida, y no hubiera sido posible desbaratar toda una red de agentes soviéticos. En efecto, los canadienses se comportaron con una estupidez sólo comparable a la exhibida por los ingleses de la Legación de Berna, ante aquel alemán que se presentara con documentos confidenciales. El periódico canadiense al que Gouzenko telefoneó en primer término, en forma tal vez sorprendente, demostró poco interés, sugiriéndole que tomara contacto con la Policía Montada del Canadá. Varios funcionarios le aconsejaron regresar a la Embajada rusa, y el Premier canadiense demostró escaso entusiasmo por verse implicado en este asunto; a su juicio, «una patata demasiado caliente para mis manos». Pero William Stephenson estaba en Ottawa por aquel entonces, lo cual de ningún modo era casual, y al recibir noticias oficiales sobre Gouzenko puso manos a la obra, garantizando inmediatamente al ruso la protección que necesitaban tanto él como su esposa y supervisando personalmente la operación.

La información de Gouzenko reveló pronto la existencia de una poderosa red de espionaje soviético en el Canadá, y, lo que era más perturbador aún, la penetración soviética en los trabajos atómicos secretos americanos e ingleses. Uno de sus agentes ostentaba el nombre codificado de «Alek». El M.I.5 no tardó en establecer que su verdedera identidad era la del Dr. Alan Nunn May, un físico británico que investigaba la fisión nuclear en los laboratorios de Montreal, para el Canadian National Research Council.

Así fue cómo un episodio a primera vista intrascendente permitió descubrir, a largo alcance, algunas graves lagunas en la seguridad nacional. Las dudas estadounidenses sobre la Seguridad británica se remontan al arresto del Dr. Nunn May. Desde aquella fecha, la Inteligencia norteamericana comenzó a buscar sospechosos entre las filas de la Inteligencia británica, antes que espías soviéticos. J. Edgar Hoover inició su febril caza de brujas mucho antes de que el senador Joe McCarthy apareciera en escena. La investigación de las personas que trabajaban en asuntos ultrasecretos en Inglaterra había sido inadecuada durante largo tiempo. Su ineficacia persistió, incluso, hasta 1950, pues la investigación se reducía a un somero examen de antecedentes, para establecer que ningún individuo incorporado a estos trabajos hubiera pertenecido formalmente a los

partidos comunistas o fascistas. Por esta lasitud se pagó un precio abrumador, en términos de distintos grados de traición: Nunn May, Klaus Fuchs y Pontecorvo son ejemplos contundentes.

Es casi seguro que otros científicos empleados por los británicos también transmitieron información a los rusos, aunque nada se ha probado. La revuelta entre los científicos, contra lo que ellos consideraban un irresponsable jugueteo político con la ciencia nuclear, llegó muy lejos. No se trata de que todos estos científicos, ni siquiera la mayoría de ellos, fueron traidores en el sentido ordinario de la palabra, o de que tuvieran tendencias comunistas; sencillamente, consideraban que la ciencia estaba siendo explotada y utilizada en forma indebida contra un antiguo aliado: con razón o sin ella, pensaban que diseminar la información evitaría una guerra nuclear mucho mejor que la política de una o dos potencias decididas a mantener sus investigaciones en secreto, para recurrir eventualmente a sus mortales armamentos con toda impunidad. Desde un punto de vista patriótico pueden haber estado equivocados, pero, en un plano racional más amplio, los acontecimientos que condujeron al actual empate nuclear tal vez les hayan dado la razón. El uso de la bomba sobre Hiroshima conmovió a muchas conciencias científicas.

Attlee, Primer Ministro por aquellos días, parece haber adivinado el dilema moral que se presentaría a muchos científicos, comprendiendo que esto exigiría un reajuste de la seguridad. Ciertamente, Attlee demostró más sentido común, en el manejo de este complejo asunto, que muchos miembros del Servicio Secreto. Decidió que todos los experimentos nucleares serían ultrasecretos, y que la polémica del progreso nuclear no sólo quedaría fuera del panorama político, sino también excluida de las reuniones del Gabinete. Estableció la más estricta seguridad. Pero sus órdenes no fueron aplicadas con eficacia.

El M.I.5 atravesó diversos cambios, después de la guerra, en su esfuerzo para hacer frente a los problemas planteados por los nuevos estilos de espionaje: surgirían traidores en puestos elevados e insólitos, y el personal burocrático de las Embajadas comunistas disimularía una vasta red de espías. En efecto, desde 1946 en adelante, ya no era sólo Rusia quien lanzaba sus campañas de espionaje, sino que además contaba con la íntima colaboración de los checos, polacos, rumanos, húngaros, y otras naciones que contaban con representación diplomática en Londres.

Sin embargo, durante la mayor parte de estos veinte años, el M.I.5 se ha visto frecuentemente obstaculizado en sus trabajos por la falta de cooperación del Foreign Office con el S.I.S. En muchas ocasiones —demasiadas— el M.I.5 ha señalado a un potencial sos-

pechoso entre las filas del Foreign Office o el S.I.S., encontrándose con una lisa y llana negativa en colaborar. El Foreign Office se ha obstinado en declamar la ilusión de que posee fuertes métodos de seguridad e investigación; en todo caso, éstos han resultado altamente deficientes.

La relación entre el Foreign Office y el M.I.5, después de la guerra, quedó mal definida en términos de Seguridad. Por ejemplo: el S.I.S. efectuó una purga con el objeto de expulsar a todos los indeseables que se hubieran incorporado a sus filas en tiempos de guerra. Muchos reclutas de la última guerra fueron obligados a dejar el servicio, pero Burguess, McLean y Philby, que debieron haber sido detectados por una purga tan severa, pasaron desapercibidos, o bien fueron aprobados y confirmados en sus puestos. Cuesta creer que un extravagante como Burgess o un delirante ingenioso como McLean pudieran pasar desapercibidos; sin embargo, ambos fueron aparentemente aprobados tras un examen realizado por el actual Lord Caccia, que cubrió tanto al S.I.S. como al Foreign Office.

Hoy en día, ya nadie duda que aquella purga era agudamente necesaria, y de que debió haber sido mucho más drástica, tal vez recurriendo a evaluaciones y exclusiones sucesivas con intervalos de seis meses durante los tres años siguientes. Algunos individuos incorporados al S.I.S. durante la guerra, no sólo en las oficinas de Londres sino también en las de ultramar, eran tremendamente inadecuados con vistas a ulteriores servicios. Muchos ponían en peligro la seguridad, y no faltaban algunos homosexuales de costumbres ostentosas y llamativas.

Tampoco el M.I.5 se había librado de este tipo de elementos. Durante la guerra, también esta cerrada organización empleó a ciertos personajes dudosos, como Brian Howard, viejo alumno de Eton y poeta homosexual, presumiblemente empleado *a causa de* y no ya *a pesar de* sus pervertidas inclinaciones. Howard resultó un desastre absoluto, al final de la era de Sir Vernon Kell. Desempeñaba sus funciones con un estilo infantil y amateur, embriagándose con frecuencia y revelando su pertenencia al M.I.5 en los bares, donde solía acusar a sus compañeros de copas de ser espías alemanes, con cualquier pretexto banal. Finalmente, Howard cayó en una purga efectuada durante la guerra por Lord Swinton, quien era entonces el ministro responsable de esta rama de la Seguridad.

Fue gracias a la prolongación de este clima insalubre en el mundo de la Inteligencia y el Servicio Exterior que florecieron y sobrevivieron plantas exóticas como Burgess, McLean y Philby. También Burgess era un antiguo etoniano: a pesar de sus frecuentes indiscreciones, borracheras espectaculares y orgías homosexuales,

duró lo suficiente en la Inteligencia como para incorporarse al Servicio exterior.

Donald McLean, hijo de un ministro liberal altamente respetado y respetable, se abrió paso en la jerarquía del Servicio Exterior por medio de su personalidad e indiscutibles talentos. Otros pagan por los errores que cometen, pero el rápido progreso de McLean, trepando por la ladera del Servicio Exterior, fue acompañado por una serie de vertiginosos pasos regresivos en su vida privada. Ni siquiera su violento comportamiento durante algunas reuniones en El Cairo, donde llegó a destrozar muebles y agredir a distintas personas, logró interrumpir su carrera, costándole tan sólo uno que otro traslado. Guy Burgess había sido un comunista activo durante su período de estudios en Cambridge, y declaró posteriormente: «Abandonamos nuestras actividades políticas, no porque estuviéramos disconformes con el análisis marxista de la situación, con el cual aún estamos de acuerdo, sino porque pensamos... que en el servicio público podríamos hacer más por llevar nuestras ideas a la práctica que en ningún otro sitio.»

No es sorprendente que los tres se hayan convencido de que contaban con la protección de una estrella afortunada, olvidando en consecuencia toda precaución. Ni Burgess ni McLean trataban de enmascarar sus intenciones, y Philby, el más prudente de los tres, acabó comprometiéndose fatalmente por su asociación, en Washington, con los ya notorios Burgess. Gradualmente, el Servicio de Contraespionaje acumuló pruebas contra McLean, pero el dilatorio Servicio Exterior, aunque convencido a medias de que McLean debía ser interrogado sobre el deslizamiento de ciertas informaciones hacia los rusos, decidió que el interrogatorio no había de efectuarse hasta pasado el fin de semana. De tal suerte, Philby advirtió a Burgess sobre lo que estaba sucediendo, y éste persuadió a McLean de que escaparan juntos, vía Southampton y El Havre, hacia una ruta secreta que les puso tras la cortina de hierro.

La tradición de que el M.I.5 debía tener un jefe proveniente del Servicio terminó con la guerra. David Petrie había reunido en su torno a un equipo altamente perfeccionado de agentes de contraespionaje, y la organización se encontraba en forma muy superior —al terminar la guerra— a la de 1939. Sir Percy Silitoe fue nombrado jefe del M I.5 el primero de mayo de 1946, día en que Alan Nunn May era oficialmente acusado de transmitir informaciones, violando el Acta de Secretos Oficiales. Desde entonces, todos los directores del M.I.5 han sido civiles. Sir Percy, aunque policía, pertenecía a una tradición muy diferente a la de Sir Basil Thomson. Incorporado a la fuerza policial británica de Sudáfrica en 1908, le trasladaron a la Policía de Rhodesia del Norte hacia 1911; sirvió

durante la campaña alemana de África Oriental en la Primera Guerra Mundial, y luego regresó a casa, embarcándose en una carrera policial de contornos espectaculares.

Como funcionario ejecutivo de la Policía de Sheffield, fundó el primer laboratorio científico forense de Inglaterra, en 1929; más tarde, en Glasgow, se hizo famoso como el más efectivo perseguidor de gangsters que había conocido aquella ciudad castigada por el crimen.

Comisario de Kent entre 1943 y 1946, aprendió a trabajar en íntimo contacto con la Inteligencia, por estar situado en un área donde la Seguridad constituía un tema más vital que en otras partes del país. Cuando le nombraron director general del M.I.5 descubrió, sin embargo, que las ramificaciones del Servicio resultaban desconcertantes, aun para un hombre de su experiencia: «No puedo negar —escribió— que durante mis primeras semanas como jefe del M.I.5 me resultaba extremadamente difícil descubrir qué hacía, exactamente, cada uno de mis subordinados. Pensé que la reputación popular de excesivo secreto no era exagerada. Los hombres a los que intentaba dirigir eran de una elevada inteligencia, pero ligeramente introspectivos: cada uno trabajaba, al menos así me lo parecía, en un aislamiento retirado, concentrándose en sus propios y específicos problemas.» [1]

Sir Percy se mantuvo en el cargo desde 1946 hasta 1953. Fue un administrador competente y seguro, aunque todavía se le suele subestimar. No le atraía la pomposidad, y no juzgaba prudente ocultar lo inocultable. Entre todos los jefes del M.I.5 fue el único que jamás intentó la absurda maniobra de simular que no tenía nada que ver con la organización. Llegó a revelar la posición exacta de su despacho en el *Quién es quién*: Ministerio de Guerra, «Habitación 055». Cuando viajaba, lo hacía bajo su propio nombre: nunca utilizaba disfraces o subterfugios, lo que le ocasionó algunos problemas. Una vez, por ejemplo, en 1951, poco después de la desaparición de McLean y Burgess, fue de vacaciones a La Boule, en el sur de Francia; por una curiosa coincidencia, también la señora McLean estaba allí. Los periodistas creyeron —persistente, pero erróneamente— que el jefe del M.I.5 había viajado a La Boule en busca de una entrevista secreta con la esposa del diplomático. Tan intenso fue el hostigamiento periodístico que la familia Silitoe se vio obligada a regresar a casa. Se han formulado algunas críticas con respecto a lo que algunos calificaron, injustamente, como complacencia de Silitoe en cuanto a la defección de Burgess y McLean. La verdad es que ni el Servicio Exterior ni el S.I.S. prestaron atención a las advertencias del M.I.5. Silitoe consideraba que, puesto que el público debía jugar un importante papel ayudando a la organización de

Seguridad, resultaba igualmente útil que la existencia de dicho cuerpo pudiera ser bien conocida por el pueblo. En esto no se equivocaba, puesto que si el M.I.5 hubiera dejado de recibir informes del público, sus tareas habrían resultado mucho más difíciles.

Silitoe pensaba que el Servicio de Contraespionaje británico no debía gozar de poderes que le pusieran en la misma categoría de las policías secretas de los Estados totalitarios. «Por mi parte, prefiero ver que dos o tres traidores se cuelan a través de las redes del Servicio de Seguridad, que no participar en la adopción de medidas que podrían llevar a la instauración de un régimen totalitario», ha declarado Silitoe. «El M.I.5 no tiene poderes ejecutivos, y el jefe del Servicio de Seguridad —a mi juicio, por suerte— no está autorizado a hacer justicia por sus propias manos, arrestando a ciudadanos sólo porque les consideraba sospechosos de espionaje o por cualquier otra razón.» [2]

Indudablemente, esto es tan cierto hoy como en tiempos de Silitoe; donde caben las críticas es en la incapacidad de las autoridades en cuanto a erradicar a los sospechosos del Servicio de Inteligencia en momentos en que una creciente acumulación de evidencias, no sólo originadas en el M.I.5 y en otras fuentes nacionales, sino también en los Estados Unidos, hablaban de traición en el S.I.S. y el Servicio Exterior.

Mientras el M.I.6 (S.I.S.) siempre se ha diversificado, instalando varias oficinas con nombres improbables —a menudo en Ministerios aún más improbables— dispersas por todo Londres, durante años fue del dominio público que las jerarquías del M.I.5, exceptuando una oficina de enlace con el Ministerio de Defensa, tenían su reducto en Leconfield House, sobre la calle Courson. Estas oficinas han merecido el apodo del «Elefante Rosa», en una comparación jocosa con el club «Elefante Blanco» ubicado en la misma calle. Los presupuestos económicos del Servicio permanecen secretos, a despecho de algunas cifras oficiales que se publican anualmente. Aunque el Parlamento vota una inversión anual para el Servicio Secreto, los detalles se mantienen, naturalmente, en el misterio. Las cifras oficiales no permiten trazar un cuadro cierto de todos los gastos del servicio. Parte de estos fondos se disemina en diversos departamentos, como el Almirantazgo, el Ministerio del Aire y otros. Probablemente, la imagen real surgiría multiplicando las cifras por cuatro o cinco. Hasta hace muy poco, los propios salarios de los funcionarios de Inteligencia eran desconocidos por las oficinas recaudadoras de impuestos, ya que estaban libres de toda aportación. De ese modo, no se revelaba ninguna pista sobre la naturaleza de sus actividades. Al menos, ésta era la concepción oficial: podría argumentarse que el propio hecho de que estos sa-

larios estuvieran libres de impuestos constituía una pista sobre la naturaleza de su trabajo. En 1951, los hombres del Servicio ganaron una mejora económica que había sido postergada durante casi seis años. Un tribunal encabezado por Sir David Ross atendió a los reclamos de los funcionarios, que exigían aumentos salariales oscilantes entre las doce y las dieciocho libras esterlinas semanales. Se supo, entonces, que algunos hombres, incluyendo a ex oficiales con el rango de mayores, especialmente escogidos para las tareas de Inteligencia, habían estado recibiendo menos de doce libras a la semana. Muchos funcionarios encumbrados cobraban sólo dieciocho libras semanales. Esto era un resabio del Servicio Secreto de la preguerra, al que se incorporaban jóvenes adinerados que no necesitaban grandes salarios, y se contentaban con verse liberados de los problemas impositivos.

Poco después de la guerra, los gastos del Servicio Secreto orillaban los tres millones de libras esterlinas al año, pero cabe repetir que esta cifra sólo incluye los presupuestos declarados. Hacia 1959, una inversión extraordinaria de dos millones llevó el total hasta la cifra de siete millones, lo que demuestra que la distensión de la Guerra Fria no reducía, en absoluto, los gastos. En 1963, el total ascendió a ocho millones, y en febrero de 1967, a pesar de que se informó al público que, durante el año anterior, el Servicio Secreto había insumido más de diecisiete millones de libras esterlinas, el presupuesto fue aumentado sólo a diez millones. Cualquier «gasto adicional» debía ser «sometido» al Tesoro: no serviría de precedente para el futuro. Los gastos actuales superan los once millones de libras al año.

En 1936, un joven director de escuela, educado en las Universidades de Oxford, Michigan y California, se incorporaba al M.I.5 con la ilusión de hacer carrera en el campo de la Inteligencia: era Dick Goldsmith White, quien muy pronto demostró su capacidad de trabajo incisivo y duro. Al promediar la guerra, era considerado por muchos como el hombre más hábil de la organización. Algunos pensaron, incluso, que al retirarse Sir David Petrie debía sucederle en el cargo de jefe del M.I.5, pero Attlee, entonces Primer Ministro, decidió nombrar a Silitoe, figura bien conocida fuera del Servicio, en la creencia de que inspiraría más confianza a los americanos, y que la experiencia policíaca de Silitoe resultaría valiosa en materia de seguridad nuclear, problema que preocupaba particularmente al Premier británico. De todos modos, White, a quien finalmente nombraron Caballero por sus servicios, sucedió a Silitoe.

Últimamente, ha venido creciendo una actitud despectiva entre los jóvenes e impacientes profesionales del contraespionaje, agrupados en el M.I.5, con respecto a los métodos de reclutamiento e investigación y, en una palabra, la estructura toda del S.I.S. Durante la guerra, este desprecio se basaba en el concepto de que el S.I.S. había sido dirigido y reclutado en forma amateur desde la década de los años treinta. El M.I.5 ha sido considerado siempre como una especie de rama juvenil de la Inteligencia. El S.I.S. le contempla como el Ejército a la Policía Militar. Esto causó resentimiento, y el resentimiento creció cuando se advirtió que el S.I.S. se controlaba a sí mismo: la inspección inmediatamente anterior a la guerra había sido desarrollada por Lord Hankey, un anciano y autocrático funcionario civil, y Gladwyn Jebb, un veterano del Servicio Exterior. Además, los agentes del S.I.S. seguían formando una despareja colección de mediocres oficiales del antiguo Ejército de la India, jóvenes que habían fracasado en los negocios y play-boys pertenecientes al estrato de los ricos ociosos. En plena guerra, muchos de estos personajes del S.I.S. se congregaban en el «White's Club», convertido casi en un anexo del Servicio Secreto; en aquel bar pasaban buena parte de su tiempo el propio Steward Menzies y su asistente personal, Peter Coch.

El desprecio y el resentimiento cedieron paso a la desilusión y a la frustración cuando, hacia fines de 1949 y a comienzos de 1950, el M.I.5 comenzó a comprender que algo impropio estaba ocurriendo dentro del S.I.S. Se descubrieron, por esas fechas, ciertas infiltraciones que sólo podían haber nacido de algún funcionario del S.I.S. o el Servicio Exterior. El M.I.5 culpó a la falta de cooperación del Servicio Exterior y del S.I.S. por la defección de las autoridades, que debieron haber expulsado a Burgess por borracho e incompetente, y cogido a McLean antes de que huyera del país. Si las autoridades hubieran actuado con prontitud, McLean jamás habría podido escapar, aun contando con la advertencia de Philby. Muchos días, tal vez semanas, antes de la huida de McLean, se habían reunido ya evidencias suficientes como para arrestarlo. El M.I.5 estaba persuadido, también, de que Philby, entonces oficial de enlace del S.I.S. con la C.I.A. en Washington, era el «tercer hombre» del caso Burgess-McLean, ya desde fines de 1951. Pero el S.I.S. se obstinó en asegurar que Philby estaba más allá de toda sospecha. Un ejecutivo del M.I.5 tuvo energía suficiente como para realizar investigaciones con su contrapartida americana después del penoso fracaso de la operación C.I.A.-S.I.S. en Albania, primavera de 1950. En esta fecha, se infiltraron en territorio albanés varias bandas de agentes armados hasta los dientes. Se creía que Albania estaba pronta para una revuelta contra el régimen soviético. Obviamente, alguien había traicionado la operación, informando a los rusos en forma anticipada, pues más de la mitad de los

infiltrados fueron muertos en pocos días. Ahora sabemos que Philby era el culpable, y así lo informó al M.I.5, pero el S.I.S. se mostró tan obstinado como los altos jefes del Servicio Exterior, protegiendo a Burgess y McLean a pesar de los informes del M.I.5, que calificaban a los dos individuos como riesgos para la seguridad nacional, habida cuenta de su frecuente embriaguez, homosexualidad, y comportamiento escandaloso, sin olvidar las sospechas de traición.[3]

Esta gran estupidez por parte del S.I.S. despertó agudas reservas en el C.I.A. y el F.B.I. contra todo el aparato británico de Inteligencia. Estábamos en la era del senador McCarthy, la casa de brujas y la denuncia del comunismo en las altas esferas, y no podemos culpar a los americanos que creían que dentro del Servicio Exterior británico y el Servicio Secreto había funcionarios que protegían a los traidores. Si esto aparenta ser una descripción histérica o exagerada de los acontecimientos, merece la pena recordar el comentario de Geoffrey McDermot, veterano del Servicio Diplomático inglés con 27 años de experiencia, que fuera asesor del S.I.S. en Asuntos Exteriores. Declara el señor McDermot: «parte de la confesión de Philby bien pudo ser una nueva patraña. Tal vez, trató de proteger el auténtico "tercer hombre" para que éste pudiera continuar sus actividades entre nosotros».[4]

En síntesis: hay que recordar tres aspectos en el caso Philby; primero, su indiscutible habilidad, buen juicio y capacidad intelectual le valieron la confianza de las jerarquías del S.I.S. Muchos de quienes trabajaron con él admitieron que el hombre inspiraba respeto. Segundo: como agente doble, debe haber suministrado mucha Inteligencia valiosa sobre Rusia al S.I.S.; siguiendo siempre las instrucciones soviéticas, naturalmente, pues de lo contrario no hubiera prolongado sus actuaciones durante tanto tiempo. En tercer término, Philby era un psicólogo astuto, no en el plano teórico sino en el intuitivo, y conocía perfectamente los temperamentos y fobias de los hombres más encumbrados del S.I.S. y el M.I.5. Esto le permitía anticipar sus reacciones. Sin embargo, contra todo esto, tenemos el hecho de que los americanos sospecharon de Philby desde el primer momento, lo cual condena definitivamente a la Inteligencia británica. Sencillamente, no lograba obtener pruebas suficientes, aunque podemos imaginar que, de haber contado con la cooperación británica, esas evidencias hubieran surgido tarde o temprano.

Fue Philby un hombre que, después de más de una década al Servicio de la Inteligencia soviética, se encontró situado (al terminar la guerra) en el puesto vital que había deseado durante tanto tiempo: jefe del departamento del S.I.S. conocido como «número 9», dedicado a la contrainteligencia anti-comunista y anti-soviética. El propio Philby echa cierta luz sobre la forma en que obtuvo esta notable colocación: «Yo no deseaba depender, exclusivamente, de la lealtad de mis colegas en el S.I.S. El peligro particular que afrontan los Servicios Secretos es la acusación de inseguridad o de contravenciones relacionadas con la provincia de M.I.5. En caso de que algo me ocurriera en mi nuevo empleo, convendría —reflexioné—, que el M.I.5 estuviera comprometido con mi nombramiento. Lo que yo deseaba era una declaración escrita del M.I.5, aprobando mi designación.»

Esta aspiración reconocía otra razón sensata. Al tocar cuestiones de contrainteligencia el S.I.S. invadía, de algún modo, los territorios del M.I.5, y se imponía la cooperación entre los dos cuerpos. En fin: Philby obtuvo la aprobación del M.I.5, firmada personalmente por Sir David Petrie.

Curiosamente, la contrapartida de Philby en el M.I.5 era Roger Hollies, cabeza de la sección investigadora de los asuntos comunistas y soviéticos. Para completar una imagen ya compleja de las peripecias de los Servicios de Inteligencia, Roger Hollies se convirtió en jefe del M.I.5 pocos años después, mientras Sir Dick Golsmith White era tranferido al S.I.S. como jefe del Servicio Secreto.

Hollies era hijo del obispo de Tauhton y hermano de Christopher Hollies, antiguo miembro del Parlamento. Aparte de sus trabajos como representante de la Compañía Anglo-americana de tabacos en China, con anterioridad a su incorporación en la Inteligencia se había mantenido discretamente en la retaguardia, desde sus días de Oxford. En esta su etapa estudiantil, había formado parte de un club llamado «La Nueva Reforma», que curiosamente estaba subsidiado por el misterioso Fondo Político Lloyd George. Entre sus asociados se contaban Evelyn Waugh, Roger Fulford, y Maurice Richarson. Este último recuerda que «Roger Hollis y yo teníamos el romático plan de abandonar Oxford para buscar fortuna en México. Llegamos a solicitar visas mexicanas. No volví a verlo después de Oxford, pero solía preguntar por él, durante los años sesenta, a su hermano Chris, quien no sabía dónde estaba Roger, o tal vez evadía diplomáticamente la pregunta».[5]

Los cambios en el S.I.S., después de la guerra, siguieron un ritmo inevitablemente gradual. Se necesitaba tiempo para adecuar a una situación de paz a una organización que había incluido, durante la guerra, a personalidades tan diversas como Malcolm Muggeridge (quien operaba en Lorenzo Marquez) y Graham Greene (quien observaba a los franceses de Vichy en Freetown). El S.I.S. siempre se había visto más afectado por la presencia de amateurs y excéntricos en sus filas que el M.I.5. Los miembros del S.I.S. sue-

len llamarse a sí mismos «Los Amigos», teniéndose por socialmente superiores a «Los Fisgones», que son los del M.I.5 Espiar, afirman, es una actividad inferior a la de perseguir espías. Este *snobismo* resultó virtualmente erradicado durante la guerra, cuando el M.I.5 incorporó a individuos que, en conjunto, eran más estables, profesionales y mejores administrativos que los miembros del Servicio Secreto de Inteligencia. Había más abogados y profesionales en las filas del M.I.5, y descansaban los *play-boys* o inversionistas frustrados.

Stewart Menzies mantuvo en sus manos las riendas durante pocos años más, como solitario superviviente de uno de esos prolongados relapsos de guerra interna que parecen castigar con tanta facilidad a todos los Servicios Secretos. Pocos dudan de que el propio Philby tuvo algo que ver con las disputas internas; no ya directamente, sino más bien utilizando con astucia las situaciones para mejorar su propia posición. Sin embargo, es dudoso que su influencia en los conflictos que alguna vez amenazaron con hundir al S.I.S. en campos rivales fuera tan acentuada como algunos han sugerido. El coronel Vivian, antiguo ejecutivo del S.I.S., fue nombrado Asesor de Seguridad Política, empleo inventado a su medida, mientras el coronel Claud Dansey accedía al cargo de Sub-Jefe, designación por cierto desafortunada, pero especialmente escogida por deferencia a Vivian. Este revuelo en los altos cargos no trajo consigo mayores cambios en la política general; las cosas sólo cambiaron cuando Dansey se retiró, dejando su cargo al mayor general Sir John Sinclair, quien había sido director de Inteligencia Militar en el Ministerio de Guerra. «Sinbad» Sinclair, así llamado por su largo servicio como marinero en la Real Armada antes de incorporarse al Ejército en 1919, sólo había actuado concretamente en tareas de Inteligencia durante los dos últimos años de la guerra.

El retiro de Menzies, en 1951, debe haber llegado en el momento más infeliz de su carrera. El hecho pasó completamente desapercibido para el periodismo, porque la Prensa estaba atenta a la requisitoria de Whitehall, en el sentido de que los jefes del S.I.S. no debían ser molestados con publicidad o identificación personal. Sin embargo, pocos años después, cuando estalló la tormenta con respecto a la traición de Philby y se supo que éste había actuado como agente ruso desde la década de 1930, Menzies tuvo que guardar silencio ante las furiosas críticas que se alzaban contra la ineficacia del S.I.S., culpable de haber empleado a un hombre de tales características, en puestos vitales, durante tan largo tiempo.

Es ineludible: a Menzies le cabe un alto grado de responsabilidad personal por la presencia de aquel hombre en el S.I.S. durante todos estos años. Existen amplias evidencias de que algunos

miembros de S.I.S. sabían que Philby había sido comunista durante su estancia en Cambridge, y el hecho de que posteriormente pasara como pro-germano debió haber alertado a las autoridades, al menos lo suficiente como para mantenerlo alejado de cualquier puesto en el que pudiera causar daños serios. Después de todo, Philby no integraba el S.I.S. cuando se sumó a la Hermandad anglo-germana, o cuando se desempeñó como corresponsal de guerra a favor de Franco. Tras la desaparición de Burgess y McLean en 1951, un equipo investigador encabezado por G. A. Carey-Foster, jefe de la Rama Q del Servicio Exterior, se trasladó a Washington para interrogar a Philby. A continuación, Philby fue separado de sus cargos de enlace con la C.I.A., aunque esto se debió más a la presión americana que a las sospechas británicas. Pero, aún entonces, el S.I.S. mantuvo su lealtad a Philby. Menzies trató de llegar a un acuerdo por el cual él mismo, personalmente, conversaría con Philby a su regreso a Londres, para descubrir si las indiscreciones de su agente podían ser interpretadas con benevolencia. La entrevista nunca se realizó. Si hubiera tenido lugar, si Menzies hubiera «investigado» personalmente a Philby, el jefe del S.I.S. habría dañado irreparablemente su reputación. Todo lo que podemos decir en favor de Menzies es que éste tenía gran estima por las cualidades de Philby, y se resistía a perder a un buen elemento por indiscreciones tal vez insignificantes. Sin embargo, no debemos permitir que el caso Philby, nefasto como sin duda fue, manche la brillante hoja de servicios de Menzies durante la guerra. Sobre todo, es necesario tener presente que, al estallar el conflicto, sacó al Servicio Secreto de su modorra de tiempos de paz, restaurando las condiciones que le habían valido su viejo prestigio. De todos modos, aunque Menzies hubiera deseado librarse de Philby, todas las evidencias sugieren que el poderoso estado de opinión pro-Philby hubiera prevalecido en el Servicio Exterior, silenciando el escándalo y permitiéndole sobrevivir en un cargo menor. Muy pocos jefes de Servicios Secretos de los tiempos modernos han podido oponerse al Servicio Exterior; Menzies lo sabía por experiencia personal.

Había otro cuerpo de opinión, aunque reducido, que proponía liberar a Philby para que los agentes británicos siguieran, por su intermedio, las huellas de la red de espionaje soviético. El doctor Otto John, antiguo jefe de contraespionaje germano-occidental, ha declarado que unos agentes soviéticos le secuestraron en 1954, con el exclusivo propósito de determinar si Philby no era, después de todo, un agente doble que traicionaba a los rusos en favor de los británicos.

31

Cambios en el S.I.S. y en el M.I.5

El mayor general Sinclair sucedió a Menzies en la jefatura del S.I.S.; nuevamente, cabe señalar, se efectuaba una promoción a la manera del procedimiento civil, estilo que parecía imponerse cada vez más firmemente, por aquel entonces, en el S.I.S. Sinclair, sin embargo, no tenía la experiencia de Menzies ni su conocimiento de los agentes; ni, por otra parte, su sentido anticipatorio de la diplomacia y las tendencias políticas. Para colmo de males, tuvo la desgracia de asumir la jefatura del S.I.S. justo a tiempo para ocuparla durante el incidente Crabb, que estalló en 1956. Sucesivas investigaciones sobre este asunto demostraron que no había responsabilidad personal por parte de Sinclair. El capitán Crabb, uno de los mejores expertos en sabotaje submarino y buzos de la Real Armada, se sumergió en el puerto de Portsmouth en abril de 1956, con una misión secreta a desempeñar cerca del crucero ruso *Ordzhonikidze*, que había traído a Inglaterra a los líderes rusos Kruschev y Bulganin. Jamás volvió a su puesto de trabajo, y su desaparición originó una tormenta parlamentaria. Naturalmente, se presentaron las desmentidas habituales, negando que Crabb operara al Servicio de la Inteligencia británica, mientras se hacían llegar a la Prensa ciertos rumores conjeturales, en el sentido de que Crabb podía ser un agente independiente, contratado por los americanos. Catorce meses más tarde, un cadáver sin cabeza fue depositado por las olas en las orillas de Chichester; tras una somera investigación, se dictaminó que el cuerpo pertenecía a Crabb.

Desde entonces, se han recibido versiones esporádicas que aseguran que se ha visto en la Unión Soviética al comandante Crabb, oculto tras un nombre ruso. La señora Patricia Rose, antigua prometida del comandante, está persuadida de que aquel cadáver no

era el de Crabb, y de que éste aún vive. Asegura haber recibido un mensaje de Crabb, de manos de un hombre que habló con él en Rusia. «Me dijo que conoció a Crabbie en Sebastopol donde adiestraba a una compañía de hombres ranas para los rusos. Me envió recuerdos. El hombre describió, incluso, la forma característica en que Crabbie fumaba y tosía.»

Bernard Hutton, cuyo libro *Commander Crabb is Alive* fue publicado en 1968, declara haber recibido la información de que el capitán R. Melkov, un marino de Leningrado que viajaba a Inglaterra con frecuencia, había dialogado con Crabb. Éste dio al capitán Melkov un mensaje personal para la señora Rose, mencionando su apodo íntimo para que ella se convenciera de que, efectivamente, estaba con vida.

«Como prueba adicional —declara Bernard Hutton— Crabb describió también una conversación con su viejo amigo Sidney Knowles, que había tenido lugar poco antes de su desaparición en 1956. Antes de que yo recibiera, por vía indirecta, esta comunicación, moría el propio Melkov.»

El 8 de mayo de 1968, el capitán Roman Melkov, a cargo del navío ruso *Kolpino*, amarrado en los muelles londinenses, fue hallado muerto de un tiro en su camarote. Al día siguiente, la Corte de Southwark Coroner registró el veredicto de que Melkov se había suicidado.

Sidney Knowles, un buzo que trabajó junto a Crabb durante trece años, confirmó que la conversación con Crabb, mencionada por Melkov, había existido realmente.

El Almirantazgo anunció oficialmente que el comandante Crabb «había muerto, presumiblemente, como resultado de sus experimentos con ciertos aparatos submarinos» ...en un punto ubicado a tres millas del crucero soviético.

Algunos dirán que la historia de que Crabb fue cogido, llevado a Rusia y pasado al bando soviético resultaría propagandísticamente útil para los propios rusos. Pero éste no sería un procedimiento propio del Soviet. Esperaron años antes de revelar que Burgess y McLean estaban realmente en Moscú. Durante largo tiempo guardaron silencio sobre Philby. Jamás confesaron que Sidney Reilly se hubiera pasado a su bando. Cualquiera que fuere la verdad auténtica sobre el caso Crabb, reflejó una vez más el viejo fallo de la Inteligencia británica: la mano izquierda ignoraba lo que hacía la derecha. En privado, Randolph Churchill sostenía que Ian Fleming había tenido algo que ver con el caso Portsmouth, e incluso mencionó al «hombre rana» Ian Fleming y sus andanzas en conexión con el caso Crabb, en un entretenido artículo publicado por ua revista norteamericana. Es verdad que sólo se trataba de una

sátira ficticia, pero Randolph tenía un olfato infalible para este tipo de bromas inquietantes. La única luz que el autor de este libro puede arrojar sobre esta última incidencia consiste en que, en el momento del incidente de Portsmouth, Fleming debía estar sometiéndose a una cura en una casa de salud, aunque en realidad no se encontraba en la dirección mencionada por él mismo. Ignoro si contaba con una segunda coartada. El episodio Crabb, por sus características, pudo haber atraído a Fleming; éste, aunque de ninguna manera era hombre rana y además se encontraba en un discreto estado de salud, era un destacado buceador y explorador submarino. Sea como fuere, el caso Crabb no hizo ningún bien al S.I.S. o al N.I.D. Sugería una maniobra malévola o tal vez una conjura de nivel escolar. Por otro lado, los ojos de muchos miembros del Parlamento, particularmente los de tendencia izquierdista, parecía como si el S.I.S. —tal vez incitado por la C.I.A.— hubiera tratado de sabotear la visita de buena voluntad de los líderes rusos a Inglaterra. Sir Anthony Eden, entonces Primer Ministro, se sintió afectado hasta el punto de considerar que el incidente del hombre rana manchaba su prestigio personal como estadista. De cualquier modo: si éste fue un intento serio de examinar bajo el agua el casco del navío ruso, en busca de equipamientos electrónicos especiales o aparatos nucleares, resulta increíble que hayan escogido a Crabb para la misión. Había dejado atrás la edad propicia para una operación seria de esta naturaleza, y por lo tanto no estaba en condiciones de cumplir con su propósito; por otra parte, era un notorio hablador, incapaz de guardar discreción sobre asuntos de carácter confidencial. Para empeorar las cosas, cierto oficial de Seguridad visitó el hotel donde Crabb se había alojado en el área de Portsmouth, arrancando torpemente una página del libro de huéspedes del establecimiento. Hubo escenas de pánico en los círculos de Inteligencia, y por lo menos dos casas de salud de las afueras de Londres fueron visitadas por agentes de contraespionaje, que ordenaron a sus administradores guardar silencio sobre cualquier requerimiento acerca de sus huéspedes recientes.

Desde el más alto nivel se exigió, inmediatamente, un escarmiento en los Servicios de Inteligencia: el comisionado del Servicio Exterior en el S.I.S. fue una de las primeras bajas. Había consenso general en el sentido de que el asesoramiento de S.I.S., en ocasión de la visita de los líderes rusos, debió haber desalentado categóricamente cualquier operación indiscreta. Poco después, Sir Dick Goldsmith White fue designado jefe del S.I.S. Fue una pena que no le hubieran trasladado desde el M.I.5 a este cargo mucho antes, pues sus talentos para el contraespionaje resultaban vitalmente necesarios en una organización que desde 1945 había mostrado una

terrible lasitud en materia de seguridad, sumada a la increíble obstinación con que ignoraba la realidad, y la torpeza con que conducía sus operaciones. Sir Dick logró, finalmente, poner en práctica algunas de las reformas que el S.I.S. venía necesitando desde hacía tanto tiempo.

Bajo la conducción de Sir Dick se obtuvo un utilísimo cuerpo de Información de los desertores rusos, evaluando y extrayendo deducciones correctas de dicha Información. Los panegiristas del Servicio Secreto zarandean el hecho de que los desertores y espías americanos en el período de pos-guerra superaron, por amplio margen, a los de Inglaterra. Es perfectamente cierto que la nómina americana en esta especialidad incluye a Alger Hiss, Soble, Soblen, Gold, los Rosenberg, Slack, Greenglass, Brothman, Moskovitz, Abel, Coplon, Haynahen, Scarbeck, Bucar, Cascio, Verber, Dorey, Sobell y Boeckenhaupt. Pero la población americana no es sólo mucho más numerosa que la del Reino Unido, sino también mucho más diversificada, conteniendo un vasto número de polacos, checos, chinos, alemanes y personas de otras razas, apenas asimiladas. Es natural que sus problemas de Seguridad sean más graves, y que el número de desertores y espías guarde proporción con estos factores. El señor Donald McLachlan ha escrito que «quienes se ensañan con la historia de Philby como si fuera el fin y el comienzo de la Inteligencia británica tienden a socavar la lealtad, promoviendo un conjunto de valores falsos». Esto plantea, por supuesto, un interrogante inmediato: ¿se hubieran iniciado las imprescindibles reformas de no haber existido los tremendos errores del Servicio Secreto, la negligencia criminal de algunos agentes, y naturalmente la saludable crítica de las actividades del S.I.S.? Aún hoy en día, muchas de estas críticas no han recibido respuesta adecuada. Los Gobiernos laboristas y conservadores comparten las culpas. Hector McNeil, cuando era ministro de Estado del Servicio Exterior, disponía de información suficiente como para advertir a Burgess que no se comprometiera en actividades políticas izquierdistas o demostraciones homosexuales abiertas. Burgess se encogió de hombros e ignoró la advertencia. En cuanto a los conservadores, o bien cerraron los ojos a lo que estaba ocurriendo, o bien aceptaron sin el menor examen crítico las informaciones que les suministraba el Servicio Exterior.

La crítica principal que puede dirigirse al aparato de Inteligencia británica, con respecto a sus actividades del último cuarto de siglo, consiste en que demasiados espías y agentes desenmascarados resultaron ser agentes británicos, diplomáticos o empleados de la diplomacia, o, aún peor, miembros de las Fuerzas Armadas.

El famoso «Ciceron» de Ankara era mayordomo del embajador inglés: reveló a los alemanes los detalles de la inminente conferen-

cia de Teherán, cosa que condujo a un complot para asesinar a los líderes aliados de la guerra. Tanto Burgess como McLean eran dependientes del Foreign Office; Philby y George Blake estaban en el S.I.S.; Vassall en el Almirantazgo, Harry Houghton en la Real Armada. En cada caso, las autoridades tenían amplias evidencias como para abrigar sospechas hacia estos hombres. McLean y Burgess debían haber sido expulsados muchos años atrás por causa de su inconducta, no hablemos ya de su condición de sospechosos de espionaje; Philby había revelado inclinaciones comunistas en sus años estudiantiles, antes de pasar como pro-fascistas durante la Guerra Civil española; al emplear a Blake, las autoridades del S.I.S., ignoraron el hecho de que tenía un padre egipcio y una madre holandesa. La inadecuación de Vassall para cualquier tarea relacionada con documentos confidenciales debió haberse tenido en cuenta ya desde sus primeros trabajos en la Embajada británica en Moscú; la confraternización de Houghton con los polacos durante su gestión en la Embajada británica en Varsovia —de donde fue expulsado por complicaciones turbias con el mercado negro— debió haber eliminado toda posibilidad de que le emplearan, posteriormente, en un establecimiento para la investigación de armas submarinas, organismo secreto ubicado en Portland. Además, las autoridades son culpables de no haber informado al M.I.5 sobre muchos de estos hechos.

El M.I.5, con la asistencia del departamento especial de Scotland Yard, realizó una excelente faena, atrapando finalmente a Krogers, Hougthon, Gee y Gordon Lonsdale. Fue una espléndida demostración de trabajo de equipo en contraespionaje. La selección de personal del M.I.5 se efectúa, actualmente, con las máximas precauciones, y las normas de selección son mucho más rígidas que las del S.I.S. Un hombre como George Blake, por impecables que fueran sus antecedentes, no obtendría empleo en el M.I.5: la máxima de Kell, con respecto al empleo de los ingleses nativos, todavía tiene vigencia. A partir del caso Vassall se han realizado varias inspecciones sorpresivas sobre las precauciones de seguridad, en los distintos departamentos gubernamentales.

Los instrumentos electrónicos, la técnica de los micrófonos y otras modernas instalaciones, se han incorporado al repertorio de los agentes de seguridad. Una de las máximas amenazas es el «oído sensibilizado». Este adminículo tiene el tamaño de una caja de cerillas. No requiere conexiones, cables ni antenas. Sólo se necesita, por así decirlo, una muchacha, que mientras limpia el despacho oculta el aparato en algún rincón oscuro. Desde su escondite, a una milla de distancia, un transmisor operado por un agente envía ondas electrónicas que sensibiliza un minúsculo disco en el aparato. El disco recoge, entonces, y refleja, las ondas de la conversación en la frecuencia del receptor ubicado en el escondite del espía, y todo esto es grabado. Desde el descubrimiento de este nuevo recurso, todas las oficinas vitales desde el punto de vista de la Seguridad en Inglaterra son periódicamente registradas. Pero la principal defensa contra todas estas actividades es una laboriosa selección e investigación del personal que ha de tener acceso a los sitios vitales para la Seguridad.

En mayo de 1961, George Blake, miembro nominal del Servicio Exterior, pero en realidad hombre del S.I.S., fue sentenciado a cuarenta años de prisión, por espionaje pro-soviético. Blake era hijo de Albert William Behar, un judío egipcio casado con una Holandesa, y había nacido en Rotterdam, en el año de 1922. Su padre tenía pasaporte británico y se consideraba inglés. Durante la Segunda Guerra Mundial, cuando aún era un niño, George Behar se unió a la Resistencia holandesa contra los nazis, escapando luego a Inglaterra, para enrolarse por fin en las organizaciones secretas holandesas y británicas de Londres. Finalmente, adoptó el nombre de Blake, se incorporó a la R.N.V.R. como oficial de Inteligencia y, después de la guerra, fue transfirido al Foreign Office. Le enviaron a Corea con el rango de vicecónsul, pero cayó en manos de los comunistas, sufriendo condena en los campos de concentración coreanos. Tal vez sucumbió a un lavado cerebral durante este período; esto es materia de controversia. Cuando las autoridades sugirieron que así podía haber ocurrido, varios ingleses que habían estado con él en los campos de concentración lo negaron con vehemencia, asegurando que nadie se había plantado con tanto vigor ante los carceleros comunistas.

Cuando Blake fue liberado, continuó con sus misiones de agente secreto a un nivel aún más importante. De hecho, había desempeñado esta actividad desde su llegada a Corea. Mas, esta vez le destinaron a Berlín, donde no sólo debía espiar a los rusos sino, también, jugar el papel de agente doble, infiltrándose en el aparato de espionaje soviético con pleno conocimiento de sus superiores. Durante casi ocho años trabajó para los ingleses sin despertar sospechas. Finalmente, fue atrapado por la infidencia de un informante alemán y un desertor polaco. Este último delató la composición de las células establecidas por el Servicio Secreto soviético en los círculos de Inteligencia británicos y americanos de Berlín, demostrando que Blake no había sido un agente doble, sino triple. Se declaró que Blake no sólo había traicionado secretos a los rusos, sino que además les había facilitado los nombres de toda una red de agentes británicos, haciendo que algunos de ellos fueran atrapados y muertos por los rusos. A pesar de esto, y de la condena de

Blake, gran parte de lo que se le acusa no ha sido aún comprobado. Me parece saludable ponderar el interrogante formulado por el biógrafo de Blake, E. H. Cookridge. El señor Cookridge se pregunta por qué George Blake, al convertirse en agente doble en Berlín, recibió acceso a una cantidad de informaciones que no estaban destinadas al consumo ruso. Si con la connivencia de sus superiores británicos, Blake debía arrojar cebos a los rusos para obtener su confianza, era necesario, naturalmente, que les revelara algunos secretos..., pero, cualquiera sea la confianza que inspira un agente doble, el peligro de que el enemigo lo desenmascare, el riesgo de chantaje, tortura y sometimiento, establece como regla elemental del Servicio Secreto que no se entreguen a este agente informaciones confidenciales que se tienen por inviolables En el caso de Blake, sus superiores en Berlín y en el Foreign Office debieron tomar buena nota de que su ambición por sobresalir, dada su ansiedad por sonsacar secretos a los rusos para complacer a sus superiores británicos, desbordara los límites de la discreción. Por lo tanto, la responsabilidad de estos actos debe ser compartida, al menos, por algunos de sus superiores.[1]

¿Quénes eran estos superiores? Haciendo a un lado a los altos directivos del S.I.S. y el Foerign Office, el jefe de la sección rusa del S.I.S. en el Continente, alrededor de 1958, era el coronel Charles Gilson, quien residía en Minden, Alemania Oeste. Posteriormente, esta sección fue trasladada a Roma; Gilson se retiraría después, volándose la tapa de los sesos en Roma. Según se dijo, esto fue a causa de sus dificultades económicas, ya que no podía vivir en la forma a que estaba acostumbrado, con el dinero de su pensión. Esta luz lateral sobre el caso Blake es uno de los misterios menos conocidos y menos explicables del episodio.

El caso Blake fue seguido por una rápida sucesión de estallidos: Vassall, Profumo y Philby; todos ellos debilitaron considerablemente la autoridad del gobierno McMillan en sus últimos años. Cuando Vassall fue condenado a dieciocho años de prisión por transmitir secretos a los rusos, se supo que no sólo había trabajado anteriormente en el despacho del director de Inteligencia Naval, sino que además había sido aprobado dos veces por sucesivos exámenes. En cada ocasión, los examinadores fueron dos; aunque sus tendencias homosexuales habían resultado evidentes a algunos de sus colegas en Moscú, este hecho no fue apuntado, o tal vez el dúo examinador lo dejó pasar desapercibido.

En ninguno de estos exámenes se advirtió, tampoco, que Vassall gastaba mucho más dinero del que totalizaba su salario. La investigación subsiguiente al escándalo reveló que los principales

culpables eran miembros del Almirantazgo en Londres, y de la Embajada británica en Moscú.

El caso Profumo no fue tan serio como los anteriores, pues no supuso ninguna traición de secretos nacionales, pero reveló una alarmante laguna en la Seguridad, y puso al descubierto la gruesa defección del M.I.5 en cuanto a informar al Primer Ministro y al ministro de Guerra sobre los riesgos que todo esto suponía. En julio de 1961, el ministro de Guerra, Mr. John Profumo, conoció a la señorita Christine Keeler, una invitada más en la casa de campo del doctor Stephen Ward. A través de Ward, la señorita Keeler había conocido a Eugenio Ivanov, asistente de la Embajada rusa en Londres, un amante de las cosas buenas de la vida que frecuentaba alegremente los círculos sofisticados londinenses. El hecho de que un ministro de Guerra compartiera los favores de una muchacha con un ruso ya era, de por sí, grave. Pero fue más grave aún que el mismo ministro mintiera al Parlamento, negando las acusaciones que se le formulaban. Lo que resulta casi increíble es que los Servicios de Seguridad no prestaran atención a los graves peligros que suponía esta situación, y que el Primer Ministro no se molestara en descubrir la verdad. Este caso, deplorablemente manejado, que culminó con un Profumo admitiendo, avergonzado, haber mentido a los parlamentarios, y renunciado a su cargo, sonó como una sentencia de muerte para el gobierno de MacMillan, reduciendo su credibilidad a cero.

Las autoridades de Seguridad efectuaron una investigación de rutina sobre Ivanov, concluyendo que *podía* tratarse de un espía. Lo mantuvieron bajo vigilancia, descubriendo de este modo que tanto Ivanov como el ministro de Guerra visitaban a la señorita Keeler en su piso de Wimpole Mews. Entonces, el M.I.5 supo por Stephen Ward que Ivanov había preguntado cuándo armarían los americanos a Alemania Occidental con recursos atómicos. El informe del oficial de Seguridad sobre este episodio descartaba la posibilidad de que Ward fuera «un peligro para la Seguridad, en el sentido de una deslealtad intencionada; pero sus peculiares creencias políticas, sumadas a su admiración por Ivanov, bien podían llevarlo a cometer indiscreciones involuntarias».[2] Esto parece un intento de lavarse las manos, y un esfuerzo de los Servicios de Seguridad por sugerir que Ward era más peligroso —desde el punto de vista de la Seguridad— que el propio ministro de Guerra: para abreviar, otra vez la técnica proverbial de los Servicios de Seguridad, consistente en decir a las autoridades lo que quieren saber, y no aquello que *deben* saber. El verdadero peligro no radicaba en el ministro de Guerra, quien por sí solo no representaba una amenaza para la Seguridad, sino en la posibilidad de que los rusos, sa-

bedores de su asociación con la señorita Keeler, amante de Ivanov, instrumentaran la situación con propósitos de chantaje o explotación política.[3]

Dice el informe Denning sobre el caso Profumo: «En el Servicio de Seguridad surgió la idea de que, con la ayuda del señor Profumo, tal vez fuera posible inducir a Ivanov a despertar. El señor Profumo actuaría como enlace con Ivanov. El director general examinó cuidadosamente las posibilidades. No creía poder abordar directamente al señor Profumo sobre este asunto. De modo que el 31 de julio de 1961, planteó la cuestión a Sir Norman Brook, secretario del Gabinete.

El comentario final del informe Denning sobre todo esto fue el siguiente: «en caso de que el Servicio de Seguridad hubiera tenido conocimientos de estas cosas, a mi juicio debería haberlas enfocado como uno de estos asuntos extremadamente delicados que deben plantearse directamente al Primer Ministro; en cuanto a Sir Norman, creo que éste debió transmitirlo al Primer Ministro. Si no lo hizo, cometió un serio error».

Por cierto, durante un debate en la Cámara de los Comunes (el 17 de junio de 1963) Harold Wilson, entonces líder de la oposición, sugirió al Primer Ministro Harold MacMillan que los Servicios de Seguridad habían obtenido la primera información sobre este escándalo de labios del ejecutivo de un periódico dominical. «Si esto es cierto —agregó Wilson— y creo que el Primer Ministro debe ser sincero en esta oportunidad, los sesenta millones de libras invertidos en estos servicios por nuestra honorable y caballeresca organización han resultado menos productivos, en este caso de tan vital importancia, que los Servicios de Seguridad del periódico *The News of the World.*»

A despecho de las omisiones de los Servicios de Seguridad en cuanto a llevar sus deducciones a una conclusión lógica en los primeros pasos de este caso, Lord Denning les brindó su aprobación: «Creo que cubrieron los intereses de la Seguridad, con plenitud, exhaustivamente, informando a los responsables... adoptaron todas las medidas razonables para cerciorarse de que los intereses nacionales eran defendidos.» A pesar de todo, quedó la impresión de que los Servicios de Seguridad no podían cumplir con su misión porque algunas informaciones vitales les eran ocultadas por departamentos tales como el Almirantazgo y el Ministerio de Defensa. Tan sólo un año, atrás, Colin MacInnes había escrito en *New Society* (15 de noviembre de 1962): «una de las primeras lecciones que aprendió el presidente Kennedy, o que le enseñó el desastre, fue que la autoridad elegida debe controlar a las autoridades institucionales (Pentágono, C.I.A.) y evitar que éstas se conviertan en centros formuladores de política, o estados dentro del Estado. En nuestro país, el Primer Ministro no puede asegurarse este control, por sí solo; parece haber llegado el momento de una supervisión más estricta y amplia sobre los Servicios de Seguridad, tanto en el plano operativo como en el político... Deberíamos contar con un equipo supervisor de esta naturaleza en funcionamiento constante».

MacMillan hubiera hecho bien en seguir este consejo. Pero el entonces Primer Ministro tenía una actitud ligeramente cínica o indiferente hacia los trabajadores de Inteligencia; para decirlo más claramente, con respecto a todos los asuntos vitales para la Seguridad de la nación. MacMillan era un hombre que creía en plantear los problemas por la raíz, que se negaba a dejarse perturbar por cosas insignificantes, o distraerse con «pequeñas dificultades locales». Es éste un rasgo admirable en muchos aspectos, una virtud cabal para todo Primer Ministro, pero a la vez constituye un hábito peligrosísimo en cuestiones de Inteligencia, donde no siempre es posible separar lo trivial de lo importante. MacMillan creía, no sin cierta razón, que el sesenta por ciento de la Inteligencia era una pérdida de tiempo y dinero. Esto es indudablemente cierto a nivel general, particularmente en los tiempos que corren: hoy en día, los ejecutivos suelen crear tareas innecesarias con el exclusivo propósito de expandir sus propios imperios privados, y se desarrolla una infinidad de tareas duplicadas o superpuestas. Pero el Primer Ministro olvidó un factor: en el momento mismo en que se realizan todos esos trabajos, no siempre es fácil determinar cuál de ellos es útil y cuál no lo es, discriminar lo trivial de lo que, eventualmente, puede cobrar importancia nacional. Sólo el tiempo puede demostrarlo. Esta indolencia, este deseo de no saber, de no complicarse demasiado, produjo el escándalo de Profumo. El predecesor de MacMillan había interferido excesivamente en los detalles más minúsculos; MacMillan se pasó al extremo opuesto. Según otra explicación, en círculos ministeriales era tal el alivio que motivaba el hecho de que el escándalo de Profumo fuera una inocente escaramuza heterosexual, tras una larga serie de escándalos homosexuales que afectaron al Gobierno o al partido gobernante, que no se apreciaron los peligros inherentes al asunto.

Sir Roger Hollis permaneció en su puesto de jefe del M.I.5 hasta su retirada, a la edad habitual de sesenta años, en 1965. Colaboró con el escarmiento de los Servicios de Seguridad que siguió al caso Profumo y al consiguiente informe Denning. En el M.I.5, al menos en los niveles más bajos, existía la sensación de que era necesario vigorizar su influencia sobre las altas esferas. Tal vez, en el futuro, hombres más jóvenes pudieran implantar más fácilmente las decisiones inoportunas o impopulares. Un resultado de estas opi-

niones fue la decisión de reducir la edad de retiro de sesenta a cincuenta y cinco años. Sir Roger Hollis fue sucedido en la jefatura del M.I.5 por Sir Martin Furnivall-Jones.

En 1955, MacMillan, entonces secretario de Asuntos Exteriores, había declarado que «no se han hallado evidencias indicatorias de que Philby pusiera sobre aviso a Burgess o McLean sobre el proceso que se avecinaba... No encuentro motivos para afirmar que el señor Philby haya traicionado, en momento alguno, los intereses de este país, o para identificarlo con el así llamado *tercer hombre* si es que existió realmente dicho personaje».

A pesar de todo, a estas alturas se sabía que Burgess había advertido a Philby, aunque los ingenuos pudieran interpretar su actitud como una mera indiscreción. Sin embargo, nadie, al parecer, se había tomado el trabajo, o había tenido el coraje suficiente, para advertir al secretario de Asuntos Exteriores sobre la gravedad de la situación. Philby interrogado por oficiales de seguridad, declaró haber manifestado a Burgess: «¿Puedes imaginar la estúpida tontería que el F.B.I. está difundiendo?, ¡dicen que eres un espía soviético!» Philby afirmó que Burgess había tomado su afirmación con toda calma, estallando luego en una carcajada, aparentemente de incredulidad.[4]

La única explicación benévola que podemos imaginar para los acontecimientos que siguieron al interrogatorio de Philby es que alguien, en el S.I.S., concibió la loca idea de utilizarlo como agente doble, sin que el propio Philby lo advirtiera, brindándole acceso a ciertas informaciones para que las suministrara a los rusos, y vigilando sus movimientos hasta desenmascarar toda la red de espionaje soviético. Una idea del todo impracticable, en primer lugar porque Philby debía ser demasiado necio para no advertir lo que ocurría, y en segundo término porque los rusos hubieran comprendido en seguida que los ingleses sospechaban de Philby. No se permite tan fácilmente a un hombre que ocupa un alto cargo en el S.I.S. viajar al Medio Oriente bajo el disfraz de un reportero, y cualquiera que creyera que los rusos iban a caer en la trampa, necesitaban, sin duda, ver a un psiquiatra. El hecho es que este plan causó una disputa entre el S.I.S. y el M.I.5.

Al fin, Philby abandonó Inglaterra y su trabajo como corresponsal del *Observer*, siguiendo a Burgess y McLean tras la cortina de acero. El 1 de julio de 1963, el Primer Ministro admitió que Philby había estado trabajando para la U.R.S.S. antes de 1946, y que era ese «tercer hombre» de cuya existencia él mismo había dudado cuando, en 1955, era secretario del Exterior.

Un Gobierno laborista es siempre más vulnerable a los escándalos de espionaje o errores de Inteligencia que uno conservador,

tal como demostró la carta Zinoviev. Tal vez por esta misma razón, cuando el poder laborista resurgió en 1964, el nuevo Primer Ministro, Harold Wilson, hizo un esfuerzo especial para sacar provecho de los errores en que había incurrido su predecesor. A fines del período de MacMillan, el Primer Ministro había dado a su secretario de Estado, el infortunado Henry Brooke, parte de la responsabilidad de Inteligencia que normalmente recae sobre los hombros del mismo Primer Ministro. El nuevo Primer Ministro decidió mantener estrecho contacto con Inteligencia, nombrando a George Wigg como tesorero general y haciendo de él, su *eminencia gris* en asuntos de Seguridad. Esto fue, en parte, una recompensa a George Wigg por su persistencia y maña en acabar con el escándalo Profumo. Significativamente, en 1967 fue revelado que el costo del departamento del tesorero general, había ascendido desde 56,000 a 806,000 libras esterlinas.

Si la ausencia de escándalos de espionaje durante la era de Wilson, es producto de la suerte, así como las mejoras en los servicios de Seguridad, o la nueva política de nombrar un ministro, en plan de perro guardián, para la Seguridad, sólo el tiempo lo puede demostrar. Algunos creen que la nueva política sirve solamente para perturbar con amenazas veladas a los editores de periódicos, con el pretexto de la Seguridad, pero es obvio que ha mejorado la vigilancia a nivel ministerial.

La huida de George Blake de la prisión de Wormwood Scrubs en octubre de 1966, y su subsecuente escapada a Rusia, fue quizás el único lapso de Seguridad vital durante el curso del Gobierno laborista. Curiosamente, esto levantó menos críticas y menos controversias parlamentarias que cualquiera de los lapsos de Seguridad de la era de MacMillan. Esto pudo deberse, en parte, al sentimiento de oposición incubado a causa de los fallos cometidos por el Gobierno previo. Sin embargo, la huida de Blake volvió a revelar muchos detalles de mala organización a nivel de Seguridad: para mencionar sólo uno, los funcionarios de Scotland Yard buscaron desesperadametnte una fotografía de Blake para hacerla circular en aeropuertos y muelles, descubriendo que no existía ninguna en los archivos criminales.

Sucesos como el descrito en este capítulo han puesto al S.I.S. y al M.I.5 a la defensiva, después de la guerra. Cabe aclarar que todo Servicio Secreto *debe* mantenerse puramente a la defensiva en tiempos de paz. Es decir que el espionaje jamás debe ser utilizado para maniobras políticas, como ha sucedido en América con la C.I.A. Pero, a largo alcance, incluso en tiempos de paz, es el espíritu de ofensiva lo que cuenta. Forzoso es señalar, sin embargo, que hay dos tipos de espionaje «ofensivo o agresivo». Existe el

agent provocateur, forma de agresión ilustrada por las actividades de la C.I.A., que llevan a un desastre como el de la Bahía de Cochinos, o la infiltración agresiva del tipo empleado por los rusos para fomentar huelgas en otros países, quebrantando industrias. Estas tácticas no sólo suponen un posible perjuicio contra sus propios instigadores, sino que pueden incluso, en algunos casos, terminar en guerra, o en otros desastrosos incidentes. Son comprometedoras, y al fin perjudiciales. El tipo de agresividad sana, en espionaje, es aquel que mantiene toda clase de actividades en territorio de potenciales enemigos; por ejemplo, espiando en el terreno del armamento nuclear o los secretos diplomáticos. Al mismo tiempo, se procura que el enemigo sepa que esta Información ha sido obtenida. No se pueden establecer normas sobre cuándo conviene o no decir a un enemigo potencial que sus secretos han sido descubiertos. Pero un olvido en cuanto a dejárselo saber, al menos ocasionalmente, puede significar que la efectividad del espionaje se ha perdido.

Ningún enemigo potencial declarará la guerra a una nación porque ésta haya robado sus secretos; por el contrario, ha de temer la guerra si sabe que estos secretos han sido descubiertos. Ésta es una de las principales lecciones de la era nuclear. La otra es que la nación que a través del espionaje «agresivo» gana a la mayoría de los traidores para sus propios propósitos debe tener, a la larga, el mejor y más efectivo Servicio Secreto. Aunque los traidores y desertores ingleses puedan ser perturbadoramente numerosos, la mayor debilidad del Soviet radica en que los traidores rusos son inevitablemente aún más numerosos. Por esta razón, hay un mayor campo de extensión para el Servicio Secreto británico que para el ruso.

El Servicio Secreto soviético ha debido ganar a los desertores de las filas inglesas en un frente muy estrecho. Comprendiendo que el desertor puramente ideológico es en Inglaterra un caso bastante raro, ha tenido que recurrir al chantaje, a veces comprometiendo a homosexuales, técnica que solía tener éxito en Inglaterra a causa de las leyes contra los invertidos. Oportunamente los servicios soviéticos han comprendido que Whitehall no acertaba a proteger adecuadamente a los homosexuales, y que el S.I.S., por tradición, consideraba a los homosexuales como efectivos agentes. La teoría es que el homosexual puede ser usado para seducir agentes enemigos, mientras que muy raramente sucumbe a las atracciones de las agentes femeninas enemigas.

Un importante hallazgo del Servicio Secreto británico es el espionaje literario. Realmente, la designación de un director de Inteligencia literaria debe producir útiles dividendos: en el período

de la posguerra, los trabajos literarios de Djilas, Pasternak o Danielski han tenido tanto valr, a su modo, como los más vitales secretos militares. La batalla de ideas es un campo en el cual el espionaje del futuro puede ser provechosamente agresivo y obtener victorias sustanciales.

Notas suplementarias

Capítulo 1

1. *Calendar of State Papers*, Venetian, 1202-1509. Ver también *Four Years at the Court of Henry VIII. Selection and Despatches written by the Venetian Ambassador, Sebastian Giustiniani*, editadas por R. Brown, Londres, 1854.

2. *Thomas Cromwell and the English Reformation*, por el profesor Dickens.

Capítulo 2

1. Correspondencia de Sir Nicholas Throgmorton con Cecil, publicada por Forbes (vol. I, 137, 148), principalmente del MSS., en el P.R.O. y el Museo Británico.
2. Citado por Conyers Read, en *Mr. Secretary Walsingham*, vol. I.
3. Papeles domésticos del Estado, Eliz. xlv. 2.
4. Carta a Burleigh, 20 de agosto de 1573, Museo Británico. Harleian MSS. 6991, núm. 39.
5. Ver Camden *Annals* (1635), p. 394. El testamento de Walsingham aparece completo en *History of Chislehurst*, Webb, p. 383.
6. Papeles Caseros del Estado, Eliz. ccii, núm. 41, en la propia escritura de Walsingham.
7. P. Pellegrini a Walsingham: Harleian MSS. 286, f. 122 (parcialmente en código cifrado).
8. Ver *Mr. Secretary Walsingham*, cita de Conyers Read. Se refiere a «La copia de la Relación Particular que el marqués de Santa Cruz y el secretario Barnaby de Pedrosa mandaron al rey de España el 22 de marzo de 1587, incluyendo una lista de barcos, marinos, soldados, provisiones, detalles de salarios y otros gastos».
9. Harleian MSS. 6994 m. f. 76.

Capítulo 3

1. La Public Record Office de Londres tiene tres volúmenes de aproximadamente 200 códigos cifrados; datan del reinado de Isabel I. Lord Burghley frecuentemente usaba signos del zodíaco en sus códigos, *Aries* para el duque de Parma, *Cáncer* para Estates - General, etc. También aplicaba palabras latinas: *visus* para Burghley, *oculus* para Lord High Admiral, *olfactus* para Walsingham.
2. Esta correspondencia con Cecil está contenida en los Papeles del Estado, Eliz. vol. XXVII, núm. 63.

3. Ver *The Posthumous Works of Robert Hooke*, Richard Waller, Londres, 1705, y *John Dee: Scientist Geographer, Astrologer and Secret Agent to Elizabeth I*, por Richard Deacon.
4. *John Dee*, Deacon.
5. *History of the Jesuits in England*, E. L. Taunton.
6. Cotton MSS., Caligula C, ex f. 566.
7. Berden a Phelippes, sin fecha, Papeles del Estado, cxcv, núm. 75.
8. Ver *John Dee*, Richard Deacon.
9. *Ibid.*

Capítulo 4

1. Cal. Español, 1587-1603, p. 578.
2. Ver *Vida y cartas de Sir Henry Wotton*, por L. P. Smith, Oxford. 1907.
3. *Ibid.*
4. Citado por J. W. Thompson y S. K. Padover en *Diplomacia Secreta: A record of Espionage and Double-Dealing*: 1500-1815, p. 66.
5. Ver *A project for the Acquisition of Russia by James I*, por Lubimenko. *English Historical Review*, XXIX (1914), págs. 246-256.
6. Ver *Dictionary of National Biography.*
7. Citado en *Secret and Urgent: The Story of Codes and Ciphers*, por Fletcher Pratt, págs. 140-141.
8. Ver *John Dee*, por Richard Deacon.

Capítulo 5

1. Esta cita de Pepys está tomada de su Diario; fue transcrita del manuscrito taquigrafiado en la Librería Pepsyan del Magdelene College, Cambridge, por el Rev. Mynors Bright.
2. Giovanni Sagredo fue el embajador veneciano en Londres; sus comentarios sobre la inteligencia inglesa están citados en *D. J. Hill: A History of Diplomacy in the international Development of Europe.*
3. Ver *Secret and urgent*, Pratt.
4. De cartas enviadas a Thurloe por agentes en noviembre y en diciembre de 1856.
5. Citado en *Secret Diplomacy*, por Thompson y Padover.
6. *Ver History of the Commonwealth and Protectorate*, por S. R. Gardiner, vol. III.
7. Citado en *Secret Diplomacy*, Thompson y Padover.
8. Esta carta se encuentra actualmente en la Librería Lambeth (volumen 645, núm. 33), formando parte de la Colección Tenison.
9. Ver *Thomas Scott's Account of his Actions as Intelligence Officer during the Commonwealth*, por C. H. Firth, *English Historical Review*, VII, 1892, 72 f.

Capítulo 6

1. Transcrito del manuscrito *Pepys Diary*, en el Magdalene College, Cambridge, por el Rev. Mynons Bright.

2. *Ibid.*
3. Ver *El Servicio Secreto bajo Carlos II y Jaime II*, por J. Walker, *Transactions of the Royal Historical Society*, 4th. Serv. XV (1932), páginas 211-235.
4. Ver *Secret and Urgent*, Fletcher Pratt, p. 148.
5. Ver *El libro de cartas de Sir George Etherege*, editado por S. Rosenfeld en 1929.
6. El sistema de taquigrafía de Mr. Shelton tiene cierto parecido con el método moderno; en él, las consonantes estaban representadas por líneas y curvas y los puntos eran usados para los sonidos vocales. Pero el sistema difiere en que Shelton empleaba con frecuencia signos como la figura 4 para «corazón», 5 para designar «porque» y 6 para «nosotros». Pepys adaptó el sistema, inventando sus propios signos arbitrarios.
7. El informe histórico y oficial «de cómo el secreto de la Revolución del "Argyle" fue conocido por las autoridades» explica que fue obtenido tras la captura del secretario del duque, Spencer, y su cirujano Blackadder, cuando el duque hizo una breve parada en Cariston-in-Orkney. Esto es, desde luego, erróneo. Dichos hombres fueron capturados el 6 de mayo de 1685, solamente un día antes de que el «Argyle» llegara a tierra; mucho antes, noticias obtenidas por Spencer y Blackadder pudieron haber llegado a Edimburgo o a Londres. En realidad, el desafío a la milicia y la detención de los rehenes en «Argyle» ocurrió el 28 de abril, como resultado de la captura del correo del «Argyle» y su despacho de códigos.
8. Ver *El servicio diplomático bajo William III, Transcripciones de la Historia Real de la Sociedad.* 4, th er., X (1927), págs. 87-109, por M. Lane; también *Matthew Prior, A Study of his public Career and correspondence*, por L. G. W. Legge, Cambridge, 1921.

Capítulo 7

1. Ver *La vida de Daniel Defoe*, por Thomas Wright.
2. Ver *Defoe*, por James Sutherland.
3. Ver *Treinta y tres siglos de espionaje*, por R. W. Rowan y R. G. Deindorfer.
4. Ver *Un diálogo entre Louis el Pequeño y Harlequin el Grande*, citado por Sutherland en *Defoe.*
5. Portland MSS, vol. IV, p. 148.
6. El *Noveno Informe de los Comisionados de Su Majestad*, p. 469.
7. Portland MSS, p. 396.
8. Portland MSS, págs. 444-445. En otra carta a Harley, Defoe añade lastimosamente: «...las bondades de su señoría para conmigo me parecen como mensajes desde un ejército a una ciudad sitiada, anunciando que el socorro llega ya, los cuales dan ánimo y valor a la hambrienta guarnición, pero no la alimentan; y al fin los sitiados se ven obligados a rendirse por el hambre, cuando quizás una semana más les habría liberado... Es como un hombre colgado con el perdón de la Reina en su bolsillo». Parte de la demora en llegarle ios fondos a Defoe pudo deberse a que Harley a menudo le pagaba de su propio bolsillo, y no de los fondos oficiales. El Lord-Tesorero le había dicho a Harley que no debía pagar servicios de espionaje de su peculio personal.
9. Public Record Office: Papeles del Estado 35/II/24 (carta fechada un 26 de abril de 1718).
10. *Ibid.*

Capítulo 8

1. *Memories and Correspondence of Sir Robert Murray Keith*, editado por G. Smith, Londres, 1849.
2. Ver *English Historical Review*, XLII (1928), págs. 606-611.
3. No existen archivos sobre los primeros días de esta sociedad, pero se cree que tuvo comienzo en el *George and Vulture Inn* de Cornhill, Londres, lo cual puede muy bien haber sido una razón para que el Hell-Fire Club fuera erróneamente sindicado como uno de los originales «Hell Fire Clubs»; la sociedad tuvo sus cuarteles generales en esta taberna, a principios de siglo. Sin embargo, no hubo conexión entre ésta y los Caballeros de San Francisco de Wicombe, que probablemente nacieron por el 1746. Después de esto, la sociedad se estableció en Round Tar Island, sobre el río Támesis, hasta que la trasladaron a Medmenham Abbey y, más tarde, a las cuevas bajo la colina de West Wycombe. Ver *The Hell-Fire Club: The Story of the Amorous Knights of Wycombe*, por Donald McCormick.
4. Citado en el *Hell-Fire Club.*
5. Ver *Correspondence of Catherine the Great when Grand Duchess with Sir Charles Hanbury-Williams*, editada por el Earl de Ilchester y Mrs. Langford-Brokke, Londres, 1929, y *The life of Sir Hanbury-Williams*, por Lord Ilchester y Mrs. Langford-Brooke, Londres, 1929.
6. *Ibíd.*
7. Ver *The Hell-Fire Club*, McCormick.
8. Luis XV viajó de incógnito, como «conde polaco», y tomó extremas precauciones para ocultar su verdadera identidad.

Capítulo 9

1. Los informes de los espías franceses e inspectores en la costa inglesa se encuentran ahora en la Oficina Pública de los Archivos de Londres.
2. Ver *Secret and Urgent*, Fletcher Pratt.
3. Ver *A memoir of the Right Hon. Hugh Elliot*, por la condesa de Minto. Edimburgo, 1868.
4. El rey Jorge III emitió algunos espinosos comentarios sobre Bancroff: «El individuo es un doble espía —dijo el Rey—; si viene a vender los secretos americanos de Franklin a Londres, ¿por qué razón no podría regresar a Francia con un informe inglés para vender?» *The published letters of King George III*, edición revisada, 1932; contiene cantidad de evidencias sobre las intrigas de Bancroft.
5. Ver *The Correspondence of the Right Honourable William Wickham from the year 1794*, 2 vols., Londres, 1870; también ver *La traison de Pichegru*, por Caudrillier.
6. *Ibíd.* Ver también, *General Pichegru's treason*, 1761-1804, por J. Hall. Londres, 1915.
7. Para la historia del espionaje inglés y el descubrimiento del Pacto de Tilsit, ver *A British agent at Tilsit*, por J. H. Rose, English Historical Review, vol. XVII (1902), p. 110; *The mistery of Tilsit*, por J. Hall, en *Four Famous Misteries* (1922), págs. 9-33.
8. Ver *Life of General Sir Robert Wilson*, editado por H. Randolph, 2 vols., Londres, 1862.

Capítulo 10

1. Ver *Les grands espions*, por Paul y Suzanne Lanoir.
2. El duque de Wellington tenía un servicio de espionaje superior al francés en esta fecha, a despecho de la eficiencia del formidable Fouché, maestro de los espías europeos, pero nunca fue capaz de descifrar el código de Joseph Bonaparte, el rey francés impuesto en España durante cierto tiempo. No fue hasta que Napier escribió la historia de la Guerra Peninsular que se desveló la clave de Bonaparte. El comentario de Wellington, en esta ocasión, fue: «Hubiese dado 20.000 libras por este secreto durante la guerra.»
3. Ver *Behind the scenes in Espionage*, por Winfried Ludecke.
4. Ver *Narrative of a Secret Mission in 1908*, por James Robertson, editado por A. C. Fraser. Londres, 1863. También D.N.B., XLVIII, p. 410.

Capítulo 11

1. Ver *Thirty-three Centuries of Espionage*, por Rowan y Diendorfer.
2. Ver *Dear Robert Emmett*, por Raymond Postgate.
3. Ver *Secret Service under Pitt*, por Dr. W. J. Fitzpatrick.
4. *Twenty-five years in the Secret Service; the recollection of a Spy*, por Henry Le Caron, Heinemann, Londres, 1892. Nacido como Thomas Beach en Colchester en 1841, Le Caron huyó a Francia de joven, luego marchó a América y se alistó en el ejército americano, fingiéndose francés y llamándose Le Caron.
5. *Ibíd.*
6. *Ibíd.*
7. *Ibíd.*
8. Detalles de los informes del «Skirmishing Fund» de los rebeldes irlandeses. Bajo el título de gastos, en 1881: «Viejo submarino 4.042, 97 dólares; nuevo submarino 23.345, 70 dólares; subvencionar periódicos extranjeros, 2.000 dólares.»
9. *Great Contemporaries*, Winston S. Churchill.
10. *Twenty-five years in the Secret Service.*
11. *Great Contemporaries*, Churchill.
12. *Twenty-five years in the Secret Service.*

Capítulo 12

1. *Twenty-five years in the Secret Service.*
2. Ver *Rapports Militaires écrits de Berlin*: 1866-1870, Stoffel, Garnier Frères. París, 1871.
3. Ver *Die Communisten-verschowrungen des neunzehnten Jahrhunderts*, Wermuth und Stieber; también *Les Grans Espions*, Paul y Suzanne Lanoir.
4. *Ibíd.*
5. Ver *London Labour and The London Poor*, 4 vols., Henry Mayhew, 1851-62.
6. Ver *Things I know*, William Le Queux, 1923.
7. *Ibíd.*
8. *Ibíd.*

9. Ver *History of the C.I.D. at Scotland Yard*, por Margaret Prothern, Herbert Jenkins. Londres, 1931.
10. *The Story of Scotland Yard*, Sir Basil Thomson.
11. Las primeras evidencias de que los franceses y los alemanes creían que el espionaje inglés tenía que ver con las influencias sobrenaturales y el ocultismo se hallan en los escritos del siglo XVI, indudablemente debido a las extrañas actividades de John Dee. Niçeron estaba convencido de que Dee empleaba la astrología para obtener información secreta, y las «conversaciones angelicales» de Dee en Bohemia y Polonia llevaron a los alemanes y centro-europeos a la misma conclusión. Pero, incluso en el siglo actual, según el profesor H. R. Trevor-Roper, Himmler estaba convencido de que los Rosacruces eran una rama del Servicio Secreto inglés (*Last Days of Hitler*), mientras que Aleister Crowley proclamaba tener apoyos en el espionaje, lo cual a veces era tomado en serio en el Continente, y de nuevo surgía la creencia de que el Servicio Secreto inglés y el ocultismo eran sinónimos.
12. Ver *Burton: A Biography of Sir Richard Francis Burton*, por Byron Farwell.
13. *Ibid.*
14. Para ésta y la precedente información sobre McMorrough Kavanagh, ver *The incredible Mr. Kavanagh*, por Donald McCormick.
15. Ver *My Thoughts Past and Present: the Memoirs of Alexander Herzen*, Chatto & Windus, 4 vols., 1968.
16. Ver *Ace of Spies*, por Robin Bruce Lockhart.

Capítulo 13

1. Carta del almirante Sir Francis Beaufort al Capt. R. P. Cator, 1868.
2. *Urgent and Secret*. Fletcher Pratt.
3. Ver *Secret Service in South Africa*, por Douglas Blackburn y W. W. Caddell.
4. Ver *Baden-Powell*, por William Hillcourt con Olave, Lady Baden-Powell.
5. *Great contemporaries*, Winston Churchill.
6. *Ibid.*
7. Ver *The Mystery of Lord Kitchener's Death*, por Donald McCormick, Putnam, London, 1959.
8. Ver *The German Secret Service*, por el coronel Walther Nicolai, traducido por George Renwick.
9. Ver *Steinbauer: the Kaiser's Master Spy*, por Gustav Steinhauer y S. T. Felstead.
10. *Hansard*, 1908.

Capítulo 14

1. Ver *The eyes of the Navy*, por el almirante Sir William James.
2. *Ibid.*
3. Ver *M.I. 5*, por John Bulloch.
4. *The Scene Changes*, por Sir Basil Thompson.
5. Ver *Azeff the spy*, por Boris Nikolajewsky, y *The history of Azeff's Treachery*, por Ratayef. Mientras que está muy claro que Azeff trabajó para la Ochrana como espía doble, parece haber también evidencia de que le gustaba pasar como revolucionario, y es posible que en el fondo fuera más revolucionario que espía. Hay un curioso comentario del coronel Victor Kaledin, de la Inteligencia Militar rusa durante la Primera Guerra Mundial (un doble espía, también), quien declaró que un *agent provocateur* era «tenido en el mayor desprecio por el círculo del Servicio, y generalmente escogido entre la peor calaña». Pero añadió: «Azeff es una notable excepción... un revolucionario genuino; su trabajo llena el *rôle* de un doble espía.»
6. *Lost London*, por B. Leeson, Stanley Paul, Londres, 1924.
7. *Statement*, por Gerald Bullet.
8. Ver *The Ochrama*, por A. T. Valis'ev, 1930.
9. *Lost London*, B. Leeson.

Capítulo 15

1. Ver la biografía del Dr. Walter Page, por B. J. Hendrich.
2. Ver *The Life of Sir Alfred Ewing*, por su hijo.
3. Ver *Secret and Urgent*, por Fletcher Pratt. Pratt afirma: «Esto causó los más grandes efectos en el esfuerzo naval alemán, y a través de ello, en el curso general de la guerra. Dos veces en los primeros días, los alemanes trataron de deslizar flotillas de destructores para sabotear a los convoyes ingleses a través del Canal. Cada vez, la Habitación 40 leyó sus señales de radio y desveló el proyecto. La primera vez, la niebla y una tormenta forzaron a los invasores a regresar a puerto; la segunda vez, un rápido y ligero crucero inglés les esperaba y hundió a cuatro de los barcos alemanes antes de que pudieran alejarse.»
4. *The World Crisis: 1911-1918*, por Winston S. Churchill, Thornton, London, 1923-1931.
5. Ver biografía de Walter Page, Hendrick.
6. Mensaje de despedida al equipo de dirección de Inteligencia Especial, por el brigadier general Cockerill. 1 de enero de 1919, publicado por *The Times* el 2 de enero de 1919.

Capítulo 16

1. Ver artículo titulado *Battle of Wits with Enemy Spies*, publicado en el *Sunday News* por Sir Basil Thomson, 15 de marzo de 1925.
2. El equipo general alemán probó su extrema credulidad aceptando la fantástica historia de la llegada de tropas rusas a Inglaterra. El 5 de setiembre de 1914, el representante de la German O.H.L., coronel Hentsch, dijo al general Von Kluck: «Las noticias son malas... hay informes de una fuerza expedicionaria rusa en las mismas partes (refiriéndose a los desembarcos en las costas belgas). La retirada se está haciendo inevitable.»
3. Ver artículo mencionado en la nota de *Battle of Wits with Enemy Spies*.
4. *Ibid.*
5. Ver *Eyes of the Navy*, almirante Sir Williams James.
6. *The Star*, 30 de marzo de 1948.
7. Ver *The Autobiografy of an Adventurer*, por Ignatius Timothy Trebich Lincoln, Leonard Stein, Londres, 1931.
8. Ver *The Mask of Merlin*, por Donald McCormick, Macdonald, Londres, 1963.

9. *Ibid.*
10. *Ibid.*
11. Ver *Eyes of the Navy*, James.

Capítulo 17

1- *Eyes of the Navy, James.*
2. Ver *The mistery of Lord Kitchener's Death*, por Donald McCormick. Ver *también Die Weltkriegsspionage*, por W. Bley, 1931.
3. Ver *Admiralty White Paper*, Cmd. 2710, 1926.
4. Ver *With the Battle Crusiers*, por Filson Young, Londres.
5. *Secret und Urgent*, Fletcher Pratt.
6. Ver *The intimate Papers of Colonel House*, arreglo de Charles Symour, Ernest Benn, Londres, 1926.

Capítulo 18

1. Ver *Ave of Spies*, Lockhart.
2. Ver *Romance of the Last Crusade*, por Vivian Gilbert, New York, 1923, págs. 183-185.
3. *Eyes of the Navy*, James.
4. *A. E. W. Mason*, por Roger Lancelyn Green, Max Parrish, London, 1952.
5. *Ibid.*
6. Ver *Vickers: a History*, por J. D. Scott, Weidenfeld & Nicolson, 1962. Un detallado informe sobre el papel de Zaharoff en la firma de Vickers y Vickers-Armstrong.
7. Ver *Athenian Memories*, por Compton Mackenzie, Chatto & Windus, 1940.
8. Zaharoff a Rosita Forbes (señora A. T. McGrath): ver *Sunday Chronicle*, 29 noviembre 1936.
9. *Ibid.*
10. Ver *Documents Politiques de la Guerre*, Barthe, Menevée & Tarpin.

Capítulo 19

1. *Thirty-three Centuries of Espionage*, Rouan & Deindorfer.
2. *Eyes of the Navy*, James.
3. De un artículo titulado *Scotland Yard from Within*, por Sir Basil Thomson, en *The Times*, 2 de diciembre de 1921.
4. Nota autobiográfica inédita de Sir Basil Thomson, con permiso de Mr. Nigel Seymer.
5. Ver *The seene changes*, por Sir Basil Thomson, Victor Collanez, Londres, 1939.
6. Ver *Ireland for Ever*, por Brig-Gen, F. P. Crozier, Jonathan Cape, Londres, 1932.
7. Ver *The Spy in the Castle*, por David Neligan, McGibbon & Kee, Londres, 1968.
8. De una serie de artículos titulados *The Scarlet Pimpernel*, por Sir Paul Dukes, en el *Daily Sketch*, enero de 1938.

Capítulo 20

1. Ver *Ave of Spies, Lockhart*, y *The Secrets Documents of Sidney Reilly*, series de artículos en el *Evening Standard*, mayo de 1931.
2. *Evening standard*, 11 mayo 1931.
3. Ver *The Zinoviev letter*, por Lewis Chester, Stephen Fay y Hugo Young. Heineman, Londres, 1967.
4. Una carta por Robin Bruce Lockhart en el *Sunday Times*, 20 de marzo de 1966.
5. *Great Contemporaries*, Churchill.
6. *Daily Express*, 23 de julio de 1930.
7. *Ibid.*
8. Extractos del archivo soviético, citados por Reuter.
9. Carta de Robin Bruce Lockhart en el *Sunday Times*, 8 de enero de 1967.
10. Ver *My silent War*, por Kim Philby, Grove Press, Nueva York, 1968.

Capítulo 21

1. Ver *Secret Agent*, por John Whitwall, *Sunday Express*, abril 1966.
2. *My Silent War*, Philby.
3. Para mayor información ver *Pedlar of Death*, por Donald McCormick, Macdonald, London, 1965.
4. Ver *Breach of Securytym*, editado por David Irving.
5. El informe de Lord Dennig (sobre el caso Profumo), H.M.S.O. Cmnd. 2152, setiembre 1963.

Capítulo 22

1. Ver *De Duites Vitjde Colonne in de Tweede wereldoorlog*, por Louis De Jong, Arnhem, Amsterdam, 1953.
2. Ver *They Spied in England*, por Charles Wighton y Gunter Peis, basado en los Diarios del general Erwin von Lahousen.
3. *Ibid.*
4. Para conocimiento del ávido pensamiento de los alemanes sobre el tema del duque de Windsor, ver *Schellenberg Memoirs*, editado y traducido por Louis Hagen, André Deutsch, Londres, 1956, y los Diarios de Guerra de la Abwehr II (sabotaje y subversión), en la actualidad en el Instituto de Historia Contemporánea de Munich. El último es incompleto y sólo contiene extractos de los Diarios.
5. *Documents on German Foreign Policy*, vol. X

Capítulo 23

1. Ver *Baker Street irregulars*, por Bicham Sveet-Escott, Mathuen, 1965.
2. Hay un detallado informe sobre el S.O.E. en Holanda, en *Shadow of a Spy*, de E. H. Cookridge, Leslie Frewen, Londres, 1967.
3. Ver el artículo de Ian Fleming, titulado *How to Write a Best-Seller*, en el *Evening Standard*, 18 de agosto de 1964.

Capítulo 24

1. La ortografía de «Klafft» es incorrecta: se refiere a Karl Ernst Krafft, el astrólogo suizo que fue consejero personal de Hitler. La cita fue hecha por Louis de Wohl en un artículo titulado *Strangest Battle of the War*, en el *Sunday Graphic*, 9 de noviembre de 1947.
2. Ver *Wir sind die letzen*, por Ranier Hidelbrant, 1949.
3. Aclaración hecha por Hess en réplica a un cuestionario que le dirigió Pierre J. Huss. Publicado en diciembre de 1945.
4. *Ibid.*

Capítulo 25

1. Para una extensa información sobre la vida de Sir William Stephenson y otros detalles de las actividades por él desempeñadas en tiempo de guerra, ver *The Quiet Canadian*, por Montgomery Hyde.
2. *Ibid.*
3. Ver *I Was Monty's Double*, por M. E. Clifton-James.

Capítulo 26

1. Ver *Entlarvter Geheimdienst*, por T. Bush (seudónimo de Arthur Schutz), Zurich, 1946.
2. Ver el artículo titulado *The Life and Death of a Master Spy*, por Rhona Churchill, *Daily Mail*, 29 de julio de 1968.
3. Ver *The Quiet Canadian*, por Montgomery Hyde.
4. *Ibid.*
5. Citado por Donald MacLachlan, un colega de Fleming en el N.I.D., en un comentario sobre *El S.O.E. en Francia*, de Foote.

Capítulo 27

1. *La guerre a été ganée en Suisse*, por Pierre Accoce y Pierre Quet, cuenta la historia del «Anillo Lucy», detalladamente. También merece ser leída, sobre el mismo tema, *La Chasse aux Espions en Suisse*, por R. Jaquillard, Librería Payot, Lausanne, 1947.
2. *Handbook for spies*, por Alexander Foote, Museum Press, Londres, 1949.
3. *Ibid.*
4. Citado de un prefacio por Lowell Thomas al libro de Wythe Williams, *Secret Sources*, Ziff-Davies Publishing Co., New York, 1943. Wythe Williams escribió en 1942: «A causa de los gastos de transmisión de nuestros informes exclusivos de ultramar siempre he afrontado un considerable desprecio. Esto sólo puede ser financiado por un patrocinador dispuesto a pagar, hay que abandonar las emisiones... Después de la declaración de guerra de Hitler contra los Estados Unidos, no hemos sabido de nuestros amigos alemanes durante un largo tiempo.

»...Por la naturaleza misma de las cosas, casi toda esta información volvió a las autoridades americanas, y solamente los datos útiles fueron presentados en mi radiodifusión.»

Capítulo 28

1. *The Honoured Society*, por Norman Lewis, Collins, Londres, 1964.
2. *The Quiet Canadian*, Montgomery Hyde.
3. Para detalles sobre este agente, George Wood, ver también *The Secret*, Surrender, de Allen Dulles. Harper & Row, New York, 1966. Dulles describe a Wood como a «uno de los mejores agentes secretos que cualquier inteligencia haya tenido a su servicio».
4. Ver *Canaris*, por Karl Heinz Abshangen, Union Verlag, Stuttgart.
5. *The Murder of Admiral Darlan*, por Peter Tomkins, Weidenfeld & Nicholson, 1965.

Capítulo 29

1. Ver *S.O.E. en Francia*, Foote.
2. Para una completa historia de Noor Inayat Khan, ver *Madeleine*, por Jean Overton Fuller; Gollánez, 1952.

Capítulo 30

1. Artículo titulado *My Answer to Critics of M.I.5*, por Sir Percy Sillitoe, en el *Sunday Times*, 22 de noviembre de 1953.
2. *Ibid.*
3. Para más amplia información sobre el caso Burgess y Maclean, ver *The Missing Diplomats*, por Cyril Connolly, The Queen Anne Press, Londres, 1952. *The Missing Macleans*, por Geofrey Hoare, Cassell, Londres. *Guy Burgess*, por Tom Driberg, Weidenfeld & Nicholson, Londres, 1956.
4. Artículo titulado *James Bond Could Have Learned from Philby*, por Geoffrey McDermott en el *New York Times Magazine*, 12 de noviembre de 1967.
5. Ver *Views*, por Maurice Richardson, en *The Listener*, 26 de octubre de 1967.

Capítulo 31

1. Ver *Shadow of a spy*, por E. H. Cookridge, Leeslie Frewen.
2. El Denning Report.
3. *My Silent War*, Philby.

Bibliografía

ABSHAGEN, K. H.: *Canaris*, Hutchinson, Londres, 1956.
ASTON, Sir George: *Secret Service*, Faber & Faber, Londres, 1939.
BABINGTON-SMITH, Constance: *Evidence in Camera*, Chatto & Windus, Londres, 1957.
BLACKBURN, Douglas and Caddell, W. W.: *Secret Service in South Africa*.
BUCKMASTER, Colonel Maurice J.: *Specially Employed*, Batchworth, Londres, 1952; *They Fought Alone*, Odhams, Londres, 1958.
BULLOCH, John, *M.I.5s The Origin and History of the British Counter-Espionage Service*, Arthur Barker, Londres, 1963.
COCKERILL, Brig-Gen. Sir George: *What fools we were*, Hutchinson, Londres.
CHURCHILL, Peter: *Of their owun Choice*, Hodder & Stoughton, Londres, 1952.
Duel of Wits, Hodder & Stoughton, Londres, 1957.
COLVIN, Ian: *Chief of Intelligence*, Gollancz, Londres, 1951.
COOKRIDGE, E. H.: *Shadow of a Spy*, Leslie Frewin, Londres, 1967.
DALTON, Hugh: *The Fateful Years*, Frederick Muller, Londres, 1957.
DEACON, Richard: *John Dee, Scientist, Geographer, Astrologer and Secret Agent to Elizabeth I*, Frederick Muller, Londres, 1968.
DULLES, Allen: *The Craft of Intelligence*, Harper & Row, New York, 1963.
FARAGO, Ladislas: *War of Wits: secrets of Espionage and Intelligence*, Hutchinson, Londres, 1956.
FARWELL, Byron: *Burton: a Biography of Sir Richard Burton*, Longmans, Londres, 1963.
FITGERALD, Brian: *Daniel Defoe: A Study in conflict*, Seker & Warburg, Londres, 1954.
FOOT, M. R. D.: *S.O.E. in France*, H.M.S.O Londres, 1964.
FOOTE, Alexander: *Handbook for Spies*, Museum Press, Londres, 1949.
FREEMAN, W.: *The incredible Defoe*, Herbert Jenkins, Londres, 1950.
GARDINER, Samuel Rawson: *The History of the Commonwealt and Protectorate*, 1649-1656, 4 vols. Longmans, Green, Londres, 1903.
GRAY, Austin K.: *Some Observations on Christopher Marlowe, Government agent from modern Language Asociation of America*, 1928, volumen XLIII.
GREEN, Roger Lancelyn: *A.E.W. Mason*, Max Parrish, Londres, 1952.
HILLCOURT, William: *Baden-Powell: The Two Lives of a Hero*, with Olave, Lady Baden-Powell, Heinemann, Londres, 1964
HYDE, H. Montgomery: *The Quiet Canadian: The Secret Service History of Sir William Stephenson*, Hamish, Hamilton, Londres, 1964.
JAMES, Admilal Sir William: *Eyes of The Navy*, Mathuen, Londres, 1955.
JOWITT, The Earl: *Some were Spies*, Hodder & Stoughton, Londres, 1964.

LE CARON, Mayor Henry, *Twenty-five years in the Secret Service: The Recollections of a Spy*, Heinemann, Londres, 1892.
LEWIS, Norman: *The Honoured Society*, Collins, Londres, 1964.
LINCOLN, Ignatius Timoty Trebich: *The Autobiography of an Adventurer*, Leonard Stein, Londres, 1931.
LOCKHART, Robin: *The Ace of Spies*, Hodder & Stoughton, Londres, 1967.
MACKENZIE, Sir Compton: *Aegean Memories*, Chatto & Windus, Londres, 1940. (Ver también: *Greek Memories*), 1932.
MALMESBURY, Susan, Countess of: *The life Of The Major-General Sir John Ardagh*, John Murray, Londres, 1909.
MCCORMICK, Donald: *The Incredible Mr. Kavanagh*, Putnam, Londres, 1950.
MONTAGU, Ewen: *The Man Who Never Was*, Evans Bros., Londres, 1953.
NICHOLAS, Elizabeth: *Death Be Not Proud*, Cresset Press, Londres, 1958.
OVERTON FULLER, Jean, *Madeleine*, Gollancz, Londres, 1952; *The Starr Affair*, Gollancz, 1954; *Double Webs*, Putnam, Londres, 1958.
PHILBY, Kim: *My Silent War*, Grove Press, New York, 1968.
PRATT, Fletcher: *Secret and Urgent: The History Of Codes and Ciphers*, Robert Hale, Londres, 1939.
READ, Conyers: *Mr. Secretary Washingam and The Policy of Queen Elizabeth*, 3 vols., Oxford Universidad Press, Londres, 1925.
ROWAN, Richar Wilmer, and DEINDORFER, R. G.: *Thirty-three Centuries of Espionage*, Hawthorn, Book, New York, 1967.
SUTHERLAND, James: *Defoe*, Methuen, Londres, 1937.
THOMSON, Sir Basil: *The History of Scotland Yard*, Grayson & Grayson, Londres, 1935.
THOMSON, Sir Basil: *The Scene Changes*, Gollancz, Londres, 1939.
THOMSON, H. W., y PADOVER, S. E.: *Secret Diplomacy: A Record of Espionage and Double-Dealing. 1500-1815*. Jarrols, Londres, 1937.
WHEATLEY, Dennis: *Stranger than Fiction*, Hutchinson, Londres, 1959.
WRIGHT, Thos.: *The Life of Daniel Defoe*, Casell, Londres, 1894.

INDICE